# AQUÍ Y AHORA
# LA TRILOGÍA

suscríbete a mi newsletter y te informaré de mis próximos lanzamientos.
http://eepurl.com/gSyRGz

©2018 Javier Martínez
© de ‘Aquí y ahora’ 2012 Javier Martínez
© de ‘Ahora o nunca’ 2013 Javier Martínez
© de ‘Nunca es tarde’ 2015 Javier Martínez
javiermartinez.me
facebook.com/javiermartinezbooks
instagram.com/iermartinez
twitter.com/iermartinez
Diseño de cubiertas: Javier Martínez
Fotografía de portada: Ludvig Wiese, Unsplash.com
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, inspiracionales o para reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, con la única obligación de citar al titular del copyright.

Este libro ha sido publicado de forma autónoma por el titular del copyright, sin el apoyo de una editorial. Por este motivo, es posible que el contenido contenga algunos errores ortográficos y/o erratas.

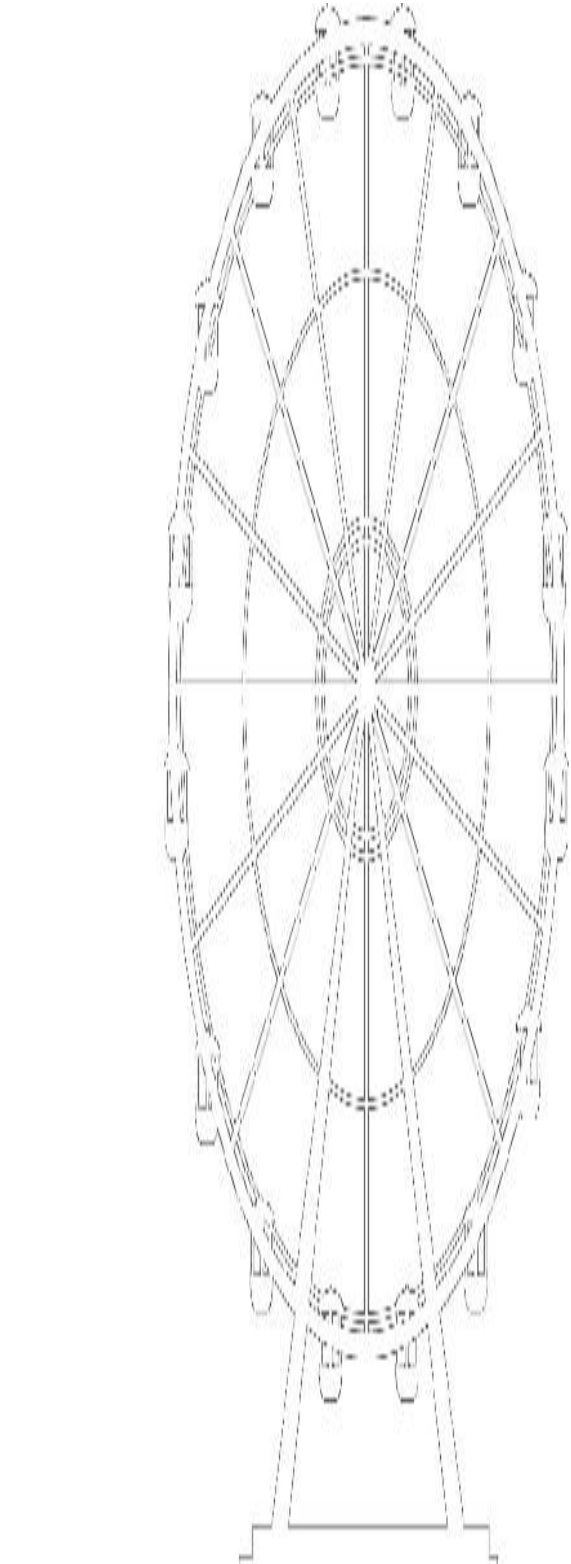
# AQUÍ Y AHORA
# LA TRILOGÍA

## JAVIER MARTÍNEZ

“A todos los que aún creen
en el amor, la libertad y la felicidad.
Y para aquellos que buscan las fuerzas
para levantarse y seguir caminando”

primera parte

# ST. DEAN



Todos queremos alcanzar la felicidad. Todos. Pasamos días, noches y más días buscándola. Es el motor que mueve nuestra vida y el corazón que impulsa nuestros actos. Realmente es lo único que tenemos claro. Estamos aquí para ser felices, de momento. Y, en ese transcurso, pueden ocurrir mil cosas. ¿He dicho mil? Miles. Millones. Todas y cada una de ellas provocadas por nuestros actos y decisiones. No hay nada casual. Y no me refiero a que nuestro porvenir esté escrito a fuego desde el momento en el que nacemos, sino a que absolutamente todo lo que acontece en nuestras vidas es producto y consecuencia de lo que hacemos o dejamos de hacer.

Nos lamentamos de la mala suerte, pero la alabamos cuando va de nuestro lado. Gritamos, lloramos y nos desesperamos cuando las cosas salen mal, culpando a todo lo que nos rodea. Sin embargo, reímos, nos emocionamos y nos alegramos cuando todo sale bien y nos lo agradecemos a nosotros mismos. Error. Somos responsables tanto de lo bueno como de lo malo. Somos los únicos dueños de nuestras vidas. Los únicos capacitados para cambiarla, mejorarla o empeorarla a nuestro antojo.

Y de eso trata esta parte de mi historia. De cómo pasé el mejor verano de mi vida. De cómo fui feliz y me sentí desdichado por partes iguales. De cómo tomé las riendas de mi vida cuando no me quedó más remedio. De cómo sentí cosas que nunca antes había sentido. De cómo, de la noche a la mañana –o incluso durante la misma luna llena– todo puede cambiar. De cómo nada está garantizado. De cómo lo que llega se va, y lo que se va no siempre vuelve. De cómo echaré siempre de menos aquellos días, aquellas noches. De cómo viví el verano que cambió mi rumbo para siempre. Y de cómo sobreviví al último septiembre que guardo en mi corazón.

# 1
# LA PLAYA

Con la vista fija en el horizonte, contemplo cómo los últimos rayos de sol se pierden entre las escasas nubes que hay en el firmamento y aparecen una a una las estrellas, que brillarán sin parar durante horas. Las olas rompen en la orilla. El atardecer se refleja en el mar, que adquiere una amplia gama de tonos entre azules y anaranjados que se funden con el cielo malva y rosa. Las gaviotas revolotean sin rumbo fijo, como el que pierde algo y no recuerda dónde lo ha dejado. Una pareja de atletas corre por la orilla mientras otra de ancianos se adentra en el agua para darse el último remojón del día.

A mi mente llegan imágenes de la vida que dejo atrás. Muchos años de colegio e instituto. Las risas, las fiestas y los codos todas las noches para aprobar con buena nota se han esfumado para siempre. Tras el verano llegará un cambio en mi vida que no sé aún cómo afrontar. Una nueva época marcada por la inseguridad y el total desconocimiento de mi futuro entorno. La vida de universitario está a la vuelta de la esquina y aún no tengo claro por qué la he elegido. Ni siquiera sé si yo mismo la quiero o es algo tan planificado desde siempre que ya no tengo elección. De todos modos, todavía quedan tres meses para evadirme del mundo y de mis problemas. Llega el descanso, la tranquilidad y, espero, la diversión.

Entierro los pies en la arena. Observo a un par de mujeres que están a unos metros de mi casa. Son la definición gráfica perfecta de *señora*. Bañadores estampados de flores –de esos que pronuncian aún más sus poco discretas barrigas–, pamelas de paja promocionales de Coca-Cola –que seguramente habrán conseguido comprando un pack de cuatro botellas de dos litros en el supermercado del pueblo–, restos blancos de crema en la nariz, barbilla, hombros y muslos, toallas raídas, bolsos de playa interminables donde no sólo llevan la toalla, la crema y el pareo, sino también botellas de agua, el *tupper* con un tentempié, un transistor –probablemente sin pilas, aunque ellas no lo saben–, teléfonos móviles de esos antiguos que no caben en una mano, bolsas de plástico para la basura y, en definitiva, todo lo indispensable para pasar dos horas tomando el sol –si es posible bajo semejante sombrilla de colores–, si eres una señora de los pies al cardado.

Las mujeres se levantan y empiezan a recoger los restos de su síndrome de Diógenes para marcharse.

Desbloqueo mi teléfono y descubro que no tengo mensajes nuevos, aprovecho para enviarle uno a mi madre –Kate– para informarle de que he llegado bien.

Mensaje enviado. Guardo el móvil en el bolsillo.

Todos los años hago lo mismo. Cada vez que regreso, me siento en las escaleras del porche trasero que da a la playa y observo el atardecer. Juego con la arena entre mis pies y hago un repaso de todo lo que ha ocurrido durante los últimos nueve meses. Tanto los buenos momentos como los malos. Levanto la vista y observo el mar. Me encanta. Pocas cosas hay en el

mundo que me relajen tanto como el vaivén de la marea, el sonido de las olas acariciando la arena en la orilla y el olor a sal que inunda la zona. Da igual cuantos problemas e incertidumbres ocupen mi mente, el mar siempre estará ahí cada verano para llevárselos y dejarme como nuevo.

Es una pena porque esta será la última vez que estaré aquí sentado, recordando mis días de instituto y a mis amigos de toda la vida. El año que viene ya no pensaré en mi colegio de siempre, ni en mis amigos de siempre, sino que seguramente tocará hacer repaso del primer año de universidad, después el segundo, el tercero, y así hasta llegar un día en el que mi memoria crezca y los recuerdos sean tan abundantes que no dé abasto para resumirlo todo en un sólo atardecer. Me pregunto si, entonces, tendré que pasarme días enteros encajado en la arena, viendo pasar el sol ante mis ojos una y otra vez hasta que haya rememorado hasta el más mínimo acontecimiento.

Cada verano, mi padre –Ben–, mi madre y yo venimos a la playa a desconectar de la ciudad, a disfrutar del sol y del buen tiempo, pero este año es distinto. Mis padres –o los Pinkert, como se les conoce en el barrio– han decidido empezar una nueva etapa laboral, abandonar sus respectivos trabajos y abrir un negocio por su propia cuenta. Ni se imaginaban lo rápido que iba a despegar, y mucho menos que sería en verano cuando les llegarían los encargos más importantes. Por eso este año me toca vivir la experiencia a mí solo. Toda una casa para mí. Aunque de poco sirve tener semejantes privilegios cuando apenas tengo amigos en este pueblo.

Suena ‘We Found Love’ de Rihanna. Es mi teléfono.

–¿Sí?

–Ryan, cariño –contesta mi madre–, ¿Qué tal todo? ¿Has llegado bien? ¿La casa está bien? ¿Has mirado si la antena de la televisión está en su sitio? Ya sabes que suele caerse con el viento en invierno. ¿Tienes comida? Te dejaste en casa la bolsa con los bocadillos y el agua. No sé dónde tienes la cabeza. ¿Estás ahí?

–¿Has acabado ya? –le pregunto.

–Sí.

–Todo bien. He llegado bien. La casa está en su sitio. No he mirado la antena, ya lo haré mañana. Sí tengo comida, paré de camino en una gasolinera y compré algo para la cena. La cabeza la última vez que la vi la tenía sobre los hombros –mentira, la tengo sobre el cuello–. Y sí, estoy aquí.

–No me vaciles porque cojo la furgoneta de la imprenta y me planto allí en media hora –me recrimina de forma exagerada. Se tardan dos horas mínimo en llegar.

–Vale. Estás tardando, que no tengo ganas de hacer la cama y prepararme la cena.

«No caerá esa breva», pienso.

–No te caerá esa breva –responde mi madre al mismo tiempo–. Bueno, te dejo, que las llamadas aún no las paga el aire. Hablamos mañana. Sé bueno.

–Sé buena tú también. Buenas noches, mamá.

° ° °

Se hace tarde. La luna brilla resplandeciente y las estrellas se han multiplicado por miles. El mar, ahora con aspecto oscuro y tenebroso, sólo se distingue por la espuma blanca de las olas que llegan a la orilla. Ya no es el mismo mar, ahora incluso da miedo. Empiezo a sentirme hueco por dentro, como si me faltara algo. No he cenado. Me levanto, me sacudo la arena de los vaqueros, echo una última ojeada al paisaje nocturno y vuelvo a entrar en casa.

En general no suelo ser muy despistado, pero a veces me escapo del mundo de tal forma que regreso a él más tarde de lo planeado. Por suerte, nunca me ha afectado en las cosas importantes. Aunque sí me he llevado algunos sustos, como que se me pase la estación del metro cuando más prisa he tenido, o ir a alguna tienda y marcharme dejando la bolsa con la compra en el mostrador. Una vez, la señora Roberts –la típica vecina que sólo conoces de saludarla, pero que aun así ella lo sabe todo sobre ti– apareció aporreando la puerta de casa, quejándose porque mi coche estaba ocupando su plaza de garaje. No sé si fue peor el enfado que me cogí por su falta de educación y las groserías que estaba diciendo o la vergüenza que sentí al llegar al garaje y ver que, efectivamente, me había equivocado de planta y había aparcado en su sitio, que es exactamente el mismo que el mío pero un nivel por encima.

Nada más llegar guardé en la nevera lo que compré de camino al pueblo. También limpié por encima parte de la casa, le quité las sábanas a todos los muebles e hice una pequeña inspección para comprobar que todo estaba en condiciones de ser usado. Todo estaba intacto, tal cual lo dejamos el año pasado, y funcionaba correctamente. Los electrodomésticos estaban enchufados y listos y las luces encendían todas menos la del porche trasero, que todos los años aparece fundida; probablemente por culpa de los pájaros, la arena levantada por el viento o un golpe por parte de alguna pelota. De poco me va a hacer falta, así que decidí dejarla así.

Sólo me faltó comprobar la antena, pero la televisión funciona y está sintonizada, algo sorprendente teniendo en cuenta que todos los años tiene que subir mi padre al tejado y colocarla bien. Cualquier cosa para que la familia disfrute de todas las comodidades posibles, pero, cuando se le necesita de verdad, no hay quien dé con él.

Abro la nevera, saco el sandwich prefabricado que he comprado y un zumo de manzana y me siento a cenar mientras veo la televisión. En la Mtv están echando clásicos de los ochenta. Aparece una mujer teñida de rubio con raíces negras, mallas a juego con las raíces, falda de tul, chaleco, perlas, un crucifijo y un distintivo lunar encima del labio. Madonna.

–Quién te ha visto y quién te ve –le digo a la televisión.

Me aburren los ochenta. Reconozco que, aunque para gustos los colores, en esa época se hizo la música que dio paso a todo lo que escuchamos ahora. Pero me da pereza oír canciones de baja calidad, de estética altamente cuestionable y, en su mayoría, calcos unos de otros que finalmente suenan

todos a más de lo mismo. Los noventa fueron mucho mejores, sobre todo la segunda mitad, cuando el mundo del pop se abrió camino a nivel mundial, aparecieron los fenómenos de fans, y tanto la calidad como la estética de la música irradiaba cierto aire de inmortalidad que a día de hoy aún desprenden. Los noventa fueron, quizás, el punto justo en el que la música dejó de pasar de moda. Una canción de esa época puede sonar igual de bien, pura y limpia –técnicamente hablando– que una de hoy en día casi veinte años después. La música de los ochenta suena a vieja, por muy buena que sea o las muchas remasterizaciones que le hagan.

Tras hacer zapping durante un rato y no encontrar nada que me llame la atención, decido buscar en mi ordenador portátil una película.

Cojo el móvil y le envío un *whatsapp* a mi amigo Nathan. «Ya he llegado al pueblo. ¿Sigue en pie lo de venir a pasar unos días? Mis padres no vienen este año. Dile a Sussan que venga también». Sussan es su novia y mi mejor amiga desde que tengo uso de razón.

Vuelve a sonar Rihanna en mi teléfono.

–Tengo que cambiar el tono de llamada –pienso en voz alta mientras descuelgo.

–¿El qué? –pregunta Nathan al otro lado del la línea.

–Lo siento, se equivoca de número, el teléfono de atención sexual para homosexuales es el nueve dos ocho…

–Eso ni en broma –me interrumpe. Si él supiera…

–¿Qué quieres?

–Nada, es que no me apetece teclear. Era sólo para decirte que sí voy. Ya te avisaré cuándo, porque ahora mismo no tengo el coche.

–Vale, con que me avises el día antes me basta –le respondo.

–Pues ya hablamos, Ryan.

Me despido y cuelgo.

Es hora de irse a la cama. Recojo lo que he ensuciado al cenar, apago la televisión, cierro la puerta de la terraza con llave y subo a mi habitación.

Lo que más me gusta de esta casa son los amaneceres que veo desde mi ventana cada mañana. No hace falta despertador, ni madres desesperadas llamando a gritos. Todos los días, el sol cumple su función y me despierta justo a tiempo.

Saco unas sábanas del armario y las coloco sobre la cama. El olor a cerrado y a humedad de las telas es casi insoportable, pero ya es tarde para lavarlas. Por un momento contemplo la posibilidad de dormir en el sofá de abajo. Me descalzo, me quito los vaqueros y me tumbo en la cama.

° ° °

Abro los ojos y me doy cuenta de que me he dormido sin darme cuenta. La luz de la lámpara de la mesa de noche sigue encendida. ¿Qué hora es? Algo me ha despertado, pero aún no sé el qué. Me levanto algo aturdido y me asomo a la ventana.

Las luces del pueblo brillan con menos intensidad que antes. St. Dean no

es un pueblo pequeño, pero mi urbanización se encuentra a las afueras y a esta playa llega poca gente. Sólo aquellos que buscan tranquilidad, agua limpia o intentan evitar colas en las duchas se acercan a esta zona durante el día. Eso es lo bueno de esta casa. Estoy aislado de la civilización, pero puedo adentrarme en el ajetreo del centro en menos de cinco minutos en coche o poco más de veinte caminando. Y es que, a pesar de considerarse un pueblo de costa, St. Dean tiene centro comercial, multitud de bares, algunas discotecas, tiendas, restaurantes y todo lo que puedes encontrar en una gran ciudad. Con la diferencia de que hay menos coches, menos contaminación y, por supuesto, menos gente. De ahí que, a pesar de llevar viniendo diez años a veranear, aún no tenga ningún amigo aquí.

Otro aspecto a destacar es que en Norwalk, la ciudad donde vivo, la gente va a su ritmo y nadie se fija en ti, mientras que aquí es todo lo contrario. Hagas lo que hagas y vayas a donde vayas, todo se sabe. No hay más que dar un paseo por la playa para que alguna cotilla se acerque y te cuente que «Cinthia, la hija pequeña de los O'Donell, ha estrenado su mayoría de edad perdiendo la virginidad en la caravana de su primo con Eddie, el vigilante del supermercado, que, a su vez, le puso los cuernos a Erica, la chica rubia del puesto de fruta, esa tan amable que siempre me regala una naranja cuando voy con mis nietos a comprar lo del almuerzo, porque, al parecer, ella se los había puesto antes con su jefe; que, por cierto, está casado, pero no con Judith, la encargada del supermercado, como todos piensan, esa es su cuñada, sino con la mujer que regenta la zapatería de la calle Bobbery, sabes quién te digo, ¿no?». ¡Y todo por haberle pedido la hora a la señora!

Mientras miro por la ventana, un sonoro crujido me sobresalta. Uno igual fue lo que me despertó, estoy seguro. Es la primera vez que duermo solo en esta casa y cualquier ruido me parece sospechoso. Puede ser el viento o el sonido del mar retumbando contra las paredes, pero no puedo evitar ponerme nervioso y pensar que es algo más que un simple ruido. Vuelvo a oír otro. Esta vez proviene del piso de abajo y mi nerviosismo empieza a convertirse en miedo. Fuera todo parece normal, una ligera brisa mueve las hojas de las palmeras que hay por todo el paseo. No es suficiente como para causar semejante concierto.

Salgo de mi habitación y empiezo a bajar la escalera. Me acuerdo de todas esas películas de miedo en las que la víctima, asustada, anda a tientas en la oscuridad facilitándole el trabajo al asesino.

Enciendo todas las luces que me encuentro a mi paso.

Compruebo todas las habitaciones sin encontrar nada. Desde aquí abajo los ruidos no parecen tan amenazadores. El grifo de la cocina goteando, algunas plantas de la terraza golpeando las ventanas del salón y la madera que cruje a cada paso que doy. He visto demasiadas películas.

Me acerco a la nevera, bebo agua y vuelvo a subir a mi habitación.

Un grupo de chicos y chicas caminan por la arena a unos metros de mi casa. Están de fiesta, bebiendo, pasándolo bien y molestando a los que

queremos dormir. Abro la ventana y escucho cómo algunos se retan a ver quién se mete en el agua sin ropa mientras otros intentan ligarse a la que parece ser la chica más guapa del grupo, provocando probables celos en las demás. Eso me recuerda las noches de fiesta con Nathan, Sussan, Danny, Anna y demás amigos del instituto. Aunque nosotros nos comportamos como personas y no como animales en celo. Creo.

Por un segundo, se me pasa por la mente la idea de vestirme, salir fuera, presentarme con alguna excusa y ver si consigo hacer algún amigo. Pero, antes de que pueda siquiera decidirlo, veo cómo unas luces azules se acercan por el paseo. Un coche de policía se detiene entre mi casa y la de los vecinos y dos hombres se bajan de él, se acercan hasta donde están los chicos y les dicen algo que no consigo oír. Acto seguido, los policías se marchan y se ha acabado la fiesta. Seguramente alguien se ha quejado. Vuelvo a la cama.

# 2
# EL CHICO RUBIO

Lentamente entreabro los ojos. La luz me ciega y los vuelvo a cerrar. Hago un esfuerzo por volverlos a abrir y siento que estoy pegado a las sábanas. Me estoy asando de calor.

Tal y como sabía que ocurriría, los rayos del sol se han colado poco a poco por la ventana, haciendo que la oscuridad se transforme en claridad y se dibujen cada uno de los objetos que hay en la habitación. El armario, el escritorio con sus estanterías, el espejo que hay junto a la puerta y que refleja la luz que proviene de la ventana. La sombra sobre mi cama se va haciendo cada vez más pequeña, dando paso a la luz que va descendiendo desde mi rostro. En el cielo no hay ni una sola nube y el sol de la mañana se refleja en mi cara haciéndome imposible dormir ni un minuto más. No sé qué hora es.

Me quito las sudadas sábanas de encima de un manotazo y me incorporo, quedándome sentado en el borde de la cama y buscando las zapatillas con los pies. Me froto los ojos en busca de legañas y me dirijo hacia el baño.

Me lavo la cara, me miro en el espejo y el panorama es desolador. Debajo de las gotas de agua, aparecen unos ojos rojos e hinchados de tanto dormir, labios secos y casi pegados, algunas espinillas y unos pelos que ni Gloria Gaynor en sus mejores momentos. Bajo al piso inferior, al cuarto de lavado y planchado –como Kate lo llama–, y enciendo el termo. Menos mal que es eléctrico. Vuelvo a mi habitación, saco de la maleta unos calzoncillos, unos pantalones y una camiseta y me meto en la ducha.

Ya duchado, rebusco entre los discos de música que me he traído en la maleta, pero no encuentro nada que me apetezca oír en este momento. No he cogido nada “en plan ama de casa”. Finalmente desisto. Por más que rebusque no voy a encontrar, por arte de magia, ningún disco que no haya traído. Cierro los ojos, jugando conmigo mismo, y elijo uno al azar, lo abro, bajo al salón y lo introduzco en el equipo de música.

Suena ‘Jealousy’ de Will Young.

Cojo las sábanas de la noche anterior y las meto en la lavadora. Subo y ordeno el resto de la ropa en el armario. Al ir a guardar la maleta, se resbalan de un lateral algunas fotos que no recordaba haber cogido. En casi todas aparece Nathan –entre otros–. Llevamos juntos desde que éramos unos críos y nunca nos hemos separado. Creo que no hay nada que pueda separarnos. Somos uña y carne y voy a echarlo muchísimo de menos el año que viene en la universidad. Cojo algunas fotos y las pego con cinta adhesiva junto al espejo de mi habitación y otras tantas junto a la cama, para que mis amigos sean lo primero y lo último que vea cada día durante estos meses de verano.

Toalla en mano, salgo por la puerta trasera y bajo las escaleras del porche en busca de mi primer día de playa. Tras un breve paseo de inspección, encuentro un lugar perfecto cerca de la orilla, pero lo suficientemente próximo a mi casa para no perder de vista la puerta. No he cogido las llaves. Extiendo la toalla.

Después del primer y fugaz baño de la temporada, me tumbo boca abajo, de forma que puedo controlar la casa y observar al grupo de chicos que se han puesto cerca de donde estoy y que, si no me equivoco, son los mismos de anoche.

Me llama la atención un chico en concreto que no parece seguir el mismo patrón que siguen los demás. No hace tonterías y no se comporta como si quisiera ligarse a alguna de las chicas. Se le ve más callado y sereno. Igual tiene resaca. O quizás es el novio de alguna y por eso no siente la necesidad de llamar la atención. Pelo rubio, ojos claros, sonrisa de no haber roto un plato y cuerpo atlético. Creo que acierto al pensar que está cogido, porque es, sin duda, el más atractivo del grupo, aunque también aparenta ser bastante más joven que los demás. No le echo más de dieciséis años.

° ° °

Me ruge el estómago. Apenas he almorzado y es la hora de merendar. Me acerco al agua para darme el último chapuzón y noto que el chico rubio me sigue. Me quedo cerca de la orilla. No sólo por ver si se acerca, sino porque odio la zona donde empiezan las rocas. Siempre me quedo donde hay arena. El chico rubio se acerca nadando y empieza a hablarme como si entablar conversación con un desconocido en mitad del mar fuese algo natural.

–Verás, es que... –dice mientras mira hacia sus amigos que, desde la arena, le hacen señas para que continúe– quería preguntarte una cosa.

– Sí, vale, dime. ¿Qué querías? –le respondo con un tono quizás mas seco del que debería.

–Pues no sé cómo decirlo –titubea–. A ver, es que vi que me mirabas antes y, bueno, en verdad eso no tiene nada que ver. Mejor déjalo.

Da media vuelta y comienza a nadar hacia la orilla. Lo sigo y le insisto en que me cuente qué quería decirme. Negativo. Insisto un poco más.

–Está bien –accede a responderme–. No te asustes y tranquilo que no pasa nada si dices que no, y espero que no te sientas ofendido. ¿Te gustaría que hiciéramos algo esta noche?

–¿Qué? ¿Cómo? –¿de verdad me está pasando esto a mí?–. ¿A qué viene esa pregunta?

–Tú sólo dime sí o no –insiste.

–Es que…

–¡Déjalo! –me interrumpe–. No me hagas caso. No hablaba en serio. Es sólo una apuesta que hice con mis amigos. Y creo que ya he ganado. No quiero que te sientas incómodo. Olvida lo que te he dicho.

El chico rubio sale del agua y es recibido por sus amigos con risas, aplausos y palmadas en la espalda. Todo un campeón. Le sigo, pero decido que es mejor pasar y no indagar en algo que, en el fondo, carece de sentido e importancia. Cojo mi toalla, me seco la cara y el pelo y me marcho a casa.

Ya en la puerta, termino de secarme, me enrollo la toalla en la cintura y me quito el bañador para que no gotee dentro. Me doy una ducha para quitarme la sal del mar mientras sigo dándole vueltas a lo ocurrido. Vuelvo a

ponerme la camiseta verde y los vaqueros que llevaba esta mañana. Me pregunto qué opinará la novia de ese chico de lo que ha ocurrido, por mucho que fuese una apuesta.

Salgo al porche a colgar el bañador y la toalla en la barandilla para que se sequen y compruebo que el grupo de chicos y chicas sigue ahí. Me pregunto a qué vino lo de la apuesta y qué pretendían conseguir con ello. Parece ser que al final ni dieciséis ni quince, el chico rubio debe de andar en torno a los trece o catorce porque esa actitud no es ni medio madura. Y no es que yo, a mis dieciocho años, sea el más maduro del mundo, pero procuro comportarme acorde a mi edad y he dejado muchas tonterías de adolescentes atrás.

° ° °

Cuando termino de cenar, el calor es insoportable. Tengo todas las ventanas del salón abiertas, incluida la puerta que da al porche, pero no corre el aire. No tengo ganas de peinarme así que cojo una gorra, las llaves y salgo a dar un paseo nocturno.

Gran parte de las farolas del paseo están apagadas y la visión es escasa. Sólo las luces lejanas del pueblo unidas a la de la luna dan cierta iluminación que permite caminar relajadamente. Los grillos cantan sin interrupción y convierten el momento en una típica escena romántica en la que falta una pareja admirando la luna, al tiempo que escuchan los latidos de sus respectivos corazones, pidiendo besos robados y miradas furtivas. Daría cualquier cosa por no estar solo en este momento, por tener alguien de mi mano ahora mismo, por tener alguien a quien abrazar mirando el mar y sentir esas cosas que sienten los enamorados cuando se besan y pasan tiempo juntos. «Eso sólo ocurre en las películas», pienso.

Empiezo a estar cansado y doy media vuelta. Me descalzo y empiezo a volver, esta vez andando por la orilla del mar, sintiendo cómo el agua roza mis tobillos y me calma los pies. Como si se tratara de magia, sólo con sentir el agua golpeando suavemente mis tobillos, me relajo y me olvido del mundo. Mi mente se queda en blanco. No hay sitio ni lugar para nada más.

A medida que me acerco a casa, voy vislumbrando la figura de una persona tumbada en las escaleras. Grito intentando averiguar quién está ahí pero no obtengo respuesta. Lo vuelvo a intentar, elevando la voz, pero sea quién sea parece no querer escucharme.

Me acerco y distingo lo que parece ser un chico joven, vestido con un pantalón blanco y camiseta roja, acurrucado en mi porche cual vagabundo en la puerta de un cajero automático. Es el chico rubio, el de la apuesta. Ya a pocos centímetros de él es cuando me doy cuenta de que está dormido. No sé si despertarle o dejarle aquí. Probablemente se habrá emborrachado igual que anoche y lo habrán dejado abandonado sus amigos.

Entro en casa. Dejo las llaves sobre la mesa del comedor. Me quito la gorra y la camiseta y me sirvo un vaso de leche y galletas de mantequilla. Echo una ojeada fuera y veo que mi vagabundo particular sigue ahí, sin moverse.

Vuelvo a asomarme al porche. Me da pena.

Recuerdo lo de la apuesta de esta tarde. Deja de darme pena.

Pasa media hora y decido despertarlo. No tiene pinta de ir a despertarse solo y a mí no me gustaría estar en su lugar y que nadie me ayudara. Me siento a su lado.

–Oye –susurro.

No hay respuesta.

–¡Ey! Despierta –insisto con un poco más de intensidad.

Sobresaltado, el chico abre los ojos de golpe, mirando a su alrededor desorientado. Me mira y se le escapa una sonrisa piadosa que rápidamente desaparece.

–No sé qué haces aquí –le digo– pero es tarde y deberías irte a tu casa. Seguro que hay alguien preguntándose dónde estás.

El chico se incorpora mientras voy dentro y le saco un vaso de agua.

–Lo siento –se disculpa–. No sé cómo he acabado aquí.

–No pasa nada.

–Y siento también lo de la apuesta –continua, mientras desvía su mirada avergonzado–. Esa gente... Son los únicos amigos que tengo. Sin ellos estoy solo en este lugar y a veces tengo que hacer cosas de las que no me siento orgulloso. Ya sabes, para integrarme y que no piensen que soy un aburrido.

–Entiendo, pero me parece algo estúpido para alguien de tu edad.

Caigo en la cuenta de que no sé su edad, sólo mi propia aproximación.

–No te entiendo. ¿Tan importante es para ti una apuesta? –le pregunto confuso–. Además la ganaste, ¿no? ¿Por qué estás preocupado por lo que yo pueda pensar?

–Me sentí mal por no atreverme a decírtelo –responde, desviando de nuevo la mirada hacia la orilla del mar.

–Sí me lo dijiste...

–¡No! –me interrumpe–. Me daba mucha vergüenza. No sabía cómo ibas a reaccionar.

Me pierdo por completo.

–Pero, ¿de qué hablas? Llegaste, hiciste lo que tenías que hacer y ganaste una estúpida apuesta. –le recrimino intentando aclarar la situación.

–No lo entiendes –dice mientras sus ojos, lentamente, se posan en los míos–. ¡Esa no era la apuesta! Me lo inventé. Me bloqueé. No sabía cómo reaccionar, ni que decirte.

Sorprendido, intento atar cabos y comprender lo que quiere decir. Entiendo que sí quería una cita conmigo. Vamos, que le gusto. ¿Le gusto?

–¿Cómo te llamas? –le pregunto.

–Matt.

–Yo soy Ryan –le respondo y acto seguido señalo la escalera– y esta es la escalera de mi casa.

–Lo sé. Supongo que no es casualidad que me dejaran aquí mis amigos. Está claro que me la han jugado.

Entro en casa y Matt me sigue como un perrito abandonado que desconfía de todo el que se le acerca. Me ha contado que, en su casa, piensan que se ha ido a una fiesta y que dormiría en casa de uno de sus amigos, por lo que no puede volver hasta mañana. No sé si he hecho bien, pero le he invitado a pasar la noche aquí. Ambos estamos algo desconcertados y nerviosos. Yo por tener en mi casa a un chico que se me acababa de declarar y él por estar en casa de un desconocido, aunque seguro que en el fondo está encantado con el resultado de sus actos durante las últimas horas.

Le ofrezco algo de comer y le señalo la nevera para que se sirva él mismo.

–Por cierto, ¿el coche que hay detrás de la casa es tuyo? –me pregunta Matt.

–Sí, pero no llevo ni un mes con él. No sé ni para qué lo traje, debería haber venido en tren.

Subo a mi habitación. Me cambio de ropa y me pongo algo más cómodo para dormir. Me cepillo los dientes y bajo a ver que está haciendo el perrito abandonado.

–Entonces ya tienes los dieciocho... –afirma, dejando atrás la vergüenza.

–¿Tu cuántos tienes? –le pregunto esperando confirmar mis sospechas.

–Uno menos que tú.

Fallo.

–Te había echado dieciséis y a tus amigos uno o dos años más.

–Así es. Ellos tienen tu edad o diecinueve –me confirma–. Algunos han terminado ahora su primer año de universidad, aunque no lo parezca.

Mientras le veo devorar el sandwich que ha cogido de la nevera –adiós a mi desayuno– me cuenta que es el primer año que viene a St. Dean. Sus amigos, algunos de los cuales conoció durante este curso al cambiarse de instituto, han venido otros veranos, por lo que Matt convenció a sus tíos para alquilar un apartamento y poder pasar la temporada con ellos.

Compruebo que la puerta principal esté cerrada, cierro las ventanas y la puerta del porche.

–Y dime, ¿tienes novio? –pregunta Matt, levantando la vista del sandwich y haciéndome pasar el momento más incómodo de la noche.

–¿Cómo? –le pregunto levantando la voz–. Pequeño, estás equivocado.

–Pero... –insiste.

–Puedes dormir en el sofá o en la cama de mis padres –le sugiero, cambiado de tema–. Ahí encima de la mesa te he dejado unas sábanas, ponlas dónde más cómodo estés.

–Sí, pero... –insiste una vez más.

–Hasta mañana, pequeño.

–Hasta mañana –responde Matt resignado.

No sé por qué le he llamado «pequeño». Dos veces. Sólo es un año menor que yo. ¿Eso me convierte en pequeño a mí también? No sé qué imagen le habré dado, pero la que me estoy dando yo no me gusta. Debería bajar a disculparme, aunque tampoco tiene nada de malo. No hagas un drama de

todo, Ryan.

Doy vueltas en la cama pensando en el momento surrealista que acabo de vivir. No estoy seguro de que dormir con un completo desconocido en el piso inferior sea una buena idea, pero tampoco podía dejarlo fuera. Y ahora ya no puedo echarlo tampoco. No sería justo. Y al parecer le gusto, eso me desconcierta. No sé qué hacer. No quiero juzgar a Matt, pero tampoco veo normal que, sin apenas conocerme, me haya dicho eso. Una persona con dos dedos de frente no lo habría hecho, ¿o sí?

La atracción es imprevisible y hace que las personas hagamos cosas impensables. Analizo la idea de bajar, despertarlo y decirle que quiero saber más de él, conocerlo y dejar que las cosas ocurran solas. Pero no estoy seguro de que Matt sea la clase de persona que necesito conocer en este momento de mi vida.

Me acuerdo de la historia que tuve con Josh hace meses y no quiero pasar por eso de nuevo. Lo conocí en un campamento poco después de Navidad y estuvo casi tres días haciendo lo imposible por seducirme y conseguir que me gustara. Se hizo amigo de mis amigos e incluso intentó hacer un trueque con Danny para que le diera su plaza en mi cabaña. Al final, sin darme cuenta, me tuvo comiendo en su mano como un tonto y vivimos una semana increíble. Fue mi primer romance, la persona que me descubrió mis verdaderos sentimientos y me enseñó que sería más feliz si no me negaba a mí mismo. No llegué a enamorarme. El amor es algo mucho más grande. Pero cuando acabó el campamento supimos que no nos volveríamos a ver en mucho tiempo y eso me destrozó por dentro. Al menos durante unas semanas.

No quiero que ocurra lo mismo con Matt. No quiero un amor de verano para luego pasarlo mal cuando llegue septiembre. Y no soy esa clase de persona que disfruta de las relaciones pasajeras insustanciales. Matt parece un buen chico, de momento, pero no me apetece llegar a sentir algo por él y tener que separarnos cuando acabe el verano.

No puedo dormir y tampoco siento la necesidad de tener que hacerlo. No tengo que madrugar. Me armo de valor y decido bajar para darle una nueva oportunidad a Matt. Que no quiera enamorarme no significa que no pueda tener un amigo. Evidentemente no pienso decirle que él también me atrae, sólo quiero ofrecerle mi amistad.

A oscuras, bajo la escalera y, sin darme cuenta, me encuentro a Matt de frente, subiendo y a pocos centímetros de mí. Nos asustamos mutuamente y nos reímos de la ridícula situación. Mis ojos se adaptan a la oscuridad y, gracias al escaso hilo de luz que entra por el ventanuco del rellano de la escalera, consigo distinguir su cara. Nos quedamos quietos, mirándonos, pensando, temblando. La situación se tensa por momentos pero ninguno hace nada por cambiarla. Es como si se hubiera detenido el tiempo y sólo existiéramos nosotros dos, unidos por la oscuridad y unos pensamientos en común.

–¿A dónde vas? –le pregunto rompiendo el momento.

–¿Yo? –duda Matt al responder– Iba al baño pero no lo encuentro. ¿Y tú?

–Bajaba a por un vaso de agua –miento–. Hay un baño abajo, tras la puerta que está junto a la cocina.

Continuamos mirándonos sin decir nada más, dejando que los grillos sean los únicos que interrumpen el silencio. Matt me mira despacio, haciendo un recorrido de arriba hacia abajo. Estoy descalzo, con pantalones cortos, sin camiseta y con el pelo alborotado. En mi muñeca derecha brilla la pulsera de plata que Sussan me regaló hace tres años y que siempre llevo puesta.

Vuelvo a romper el momento y continúo bajando la escalera haciéndome a un lado. Matt me sigue y entra en el baño. Bebo un vaso de agua que ahora sí necesito.

–Buenas noches –le digo a Matt desde este lado de la puerta, antes de subir a mi habitación.

Me tumbo en la cama, analizo lo que acaba de ocurriry pienso en las irresistibles ganas de besarlo que tuve en mitad de la escalera, en como le hubiera cogido por el cuello y hubiera acercado mis labios a los suyos lentamente, mientras le habría susurrado «me has ganado» antes de fundirnos en uno de esos besos de película, tan pasionales y sentimentales que sabes que nunca los vas a vivir en tus propias carnes.

# 3
# LA TORMENTA

Matt ha desaparecido. Me he despertado, he bajado y no está. Apenas lo conozco de dos conversaciones y un encuentro a media noche en la escalera, pero en el fondo me ha caído bien y me pregunto qué habrá sido de él. Intuyo que se ha ido temprano para evitar encontrarse conmigo. Después de todo, anoche le di calabazas, juraría que dos veces. Parece mentira que hace veinticuatro horas tuviera como planes para el verano relajarme, disfrutar de la playa y hacer el vago; y ahora se han esfumado simplemente porque he conocido a alguien del que apenas sé nada. Atrás queda el relax, la arena y el sol, ahora lo que me interesa es saber dónde está y si volveré a verlo. ¿Quiero volver a verlo? Igual es mejor así, quedarme con la anécdota.

Desayuno y salgo al porche a coger el bañador seco. Hace un día de perros. Bastantes nubes cubren el cielo y no apetece nada bañarse. Me pongo unos vaqueros, camiseta y gorra. Me lavo los dientes y me voy a la playa en busca de un encuentro casual con Matt.

Recorro la orilla fijándome en cualquier persona que veo cerca. Me detengo y me siento en la arena. Intento despejar mi mente. Después de todo, sólo es un chico, nada más. Si no vuelvo a verlo será como si nunca lo hubiese conocido. De hecho, no lo conozco.

Pasa media hora y no hay suerte. Vuelvo a casa, cojo el coche y voy al supermercado. Regreso a la hora de comer y me preparo el almuerzo. No soy el mejor de los cocineros, pero me defiendo. Enciendo la radio. Están anunciando una verbena que tendrá lugar a finales del mes con motivo de las fiestas de St. Dean. Estaría bien acudir si cuando llegue el momento he entablado más amistad con Matt o con cualquier otra persona del pueblo. No será como mis fiestas en la Norwalk, eso seguro, pero algo es algo.

Nunca he ido a ninguno de los bailes que hay cada año en el pueblo. Siempre me han parecido un tostón y he preferido quedarme en casa viendo alguna película, echarme en la arena a ver las estrellas o incluso dormir. Pero este año tengo interés por ir. No sé si porque me hago mayor o porque tengo la sensación de que, probablemente, sea el último verano que pase completo aquí.

Apago la radio y pongo la televisión mientras almuerzo. Veo las noticias. Nada destacable. Mejor. Odio que pasen cosas interesantes en la ciudad cuando yo no estoy. Friego los platos, recojo todo, subo a mi habitación y me echo en la cama sin nada que hacer. Puto pueblo. Levanto la vista y veo mi cámara de fotos sobre la mesa. Ya tengo plan.

Apago el motor y apoyo la cabeza sobre el asiento. Contemplo las vistas. Desde lo alto de esta montaña el pueblo parece más grande de lo que es. Distingo el centro comercial, la estación de bomberos, la comisaría de policía, la biblioteca Hudson y el parking de la bolera. Al fondo, justo donde empieza el paseo que da a la playa, han instalado la feria con su noria, coches de choque y demás atracciones. Me encanta.

Foto.

Sigo el paseo con la mirada hasta dar con a mi casa. Un kilómetro más allá de mi urbanización hay un acantilado al que suelen ir los pescadores a pasar el día. No es muy pronunciado, por lo que incluso se puede bajar por las rocas y darse un baño. Al otro lado del pueblo, la costa continúa con algunas casas salteadas aquí y allí hasta llegar al pueblo de al lado, nuestros "enemigos". Es algo así como una guerra de vecinos. Realmente no nos molestamos unos a otros, pero tampoco hacemos nada por llevarnos bien. Hay tanta envidia entre ambos que llegará el día en el que acabarán ambos pueblos destrozados cual II Guerra Mundial. Si no es por quién tiene las playas mas limpias, es por tener el pescado más fresco y, si no, por tener los restaurantes más acogedores o las mejores verbenas. Tiempo al tiempo.

Foto.

Aprovecho el atardecer, momento en el que mejor fotos puedo sacar. Aparco cerca de la feria y me doy un festín fotográfico que fusiona los últimos rayos del sol con las primeras luces de las atracciones y los puestos de comida ambulantes. Miro a través del objetivo buscando el ángulo perfecto cuando, a pocos metros, distingo a Matt en un grupo de personas adultas. Siento ganas de ir y hablar con él, pero no quiero entrometerme. No reconozco a ninguno de sus amigos en ese grupo así que doy por hecho que son familiares.

Ahí está él, con su sonrisa de anuncio, contando algo aparentemente divertido a su familia –o quienes sean– y haciendo monerías con un par de niños más pequeños que él. Lleva la misma ropa que anoche; excepto la camiseta, que ahora es de rayas azules. En el fondo me gusta, y creo que bastante, por más que trate de negármelo a mí mismo. Y, sabiendo eso, es mejor que siga sin darme señales de vida. Es mejor para los dos. Es mejor para mí.

Vuelvo a casa y no me quito su imagen de la retina. No entiendo esta obsesión temprana por un chico que simplemente vi un día en la playa, se quedó dormido en mi escalera y le di cobijo durante una noche. Parece como si llevara semanas observándolo.

Le he enviado un mensaje a Nathan para que venga mañana al pueblo. Necesito compañía y distraerme.

Suena el teléfono. Tengo un mensaje nuevo.

«Lo siento Ryan, no puedo ir a verte. Tengo planes con Sussan para todo el verano y no puedo dejarla plantada. Igual vamos algún fin de semana juntos, pero no es seguro».

En cualquier otro momento de mi vida le hubiera insistido y recriminado su actitud, pero no esta vez. No quiero que piense que me ha sentado mal y seguramente es mejor estar solo, por si Matt reaparece. Nathan es mi mejor amigo, pero no creo que estuviera a gusto con alguien que no conoce, que ni yo mismo conozco ahora que lo pienso.

Agotado, regreso a casa y bebo agua como si fueran a prohibirla. Me he levantado temprano, sin sueño, y he ido a correr durante una hora a lo largo de

la playa. Entre lo mal que voy a comer estos tres meses y la poca actividad física que tendré cogiendo sol a diario, tengo que hacer algo para mantenerme en forma. No es cuestión de llegar el primer día de universidad hecho una bola de carne con ojos. Las primeras impresiones son muy importantes y, aunque sea frívolo, prefiero aparecer con ropa nueva y apariencia impecable.

Me doy una ducha y me paso el resto de la mañana y la tarde viendo American Horror Story y Mad Men en mi ordenador portátil.

° ° °

Abro los ojos de golpe y me resbalo del sofá. Caigo al suelo boca arriba y me río de lo absurdo de la situación. Un resplandor ilumina la sala y, acto seguido, un enorme trueno retumba en todas las paredes. Me asomo al porche y veo cómo las nubes que cubrían el cielo esta mañana se han vuelto de color negro intenso. Está lloviendo y, a juzgar por la cantidad de agua sobre la arena, lleva así un buen rato. La lluvia golpea las ventanas y el viento agita las palmeras. En el piso de arriba oigo ruidos y noto cierta corriente de aire. Subo y cierro la ventana de mi habitación.

Ahora oigo cosas abajo.

–Todo estaba cerrado –pienso en voz alta.

Vuelvo a oír los ruidos. Son como golpes secos. Están llamando a la puerta. ¿No saben usar el timbre? Bajo, abro la puerta y me encuentro con lo último que esperaba ver.

–¡Casi me ahogo!

Matt está calado hasta los huesos. La ropa, empapada, parece recién sacada de la lavadora. Su pelo chorrea agua como si fuera un grifo abierto y su cara no deja de gotear por mucho que intente secársela con la manga de su sudadera mojada.

–Espera aquí –le digo–, voy a por una toalla –que cojo del baño de la planta baja–. Toma. Quítate esa sudadera, está empapada.

Matt la deja en el suelo y su camiseta está igual que el resto de la ropa.

–Será mejor que te lo quites todo –le sugiero–. Te prestaré algo.

Le invito a pasar y subo a mi habitación en busca de algo que pueda servirle, ya que es más bajo y delgado que yo. Un pantalón de chándal servirá. Vuelvo a bajar y me encuentro a Matt, en calzoncillos, tiritando en mitad del salón, secándose con la toalla. Ha dejado su ropa en el suelo, junto a la entrada.

–¿Tan desesperado estás que no has podido encontrar otra excusa para desnudarte? –bromeo–. No he cogido calzoncillos, ¿quieres unos?

–No gracias. Creo que es lo único que tengo seco.

Le tiendo la ropa y me siento en el sofá a esperar a que se vista, tentado de echar alguna mirada de reojo. Me contengo. Cojo el mando y trato de encender la televisión.

–Creo que te has quedado sin luz –supone Matt mientras se sienta a mi lado–. Llamé varias veces al timbre pero no sonó.

Espero que no sea un apagón. Me acerco al cuadro de luces y veo que

algunas palancas están bajadas. Las subo, mi ordenador se enciende solo y la electricidad estática vuelve a la televisión.

Matt coge el mando y empieza a hacer zapping mientras yo me quedo sentado en los primeros peldaños de la escalera. ¿Qué hace aquí? Esperaba algún tipo de explicación. Más bien dos. Una por haberse ido la otra noche sin avisar y otra por haber venido hoy.

–No parece que vayan a echar nada interesante hoy –me dice.

–¿Qué? –le respondo, saliendo de mis pensamientos.

–Televisión –aclara, señalando la pantalla–. No hay nada bueno.

Me siento junto a él, tomo el mando y le explico que tenemos satélite; es decir, muchos más canales por los que indagar buscando algo decente. Matt me arrebata el mando y comienza a buscar canales. Después de un rato haciendo zapping, apaga la televisión.

Me cuenta que sus padres trabajan en la ciudad, así que él se va todos los años a veranear con sus tíos, y que este año, como me había dicho, tocó venir a St. Dean. También hablamos sobre nuestros respectivos institutos y la casualidad de que él también estuvo en el mismo campamento que yo, donde conocí a Josh.

–Aún no tenía claro lo que me gustaba –me comenta–. Si no, seguro que me hubiera fijado en ti.

–Yo estuve bastante ocupado en ese campamento –le digo evitando hablar de Josh–. No tenía el cuerpo para enamoramientos, la verdad.

Es hora de cenar y nos disponemos a preparar unas hamburguesas. Matt es bastante patoso en la cocina y casi todo el trabajo lo hago yo.

–Has tostado muy bien el pan –bromeo al terminar.

Si las miradas matasen, ahora mismo mi cadáver estaría sobre la encimera de la cocina asándose sobre la vitrocerámica.

Cenamos y vemos una película. Nos pasamos todo el tiempo criticando a los personajes, los efectos especiales y algunas tramas. Charlamos en las partes aburridas y, cuando se acerca el final, tengo unas ganas horribles de que se acabe. Me interesa más saber de él, conocerlo, descubrir sus secretos, miedos e ilusiones. Sentado junto a él, no quiero que esta noche termine.

Miro hacia abajo y me fijo en que mi mano está muy cerca de la suya, casi a punto de rozarse. Me pregunto si debería cogérsela. Tal vez se asuste, tal vez no. Pausadamente voy moviendo mi mano, dedo a dedo, milímetro a milímetro. Avanzo y retrocedo. No quiero mirar y no sé a qué distancia estoy. Nervios. Tiemblo. Rozo su dedo meñique y rápidamente separo mi mano de la suya.

Sin haberme movido, siento como su dedo roza el mío y, sin quitar la vista de la televisión, nos cogemos de la mano. Comenzamos a sentirnos, tocarnos, comunicarnos... tan sólo con los dedos y la palma de las manos. Parecemos adolescentes de trece años en la sesión de las cuatro del cine. Le acaricio, haciéndole saber que, aunque apenas nos conocemos, siento algo por él.

La película llega a su fin. Matt suelta mi mano y se levanta del sofá.

–¿El baño? –me pregunta.

–Ya sabes dónde está –le respondo arqueando una ceja en señal de extrañeza.

Aún no comprendo lo que está pasando, pero tampoco quiero correr y equivocarme. No sé cuáles son sus intenciones conmigo. Lo único que sé es que le gusto, pero no es suficiente.

Matt sale del baño y lo acompaño a la puerta principal.

–Has conseguido en un día lo que mis amigos no han hecho en años –me dice mientras me acaricia el brazo con el dorso de su mano y mi cara, sin hablar, le pide que continúe–, que me sienta a gusto conmigo y con lo que soy, sin pensar en si estoy haciendo bien o mal.

Me quedo en blanco.

–Me voy que se me va a escapar el bus que me lleva al pueblo–continúa–. Lo he pasado muy bien.

–Yo también.

Me quedo en la puerta, atontado como un adolescente que espera a que vengan a recogerlo para ir al baile de fin de curso, mientras veo como se aleja.

–¡Matt! –le grito en el último momento–. ¿A qué viniste esta tarde?

Matt da media vuelta y se acerca caminando lentamente, mirándome fijamente a los ojos hasta quedarse de puntillas a un palmo de mi cara. Mi respiración se detiene.

–No lo sé –dice finalmente, encogiéndose de hombros.

Da media vuelta y se aleja en la oscuridad de la noche. Por un momento creí que iba a recibir un beso y por poco me fallan las piernas. Estoy temblando y pienso que, tal vez, no hubiera estado mal que me hubiera besado. Es más, debería habérselo dado yo. Ha sido la oportunidad perfecta.

Esta noche es distinta. Está más llena de vida, más dulzona, más alegre. O quizás soy yo el que estoy distinto. Estoy más lleno de vida, más dulzón, más alegre. Y todo por culpa de un chico al que no esperaba ver más. Sé que no debería hacerme ilusiones pero, ahora que sé que vivimos en la misma ciudad, no puedo evitarlo. Está claro que yo iré a la universidad y sólo estaré disponible los fines de semana, pero podría funcionar. La duda es lo que me contiene.

Por la ventana entra la brisa, que trae consigo el olor del mar. Mi playa, mi apreciada playa me ha hecho un regalo que no voy a desperdiciar. No sé si estamos yendo rápido pero no me importa. Sólo sigo los impulsos de mi corazón, que me indican que siga adelante. No estoy haciendo nada malo, ni hiriendo a nadie. Sólo somos Matt y yo, juntos los dos. Nadie más. No importa lo que puedan pensar los demás, la vida es corta y no estamos aquí para desperdiciarla. Tal vez me vuelva a equivocar, tal vez estoy confundiendo sentimientos y corriendo deprisa, pero en eso consiste todo, ¿no? En dejarse llevar y vivir.

° ° °

Hoy el día está tranquilo, el mar en calma, el cielo despejado, el viento

sereno y la nevera vacía. Lo poco que compré en el supermercado para sobrevivir un par de días se ha extinguido. Algo normal, teniendo en cuenta que ya he invitado a Matt a cenardos veces.

Me visto y, sin desayunar, cojo el coche en dirección al pueblo. Voy tan atontado pensando en Matt que me pierdo y no consigo dar con el supermercado. Las calles del pueblo son estrechas, mal señalizadas y, lo que es peor, todas iguales. Prácticamente todas las construcciones son del mismo estilo, en colores crema o blanco y lo único que diferencia unas de otras son los locales comerciales, bares y portales. Hago memoria y, cuando por fin doy con un punto de referencia que conozco, logro llegar sin problema.

–Si te llevas seis latas de cerveza, te regalamos una pelota de playa, una colchoneta o unas raquetas –me comenta la cajera.

–No gracias –le sonrío–. Con cuatro tengo de sobra.

–Bueno, como quieras –se resigna sonriente–.

En la chapa de su pecho leo su nombre. Erica.

–Eres el hijo de Kate, ¿verdad? –me pregunta. ¿De qué conoce a mi madre?

–Sí –asiento–. ¿Cómo lo sabes?

–Tu madre solía venir mucho el año pasado a comprar fruta –claro, ¡Erica!, la del puesto de fruta que se lió con su jefe–. Aunque hoy ha faltado una compañera y me han puesto a mí en la caja.

Le sonrío. No quiero parecer antipático o maleducado, pero no me sale ningún tipo de respuesta.

Se acerca una mujer con un uniforme más serio. Seguro que viene a preguntarme si soy mayor de edad por estar comprando cerveza.

–Erica –dice la mujer–. ¿Le has pedido la identificación a este chico? –lo sabía.

–No me la ha pedido –le recrimino–. Pero tenga –rebusco en mi cartera y le muestro que tengo dieciocho años–.

–Gracias –me agradece la mujer–. Por cierto, Erica, dentro de una hora ya no estarás en caja. Vete al almacén que hay que empezar el inventario –le dice a la cajera antes de marcharse.

–Es una bruja –se queja Erica, mirándome con tristeza.

–O quizás se ha enterado de que te acuestas con su marido –le respondo, en un alarde de maldad como si fuera una de esas señoras que tanto odio.

–¿Cómo? –pregunta Erica escandalizada.

Trágame tierra. ¿Por qué he dicho eso? ¡Si la encargada ni siquiera es su mujer, según cuentan los rumores!

–Que igual hace tiempo que no se acuesta con su marido –disimulo–. Ya sabes. Quien no tiene buena noche, no puede tener buen día.

Erica se ríe. Pago y me marcho avergonzando antes de comprobar si he salvado la situación o no.

Tras dejar la compra en el coche, decido dar un pequeño paseo por el centro. En apenas un año, la zona ha cambiado mucho. Gran parte de las casas

más viejas han sido derruidas para construir más de esos edificios color crema. El paseo de la playa ha sido ampliado y ya no sólo cuenta con un par de duchas, sino que tiene casetas con duchas, cambiadores, servicios, etc. También han abierto algunos restaurantes al pie de la playa. Mi adorada playa se convertirá pronto en una zona de turismo más. Estoy convencido de que perderá su encanto especial. Cada año hay más turistas que no son del pueblo, pero con respecto al año pasado, este verano se han multiplicado por tres. Lo más probable es que, con el paso de los años, el pueblo llegue a transformarse en otra gran ciudad. Mi urbanización ya no estará aislada, sino que formará parte del bullicio diario. Si la situación continua así, lo más probable es que deje de darle importancia a mi apreciado mar y ya no sienta el mismo interés cada verano, si es que tengo tiempo de volver.

Paso junto a una nueva tienda de juguetes y veo en una esquina del escaparate un osito de peluche gris con un lazo rojo. Típico osito antiguo como los que tenían los niños de antes, pero con una realización industrial y moderna. Me da pena verlo ahí solo, rodeado de tantos juguetes de la nueva generación, y me acuerdo de Matt, de aquél momento en el que lo vi por fuera de mi porche, solo y abandonado. Entro y lo compro.

De regreso a casa veo una librería que hace esquina y decido parar un momento para comprar. Aparco a un lado de la calle. Me acerco al mostrador y pregunto si tienen algún manual de cocina o un libro de recetas, pero algo sencillo, para principiantes. Me indican tres títulos, de los cuales me llevo dos. A tan sólo unos metros, se acerca un coche de la policía. Le pido a la dependienta que se de prisa y llego al coche antes de que me pongan una multa.

Una vez llego a casa, guardo la compra al mismo tiempo que voy haciéndome un esquema mental sobre lo que podré hacer de comer. En el supermercado, pensé en la posibilidad de que Matt se quede más veces a almorzar, cenar o incluso a desayunar. Así que compré algunas cosas pensando en lo que puede gustarle. Aún es temprano así que pienso en coger algo de sol antes de comer. Me cambio, cojo la toalla y me tumbo a unos pocos metros de casa.

Las pequeñas gotas de lluvia me despiertan. Miro al cielo y veo como el sol se ha escondido detrás de las nubes. No creo que llueva como anoche, pero tampoco está el día como para seguir echado en la arena. Recojo mis cosas y doy por finalizado el día de playa.

° ° °

–¡Buenos días! ¡Despierta!

Abro un ojo y, por un segundo, pienso que estoy en casa, en la ciudad.

–Serán buenas noches, mamá –respondo mientras me incorporo, me siento en el borde de la cama y me estiro –. Vaya siesta me he pegado.

Me dirijo al baño mientras le informo de que ayer fui al supermercado, pero no estoy seguro de haber comprado todo lo que hace falta. Cierro la puerta tras de mí.

Abro la puerta de golpe, con los ojos abiertos como platos y el corazón a punto de salir por mi boca.

–¡Mama! –le grito sorprendido–. ¿Qué haces tú aquí?

–Yo también me alegro de verte –ironiza–. Se ha estropeado la furgoneta. No nos la arreglarán hasta finales de verano y ya sabes que nos hace falta, así que he venido a por tu coche.

–Qué bien…

–No te preocupes, que sólo voy a quedarme un par de días –¿Cómo? ¿Que no se va ya?–. Y así de paso compruebo si sabes defenderte solo.

–¡Genial! ¡Una niñera! –exclamo sarcásticamente.

–No voy a controlarte –responde ella indignada–. Simplemente vine a por el coche. Si quieres me voy en cuanto amanezca.

–No seas dramática, Julia Roberts –le respondo–. Es tu casa y puedes quedarte los días que te de la gana. Pero no te metas en mis cosas.

Bajamos a la cocina para preparar algo de cenar.

–¡No me lo puedo creer! –exclama mientras agarra uno de los libros que compré–. ¿Vas a aprender a cocinar?

–Lo compré por si me hacía falta.

Aprovechando que está la compra hecha y con los dos libros a mano, escogemos una receta rápida de hacer y nos entretenemos. Cenamos juntos y pasamos el resto de la noche viendo la televisión. Charlamos sobre lo que he hecho estos días, la imprenta, la familia y todo lo que ha acontecido en nuestras vidas en el poco tiempo que llevamos sin vernos. Le cuento todo, menos lo de Matt. No sé si es el momento adecuado y tampoco sé qué ocurrirá entre nosotros como para meter a la familia por medio tan pronto.

Llaman a la puerta.

«No seas tú. No seas tú». Pienso.

Giro el pomo, abro la puerta y me encuentro a Matt de frente.

«¡Mierda!».

Hace un amago de entrar y lo detengo poniéndole la mano en el pecho.

–¿Qué pasa? –pregunta Matt mirado desconcertado a su alrededor–. ¿Ya me estás poniendo los cuernos? –bromea.

Me río.

–No es eso –me disculpo–. Mi madre está dentro. Ha venido a llevarse mi coche y se quedará un par de días. Es mejor que no nos veamos.

–¿Y eso a qué viene ahora?

–No quiero que se entere de los nuestro aún.

–¿Lo nuestro? –pregunta mientras se le dibuja una sonrisa en la cara–. Pero, ¿es que tenemos algo?

–No… Bueno, no lo sé –dudo–. Podría ser. Ya veremos.

–Pero no tiene por qué enterarse. Podemos ser amigos. ¿Tú no tienes amigos?

–Créeme –intento convencerle–. Mi madre sabe que aquí no tengo amigos. Acabaría atando cabos.

–Si tú lo dices…

–Te lo compensaré, te lo prometo. Dame tu número de teléfono y te aviso en cuanto me quede solo.

Matt me da su número y se marcha cabizbajo. Me da muchísima pena y me dan ganas de ir tras él y compensarle el mal trago con un gran, y merecido, beso.

–¿Quién es? –pregunta Kate desde el sofá.

–¿Qué? ¿Quién? –respondo nervioso. ¿Me ha pillado?

–El que descubrió América, si te parece –responde ella con sarcasmo–. ¡El de la puerta!

–¡Ah! Nadie. Un chico preguntando si habíamos visto su cartera por la playa –miento–. Me ha dado su número por si la encontramos poder localizarlo.

Noto que mi madre no se ha tragado la historia del todo, pero tampoco sigue preguntando, simplemente apaga la televisión y viene tras de mí hasta el piso de arriba.

–Las sábanas del armario apestan a humedad –le informo–. Cuando llegué lavé dos juegos pero ya los he usado.

–¿Los dos? Si no llevas aquí ni una semana.

Rápido. Invéntate una excusa.

–La primera noche hizo mucho calor y acabaron las sábanas empapadas –técnicamente no he dicho ninguna mentira.

–Pues entonces duermo contigo.

Mi madre se ha ido. Llevo toda la mañana buscándola por todas partes y no la encuentro. Ni en la casa, ni en la playa. La llamo al móvil y no responde. Ha desaparecido sin despedirse. Me muero de hambre. Me acerco a la nevera para coger un zumo y veo una nota en un post it de la que no me he percatado hasta ahora.

«Tu padre necesita el coche con urgencia hoy. He vuelto a casa. Pórtate bien y cuídate mucho. Mamá».

–Genial, me he quedado sin coche –me digo a mí mismo con sarcasmo–. ¡Genial! ¡Puedo llamar a Matt!

Dudo entre llamarlo o enviarle un mensaje por whatsapp.

Marco su número y, después de tres o cuatro tonos, responde al otro lado de la línea. Se alegra de que mi madre haya desaparecido y me responde a todo que sí. Podría pedirle que se comiera un bocadillo de arena, que su respuesta sería sí. Se le nota ilusionado.

# 4
# LAS NARANJAS

Nunca he tenido suerte en el amor. Bueno, quizás «nunca» es una palabra demasiado drástica, pero es así como me siento. Mientras todos mis amigos han tenido unas y otras historias de amor y desamor, yo siempre he pasado desapercibido sin nada trascendental que comentar en las típicas tardes de cotilleo con Sussan y Anna. He tenido mis pequeños encuentros y grandes decepciones, como Josh, pero no he llegado a descubrir lo que es el amor junto a una pareja de esas que, en cuanto la conoces, piensas que durará para siempre. Nunca he celebrado un aniversario ni el día de San Valentín. Ni siquiera he pasado una Navidad en pareja. Y no creo que sea porque no valgo o porque no sirvo. Creo que es simple suerte. Suerte que nunca ha querido posarse en mi hombro.

Mis padres se conocieron cuando tenían mi edad. Ben trabajaba de repartidor en el supermercado del barrio, así podía ahorrar dinero y pagarse la universidad. Mi abuela Rose, la señora más distinguida y elegante de la ciudad, es viuda desde que mi madre era pequeña, por lo que se pasó el resto de su vida buscando hombres que sustituyeran a su difunto marido y le dieran a mi madre esa figura paterna que nunca tuvo. Tanto se centró en su aventura que descuidó por completo algo tan importante como criar a su hija –irónicamente, el objetivo principal por el que quería encontrar un nuevo marido–; por eso, mi madre tuvo que aprender a arreglárselas sola desde muy joven. Apenas tenía quince años cuando un día, ensimismada tratando de recordar la lista de todo lo que tenía que comprar, chocó contra un apuesto joven en la entrada del supermercado, provocando que se le cayeran las cajas de naranjas que cargaba y, con ellas, también ella; y detrás el joven.

Y allí quedaron ellos, tirados en el suelo sobre una alfombra de naranjas, mirándose sin saber qué decir hasta que el joven reaccionó, se incorporó y la ayudó a ponerse en pie.

–Lo siento –se disculpó mientras le tendía la mano–. No te vi venir.

–¡Qué vergüenza! –respondió ella con la cara roja como un tomate y bajándose la blusa que se le había subido hasta el ombligo.

–Soy Ben. Trabajo aquí.

–Encantada. Yo me llamo Kate. Y no trabajo aquí –bromeó.

–Jajaja. Eres muy dulce, igual que las naranjas.

–Eres muy amable –le respondió Kate sonrojada–. Bueno, Ben, tengo que comprar o mi madre se va a preocupar. ¿Te volveré a ver por aquí?

–Cuenta con ello. Ahora que has entrado en mi vida, no te voy a dejar escapar.

Tres años más tarde, en cuanto mi madre cumplió los dieciocho, se casaron. Dos años después llegué yo. Y ahora, dieciocho años después, aquí sigo, esperando encontrar el amor en la puerta de algún supermercado sobre una alfombra de naranjas.

° ° °

Llaman a la puerta y corro a abrir.

–Pequeñín, ¿está tu mami en casa? –pregunta Matt mirando hacia mis muslos, como si fuera de ese tamaño.

Cierro la puerta y lo dejo fuera. Me río y me quedo esperando un rato para fastidiarlo.

Vuelvo a abrir. No hay nadie.

–Que sea la última vez que me cierras la puerta en las narices –dice una voz detrás de mí, al mismo tiempo que dos manos suaves me tapan los ojos.

–¿Cómo has entrado?

–La puerta de atrás está abierta –responde Matt.

Me doy la vuelta y le regalo una de mis mejores sonrisas. Lo abrazo. Lo huelo. Me teletransporto a un lugar donde el mundo no gira. Huele a naranja.

–Me encanta tu colonia.

–Gracias –se ruboriza–. Huele como a mandarina o naranja, ¿verdad? Me la ha prestado mi primo.

Salimos a la playa y paseamos durante un rato sin decirnos nada. Miramos el agua que llega hasta la orilla del mar, la arena que pisamos y se introduce entre los dedos de nuestros pies, la brisa que mueve las hojas de las palmeras, el sol que brilla para nosotros… Le miro y me sonríe. Seguimos caminando. Llevo días queriendo estar con él y ahora nos embriagamos mutuamente y no sabemos qué decir.

Finalmente, rompo el hielo y le pregunto por sus estudios, su vida escolar y cosas por el estilo, ya que es lo último de lo que hablamos la noche de la tormenta. Me cuenta que es un chico tímido aunque no lo parezca últimamente. En el instituto tiene un reducido grupo de amigos –algunos de los cuales vi el otro día– y no es muy popular.

–No sé qué quiero ser de mayor –me comenta–. Tengo un año para elegir a qué universidad voy a ir y qué voy a estudiar.

–Tienes suerte –le respondo–. A mí me quedan sólo tres meses para decidir si quiero o no quiero ir a la universidad que me ha aceptado. Y si quiero estudiar derecho o no.

–¿No deberías tenerlo claro a estas alturas?

–Debería, pero no.

–Yo tengo que enviar las solicitudes a las universidades que me interesen en septiembre –continúa contándome–. Así que en cierto modo estoy como tú. Menos mal que estos meses en la playa me ayudarán a decidirme.

–Ya tenemos algo en común –le digo–. Yo también vengo a la playa para aislarme del mundo. La ciudad está bien pero, después de tanto tiempo allí, uno acaba algo cansado de ese tipo de vida, de la presión familiar, del mundo en general.

–Ya. Te entiendo. Yo no me quejo de mi vida pero sí que me gustaría cambiar algunas cosas, sobre todo el modo en el que me ven los demás. Me juzgan demasiado por lo que soy o por lo que no soy.

–Odio la gente que prejuzga sin saber. Aunque yo a veces lo he hecho,

pero sólo en mis pensamientos. Nunca he criticado ni hablado de nadie sin conocerlo antes –mentira, lo hice con él el día de la apuesta.

° ° °

Las horas van pasando sin que apenas nos demos cuenta. No nos aburrimos ni un segundo, siento como si jamás pudiera cansarme de oír cosas sobre él.

–En un colegio, como no juegues al fútbol estás perdido –me cuenta Matt.

–Es cierto –le respondo mientras juego con unas hormigas que suben por el muro en el que estamos sentados–. Yo sí juego. Pero mi mejor amigo Nathan nunca ha jugado, lo odia. Y, mira por donde, él tiene novia a pesar de lo que se ha dicho de él. Y yo soy el desviado –bromeo–. La gente es muy cruel a veces.

La tarde va cayendo mientras nos contamos más y más cosas sobre nuestro pasado, nuestros sentimientos y las experiencias que hemos vivido. Los minutos pasan volando mientras las palabras surgen entre los dos. Historias felices, otras tristes, anécdotas, sorpresas y coincidencias en las vidas de ambos. Tenemos vidas muy diferentes y a la vez coincidimos en muchas cosas. No parece lógico que, con las vidas que ambos hemos tenido, hayamos llegado a tener una forma de pensar tan similar.

–Aún no me puedo creer que estuviéramos en el mismo campamento –se sorprende Matt.

–Tienes razón. No me suenas de nada. Aunque la verdad es que yo estaba algo ocupado –afirmo contándole mi historia con Josh.

–Yo nunca he estado con un chico. He tenido algunas novias, pero nada serio. No se pueden tener relaciones serias con catorce o quince años –algún día le contaré la historia de mis padres–.

Le cuento que yo, antes de conocer a Josh, tuve también algunas novias en el instituto. No es que me parezcan importantes pero igual viene a cuento que sepa que tuve un proceso hasta ser quién soy a día de hoy.

–Con ellas no llegué a sentir nada. No sé si sería por la edad o porque realmente no había nada que sentir. Mientras que con Josh fue todo distinto. Nunca había hablado de esto con nadie.

–Yo tampoco. Nadie sabe nada de todo esto. No me da vergüenza contarlo, pero nadie que conozca, excepto tú, se merece saberlo.

–¿Cuándo te diste cuenta? –le pregunto.

–¿De qué? ¿Lo de los chicos? No sé. Todavía no estoy seguro de lo que soy. Sé que hay algo en los chicos que no encuentro en las chicas. Pero supongo que empezó hace unos dos años.

–Más o menos como yo entonces. Por cierto, explícame lo de la apuesta esa.

–Bueno... Te vi cogiendo sol en tu toalla y le dije a una amiga que eras guapo. Ella le preguntó a los chicos que opinaban de ti y dijeron que eras una marica de playa, mientras que las chicas decían que no, que eras demasiado guapo para ser gay. Cosa que es cierta –añade poniéndose rojo–. Así que me

retaron para que fuera a preguntarte si lo eras o no.

–Pero te echaste atrás.

–Sí. Una vez que te tuve delante, sentí algo –¿algo?–. No me preguntes qué. Pensé que estaba cometiendo un error y que podía perder la oportunidad de conocerte si pensabas que era un niñato. Así que decidí improvisar, pero luego me entró miedo. Cuando volví a la arena les conté que me habías dicho que sí lo eras.

Es bueno tener, por fin, todas las piezas del rompecabezas y poder completar en mi mente la historia de cómo y por qué apareció Matt en mi vida.

° ° °

Empieza a refrescar y es hora de volver a casa. Los grillos empiezan a cantar y, nuevamente, las estrellas empiezan a surgir lentamente en el firmamento. Caminamos por el paseo y recuerdo cuando, hace algunas noches, yo mismo hacía este recorrido deseando poder hacerlo con alguien a mi lado, que me quisiera y me amara, como en las películas. Espero que Matt sea esa persona algún día.

Llegamos a casa y nos sentamos en el porche.

–Mira, aquí nos conocimos –recuerda Matt.

–Y la parte del agua te la saltas, ¿no?

–En el agua hablamos, aquí nos conocimos –diferencia Matt–. No supe tu nombre hasta que estuvimos aquí.

–Cierto.

Permanecemos sentados, mirando el horizonte, viendo el atardecer, sin decir nada más. El sol desaparece detrás del mar y el cielo se torna naranja y rojizo. Va oscureciendo lentamente. Apoyados uno contra el otro observábamos la escena en silencio. Disfrutamos del momento como si nunca se fuese a volver a repetir. Con cuidado y lentamente, muevo mi brazo y rodeo suavemente la cintura de Matt. Él descruza sus brazos y coge mi mano, que aparece por su lado derecho. Me la aprieta con fuerza y ternura, lo miro a los ojos y le sonrío. Me siento vivo.

De vuelta en casa, Matt ve los libros de cocina que compré y me propone preparar algo juntos. No tiene mano para la cocina pero puede ser divertido. Optamos por una tarta de limón con nueces que, en la foto, tiene buena pinta. Ponemos música para animar el ambiente y abro un par de cervezas.

–No le digas a tu madre que te he dado alcohol –bromeo.

El intento de repostería termina con una guerra de comida, una desastrosa tarta en la nevera y dos niños con necesidad de una ducha urgente. Dejo que Matt se duche primero. Coge una mochila que no sabía que había traído y se dispone a subir las escaleras para ir al baño de arriba.

–¡Venías preparado! –le recrimino sorprendido.

–Nunca se sabe –responde Matt con sonrisa picarona, mientras coge algo de ropa y deja la mochila en el suelo junto al sofá.

Meto unas pizzas en el horno y, mientras ordeno un poco el desastre,

encuentro la bolsa con el peluche del lazo rojo. Pongo en duda la idea de dárselo hoy y decido esperar a otro momento más oportuno.

Durante la cena, Matt me propone pasar el día de mañana en la playa. Después de todo, aún no hemos tenido un verdadero día de playa juntos y se supone que el verano es para eso.

–Quédate a dormir –le propongo–. No vale la pena que te gastes dinero en el bus dos veces sólo para dormir en tu apartamento.

–Como quieras –accede Matt, mientras saco "sus sábanas" del armario y le preparo el sofá.

Me despido y subo a mi habitación. Me cambio y me acuesto.

No puedo dormir. Esta vez por falta de sueño. Me acerco a la ventana y me quedo mirando a la nada. Pensando en nada. Sintiendo nada. O tal vez en verdad siento tantas cosas que no puedo concentrarme en ninguna. De nada me ha servido resistirme, al final he caído. Sin darme cuenta, algo ha surgido y ya es tarde para detenerlo. No quiero detenerlo. Es posible que lo pase mal, que no lleve a nada. Pero también es muy probable que esta historia me haga feliz. Las cosas ocurren por algo, eso dicen. Y yo no pienso ser tan tonto y, quizás, irresponsable de ponerle freno a algo que puede convertirse en el resto de mi vida.

–¿Te gusta la noche? –me sobresalta Matt tras de mí.

Me doy la vuelta con el corazón a mil por hora y lo veo sentado en mi cama. Su espalda apoyada en la pared, las rodillas contra el pecho y su carita mirándome con dulzura. Parece que mi perrito abandonado se ha colado entre mis sábanas buscando refugio.

–A mí me encanta –continúa diciéndome–. Muchas veces me paso la noche en vela mirando el cielo y pidiendo deseos a todas las estrellas fugaces que veo. Lástima que nunca se cumplan. Bueno… –duda–. Casi nunca.

Sonrío sin decir una palabra y vuelvo a dirigir mi vista hacia el cielo estrellado. Inconscientemente busco una estrella fugaz para pedirle que esta noche no termine nunca.

–¿Cómo fue? –me pregunta.

–¿A qué te refieres?

–Lo de ese chico, Josh. El del campamento.

–Eso es una historia muy larga –respondo intentando evitar pasar por eso.

–No tengo prisa –insiste Matt mientras da unas palmadas en la cama para que me siente a su lado.

Cojo una almohada, la apoyo en la pared y me siento a su lado.

–Un día, en uno de los juegos nos emparejaron sin darnos la posibilidad de elegir. No sé si lo recuerdas –añado acordándome de que Matt también estuvo en ese campamento. Asiente–. A mí me tocó con Josh. Al principio ni siquiera le presté atención. No lo estaba pasando bien pero, a medida que avanzaba el juego, fuimos hablando un poco más. Él tuvo claro desde el principio que yo era cómo él. Gay. O por lo menos eso quería creer. Y, por más que yo intenté disimularlo, cada vez me costaba más hacerme de rogar y fingir que era lo que

no era. Incluso un par de veces me pilló mirándole de una forma que demostraba una evidente atracción hacia él. O, como poco, curiosidad.

–Y una cosa llevó a la otra y...

–¡Que va! No fue tan rápido –le aclaro–. Los tres primeros días no le hice caso, aun sabiendo que él quería algo conmigo. Pero al final, cada vez que organizaban algo, íbamos juntos. Fuimos de caminata, hicimos más juegos emparejados e incluso él intentó cambiarle su cama a mi amigo Danny para estar en la misma cabaña que yo. No lo consiguió.

Hablamos sobre los días que pasamos allí. Nos contamos anécdotas y desviamos el tema. Recordamos cómo por las noches solíamos salir a explorar el monte y en menos de veinte minutos estábamos todos de vuelta muertos de miedo.

–Así que los ruidos que oía por las noches eran culpa de vuestras escapadas –recuerda Matt–. Pues que sepas que, por tu culpa, pasé varias noches en vela.

Me río mientras le hago una pequeña caricia en la rodilla con la palma de mi mano y reconduzco la historia de vuelta a Josh.

–Un día me convenció para que fuéramos al lago a la hora de comer, cuando todos estaban descansando en el campamento. Después de un tira y afloja un tanto absurdo, me reconoció que yo le gustaba.

–¿Y que le dijiste? –pregunta Matt intrigado.

–No lo recuerdo exactamente, pero sé que me bloqueé y le di largas.

Matt hace una mueca burlona y me cuenta que él, en su lugar, hubiera seguido su instinto y le hubiera enseñado a ese chico lo que era un beso de verdad. Me río mientras Matt continua su pequeña historia inventada sobre lo que debería haber hecho. Sin apenas darme cuenta, sumergido en su cuento para adolescentes, le he puesto la mano tras la nuca y le acaricio el cabello.

–Las cosas no son tan fáciles como parecen, pequeño –le digo–. Pero no quedó ahí la cosa –continúo–. Por la tarde hablamos muy poco. Josh creía que había hecho algo malo o que me había enfadado con él. Por la noche, cuando todos dormían, fui a buscarlo a su cabaña, lo desperté y le dije que me siguiera.

La cara de Matt es un poema. Se muerde el labio inferior y hace movimientos con los ojos indicándome que siga, que le cuente más y más.

–Salimos a las afueras del campamento y nos sentamos en una roca. Le dije que no se preocupara, que no me había molestado lo que me había dicho. Fue cuando me abrazó, me resbalé, se resbaló, y acabamos tumbados en el suelo.

Me detengo intentando no emocionarme demasiado. Después de todo, no quiero que Matt piense que estoy enamorado de Josh. No quiero que, por contarle mi historia del campamento, él pierda el interés en mí. No ahora que me he tirado a la piscina y estoy disfrutando al cien por cien.

–Me besó.

Matt sigue en silencio. Como un niño asombrado mira a su abuelo que le

cuenta historias de cuando era joven e iba a la guerra a luchar.

–Al principio no hice nada. Ni me aparté, ni le seguí la corriente. Me quedé ahí, con sus labios besando los míos. Me fui dando cuenta de que estaba perdiendo una buena oportunidad de aclarar mis sentimientos, así que me dejé llevar y le besé también.

–¿Y qué sentiste? –me pregunta Matt, cada vez más intrigado.

–Me gustó. Me gustó mucho.

Matt vuelve a quedarse en silencio, su rostro empieza a cambiar y adquiere cierto aire de nostalgia o tristeza. Me pregunto si es por mi culpa o si es por la pena de no haber vivido nunca algo parecido. Decido que ya hemos tenido demasiado Josh esta noche y termino mi historia.

–El último día de campamento, nos fuimos al bosque y nos abrazamos. Nos prometimos que nunca nos quitarían esos días y que los recordaríamos siempre. Y lo he cumplido.

–¿Estás enamorado? –la pregunta que más temía que me preguntara.

–No. Ha pasado el tiempo y no estuvimos juntos lo suficiente como para llegar a sentir amor. Lo pasé mal cuando nos separamos pero, viéndolo ahora con la perspectiva del tiempo, puedo afirmar que no estaba, ni estoy, enamorado.

Matt me abraza. Se me escapan un par de lágrimas que no sé de dónde vienen ni qué las ha provocado. Me las seco antes de que pueda darse cuenta. Lo miro a los ojos, le doy un beso en la mejilla, le sonrío y me echo a dormir dándole la espalda. Matt se levanta de la cama lentamente y sale de la habitación.

–Quédate aquí –le susurro, para que se quede a dormir en mi cama.

–¿Qué?

Me arrepiento. ¿Demasiado pronto?

–Que te quedes. Cuando me despierte quiero verte abajo. No te marches como el otro día.

Me quedo en silencio sin saber si se ha ido o no. No escucho nada.

–Ryan.

–¿Sí? –respondo sin volverme hacia él.

–Yo no soy Josh.

–¿A qué te refieres? –pregunto mientras me giro para mirarle a la cara.

–A que yo no voy a dejarte escapar.

# 5
# LA VELA

Preparo tostadas con mermelada, croissants rellenos de chocolate, galletas, cereales y zumo. Matt sigue durmiendo en el sofá. Debe de estar cómodo porque no se ha despertado con ninguno de los ruidos que he hecho a propósito en la cocina. Me acerco con el desayuno en una bandeja, que deposito en la mesita que hay junto a él, y lo despierto lentamente acariciándole el pelo y la cara.

Desayunamos juntos y me agradece lo amable que estoy siendo con él estos días. El cielo está totalmente despejado, el mar en calma y la playa aún vacía. Mientras recojo los restos del desayuno, Matt ve dibujos animados.

–¿No cierras la puerta con llave? –me pregunta Matt mientras salimos en dirección a la playa.

–¿Para qué? No vamos a irnos lejos, podré controlar que nadie entra.

Extendemos nuestras toallas en mi lugar habitual y nos disponemos a pasar nuestro primer día de playa oficial.

–¡Ni se te ocurra! –me suplica.

–¿El qué? –pregunto, haciéndome el despistado mientras hago un amago de salpicarle con el pie.

–¡Ni se te ocurra! –repite.

Sin dejarle terminar de hablar, ni reaccionar, doy una fuerte patada al agua, salpicándole todo el cuerpo. Repito la acción un par de veces mientras Matt permanece inmóvil, aguantando el frío del agua como puede, sin decir nada, mirándome con cara amenazante. Ahora que ya está empapado, empieza a correr tras de mí. Huyo. Me persigue. Corre más rápido que yo y me alcanza. Me agarra por la cintura e intenta tirarme al agua, pero es él el que cae y termina de mojarse por completo. Río y nado huyendo de él, adentrándome en el mar.

–¡Ven a buscarme si te atreves! –le grito.

Matt empieza a nadar hacia a mí, amenazándome con que es buen nadador y me pillará tarde o temprano. Sigo alejándome evitando que me alcance. Miro hacia abajo y se entrecortan mis risas. He nadado demasiado y ya no hay arena bajo mis pies, sólo rocas. Odio el fondo del mar. Nado en dirección a la orilla hasta volver a donde hay arena y dejo que Matt me alcance. Nos salpicamos e intentamos hundirnos como si fuéramos dos niños de ocho años.

El calor es insoportable, así que nos quedamos sentados en la orilla, dejando que las olas sacudan nuestros pies una y otra vez.

A mi espalda, aparecen dos de los amigos de Matt. Se acercan y le preguntan qué hace aquí conmigo. Me incomodo. Supongo que estarán sorprendidos de ver a su supuestamente heterosexual amigo con una marica de playa como yo. Matt les responde que estamos cogiendo conchas y caracolas para hacer collares y nos echamos a reír.

–¿Y tú de que te ríes? –me pregunta uno de los chicos, con actitud amenazante.

–De dos rubias tontas que pretenden joderme el día –le respondo.

El chico se pone hecho una furia. Obviamente se ha dado por aludido, pese a no ser una rubia tonta.

–¿Tú qué te crees? –dice acercándose a mi cara–. ¿Te crees que me da miedo un marica como tú?

Matt intenta interponerse, pero lo detengo con mi mano.

–Mira… rubita. No tengo por qué aguantar tus boberías. Date un baño a ver si te pica una medusa y déjame tranquilo –termino, volviendo mi cara hacia el horizonte para ignorar su posible respuesta.

–Matt, ¿éste no es el del otro día? –pregunta el otro chico–. ¿Eres amigo de este tío?

–Sí –responde Matt de forma tajante.

Sigo escuchando como el primer chico murmura y lanza insultos a mi espalda, hasta que finalmente me harto y me levanto dándome la vuelta. Lo único que veo son cinco dedos en forma de puño que se acercan a mi cara. Trato de esquivarlo pero me alcanza en la mandíbula. Pierdo el equilibrio y me tambaleo. Lo miro. Me toco el labio para comprobar si sangro. Negativo. Duele. Lo vuelvo a mirar y esbozo una pequeña sonrisa irónica.

–No voy a rebajarme a tu altura, niñato –le digo a mi agresor, mientras su amigo lo agarra para que no continúe la pelea–. Me han enseñado que a los niños no se les pega.

Agarro por el brazo a Matt –que sigue discutiendo con su amigo– y me lo llevo a empujones.

–¡No me esperaba esto de ti, Matt! –grita su amigo mientras nos marchamos.

–¡Es verdad! –grita mi agresor–. ¡Vete con tu mujercita! ¡Ya no te queremos con nosotros!

Llegamos a casa, entro, le doy un puñetazo lleno de rabia a la mesa del comedor y me encierro en el baño refunfuñando entre dientes.

Matt sigue fuera. Oigo como camina de un lado para otro cerca de la puerta. Llevo aquí encerrado cerca de diez minutos y no me apetece salir. No quiero que me vea así. Se supone que yo soy fuerte, el mayor, el que lo tiene todo bajo control, el que cuida de él. Me miro en el espejo y veo como me caen las lágrimas por la cara sin apenas esfuerzo. Tengo el labio hinchado y me escuece. No entiendo como puede haber gente tan estúpida en el mundo. Siento pena por Matt, después de todo son sus amigos. Eran sus amigos. Y va a tener que verlos a diario el curso que viene en el instituto.

Llama a la puerta. No respondo.

Vuelve a llamar.

–¿Estás bien? –pregunta.

Sigo en silencio sin poder contener las lágrimas.

–¡Ryan! –me grita–. ¿Estás bien?

–Sí –respondo–. Vete, no quiero que me veas así.

–No seas tonto. Sal de ahí –insiste.

–Te lo digo en serio. Me da vergüenza. ¡Vete!

Tras un par de minutos en silencio, oigo la cremallera de su mochila y sus pasos en dirección a la puerta principal.

–¡Matt! –grito, entreabriendo la puerta del baño.

–¿Qué? –contesta justo antes de cerrar la puerta tras de sí.

–Esta noche. A las diez.

–Esta noche, ¿qué? –pregunta desconcertado.

–Ven a las diez de la noche.

Oigo la puerta cerrarse. ¿Eso es un sí o un no? Me calmo, seco mis lágrimas y voy a buscar hielo al congelador. Lo pongo en un paño y me lo aplico en el labio.

° ° °

Termino de comer, me visto y salgo a dar un paseo. Me obsesiono con las caras de la gente que encuentro a mi paso, intentando distinguir a los amigos de Matt. Lo último que necesito ahora es encontrarme con ellos estando solo.

Llego caminando hasta el centro comercial y deambulo mirando tiendas sin fijarme en nada. Me compro otro bañador, ya que sólo tengo uno, dos camisetas, unos pantalones cortos y unos vaqueros. Me detengo en una tienda de velas y jabones. Compro algunas velas de olor a naranja. Seguro que a Matt le gustan.

El camino de vuelta se me hace pesado y estoy cansado de cargar bolsas. Maldita la hora en la que mi madre se llevó el coche. Llego a casa, suelto las bolsas, me pongo mi bañador nuevo y salgo a la playa a estrenarlo. Paso el resto de la tarde en el agua y sentado en la orilla, haciendo lo mismo que hice antes con Matt, pero solo. Cuando la tarde empieza a caer y el sol pierde sus fuerzas, vuelvo a casa. Tengo mucho que hacer.

Subo al desván y busco la mesa de plástico plegable que usan mis padres cuando quieren cenar en el porche. Encuentro un balón de playa pinchado, una caja llena de bañadores de mi padre, dos botes de crema vacíos, las raquetas de ping-pong,otra caja con trapos de cocina, tres pelotas de tenis, la televisión vieja del salón –cuya pantalla explotó, literalmente, hace cuatro años por culpa de un rayo que, además, dejó sin luz a todo el pueblo durante horas. Me pregunto qué hace aquí arriba–, una caja con libros, otra pelota de tenis, dos linternas sin pilas, mi colección de cromos de béisbol, una maleta de viaje raída, una colchoneta con forma de pie, más pelotas de tenis –pero, ¿quién juega al tenis en esta casa?–, tres sillas de plástico –perfecto, pero sin mesa no me sirven–, una cucaracha muerta, una caja con productos de limpieza y, por fin, detrás de las tablas de surf de mi tío Robert, encuentro la dichosa mesa. Y por suerte no está rota.

Bajo la mesa, dos sillas y las raquetas de ping-pong, que nunca se sabe. Caigo en la cuenta de que no hay pelotas de ping-pong. Vuelvo a subir las raquetas al desván. Mi gozo en un pozo.

Cojo mi libro de recetas y busco alguna que no sea complicada. Algo que pueda hacer sin tener que volver al pueblo a comprar. Me paso dos horas en la

cocina. Calderos por aquí, ingredientes por allá. El horno a la máxima potencia, la nevera que se abre y se cierra sin parar, restos de comida por el suelo y, sobre todo, mucho amor, que es como dicen las madres que se cocina mejor.

Finalmente dejo la carne en el horno para que se mantenga caliente. De postre podemos comernos la tarta que hicimos anoche, si a eso se le puede llamar tarta, que aún no la hemos probado. Caigo en la cuenta de que no he confirmado que Matt vaya a venir. ¿Y si tanto esfuerzo no sirve para nada?

Limpio la cocina y me voy directo a la ducha. Me asusto. No me acordaba del hinchazón del labio. Doy pena. Me quito la ropa y me ducho. Echo en falta mi baño de la ciudad, dónde tengo el equipo de música cerca y me ameniza todas las mañanas. Canto.

No he cogido ropa. Salgo de la ducha con la toalla enrollada en la cintura y busco en el armario algo que ponerme. Esta noche quiero estar guapo. Elijo mis vaqueros preferidos, una de las camisetas nuevas, y zapatos. Ya con los vaqueros puestos, vuelvo a bajar y termino de prepararlo todo. Despliego la mesa y la coloco en el porche, con las dos sillas a cada lado. Le pongo el mejor mantel que encuentro, los cubiertos, servilletas, copas y en el centro la vela que he comprado antes. Vuelvo a subir y me termino de vestir.

Busco entre mis discos alguno que sea relajado y acompañe la velada. Escojo uno de Sade y lo dejo al lado del equipo de música. Subo al baño, me pongo colonia y me miro en el espejo.

–Hoy toca peinarse, Ryan –me digo en voz alta.

Cojo un frasco de gomina, me la extiendo por las manos y luego por el cabello. Tardo un poco hasta que consigo el efecto que quiero. Utilizo el secador de pelo para culminar mi obra y que no se mueva en toda la noche.

Son las diez en punto. Estoy nervioso, sentado en la escalera del porche. Es la primera vez que quedamos a una hora en concreto así que podré comprobar si Matt es una persona puntual o no, si se digna a venir.

Diez minutos más tarde veo a Matt aparecer por un lateral de la casa. Lleva puestos unos vaqueros oscuros, una camisa de botones blanca, zapatos y engominado igual que yo. Es como si alguien le hubiera contado que le estaba preparando algo especial.

–Llevo más de cinco minutos tocando el timbre en la otra puerta –se queja.

–Lo siento –me disculpo–. Llevo aquí fuera un rato y no lo escuché.

Matt se sienta a mi lado y se fija en mi labio hinchado. Me lo acaricia con suavidad y se disculpa.

–Qué guapo te has puesto –me dice.

–Lo mismo digo.

–Gracias. Lo mío tiene más mérito –responde–. Fue difícil prepararme sin que me vieran mis tíos.

Le miro extrañado.

–Me castigaron. –reconoce mirando al suelo avergonzado–. Me soltaron

un sermón sobre no dormir en casa sin avisar y no me dejaron salir. Pero aquí estoy.

–¡Estas loco! –exclamo mientras me llevo la mano a la frente–. Y eso me gusta. Más te vale que no te pillen.

Le pido que no se mueva y voy en busca de la comida. La llevo a la mesa junto con una botella de agua.

–Hubiera puesto vino, pero no me gusta –me disculpo–. Y no iba a comprar una botella entera para ti que no quiero que acabes durmiendo en el porche del vecino –le digo sonriendo.

Nos sentamos. Enciendo la vela y empezamos a cenar. La carne está un poco seca y las verduras algo quemadas, pero aparte de eso se puede comer. Al principio Matt es bastante educado, pero termina la cena haciendo todo tipo de burlas sobre la comida.

–¿Se lo has dicho a alguien? –pregunto.

–¿El qué?

–Que nos conocemos –respondo, terminando de beber el agua que queda en mi copa.

–No. Sólo lo sabemos tú y yo. Bueno… Y los dos gilipollas de antes. ¿Y tú?

–A nadie. Pero no me preocuparía decirlo si hiciera falta.

–No creo que haga falta de momento –añade Matt mientras hace movimientos con las manos para atraer el calor de la vela y comprobar su olor–. Esta vela huele como yo, no?

–¿No crees que merezca la pena, Matt?

–¿El qué? –pregunta, aunque estoy seguro de que sabe a lo que me refiero.

–Nosotros. Que la gente lo sepa.

–No es eso. Sólo que nos acabamos de conocer. Aún quedan dos meses de verano y no sabemos lo que ocurrirá entre nosotros.

–Tienes razón –le digo, bajando la mirada y rozando su mano.

Terminamos de cenar bajo la luz de la luna y al calor de la vela, mirándonos a los ojos de cuando en cuando con miradas cómplices. Recojo los platos y regreso con el postre.

–¡Sorpresa! –le digo mientras le pongo la tarta bajo la vista–. ¿Te suena?

–¡Anda! –dice sorprendido–. Esa no es... –se ríe–. ¡Qué bien! ¡Moriremos esta noche intoxicados!

Nos servimos un trozo cada uno y bromeamos a ver quién la prueba primero. Como Cleopatra, necesitamos un catador oficial que pruebe nuestro experimento para ver si es peligroso o no. Me adelanto y me llevo un pedazo a la boca. Está más buena de lo que esperaba. Algo pastosa, pero comestible. Repetimos un par de veces y, antes de terminar, Matt llena su dedo de crema y me lo pasa por la cara mientras se ríe. Me levanto de la mesa, fingiendo estar molesto y me llevo los platos del postre.

Veo como Matt se queda en su sitio, quizás decepcionado por mi falta de humor. Echo todos los restos de tarta en el mismo plato y me acerco

sigilosamente por detrás.

–¡Matt! –grito.

Al mismo tiempo que Matt mira hacia detrás, le estampo el plato de tarta en la cara, procurando que quede lo más manchada posible. Matt se levanta, se limpia toda la cara con la misma mano y sale corriendo tras de mí. Corro como un loco por la arena. Me quito los zapatos. Se los tiro uno a uno. Sigo corriendo y cada vez está más cerca.

Finalmente me coge. O me dejo coger, pensando en lo que puede ocurrir si lo consigue. Matt llega hasta mí. Me arrodillo pidiendo clemencia. Me tira en la arena y empieza a restregarme los restos de la tarta que tiene en la mano por la cara hasta convertirme en un payaso desfigurado.

Nos quedamos tumbados intentando recobrar el aliento y riendo. Me quito los calcetines y me pongo en pie.

–¿Qué haces? –me pregunta.

Me quito la camiseta nueva y empiezo a desabrocharme el pantalón.

–¡Venga! ¿No te atreves? –le pregunto a Matt con tono desafiante–. ¡Vamos al agua!

Me quito los vaqueros y salgo corriendo hacia el mar. Prefiero meterme de golpe para no sentir el frío. Doy un par de zancadas y me tiro de cabeza. Me va a dar un corte de digestión.

Matt me mira desde la orilla con pocas ganas de meterse en el agua. Vuelvo a insistirle, vociferando que se meta conmigo, que está caliente –mentira– y se está a gusto –doble mentira–.

–¡Deja de gritar o vendrá la policía! –me grita desde la arena–. ¡Que el otro día nos echaron a mis amigos y a mí!

–¡Ya lo sé! –le informo, recordando que lo vi desde mi ventana–. Si vienes... –le sugiero a Matt dejando la incógnita en el aire.

–Si voy, ¿qué?

Me quedo callado durante unos segundos. No quiero pensar, quiero actuar.

–¡Si vienes, te ganas un beso!

Parece que mi oferta es de su agrado porque se quita la camisa, los pantalones y se acerca a la orilla de forma tímida. Prueba el agua con los pies y vuelve hacia atrás. Parece que duda. Se aleja cada vez más. ¿No le gusta mi propuesta? Vaya corte. Sigue alejándose y, de pronto, echa a correr hacia el agua. Llega nadando hasta donde estoy yo. No mentía cuando decía que era buen nadador.

–Menos mal que te decidiste a entrar –le susurro–, porque me estoy helando.

–Yo estaba helado desde que toque el agua con el dedo gordo del pie.

Nos quedamos en silencio, temblando en las frías aguas, mirándonos fijamente con la luz de la luna reflejada en nuestras pupilas. Bajo el agua nos cogemos de la mano. Miles de pensamientos pasan a toda velocidad por mi mente. A nuestro alrededor sólo hay agua. Estamos los dos solos, fundidos con la oscuridad del mar.

Quiero besarlo. Es evidente que los dos queremos que pase. No sé por qué ninguno se atreve a dar el paso. Es sólo un beso. ¿Qué tiene de malo? Me paso la mano por la cara para quitarme algunas gotas que me nublan la vista. Lentamente nos acercamos. Noto como sus manos se deslizan por mi brazo y se aferran a mi cintura, como si estuviera al borde de un precipicio y tuviera miedo de caer. No consigo fijar la vista en ningún punto. Mis ojos viajan desde los suyos hasta sus labios, de sus labios a sus ojos y vuelta a empezar. Tiemblo. Él también.

Justo cuando mis labios empiezan a rozar los suyos, el mundo se detiene y, antes de cerrar los ojos para fundirnos en el más romántico de los besos, veo una luz incandescente que proviene de la playa, miro a mi derecha y veo como la mesa se está prendiendo fuego. Salgo corriendo del agua e intento coger un poco con las manos. Cuando llego al porche, con las manos vacías, veo como lo que quedaba de la vela se ha volcado y ha quemado el mantel. Rápidamente lo agarro y lo arrastro hasta la arena, apago el fuego y me siento angustiado.

–¡Por poco! –exclama Matt mientras llega corriendo.

Cierto. Por poco se quema el porche. Por poco se quema la casa. Y por poco nos besamos. Nos tumbamos en la arena, cogidos de la mano, y observamos el cielo en silencio.

Abro los ojos y siento un picor horrible en el cuello y por la espalda. Estoy tumbado en la arena y Matt duerme con su cabeza apoyada en mi pecho mientras lo rodeo con mis brazos. Los restos del mantel quemado están casi enterrados en la arena y una pareja, que pasea por la playa, no nos quita ojo de encima. Está amaneciendo y será mejor despertarlo. Le acaricio el pelo y el cuello, llamándolo suavemente.

Matt se despierta, me mira y sonríe. Vuelve a acurrucarse y cierra de nuevo los ojos. En cuestión de segundos, vuelve a abrirlos de golpe, se levanta bruscamente y empieza a ponerse nervioso.

–¡Me matan! ¡Me matan! ¡Me matan! –grita mientras sacude las manos y se tapa la boca para que no se escuchen sus lamentos–. Si se enteran de que he salido, ¡mis tíos me matan!

–Aún es temprano –trato de calmarlo–. Seguro que siguen dormidos.

Matt sigue dando vueltas cada vez más angustiado.

–Vamos –le digo mientras me levanto–. Te acompaño a coger el bus.

# 6
# LA FERIA

Llegó la noche de la verbena. Hace dos semanas que no veo a Matt. Por lo visto sus tíos lo pillaron cuando regresó a casa la noche del mantel chamuscado y lo volvieron a castigar, más severamente, vigilándolo veinticuatro horas. ¡Ni que fuera un niño! Con motivo de la fiesta de esta noche, le han permitido salir, pero tuvo que inventarse que lo haría con sus amigos del instituto, ya que a mí no me conocen y la respuesta sería un «no» rotundo.

Nunca entenderé la manía que tienen algunos padres, o simples familiares en este caso, de tratar a sus hijos en función de la edad que tienen y no de la madurez –o falta de ella– que demuestran tener. Quizás es porque, en este caso, la libertad que pueda tener Matt me afecta a mí, pero yo no considero que con diecisiete años sea un chico del que haya que estar pendiente. En cambio, los imbéciles de sus amigos sí que merecen tener a un vigilante de seguridad todo el día a sus espaldas.

Quedamos en el paseo, frente a la pizzería de Fred, y llego bastante puntual. Según me acerco, descubro que Matt ya ha llegado.

–No quería llegar tarde y creo que me he pasado –me cuenta–. Llevo unos quince minutos aquí, viendo la vida pasar.

–Pobrecito –me dan ganas de darle un beso en la mejilla, pero me da vergüenza que nos vean. Le doy la mano y un pequeño abrazo.

Los neones de la feria iluminan la zona y veo cómo la cara de Matt cambia de colores a medida que me cuenta lo que ha estado haciendo estas dos semanas. Verde. Me cuenta que ha estado yendo a la playa con sus primos. Rojo. Que fueron de visita al pueblo de al lado. Azul. Que tuvo que volver a la ciudad durante dos días porque su tía tuvo que hacer unos papeleos. Amarillo. Y que me ha echado de menos. Ahora el que está rojo soy yo.

El escenario donde toca la orquesta lo han ubicado junto al acceso de la feria y una multitud de señores y señoras mayores bailan sin parar los mejores éxitos del verano interpretados a ritmo de bachata. La gente joven, por suerte, rellena cada espacio de la feria. Colas para subirse a cualquier atracción, colas para comprar perritos calientes, colas para disparar a los patos, colas para usar los servicios. ¿De dónde ha salido tanta gente?

Pedimos un par de copas en uno de los bares.

–Dos vodka con limón –pido, mientras Matt intenta disimular su cara de menor de edad–. No hace falta que pongas cara de machote –le digo–. Yo sí puedo comprar alcohol.

Se ríe, al tiempo que los músculos de su cara vuelven a su estado original y se le desinfla el pecho.

Tras dos vueltas en la casa del terror, disparar sin éxito a los patos y conseguir un vale para dos hamburguesas tras encestar tres pelotas en un aro minúsculo –¿dónde quedaron los osos de peluche?–, nos sentamos en un

banco a tomarnos otra copa.

–Este año en St. Lucas –el pueblo vecino– no han hecho fiesta –oigo como dice una mujer que habla por teléfono a mi lado –y está la feria a reventar. Vente, Claudia, no seas boba que lo pasarás bien. ¡Olvídate de Richard!

–¡Eso! ¡Ven! –grita Matt acercándose al teléfono de la mujer–. ¡Pasa de Richard!

La mujer se ríe. Nosotros también.

–Estás loco –le digo–. Vamos a la Wonder Wheel –la noria– a que te dé un poco el aire, que ya se te están subiendo las dos copas.

–¡Pero si estoy bien! –me regaña.

Hacemos la que parece ser la madre de todas las colas y media hora después estamos en lo alto de la noria, en el que esta noche es el punto más alto del mundo.

–La verdad es que…–comienza a decir Matt, al tiempo que nuestra cabina de un bandazo y la noria se detiene–. ¿Qué ha pasado?

Miro hacia abajo y no veo nada raro.

–Se estará subiendo o bajando alguien –le respondo.

–Pues más vale que no pase nada –se queja–. Odio las alturas.

–¿Qué? –pregunto sorprendido–. Habérmelo dicho, tonto. Y no hubiéramos subido.

–Quería vivir esto contigo –dice mientras me agarra la mano–. Es muy romántico, aunque sea típico.

Sonrío.

–¡Desde aquí veo tu mantel quemado! –bromea Matt mientras señala hacia lo lejos en dirección al otro lado de la playa.

–Ni siquiera se ve mi casa desde aquí, ¡exagerado! –mentira, sí que se ve–. No conocía esta faceta tuya. ¿Siempre eres así de divertido cuando bebes?

–No sé –se encoge de hombros y sonríe.

La noria sigue sin moverse. Oficialmente ha pasado algo. Matt sigue sonriendo como un tonto, echándome miradas escondidas de vez en cuando para comprobar si lo estoy observando. Tiene razón. Es un cliché, pero esto es muy romántico. Digno de una película, como prácticamente todo lo que he vivido con él en estas semanas.

Desde aquí arriba el mundo parece no importar. Todo se ve desde otra perspectiva. El pueblo brilla como nunca antes lo había visto. La música techno de la feria se fusiona con la orquesta de la verbena y el bullicio de la gente, sirenas, alarmas, gritos, risas… Y, casi inaudible, el sonido de las olas rompiendo en la playa. Típico momento veraniego. Pero este año es distinto y no sé por qué. Mentira, sí lo sé. Es por culpa del perrito abandonado que apareció en mi porche. Un perrito al que di cobijo y cuidé como nadie ha sabido hacerlo. Un perrito que me da la vida.

–Bésame.

–¿Qué? –pregunta Matt, volviendo la vista hacia mí.

–Que me beses –repito, mientras pongo mi mano en su cuello y acerco su

cara a la mía–. Y esta vez se puede venir abajo el mundo, que no voy a echarme atrás –digo justo antes de que mis labios se junten con los suyos y nos demos, por fin, nuestro primer beso.

Todo se ha detenido. Ya no oigo la música, ni los gritos, ni las bocinas de los coches de choque. No siento la brisa con olor a sal. No veo luces, ni colores. No escucho a los ocupantes de la cabina de arriba haciendo teorías sobre por qué se ha parado la noria. Sólo siento la piel erizada del cuello de Matt en mi mano, su cabello entre mis dedos, sus labios rodeando los míos, su respiración sobre mi mejilla, su mano rodeándome la cintura y los latidos de mi corazón.

Pum pum.

Pum pum.

Pum pum.

Otro bandazo. La noria se mueve. Vuelvo a oír la música, vuelvo a ver las luces, vuelvo a sentir el bullicio. Me echo suavemente hacia atrás y miro a Matt a los ojos.

–Eres lo mejor que me ha pasado en la vida –le digo casi sin pensar.

Caminamos lentamente por la feria sin decir nada. No hemos abierto la boca desde que nos bajamos de la noria. No ha hecho falta. Llevo un rato dándole patadas a una manzana caramelizada. Levanto la vista y veo a los amigos de Matt. Hay cuatro chicos y dos chicas, los mismos que ya había visto antes, entre ellos el que me dejó el labio hinchado. No nos han visto aún.

–¿Nos vamos? –le pregunto a Matt.

–¿Por qué?

–Estoy cansado –miento–. Prefiero estar contigo en casa o en la otra playa.

–Vale. Me gusta ese plan.

No es que huya de ellos pero la noche ha sido especial y no quiero que me la fastidien. Apenas hemos empezado a cambiar de dirección cuando sus amigos nos ven y vienen a nuestro encuentro.

–¡Mirad quiénes han venido! –dice el que me pegó.

–¡La pareja del año! –anuncia otro.

Las dos chicas sacan una sonrisa forzada, saludan desde lo lejos a Matt y se van directas al puesto de perritos calientes.

–John, ¿no tienes otra cosa mejor que hacer? –pregunta Matt.

–No, esto es más divertido –responde mientras mira a los demás en busca de apoyo y aprobación.

–No sabía que tenías novia –dice uno de los chicos mientras me mira de arriba abajo.

Matt mira al suelo con cara decepcionada. Yo sigo en silencio. Mirando a los cuatro uno a uno, sin ninguna intención.

–Vamos, Ryan –dice Matt mientras me agarra de la mano y tira de mí.

–¡Vamos Ryan! –se burla John canturreando cada sílaba–. ¡Que tenemos muchas cosas de mariquitas que hacer!

Me planto delante de John. Lo miro de los pies a la cabeza mientras me río

forzadamente.

–¿Qué problema tienes? ¿Te gusta Matt y te jode que esté conmigo? –le pregunto pasando mi brazo por encima del hombro de Matt–. Pues lo siento, pero tiene buen gusto. ¡Qué le vamos a hacer!

–¿Estás llamando maricón a mi amigo? –pregunta mi agresor mientras se acerca.

–Ah, espera –le digo–, ¿eres retrasado? No me había dado cuenta –me río–. ¿Estoy hablando contigo?

–¿Quieres más? –dice mientras levanta el puño.

–Si un labio hinchado es todo lo que puedes hacer –le respondo– mejor baja la mano, campeón, si no quieres comprobar ahora qué hubiera pasado si te hubiera devuelto el golpe el otro día.

Matt tira de mí e insiste en que nos vayamos.

–Paso de vosotros –les dice mientras empezamos a alejarnos.

–¿Prefieres a tu novia antes que a tus amigos? –le pregunta John.

–No es mi novio, aunque eso no es asunto tuyo. Y sí, lo prefiero a él. Vosotros no valéis nada, ¿me oyes? ¡Nada! –le grita Matt pegado a su cara y dándole un empujón en el hombro, antes de alejarse conmigo.

–¡Eso! Mejor marchaos –grita uno de los chicos–. ¡A mariconear a otra parte!

Matt se da la vuelta y hace un amago de ir a por él. Lo sujeto por la camiseta y tiro de él.

–Déjalos –le insisto–. No vale la pena. Por favor. Vámonos.

Llegamos a casa y Matt se echa en el sofá. Cuando me acerco me doy cuenta de que está llorando. Como si hubiera venido por todo el paseo conteniéndose y al entrar por la puerta no hubiera podido aguantar más.

–Es injusto –dice sin levantar la cara del cojín–. ¿Oíste lo que dijeron? ¿A qué vino eso?

–La gente es así –le respondo intentando calmarlo–. Bueno, no todos. Algunos son así –rectifico secándole las lágrimas y acariciándole la espalda.

–Pero, ¿por qué? No hacemos daño a nadie –solloza y se da la vuelta quedando tumbado boca arriba.

–El mundo está lleno de gente de toda clase, pequeño. Unos tienen una mentalidad y otros tienen otra distinta. Hay gente que tiene dos dedos de frente y sabe razonar. Y hay gente que no.

–Ya –dice Matt quedándose callado unos segundos para respirar–. Pero no lo veo lógico. No sé cómo lo verás tú, pero creo que hay personas muy egoístas. Ni son felices, ni dejan que los demás lo seamos. No hacemos ningún tipo de mal. No es algo anormal, ¿no? ¿Por qué tanta queja? ¿A qué viene tanto odio?

–Es envidia de que tú seas feliz y ellos no –le abrazo–. Simple y llana envidia. No se puede cambiar el mundo en dos días, Matt. Y tus amigos creo que aún van a tardar mucho en hacerlo.

–Esos ya no son mis amigos –me dice Matt–. Ya no existen. Nunca han

existido.

–Mejor. Esa gente no se merece tu amistad. Vales más que ellos. Mucho más.

Me acerco y le doy un beso en la mejilla. Él gira su cara y consigue robarme un beso en los labios. Se lo devuelvo y me tumbo a su lado.

–¿Puedo dormir aquí? –me pregunta con voz tímida–. En teoría hoy me quedaba a dormir en casa de una de mis amigas –añade mientras hace un gesto con las manos a modo de comillas.

–Claro, pequeño.

° ° °

Empieza un día nuevo y, para variar, al mirar a mi lado veo como mi perrito abandonado duerme acurrucado entre mi cuerpo y su almohada. El sol me ha despertado, como siempre, pero a él no hay luz natural o artificial que lo saque de su sueño. Todas las veces que ha dormido aquí me ha costado lo que no está escrito levantarlo de la cama. Más que un perrito, creo que debería empezar a contemplar la posibilidad de que sea un cruce entre marmota y Bella Durmiente. De todos modos, está tan guapo cuando duerme que me siento culpable y suelo acabar dejando que duerma hasta el mediodía.

Tal y como le aconsejé hace un par de días, Matt le ha contado a sus tíos los problemas que ha tenido con sus amigos. Evidentemente, no les ha dicho la causa de esos problemas –ni falta que le hace–, pero les ha contado que no le tratan bien, que se han metido con él y creo que se ha inventado algunas historias un tanto delictivas para hacerlos parecer aun peor. También les ha hablado de mí, diciéndoles que nos conocemos de un curso de informática que hicimos en Norwalk –ya, claro...–, que este verano nos hemos hecho amigos y que yo sí soy buena persona. ¿Lo soy? El caso es que ahora ya es libre para salir y entrar cuando quiera, incluso para quedarse a dormir en mi casa siempre que le dé la gana, siempre y cuando avise con tiempo y sus tíos sepan que está bien. Lo que nos viene de lujo para poder seguir disfrutando de esto que ha surgido entre nosotros sin pensar en los horarios, las excusas o las mentiras.

Ayer por la noche cogimos el bus hasta St. Lucas. Fuimos a Lighthouse, una mezcla entre cervecería, pub y discoteca a la que suele ir bastante gente joven en verano. En parte por hacer algo diferente fuera de St. Dean pero, principalmente, por no cruzarnos con los ex amigos de Matt en algún bareto del pueblo. Nos pidieron identificación al entrar y por poco Matt se queda fuera, pero logré convencerlos de que sólo bebería refrescos y nada de alcohol. Sobra decir que sí bebió, con lo que le gusta a este niño una graduación de más del treinta por ciento.

Allí conocimos a Joana. Una señora que va de moderna y que es conocida por todos en el local por sus grandes borracheras, sus espectáculos de karaoke improvisados y sus bailes erótico-vomitivos encima de la barra. Una friki de los pies a la cabeza, pero muy divertida. Era de esas personas que por fuera parecen como llegadas de otro planeta, pero que por dentro son mentes

perturbadas por una infancia difícil, un marido que no les hace caso o la idea de hacerse mayor sin haber disfrutado de su juventud. Cualquiera que fuera su trauma personal, la actitud que tenía hacía la vida era cuanto menos curiosa y, como distracción turística, no tenía nada que envidiarle a los borrachos que plagan las discotecas de Norwalk. Nos invitó a varias copas, así que lo mínimo que podíamos hacer era reírle las gracias y hacerle compañía. Entretenimiento gratis made in St. Lucas.

En un momento de la noche, se empeñó en leernos el futuro según las líneas de nuestras manos. Aceptamos sin hacernos de rogar y me dijo que seré un brillante publicista –me mordí la lengua para no decirle que voy a ser abogado, pues no quise fastidiarle la falsa lectura–, que encontraré al amor de mi vida antes de que acabe el año y no se qué historia de un nuevo miembro en la familia por parte de mi hermana –soy hijo único, Joana dando en el clavo–. A Matt le dijo que viviría una gran decepción que luego se convertirá en el momento más importante de sus existencia. Luego puso una cara rara, como de sorpresa y angustia y, tras pedirnos otras dos copas a cada uno, nos dijo que aprovecháramos nuestra juventud. Después se fue y no la volvimos a ver. Me dio pena porque me estaba divirtiendo, pero Matt se alegró de que se fuera porque decía que era una loca y que, cuanto más caso le hiciéramos, más nos iba a costar deshacernos de ella. Brindamos a su salud y terminamos de cogernos el punto sin haber gastado aún nuestro dinero.

Cuando me vengo a dar cuenta, Matt tiene los ojos abiertos y no tiene muy buen aspecto. Se levanta de un salto y corre hacia el baño. Lo siguiente que oigo son sus vómitos y, antes de que me provoque el mismo estado, me tapo los oídos con la almohada esperando y deseando que no lo haya hecho por fuera del váter.

Media hora después y cuando ya no le queda literalmente ni un sólo líquido más que expulsar, hacemos repaso por todo lo que comió y bebió ayer y suponemos que entre los margaritas de Lighthouse al principio y la hamburguesa que se comió en el camino de vuelta tiene que estar la respuesta a su estado actual. Mucho me temo que hoy me va a tocar hacer de enfermero. A ver si mañana amanece mejor, que tenía pensado llevarlo por sorpresa al parque acuático que hay en Cherry Lawn, a veinte minutos de St. Lucas en tren. Aunque, pensándolo bien, igual será mejor dejarlo para la semana que viene, por si acaso.

# 7
# EL ENGAÑO

Llaman a la puerta. Doy vueltas en la cama y soy incapaz de abrir los ojos. Vuelven a llamar.

–¡Entra! –grito desde mi habitación, intentando que Matt me oiga desde fuera.

En estos días no hemos hecho gran cosa, como debe ser en verano. Nos pasamos los días en la playa, las tardes en el porche o dando paseos y las noches en casa viendo películas y disfrutando de la compañía mutua. Atrás quedaron los días tensos en los que parecíamos adolescentes que no se han rozado en su vida. Los besos, abrazos, caricias y muestras de cariño en general forman parte de nuestro día a día cotidiano y hemos perdido la timidez. Realmente nunca nos hemos parado a tener una conversación seria sobre lo que somos o lo que no somos. Creo que, sin haberlo hablado, los dos sabemos que lo importante ahora es aprovechar el momento y no ponerle nombre ni etiquetas a lo que está surgiendo.

Vuelven a llamar a la puerta.

En vista de que no me oye o sigue sin tener confianza para usar la llave que le di hace días, decido levantarme de la cama y bajar a abrir. Igual no es Matt, sino un vecino, o el cartero, o un turista perdido o…

–¡Nathan! –grito sorprendido.

Me quedo de piedra. Es la última persona que esperaba ver aquí.

–¿No me vas a decir nada? –pregunta.

Me quedo mudo. Mi mente está en blanco. No sé si alegrarme por ver a mi mejor amigo o asustarme por si a Matt le da por aparecer en este mismo instante.

–Sí, claro –digo mientras intento recomponer mi cara–. Pasa. ¿Qué haces aquí?

–¿Qué pregunta es esa? Tú me invitaste, yo vengo.

–Cierto… Pero no has avisado.

–¡Sorpresa! –grita Nathan extendiendo los brazos y volviendo a sonreír.

Tierra, ¡trágame! No, mejor trágatelo a él. Nathan no sabe que Matt existe. De hecho no tiene ni idea de que pueda haber un Matt en mi vida. Él cree que, en todo caso, habría una Paula, una Eli o una Julia, pero no un Matt.

Nathan deja su maleta en el salón y echa un vistazo a la playa desde la ventana que da al porche. El día está estupendo y no quiere esperar para disfrutar del sol. Dice que viene para quedarse todo el mes y yo ya empiezo a buscar excusas para echarlo dentro de tres días.

Subimos a mi habitación y empezamos a deshacer juntos su maleta, metiendo sus cosas en el armario vacío de la habitación de mis padres. Mientras guardamos la ropa, reparo en la cámara de fotos que hay sobre mi escritorio y que está repleta de imágenes con Matt. Me apresuro y la escondo antes de que se le ocurra ojear las fotos. Bajamos al salón y me cuenta que ha estado estudiando para recuperar las asignaturas pendientes y saliendo por ahí

con Sussan. Yo le cuento que llevo todo el verano solo, replanteándome mi vida y mi futuro.

–Un billete para ir al centro –le digo a Jeff –. Gracias.

En vista de que Nathan ha decidido aparecer sin avisar, tengo que acercarme al supermercado a comprar más comida para estos días. Y lo peor es que tengo que hacerlo solo. Según almorzamos, se echó a coger sol en el porche y dijo que no tenía ganas de ir al centro, que fuera yo mientras él se quedaba vigilando el fuerte.

Me siento en los asientos delanteros –aunque normalmente cuando voy al centro con Matt nos sentamos atrás– para darle conversación a Jeff –el conductor del bus–, que es amigo de mi padre desde hace años. Me habla del buen día que hace hoy y de lo cansado que es hacer su ruta en verano, con tanto calor. Sólo hay un bus en toda la zona y siempre realiza la misma ruta que es, básicamente, pasar por mi urbanización, dar un rodeo por el centro, hacer lo mismo en St. Lucas, donde está la estación central, y regresar.

Tras hacer la compra, encargo el servicio a domicilio y pago. No estoy por la labor de volver con todo este cargamento yo solo.

° ° °

Abro el grifo de la ducha y, mientras se calienta el agua, me pregunto qué habrá sido de Matt. Ayer, cuando llegó Nathan, no dio señales en todo el día. Y hoy tampoco se ha dignado a aparecer. Lo llamo y siempre tiene el teléfono apagado. Espero que no le haya pasado nada. Ni siquiera sé dónde queda su apartamento para ir a ver si está bien. Me enjabono la cabeza y oigo que llaman el timbre.

–¡Nathan! –grito desde arriba–. ¿Puedes abrir? ¡Están llamando!

Acto seguido pienso que puede ser Matt. ¡Mierda! Quiero verlo y que dé señales de vida, pero no precisamente ahora que no puedo atender la puerta. Nathan no sube a avisarme así que supongo que no era él, ni nadie importante. Termino de ducharme, me seco y me visto. Salgo del baño y bajo al salón. Nathan está en el sofá viendo la televisión.

–¿Quién era?

–Un tal Matt –me responde sin quitar la vista de la televisión.

–¡¿Era Matt?! –pregunto sin evitar emocionarme.

Me relajo para que no sospeche.

–Sí –responde Nathan mientras se levanta–. Vino y se fue. Te dejó un recado.

–¿Qué dijo? –pregunto intrigado.

–No le entendí muy bien, la verdad –se disculpa–. Dijo algo de no poder seguir con lo que tenéis entre manos. Supongo que tú lo entenderás aunque a mí me suena a chino.

–¡¿Cómo?! –pregunto sorprendido.

–Lo que oyes. Creo que sus palabras literales fueron “septiembre está cerca y no podemos seguir con lo que tenemos entre manos. No vale la pena”. Después se marchó.

Me derrumbo.

–Ryan, igual sueno a estúpido pero –añade Nathan– ¿vais a matar a alguien o qué?

–Idiota.

No doy crédito a lo que acabo de oír. No sólo Matt ha decidido romper la relación entre ambos, sino que además lo ha hecho a través de Nathan, arriesgándose a que pudiera descubrir algo. Aun sabiendo que nadie sabe lo nuestro, ni lo mío. Y, lo que es peor, no me lo ha dicho en persona.

Ya hemos hablado de ese tema antes. La llegada del fin del verano y las pocas oportunidades que tendríamos para vernos pese a vivir en la misma ciudad. Yo iré a la universidad y estaré poco en casa. Pero aun así me duele que haya terminado con todo así sin más, sin darme opción a opinar. No es justo. ¿Por qué me hace esto?

Durante la mañana, Nathan me pregunta por Matt.

–¿No se supone que no tenías amigos aquí?

–Lo conocí el verano pasado. Es hijo de una amiga de mi madre –le miento–. Y este año es cuando hemos hecho buenas migas.

–¿Y lo del recado que me dio? –insiste Nathan.

–No lo sé. Y la verdad es que tampoco me importa –vuelvo a mentir.

° ° °

Los días con Nathan pasan lentos y aburridos. Llevo dos semanas sin ver a Matt. Lo echo de menos y no dejo de recordar los felices días que pasamos juntos. He intentado llamarlo por teléfono pero no contesta o lo tiene apagado, y en el whatsapp hace días que no aparece conectado así que seguramente me ha bloqueado. No termino de entender qué hice mal o qué ha pasado para que Matt haya decidido terminar con todo y olvidar que nos conocemos.

Todos el tiempo lo paso en la playa con Nathan. No hacemos nada nuevo. En varias ocasiones he intentado convencerlo para ir de excursión o a cenar al centro, pero está siempre desganado; nunca quiere salir de casa, a no ser que sea para ir a la playa.

Hoy he conseguido convencerlo para que me acompañe al cine. Llevaba meses sin ver ninguna película nueva y me pareció buena idea venir. Lo han inaugurado hace sólo un par de meses y tenía curiosidad por ver cómo es. Curiosidad que conseguí contagiar a Nathan para sacarlo de casa.

A la salida, nos sentamos en una cafetería a tomar unas cervezas. Estamos charlando amigablemente cuando, a lo lejos, creo ver a Matt. Sí. ¡Es él! Está con sus tíos y su primo. Siento la necesidad de levantarme e ir corriendo a hablar con él y que me explique qué pasó, pero con sus tíos de por medio es muy complicado.

Matt se acerca hacía dónde estoy pero no me ha visto. Sigo hablando con Nathan, disimulando para que no se note que estoy pendiente de otra cosa, mientras Matt se acerca cada vez más sin darse cuenta de que estoy aquí. Si sigue caminando en el mismo sentido acabará pasando justo al lado de nuestra mesa.

Finalmente me ve y no parece muy ilusionado. No sé si levantarme o quedarme sentado. Intento hacerle un saludo disimulado y gira la cara. Ha dejado de mirarme y en su rostro puedo ver cierto enfado. No lo entiendo. ¿Qué he hecho? ¿Tan grave ha sido que no merezco ni una mirada? Vale que pueda tener sus razones para no querer continuar lo nuestro, pero de ahí a ignorarme como si fuera un vagabundo… ¡Yo lo acogí cuando él era mi perrito abandonado!

El camino de vuelta a casa se hace amargo. Se nos ha escapado el último bus y tenemos que volver caminando, lo que me recuerda la multitud de paseos nocturnos que he dado con Matt, en especial el primero de todos –sin él– el día que lo encontré dormido en las escaleras del porche. No me puedo creer que nuestra historia haya terminado así sin más. Es imposible.

–Tenemos que hablar –le digo a Nathan mientras me siento a su lado y apago la televisión.

–¿Qué pasa? –me pregunta.

Permanezco un rato en silencio, ordenando ideas y conceptos en mi cabeza, buscando la mejor forma de decirle lo que quiero decir.

–No sé cómo empezar a decirte esto, así que seré breve.

Nathan se acomoda en el sofá y centra toda su atención en mí.

–El chico que vino hace tres semanas, Matt, no es un amigo. Es… Era algo más –trago saliva.

Nathan permanece en silencio, mirándome, esperando a que continúe.

–Me gusta –reconozco mientras noto como me tiembla la pierna derecha–. Durante este último año me he ido dando cuenta de cosas. Mi vida ha ido cambiando en algunos aspectos y éste es uno de ellos –trato de explicarle–. Eres mi mejor amigo y debería habértelo dicho antes pero quería esperar a que llegara el momento idóneo.

–¿A qué te refieres? –me pregunta confuso–. ¿Eres...?

–Sí. Me gustan los chicos, no las chicas. Bueno, a Angelina Jolie aún le daría un repaso –bromeo–. Espero que no te moleste ni te sientas incómodo a partir de ahora.

Nathan pone cara de sorpresa. Se queda mudo. Aunque, en el fondo, no tiene la reacción que esperaba que tuviera. Es como si ya lo supiera, cosa que dudo.

–No pasa nada, Ryan. Yo estoy aquí para ayudarte.

–Gracias, aunque tampoco necesito ayuda. Lo único que quiero es que no cambies conmigo –le pido.

–Pero yo te… –empieza a preguntar.

–Que me gusten los chicos no significa que tengas que sentirte intimidado –le interrumpo– o que tengan que gustarme todos. Antes creías que era hetero y no pensabas que me gustara Sussan, ¿no? Pues esto es igual. Eres mi amigo y te veo como tal.

–Entonces guay.

Sonrío y le doy un abrazo. Pensaba que se lo iba a tomar peor y me alegro

de que esté aquí para apoyarme.

–Ven –le digo agarrándolo del brazo–, quiero que veas algo.

Pasamos el resto de la noche viendo las fotos que nos hicimos Matt y yo mientras le cuento cómo nos conocimos y algunas de las anécdotas que vivimos el mes pasado.

# 8
# EL OSO DEL LAZO ROJO

Agosto va llegando a su fin y sigo sin saber nada de Matt. Nathan tampoco ha cambiado mucho, la verdad. Sigue con su actitud de no mover un dedo y sólo se levanta del sofá para ir a echarse en la arena. Únicamente estuvo activo el fin de semana pasado, cuando Sussan hizo un hueco en sus horarios de estudio para venir a vernos.

Volvimos a ir al cine, salimos a cenar e incluso tuvimos una pequeña fiesta en casa rememorando los viejos tiempos. Fue un fin de semana genial. Además aprovechamos para contarle a Sussan mi pequeño secreto y toda la historia de Matt. O eso creía Nathan, ya que Sussan sabe todo sobre mí, incluso mi historia con Josh en el campamento. Pero no queríamos que Nathan se sintiera desplazado o se enfadara, así que trazamos un inocente plan para disimular.

–¿En serio no te molesta? –le pregunté, sabiendo de sobras su respuesta.

–¿Por qué nos iba a molestar? –preguntó mirando hacia Nathan–. Es tu vida, mi rey, y haces con ella lo que quieras. ¡Qué más da con quién!

Le di un abrazo tan grande que sentí que iba a romperla. Ojalá Nathan hubiera reaccionado igual cuando se lo conté, no de forma tan fría. Aunque podría haber sido peor.

–¿En serio has conocido a un chico? –preguntó Sussan muy ilusionada tras hablarle de Matt–. ¡Qué bien, cariño! Me alegro por ti.

–El problema es que ya no estamos juntos –le conté–. De la noche a la mañana me dejó y aún no sé por qué.

–Es una pena, Ryan –me consoló Sussan–. Pero ya encontrarás a otro el año que viene en la universidad. ¡O a otros! No tienes por que centrarte en uno –bromeó.

Cuando llegó el domingo y Sussan se marchó, las cosas volvieron a ser como antes. Secas, frías y aburridas. No sé qué le pasa a Nathan, pero su actitud no es normal. No reconozco a mi mejor amigo.

–¡Nathan! –lo llamo desde mi habitación–. ¿Quieres que hagamos algo?

–¡No me apetece!

–Pero si en un par de días te irás –insisto–. Vamos a aprovechar el tiempo, ¿no?

Silencio.

Ante la negativa de Nathan, cojo el iPod, me pongo los auriculares y me siento en el alféizar de la ventana de mi habitación a escuchar música mientras los minutos se pierden en la oscuridad de la noche, intentando agotar el día que termina.

Suena ‘Set Fire To The Rain’ de Adele.

Cuando estás triste, no hay nada como Adele para ponerte aún peor. Llevo sólo cuatro canciones y me siento como una mierda.

Observando al exterior, noto algo raro en el reflejo de la ventana. Hay alguien detrás de mí. Me doy la vuelta y veo a Matt hecho un manojo de

nervios, temblando y con lágrimas que rebosan en sus ojos como si fueran una fuente. Está diciéndome algo pero no le oigo.

*Pause*. Me quito los auriculares.

–¿Qué estás diciendo? No me he enterado de nada.

–¡Que te quiero, joder! –grita Matt dando un golpe sobre la mesa al darse cuenta de que no lo he estado escuchando–. Que me da igual todo. Me da igual el mundo. Me da igual la vida. Te quiero y no puedo permitir que esto quede así.

–Matt... –digo boquiabierto, sin saber continuar.

–¡Me da igual, Ryan! –solloza–. Te repito que me importa una mierda tu novio, que estará allí abajo oyéndolo todo. Yo sólo quiero decirte lo que siento y que me digas por qué me has hecho esto. ¡No me lo merezco!

–Espera –le interrumpo–. ¿Mi novio? ¿De qué me estás hablando?

–Nathan –afirma Matt intentando secarse las lágrimas.

–¿Qué dices? –me río–. Nathan es mi mejor amigo. Ya te lo dije. Vino sin avisar y, como supongo que has podido comprobar, duerme abajo en el sofá. Si fuese mi novio, ¿no crees que estaría aquí arriba conmigo?

El silencio es atroz y sólo se escucha la televisión del piso de abajo.

–Bueno, sea o no sea tu novio, –continua Matt– me dejó claro que tú estas bien como estás ahora y que no necesitas a nadie más.

–Nathan no te pudo haber dicho eso –le replico.

–¿Encima me llamas mentiroso?

–Sí. Nathan es mi amigo y no haría semejante cosa.

–¡Vete a la mierda! –me grita mientras da media vuelta para marcharse.

–¡Creía que ya lo había hecho! –le respondo.

Matt me mira con cara deno entender lo que digo.

–No te hagas el loco –le insisto–. Ya me contó Nathan tu visita de hace un mes para dejarme claro que lo nuestro no tenía futuro y que era mejor dejarlo todo ahora que lamentarlo después.

Matt sigue con cara de asombro y extrañeza. Por mi parte, empiezo a atar cabos y lo que estoy descubriendo me está destrozando más de lo que ya estaba. ¿Nathan me ha mentido?

–Ryan –susurra Matt acercándose a mí–. Yo he hablado con Nathan dos veces.

–¿Cómo que dos veces? –pregunto alterado, levantando la voz. Matt me hace un gesto para que la baje.

–Hace un mes vine a verte por la mañana, él me abrió la puerta y me dijo que no estabas. Al día siguiente volví –continúa–, me hizo algunas preguntas y acto seguido te llamó “su niño” y me dio a entender que estabais juntos y que no volviera. ¿Cómo puedes creer que yo...?

–Lo sé. Lo sé –me cuesta reconocerlo–. No me lo puedo creer.

–Y ahora ni siquiera me dejaba subir –terminó por decir Matt–. Me dijo que estabas durmiendo y yo insistí porque vi tu sombra en la ventana iluminada. Sabía que estabas despierto.

No sé si llorar o bajar al salón a darle a Nathan la paliza que no le di al amigo de Matt en la feria. No puede ser que mi mejor amigo me haya mentido de esta forma. Él no.

–¿Me estás diciendo que tú nunca quisiste separarte de mí? –me pregunta Matt.

–¿Estás loco? –me acerco y le abrazo–. Eres lo mejor que he tenido nunca. Estas semanas no he parado de pensar en ti y en todos los momentos que compartimos. No sé qué ha pasado pero te he tenido dentro de mi cabeza todo el tiempo.

–Yo sí sé lo que ha pasado –me mira–. Nos hemos enamorado.

° ° °

Llevamos un rato abrazados, en silencio, llorando como tontos. Me acuerdo de Nathan. Corro escaleras abajo y todo está a oscuras. La televisión apagada. Enciendo las luces del salón.

–¡Fuera! –le grito.

Nathan se despierta, aunque estoy seguro de que finge.

–¡Fuera! –vuelvo a gritar.

Nathan se levanta del sofá y mira hacia el reloj de pared que hay encima de la televisión. Son casi las dos de la mañana.

–¡Fuera! –le insisto por tercera vez sin importarme la hora.

–Déjame que te explique –me dice Nathan–. Estás equivocado, Ryan. Tú no eres así.

–¿Así? ¿Cómo?

–Maric… Gay –rectifica–, o como lo llames. Tú estás bien.

–Encima de mentiroso, eres idiota. ¡Fuera! ¡Y ya van cuatro!

–Ryan, escúchame –dice cogiéndome la mano–. Yo te puedo ayudar. Ahora no te das cuenta, pero algún día verás que tenía razón. Pasa de ese idiota.

Me río y me libro de sus manos.

–Ese idiota que tú dices ha hecho que pase los mejores días de mi vida. ¡Así que cállate y lárgate!

Nathan agacha la cabeza. Sube la escalera y comienza a hacer su maleta mientras lo observo desde la puerta de la habitación. Estoy furioso y dolido. Me está doliendo en el alma lo que está pasando, pero si él no tuvo remordimientos para hacer lo que hizo y encima llamarme enfermo en mi cara, yo no los voy a tener por echarlo de mi casa y de mi vida.

Nathan se cambia de ropa, cierra su maleta y lo acompaño a la puerta.

–Algún día te arrepentirás de ésto –me amenaza.

–No, Nathan. Tú lo harás.

Doy un portazo tan fuerte que uno de los cristales que cubren toda la parte superior de la puerta se rompe en dos y se hace pedazos contra el suelo. Salta la alarma del coche del vecino. Al darme la vuelta, Matt está delante mirándome con cara de enamorado orgulloso. Me abraza y me besa.

Subimos a mi habitación y nos sentamos en la cama. Encima de la mesa,

está el oso de peluche con el lazo rojo. Lo señalo con la mirada.

–Es tuyo –le digo a Matt.

–¿Mío?

–Sí. Lo compré poco después de conocerte, pero no había encontrado el momento adecuado para dártelo. No quería asustarte y no sabía tus sentimientos, así que lo guardaba hasta que llegara ese momento.

–Me encanta. Gracias.

Me da un beso en la mejilla. Se levanta y coge la cámara de fotos que está junto al oso. Todo se ha solucionado, así que no vendrá mal un pequeño repaso por nuestros mejores momentos. Tenemos mucho tiempo que recuperar. Vamos viendo las fotos una a una.

–¿Te acuerdas de ésta? –le digo, señalando una foto en la que aparece Matt apoyado en una farola del paseo–. Lo mejor de todo fue la cucaracha que se había pasado de la farola a tu hombro sin que te dieras cuenta. ¡Que pena que no salió en la foto!

Matt se ríe avergonzado mientras me da un codazo.

–¡Mira ésta! –señala–. ¡Tu también hiciste el ridículo, guapo!

En la foto salgo yo, tumbado sin bañador, con la arena tapándome lo justo. Pasamos horas recordando nuestro especial verano, dándonos todas las muestras de cariño que nos hemos perdido, besos, abrazos, caricias… Cuando levanto la vista de su cara, veo como el cielo empieza a aclararse. Está amaneciendo. Cojo a Matt de la mano y le pido que me siga.

–Hoy es un nuevo día, ¿no?

–Sí. Supongo que sí –responde.

–Para mí, hoy comienza un nuevo verano. Ahora ya sabemos lo que hay entre nosotros.

Salimos al porche y nos sentamos en las escaleras.

–Al comienzo de cada verano, cada vez que llego a la playa, me siento en esta escalera a observar el atardecer. Es entonces cuando hago balance de todo lo ocurrido durante el año, lo bueno y lo malo –le explico–. Pues ahora voy a hacer lo mismo, pero con el amanecer. Cada vez que amanezca me acordaré de ti y de este momento. No importa donde esté ni con quien esté. Siempre te tendré en mi corazón. Mis atardeceres son míos, pero mis amaneceres serán tuyos siempre.

Matt me mira con ternura. Me coge de la mano y me besa.

–Haz tú lo mismo –le digo–. Acuérdate de mí cada vez que veas el sol nacer.

Me acerco a él y termino el beso que hemos dejado a medias. Lágrimas caen por las mejillas de ambos. Después de tanto sufrimiento, ahora estamos juntos y nos hemos dejado llevar por el corazón, sin temer a nada ni a nadie. Nuestro amor es así, limpio y puro, como cualquier otro amor. No es nada más, ni nada menos. Sólo amor, el sentimiento más poderoso del mundo.

# 9
# LA SEXTA COPA

Faltan cuarenta y ocho horas para volver a casa. Y, cuando digo casa, me refiero a la ciudad. Va a ser un momento muy duro. Para más inri, los padres de Matt se han ido de viaje, así que no puede volver conmigo a la ciudad; tiene que quedarse aquí con sus tíos y nuestra historia va a quedarse en *stand by* durante bastantes días a partir de mañana.

Hemos pasado una última semana increíble. Hemos ido al cine, a cenar al centro, a la bolera e incluso nos hemos acercado a St. Lucas para comprar mis billetes de tren. Hemos disfrutado de cada segundo que compartimos como si fuera el último. Y me ha hecho sentir cosas que jamás pensé que se pudieran sentir.

Después de un rato esperándolo, aparece sonriente y nos acercamos a la tienda de deportes náuticos que hay junto a la playa del centro.

–Ryan, ¿qué vamos a hacer? –me pregunta, reacio a entrar en la tienda–. No me lleves a bucear, ni nada por el estilo, ¿eh? Lo odio.

–Tranquilo –lo tranquilizo–. Ya sabes que a mí tampoco me gusta el fondo del mar.

Pasados unos minutos, salgo con unas llaves en la mano. Sigo caminando y le pido a Matt que me siga sin hacer preguntas. Hace caso omiso y no deja de preguntar.

Caminamos por el pequeño puerto, dónde reposan algunas lanchas y pequeños yates hasta llegar a la zona de las motos de agua. Hablo con el encargado, arreglamos ciertos asuntos y me indica dónde está la moto que he alquilado. Matt me sigue sorprendido. Me subo primero y le tiendo la mano a Matt para que suba tras de mí. Arranco y salimos del puerto a toda velocidad.

Matt se agarra a mi cintura como si no hubiera mañana. A ratos me hace cosquillas y me dan ganas de dar algún bandazo para tirarlo al agua. Llegamos a una cala que hay a unos kilómetros del pueblo, a la que es prácticamente imposible acceder caminando. A medida que nos acercamos, aprieto el acelerador, llegamos a la orilla y dejo encajada la moto en la arena.

–¡Bienvenido a mi isla desierta! –le digo mientras giro sobre mí mismo con los brazos extendidos.

–¿Y este sitio? –pregunta.

– Lo descubrí el otro día en Google Maps y me pareció que sería buena idea venir a visitarlo.

–¡Está genial! Y además estamos solos –dice Matt mientras me hace cosquillas por el pecho y el costado.

La pequeña playa no tiene más de cincuenta metros de arena, el resto son rocas. El agua, transparente y pura. El sol brilla en lo alto del cielo a pesar de que el otoño llegará en tan sólo dos semanas.

Disfrutamos todo el día de nuestra exclusiva playa. Aquí no tenemos que escondernos y podemos dar rienda suelta a todos nuestros deseos. Incluso fantaseamos como si estuviéramos viviendo una luna de miel improvisada.

–¿Quiere otro coco helado señor? –bromea Matt.

–Prefiero un bocadillo –le respondo sacando un par que llevo en mi mochila.

–Duele.

–¿El qué? –pregunta Matt asustado–. ¿Qué te pasa?

–Esto de tener que separarnos –continúo–. Si por mí fuera, nos quedaríamos en esta playa para siempre.

–Cierto. Es injusto, ¿no? La vida nos ubica en lugares y momentos diferentes, sin conocernos... Y en vez de dejarnos así, hace que nos encontremos en mitad de la playa, nos enamoremos y todo para volvernos a separar justo cuando más nos hiere.

Empieza a atardecer.

–Ayúdame –le digo mientras me levanto y me acerco a la moto.

Empujamos la moto de vuelta al agua y comenzamos el camino de vuelta. Esta vez la sensación emocionante se ha esfumado y nos amarga la tristeza. Aún falta cerca de media hora para que termine el tiempo de alquiler, así que damos un paseo acuático por la zona, descubriendo lugares y paisajes que me gustaría poder fotografiar, pero no he traído la cámara.

° ° °

En mitad de la playa, justo delante de casa, brilla un pequeño fuego. Sus llamas incandescentes iluminan nuestras caras. Entre ambos: una pequeña cena y dos copas de cava. Sentados sobre una manta, arropados por el calor de la hoguera, pasamos nuestra penúltima noche juntos. Pocas palabras hacen falta para expresar lo que sentimos. Simples gestos conducen la situación a medida que pasa el tiempo. Nos acariciamos, nos miramos y nos regalamos sonrisas y besos.

La luna llena brilla como nunca y las estrellas se agolpan en el cielo como si quisieran enterarse de todo lo que pasa en nuestra peculiar escena. El mar está en calma y el viento ha cesado. Todo es perfecto para celebrar la despedida. Más bien, para celebrar que nos hemos conocido.

–No quiero que te vayas –dice Matt con lágrimas en el borde del ojo a punto de rodar sobre su mejilla.

–Yo tampoco pero no tengo otra opción. Tarde o temprano tenía que llegar este día.

–Lo sé. Y lo entiendo. Pero aun así no quiero. Te necesito.

Me acerco a Matt y lo abrazó fuertemente, como si tratara de unirnos en un solo ser. Me mira a los ojos y me besa mientras sus lágrimas no aguantan más y caen sin cesar por su cara y se juntan con las mías a la altura de nuestros labios.

–Venga –me separo y me seco la cara con la manga de la camiseta–. Aún queda noche y la vamos a aprovechar.

Terminamos de cenar y pongo música romántica. Otro cliché. ¿Qué más da? Estoy enamorado y quiero ser clásico, típico, corriente y predecible. Quiero recordar este momento como si fuera una película.

Agarro a Matt por la cintura, mientras él apoya una mano sobre mi hombro y con la otra me acaricia el brazo.

–No te he dicho que esta noche estás guapísimo –me dice.

–No creas. Contigo cerca no hay quien brille.

Se echa a reír y continuamos nuestro baile, como dos enamorados que han sido elegidos rey y rein… Rey y rey en el baile de fin de curso, y se disponen a disfrutar de su momento mientras los demás les rodean y miran envidiosos porque nunca van a tener algo tan mágico.

Recordamos los comienzos de nuestra historia. Todo lo que nos ha costado llegar a estar juntos. Nada en el mundo puede ahora romper este amor que hemos forjado. Nos separaremos pronto, pero el amor permanecerá aquí para siempre. La historia queda escrita y nadie podrá borrarla.

–Nunca te voy a olvidar –me susurra Matt al oído–. Por muchas cosas que ocurran en mi vida siempre te voy a tener en mi corazón.

–El amanecer –le digo–. ¿Recuerdas? Siempre nos tendremos el uno al otro. Pase lo que pase.

La noche es larga y la música nos acompaña. Nos movemos lentamente. Más besos. Más abrazos. Nadie podrá tener nunca una noche más romántica que ésta.

Seis copas de cava y empezamos a perder el control de nuestras acciones. No estoy borracho. Vergüenza me daría estarlo sólo con cava. Pero Matt está más contento y animado de lo habitual. Me recuerda a la noche que pasamos en la feria. Tiene el mismo brillo en los ojos y la misma simpatía en la cara.

Nos acercamos andando hasta la orilla. Matt chapotea en el agua calándose los pantalones y parte de los míos. Pícaramente vamos aumentando la fuerza de los chapoteos hasta que acabamos en una guerra de agua para ver quién es el primero que acaba empapado. Peleamos, corremos, huimos uno del otro y gritamos hasta que, a modo de tregua, caemos los dos al agua y rodamos por la orilla.

–¡Venga! –exclama Matt poniéndose en pie–. ¡Vamos!

–¿A dónde?

–¡Venga! ¡Al agua! –se quita los pantalones.

Me río y permanezco inmóvil. No me apetece nada bañarme y ya estoy más mojado de lo que tenía planeado.

–¡Venga Ryan! –insiste mientras se quita la camiseta–. ¡Me debes un beso!

–Ya te he dado muchos –le digo.

–¡No! Me debes el de aquella noche, cuando se quemó el mantel. ¡Venga, te espero!

Matt se adentra corriendo en el agua. Debe de estar helada, pero con las copas que se ha tomado no creo que lo note.

–¡No voy a ir! –le grito

–¡Sí lo harás!

Me pongo en pie y valoro la posibilidad de unirme a él. Es nuestra noche

de despedida y tengo que aprovecharla. Matt se sigue alejando mar adentro. Debería decidirme ya. Vamos, Ryan. Me desabrocho el pantalón.

–¡Cuanto más tardes en entrar, más lejos estaré! –grita Matt que empieza a convertirse en un borrón oscuro en la oscuridad del mar–. ¡Venga! ¡Ven a besarme! –insiste.

Levanto la vista mientras me quito la camiseta pero no lo veo. ¿Dónde se ha metido?

Vuelve a aparecer para sumergirse de nuevo.

Sale a flote.

–¡Deja de alejarte, que ya voy! –le grito– Si me lo pones tan difícil no voy a darte el beso, ¿eh?

Me quito los pantalones y me meto en el agua.

–¡Oye! ¿Dónde te has metido? –pregunto mientras nado hacia donde estaba hace unos segundos– ¡Déjate de juegos, que te quedas sin beso!

Sigo nadando y cada vez se hace más oscura el agua. No tengo ni idea de si debajo hay arena o rocas. Prefiero no comprobarlo. Buceo un poco para sorprenderlo y que no me vea cuando salga a la superficie. Me parece increíble que aguante tanto la respiración, aunque ya me avisó de que es un buen nadador y creo recordar que me dijo algo de unos campeonatos de natación hace un par de años.

Sigo nadando. Buceo. Vuelvo a nadar.

–¡Esto empieza a perder la gracia! –me quejo–. ¿Dónde estás? ¡Sé que me estás oyendo!

Pasan varios minutos y empiezo a preocuparme. Mi corazón se acelera y me chirrían los dientes del frío.

–Joder, Matt, ¿dónde estás? –vuelvo a gritar– No seas imbécil, que está oscuro y no te encuentro.

Por más que busque y nade de un lado para otro, no lo encuentro. Empiezo a cabrearme. No me gustan estas bromas. Lejos queda ya la arena, me adentro en el mar y estoy seguro de que ahora sí que tengo rocas y algas bajo mis pies. Eso ahora no importa. Me sumerjo y busco a tientas. Miro hacia la orilla, por sí ha vuelto nadando y se está riendo de mí. Nada.

Estoy desesperado. Empiezo a llorar y a sentir que no está bromeando. Está bajo el agua y lleva ahí más de cinco minutos. Lloro. Cojo aire y me sumerjo. Mis lágrimas se confunden con el agua del mar.

–¡Déjate de juegos! –grito llorando a pleno pulmón, esperando crearle remordimientos y que aparezca.

Vuelvo a sumergirme y buceo hasta el fondo. No veo nada. Siento como toco las rocas llenas de musgo. Ni rastro de Matt. Vuelvo a la superficie, respiro hondo y me adentro una vez más en el fondo marino para seguir buscando. Me falta el aire. El corazón cada vez me late más deprisa. No puedo respirar y siento que me va a dar un infarto de un momento a otro.

–¡Ayuda! –grito con las pocas fuerzas que me quedan– ¡Por favor! ¡Ayudadme!

Buceo durante dos segundos y vuelvo a la superficie. No puedo retener aire en mis pulmones. ¿Dónde está? ¡Joder!

–¡Ayuda! ¡Ayuda! –grito casi sin aliento, perdiendo cada vez más fuerzas– Ayuda...

No puedo más. Vuelvo hacia la orilla para pedir ayuda cuando noto algo en el pie. Algo me ha rozado. Cojo la mayor bocanada de aire posible que mis cansados pulmones me permiten y me introduzco de nuevo en el agua palpando todo el fondo con las manos.

Estoy desesperado, bajo el agua, con los ojos abiertos y no veo más allá de dos palmos. Muevo los brazos en todas las direcciones posibles, pataleo, nado un poco más, me doy la vuelta y lo siento. Me acerco y, por fin, lo noto entre mis brazos. Lo agarro por los hombros y salgo a la superficie.

–¡Ayuda! –vuelvo a gritar–. ¡Por favor! ¡Ayudadnos!

Respiro agitadamente. Estoy mareado y no sé exactamente qué hacer. Saco a Matt del agua, manteniendo su cabeza en la superficie. Llego a la orilla y lo arrastro hacia la arena.

Lo tumbo boca arriba y lo abofeteo.

–¡Matt! –grito– ¡Matt! ¡Vuelve!

No sé qué hacer. Está inconsciente. Debería correr hacia casa y pedir ayuda pero no puedo dejarlo solo. Tengo que intentar que vuelva en sí. Igual está fingiendo.Trato de reanimarle como he visto en telvisión, pero no tengo ni idea de cómo se hace correctamente.

–¡Termina el juego ya, por favor! ¿Quieres el beso? –le pregunto mientras me acerco a su cara y le beso en los labios–. ¡Ya tienes el beso! ¡Venga, Matt!

Me derrumbo sobre él y grito desesperado. Bajo mi cara, apoyada en su pecho, no escucho sus latidos ni siento su respiración. No entiendo por qué está pasando esto. Le doy golpes en el pecho y en la cara intentando reanimarlo. No reacciona. Pasan los minutos y su corazón no reacciona. Lo abrazo y puedo notar cómo ya no está. Su cuerpo inerte no reacciona.

–No me diste tiempo –le susurro mientras sostengo su cuerpo sin vida sobre mis brazos.

Me acerco a su cara. Ya no me quedan lágrimas. Se me encoge el corazón y deseo cambiarme con él. Quiero irme yo. Él no, por favor.

–No me diste tiempo –vuelvo a decirle en voz baja–. Te has ido, y no te dije que yo también te quiero.

Me tumbo a su lado y noto como se entumecen mis brazos y piernas. Apenas siento mi propio cuerpo. No me quedan fuerzas y no puedo moverme. No puedo respirar. Me arden los pulmones. Miro hacia el cielo tumbado boca arriba. Las nubes tapan la luna.

–No pude decírtelo –repito susurrando–. Te quiero. ¿Por qué ha pasado esto? Te quiero. ¡Te quiero! –ahogo un grito.

Se me cierran los ojos. Me pesan los párpados y apenas puedo pensar. Intento abrirlos pero no soy capaz. Siento que estoy durmiendo, o quizás me estoy muriendo. Matt… Espérame.

A duras penas consigo abrir en parte los ojos y veo luces amarillas. No, azules. Ambas. Miro a mi lado. Matt permanece en la arena, sin moverse. Su piel está pálida y sus labios morados. Oigo una sirena.

Dos paramédicos aparecen, se colocan sobre Matt y lo pierdo de vista. Noto como unas manos me agarran de los hombros y me echan hacia detrás. Levanto la vista y no conozco a nadie. Son policías, creo. Me pesan los ojos.

Abro los ojos y veo médicos y policías a mi alrededor. Miro a la derecha. Vecinos. ¿Y esta gente?

–¿Dónde estoy? –pregunto sin saber muy bien a quién.

–Incorpórate con cuidado –me dice alguien que lleva un uniforme con una cruz azul en el hombro.

Miro a mi izquierda pero Matt ya no está ahí. Dirijo la vista hacia una ambulancia que tengo cerca y veo cómo introducen una camilla envuelta en una extraña tela reflectante.

–¿Qué ha pasado? –me pregunta uno de los paramédicos.

–No le dije que lo quería –respondo en estado de shock.

–Tranquilo. Dime, ¿qué es lo que ha ocurrido?

Termino de incorporarme y me quedo sentado en la arena. Miro a mi alrededor e intento recordar lo que ha pasado.

–No lo sé –titubeo–. Él quería un beso. ¡Se lo debía! Se metió en el agua pero yo no quería entrar –siento que me falta el aire–. Se alejó. Mucho. Cuando me metí en el agua ya no estaba. Lo busqué, lo busqué y lo busqué… –miro hacia la ambulancia de nuevo–. Se fue. Y no le dije que lo quiero.

El paramédico apunta algo en una libreta, se la guarda en el bolsillo y me ayuda a levantarme. Vamos hasta la otra ambulancia y nos subimos. Durante el trayecto, me hacen preguntas sobre lo que ha ocurrido y apenas puedo responder.

–Se ha ido –digo una y otra vez–. Se ha ido sin saberlo. No sé qué ha ocurrido.

° ° °

He dormido durante toda la mañana y no me siento nada bien. Algo me oprime el pecho. Me siento débil y no puedo parar de llorar. Dos policías llevan tres cuartos de hora haciéndome preguntas y ya he repetido la historia veinte veces.

–¡Dejadme en paz ya! –les suplico–. ¡No quiero seguir recordando! ¡Quiero que se acabe esta película! –lloro.

–Tranquilo muchacho. Ya pasó todo –me consuela uno de ellos.

–Venga –anima un enfermero que entra en la habitación–. Dejadlo descansar que ya ha sufrido bastante.

–Hemos contactado con sus familiares gracias al teléfono que había en los pantalones de tu amigo, los encontramos junto a la orilla –me dice el otro policía–. Ya está todo hecho por tu parte. Si te dan el alta, podrás irte a casa en un par de horas.

° ° °

Con la vista fija en el horizonte, contemplo cómo los últimos rayos de sol se pierden entre las escasas nubes que hay en el firmamento y aparecen una a una las estrellas, que brillarán sin parar durante horas. Hay una en concreto que ya no se apagará jamás. Las olas rompen en la orilla. El atardecer se refleja en el mar, que adquiere una amplia gama de tonos entre azules y anaranjados que se funden con el cielo rosa y las lágrimas que caen de mis ojos. Las gaviotas revolotean sin rumbo fijo, como el que pierde algo y no recuerda dónde lo ha dejado. No son las únicas que han perdido algo hoy.

Acaban de traerme a casa los de la ATS. Sigo en shock. Algo más que eso. Estoy ausente, no soy yo mismo. Intento no pensar en lo que ha ocurrido. Estoy convencido de que, si no pienso en ello, acabaré por despertarme y Matt estará durmiendo a mi lado, con su brazo derecho bajo la almohada y el izquierdo sobre mi pecho. Y yo le acariciaré el cabello, le daré un beso en la frente y seguiré durmiendo en busca de algo más placentero. Me resulta imposible pensar que se ha ido para no volver, que no voy a sentir nunca más sus manos aferrándose a mi cintura, que ya no voy a ver nunca más esa sonrisa contagiosa, que sus ojos no me van a mirar más, que sus labios no me van a hablar nunca más, ni los voy a sentir junto a los míos. Lo siento, pero me niego a creerlo. Esto no puede estar sucediendo.

Me pellizco un brazo. Despierta, por favor. Despiértate, Ryan.

° ° °

Despierto lentamente y los primero que veo es la televisión encendida. Me incorporo en el sofá y me froto la cara. ¿Ha sido un sueño? Me pongo en pie y subo corriendo a mi habitación.

¡Matt! –le llamo–. ¡Matt!

Al llegar arriba me encuentro la maleta hecha junto a la puerta, mi escritorio lleno de pañuelos, el oso de peluche en el suelo y mis certificados del hospital encima de la cama. No, por favor, no. Caigo de rodillas en el suelo y vuelvo a llorar mientras me llevo las manos a la cara. No ha sido un sueño.

No tengo el cuerpo para cargar maletas, ni para estar cogiendo trenes. No quiero quedarme en este pueblucho junto a esta asquerosa playa, pero tampoco estoy listo para volver a casa solo. Mis padres aún no saben nada de lo ocurrido. No quiero preocuparles, aunque igual debería. Ya es tarde para eso.

No tengo fuerzas para recoger la casa, ni volver a poner las sábanas sobre los muebles del salón. Ni las tengo, ni las quiero. Sólo deseo salir al porche y ver a mi perrito abandonado durmiendo en las escaleras, sin hacer ruido y tranquilo. Me asomo por última vez y lo que veo no me gusta. Miro hacia el mar. Él se lo llevó.

–Te odio –susurro.

Cierro con llave, bajo las persianas y me dirijo hacia la puerta principal arrastrando mi maleta cuando reparo en el *post it* que hay en la nevera.

«Lunes, 11:30. Vienen a cambiar el cristal».

¡Mierda! Me he olvidado por completo del cristal roto y no puedo dejarlo así porque podrían entrar a robar.

Aprovecho que tengo que esperar a que venga el técnico y subo a mi habitación. Recojo todos los pañuelos usados y los tiro a la papelera. Cojo el oso de peluche.

–Vigílame la casa –le digo mientras lo huelo y lo coloco en la estantería.

Suena el timbre.

–¡Voy! –grito desde arriba.

–¡Vengo a reparar el cristal! –grita un chico desde fuera.

Cojo mi teléfono y, mientras bajo la escalera, le escribo un mensaje a mi madre para avisarla de que en un rato salgo rumbo a la estación de St. Lucas.

Abro la puerta.

–¡Ryan!

Levanto la vista del teléfono.

–¿Josh?

segunda parte

# NORWALK

Enfrentarte a lo que te da miedo, mirarlo directamente y afrontarlo siguiendo los impulsos innatos que te dicta el corazón. Una lección de vida que deberíamos traer instalada de fábrica y que muchos aprendemos de la peor manera. Todo es efímero. Nada es eterno. No hemos llegado para quedarnos y, precisamente por eso, no vale la pena hundirse y quedarse atrás en el camino, reviviendo lo que nos ha hecho daño. Seguir adelante es la única opción que debemos plantearnos. Ser fuertes y no volver la vista atrás. Bueno, sí. De vez en cuando hay que hacerlo, porque sólo así podemos comprobar cuánto hemos avanzado y es también la única forma de recordar nuestros errores y no repertirlos.

Todos hemos pasado por situaciones que creíamos imposibles de superar, pero se consigue. No importa lo alta que sea la montaña, lo profundo que sea el precipicio o lo lejos que esté el otro lado. La constancia, la fuerza y, sobre todo, las ganas de ser felices son la clave para sobrevivir y demostrarnos a nosotros mismos y al mundo que es posible estar mejor. Sé que cuesta, pero, una vez lo hayamos aprendido y puesto en práctica, es algo que tendremos con nosotros para siempre.

Yo perdí algo que apenas llegué a tener. Pasé semanas rozándolo con las yemas de mis dedos y, justo cuando alcancé a sujetarlo con mis manos, se me escapó y jamás tendré la oportunidad de recuperarlo. Aún no me he hecho a la idea de que todos los sueños que surcaron mi mente durante el verano jamás podrán verse hechos realidad, por muchas ganas que le ponga. Cuando pierdes a alguien que te importa y que era protagonista indiscutible de todos tus sueños, es obvio que necesitas hacer borrón y cuenta nueva. Empezar de cero con una hoja de papel en blanco, dibujar nuevas aspiraciones en tu mente y forjar un nuevo futuro. Y, quizás, ese sea el mayor error de todos. Pensar en el futuro es absurdo cuando ni siquiera disfrutamos del presente. Por ahí es por donde comenzaré esta vez, por mi presente. Aquí y ahora.

# 10
# LOS CUATRO CAFÉS

Apenas he empezado a aceptar lo que ocurrió y la verdad es que no me siento bien. Tengo pesadillas cada noche. En ellas, estoy en una habitación rodeado de amigos y familiares pero nadie puede verme ni escucharme. Intento hablarles o tocarles y me es imposible. Noto como abro la boca intentando decir algo pero de entre mis labios no surge ningún sonido. Siento un agobio enorme y un fuerte dolor en el pecho. De pronto la habitación comienza a llenarse de agua, mi gente desaparece y me quedo solo, sumergido en la oscuridad respirando agua mientras el dolor aumenta cada vez más. Cuando miro hacia arriba veo una brillante luz y lo que parece ser la silueta de alguien flotando en la superficie. Nado hasta alcanzarlo y, cuando le doy la vuelta, compruebo que es Matt. Abre los ojos completamente en blanco, que me miran con odio y desprecio. Dejo escapar un grito sordo bajo el agua y despierto.

Han pasado tres semanas y aún me culpo de su muerte a todas horas, aunque Tom –el psicólogo con el que estoy haciendo terapia– dice que no fui responsable. Y, en el fondo, lo sé. Pero no puedo sacarme de la cabeza la idea de que si lo hubiera encontrado antes, si no lo hubiera dejado solo en el mar, si hubiera entrado con él en el agua, si no hubiéramos bebido o, incluso, si no hubiera luchado por conquistarlo, él ahora estaría vivo.

Se nota que ya es otoño porque el sol ha dejado de brillar como antes. En las calles, los árboles empiezan a teñirse de marrón y muy pronto perderán todas las hojas que les dan vida. Las nubes cubren el cielo de Norwalk y amenaza lluvia. Atrás quedan las camisetas y los pantalones cortos, aunque en estos momentos mi imagen es lo que menos me preocupa. Llevo unos vaqueros viejos desgastados, unas botas de estilo militar, una camiseta gris y una sudadera verde oscuro con la palabra «salvation» escrita en el frontal. Ni hecho adrede. Estoy a apenas dos manzanas de casa y giro en la esquina de la calle Price para entrar en un Starbucks. He quedado aquí con Sussan, como siempre, para que me haga su evaluación personal de mi evolución psicológica. Es lo que va a estudiar este año en la universidad y está literalmente obsesionada con todo lo relacionado con el tema.

Hace días estuvimos en casa y le conté lo que ocurrió en St. Dean durante el verano y hoy le quiero contar lo que ocurrió con Josh desde que nos fuimos del campamento hasta que nos reencontramos inesperadamente en la puerta de mi casa de la playa. Desde ese día, en el que fingí tener prisa para evitar hablar con él y contarle lo mal que estaba en ese momento, hemos estado en contacto. Él ha aprovechado para contarme qué ha sido de su vida en estos seis meses y yo he dedicado el tiempo a hacer terapia con Tom, preparar mi inminente acceso a la universidad e ignorar constantemente los mensajes que Nathan me ha enviado pidiéndome perdón. Sussan está empeñada en que hable con él, pero yo sigo dolido y enfadado por lo que hizo. Hay días en los que incluso también lo culpo a él por la muerte de Matt. Sé que no es justo

para él, a pesar de lo que hizo, pero no lo puedo evitar.

Aprieto el botón *pause* en mi iPod para hacer callar a Adele que me atormenta, porque en el fondo soy masoquista, con 'Hiding My Heart'. Lentamente giro mi cabeza y dirijo la vista hacia detrás, con la falsa esperanza de que mi perrito abandonado esté ahí, envuelto en lágrimas, diciéndome que me quiere.

Vuelvo al mundo real.

–Caramel Macchiato –le pido al camarero en la barra–, tamaño venti. A nombre de Ryan.

Pago, reanudo la música y cinco minutos después recojo mi café con leche y caramelo. Me acerco hasta nuestro sitio habitual y me siento, no sin antes dejar el iPod, iPhone, chaqueta y demás sobre la mesa y quemarme el costado del dedo índice con unas gotas de café hirviendo que se han escapado del vaso.

Sussan aparece diez minutos después de la hora acordada. La veo elevando la vista por encima de las demás mesas hasta que sus ojos se encuentran con los míos y sonríe. Se acerca a la barra y pide algo. Yo aún no he probado mi bebida, sigue ardiendo. Unos minutos después por fin llega hasta donde estoy yo, suelta su bolso con un gesto entre cansado y desesperado y se acomoda a mi lado en el sofá, junto a la ventana. Siempre que venimos nos sentamos en el mismo lugar, desde el que podemos ver la calle y comentar durante horas todo lo que vemos al otro lado del cristal. La gente de la ciudad es muy variopinta, nosotros los primeros, y merece nuestra atención tanto como cualquier famoso que se cuele en la portada de alguna revista del corazón.

Lo mejor para olvidar es estar distraído. Aunque Tom no deja de decirme que las cosas se afrontan directamente, no distrayéndose de ellas. Pero en estas semanas lo que he querido ha sido olvidar. Más bien, diría archivar, ya que olvidar es una palabra demasiado importante y con carácter definitivo. Mi intención es esa, archivar lo que me ha ocurrido este verano para poder seguir con mi vida. Una vida que yo consideraba que estaba en mis manos y que he comprobado que no es así. La vida hay que vivirla, eso dicen. Y muchos se olvidan precisamente de eso, de vivirla.

Miro a Sussan, que no ha dicho una palabra desde que llegó, como si supiera que estoy dándole vueltas a muchas cosas en la cabeza y no quisiera interrumpirme.

–¿Te acuerdas de Josh? –le pregunto.

–¿El del campamento? –pregunta ella acertadamente–. Claro, como para olvidarlo.

Hace un gesto de placer con los ojos mientras se muerde el labio, inclina la cabeza hacia atrás y aprieta sus manos contra los muslos. Josh es de esos chicos guapos y atractivos que le gustarían hasta a mi padre. De esos que siempre salen bien en las fotos. De esos que chasquean los dedos y tienen a diez chicas suspirando por él. De esos que juegan al fútbol y regalan su

camiseta sudada a la primera fan que se la pide. De esos que hablan de coches y motos con sus amigos mientras arregla el motor del coche de su madre. De esos que tienen una aventura con otro chico en un campamento de invierno.

–Pues espero que hayas traído dinero, porque esto nos va a llevar unos cuantos cafés.

Josh no era el típico chico del que yo me podría enamorar, pero sí que era el típico chico del que cualquier chica se podría enamorar. Ya no sólo por su atractivo físico con esos ojos azules intensos, su cara aniñada, su pelo castaño que sería la envidia de cualquier modelo y su cuerpo atlético, aunque de pequeñas proporciones –Dicen que las mejores cosas vienen en envases pequeños y él parecía ser la prueba viviente de ello–, sino también por su forma de hablar y de actuar. Era de esas personas con un tono de voz tan cautivador que ya podría decirme que su perro le cuenta historias por la noches, que le hubiera creído sin dudar una palabra. No llegaba a ser muy empalagoso ni sensible, de hecho tenía cierto aire tosco y bruto, pero que extrañamente se fusionaba a la perfección con la suavidad de sus palabras. Probablemente a cualquiera que no lo conociera podría darle la impresión de ser un deportista chulo y consentido que sólo vivía para jugar al fútbol y tontear con chicas, pero al conocerlo pude comprobar que, aparte de todo eso, también tenía un buen corazón y, si las almas tuvieran color, la suya sería transparente y azulada, muy brillante. Evidentemente no era el chico perfecto, aunque eso no lo comprobé hasta hace poco, cuando los recuerdos que tenía de él se fueron enturbiando y dando paso a un ser atormentado, con falta de personalidad propia y con algunos matices de cobardía.

Nuestra aventura en el campamento fue corta pero intensa. Tal y como le conté a Sussan hace meses y a Matt en uno de nuestros paseos por la playa, estuvo insistiendo y luchando por conquistarme durante tres días. No consiguió dormir en mi cabaña, pero sí consiguió ganarme. Pasamos algunos días fabulosos a escondidas de nuestros amigos, bañándonos en el lago, escapándonos hacia el bosque por las noches y dándonos besos furtivos cada vez que no había nadie a nuestro alrededor.

Josh no fue el primer chico en el que me fijé, pero sí el primero que consiguió traspasar el muro que había construido en torno a mi corazón y mi cabeza, para que nadie pudiera llegar hasta ellos, y demostrarme que podía amar y ser amado sin miedo al rechazo. Y es irónico que ahora yo haga de esa libertad y confianza mi día a día y él esté atrapado en un mundo al que no pertenece y del que no sabe, o no quiere, salir.

En estas tres semanas que hemos estado hablando, me comentó que, cuando nos fuimos del campamento, se pasó todo el trayecto hasta casa llorando y pensando que nunca más nos volveríamos a ver. Quizás por despiste o tal vez porque tenía que ser así, no nos acordamos de darnos nuestros números de teléfono así que, en cuanto nos separamos, supimos que no había forma de volver a reencontrarnos salvo que se diera la casualidad de ello. Recuerdo que pasé los siguientes ocho o diez días entrando a Facebook a

diario, buscando todos los posibles Josh que pudiera tener en común con otros amigos, pero no hubo forma. Al final me di por vencido y no fue hasta hace unos días cuando él me confesó que había hecho lo mismo, con éxito, pero que no pudo, o no quiso, ponerse en contacto conmigo por causas de fuerza mayor. Pero, ahora que nos habíamos reencontrado por casualidad, ya tenía excusa para contactarme siempre que quisiera sin que Verónica, su novia, sospechara nada.

–¿Cómo que su novia? –me pregunta Sussan dando un salto en su asiento.

–Lo que oyes. Tiene novia y no desde hace poco. Llevan juntos un año, más o menos. Es decir, que le puso los cuernos conmigo en el campamento.

–Nunca entenderé a esa clase de heteros, o lo que sean. Sabes que soy la primera que defiendo el amor libre y que cada uno meta su cosita donde más le guste, pero ¿qué necesidad hay de tener a una pobre chica engañada de esa forma?

–Yo tampoco lo entiendo. Y de hecho se lo comenté hace poco. No hace falta tener novia para no parecer gay, ni siquiera hace falta tenerla para parecer hetero. ¿Cuántos tíos heteros hay sin novia que cada noche se van con una distinta? Es absurdo salir con una chica sólo para aparentar. Si la gente no sospecha de tu sexualidad, tampoco lo van a hacer si estás soltero. Y si sospechan, lo van a hacer de igual forma tengas novia o no. ¿No?

–Exacto –me confirma Sussan–. No tiene sentido. Mira a Jenny, la prima de mi amiga Nora. Tiene casi treinta años, lleva diez con el mismo chico y, aun sabiéndolo, Nora está convencida de que es lesbiana. Es la prueba de que da igual estar soltero, comprometido, casado, divorciado, viudo o lo que sea; el que tenga sospechas las va a seguir teniendo.

–Yo creo que la que es lesbiana es Nora –le respondo dejando escapar una malvada sonrisa.

–Esa es otra historia –se ríe–. Pídeme otro café y sigue contándome lo de Josh. ¡Aunque lo de Nora tiene mucha plancha también!

El problema de Josh es que, probablemente, ni él mismo sabe lo que quiere. Tal vez lo del campamento fuese solo una fase. He oído que mucha gente pasa por “la fase”. Ese momento en el que tonteas con amigos de tu mismo sexo, porque es cuando empiezas a descubrir tu sexualidad y la de los demás; y parece más fácil empezar con alguien similar a ti, conociendo lo que le gusta y lo que no, lo que se debe hacer y lo que no, que irse a por los del otro sexo metiéndose en un berenjenal del que quizás no saldrías airoso.

La cuestión es que, con fase o sin ella, Josh me ayudó a descubrirme a mí mismo, a ser fiel a mis sentimientos y a comprender que no había nada malo en lo que era. Me hizo ver que no me pasaba nada y que podía ser feliz si me lo proponía. Y también me enseñó lo que era la tristeza y que, en cierto modo, te rompan el corazón. Aunque nunca me llegué a enamorar, sí lo considero mi primer amor.

Por lo visto yo no fui el único desliz que tuvo Josh. Y es que la pobre Verónica tiene que tener un cuello a prueba de bombas para poder sujetar el

peso de todos los cuernos que le ha puesto. Vale, lo reconozco, no han sido tantos. Pero, teniendo en cuenta que sólo han pasado seis o siete meses desde el campamento, considero que tres amantes son demasiados, sobre todo si –supuestamente– eres heterosexual y todos han sido chicos.

El primero, después de mí, fue el hermano de su mejor amigo. Josh me contó que solía ir casi todos los fines de semana a dormir a casa de Jack. Eran, como lo éramos Nathan y yo, los mejores amigos y entre su círculo de amistades y familiares los llamaban los JJ porque siempre estaban juntos. Una de esas veces, los padres de Jack estaban de viaje así que se quedaron Josh, Jack y su hermano solos en su casa. Esa noche Jack comió algo que le sentó mal y se fue a la cama temprano, así que se quedaron su hermano y Josh jugando a la Wii. Josh no me contó exactamente como pasó, sólo sé que, cuando se vino a dar cuenta, el hermano de Jack –que tenía veinte años, tres más que él– le dio un beso en la mejilla y Josh se lo devolvió con otro en los labios, que dio paso a otro más profundo y que culminó con ambos en la cama intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a Jack.

Del segundo chico no me quiso contar nada. Creo que algo esconde. No, no lo creo, lo sé. Recuerdo que me lo comentó de pasada en un e-mail y cuando le volví a preguntar por él no quiso darme más detalles. Sólo sé que es unos diez años mayor que nosotros y que, por lo visto, es alguien más o menos conocido en Norwalk. Apuesto a que es alguien de su entorno deportivo, ya que Josh entrena en el mismo campo donde juega el equipo de fútbol local, cuyos jugadores son famosos a nivel nacional. Todo encaja, aunque podría estar equivocado.

Y el último llegó a finales de verano. A diferencia de los otros dos, Mike le gustaba en serio, no sólo para un revolcón. Lo conoció en la sala de espera de una empresa que estaba realizando entrevistas para un puesto de trabajo de camarero. Rápidamente hicieron buenas migas y no les faltó tiempo para darse cuenta de que se gustaban mutuamente. Estuvieron saliendo un par de semanas en plan amigos y con algunos tonteos esporádicos, hasta que un día Josh lo invitó a su casa para ver una película. Como suele pasar, acabaron más pendientes el uno del otro que de la pantalla de la televisión. Las caricias condujeron a los abrazos, luego los besos y, finalmente, la proposición de seguir adelante con lo que pudiera surgir en la cama de su habitación.

Sus padres llegaron a casa justo cuando Josh le quitaba la camiseta a Mike. De un sobresalto se levantaron, Mike se puso la ropa y trataron de alisar la cama para no dar señas de lo evidente. Para cuando su padre llegó a la habitación, ya estaban sentados junto al ordenador tratando de disimular lo mejor posible; pero se olvidaron de esconder el condón que Mike había dejado sobre una repisa y fue lo único en lo que se fijó su padre. No dijo nada, pero su hijo sabía perfectamente que la cara que puso era de desaprobación y sabía también que no tardaría en enviarlo unos días con su tío Gordon, como hacía cada vez que actuaba de una forma que su padre consideraba incorrecta. Gordon era aún peor, mucho mas estricto y cerrado. Y Josh no sólo le tenía

respeto, sino miedo.

° ° °

Llevamos casi dos horas sentados en el sofá de la cafetería. Tengo los muslos medio dormidos y Sussan, que está tumbada apoyada sobre mi hombro y con los pies encima del asiento, lleva un rato en silencio mirando por la ventana, mientras da pequeños golpes en el cristal con las uñas. Fuera ha estado lloviendo, la calle está mojada, pero no nos hemos dado cuenta hasta ahora. Hemos estado tan sumergidos en la conversación, que apenas nos hemos molestado ni una sola vez en buscar alguna víctima al otro lado de la ventana a la que poder criticar.

Un camarero se acerca y nos pregunta si queremos otro café. Llevamos ya dos cada uno y le hago un gesto de negación. Doy un último sorbo a mi vaso y dejo que se lleve los cuatro que hemos usado y empiezan a estorbar en la mesa.

–Y por todo eso acabó en St. Lucas, trabajando en el taller de su tío.

–Pero, ¿cómo llegaste a encontrarte con él? –me pregunta Sussan.

–La noche que eché a tu "maravilloso novio" –hago el gesto de comillas con ambas manos– cerré la puerta con tal fuerza que se rompió un cristal. La mañana que me iba apareció Josh para arreglarlo, sin saber que me iba a encontrar a mí al otro lado de la puerta.

–Me parece increíble la actitud de Josh con respecto a sí mismo –dice Sussan, que no da crédito a todo lo que le acabo de contar–. Engañando a su novia con tíos que conoce aquí y allí, mientras finge ser algo que no es jugando con ese tal Mike. Bueno… Y contigo. La verdad es que me quedo sin palabras.

Y no es algo muy habitual. Normalmente Sussan habla hasta por los codos. Es de esas personas que siempre tiene algo que contar, algo que decir, algo que opinar, pero que no llega a resultar cargante ni agobiante con tanta palabrería. Habla mucho, pero siempre aporta algo interesante.

–Ya ves –le digo–. Y a parte de todo eso, estoy yo y mis traumas. Mi vida ha cambiado por completo de la noche a la mañana. Incluso he dejado de ser el mismo. No sé qué será de mí.

–No pienses en eso –me dice mientras me sujeta las manos con ternura–. Lo importante ahora es que pongas en orden todo lo que tienes en el "coco", sin darle demasiadas vueltas a tus pensamientos y centrándote en ti y en lo que se nos avecina ahora que seremos universitarios.

–Tienes razón –la abrazo.

–El bolso que lleva esa me lo compré yo en verano –apunta Sussan señalando a una chica que pasa junto a la ventana–. Es de la colección de Versace para H&M y aún no lo he estrenado.

–Pues hace ya tiempo de esa colección. ¿Has estado recluida en casa estudiando? –le pregunto.

–Ojalá –suspira–. Los exámenes los terminé el día antes de que volvieras de la playa.

Sussan se incorpora, vuelve a sentarse como una persona cívica y normal y se pone seria mientras me mira.

–Nathan está raro conmigo. De hecho, lleva raro más de un mes, desde que te enfadaste con él.

–Lo siento.

–No lo sientas. Si te soy sincera, creo que no es por ti y tampoco por mí. Algo le pasa. Se ha estado comportando de forma extraña desde hace mucho más tiempo, pero ahora es peor.

Intento consolarla pero continúa hablando antes de que yo pueda abrir la boca.

–Él ya lo sabía.

–¿Quién sabía qué? –le pregunto–. ¿Te refieres a que Matt ya sabía que lo quería? No me apetece hablar de eso ahora.

–No, no –me interrumpe–, aunque, ahora que lo mencionas, claro que lo sabía, Ryan. No hace falta decir «te quiero» para que la otra persona sepa que lo sientes. Eso lo has aprendido en los dramas innecesarios de las películas.

Me quedo en silencio con la mirada perdida hacia el exterior.

–A lo que me refiero –continúa Sussan– es a que Nathan ya sabía que eres gay. Se lo dije yo poco antes de verano.

Durante unos segundos, siento unas incontenibles ganas de mostrarle a Sussan mi decepción por no haberme guardado el secreto. Tampoco entiendo por qué Nathan hizo como si no lo supiera cuando se lo conté. Pero, a estas alturas, poco me importa ya. No quiero saber nada de él y no pienso volver a abrirle las puertas para que forme parte de mi vida. No merece la pena discutir con Sussan por esto.

–Vale. No pasa nada. Es tu novio y, en cierto modo, es normal que os contéis esa clase de cosas.

Me quedo en silencio un rato más hasta que decido que no me apetece seguir compartiendo la tarde con ella. No le voy a guardar rencor, ni me voy a enfadar, pero necesito al menos unas cuantas horas sin verla para poder reconducir mis sentimientos y no decir o hacer algo que pudiera poner en peligro mi amistad con ella también. Bastante he perdido ya en tan poco tiempo.

–Se está haciendo tarde. Deberíamos irnos. Además, estoy cansado. Quiero llegar a casa, meterme en la cama y no salir de ella hasta dentro de dos años.

–La universidad empieza el lunes así que mejor que sean dos días, guapo.

Nos levantamos y caminamos hacia la salida. La puerta de la cafetería se abre y, para mi sorpresa aparece Josh acompañado de una chica. Nos encontramos de frente los cuatro.

–¡Ryan! –me saluda Josh sorprendido–. No esperaba encontrarme contigo aquí.

Le presento a Sussan y Josh me presenta a su acompañante. Es Verónica. Curiosa la sensación de ponerle cara y tenerla delante después de todo lo que

me ha contado sobre ella. No puedo evitar mirarla de arriba a abajo y compadecerme por la mentira en la que vive a diario.

–Ni yo, la verdad –le respondo antes de que se percaten de mis pensamientos–. Y eso que venimos mucho por aquí.

–Pues entonces creo que nos vamos a ver mucho más a menudo a partir de ahora –dice Josh arqueando las cejas a modo de señal hacia la barra–. Mañana empiezo a trabajar aquí, he venido a traer unos papeles.

Y, cuando parece que las cosas no podían ir peor, la vida te complica un poco más la existencia. Nos despedimos y Sussan y yo caminamos en silencio hasta doblar la esquina.

–Vaya putada, ¿no? –me pregunta.

–Un poco. ¿Cuántas cafeterías hay en Norwalk? ¡Y le ha tenido que tocar en la nuestra!

Seguimos caminando hasta llegar a mi casa. Sussan se despide con un beso en la mejilla y un abrazo mientras me da ánimos para afrontar nuestra nueva vida de universitarios que comenzará la semana que viene. Le devuelvo el beso mientras saco las llaves y me dispongo a entrar mientras se marcha.

–¡Oye! –dice Sussan mientras se da la vuelta y vuelve a acercarse–. ¿No decías que Josh conoció a ese tal Mike en una entrevista para un puesto de camarero?

–Sí –le respondo.

Nos quedamos pensando en silencio. Nos reímos.

–Con un poco de suerte, a Mike también lo habrán contratado para trabajar en el mismo sitio y, tarde o temprano, se encontrarán los tres –añade Sussan–. ¡A ver cómo se las arregla Josh para salir de ese momentazo!

Me río. Ojalá.

# 11
# EL PROFESOR

Aquí estoy, de pie frente a la puerta principal que da acceso al Aula Magna de la Universidad de Eastmond. Los nervios se han apoderado de mí y me tiemblan las piernas. Es la primera vez que me enfrento a un cambio tan importante en mi vida y, para colmo, también es el primer encuentro social que tengo con más de 3 personas a la vez desde que volví de St. Dean. Debido a la muerte de Matt y sus consiguientes repercusiones en mi vida, me he aislado tanto del mundo que ahora me siento como un niño que aprende a caminar. Sé cómo hacerlo, pero me aterra y pienso que si me caigo jamás podré volver a levantarme.

Esta mañana, pese a la falta de ganas, hice un esfuerzo y elegí la mejor ropa que encontré en mi armario, sin llegar el extremo de llamar la atención por ir demasiado arreglado. Quiero dar buena impresión y, aunque es absurdo pensar que eso podría pasar, no quiero llegar el primer día dando la imagen del pobre desgraciado que se ha quedado casi viudo hace menos de un mes y con el que es mejor no tener relación por el momento. Intentaré parecer una persona normal, sin traumas recientes, e integrarme lo antes posible.

Fiel a su estilo, Sussan llega tarde y decido entrar solo antes de que nos quedemos sin sitio y tengamos que aguantar de pie la inauguración oficial y el discurso del rector. Subo las escaleras de la derecha y, en mi mente nerviosa y paranoica, noto como mucha gente me mira raro por estar solo. Elijo algunos asientos del final –cuantas menos miradas haya clavándose en mi nuca, mejor– y le envío un mensaje a Sussan para comunicarle que estoy dentro.

En la parte frontal hay un pequeño escenario, algunas sillas y un atril. Todo muy cutre pese a que Eastmond es de las universidades más prestigiosas del país. En lo alto han colgado, de lado a lado, una lona blanca con letras doradas en la que se lee «EASTMOND 2012. BIENVENIDOS» y la dirección web, Facebook e incluso Twitter de la universidad.

–¡Que modernos! –me dice, con cierto tono sarcástico, un chico que se ha sentado a mi lado sin que me haya percatado de ello.

–¡Y tanto! –le respondo algo nervioso por lo inesperado de la situación–. Sólo les ha faltado traer a Katy Perry para que cante el himno oficial.

Cuando estoy nervioso digo muchas tonterías.

–¿Qué vas a estudiar? –me pregunta.

–Publicidad.

Así es, después de toda una vida creyendo que sería abogado, en cuestión de horas decidí cambiar de opción y pude entregar la matrícula en tiempo récord justo cuando terminaba el plazo. Incluso estuve a punto de no seguir estudiando y tomarme un año sabático, pero Sussan me convenció de lo contrario. Ella también estaba aterrada con esto de empezar la universidad sola, así que me pasó información sobre las carreras universitarias que se podían estudiar en Eastmond, donde ella hará Psicología, y enseguida tuve claro que quería estudiar Publicidad. De todos modos, Sussan y yo no

tenemos asignaturas en común, aunque seguro que podrá echarme una mano con Psicología del Consumidor, una asignatura que tendré el año que viene.

–¿En serio? –se sorprende el chico–. ¡Yo también! Parece que he hecho bien eligiendo este sitio, al menos ya conoceré a alguien cuando empiecen las clases.

–Lo mismo digo, siempre viene bien…

–¡Lo siento! –me interrumpe Sussan, que ha llegado sin darme cuenta. Hoy no tengo la visión periférica muy afinada–. Se me ha escapado el metro, luego me he bajado en la estación que no era y, en fin, ya me conoces. ¿Me he perdido algo?

–Nada, aún no han empezado –le respondo–. Mira, este es…

Pero, cuando miro a mi izquierda, no hay nadie sentado a mi lado. ¿Lo he espantado? ¿Ha sido Sussan? ¿O me estoy volviendo loco?

–¿Qué? ¿Quién? –pregunta Sussan buscando con la mirada por encima de mi cabeza.

–¡El rector! –consigo disimular, al ver que alguien sube al escenario y se coloca tras el atril–. ¡Ese es el rector! Empieza el mitin.

–¿Tú te drogas? –se ríe Sussan–. Ese no es el rector, si acaso será algún profesor. ¿No ves lo joven que es y lo bueno que está?

Y no le falta razón. No es el rector, sino el profesor de Psicología Evolutiva, según dice al presentarse, y, aparte de no llegar a los treinta años, está de muy buen ver.

–¡Bien! –a Sussan se le escapa un grito, que sólo es percibido por dos chicas que están sentadas delante–. ¡Me va a dar clase! –me dice, ahora susurrando, mientras me tira de la manga de la camiseta.

–¡Qué suerte tienes!

Después de cinco minutos de presentación por parte del profesor potente y de cerca de diez minutos de discurso por parte del rector, efectivamente más mayor y menos apetecible, miro a mi derecha y veo que el chico de antes vuelve a estar ahí.

Le doy unos pequeños toques a Sussan en el hombro.

–Por favor, dime que no estoy loco y que tú ves al chico que está sentado a mi lado.

Sussan se inclina hacia delante y mira hacia mi izquierda.

–¡Claro que lo veo! –me responde en voz baja–. ¿Estás tonto?

Suelto un largo suspiro de alivio.

–Es que antes se ha sentado a mi lado –le cuento a Sussan– y hemos hablado un rato, pero cuando has llegado había desaparecido y empezaba a creer que me lo había imaginado.

–Está bueno –dice Sussan sin quitar la vista de su nuevo profesor.

–¡Que sí! –le respondo con tono cansado–. Pero no me ignores.

–¡El profesor no! Bueno, sí, también. Me refiero al chico ese. Está bueno.

La verdad es que no me había parado a pensar en eso. Desde lo de Matt no siento ganas de tener nada con nadie y, por consiguiente, tampoco me fijo

mucho en lo guapos que sean o dejen de ser los chicos que veo por ahí. Tímidamente miro hacia mi izquierda de reojo.

–Bueno, no está mal. Pero Matt era mucho más guapo.

–Pero éste está vivo.

Según salen las palabras de su boca, Sussan abre los ojos de par en par, me mira rápidamente y me agarra las manos.

–¡Dios! ¡Lo siento, Ryan! ¡No me odies! ¡No sé por qué he dicho eso! ¡Lo siento! ¡Perdona! ¡Soy una hija de puta!

Por un momento me dan ganas de levantarme, escupirle en la cara e irme. Pero respiro hondo y trato de recordar que, antes del verano, yo era el primero que amaba el humor negro y que le seguía esa clase de chistes a Sussan.

–No pasa nada –le digo para que se calme–. Habría tenido más gracia en otro momento, pero es normal que se te haya escapado. No te lo tengo en cuenta.

Le doy un beso en la mejilla.

–¿Qué le pasa a tu amiga? –me pregunta el chico.

–Nada, que es un poco bocazas.

–Ah, vale. Bueno, no quería meterme donde no me llaman. Es que esto es muy aburrido.

Razón no le falta.

–¿Son cosas mías o antes has desaparecido? –le pregunto intrigado.

–Sí, perdona. Tenía que ir al baño y, como ya había llegado tu amiga, no creí que te importara que me fuera sin avisar.

Sussan me pellizca el brazo disimuladamente.

–Deja de ligar –me susurra y me río.

Una hora después, por fin ha terminado la inauguración y podemos ir a ver los horarios, aulas y profesores de cada asignatura. Me levanto de mi asiento y, mientras estiro las piernas, veo como Sussan se inclina sobre la pequeña mesa plegable de su asiento y abre la boca. Sé exactamente lo que está a punto de hacer.

–¿Vienes con nosotros? –le dice al chico, que ya estaba en pie y marchándose por su izquierda.

No quiero darme la vuelta de la vergüenza, así que me mantengo tenso, con los hombros algo levantados y con cara de circunstancia como si me estuvieran pasando un hielo por la espalda.

–¡Claro! Aquí no conozco a nadie –respondió.

Me relajo. Me doy la vuelta mientras intento que mi cara vuelva a parecer normal y le hago una seña para que nos siga por las escaleras de la derecha. Estoy seguro de que Sussan quiere ver a su profesor de cerca así que me posiciono delante y los guío escalera abajo, en dirección hacia donde el profesor está de pie charlando con otra profesora.

Nos quedamos un rato rondándolo, hablando de tonterías, esperando a que se vacíe el Aula Magna. Cuando parece que el profesor termina la conversación, se da la vuelta para marcharse y Sussan finge un tropiezo.

–¡Uy! –exclama–. Lo siento, profesor…

–Kinsey.

–¡Eso! ¡Kinsey! –tontea Sussan–. Es que desde ahí arriba apenas se oía nada.

–¿Y tú eres? –pregunta el Sr. Kinsey.

–Sussan. Sussan Donovan. Soy alumna suya, voy a estudiar Psicología.

–Nos veremos en clase. He de irme –se disculpa–. Un placer.

Sussan se queda embobada mirando como el Sr. Kinsey abandona el aula. De cerca es más atractivo aún, pero se le notan más los años. Ahora sí creo que pasa de los treinta, aunque no mucho. O quizás ha sido profesor desde muy joven y el estrés le ha pasado factura. De todos modos, tiene ese aire de madurez atractiva que llama mucho la atención. Las arrugas las tiene tan bien posicionadas que le quedan realmente bien y le dan mucha más expresividad a unos simples ojos marrones que, en otras circunstancias, no hubieran sido nada llamativos. Aunque lo que más le gusta a Sussan, seguramente, es que no es muy alto ni muy bajo; tamaño estándar, de buenas proporciones y generosos brazos.

–No te ha hecho mucho caso, ¿no? –le digo a Sussan.

–Da igual –responde ella mientras se recoge el pelo con una mano y se lo vuelve a soltar–. Te recuerdo que tengo novio, así que no me interesa lo más mínimo el Sr. Kinsey… De momento.

Nos echamos a reír y salimos del aula, mientras el rector nos mira con mala cara con unas llaves en la mano. Somos los últimos.

–Un sandwich vegetal y un café con leche –le digo al camarero de la cafetería.

Me lo sirve, pago y tomo asiento en la silla que me han dejado libre.

–¡Esto ya es otra cosa! –exclama Sussan mientras mira a su alrededor.

La cafetería de la universidad no tiene nada que ver con lo cutre del Aula Magna. Debe de ser porque pertenece a un ala nueva del edificio principal que no tendrá más de cinco años, pero tiene un aspecto mucho más moderno y minimalista. A la derecha hay una barra bastante larga con tres camareros –aunque tiene pinta de ser porque hoy es la inauguración, seguro que durante el curso sólo hay uno y las colas serán interminables– y al fondo hay otra barra un poco más pequeña con vitrinas para comida y una especie de carril para bandejas. Supongo que es el bufet que aún no ha abierto. Las mesas son todas blancas nacaradas, con sillas naranja de diseño moderno pero con aspecto de ser mucho más baratas de lo que aparentan. Del techo cuelgan lámparas redondas amarillas y toda la pared izquierda es una gran cristalera que da hacia el parque central. Por la megafonía suena música a un volumen tan bajo que no logro reconocer y sólo se interrumpe cuando hacen algún tipo de anuncio desde dirección o secretaría. Parece que estamos en la cafetería de algún aeropuerto.

–¡Esto está lleno de chulazos! ¿No? –exclama Sussan con los ojos que se le salen de la cara.

–No sé, tú sabrás –le respondo con aire desinteresado y poniendo una cara tan evidente que, en el acto, Sussan comprende que no quiero que airee tan pronto que soy gay.

–Oye… –comienza a hablar de nuevo Sussan, que se queda dubitativa mirando hacia nuestro nuevo amigo, como si tratara de recordar algo–. No, espera. No me había dado cuenta de que no nos han presentado. Yo soy Sussan.

–Lo sé, te oí cuando se lo dijiste al profesor.

–Y yo soy Ryan –me presento, mientras Sussan gira su cara y me mira con sorpresa–. No me mires así, tampoco nos habíamos presentado nosotros.

Nos reímos por lo estúpido de la situación.

–¿Y tú cómo te llamas, guapete? –le pregunta Sussan.

–Mike –responde entre risas–. Me llamo Mike.

–No te preocupes por lo de guapete. Yo soy así, no te estoy tirando los tejos. Además tengo nov… ¿Has dicho Mike?

Sussan y yo nos miramos. No puede ser el mismo Mike. Saco el iPhone y le envío un mensaje a Sussan sin que Mike me vea.

«No creo que sea el mismo Mike de Josh. De todos modos, no hay forma de saberlo porque, supuestamente, nosotros no sabemos lo que pasó. ¡No preguntes!».

Suena el móvil de Sussan en su bolso, que se inclina para recogerlo del suelo, sacarlo y leer el mensaje. Me mira y me guiña un ojo a modo de aprobación. Pese a todos los problemas que he tenido en las últimas semanas y lo que estoy cambiando psicológicamente, aún no he perdido esa afinidad que tengo con ella, en la que basta con mirarnos para saber lo que estamos pensando.

Vuelve a sonar otro móvil. Mike se inclina, levanta media nalga del asiento y extrae su teléfono del bolsillo trasero de su pantalón. Mira la pantalla y, con una cara de decepción que apenas logra disimular, se marcha para hablar con más intimidad y vuelve a los pocos segundos.

–Chicos, ha sido un placer, pero tengo que irme –dirige su mirada hacia mí–. ¿Nos vemos mañana en clase?

–Claro.

–A ti espero verte por los pasillos –le dice a Sussan.

–¡A mí me verás en todas partes, guapete!

° ° °

Llevo desde esta mañana dándole vueltas a la posibilidad de que Mike sea el Mike de Josh y la verdad es que no me hace ninguna gracia. Sería una coincidencia muy grande. Es cierto que, ahora mismo, no busco ningún tipo de relación, pero tampoco estoy por la labor de que vuelvan a estar juntos y tenga que ver a Josh con otro cada dos por tres. Apenas siento nada por él, de hecho siento hasta rechazo ahora que sé que tiene novia y demás, pero tampoco es plato de buen gusto ver como alguien que fue importante en tu vida pasa la suya junto a otra persona y, al mismo tiempo, no quiero acabar

siendo amigo de Mike y tener que ocultarle que Josh tiene novia, si no lo sabe ya.

Si algo he aprendido en el último mes, es a no anticiparme y pensar en las cosas que podrían o no podrían pasar, sino a preocuparme por lo que vivo día a día. Ya habrá tiempo de reaccionar ante los problemas que puedan surgir en el camino.

Se nota que hoy he pasado la mañana con Sussan porque Nathan no deja de llamarme. Es como si, cada vez que la veo, luego ella hablara con su novio y lo motivara a llamarme para que arreglemos nuestra amistad. Para ella es fácil, no la han llamado enferma en su cara, ni le han intentado joder la mejor relación que ha tenido en su vida. Tampoco entiendo por qué insiste, si ella misma no está bien con él.

Suena el timbre de la librería, lo que provoca que me escape de mis pensamientos y vuelva al mundo real. Tengo que aprovisionarme de material escolar, bueno, universitario. Libretas, archivadores, bolígrafos, subrayadores y algunos libros que me faltaban. La librería Price –que da nombre a la calle, aunque parezca lo contrario– es la más antigua del barrio, pero es sin duda la más completa. Su dueño es muy meticuloso, además de ser un señor muy culto que sabe mucho sobre muchas cosas, y siempre que no encuentro algo en ninguna librería o centro comercial de la ciudad, él lo tiene. Y si no lo tiene, me recoge el encargo y por seguro lo consigue. Su mujer falleció hace dos o tres años y, desde entonces, vive por y para su librería.

Cuando salgo, camino por la acera en dirección hacia la esquina que da a mi calle y, al pasar junto al Starbucks, miro al interior y veo a Josh recogiendo una de las mesas. Como si alguien le empujara la cabeza, la levanta y se cruzan nuestras miradas. Me hace una seña para que entre.

–¿Cómo estás, pequeño? –me pregunta sonriente.

Así llamaba yo a Matt.

–Bien, pero no me llames así, por favor.

–¡Vaya humor me traes! –se queja.

–No, es simplemente que me trae recuerdos. Ya sabes…

Se queda dudando unos segundos hasta que por fin pone cara de entender a lo que me refiero.

–Lo siento. No sabía… –se disculpa y lo interrumpo.

–Tranquilo. ¿Qué tal el trabajo?

–Muy bien. Empecé el sábado y estuve todo el fin de semana aprendiendo. Ya hoy me desenvuelvo un poco mejor.

–Y el horario de tarde es el mejor, ¿no? Así no madrugas.

–Bueno, es sólo durante un par de días. Hasta que se incorpore alguien nuevo a finales de esta semana, entonces estaré siempre en el turno de la mañana y mediodía.

Me pregunto si ese alguien será Mike, su Mike. Se lo tendría merecido por mentiroso.

–¿Y eso qué es? –continúa señalando a mi bolsa de Price–. ¿Qué te has

comprado?

–Cosas para la universidad, empiezo mañana.

–¿Te acuerdas del chico del que te hablé? ¿Mike?

El corazón me da un vuelco y por poco me fallan las piernas.

–Creo que sí –disimulo–. El que llevaste a tu casa y te pillaron en mitad del polvo.

–¡No fue a mitad! Ni siquiera le había metido mano. Pero sí, ese.

–¿Qué pasa con él?

–Lo vi esta mañana. Bueno, lo llamé y después pasó por aquí. No lo vi muy motivado, la verdad –dice Josh mientras se entristece su cara.

–¿A qué te refieres?

–Pues que apenas hablamos. Es como si hubiera venido sólo para hacerme un favor, o para no decirme por teléfono que no quiere volver a verme. No me lo dijo directamente, pero estoy seguro de que es lo que pensaba.

–Que putada –aunque te lo mereces por gilipollas–. ¿Y eso?

–No sé. Supongo que será porque desaparecí cuando me fui a St. Lucas a trabajar con mi tío y no le dije nada. Pero ya sabes lo que te conté, no podía arriesgarme a que mi tío me pillara. Me hubiera matado.

–Entiendo –le digo con desgana, dejando claro que no me apetece nada seguir con esa conversación–. Bueno, ya se le pasará.

–Sólo me contó que ha empezado la universidad, igual que tú, y que iba a estar muy liado a partir de ahora. Después se pidió un café para llevar y se marchó.

Blanco y en botella. No me puedo creer que esto me esté pasando a mí. No tenía suficiente con que Josh fuera el que vino a arreglar el cristal en la casa de la playa y que haya empezado a trabajar en mi cafetería favorita aquí en la ciudad, sino que ahora el único conocido que tengo en la universidad es su último ligue. Esto de las coincidencias empieza a tocarme un poco la moral.

No te anticipes Ryan, si pueden existir tantas coincidencias para amargarte la vida, también las pueden existir para facilitártela y que el Mike de Josh no sea tu Mike, es decir, el Mike de tu universidad.

Le pongo una excusa a Josh para marcharme y lo dejo casi con la palabra en la boca. Demasiada información para asimilar en tan pocos segundos.

Salgo de la cafetería, doblo la esquina y sigo caminando hacia casa, dándole vueltas a la más que probable posibilidad de que Mike y Mike sean la misma persona. Por mucho que no quiera anticiparme al futuro, ahora sí que me aterra la idea de tener que compartir un amigo con Josh. No importa como me posicione, haga lo que haga estoy destinado a fallarle a uno de los dos. Si mañana ignoro a Mike como si no nos hubiéramos conocido, me voy a sentir muy mal. Pero si me hago más amigo suyo, llegará el momento en el que coincidiremos los tres (¡o incluso los cuatro si aparece Verónica!) y será muy incómodo. Al mismo tiempo, si fuese tan cruel de pasar de él mañana, cabe la posibilidad de que me lo encontrara con Josh algún día, sepa que nos

conocemos, y piense que pasé de él por culpa de Josh... ¡Cuanta plancha!, como diría Sussan.

# 12
# LA HIPÓTESIS, LAS DOS RUBIAS Y EL AMOG LIBGE

Hoy es una de esas mañanas en las que preferiría no salir de la cama y esconderme bajo las sábanas, esas telas protectoras que sirven tanto para protegernos del frío, como de los asesinos y monstruos que aparecen bajo la cama o de los sentimientos negativos que nos provoca el mundo que hay al otro lado de ellas. Es el primer día de clase oficial en Eastmond y mi segunda prueba de fuego, enfrentándome al mundo real en un lugar abarrotado de personas. Levanto la vista y descubro que el despertador no ha sonado. Tengo media hora para llegar a clase.

Dejo de lado todas mis teorías sobre las primeras impresiones y me pongo lo primero que pillo, culminado con mi sudadera «salvation». Mal desayuno tres galletas y un zumo, me cepillo los dientes y me voy directo a la estación de metro, no sin antes despedirme de mi madre. Corro durante dos manzanas y bajo tan rápido las escaleras mecánicas que a punto estoy de romperme los dientes contra el suelo. Llego justo a tiempo para darme de bruces contra las puertas del vagón mientras una señora me mira y me sonríe.

–Siempre pasa lo mismo, corazón.

Le doy la razón y me siento a esperar unos minutos hasta que llegue el siguiente tren. Introduzco mi mano en el bolsillo del pantalón y no encuentro lo que esperaba encontrar.

–¡Mierda! ¡El iPod! –exclamo en voz alta.

Será un trayecto musicalmente silencioso y aburrido, teniendo que soportar los murmullos de la gente, las conversaciones a grito pelado y los ruidos de los vagones chocando contra las vías. Cuando por fin llega el tren, descubro que, para culminar el gran momento, tendré que ir de pie. Menos mal que Eastmond está a sólo cinco estaciones.

Cuando llego a mi destino, me bajo corriendo y, cual conejo blanco en el País de las Maravillas, subo los escalones de dos en dos mientras miro constantemente mi reloj y me digo «¡Llego tarde! ¡Llego tarde!». En la calle, trato de ubicarme y corro en dirección al campus. Ya en a la entrada principal, estoy tan acalorado y sudado que tengo que quitarme la sudadera y pasar por la cafetería para comprar una botella de agua. Vuelvo a mirar en mis bolsillos.

–¡Mierda!

También he olvidado la hoja dónde apunté el horario y las aulas en las que se imparte cada asignatura. Para cuando encuentro el aula de Introducción al Lenguaje Visual, ya se me ha hecho tarde veinte minutos. Dudo si entrar o ir directamente a la siguiente clase más tarde. Bebo agua y doy vueltas en el mismo sitio, haciendo un amago de agarrar el pomo de la puerta un par de veces.

–Entre.

Me giro y me encuentro de frente al rector.

–Es el primer día, no se lo tendrán en cuenta.

–¿Usted cree?

–Absolutamente. De hecho, las puertas suelen dejarse abiertas el primer día para que los rezagados como usted no tengan vergüenza de entrar. No sé por qué ésta la han cerrado.

–No quisiera interrumpir.

El rector alza la vista para ver la identificación del aula.

–Este aula tiene varios niveles. Si tanta vergüenza le da, suba al piso superior y entre por la puerta del fondo. Así nadie se percatará de su presencia y el profesor no se verá obligado a detener la clase.

–¡Gracias!

Salgo corriendo. Más escaleras. Encuentro la puerta y, haciendo el menor ruido posible, la abro y entro en el aula. Hay menos gente de la que esperaba y, antes de que pueda pensar siquiera dónde sentarme, oigo que alguien me llama entre susurros.

–¡Ryan! ¡Aquí!

Mike está en la última fila, pero al otro lado del aula. Atravieso todo el pasillo y me siento a su lado.

–¿Va muy avanzada la clase? –le pregunto a Mike al tiempo que saco una libreta y un bolígrafo.

–Ni idea –se encoge de hombros–. Acabo de llegar hace cinco minutos.

Tras lo que pareció ser la clase universitaria más corta de la historia (es lo que tiene llegar media hora tarde), miramos los horarios y descubrimos que la siguiente clase no empieza hasta dentro de una hora, así que optamos por ir a la cafetería, que parece ser que será el lugar en el que más tiempo pasaremos durante los próximos años. Ahora entiendo que todas las historias y anécdotas universitarias que se escuchan ocurran siempre en las cafeterías.

De camino, encontramos a Sussan saliendo de una de sus clases y, tras ella, el Sr. Kinsey, que cierra la puerta con llave y se despide de nosotros educadamente.

–¡Es estupendo! –nos cuenta Sussan mientras levanta los brazos como si representara una obra musical del instituto.

–Estupenda te deja la entrepierna, que no es lo mismo –bromeo.

–¡Eso también! –me contesta–. Pero, en serio, como docente es igual de bueno. Es la primera vez en mi vida que atiendo en clase y me entero de lo que el profesor explica sin necesidad de leerlo en el libro varias veces.

–Pues que suerte tienes –le contesta Mike–. Nuestra primera clase ha sido un tostón, menos mal que llegamos tarde. Y ni siquiera pudimos alegrarnos la vista al menos.

Miro a Sussan y, sin palabras, nos preguntamos si eso que acaba de decir Mike significa lo que parece o estamos viendo cosas donde no las hay. ¿Se refiere al físico poco apetecible del profesor que nos dio clase?

–No pongáis esa cara –continúa Mike–. Que la policía no es tonta.

° ° °

Tres cafés, un desayuno en condiciones y mil conversaciones absurdas después, Mike y yo estamos sentados en nuestra siguiente clase, esta vez de Comercialización I y llegando los primeros al aula, mientras vemos por el ojo de buey de la puerta como Sussan nos pone caras, hace burlas y, finalmente, es reprendida por el rector –que parece estar en todas partes– y obligada a despejar el pasillo.

El aula en cuestión es más pequeña que la anterior, pero tiene una enorme cristalera similar a la de la cafetería por la que se divisa la avenida que atraviesa la ciudad de lado a lado, el parking de la universidad, la residencia de estudiantes y el parque lateral en el que siempre suele haber gente fumando o tomando el sol, matando las horas libres.

–¿A qué te referías con eso de que la policía no es tonta? –le pregunto a Mike.

–Ya lo sabes.

–No, no lo sé –insisto.

–Sí, sí lo sabes. No te hagas el loco.

Mantengo silencio porque, en el fondo, sé que tiene razón. Pero me sigue quedando la duda de si estoy en lo cierto y ambos estamos pensando en lo mismo.

–Pero –continúo–, ¿cómo sabes que…?

–Josh –me interrumpe.

Me quedo con la boca medio abierta. Parece que se confirman todas mis sospechas y esta vez si que no hay duda alguna al respecto.

–¿Y cómo sabes que yo…?

–Ya te dije que la policía no es tonta –me vuelve a interrumpir.

El profesor levanta la vista y mira hacia el fondo de la clase, dónde estamos ubicados, intentando descubrir de dónde provienen los murmullos.

–Te vi en Facebook –continúa Mike, en voz baja–. Cuando nos conocimos, Josh me contó que tuvo un lío con un tal Ryan en un campamento y hace dos o tres semanas vi que te había agregado como amigo así que supuse que eras la misma persona.

–¿Entonces ayer…?

–No fue casualidad –me interrumpe una vez más–. Bueno, en parte sí, porque no esperaba encontrarme contigo. Pero, cuando te vi, me senté a tu lado sabiendo quién eras. No pienses mal, no soy un descarado. Simplemente creí que sería más cómodo estar con alguien con el que tengo algo en común, que sentarme solo y empezar aquí de cero sin amigos.

–¿Y por qué no lo dijiste antes? –le pregunto.

–No sé –se encoge de hombros–. Supongo que al principio pensé que no haría falta. Pero ayer fui a ver a Josh y me comentó que te había visto en la cafetería, así que lo pensé bien y supuse que lo mejor era no disimular y que se supiera todo para que no hubiera mal rollo. Sussan y tú me caéis bien.

–¡Pero si he tenido que sacártelo yo!

Mike se ríe.

–Cierto, pero no era mi intención. Pensaba decirlo antes en la cafetería, pero como no salió el tema me sentí incómodo y no lo encontraba oportuno.

Me siento más aliviado, ahora que todo ha salido a flote y ya no tendré que enfrentarme a dilemas personales ni encrucijadas. Parece mentira lo rápido que se ha resuelto el problema. Definitivamente descubro que no sirvió de nada preocuparme tanto de este asunto durante todo el día de ayer. Al final se ha arreglado sin tener que mover un dedo, sin estrés y sin complicaciones.

–No quiero meterme dónde no me llaman –le digo a Mike– pero, ¿por qué eres tan seco con Josh?

–¿A qué te refieres?

–Ayer yo también hablé con él, por la tarde. Me contó que fuiste a verlo, pero que te comportaste de forma muy rara y te fuiste rápido, como si no quisieras volver a verlo.

–¡Qué dramático es! –se ríe.

–Pues creo que yo soy peor, así que ve acostumbrándote al drama.

–No le dije nada de no querer volver a verlo. Pero sí es cierto que no quiero volver a tener nada con él.

–¿Es por lo de St. Lucas?

–¿Quién es Lucas? –me pregunta levantando un poco la voz mientras el profesor vuelve a intentar identificar de donde provienen las voces.

–Su novio –bromeo y a Mike le cambia la cara–. Es broma. Lucas no, St. Lucas, es el pueblo donde vive su tío.

–¡Ah! –suspira Mike–. Bueno, reconozco que eso no me hizo nada de gracia. Se fue sin avisar y, de un día para otro, no supe nada de él. ¡Llegué a pensar que su padre se lo había cargado después de pillarnos!

Me río y le explico que conozco toda esa historia ya que Josh me la ha contado con anterioridad.

–Pero no es por eso –continúa–. Simplemente hay algo en él que no termina de encajar. Tengo la sensación de que me esconde algo. No algo en concreto, sino que da la apariencia de ser de esas personas que nunca son transparentes, que siempre tienen algo que ocultar y todo lo cuentan a medias.

Si él supiera. Estoy tentado a decirle que Josh lleva un año saliendo con Verónica, pero me muerdo la lengua. Esa información se la debería dar Josh a él y, de todos modos, si Mike no quiere nada con él tampoco le va a perjudicar la ignorancia.

–Y luego estás tú –culmina Mike.

–¿Yo? –pregunto arqueando las cejas.

–¿A cuántos «tú» conoces? –responde Mike con sarcasmo.

–Pues, a día de hoy, a dos. Mi «yo» de hace un par de meses y mi «yo» de ahora. Pero esa es otra historia.

–Interesante. Igual que sabías a qué me refería antes, sabes a lo que me refiero ahora. Te encanta hacerte el tonto, ¿eh?

Me pongo rojo y, una vez más, tiene razón. Me acuerdo de Matt y del momento en el que se acercó hasta mí mientras nadaba en el mar, de su

timidez, de la apuesta con sus amigos y de cómo, en el fondo, yo sabía que le gustaba y no lo vi hasta que me lo reconoció la noche siguiente cuando lo desperté en las escaleras del porche de mi casa. Ahora está ocurriendo algo parecido y, aunque me cueste verlo y reconocerlo, está claro que a Mike le gusto y ese es parte del motivo por el que no le ha dado más pie a Josh. No sé cómo voy a salir de esta situación, ni cómo decirle que no me interesa.

–No pongas esa cara. No pretendo que te enamores de mí –me dice–. Apenas nos conocemos y yo no busco nada contigo. Al menos no de momento. Sólo quiero un amigo. Pero, si tengo que elegir entre ser amigo tuyo y conocerte o seguir liado con Josh, prefiero lo primero. Tú eres más transparente... O eso parece.

–No te he pedido que elijas.

–Lo sé, sólo es una hipótesis de lo que podría…

–¡Os vais a callar de una vez! –grita el profesor, que parece que por fin nos ha ubicado–. Esto no es el instituto, los que quieran charlar que se vayan a la cafetería o al parque, que nadie les obliga a estar en mi clase.

Muertos de la vergüenza, nos quedamos callados y no abrimos más la boca durante la siguiente hora.

° ° °

De vuelta a la cafetería, donde nos espera Sussan –que se ha hecho amiga de dos rubias espectaculares con pinta de haberse equivocado de lugar buscando algún casting de moda–, una vez más el rector aparece y nos informa de que la profesora que imparte Taller de Redacción ha sufrido un percance y estará de baja, por lo que tenemos el resto de la mañana libre ya que, con el imprevisto, no disponen de un profesor sustituto.

Mike decide irse a casa, así que Sussan, las rubias y yo nos vamos al parque lateral y nos iniciamos en el mundo de los hippies, que invaden la zona y nos invitan a fumar maría y a beber lo que parece ser una extraña mezcla de ron blanco, zumo tropical y refresco de limón. Entre calada y calada, las rubias –que se llaman Angelica y Moniquè– nos cuentan que han venido de Francia para hacer el tercer curso de Periodismo y así mejorar otro idioma. Incluso convencen a Sussan para que vaya a Francia a pasar la misma experiencia. Le ofrecen vivir en el piso que compartirán el año que viene y le prometen que será el mejor año de su vida.

–Yo creo que estas dos son un poco Nora –me susurra Sussan al oído–. Van de súper amigas liberales y me da en la nariz que lo que quieren es llevarme al catre.

–Te está afectando la maría –le respondo–. Sólo están siendo amables.

Y cuando más convencido estoy de mi teoría, veo como Angelica y Moniquè se funden en un beso mientras los demás las miramos atónitos. Tras lo que, sin cortarse un pelo, nos invitan a los demás a hacer lo mismo.

–¡Viva el *amog libge*! –exclama Moniquè con acento francés mientras se acerca a mí cerrando los ojos y abriendo la boca.

Me echo hacia atrás de tal forma que caigo de espaldas y ella sobre mí,

derramando su bebida por encima de su falda. A Sussan se le entrecorta la risa cuando uno de los hippies que nos acompañan la agarra de la cintura e intenta besarla. Tras un bofetón y cuatro gritos, se pone en pie, me ayuda a levantarme y decidimos que ya hemos tenido suficientes nuevas experiencias por hoy. Las rubias ponen caras tristes y nos piden que nos quedemos, que será divertido, pero no les hacemos caso.

–¡Júrame que jamás vamos a volver a pisar este parque!

–Te lo juro! –le digo entre risas–. Creo que se me ha subido un poco el ron tropical ese.

–¡Nos hemos equivocado de gueto!

–Desde luego. Habrá que buscar un grupo que no sea tan liberal, ni tan conservador, que acepte nuestras desviaciones.

–Habla por ti, rarito –me responde mientras hace un gesto mariquita con la mano–. ¡Que yo soy "normal"! –se ríe.

–No lo decía por ti, estaba incluyendo a Mike en ese plural.

Sussan se detiene y, como por arte de magia, se le pasa el colocón y me mira fijamente, muy seria.

–¿Mike?

Asiento con la cabeza y sonrío malvadamente.

–¿Es que no quedan tíos heteros en el mundo? –grita Sussan levantando los brazos. Otro momento dramático de instituto.

–El hippie ese que quería besarte lo era… –le respondo.

–¡Antes me lío con Moniquè!

–El Sr. Kinsey también parece serlo –le sugiero mientras le doy suavemente con el codo en el brazo–. Y el gilipollas de Nathan también lo es, por si no te acordabas de tu novio.

–Bueno… Pero a Nathan le quedan dos telediarios.

Ahora soy yo el que se queda serio. Odio cuando Sussan suelta bombazos como ese sin previo aviso. Me pilla desprevenido y no sé cómo reaccionar.

–¿Qué me estás contando? –le pregunto algo alterado, aunque no sorprendido.

–Anoche quedamos, follam... ¡hicimos el amor! –rectifica entre risas–. Y no fue como antes. Lo noté distinto, más que de costumbre. Fue como si no quisiera estar conmigo y lo hiciera por rutina.

–¿Y tú que sentiste?

–Ese es el problema, que yo estaba igual. No sentí nada más de lo que podría haber sentido con cualquier tío que conozca alguna noche en una discoteca. Por eso sé que esta relación está en las últimas. Realmente sólo falta que alguno de los dos se digne a dejarlo y el otro acceda sin inmutarse.

–Pues lo mejor es que lo hagas cuanto antes –le sugiero.

Seguimos caminando en dirección a la estación de metro, bajamos las interminables escaleras y nos separamos en los pasillos cuando cada uno se dirige hacia una línea diferente. Me parece extraño que Sussan no me haya preguntado cómo sé que Mike es gay o si ya descubrí que es el ex-ligue de

Josh. Igual estaba saturada con el tema de Nathan. Iba a decir que no me alegro de lo que les ha ocurrido, pero la verdad es que sí. Sussan está bien y ya no siente lo mismo por él, así que no me siento culpable de alegrarme de su inminente ruptura. Ella se merece un tío que la trate como se merece y, sobre todo, un tío con dos dedos de frente sin veneno en la lengua y sombras en la cabeza, que es lo que tiene Nathan, aunque yo haya tardado años en darme cuenta.

Ya en el vagón del metro, coincido con el Sr. Kinsey y nos sentamos juntos.

–¿Cómo es que un profesor de universidad como usted no puede permitirse un coche? –le pregunto.

–Lo tenía, pero se lo quedó mi exmujer tras el divorcio el mes pasado.

–Lo siento. No pretendía…

–No te preocupes –me interrumpe–. Es sólo un divorcio y estoy bien. Fue decisión mía. Estábamos interesados en cosas diferentes y… Y no sé qué hago contándole mi vida a un alumno.

–Tiene usted razón, aunque en teoría no lo soy. No me da clase a mí, sino a mi amiga Sussan.

–Es cierto. Vaya elemento su amiga –se ríe.

–¿Por qué lo dice? –le pregunto curioso.

–No sé. En clase se comporta de forma ejemplar, pero por los pasillos la he visto y es un poco… No sé cómo definirla. Pero no es algo malo, me recuerda un poco a mí cuando tenía su edad, hace exactamente diez años.

Sabía que no llegaba a los treinta.

Minutos después, suena la megafonía del metro. Hemos llegado a mi estación. Me despido del Sr. Kinsey, no sin antes advertirle de que Sussan es muy buena persona, estudiante y amiga. Y, en un alarde de confianza, le pido que no le ponga malas notas o tendrá que vérselas conmigo y me río.

–¡Descuida! –me responde antes de que se cierren las puertas.

# 13
# BLUE BAYOU

El día de hoy está siendo bastante raro. Bastante no, mucho.

Por un lado, Sussan por fin ha dejado a Nathan; el cual, por lo visto, no tuvo ningún tipo de reacción ante la noticia, ni buena ni mala. Ocurrió anoche. Después de despedirnos e irse a casa, estuvo horas pensando en lo que habíamos hablando y decidió no alargar más la agonía, se plantó en su casa a las diez de la noche y le dijo las tan temidas palabras «tenemos que hablar». Apenas cinco minutos después ya eran libres y su relación se daba por finiquitada, sin indemnizaciones ni cartas de recomendación. Aunque, típicamente, quedaron como amigos. Y claro, hoy Sussan no es Sussan, porque por mucho que diga que ya no sentía nada por él, algo siente y no está convencida de haber tomado la decisión más correcta, pero tampoco piensa echarse atrás; lo que provoca que haya estado todo el día como un zombie, sin apenas hablar y con la mirada perdida todo el tiempo.

Y, por otro lado, está Mike, que no sé si serán cosas mías pero tengo la sensación de que la conversación que tuvimos ayer se quedó a mitad de camino y lleva todo el día en tensión, con cara de preocupado y evitando tocar ciertos temas cada vez que hablamos. Me queda claro que le gusto y que quiere conocerme para ver si le termino de convencer como persona y surge algo entre los dos, pero aún no he tenido la oportunidad de decirle que yo no quiero nada con él. Ni con él ni con nadie. Ahora mismo, el amor es un sentimiento que no me puedo permitir el lujo de tener.

Así que aquí estamos, matando el tiempo antes de la hora de comer, sentados en el césped del parque central del campus, que parece ser el punto de encuentro de todos los guetos existentes en la universidad. Están los hippies, algunos de los cuales ya conocimos ayer; los pijos, que normalmente se reúnen en el parking y presumen de cochazos; los nerds o frikis, que suelen invadir la cafetería para jugar a las cartas o navegar por internet con sus portátiles y iPads; los chonis, que aún no entendemos qué pintan en una universidad; luego está lo que parecen ser las personas normales, que son como gotas de lluvia repartidas en torno a los diferentes grupos; y, por último, nosotros tres que aún no tenemos claro dónde encajamos.

–Deberíamos crear nuestro propio gueto –bromea Mike.

–Sí –afirma Sussan–, el de los gays y la mariliendre, ¿no?

–O el de los más guapos y guapas –le responde Mike.

–O el de los que han perdido a alguien.

Nos quedamos los tres en silencio. Silencio incómodo porque es cierto que los tres, de una forma u otra, hemos perdido a alguien que nos importaba en mayor o menor medida durante el último mes.

–Casi que prefiero lo de la mariliendre, ¿eh? –apunta Sussan.

–Además –añade Mike–, que aquí estamos para empezar una nueva vida, ¿no? No hay que pensar en el pasado. Tenemos que tener en mente el futuro y vivir el presente. Lo hecho, hecho está y el pasado no se puede cambiar y

deshacer. Aparte de que Josh me la suda, no lo quería así que no siento haberlo perdido.

–¡Y parecía tonto cuando lo compramos! –bromea Sussan.

–¿Comprado? –le pregunto continuando su broma–. No te confundas, está alquilado. En cuanto nos cansemos de él, lo devolvemos.

Parece que el ambiente tenso y caldeado de toda la mañana se ha ido relajando poco a poco y todo vuelve a la normalidad. Si es que puede haber algún tipo de normalidad con una amiga medio chalada que acaba de dejar a su novio y con un chico al que conozco desde hace tres días.

Después de bromas varias y una larga lista de ácidas críticas hacia todo lo que se movía a nuestro alrededor en busca de atención, vemos aparecer al Sr. Kinsey y Sussan empieza a salivar.

–¡Buenos días Sr. Kinsey! –dice Sussan como si fuera una niña de primaria.

–¡Serán buenas tardes ya! –responde él entre risas–. Hoy no te he visto en clase, Sussan.

–Hoy no teníamos su asignatura Sr. Kinsey… Creo.

–Puede ser –responde el Sr. Kinsey medio avergonzado–. Que tengáis buena tarde –añade antes de irse.

Tras un prudente momento de silencio para que no pudiera oirnos, en el que, además, Sussan confirmaba en su horario que hoy no tenía clase con el Sr. Kinsey, Mike tomó la palabra.

–Que raro que se haya fijado en que no estabas en una clase en la que no tendrías por qué haber estado.

–Sí, ¿no? –duda Sussan.

–Eso me huele a que te buscó a propósito, sin darse cuenta de que no era tu curso, y se decepcionó al no verte –añado yo.

–¿Tú crees?

–Tiene toda la pinta –responde Mike.

Así que ella, más chula que un ocho, se pone en pie y sale corriendo tras el Sr. Kinsey. Mike y yo nos asustamos y no nos da tiempo a reaccionar para impedírselo.

–¡Esta loca! –exclama Mike–. ¿Qué va a hacer?

–Nada bueno –respondo agachando la cabeza. No quiero ni mirar.

Vemos como Sussan alcanza al profesor, que se da la vuelta y le sonríe. Están uno o dos minutos hablando y, finalmente, Sussan le roza el brazo con la mano a modo de despedida, quizás más cariñosa de la que debería. Cuando regresa no podemos articular palabra durante un buen rato.

–¿Tenéis plan para mañana? –nos pregunta.

Mike y yo nos miramos extrañados.

–Le he dicho al Sr. Kinsey que mañana iremos a Blue Bayou y le he invitado a pasarse por allí para tomarnos algo.

Blue Bayou, aparte de una canción de Roy Orbison, es un pub al que solíamos ir los fines de semana antes de verano, pero desde que he vuelto de

la playa no he tenido ánimos ni tiempo para volver. A Sussan le encanta porque suele llenarse de chicos guapos y a ella se le hace la boca agua –y lo que no es la boca–. Aparte de que es de los pocos sitios en los que no nos pedían identificación antes de cumplir los dieciocho. Y, ahora que está soltera de nuevo, más que le va a gustar. A mí no es que me disguste, pero tampoco me parece una pasada de sitio. Es algo pequeño y, cuando se llena, agobia un poco, además tiene muchos desniveles y la barra del bar es pequeña. Eso sí, la decoración es sublime. Todas las paredes del local son de color blanco y están retroiluminadas con luces de neón en varias tonalidades azuladas; el suelo es casi todo de cristal y, bajo él, hay agua que se mueve alrededor del local como si de un lago se tratase; está lleno de sofás también blancos y mesas azules que se encienden por dentro como si fueran lámparas. La música suele ser bastante relajada, tipo chill-out o baladas comerciales y, dos o tres veces al mes, hay algún artista musical novel dándose a conocer en el pequeño escenario. Cuentan las leyendas urbanas que una de las Spice Girls dio un par de conciertos allí cuando ya nadie se acordaba de ella.

–¿Te vienes? –le digo a Mike con cara de resignación, porque a Sussan no se le puede decir que no, mientras me encojo de hombros.

–Vale, ¿por qué no?

° ° °

Odio las salas de espera de los hospitales. Da igual si vienes como paciente o como acompañante, son igual de desesperantes. Esa sensación constante de que nadie te hace caso, que a ninguna enfermera le importa la gravedad de tu situación o que el médico de turno no se entera y no se da cuenta de que te estás muriendo, aunque lo cierto sea que estás perfectamente y todo son obsesiones mentales. Siempre pensaba que las urgencias, en general, eran menos por las noches. Ya se sabe que hay mucha gente aburrida que se dedica a ir y venir del hospital con tonterías, sólo para entretenerse. Y yo daba por hecho que por la noche todo era distinto, porque esa gente aburrida o alarmista está en su casa durmiendo. Pero no, por lo visto esto por las noches se llena igual que la panadería antes de la hora de comer. Y, si no es así, nos ha tocado la excepción.

Sussan lleva dentro más de una hora y aquí estamos Mike, el Sr. Kinsey, Verónica y yo esperando a que nos digan algo. Tampoco es que su vida corra peligro, nadie se muere por un corte en el brazo, pero el simple hecho de tener que esperar en un hospital ya es, de por sí, angustioso; y si a eso le sumas que aún tenemos los efectos del alcohol en nuestro cuerpo, es probable que alguno empiece a llorar de un momento a otro. El Sr. Kinsey se levanta cada diez minutos y se acerca a recepción para preguntar si saben algo de Sussan. Está extrañamente preocupado por ella y tanto Mike como yo estamos desconcertados ante tal atención. Verónica tiene cara de no comprender cómo ha llegado hasta aquí.

La cuestión es que, hace apenas tres horas, Sussan y yo llegamos a la entrada de Blue Bayou, donde nos estaba esperando Mike y, tras una

inspección de nuestras identificaciones por parte del portero, accedimos al pub y nos tomamos las primeras copas. Sussan se pidió un Cosmo, que lleva vodka, triple seco, lima y zumo de arándanos; Mike un Smirnoff Ice y yo un mojito. Cuando quisimos enseñarle el local, Mike nos sorprendió diciéndonos que ya había estado aquí hace un par de años, en lo que pretendía ser un concierto de una Spice Girl. Y es que hay leyendas urbanas tan reales como la vida misma.

Después de una hora yo ya iba por mi tercer mojito, Mike se había pasado a los margaritas y Sussan ya se había bebido tres cosmos y media carta de chupitos, recomendados por un camarero que le tiraba los tejos. Cuando, sin venir a cuento, se largó corriendo al baño sin avisarnos. Supusimos que había ido a vomitar, pero cuando volvió tenía el maquillaje retocado, las tetas recolocadas y la falda más arriba de lo normal.

–¿Te has tirado a alguno en el baño? –le pregunté.

–¡Calla y mira! –me gritó, mientras señalaba a uno de los sofás del fondo del pub.

Allí estaba el Sr. Kinsey, con un grupo de gente joven, más que nosotros, entre los que estaba Verónica. Sussan y yo nos quedamos de piedra al contemplar la estampa y comprendí que lo que hizo en el baño fue arreglarse para que su profesor no la viera con aspecto de borracha adolescente. Disimuladamente, como si no lo hubiera visto, ella se fue acercando hasta que fingió sorprenderse y se inclinó sobre el sofá para saludarlo, nada más ni menos que con un beso en la mejilla –que a él no pareció importarle porque se lo devolvió–. Mientras tanto, Mike y yo pedíamos la cuarta copa en la barra y hablábamos de lo loca que estaba Sussan y de los problemas en los que se iba a meter si seguía el tonteo con el Sr. Kinsey.

Al cabo de quince minutos, se acercaron a la barra y detrás de ellos dos, cual perrito faldero, los seguía Verónica, que se sorprendió de la gran coincidencia. Resulta que Verónica tiene dieciséis años, es hija del hermano mayor del Sr. Kinsey y estaba en el Blue Bayou con unos amigos, también menores de edad, que se fueron a casa poco después de que Sussan saludara al Sr. Kinsey, así que decidió quedarse con su tío, Sussan y ahora nosotros también.

–Ahora que os veo juntos ya se de qué me suena tu cara –le dijo Verónica a Sussan, que se estaba metiendo otro chupito entre pecho y espalda–. Tu y… ¿Ryan? –asentí con la cabeza–. Ryan. Estabais en el Starbucks el día que fui con Josh.

Algo me decía que Verónica no había bebido mucho o tenía una gran memoria fotográfica.

Tras las presentaciones oportunas y pasadas casi dos horas desde que Sussan se había escapado al baño, decidimos irnos en busca de una discoteca, ya que el pub cerraba a la una y media. Mike sugirió ir a The G Lounge, una discoteca de ambiente gay que hay a dos manzanas del Blue Bayou y a todos nos pareció bien, incluso al Sr. Kinsey –que, a partir de ese momento,

empezamos a llamar por su nombre, Alex–, por lo que salimos a la calle y empezamos a caminar calle arriba.

No habíamos cruzado la primera manzana cuando Sussan, contradiciendo sus intenciones y haciendo tonterías típicas de una adolescente borracha para llamar la atención de Alex, tropezó con un desnivel en la acera, dio un traspiés y cayó al suelo sobre un montón de bolsas de basura. Aún tengo la imagen a cámara lenta grabada en mi retina, viendo como tropezaba, daba tres pasos mientras los tacones no le permitían mantener el equilibrio, se le torcía el pie derecho y levantaba la mano para intentar aferrarse a la farola que tenía al lado, le resbalaban los dedos y, tras darse media vuelta en el aire, caía de espaldas sobre un montón de bolsas de basura que había junto a los contenedores.

Habría sido todo muy divertido –de hecho los primeros segundos los pasó sentada en su trono de basura, riéndose–, si no fuera porque, cuando se levantó, empezó a chorrearle sangre por la parte de atrás del brazo hasta la mano y goteaba hasta el suelo.

Verónica dio un grito y se puso las manos en la cara al tiempo que se daba la vuelta y apoyaba su rostro contra el pecho de Mike.

–¡La sangre me pone enferma! –gritaba.

Alex y yo intentábamos averiguar de dónde procedía la sangre mientras Sussan empalidecía y empezaba a temblar de los nervios. Cuando miré al suelo, descubrí que una de las bolsas sobre la que había caído estaba llena de botellas de cristal. Rápidamente le levanté la blusa para comprobar si tenía cortes o cristales clavados en la espalda. Por suerte sólo tenía un corte por detrás del antebrazo derecho, aunque era profundo y no dejaba de sangrar.

El resto de la historia incluye dos taxis –porque todos no cabíamos en uno– un trayecto angustioso y un taxista imbécil empeñado en que le pagáramos de más porque, con el asiento lleno de sangre, no podía continuar la ruta e iba a perder dinero; a lo que Sussan le respondió con un escupitajo en el cristal y una patada en la puerta.

–Yo me voy a casa –le dice Verónica a su tío.

–¿Tú sola? Espera y vamos juntos en el metro. No quiero que andes sola por ahí a estas horas.

–No pasa nada. No es la primera vez que salgo de noche y vuelvo sola a casa. Además que voy a coger un taxi aquí fuera, no hay peligro.

Le da un beso a Alex y se despide de Mike y de mí con un simple gesto de muñeca. Ahora que la conozco un poco más, entiendo como Josh puede tenerla tan engañada. Aparte de ser un poco insípida, no es de esas personas que se cuestionen mucho las cosas que ocurren o podrían ocurrir, sino que se deja llevar y confía en que el mundo será un lugar bonito y cómodo siempre. Quizás, en el fondo, muy en el fondo, me gustaría ser un poco como ella. Así al menos no me pasaría el día preguntándome por todo, mirando todas las posibles consecuencias, especialmente las malas, de todo lo que hago.

Levanto la vista y veo aparecer a Sussan, lleva todo el antebrazo derecho

vendado y también la mano.

–¿Estás bien? –le pregunta Alex.

–Perfectamente, menos por los loncheados que me han sacado del brazo –bromea. Al parecer sangraba tanto porque el corte no sólo era profundo, sino que le había sajado un trozo de carne–. Y también me he cortado la mano –añade–. Pensaba que era sangre de tocarme la otra herida, pero tengo un corte en la palma.

–Vamos, te acompaño a casa –le sugiere Alex.

–No hace falta –miente ella, que seguro está encantada con la idea.

–Insisto.

–A mí me viene mejor –añado yo– porque mi casa y la tuya están en direcciones opuestas desde aquí.

–¿Hacia dónde vas? –me pregunta Mike.

–Cojo la línea 3 en dirección a Monte Sullivan y me bajo en la estación de Price, que está a dos manzanas de mi casa.

–Pues te acompaño, me viene bien esa ruta, si me bajo antes que tú en la estación de Donovan.

–¡Me encanta esa estación! –exclama Sussan–. Cada vez que el metro pasa por ahí digo que es mía.

Mike la mira extrañado.

–Me apellido Donovan –aclara Sussan.

–¿Nos vamos entonces? –pregunta Alex –. Aunque tú y yo nos vamos en taxi, así te dejo y sigo hacia mi casa. ¿Os llevamos hasta la estación del metro? –nos pregunta a Mike y a mí.

–No hace falta –le digo–, está al otro lado del parque.

Nos despedimos en la puerta del hospital y Mike y yo cruzamos la calle para atravesar el parque. Es la primera vez que estamos solos en una situación ajena a la universidad y la tensión empieza a crecer sin que nos demos cuenta. El silencio es inevitable.

Son casi las tres de la mañana y tiene pinta de que va a empezar a llover de un momento a otro. Aún no hace mucho frío pero se nota que el otoño está ya más que implantado en la ciudad. Los árboles, aunque aún verdes, han perdido muchas hojas y están casi despoblados. El césped, en cambio, resplandece bajo la luz de las farolas sin perder un ápice de color. Apenas hay movimiento en la zona y los vagabundos ocupan los bancos en los que duermen plácidamente. Mike camina dándole patadas a una piedra hasta que uno de sus golpes la desvía del camino y deja de encontrársela cada tres o cuatro pasos. Yo tengo la mente en blanco y no encuentro tema para sacarle conversación.

–Oye, Ryan –me dice Mike rompiendo el silencio–, perdóname por lo del otro día en clase. No debí haberte dicho que me gustas así tan de sopetón. Aún nos conocemos poco y quizás no fue oportuno.

–No te preocupes por eso, no le he dado importancia.

–¿No le has dado importancia?

–La verdad es que no, ¿por qué?

–Porque, si no se la has dado, significa que no tengo nada que hacer contigo. ¿No?

–Es complicado –le digo mientras miro hacia el cielo y tomo una gran bocanada de aire.

–Oye, que no pasa nada si no te gusto. No pretendo gustarle a todo el mundo –dice en un tono a la defensiva–. Podemos ser sólo amigos, que yo cambio el chip y punto.

–No es eso. –le contradigo–. No es que no me gustes, es que ahora mismo no me gusto ni yo.

–No te entiendo.

–Nada –intento evitar que la conversación continúe–. Simplemente que ahora mismo no quiero nada con nadie. Es una historia muy larga.

–Tengo tiempo –me dice Mike mientras se coloca delante de mí e impide que siga caminando. Creo que una vez Matt me dijo lo mismo.

–Bueno –rectifico–, no es tan larga, pero no quiero aburrirte con mis problemas.

–No me aburres. Ya te dije que quiero conocerte, para lo bueno y para lo malo. Si quieres que sólo seamos amigos, pues sólo seremos amigos, pero déjame conocerte.

Empiezo a pensar que, ahora mismo, carezco de un mejor amigo. Sólo tengo a Sussan, mi mejor amiga, pero incluso ella está un poco aburrida de mis problemas. Y no la culpo, puedo llegar a ser muy cansino y repetitivo; y además ella tiene sus propios problemas. Todos los míos solía contárselos a Nathan y ahora me he quedado cojo, me falta ese otro pilar en mi vida, esa opinión y visión masculina que Sussan no puede darme porque no sabe como pensamos los chicos, por mucho que ella crea que nos conoce a todos. Mike tiene potencial para ser un buen amigo. Después de todo voy a compartir con él partes de mi vida durante unos cuantos años, hasta que terminemos la carrera. Y tiene razón, que yo no lo vea como un posible novio no quiere decir que no pueda confiar en él y tratarlo como a un amigo.

Le cojo del brazo y lo empujo suavemente hasta un banco libre que hay a nuestra derecha. La luz de una farola lo ilumina por completo, quizás por eso no lo ha ocupado ningún vagabundo. Nos sentamos y nos quedamos en silencio. El viento sopla levemente y mueve algunas hojas secas de un lado para otro frente a nosotros. De fondo se oye la sirena de una ambulancia que llega o se va del hospital. Mike me mira con cara impaciente, como si supiera que he accedido y voy a contarle algo importante, pese a que aún no he dicho nada.

–¿Por dónde empiezo? –pregunto retóricamente–. Veras, yo todos los veranos solía pasarlos en una casa que tienen mis padres en St. Dean, el pueblo que está junto a St. Lucas, dónde vive el tío de Josh. Este año fui solo, porque mis padres estaban liados con el trabajo y no pudieron coger vacaciones. Una vez estuve allí, conocí a Matt, un chico guapísimo y especial,

muy especial. Era un ángel, aunque se comportaba como un perrito. Perrito abandonado es lo que solía pensar acerca de él, por cómo apareció adormilado en el porche de mi casa una noche, aunque nunca se lo dije.

»Tardamos algunos días en encajar y dejarnos llevar pero, cuando lo hicimos, vivimos los mejores días de nuestras vidas. Hasta que llegó Nathan, el ex novio de Sussan y mi ex mejor amigo, y le dijo a Matt que yo era su novio y que nos dejara en paz.

–¡Hijo de puta! –exclama Mike.

–Mucho –le confirmo–. La cuestión es que, después de unas semanas, por caprichos de la vida, o por Matt que no se rindió tan fácilmente, descubrimos la verdad y eché a Nathan de mi casa y de mi vida. También tuvimos que luchar un poco contra los gilipollas de los amigos de Matt, pero eso fue más fácil y menos traumático que lo que ocurrió después. Cuando llegó septiembre y la hora de despedirnos porque yo tenía que volver a la ciudad, le preparé una cena súper romántica y genial. Bebimos más de la cuenta. No estábamos borrachos, pero si lo suficiente como para no estar en plenas facultades.

Los ojos comienzan a brillarme y Mike, que debe presentir que se acerca algo emotivo, me pone el brazo por encima de los hombros.

–No sigas si no quieres –me dice–. Igual es duro que estés recordando esto y yo estoy aquí jodiendo sólo por haber insistido.

–Quiero contártelo –le digo, y continúo mi historia–. Pues eso, íbamos un poco bebidos y a Matt se le ocurrió meterse en el agua en calzoncillos y no dejó de insistir en que me metiera con él. Pero yo tenía frío y no me apetecía, así que le dije que no durante un rato hasta que al final, pensando que era nuestra última noche, decidí aprovechar el tiempo y disfrutar. Pero ya era demasiado tarde.

Una lágrima cae desde el borde de mi párpado, mejilla abajo hasta llegar a la mandíbula y caer en caída libre hasta la mano izquierda de Mike, que tiene apoyada sobre mi brazo mientras me rodea con su brazo derecho.

–Lo busqué y lo busqué, pero no lo encontré. Había desaparecido… Se ahogó –digo finalmente con un hilo de voz.

No aguanto más y rompo a llorar sin poder articular ninguna palabra más. Me abrazo a Mike, apoyando mi cara cerca de su cuello y lloro sin parar durante un rato. Él se limita a abrazarme y a pedirme perdón por haberme hecho llorar. Cuando me recompongo un poco y levanto la vista, veo que el también tiene los ojos brillantes y le falta poco para llorar.

–¿Qué te pasa? –le pregunto.

–Nada. Es que me ha dado mucha pena lo que te ha pasado. Y me ha recordado a alguien.

–¿A quién?

–Alguien a quién quería más que a nada en el mundo y que también murió, hace un año.

–¿También perdiste a un novio? –le pregunto mientras me incorporo y le sujeto la mano entre las mías.

–No –hace una pausa y traga saliva–. Perdí a mi madre.

Y todo lo que había estado conteniéndose explotó. Empezaron a caerle lágrimas de los ojos como si fuera una cascada, mientras mantenía la vista fija hacia delante sin mirarme. Eso sí que es duro y no lo mío. Yo he perdido a un novio que hacía tres meses que había conocido y él ha perdido su madre. Y entonces me doy cuenta de lo fuerte que ha tenido que ser Mike en el último año de su vida. Me veo en su lugar y no puedo evitar compararme y pensar en lo exagerado e idiota que tal vez he sido. Si por un chico casi desconocido me derrumbé como lo hice, no me quiero ni imaginar lo hundido que estaría si perdiera a mi madre. Y en cambio él está aquí, continuando con su vida, enfrentándose a ella sin miedo. Es digno de admirar.

–Lo siento. Ahora soy yo el que no quería llegar hasta este punto.

–No importa –me responde–. Es sólo que me he emocionado con tu historia y se me ha juntado con lo mío. La echo muchísimo de menos, pero ya lo he superado.

De pronto, empiezo a notar nuevas gotas en mi cara. Esta vez son de lluvia. Tal y como predije, no ha tardado en empezar a llover y como nos quedemos aquí vamos a acabar calados. Pero la lluvia es más rápida que nosotros y, para cuando llegamos a la estación del metro, estamos empapados. Antes de bajar la escalera, miro a Mike. Su cara chorrea agua por todas partes, el pelo lo tiene como recién salido de la ducha, la ropa se ha teñido de un color oscuro y cada vez que mueve los pies –llenos de barro del parque– se escucha el típico ruido de zapato mojado que, seguramente, está inundado por dentro. Tiene exactamente el mismo aspecto que tenía Matt el día de la tormenta. Miro hacia el cielo.

–¿Esto es cosa tuya?

# 14
# LA PRUEBA

Ha pasado un mes desde que Mike y yo nos sinceramos en el parque y nos hemos hecho muy buenos amigos. No sé muy bien si ha sido el vínculo de haber perdido a alguien lo que nos ha unido o simple afinidad personal, pero nos hemos vuelto casi inseparables y pasamos mucho tiempo juntos. Él no ha vuelto a insinuar nada respecto a lo de ser algo más y yo estoy empezando a sentir algo que no sentía antes por él. No alcanzo a describir lo que es pero no es atracción ni nada sexual. Ni siquiera me he fijado en él físicamente –de hecho sigo sin fijarme en nadie– pero empiezo a notar algo distinto dentro de mí. Igual es que le estoy cogiendo cariño como amigo y hacía tanto tiempo que no hacía amigos nuevos que no sé distinguir ese tipo de emoción. Y lo que ocurrió hace dos días me ha dejado aún más desubicado.

Serían las dos de la mañana cuando abrí la puerta y vi a Mike a punto de darle un beso a un chico, lo que provocó en mí un intenso dolor, celos y ganas de meterme en la cama y no volver a salir de ella hasta que se hiciera de día. Pero vamos por orden.

Noche de Halloween. Un compañero de clase de Eastmond –Robert– hizo una fiesta en su casa aprovechando que sus padres se habían ido a pasar el fin de semana a no sé dónde. La cuestión es que invitó a sus amigos y a muchos de sus compañeros de clase, entre ellos Mike y un servidor. La fiesta comenzaba en torno a las nueve de la noche y, antes de las doce, ya estábamos un poco perjudicados. De nuevo, adelanto acontecimientos.

Quedé con Mike en una estación de metro cercana donde coincidían nuestras respectivas líneas e hicimos el resto del camino a pie. Y ahí estábamos, el Joker y Puzzle caminando bajo la noche estrellada con dirección a una casa desconocida en la que se celebraba una fiesta con gente casi desconocida, mientras cada tres o cuatro pasos aparecía algún grupo de niños con bolsas repletas de caramelos, chucherías y demás porquerías varias. La verdad es que yo estaba un poco nervioso, era mi primera fiesta sin mis amigos de siempre –hace poco que conozco a Mike y, aunque podíamos llevar a alguien más, Josh quedó con Verónica y Sussan seguía extrañamente rara–. Encima el tema de Halloween no es que me tranquilizara demasiado y tanto hablar de fantasmas, sangre, muertos y demás no hacía más que recordarme a Matt y a mis constantes pesadillas. Incluso estuve a punto de no salir, pero me pudo más el cargo de conciencia por dejar tirado a Mike cuando ya estaba disfrazado y pintado como el personaje de Saw I, II, III, IV, V, VI, VII y hasta que la muerte os separe, amén.

La fiesta estuvo genial. Robert se lo trabajó muchísimo con la decoración; parecía una casa de los horrores y la verdad es que daba miedo en serio. El dinero que pidió como “entrada” lo amortizamos bastante. Y, como decía, dos horas después de haber llegado ya estábamos algo borrachos y desvariando. Resultó que los amigos no universitarios de Robert eran gays, todos. Lo que también nos condujo a suponer y posteriormente comprobar que Robert

también lo es. Eso, o confundió a uno de sus amigos disfrazado de enfermera zombie con una chica de verdad. Lo dudo. En fin, que la mitad de los chicos que habíamos allí jugábamos en el mismo equipo y, sin que suene presuntuoso, me pasé la noche rechazando todo tipo de propuestas eróticofestivas. No estaba –ni está– el horno para bollos, que también había algunas, por cierto.

Dos horas más tarde, yo llevaba ya al menos media hora sin ver a Mike. Había entablado algo así como cierta amistad con una Barbie hawaiana, dos Lady Gagas, un médico ensangrentado, tres o cuatro zombies de sexos varios e incluso con mi archienemigo Batman, pero no tenía ni idea de dónde se había metido Puzzle. Así que fui en su búsqueda. Tras recorrer el piso de abajo, subí la escalera y busqué en el piso superior hasta que empecé a sentir náuseas, me daba vueltas el estómago y notaba como algo subía por mi garganta. Desesperadamente abrí una puerta tras otra buscando el baño, pero sólo me topaba con dormitorios hasta que, finalmente ,encontré todo lo que estaba buscando: el baño, Mike y que se me cortaran las ganas de vomitar.

Me quedé de piedra al ver como Mike estaba cogido de la cintura de un chico sin disfraz a tan solo un centímetro de su cara. Según oyeron el ruido de la puerta al abrirse, miraron hacia mí y, aunque pareció un momento eterno, en menos de un segundo volví a cerrar la puerta y me alejé. Volví atrás hacia una de la puertas que había abierto anteriormente y me encerré en una habitación a oscuras. Me senté en la cama y me eché a llorar. No entendía muy bien lo que me estaba pasando, sólo sentía dolor y ganas echar todas las lágrimas que me fuera posible. Y fue entonces cuando el dolor se convirtió en miedo, auténtico miedo por no saber qué me estaba pasando y a qué se debían mis lágrimas. ¿Me gusta Mike? ¿O fue el recuerdo de Matt al verlos juntos? ¿Qué es lo que me dolía? ¿Que Mike hubiera ligado con otro o que yo no tuviera al chico que quería tener junto a mí? Volví a sentirme mareado y las náuseas retomaron su fuerza anterior.

Cuando nos fuimos de la fiesta, Mike no me preguntó nada y tampoco me habló de su nuevo amigo. Yo me sentía muy tenso pero a él le notaba tan relajado como de costumbre. Me contó que estaba tan borracho que ni se acordaba de haberme visto y que él también me había estado buscando. Preferí guardar silencio y no decirle que le había visto en el baño con otro chico. Lo único que saqué en positivo de todo lo ocurrido fue que al menos no hubo testigos y nadie pudo señalarme cuando Robert preguntó ayer quién fue el que vomitó en la cama de una de las habitaciones. ¡Ups!

° ° °

Al final, la profecía de Sussan se cumplió y Mike empezó a trabajar hace tres semanas en el mismo Starbucks donde trabaja Josh. A ninguno de los dos se nos ha ocurrido preguntarle qué tal la experiencia de compartir trabajo con semejante personaje –Mike ya está al tanto de que Verónica es su novia–, aunque por lo visto no han coincidido sino un par de tardes porque tienen horarios diferentes. Y allí es a donde nos dirigimos precisamente, ya que no

hemos vuelto a ir a la cafetería desde la vez que descubrimos que Josh trabajaría allí, y yo solamente he entrado de vez en cuando a comprar café para llevar de camino a Eastmond.

Sussan lleva todo el trayecto pálida como Blancanieves y a duras penas le he sacado tres o cuatro palabras desde que me avisó para que bajara al portal de mi casa. De hecho, lleva comportándose de forma misteriosa desde hace semanas, pero hoy es cuando le ha dado por volverse muda sin un motivo aparente.

–Hola Mike –saludo nada más llegar a la barra–. A mí me pones un Caramel Macchiato tamaño venti. Y a Harpo Marx no sé, porque después de tantos años de critiqueo parece que se ha mordido la lengua y no hay quién le saqué una frase completa.

–¡Eres gilipollas! –me grita Sussan–. Yo quiero una Chamomile Blend –que es una infusión relajante– y un muffin de chocolate.

–Marchando.

Nos vamos hasta el final de la barra y nos sentamos a esperar. Mientras yo le pongo caras y muecas a Mike cada vez que pasa cerca, Sussan juega con la torre de vasos de cartón vacíos que tiene delante hasta que el encargado la ve y le pide amablemente que no toque los vasos que luego van a usar los clientes. Poco después, Mike desaparece y otro camarero se acerca con nuestro pedido.

–Un Caramel Macchiato a nombre de Lady Gaga y una Chamomile Blend a nombre de Tina Lamuda Turner. ¿Es vuestro? –dice al tiempo que se percata de los nombres que acaba de leer en los vasos y se echa a reír.

–¡Este Mike es imbécil! –refunfuña Sussan, que se levanta y se va en busca de un sofá para sentarnos– ¡Y encima yo soy la vieja! –oigo que dice mientras se aleja.

Mike reaparece con cara de chiste, que yo le devuelvo antes de poner cara de circunstancia por el humor de perros que tiene Harpo –el mudo de los hermanos Marx– esta tarde.

–Ya puedes ir contándome qué te pasa o me largo a casa –le digo a Sussan nada más sentarme–, porque paso de estar aguantándote esta actitud todo el día sin saber a qué se debe.

–Estoy asustada.

Es la primera vez que Sussan me dice algo parecido desde que la conozco. Y de eso hace muchos años. Ella es fuerte, independiente e impulsiva; no le tiene miedo a nada y las cosas malas no suelen afectarle como al resto de las personas, al menos las que yo he conocido. Siempre ha sido de esas que afrontan todo con una sonrisa y positivismo. Y que ahora me diga que está asustada, la verdad es que me asusta a mí.

–¿Qué te pasa? ¿Es por Nathan?

–No –me responde–. Bueno, puede ser, no lo sé.

–¿Lo echas de menos?

–Ni de coña, ¿estás tonto? ¿Ahora? ¿Después de un mes? Que va. Me

conoces y sabes que no estaba segura de haber tomado la decisión correcta, pero a los pocos días comprendí que sí.

–¿Entonces qué es lo que te pasa?

–No me vas a creer –dice desviando la mirada hacia la calle para observar a una chica que pasa por delante, con una chaqueta vaquera llena de chapas y pins, unas medias de leopardo, zapatillas deportivas y el pelo recogido con mechas de colores.

–¿Por qué no iba a creerte? –le pregunto–. Y no me cambies de tema para poner verde a Punky Brewster.

Sussan se ríe y vuelve a dirigir su mirada hacia mí.

–Porque es una historia surrealista.

–¿Surrealista? –me sorprendo–. ¿Hace falta que te recuerde cómo hemos acabado aquí? ¿Por dónde empiezo? ¿Matt? ¿Nathan? ¿Josh? ¿Mike? ¿Verónica? Incluso el Sr. Kins… ¡Alex! Que aún no me explico su presencia la noche de tu percance.

–Bin… go –murmura Sussan.

–Escupe.

–¿Qué pensarías si te dijera que Alex se ha estado viendo con una alumna a escondidas?

–Que no me sorprende –le respondo claramente–. No es un profesor convencional.

–¿Y si te dijera que no sólo se han visto sino que se han acostado?

–Estamos en el 2012, lo daba por hecho cuando dijiste «se ha estado viendo».

–¿Y qué opinas de que esa alumna sea de nuestra edad? –sigue preguntando ella.

–Eso ya me empieza a parecer un poco peor. Nos saca diez años, por lo que me dijo en el metro. No es lo mismo que si saliera con una de final de carrera, a la que le sacaría cinco o seis años.

–Sí, es un poco fuerte, ¿no?

–Un poco. Pero, ¿cuál es el problema? ¿Estás celosa? –me río.

Empiezo a dar por hecho que el mal humor que trae Sussan se debe a que otra lagarta se le ha adelantado y se ha ligado al atractivo, deseado y famoso Sr. Kinsey de Eastmond. No le he dicho nada a Sussan, pero por lo que me contó Verónica hace un par de días, parece ser que Alex es todo un casanova y deja alumnas enamoradas allá por donde va. Ha roto más corazones en tres años dando clases en la universidad que Ricky Martin cuando salió del armario. Claro está que, según su sobrina, él nunca ha tenido ningún lío con ninguna de ellas y, visto lo visto, eso es tan falso como la heterosexualidad de Josh.

–No estoy celosa. ¡Es que aún hay más!

–¿Más aún? ¡Ya sólo falta que la haya dejado preñada! –bromeo.

Y entonces es cuando el corazón me deja de latir durante los tres segundos que Sussan tarda en abrir su bolso y sacar una prueba de embarazo.

Silencio incómodo. Boca abierta. Nervios. Toda la vida de Sussan me pasa por delante de los ojos.

–¿Eres tú la lagart… la alumna? –le pregunto.

–Soy yo.

–¿En serio?

Sussan me tiende la mano.

–Hola, me llamo Sussan Donovan y me estoy cepillando a mi profesor de Psicología Evolutiva.

Le estrecho la mano aún temblando y con la boca abierta.

–¡Hola Susan! –la saludo como si estuviéramos en una reunión de alcohólicos anónimos– ¿Estás…? –pregunto sin atreverme a mencionar la palabra clave.

–¿Embarazada? ¿Preñada? ¿Esperando? ¿En estado de buena esperanza? ¿Perdida? No lo sé. Tengo un retraso.

–Eso ya lo sabíamos todos desde hace tiempo, pero te queremos igual.

–¡Gilipollas! –me insulta mientras no puede evitar reír–. En serio, tengo un retraso, pero uno gordo. Tenía que haberme venido hace tres semanas. Al principio pensé que sería por el shock del accidente al salir de Blue Bayou. He leído que experiencias fuertes pueden provocar retrasos, igual que cuando estás estresada o según con qué medicamentos. Pero cuando pasaron los días supe que algo no iba bien. No quise darle importancia, hasta que esta mañana me la pasé entera con náuseas y vómitos.

–Típico. ¿Y qué? ¿Lo estás? –le digo mirando la caja del test de embarazo.

–No me lo he hecho aún. No quería hacerlo sola.

Mike se acerca hasta nuestra mesa con un Frappuccino y se sienta ajeno a todo el drama que nos rodea en este momento. Nos cuenta que tiene quince minutos de descanso y Sussan le recrimina por estar tomándose algo casi helado con el frío que hace en la calle. Y es que este año parece que el invierno se ha adelantado y, aunque aún estamos en noviembre, la temperatura y el clima en general es más bien parecido al que solemos tener en enero.

–Sussan va a ser mamá –le digo a Mike sin preámbulos, que se atraganta y escupe batido por toda la mesa y nuestros abrigos.

–¡Todavía no lo sé! –exclama mientras saca de nuevo el dichoso aparato que nos tiene los nervios a flor de piel–. Voy al baño a mear mi destino.

Mike y yo nos quedamos solos y, cuando empezamos a charlar sobre las clases de hoy a las que no pudo asistir, se abre la puerta de la cafetería y aparece la cornud… Verónica. Durante este mes la hemos visto más a menudo ya que nos hicimos más que conocidos y menos que amigos la noche del accidentado Blue Bayou y, desde entonces, hemos estado en contacto y hemos quedado con ella los tres en la universidad. Ella está estudiando fotografía en una escuela que está al otro lado de la avenida, junto a Eastmond y, de vez en cuando, se acerca para almorzar con su tío.

Uno de esos días, se despidió de nosotros informándonos de que tenía que irse porque había quedado con su novio Josh. Y claro, cuando Mike escuchó las palabras «mi novio Josh» se quedó boquiabierto y yo tuve que darle una patada por debajo de la mesa para que volviera a cerrar la boca y no hiciera ningún tipo de comentario al respecto. Cuando se fue, le explicamos todo el culebrón a Mike y los restos de algo que pudiera sentir por Josh se esfumaron en un abrir y cerrar de ojos, no sin antes enfadarse y recriminarnos que no le hubiéramos dicho nada antes.

La cuestión es que Verónica no es mala chica, pero es de esas personas que sólo puedes soportar durante períodos cortos de tiempo cada equis días. Sólo tiene dos años menos que nosotros, pero al estar en el umbral preuniversitario, aún tiene las cualidades y características típicas de una niña de instituto, tanto las buenas como las malas. Esas cualidades que desaparecen de casi todas las personas el primer día que pisan la universidad por miedo a hacer el ridículo y no encajar.

–¡Hola chicos! –nos saluda y se acerca–. ¿Qué tal?

–Pues aquí, esperando –le dice Mike.

–¿Esperando a qué?

Parece que Mike, por sí mismo, se ha dado cuenta de que no es oportuno ni conveniente contarle el pequeño problema de Sussan, no vaya a ser más lista de lo que aparenta, ate cabos y antes de que termine el día Alex esté en casa de Sussan pidiendo explicaciones.

–A nada –le responde–. A que sea la hora de volver al trabajo. ¿Tú que haces aquí?

Miro hacia la mesa y veo que del bolso de Sussan asoma la caja de la prueba de embarazo. Disimuladamente, como si no me interesara la conversación, cojo el bolso, escondo mejor la caja y extraigo el teléfono de Sussan para simular que eso era lo que estaba buscando.

–He venido a ver a Josh –responde Verónica mirándome de forma desconfiada.

–Quiero ver si a ella le va la Wi-Fi del local, porque a mí no se me conecta el móvil –y le pongo cara de no haber roto un plato.

–Josh no está –le informa Mike–. Trabajó esta mañana.

–Qué raro –susurra Verónica mientras hace una llamada con su teléfono–. Me dijo que hoy no podíamos quedar porque tenía que trabajar y he venido a sorprenderle... Y no responde. ¡Muy raro!

Mike y yo nos miramos y nos mordemos la lengua para no decir lo que estamos pensando. Es evidente que Josh ha quedado con alguien, no del sexo femenino precisamente, y se ha inventado una excusa –poco creíble y fácil de echar por tierra, como hemos comprobado– para que Verónica no sospeche nada.

Levanto la vista y veo que Sussan se acerca, con el test en la mano y no se ha percatado de la presencia de Verónica.

–¡Igual está en su casa! –le digo a Verónica–. Tal vez se encontraba mal y

no vino a trabajar.

–Ahora que lo dices, hoy ha faltado alguien al trabajo –mintió Mike–. Igual es él y yo he dado por hecho que vino esta mañana. Deberías ir a su casa a ver si está bien.

–Tenéis razón. Iré a ver. Gracias.

Verónica se despide y se cruza con Sussan al lado de la puerta. Por suerte sólo se despide de ella con un típico gesto suyo de muñeca y se va.

–Hay que esperar unos minutos y no quiero ni mirar –dice Sussan volviendo a tomar asiento.

A Mike se le hace la hora de volver al trabajo así que se incorpora y cada treinta segundos se acerca a preguntar.

Cinco minutos después, no puedo aguantar más el suspense.

–¡Míralo ya! –le insisto a Sussan, que tiene la mano sobre el aparato y se niega a levantarla–. Cinco minutos es tiempo más que suficiente. ¡Levanta la mano!

–¿Es niño o niña? –pregunta Mike, que ha vuelto sin que lo viéramos esta vez.

–Es un poco pronto para eso, ¿no crees? –le recrimino.

–No puedo mirar.

Sussan levanta las dos manos y se las lleva a la cara. Mike y yo nos inclinamos sobre la prueba de embarazo y no nos cabe la menor duda. Nos miramos y sonreímos. Sussan está temblando y no para de preguntarnos por el resultado. Traer un niño al mundo no es algo para lo que esté preparada. Ya no sólo por el hecho evidente de que apenas acaba de cumplir los dieciocho y que no tiene trabajo, sino que toda su independencia, su libertad y sus locuras habrían tocado a su fin, al menos hasta dentro de muchos años.

Me meto la mano en el bolsillo y saco un billete, que introduzco en el canalillo de Sussan.

–¿Qué haces? –dice ella destapándose la cara y sacándose el billete de entre las tetas–. ¿Me ves cara de stripper?

–No –le respondo–. Es para que empieces a ahorrar para comprar pañales.

Entonces Sussan, por fin, baja la mirada y ve las dos rayas azules que le cambiarán la vida.

° ° °

Llevo toda la noche pensando en el drama de esta tarde y no hay forma de pegar ojo. No consigo relajarme y dejar la mente en blanco. Es como si cada vez que consigo seguir adelante y superar alguna fase de mi vida, tuviera que aparecer otro gran problema delante de mis narices para recordarme que nunca debo bajar la guardia. Y eso que Tom no deja de recordarme que no puedo estar siempre alerta, porque eso mismo es lo que provoca que no termine de superar mi trauma personal del verano. Pero, a veces, siento que por más que intente olvidarlo o archivarlo en mi memoria, siempre habrá algo que me lo recuerde. Si no es una tormenta, es un anuncio rodado en la playa, o un oso de peluche en algún escaparate, o imágenes de una noria en alguna

película. Hasta el fuego me recuerda a él y hace que recuerde la noche en la que ardió en llamas el mantel de nuestra cena romántica.

Y ahora resulta que Sussan va a ser mamá y eso también nos va a cambiar la vida a todos, o por lo menos a mí, que no pienso dejarla sola. Nunca lo he hecho y no voy a empezar a hacerlo ahora, igual que ella nunca me ha dejado solo a mí bajo ninguna circunstancia, incluso después de que su novio y yo pasáramos de amigos inseparables a enemigos íntimos. Para ella debe de ser muy duro todo esto que le está pasando y no quiero ni imaginarme lo que sentiría yo si me cayera encima una responsabilidad tan grande; porque, tanto si decide tenerlo como si no, cualquier decisión la estará recordando el resto de su vida.

–¿Estás bien? –pregunta mi madre, que ha pasado por delante de la puerta de mi habitación.

–Sí, no te preocupes –le respondo, casi susurrando.

–¿Seguro? –insiste–. Ya sabes que me tienes para lo que quieras.

–Lo sé. Estoy bien. ¿Tú tampoco puedes dormir?

–Me he desvelado pensando en cosas importantes del trabajo. ¿Por qué estás tan triste? –insiste de nuevo–. ¿Te estás acordando de él?

En septiembre, cuando me bajé del tren que me traía desde St. Lucas, lo primero que hice fue darle un abrazo a mi madre –que me esperaba en la estación– y romper a llorar. Asustada, me preguntó el motivo de mis lágrimas y no tuve más remedio que contarle todo lo que había ocurrido. Empezando por un «he conocido a un chico» –que vino a significar «supongo que ya lo sabías, pero soy gay»– y terminando por un «¡...pero se ahogó, mamá!» que provocó el abrazo más fuerte e intenso que jamás me ha dado mi madre en su vida y las palabras que todo hijo en mi situación quisiera oír «tú eres mi hijo y yo te voy a querer siempre más que a nada».

Contárselo a mi padre fue un poco más complicado, aunque no imposible. Creo totalmente que, en otras circunstancias, le habría costado más entenderlo y comprenderme, pero conociendo mi historia y viendo lo derrumbado que estaba, es como si en cuestión de segundos hubiera echado por tierra toda su lógica y sus principios y comprendiera que lo verdaderamente importante era cuidar y querer a su hijo en un momento tan difícil.

–No es eso –le respondo–. Son otras cosas que ahora no puedo contarte.

–Creía que ya no había secretos entre nosotros.

–Y no los hay. Pero no es algo que dependa de mí, está relacionado con Sussan y me mataría si te contara algo.

–En ese caso, espero que me lo cuentes en cuanto te dé vía libre. Ya sabes que para mí Sussan es como una hija.

–Lo haré, no te preocupes.

Me da un beso de buenas noches y se marcha a la sala de estar. Oigo como enciende la televisión y cierra la puerta.

Aún a día de hoy sigo sin haber podido contactar con los padres de Matt para darles el pésame. La única vía de contacto que tenía con él era su móvil,

que por lo visto sus tíos debieron apagar el mismo día que se lo devolvieron. O quizás se quedó sin batería antes de poder cargarlo y llevan dos meses como locos intentando adivinar el código para desbloquearlo. La cuestión es que no tengo forma alguna de saber quiénes son y contarles lo grande que era su hijo por dentro y lo feliz que me hizo en tan poco tiempo.

Abro el cajón de la mesa de noche y saco mi cámara de fotos digital –que lleva en ese cajón desde que regresé a casa–. La enciendo y lo primero que aparece es la última foto. En ella, aparece Matt sentado en el sofá de mi casa de la playa, mirando seriamente hacia la televisión. Recuerdo que le saqué la foto cuando estaba distraído y luego se enfadó porque no le gustaba que le fotografiaran sin avisar. Pero estaba tan guapo con esa cara de persona mayor, los mofletes colorados por el sol y el pelo tan rubio que casi parecía transparente, que no pude evitarlo. En cuanto saltó el flash salió de su mundo y se abalanzó sobre mí para quitarme la cámara y eliminar la foto. Poco más de dos horas después tuvimos nuestra última cena y, antes de que saliera el sol, su vida se escapaba entre mis brazos.

Mis ojos se llenan de lágrimas que soy incapaz de detener y empiezo a llorar desconsoladamente. Pongo mi cara contra la almohada y me dejo llevar durante minutos que parecen horas. Un rato después, me siento más relajado y desahogado; me doy la vuelta sobre mí mismo y, en cuestión de segundos, me quedo dormido.

# 15
# EL ABRAZO

Sussan lleva una semana fingiendo que no pasa nada, que no se ha acostado con su profesor y que no se ha quedado embarazada. Ni siquiera ha ido al ginecólogo para que le confirme su estado. Sobra decir que tampoco ha pisado la universidad y Alex no ha parado de preguntarme por ella cada día. La vieja excusa de la gripe ha funcionado esta semana, pero no creo que funcione durante nueve meses, así que espero que se le pase ya la fase del miedo escénico y aparezca por allí. Se ha encerrado en su casa y se pasa los días y las noches pensando cómo contarle a su madre lo que ha ocurrido.

Hace un par de días fui a verla para que me explicara cómo demonios llegó a esta situación. Y no me refiero precisamente a estar embarazada, sino al hecho de acostarse –varias veces– con su profesor.

Me contó que, la noche del Blue Bayou, iban Alex y ella en el taxi de camino a su casa cuando Sussan se dio cuenta de que había perdido las llaves, probablemente en la caída sobre la basura. Decidieron ir a casa de Alex hasta que se hiciera un poco más tarde y los padres de ella estuvieran ya despiertos. Subieron a su casa y se sentaron en la cama a charlar, ya que Alex estaba reformando su piso y aún no le habían traído el sofá nuevo. Una cosa llevó a la otra y, cuando se dieron cuenta, él estaba acariciando su cuello y ella se acercaba para darle un beso que él no le negó.

Al día siguiente volvieron a quedar para tener la típica conversación de «lo de anoche fue un error», que terminó con la típica escena en la cama de «pero, ¿qué hemos hecho?» y que se estuvo repitiendo durante semanas hasta que aparecieron las dos rayas azules en la prueba de embarazo. De ahí el comportamiento tan misterioso que ha tenido Sussan durante el último mes. Según ella, no es sólo sexo sino que hay algo más que no acierta a describir. Los dos tienen claro que la diferencia de edad es bastante amplia –aunque las hay peores, véase el caso de Demi Moore– y que, aparte de eso, no deberían tener ningún tipo de relación más allá de ser profesor y alumna. Pero, ¿quién le dice al corazón que no sienta lo que quiere sentir?

Por otro lado, hace un par de días no pude aguantar más. Todavía no sé cómo llegamos a ese punto de la conversación, pero finalmente le dije a Mike que en la fiesta de Halloween lo vi en el baño con otro chico. Evidentemente, no le conté cuál fue mi reacción ni lo raro que me siento desde entonces cuando lo veo. Sólo sabe que iba al baño, los vi y cerré la puerta. Tal y como suponía, ni se dio cuenta de que era yo.

El chico en cuestión se llama Alex –igual que el profeamante de Sussan– y es el hermano de Robert. Por lo visto, Mike entró al baño a vaciar la vejiga y se lo encontró allí llorando. Estuvo un buen rato intentando consolarlo –de ahí que estuviera desaparecido media hora– hasta que se calmó y le contó que su novia lo había dejado definitivamente. Típico drama que ocurre en todas las fiestas, con la diferencia de que Alex no venía de serie con el decorado y se derrumbó/desahogó con el primero que le hizo algo de caso. No sé

exactamente qué hacían tan juntos cuando yo abrí la puerta del baño y tampoco le quise preguntar para no parecer celoso o mostrar interés sentimental por él. Así que he sacado mi propia conclusión y supongo que le estaría dando un abrazo para consolarlo.

Yo, por mi parte, intento no darle vueltas a lo que sentí cuando los vi juntos. Prefiero dar por hecho que se debe a lo mucho que echo de menos a mi perrito abandonado. Y así me ahorro el drama.

Así que esta noche hemos salido los chicos solos. Un plan de lo más surrealista si tenemos en cuenta que mis acompañantes son Mike y Josh. Aparentemente nos llevamos los tres bien, pero es la primera vez que estamos juntos en un lugar que no es el Starbucks y, aunque por fuera parecemos súper amigos, por dentro tenemos una serie de conflictos no solucionados que se han ido tensando durante la noche y pueden estallar en cualquier momento.

Mike se ha aficionado a los mojitos por recomendación propia y se está comportando de forma más sociable que de costumbre. Incluso juraría que ha intentado ligar con la chica del guardarropa. Josh, en cambio, lleva toda la noche a base de refrescos y algún Red Bull. Y yo la verdad es que no sé lo que he bebido porque perdí la cuenta después de la tercera copa. Con todo lo que me ha pasado en los últimos meses, no me queda más remedio que dejarme llevar por el alcohol y olvidar mis penas para pasarlo bien, al menos durante una noche.

Tras el intento fallido de hace semanas, hoy sí que hemos llegado a The G Lounge, después de haber pasado por el Blue Bayou para que Josh dejara a Verónica con sus amigos. Si ella supiera que hemos venido aquí y no a los billares de la calle Jackson como le dijo Josh... Aunque ahora que me veo aquí, casi hubiera preferido eso. Al menos no estaría rodeado de tíos raros, lesbianas que parecen skinheads y travestis que no dejan de invitarnos a fiestas after hours cuando cierren la discoteca. También hay gente “normal”, como diría Sussan, pero no llaman tanto la atención.

El local es bastante grande y, a diferencia del Blue Bayou, la decoración es mucho más simple. The G Lounge es una antigua nave industrial y han mantenido toda la estructura, haciendo las reformas oportunas para mejorar el sonido, la iluminación y hacer varias salas VIP y unos servicios más grandes. En las cuatro paredes hay barras con camareros y camareras que parecen sacados de una agencia de modelos y cada semana hacen una fiesta temática. Parece que hoy el tema es el Olimpo de los Dioses porque todas las camareras van vestidas de diosa griega y los camareros sólo llevan unas faldas blancas y doradas a juego con una corona con dos pequeñas alas de plumas. El centro de la discoteca es la pista de baile y en los extremos hay escaleras para subir al nivel superior, donde una pasarela rodea todo el local y da accesos a diferentes habitáculos dónde hay sofás, mesas y camas de tipo chill-out.

–Tu amigo Nathan se lo pasaría genial aquí –me dice Mike, sin poder sostener la mirada.

–Ese no aguantaría aquí ni veinte segundos antes de empezar a escupir e

insultar a todo el que se le pusiera delante –le digo continuando su broma.

–¿Tan mal acabasteis? –me pregunta Josh.

–¿Tú qué crees? –pongo los ojos en blanco–. Es un gilipollas y un homófobo. Me llamó enfermo y marica en mi cara, en mi propia casa. ¿Qué hubieras hecho tú?

–Partirle la boca –responde Josh.

–O darle un rodillazo donde más le duele –añade Mike–. Para demostrarle lo marica que eres, digo.

Me río y le doy otro sorbo a mi copa. Mike se aleja de nosotros hasta que parece que se da cuenta de algo y regresa para informarnos de que va a salir a tomar el aire porque se siente mareado. Normal. Y desaparece hacia una zona ubicada al fondo del nivel superior, donde estamos observando a los que bailan en la pista, que da acceso a una gran terraza con sofás, palmeras y fuentes que en verano suele ser un éxito.

–Pero dices que te ha llamado, ¿no? –continúa Josh–. Igual está arrepentido.

–Me da igual –le respondo empezando a enfadarme–. También provocó que Matt se alejara de mí. No puedo perdonarlo así como así.

–Ya, pero...

–¿Y de qué serviría? –le interrumpo–. ¿Tú podrías ser amigo de alguien que cree que eres un enfermo?

–Creo que...

–Bueno déjalo –vuelvo a interrumpirle–. No es que tu opinión vaya a ser muy objetiva, teniendo en cuenta que tienes a tu novia viviendo en la inopia.

–¡Eso tampoco es así! –se queja.

–Ah, ¿no? –ironizo–. ¿Entonces? Porque, que yo sepa, no le has dicho que eres gay y que no te gusta, ni la quieres y que estás con ella por aparentar.

Me callo antes de seguir y decir algo de lo que pueda arrepentirme, pero lo que en el fondo siento son unas ganas enormes de decirle el asco que me da lo que está haciendo, lo cobarde que es y que por fingir tener novia no es más hombre. Sin darme cuenta, acabo pensando en voz alta:

–De hecho, eres mucho menos hombre que las travestis que nos acosaron antes.

–¿De qué hablas? –se sorprende–. No exageres.

–No exagero. Ellas al menos tienen los cojones bien puestos y son lo que quieren ser. Quizás son un poco extravagantes y tienen un estilo de vida que no encaja para nada en mi forma de ver las cosas. Pero afrontan lo que quieren ser y lo son. Tú te escudas en tu supuesta heterosexualidad para no reconocer que te gustan los tíos y que eso no va a cambiar. Y no sólo no te aceptas, sino que encima usas a una pobre chica que está súper enamorada de ti. Además de cobarde, no tienes escrúpulos. Juegas con la gente, jugaste conmigo y jugaste con Mike. No te mereces si quiera que...

–¡Para! –me grita Josh con los ojos húmedos.

Me quedo en silencio, mirándolo fijamente y me doy cuenta de que estoy

agarrando el vaso con tanta fuerza que en cualquier momento se romperá. Mi respiración es muy fuerte y el corazón me va a mil por hora. Estoy tan furioso que quisiera estallar el vaso contra su cara en este mismo momento. Pero su súplica para que pare me ha detenido entre tanta furia y no quita sus ojos de los míos. Casi puedo ver en su interior a través de ellos y siento que detrás de todo lo que pienso de él se esconde algo más. Hay algo que no me ha contado y que le impide atravesar el muro tras el que se esconde día tras día. Y, sin darme tiempo a reaccionar, se acerca hasta mí y me da un beso.

Me quedo inmóvil, con el vaso en la mano derecha y la izquierda apoyada sobre la barandilla. Cuando consigo reaccionar, me aparto y lo empujo hacia atrás.

–No vuelvas a hacer eso.

–Ryan...

–Ni Ryan, ni hostias. No vuelvas a hacer eso, sabes que no puedo estar con alguien como tú.

–Te equivocas conmigo.

–Permíteme que lo dude.

–Hay cosas de Verónica que tú no sabes.

–¿Como cuáles?

–No puedo decírtelo.

–Entonces hasta aquí hemos llegado –le digo mientras me doy la vuelta para ir en busca de Mike.

–Ryan...

–¿Qué?

–Por favor.

–Es ahora o nunca –le digo a modo de ultimátum–. O me cuentas ya qué es lo que pasa o se acabó. Ni siquiera me tendrás como amigo.

Estoy siendo demasiado tajante, pero es algo que no puedo evitar. Son demasiadas semanas guardándome lo que pienso y parece que ahora está saliendo todo a la luz. Josh desvía la mirada y suspira una y otra vez, como si hubiera algo que le impidiera contarme lo que ocurre.

–Verónica me amenaza –admite finalmente.

–Explícate –le pido mientras me río con tono burlón.

–He intentado dejarla varias veces. Sobre todo cuando conocí a Mike y mas recientemente cuando volviste a aparecer a mi vida. Pero no puedo.

–Típico. ¿Por qué no puedes? –insisto.

–Cada vez que he sacado el tema me dice que sin mi no podría vivir.

Abro la boca, me río de forma sarcástica y vuelvo a intentar irme. Eso de no poder vivir sin la otra persona es lo que se dice siempre y nunca ha sido una razón de peso para continuar una relación. Hasta aquí hemos llegado con la tontería.

–Dice que si la dejo se suicidará.

–Tiene dieciséis años, todas dicen lo mismo.

–Pero ella lo ha intentado dos veces. Por eso no la puedo dejar. No podría

cargar con ese peso sobre mí si finalmente cumpliera su amenaza.

El shock es tan grande que tengo que soltar el vaso y sentarme en uno de los sofás.

–La última vez acabó en el hospital y casi no lo cuenta.

De ahí que la noche del accidente de Sussan estuviera tan inquieta y tuviera tanta prisa por irse. Seguro que estar en la sala de espera le recordaba a su propia experiencia. Aunque no comprendo qué clase de trauma o sensación negativa puede provocarte un lugar al que has llegado por voluntad propia. ¿Sentimiento de culpa, quizás?

–Lo siento, Josh –me disculpo–. No sabía nada de eso. Y todo lo que te acabo de decir... Soy un ogro.

–No importa. Yo habría pensado igual.

Le cojo de la mano para que se siente y le doy un abrazo sincero.

–De todos modos –le digo–, no puedes seguir así eternamente. No puedes estar toda tu vida con alguien sólo por miedo a las locuras que pueda cometer.

–Lo sé, pero tengo la esperanza de que se desenamore. Somos jóvenes y seguro que, tarde o temprano, encontrará a otro que le llame la atención y deje de estar obsesionada conmigo.

–¿Y si no ocurre? –le pregunto–. Tienes que enfrentarte a eso, Josh. Y, si se quita la vida, es problema suyo. Tú no puedes seguir con ella por pena y no puedes cargar con la culpa de su desequilibrio mental.

Me vuelve a dar otro abrazo, seguido de un beso en el cuello, luego otro en la mejilla y, cuando va a por los labios, lo vuelvo a parar en seco.

–No, Josh, no.

–¿Por qué no? –pregunta tímidamente–. Me gustas y quiero estar contigo.

–Porque yo ya no siento nada, Josh –me sincero–. Lo del campamento fue, en su día, la mejor experiencia de mi vida, pero he cambiado y también ha cambiado la forma en la que te veo. No es sólo por Verónica, eres tú. No eres lo que quiero para mí.

–Pues no pienso rendirme.

–Ya no eres el chico del campamento. Ni yo tampoco.

Media hora después salgo a la terraza y veo a Mike solo, sentado en un sofá, después de haberlo estado buscando por todas partes. Josh decidió marcharse después de nuestra conversación y lo acompañé a la salida a coger un taxi, para después volver dentro en busca de Mike.

–¿Dónde estabas metido? –le pregunto al llegar junto a él.

–Por ahí... –dice tristemente.

–¿Qué te pasa? ¿Se te ha bajado el alcohol?

–Es posible.

–Pues no te pongas a llorar, ¿eh? –bromeo.

–Llegas un poco tarde.

Me mira a los ojos y veo que los suyos están bastante rojos y con signos de haber estado llorando. Intento averiguar qué le pasa pero todo lo que recibo son negativas. Parece que hoy es la noche de los dramas personales.

Me acerco a la barra y le pido al camarero una botella de agua. Pago y vuelvo con Mike, que ha abierto de nuevo el grifo y vuelve a llorar. La discoteca cerrará en breve así que queda poca gente en el interior, el piso superior está casi vacío y las pocas personas que quedan apenas reparan en el estado de Mike. Vuelvo a preguntarle por el motivo de su tristeza y no consigo sacarle ningún tipo de información hasta que al final decide abrirse.

–Me dijiste que no querías nada con nadie.

–¿Y lloras ahora más de un mes después? –digo entre risas–. Si que tienes efectos retardados. Estamos en noviembre, por si tu cerebro no registra bien el paso del tiempo.

–Idiota –se ríe–. No me hagas reír que no te lo mereces.

–¿Por qué? –pregunto intrigado–. ¿Qué he hecho?

Bebe agua y se seca las lágrimas con la parte baja de su camiseta.

–Os vi antes.

–¿Nos? ¿A quiénes?

–A ti y a Josh. Vi como te besaba, así que no disimules.

Me río.

–¿Y qué más viste?

–Nada más porque me puse furioso y me fui. Y cuando volví hecho una furia para echártelo en cara, os vi abrazados y eso ya me destrozó.

Típico de una película. El don de la oportunidad para ver justamente los dos únicos segundos en los que parecía que iba a pasar algo. Y yo pensando que ese tipo de situaciones no se daban en la vida real.

–Pues si te hubieras quedado, habrías visto como le apartaba de mí cuando intentó besarme.

–No pongas excusas, ¿a qué vino el abrazo entonces?

–Me contó algo muy fuerte. Estaba triste y le di un abrazo. ¿Qué hay de malo? También te puedo dar uno a ti cuando estés mal y necesites uno.

–Necesito uno ahora.

Me acerco más a él y lo envuelvo con mis brazos, dándole uno de los abrazos más sentidos que he dado nunca. Uno de esos abrazos en los que el mundo se para y no puedes evitar querer más y más y que ese momento se extienda durante horas. Un abrazo en el que no hacen falta las palabras porque, con el tacto, la otra persona siente todo lo que quieres decirle. Y, de pronto, me descubro respirando su perfume, acariciando su nuca y rozando mis labios por su cuello; seguido por un tímido beso cerca del lóbulo de la oreja. Intento abrir los brazos y separarme pero algo me lo impide. Me siento bien y a gusto, por primera vez en meses. Siento por dentro un pequeño cosquilleo y mi respiración es más fluida y pura que antes. Siento como si volviera a ser una persona normal, con toda la vida por delante, capaz de disfrutar de las cosas buenas que ofrece el mundo.

–Venga, vámonos que es tarde –dice Mike mientras se separa de mí y se pone en pie sin percatarse de lo que yo acabo de sentir–. Perdona por mi actitud, no debería haberme puesto tan celoso. Pero es que no lo puedo evitar,

me gustas mucho.

–Creo que tú a mí también... –susurro en voz tan baja que incluso a mí me cuesta oír. Y me asusto.

° ° °

Cuando llego a casa no puedo dejar de pensar en lo que ha ocurrido en la discoteca. Creo que aún siento ese cosquilleo, las famosas mariposas del estómago que parecen haberse escapado y están revoloteando por todo mi cuerpo.

¿Qué es lo que ha pasado? Es la primera vez que siento algo así desde verano y no sé cómo reaccionar. Es como si fuera un recién nacido que descubre que existe y se pregunta qué es todo eso que le rodea, para luego empezar a aprender a vivir.

¿Es posible que Mike haya conseguido cruzar hasta el otro lado? Me asusta la idea de no haber podido controlar mi corazón. No estoy preparado para esto. No quiero sentir lo que probablemente estoy sintiendo. Aún no es buen momento para fijarme en nadie y mucho menos para dejarme llevar como si tal cosa. Ahora mismo no es algo que necesite en mi vida para intentar ser feliz, estoy bien tal y como estoy, sin presiones ni obligaciones, dependiendo sólo de mi y con la libertad de poder aceptar la realidad a mi ritmo, poco a poco y con buena letra. Volverme a enamorar sería la peor decisión que podría tomar a día de hoy.

Me acabo de escuchar y creo que voy a soltar una carcajada, como si enamorarse fuese algo que uno decide, como quien elige irse de viaje, comprarse un coche y cambiarse el corte de pelo. Hoy voy a comprarme un perro y estrenar mis vaqueros nuevos, pero no me voy a enamorar. Estoy loco.

# 16
# EL DIARIO Y LOS FUEGOS ARTIFICIALES

Otra vez en la sala de espera y otra vez por culpa de Sussan. Bueno, esta vez también tiene algo de culpa el que le dejó el paquete dentro. Después de casi un mes dándole vueltas y meditándolo con su madre –y con la mía–, ha decidido interrumpir el embarazo. Está convencida de que no es el mejor momento para ser madre y, conociéndola como la conozco, estoy seguro de que no está segura de estar tomando la decisión correcta. Saber y aceptar que no es oportuno tener un hijo con dieciocho años, no significa que automáticamente sepas que lo correcto es no tenerlo.

La miro y jamás la había visto tan nerviosa. No deja de enredarse el dedo entre los rizos de su pelirrojo cabello, las manos le tiemblan cada vez que se mueve, su voz suena entrecortada y ya no le quedan uñas –literalmente, tiene incluso sangre en los pellejos de algunos dedos–.

Por mi parte, y para suavizar el ambiente, he recibido una gran noticia que me ha permitido pasar página y dejar de sentirme culpable. Es como si el universo me hubiera dado una tregua para poder enfrentarme con Sussan a todo esto de ser o no ser madre y poder apoyarla sin tener viejos fantasmas rondándome por la cabeza.

La semana pasada recibí una llamada de un hombre llamado Matthew Barton y a los treinta segundos casi caigo en el suelo desmayado cuando me comunicó que era el padre de Matt. Me citó en un pequeño bar antiguo que hay entre el Starbucks al que siempre vamos y la librería Price. Cuando llegué, me encontré con él y su mujer, Deborah –que tenía aspecto de ser una mujer físicamente impactante pero que, debido a lo que estaba viviendo, estaba muy delgada y desmejorada–. Me contaron que Matt solía escribir un diario y que en él, aparte de hablar sobre mí, estaba escrito mi número de teléfono en unas de las páginas, pero que habían tardado en ponerse en contacto conmigo porque estaban intentando superar lo ocurrido y no creían conveniente venir a verme con el dolor tan reciente.

Al parecer, Matt escribió maravillas sobre mí, sobre nuestras vivencias y nuestro joven y fugaz pero intenso amor. Relató historias que vivimos durante el verano, desde cómo nos conocimos hasta cómo nos enamoramos. Describió la noche en la feria con pelos y señales, tal y como yo la recuerdo y recordaré siempre –me alegra saber que para él ese día también fue especial–. Pero faltaban algunas páginas del diario, que habían sido arrancadas y los señores Barton sentían curiosidad por saber qué había ocurrido en ese tiempo.

Les expliqué, sin entrar en detalles, que estuvimos casi un mes sin vernos por culpa de un desalmado que era amigo mío –Nathan– y que probablemente esas páginas que faltan estuvieran llenas de insultos y reproches, de ahí que las hubiera arrancado cuando descubrimos la verdad y volvimos a estar juntos. Me dieron las gracias de corazón por haber sido tan bueno con su hijo y haberle hecho tan feliz durante los que serían, sin saberlo, sus últimos días.

–Sabemos lo que pasó esa noche –me dijo su padre–. Y no queremos que

te culpes si se te pasa por la cabeza.

–Sí, es cierto, por favor Ryan, no cargues con esa responsabilidad –añadió su madre–. Desgraciadamente, son cosas que pasan y esa noche le tocó a nuestro Matt.

–Pero, tal vez si yo... –empecé a decir.

–¡No! –me interrumpió su madre al tiempo que se le escaparon unas lágrimas y tuvo que contenerse –Matt estaba enfermo.

–Matt solía nadar y competir, era muy bueno –continuó su padre.

–Lo sé, me lo contó. Pero le pudo la presión o algo así y no quiso hacerlo más, ¿no?

–No –negó tajantemente su padre mientras Deborah le ponía la mano sobre el brazo para que la dejara continuar a ella.

–Matt dejó la natación porque, una de las veces, se quedó sin aire en mitad de una competición y su entrenador tuvo que sacarlo de la piscina. No le dimos importancia hasta que empezó a tener problemas para respirar siempre que hacía demasiados esfuerzos o actividades muy intensas. Podía correr, nadar o hacer cualquier deporte, pero de forma controlada, sin presiones y sin mucha intensidad.

–¿Por qué no me lo dijo? –pregunté.

–Supongo que fue porque se avergonzaba. Matt prometía mucho como nadador y se sentía frustrado por no poder hacer lo que quería –respondió su padre.

–¿Qué le pasaba?

–Tenía una enfermedad –me contó su madre– que consiste en la dificultad para respirar correctamente. Es un proceso degenerativo durante el que las vías respiratorias se cierran progresivamente y a la larga puede resultar mortal.

–De hecho, mi madre murió por esa misma enfermedad hace dos años –añadió su padre–. Ella tuvo la suerte de que se le desarrolló cuando ya era mayor.

Me quedé sin palabras y no sabía cómo reaccionar ante tal información. Que Matt estuviera enfermo era algo que jamás se me pasó por la cabeza. Nunca me dijo nada y con diecisiete años que tenía no me imaginé que no estuviera en plenas facultades.

–Normalmente afecta a personas fumadoras o con sobrepeso que, irónicamente, no practican ejercicio físico –añadió su padre.

–No te culpes, cariño. Por favor. Esa fatídica noche el no debía haberse metido en el agua, sabiendo que había bebido y que tendría que hacer un esfuerzo mayor para mantenerse a flote. Él sabía que tendría que haberse quedado donde hiciera pie.

–Pero si yo hubiera...

–No te castigues, Ryan –insistió su padre–. Ya puestos, si nosotros no lo hubiéramos dejado irse todo el verano con sus tíos a St. Dean tampoco habría pasado nada. Pero no podemos culparnos de las cosas que se escapan a

nuestro control. Si no hiciéramos cosas por miedo a lo que pueda pasar, nunca haríamos nada.

Comprendí que tenían razón y, entre lágrimas, les di las gracias por haberse molestado en venir a verme y ayudarme a terminar de superar mi experiencia traumática. Me dieron el diario de Matt y me pidieron que lo guardara yo, que seguramente tendría más valor sentimental para mí ya que lo empezó a escribir poco antes de verano y casi todas las páginas eran sobre mí.

Desde ese día, siento que me he quitado un peso de encima. Superar la pérdida de alguien es un camino largo y duro, pero hacerlo sabiendo que no fuiste responsable lo hace menos complicado. Por fin pude quitarme la última espina que me quedaba y dejar de martirizarme día y noche por lo que podría o no podría haber hecho para cambiar el destino de Matt.

° ° °

–¿Sussan Donovan? –preguntó una enfermera.

–Aquí.

Sussan se levanta lentamente, me mira y le digo que todo va a salir bien, que yo seguiré aquí fuera esperando el tiempo que haga falta. Me suelta la mano y se va con la enfermera hacia el pasillo del fondo, después desaparecen tras una puerta que se cierra de golpe.

Diez minutos después, Mike y Alex se presentan en la clínica. No doy crédito a lo que veo.

–¿Dónde está Sussan? –me pregunta Alex.

–Dentro, ¿qué hacéis aquí?

–Evitar que haga lo que va a hacer –me responde Mike.

Alex se acerca hasta el mostrador y, tras ser atendido por una enfermera, se enfila hacia el pasillo por el que se fue Sussan hace un rato. La enfermera corre tras él y le impide el acceso.

–¡Tiene que dejarme entrar! –le pide él.

–No es posible, tendrá que esperar en la sala.

–¡No lo entiende! –exclama Alex – Va a abortar y es mi hijo.

–Lo siento señor pero no tengo pruebas de ello y no puedo dejar entrar a cualquiera que diga ser el padre del hijo de alguna paciente.

Mientras Alex sigue discutiendo con la enfermera y poniéndose cada vez más nervioso, yo le pido explicaciones a Mike.

–¿Se puede saber qué has hecho?

–¡Debía saberlo!

–Creo que esa decisión le correspondía a Sussan.

–Le corresponde a los dos –insiste Mike –. ¿Y si él sí quiere y ella se arrepiente cuando sea tarde? –pregunta con un brillo especial en los ojos.

–¡Es urgente! –oigo que Alex le grita a la enfermera–. Déjeme entrar antes de que sea tarde, por favor.

–¿Y cómo has dado con él? –le pregunto a Mike.

–He ido a buscarlo a Eastmond y he tenido suerte.

Creo que Mike tiene razón y de todos modos Alex ya lo sabe, así que es

mejor que hable con Sussan ahora y no después.

–¡Es menor de edad! –le miento a la enfermera al acercarme.

–¡Eso no es posible! –me recrimina ella, con razón.

–Falsificó unos documentos –continúo con mi mentira para conseguir convencerla.

–Ya sabe, señorita –continúa Alex–, si no quieren meterse en problemas déjeme pasar para que impida una desgracia.

No sé si es por cansancio de tanto discutir o si es por la duda de que estemos en lo cierto, pero la enfermera accede a que Alex pase a ver a Sussan y le acompaña. Mike y yo nos quedamos fuera.

–¿Por qué te has tomado tantas molestias? –le pregunto.

–Por nada –responde dándose la vuelta para marcharse.

–La policía no es tonta –le digo.

Se detiene y tras varios segundos se da la vuelta y se acerca a mí.

–Mi madre estuvo apunto de abortar.

–¿Tienes hermanos?

–No. Quiso abortar cuando estaba embarazada de mí. Cuando supo que esperaba un bebé, no se sintió preparada y decidió abortar. Pero en el último momento mi padre se lo impidió. Le dijo que la quería y que juntos podrían conseguirlo.

–Y tenía razón visto lo visto.

–Exacto. Imagínate si mi madre hubiera seguido adelante. Ahora mismo yo no existiría, ni estaríamos teniendo esta conversación. Y, ahora que lo pienso, nadie habría avisado al Sr. Kinsey y Sussan habría abortado, si es que no lo ha hecho ya.

–Sussan es muy terca, es posible que haya seguido con sus intenciones.

–Es posible. Pero al menos lo habrá consultado con el padre, es lo justo.

La puerta se abre y aparece la enfermera, seguida de Alex y Sussan, que tiene la cara cubierta de rímel corrido y lágrimas. La cara de Alex parece decirlo todo, con un semblante entre furioso y decepcionado. Mike se lleva las manos a la cabeza y se marcha antes de decir algo de lo que pueda arrepentirse. Alex le sigue, no sin antes decirle a Sussan algo al oído. Yo me acerco, le doy un abrazo y le digo que todo va a salir bien, que la voy a cuidar como ella me cuidó a mí y nos vamos de aquí. Ya dije que odio los hospitales.

Caminamos por la calle en silencio buscando la estación de metro más cercana. Pienso acompañarla a casa, aunque tenga que rodear media ciudad para volver a la mía. No es momento de dejarla sola.

–No lo he hecho –me reconoce cuando nos sentamos en un banco a esperar al tren–. Aún estoy embarazada.

A mitad de camino, decidimos cambiar de ruta e ir a mi casa. Sussan aún no está preparada para volver a la suya. Tiene mucho en lo que pensar, aparte de hacer una llamada de teléfono, tras la cual tendrá que tomar la que será la decisión más importante de su vida.

Llegamos a casa y nos encerramos en mi habitación. Sussan coge su

teléfono y, con el dedo temblando, consigue marcar el número.

–¿Nathan? –pregunta cuando descuelgan al otro lado–. Soy yo, ¿qué tal?

Silencio. Le hago una seña para que ponga el modo manos libres.

–...y centrándome en aprobar las asignaturas que he suspendido –oigo que responde Nathan–. ¿Y tú qué tal vas?

–Bien. Bueno, tengo que contarte algo importante. Pero no creo que sea lo más indicado hacerlo por teléfono. ¿Podemos vernos?

–Claro –le responde Nathan–. Donde quieras.

–¿En media hora en el Starbucks de la calle Price?

–Perfecto. Allí nos vemos.

° ° °

Apenas llevamos cinco minutos sentados en nuestra mesa de siempre y ya han aparecido Mike –que empieza ahora su turno– y Verónica –que ha venido a buscar a Josh–. Nos cuenta que anda preocupada porque éste le ha dicho que tienen que hablar y, según ella, eso siempre significa algo malo. No le falta razón, aunque la vemos tan preocupada a su estilo que le quitamos hierro al asunto para que no esté tan nerviosa.

Deben ser las hormonas por el embarazo, pero Sussan está extrañamente simpática con ella. O igual es que se está esforzando tanto en no parecer preocupada que se está pasando de amable. Incluso ahora parece que se van juntas al servicio, como si fueran amigas.

–Tenemos que hablar –me dice Mike antes de entrar al almacén para ponerse el uniforme.

–¿Es la frase del día? –bromeo y me doy cuenta de que me he quedado solo.

Y es entonces cuando miro a mi alrededor y me doy cuenta de algo que otros años habría anticipado y que esta vez me ha pillado totalmente desprevenido. La cafetería está decorada con guirnaldas verdes por todas partes, en la barra brillan luces blancas que bailan al son de la música, en las ventanas hay adhesivos con forma de muñecos de nieve, en la vitrina de comidas hay galletas de jengibre, en cada mesa del local hay un pequeño abeto verde con una estrella en lo más alto y en el hilo musical suena Silent Night. Es Navidad.

–¿Soy el único que no se había dado cuenta de que es Navidad? –pregunto cuando Sussan y Verónica vuelven del servicio.

–Estoy yo ahora para Navidad... –se queja Sussan.

–¡A mí me encanta la Navidad! –añade Verónica.

–¡A ti es que todo te encanta, guapa! –le responde Sussan, que parece que vuelve a ser un poco más ella durante unos segundos.

–¡Vero! –grita Josh desde la puerta de la cafetería– ¡Vamos!

Verónica se despide de nosotros con su ya tradicional gesto de muñeca, que nosotros imitamos cuando se da la vuelta, y esperamos a que Mike salga del almacén para que nos atienda. Nathan llega puntual.

Después de pasar los quince minutos más incómodos del día, esquivando

las miradas de Nathan, respondiendo con monosílabos y dándole patadas por debajo de la mesa a Sussan para que se de prisa, decido tomar las riendas de la conversación.

–Nathan, esto es una tregua momentánea que va a durar lo mismo que tu café. Pero si no intervengo podemos estar aquí hasta fin de año.

–¿Qué ocurre? ¿Estás bien? –le pregunta a Sussan.

–Díselo –le digo sin darle más opción.

–Nathan, estoy embarazada.

Silencio incómodo. Dudas interminables. Tres caras que parecen un poema. Una que se muerde los labios de los nervios esperando una respuesta, otro que no reacciona como si le hubieran dicho que María era virgen y yo en medio mirando a la una y al otro como si estuviera en un partido de tenis.

–¿Y para esto me llamas? –pregunta Nathan algo molesto–. ¿Para restregarme que estás con otro?

–No es eso –le digo.

–No sé quién es el padre –dice Sussan–. Bueno, tampoco hay muchos candidatos, que una tiene buena fama. O la tenía hasta ahora.

–¿Cómo va a ser mío? Me dejaste hace tiempo.

–Estoy de nueve semanas. Eso te incluye a ti y a Alex.

–¿Quién es Alex? –pregunta Nathan.

–El Sr. Kinsey –respondo yo–. Su profesor de Psicolog...

–¡No hace falta dar tantos datos, Ryan! –me interrumpe Sussan a gritos.

–¿Tu profesor? –se sorprende Nathan–. ¿En serio te has liado con un profesor? ¿Qué edad tiene?

–Veintiocho –vuelvo a responder.

–¡Ryan! –vuelve a gritar Sussan–. Eso a él no le importa. La cuestión es que necesito que los dos os hagáis la prueba de paternidad.

–Vale, perfecto. Dime un día y una hora y allí estaré.

–¿Seguro? –pregunta ella.

–Claro, ¿qué crees? No te voy a dejar tirada si soy el padre. Ya me las arreglaré, pero no voy a ser de esos que desaparecen.

–Me alegra saberlo.

–¡Y a mí! –añado.

Como no hay nada más que comunicar y yo no estoy por la labor de pasar el resto de la tarde con Nathan, le sugerimos que queremos estar solos para hablar de nuestras cosas y se marcha sin reparos. No sin antes acordar que mañana irá a hacerse la prueba, igual que Alex. Si ninguno de los dos elude su obligación, Sussan tendrá los resultados en dos semanas, justo a tiempo para Navidad. Uno de los dos va a recibir un regalo de Santa Claus que jamás hubiera imaginado. Una pena que el bebé no llegue hasta junio porque habría sido un regalo incluso más impactante. Estos meses que quedan a Sussan se le van a hacer eternos y para mí van a ser una auténtica tortura.

Cuando estamos apunto de irnos, aparece de nuevo Josh sin Verónica. Nos volvemos a sentar y nos cuenta que la ha dejado de una vez por todas.

Por lo visto, estaban paseando cerca del Memory Park cuando a ella le ha dado por empezar a hablar sobre su boda ideal, el vestido, las damas de honor, el banquete, las flores y no dejaba de darle vueltas y más vueltas al mismo tema, dando por hecho –por supuesto– que su marido sería Josh. Incluso insistió en entrar en una tienda de trajes de novia que se cruzaron por el camino, obviamente sólo parar mirar, ya que aún son muy jóvenes para eso, según le dijo. El caso es que se emocionó tanto que incluso se quiso probar un vestido que le gustó en especial. Y ahí, en medio de la tienda, rodeado de flores, vestidos y maniquíes, con Verónica vestida de blanco con un traje de Elie Saab y apunto de colocarse el velo con una lágrima de emoción resbalándole por la mejilla, él no pudo más con la presión.

–Oye, que me van los tíos –le dijo. Así sin más, con tacto y buenas formas.

Ella se quedó blanca y muda. Se limitó a cambiarse y arrastrarlo hasta la calle. Siguieron caminando en silencio hasta llegar al Memory donde, tras sentarse en un banco y respirar hondo tres veces, empezó a llorar y a gritar de forma histérica. Le preguntó que como podía hacerle eso, que era imposible que él fuese gay, que no se le notaba y que cuando nos enteráramos nosotros le íbamos a dar de lado, que lo mejor era que se dejara de tonterías y corrieran un tupido velo como si no hubiera dicho nada.

–Después le dije que tú y Mike también sois gays y terminé de rematarla –culmina Josh.

–¿Y qué pasa con el problema psicológico? –le pregunto.

–Me da igual. Ella sabrá lo que se hace y yo no pienso sentirme culpable. Se quedó llorando en el puente del Memory Park, así que si mañana aparecen los patos comiendo carne ya sabemos quién es.

–¡Qué bestia eres! –le recrimino–. Vale que Verónica esté ida de la olla pero tampoco te pases.

–Haces bien –le dice Sussan–. Esa tía está chalada.

–Además –continúa Josh–, creo que al saber que soy gay ya no se siente tan atada a mí. Espero que se de cuenta de que el tío por el que está obsesionada no existe y eso le ayude a mantenerse cuerda.

–Le podrías haber dicho que Sussan está embarazada y que el niño es tuyo –bromeo.

Nos reímos los tres.

–Claro –dice Josh–. Como si fuera creíble que Sussan se ha quedado embarazada.

Nos quedamos en silencio. Sussan saca del bolso una ecografía rutinaria en la que apenas se ven un par de manchas blancas sobre un fondo negro.

–En menos de siete meses ahí habrá un bebé fuerte y sano apunto de nacer.

Josh se queda de piedra y no sabe qué decir.

–¿En qué clase de grupo me he metido?

Se ha hecho de noche y nos disponemos a irnos, cuando Mike –que no se

ha acercado a la mesa desde que volvió Josh– me recuerda que tiene que hablar conmigo. Como aún faltan varias horas hasta que termine su turno, le digo que me voy a casa y que me avise cuando haya salido para vernos.

En la puerta nos despedimos de Sussan y Josh insiste en acompañarme hasta mi portal. No hemos pasado aún la primera calle cuando vuelve a insistir y a pedirme que le de una oportunidad de demostrarme que ha cambiado y que ahora que es libre podemos estar juntos sin problemas. Yo sigo insistiéndole en que no quiero nada con nadie –aunque ese argumento cada día me lo creo menos– y que ya le advertí en la discoteca que, con Verónica o sin ella, no podemos estar juntos porque yo no siento nada. Pero él está convencido de que, si no me cierro y le doy una oportunidad, puedo llegar a sentir algo e incluso enamorarme de él.

Llegamos a mi casa y me da un abrazo acompañado de un beso en la mejilla. Me pide que me lo piense, que no me voy a arrepentir y no tengo nada que perder. Y, en el fondo, empiezo a creer que tiene razón. Le devuelvo el abrazo e intento comprobar que es lo que siento. Busco los cosquilleos y las ardientes ganas de vivir y entregarme a lo que dicte mi corazón, pero no están por ninguna parte.

Me despido y subo a casa, dónde mi madre me está esperando bastante inquieta.

–¿Cómo ha ido? –me pregunta–. Llevo toda la tarde acordándome de la pobre Sussan. ¿Está bien? ¿Ha sufrido?

Caigo en la cuenta de que no avisé a mi madre del cambio de planes.

–¡Lo siento! Se me olvidó avisarte. Al final va a tener el bebé.

Kate da un enorme suspiro como si se hubiera quitado de encima un problema de los grandes. Como cuando te dicen que al final tu hijo no tiene que repetir curso, o que el arreglo millonario de la imprenta que se estropeó corre a cuenta del seguro.

–El problema es que no sabe quién es el padre –termino.

–¿Cómo?

–No sabe si es de Nathan o de Alex.

–¿Quién es Alex? Cuando nos pidió consejo a Rose –la madre de Sussan– y a mí, dimos por hecho que el padre era Nathan.

–No le cuentes nada a Rose hasta que lo haga Sussan, si es que lo hace. Alex es el Sr. Kinsey, un profesor de la universidad.

Mi madre tiene que sentarse de la impresión. Este es uno de los momentos en los que tener un hijo gay le parece una bendición del cielo. Entre tener una hija de dieciocho años que se ha quedado embarazada y, posiblemente, de un profesor diez años mayor que ella o tener un hijo al que le gustan los chicos, queda claro cual es la madre que tiene un verdadero problema en casa.

–¿Un profesor?

–Si te sirve de consuelo, sólo tiene veintiocho años –le digo, mientras me río y me voy a mi habitación.

° ° °

A las once de la noche recibo un *whatsapp* de Mike y voy a su encuentro. Salgo a la calle y descubro que la Navidad está terminando de implantarse. Me subo la cremallera del abrigo y me pongo la capucha. Está nevando. Cuando llego a la cafetería, Mike me está esperando por fuera y seguimos caminando hasta un banco cercano. En pocos minutos el suelo se cubre de una capa fina de nieve.

–Lo que quería decirte es que no me voy a rendir.

Esa historia ya la he oído antes.

–¿Qué quieres decir?

–Que voy a esperarte. Quiero estar ahí cuando sientas que puedes volver a tener una relación. Quiero ser yo el que te haga volver a disfrutar de las cosas buenas de la vida. Quiero compartir todo contigo. Y para ello voy a quedarme aquí, a tu lado, esperando el tiempo que haga falta.

No puedo evitar emocionarme con sus palabras. Hace tiempo que no me dicen algo tan sincero y profundo. Llevo tiempo necesitando que me den ese cariño y esa fuerza y ahora me viene como anillo al dedo.

–Eres increíble, Mike.

Se acerca y, tras darme un beso en la mejilla, le rodeo con mis brazos y le doy un abrazo. Y ahí están, otra vez, los cosquilleos, la corriente eléctrica volando por todo mi cuerpo, la sensación de libertad y bienestar, las ganas de vivir y ser feliz, la respiración profunda, su perfume, su tacto, su piel.

Los copos de nieve cubren parte de su pelo y sus pestañas. Las manos le tiemblan del frío así que se las cojo entre las mías. Lo miro fijamente a los ojos y veo como me sonríe. Desvía la mirada tímidamente y me vuelve a mirar. Le guiño un ojo. Sonríe de nuevo y vuelve a desviar la mirada hacia la lejanía. Vuelve a mirarme y le vuelvo a guiñar un ojo.

–¿Qué pasa? –me pregunta con una tímida sonrisa en la boca.

–Déjame que compruebe una cosa...

Me acerco hasta sus labios y le beso suavemente. Me separo y lo observo quieto delante de mí, con los ojos cerrados y los labios medio abiertos, como esperando a que lleguen más besos sin querer abrir los ojos por si es un sueño y despierta. Sonrío y lo vuelvo a besar. Un batallón de luciérnagas revolotea por mi cuerpo, subiendo desde el estómago hasta la garganta y rodeando mi cabeza, haciéndome sentir un escalofrío que recorre todas las terminaciones nerviosas de mi piel. Le sujeto con fuerza las manos y le sigo besando sin poder evitar reír. Él se ríe también, pero no nos separamos sino que nos abrazamos y terminamos fundidos en una explosión de fuegos artificiales y estrellas que inundan el mundo paralelo al que nos hemos desplazado.

Noto como ha dejado de temblar y sus manos pasan a estar calientes. Acaricio su cara y siento como si fueran chispas entre mis dedos. No puedo evitar volver a mirarlo y sonreír tontamente con cada beso que nos damos. Es como si el resto del mundo no existiera, como si todo lo que hemos vivido a lo largo de nuestras vidas fuera por y para conducirnos hasta este mágico momento donde las emociones cobran vida propia y nos arrastran hacia un

lugar increíble donde sólo importa el aquí y ahora.

Cuando por fin consigo ser dueño de mi cuerpo, me separo unos centímetros de su cara y le susurro al oído:

–Gracias por devolverme la vida.

# 17
# EL HIELO

–¿Lo abrimos?

–Estoy nerviosa –responde Sussan–. Esto es como cuando eligen al ganador de Gran Hermano. Sólo que éste no se lleva un maletín lleno de dinero sino un hijo para toda la vida.

Sussan por fin ha recibido los resultados del test de paternidad que se hicieron Alex y Nathan. No se atrevió a abrir el sobre en la clínica así que ha venido a casa y estamos apunto de conocer quién es el padre del bebé y disipar todas las dudas posibles.

Durante estos diez días, Sussan ha estado barajando todas las posibilidades y pensando cómo sería su vida según qué nombre apareciera en el sobre. Con Nathan le esperaba un futuro duro y complicado, tendrían que dejar la universidad, buscar un trabajo, pedir ayuda a sus respectivos padres y demás. En cambio, con Alex sería todo más fácil, aunque no por ello un camino de rosas, ya que él tiene un trabajo estable, piso propio y, además, tienen cierto tipo de relación sentimental –pese a que se ha quedado un poco estancada últimamente por la duda de quién es el padre y el estrés emocional que esto le está causando a ella–.

Sea como sea, es hora de enfrentarse a la realidad. Sussan me pide que lo abra yo y le diga el resultado. Le tiemblan las manos. Es obvio que desea con todas sus fuerzas que el padre sea Alex, aunque ella no deje de decir que le da igual cuál de los dos sea siempre que carguen con su responsabilidad.

Empiezo a abrir el sobre lentamente y con cuidado, para terminar rompiéndolo de forma abrupta y extraigo los documentos.

–¿Hay dos? –me dice.

–Claro, ¿que pensabas? ¿Que esto era un concurso e iban a escribir el nombre del ganador? –me río–. Hay uno de cada uno y supongo que en uno de ellos pondrá «positivo» y en el otro «negativo». ¿Cuál miramos primero?

–El de Nathan mismo.

Desdoblo una de las hojas que tengo entre mis manos y, tras leer para mí mismo la parte aburrida, termino por informar a Sussan del resultado.

–Negativo.

–¡Bien! –exclama Sussan aliviada–. Entonces el padre es Alex, menos mal.

–O ninguno. A saber qué más habrás hecho en esa universidad plagada de hippies y franceses besucones en busca del amor libre.

–¿Por quién me has tomado?

Me río y desdoblo la otra hoja en la que, efectivamente, indica que el Sr. Alexander Kinsey es el padre del bebé que espera Sussan. Ahora soy yo el que respira tranquilo. Me alegra saber que, dentro de lo malo, no ha ocurrido lo peor y Sussan tendrá alguien responsable y estable con ella. Lo que no sé es si a Alex le va a hacer la misma ilusión, algo me dice que está deseando que el padre sea Nathan.

De pronto me doy cuenta de que todo esto ha sido gracias a Mike. Si él no hubiera avisado a Alex, Sussan habría seguido adelante con su plan de interrumpir el embarazo y, probablemente, a día de hoy ya estaría más que arrepentida. Lo curioso es que, el otro día en la clínica, decidió no hacerlo porque el padre debía saberlo primero; pero se ha acostumbrado tanto a la idea de que va a ser madre que no ha vuelto a pensar en la posibilidad del aborto ni una sola vez, tiene claro que va a tenerlo con o sin ayuda del padre. Ya no le interesa saber la opinión de cada uno, sólo si el culpable de semejante aventura va a estar con ella o la va a dejar tirada a mitad de camino. Me impresiona lo valiente que ha sido y la facilidad que ha tenido para darse cuenta de que quiere seguir adelante.

Me despido de Sussan, que se marcha en busca de sus chicos para informarles de los resultados, y vuelvo a retomar mi sesión de estudio. Llevo cinco días frenéticos en los que he hecho ya tantos exámenes que he perdido la cuenta. Apenas he tenido vida social, salvo los desayunos en la cafetería de la universidad.

Y todos estos días los he pasado sin ver a Mike. Evidentemente, él está igual de saturado con los exámenes que yo, pero también tiene que trabajar casi todas las tardes, lo que ha provocado que no haya venido a clase para poder prepararse los exámenes por las mañanas. La noche del beso ha sido la última vez que hemos estado juntos más de cinco minutos y, cada vez que he tenido algún momento libre para pensar, me he acordado mucho de él. Quiero repetir lo que vivimos.

Tras nuestro beso, fuimos a comer y tomar algo en un bar cercano. Estuvimos tonteando toda la noche, haciéndonos guiños, carantoñas y controlándonos porque, a decir verdad, nos sentíamos raros por estar tan receptivos y sueltos en tan poco tiempo. Habíamos pasado de ser buenos amigos a algo más que aún no era lo suficientemente fuerte como para ponerle nombre y, aunque no queríamos pensar mucho en ello, los dos sabíamos que no era momento de correr y hacer las cosas con prisa.

Así que le prometí que tendríamos una primera cita oficial después de los exámenes. Hemos quedado mañana por la noche y le he dejado a cargo de elegir el plan. Quiero que me sorprenda, aunque no se lo he dicho. Siento curiosidad por ver qué clase de cita se le ocurre, si va a recurrir a algo típico o si va a ser original. Tampoco quiero que se pase de listo, con algo que no sea ir al cine y dar un paseo me conformo. Estoy cansado de esa clase de citas que llevo teniendo desde los doce años.

En casa también se han implantado las fiestas. Ben y Kate han estado todo el día adornando el árbol y decorando la sala. Faltan cinco días para el día de Navidad y este año no se me ha ocurrido ningún regalo. No sé ni lo que quiero para mí, ni lo que voy a regalar –excepto a Sussan, que es evidente que este año sólo recibirá cosas de bebés– así que dispondré de tan sólo un día para hacer las compras. Me encanta la Navidad, es mi fiesta favorita, pero este año estoy convencido de que no será como las demás. Ya no sólo por todas las

novedades que están apareciendo en nuestras vidas, sino porque no podré evitar acordarme de Matt y su familia. Deben de estar pasándolo mil veces peor que yo y no quisiera estar en su lugar. Bueno, en parte lo estoy, pero yo no puedo quejarme porque tengo a mi familia completa.

° ° °

Al salir de mi último examen me encuentro con Sussan, que no para quieta más de tres segundos en el mismo lugar y no cesa en dar vueltas en torno a la puerta de la sala de profesores. Debe de llevar así un par de horas, porque cuando llegamos estaba decidida a contarle a Alex que es el padre del bebé en cuanto se cruzara con él y, por su aspecto, no creo que se lo haya dicho aún. A Nathan se lo dijo el mismo día que supo quién era el padre, pero Alex no había estado disponible hasta hoy.

–¿Aún nada? –le pregunto.

–No, llevo buscándolo todo este tiempo pero no hay forma de dar con él. Supongo que estará en algún examen o no habrá llegado. No sé. Igual ha huido y no lo vuelvo a ver más.

–Estás delirando.

–Lo sé. Pero es que estoy muy nerviosa. Imagina que lo de apoyarme lo dijo por quedar bien. Igual estaba convencido de que el padre sería Nathan. ¿Y si me deja sola?

–¿Te recuerdo que fue él el que fue a la clínica y evitó que abortaras? No va a abandonarte. No seas tan cruel contigo misma, no te fustigues hasta ver su reacción. Como me dice siempre Tom, ¡no anticipes!

–Bueno, cambiemos de tema a ver si me despejo. ¿Qué tal el examen?

–Ni bien, ni mal. Creo que apruebo, pero por los pelos. He tenido tantos exámenes esta semana que éste es el que menos tiempo he tenido para preparar.

–¿Y qué tal Mike?

–Bien, aunque no nos hemos visto en toda la semana, salvo en clase durante los exámenes. No hemos tenido una conversación de más de tres palabras desde el día que nos besamos.

Sussan me mira sorprendida y su cara cambia por completo, pasando de reflejar angustia a mostrar entusiasmo y alegría. No le veía esa cara desde la noche del Blue Bayou, antes de su percance.

–¿Qué pasa?

–Me refería a «¿qué tal Mike en el examen?», ¡pero esto es mejor aún!

Sonrío levemente y miro a mi alrededor avergonzando porque mi amiga se muestra demasiado entusiasta y ha llamado la atención de los que estaban alrededor.

–¿Por qué no me habías contado nada?

–No sé. Estabas tan ocupada con tus problemas y tus dudas paternales que no quise incordiarte con mis tonterías.

–No son tonterías, idiota –me reprocha mientras me abraza–. Me alegro mucho de que hayas salido de tu burbuja.

–¿Mi burbuja?

–Sí, esa en la que te metiste cuando pasó lo que pasó. No me mires así, ya sé que no fue algo voluntario, tú me entiendes. ¡Y ahora por fin vuelves a tener vida sentimental!

–Bueno, no corras. Aún no sé lo que tengo. No somos nada, que yo sepa. Sólo nos besamos. Aunque el resto de la noche fue genial. Tendrías que habernos visto, era como si no fuéramos nosotros; como si siempre hubiéramos sabido que tenía que pasar.

–De hecho él lo sabía, que lleva colado por ti desde que te vio.

–No exageres.

–Que sí, que me lo dijo. Él te contó que el día de la inauguración se sentó a tu lado sabiendo quién eras, ¿no?

–Algo así.

–Pues lo que se calló, pero sí me dijo a mí, es que ahí ya le gustabas un poco. Sabía quién eras porque te vio en el Facebook de Josh, pero no de pasada, sino que vio varias fotos tuyas. Y quien dice varias dice las cientos que has colgado. La cuestión es que ahí ya sentía curiosidad por ti, esa clase de curiosidad que se siente cuando ves a alguien en fotos, en alguna red social, y te dan ganas de que esa persona estuviera más a mano para conocerla.

–¿En serio?

–Palabrita. Las embarazadas no mentimos.

–¿De dónde te sacas eso? –me río.

–Da igual, confía en mí Ryan. Lo de Mike contigo fue un flechazo de cabo a rabo, ¡sobre todo de lo último!

–¡Qué asco me das!

Nos reímos y se abre la puerta de un aula, de la que aparece un profesor para pedir silencio. Es Alex, aunque no se ha dado cuenta de que somos nosotros y vuelve a cerrar la puerta.

–Ahí tienes a tu Sr. Kinsey. Ya sólo te falta hacer guardia aquí fuera hasta que salga.

–¿Me haces compañía?

–Claro. Yo tengo que esperar a Mike, así que...

–Aún no están saliendo y ya se comportan como una parejita, ¡lo que hay que ver! –dice Sussan como si pensara en voz alta.

Cinco minutos después, Mike se encuentra con nosotros en el pasillo. Nos cuenta que el examen le ha salido genial y, durante algunos segundos, siento envidia de que él haya podido prepararse tantos exámenes teniendo en cuenta que trabaja, cosa que yo no hago, y dispone de menos tiempo para hacerlo. Pero se me pasa cuando pienso en lo buen partido que es.

Hablamos sobre nuestra inminente primera cita de esta noche y me cuenta que ha preparado algo muy divertido y que me va a gustar. Dice que está convencido de que hace tiempo que no lo hago, pero que no me haga muchas ilusiones que no es nada del otro mundo. Me garantiza que no es ir al cine –al

que no voy desde verano–, ni un paseo por el parque, ni nada típico de una primera cita. Me gusta que él mismo haya pensado en esa clase de detalles sin que yo tuviera que preavisarlo.

Lo cierto es que Mike y yo tenemos mucho en común pero, al mismo tiempo, somos totalmente diferentes. Él es mucho más aplicado en los estudios que yo, salta a la vista. Tiene una mayor facilidad para absorber información o algo así. En cambio, yo tengo más capacidad para atender en clase sin aburrirme, algo que él no puede hacer durante más de diez minutos seguidos. Supongo que tiene algo que ver con esa hiperactividad que le caracteriza. Yo jamás podría estudiar una carrera y trabajar seis horas diarias en una cafetería sin perder el control de una o ambas cosas.

Luego está el tema de los deportes. En ese ámbito él es bastante vago, no le gusta salir a correr por el parque como a mí –hace semanas quedamos para hacerlo y no aguantó más de cinco minutos así que acabamos comiendo rosquillas en el Dunkin Coffee, mucho más sano para el cuerpo, por supuesto–, ni practica habitualmente ningún deporte en especial. Pero tiene una genética impresionante que le ha dotado de un cuerpo sin un gramo de grasa y estoy seguro de que, si se lo propusiera, le saldrían músculos en menos de dos semanas. Casi que prefiero que no lo haga, no sea que le guste su nueva imagen y se dedique a ligar con otros. Los gimnasios son el demonio.

En el tema de las relaciones ambos lo hemos pasado mal y somos muy enamoradizos, pero de resto somos completamente diferentes. Mike tiene toda la pinta de ser un poco seco. No me refiero a que sea un soso, sino a que no tiene pinta de ser el típico que está siempre encima de la otra persona, insistiendo en lo mucho que la quiere y como su vida carece de sentido sin ella y esas cosas. Yo tampoco soy tan empalagoso, pero sí soy muy detallista y siempre estoy buscando muestras de cariño con la gente que quiero.

De todos modos, me gusta que seamos tan iguales como diferentes. Estoy completamente convencido de que el secreto para una relación viva y duradera es precisamente ese, ser distintos. Dos personas iguales tienden a aburrirse, a cansarse de hacer y decir siempre lo mismo o de estar siempre de acuerdo en todo. Las discusiones y los enfrentamientos son necesarios para que una relación tenga futuro. Para poder valorar lo bueno de la persona con la que compartes tu vida, necesitas algo malo para poder comparar. Para poder hacer las paces, antes hay que discutir.

Es en las cosas simples dónde se descubre lo que sientes por la otra persona, no en las complicadas. No hace falta mirar muy profundamente, basta con observar los pequeños detalles que ocurren día a día, esos pequeños gestos que hacen que te enamores lentamente. Desde la forma en la que se rasca la sien cuando piensa algo importante, hasta su manía de sentarse siempre con su cabeza apoyada en tu regazo, pasando por la forma tan curiosa que tiene de escribir la letra A. Cualquier simple detalle es importante a la hora de calarse hasta los huesos con la necesidad de compartir tu corazón con

la persona a la que quieres. Y todos esos detalles tan positivos pasarían desapercibidos si no hubiera otros negativos que te pongan de los nervios, como cuando pone los pies sobre la mesa o cuando se pone a cantar en la ducha desafinando cuatro de cada cinco notas.

Sé que soy joven y que tengo aún mucho tiempo por delante, pero ya tengo claro que es lo que espero encontrar en alguien para poder considerarlo "el definitivo" y no pienso parar hasta encontrar alguien que encaje en el prototipo de persona que quiero en mi vida junto a mí, porque sé que existe y en alguna parte él está pensando lo mismo que yo. Igual ya lo he encontrado, pero es algo que no quiero pensar; no sólo porque aún es extremadamente pronto para eso, sino porque no quiero mirar hacia nada más allá del día de hoy y, como mucho, mañana.

De hecho, ahora sólo pensaré en esta noche y mi cita con Mike.

° ° °

Hemos quedado en la estación de metro de Price, aunque no por fuera como otras veces, sino dentro antes de pasar por las máquinas de acceso a los andenes. Estoy bastante intrigado porque no comprendo qué le ha impulsado a quedar precisamente aquí. La gente pasa y me mira extrañada, algunos incluso se han ofrecido a informarme del funcionamiento del metro como si yo fuera un turista cualquiera. Y lo peor es que aquí abajo apenas tengo cobertura en mi teléfono, así que espero que no se retrase mucho más.

Al levantar la vista veo como Mike se acerca por uno de los pasillos que están al otro lado. Me busca con la mirada y lo aviso con un tímido grito.

–¿Qué haces ahí? Vamos, sal –le pido.

–No, no. Entra tú. Por eso hemos quedado aquí, para no tener que salir y volver a entrar.

–¡Mira que eres usurero!

Introduzco mi abono del metro en la máquina y llego hasta el otro lado donde continuamos el camino por otro pasillo diferente. Le pregunto una y otra vez a dónde vamos, pero Mike no suelta prenda.

Ya en el vagón del tren, intento averiguar los posibles lugares que hay en la ruta que va a seguir y son tantos que no atino a adivinar a dónde me lleva. Me paso todo el trayecto dándole vueltas pensando en las opciones posibles: al lago Hatcher, al parque de atracciones, a ver algún partido de baloncesto, al hockey –¡espero que no!–, a algún restaurante, … Son tantas las opciones que me rindo enseguida y, por suerte, el trayecto no dura más de veinte minutos. Nos bajamos en la estación de Primrose y se disparan mis alarmas. ¡Al hockey no, por favor! No tengo nada en contra de ese deporte, pero ir a ver un partido es de lo más estresante y no me parece adecuado para una primera cita.

Salimos a la calle y caminamos en dirección al palacio de deportes donde se encuentra la pista de hielo. Empiezo a dar por hecho que su gran y original –cierto, para qué negarlo– plan es ir a ver un partido y, como no quiero pasarlo mal, intento cambiar mi estado de ánimo y valorar las ventajas que pueda tener una cita tan peculiar. Está claro que, de algún modo, ha querido

compensarme el hecho de que nunca quiera venir a correr conmigo y ha creído que tener una cita deportiva es una buena forma de hacerlo. Bueno, me resigno. Ya me irá conociendo poco a poco.

Cuando entramos, descubro para mi sorpresa que la gente no tiene mucho aspecto de fanáticos del hockey. Más bien todo lo contrario, hay gente joven, familias con hijos y parejas.

–¿Qué hacemos aquí? –le pregunto.

–¿No es evidente? ¡Patinar sobre hielo!

Me río de mí mismo y finjo que le doy un cabezazo al mármol de la recepción a modo de autoflagelación por mi estupidez mental. Llevo un rato dándole vueltas al tema del hockey y no se me había pasado por la cabeza que no veníamos a ver un partido, sino a patinar. Ni siquiera he caído en la cuenta de que los viernes no hay partidos.

–Me gusta.

–¿En serio? –me pregunta–. Si quieres podemos hacer otra cosa.

–No, es perfecto.

Me acerco para darle un beso en la mejilla, pero me arrepiento a mitad de camino ya que estamos rodeados de gente.

–Por mí no te cortes –me dice.

–Tú te lo has buscado.

Vuelvo a acercarme pero el beso se lo doy en los labios. Veo como se pone colorado en cuestión de segundos y la chica que atiende en el alquiler de patines se echa a reír, ya que ha oído todo lo que hemos dicho.

–Mira mami, esos dos chicos son novios –oigo que dice un niño pequeño que está detrás de nosotros haciendo cola para ser atendidos.

–Sí, cariño –le responde ella de forma desinteresada.

–¡Igual que papi y su novio!

–Sí, cariño, sí. Igual que papi –le responde su madre con tono incómodo.

–¿Y tú por qué no tienes novio, mami?

–Porque mamá trabaja mucho y no tiene tiempo –responde ella rápidamente–. Pero baja la voz que a la gente no le importa nuestra vida. ¿Por qué no vas a aquel banco y te sientas? Ve descalzándote que yo voy enseguida.

Ahora me quedaré siempre con la duda de si su marido la dejó por otro o si lo de tener un hijo fue un acuerdo anterior entre una mujer ocupada para tener una vida amorosa y un amigo gay que querían ser padres antes de que se les pasara el arroz. Sussan y yo tenemos ese acuerdo. Bueno, teníamos porque ahora ya lo va a tener por su cuenta. Habíamos acordado que, si a los treinta años los dos seguíamos solteros, tendríamos un hijo juntos y lo criaríamos como si fuéramos padres divorciados.

Alquilamos nuestros pares de patines, nos los ponemos y nos adentramos en la pista. Hace años que no patino y tardo un poco en tomar el control de mis pies, no sin antes caerme tres o cuatro veces. Mike, en cambio, parece que ha nacido con los patines puestos y no se resbala ni una sola vez.

–¡Mira al deportista cómo le cuesta! –me dice.

–Ya te caerás, ya.

Y según digo esas palabras, Mike da un traspiés y cae al hielo de culo. Se queda sentado un rato riéndose y después se levanta frotándose los muslos quejándose del dolor. Le digo que es una nenaza y que debería aguantar el dolor, que no ha sido para tanto.

Media hora después, nos detenemos y nos apoyamos en una barandilla para descansar un rato y charlar. Hablamos sobre Sussan y todo lo que le ha ocurrido, el valor que ha demostrado enfrentándose a ese reto tan complicado y la decisión que tenía de ser madre soltera si Nathan y Alex se hubieran echado atrás. También comentamos lo ocurrido con Josh y es, realmente, la primera vez que hablamos de nuestro pasado en común con él. Mike me cuenta que no es ni por asomo su prototipo de chico ideal, pero le llamó la atención y lo engatusó en cuestión de minutos de tal forma que no se pudo escapar. No se arrepiente de lo que pasó, pero no podría volver a estar con él nunca, aunque yo no hubiera aparecido. Le comento que yo estoy en la misma situación y que lo único que conservo de él, aparte de su amistad, es el cariño con el que recuerdo los días que vivimos en el campamento pero que, en el fondo, siento como si el Josh de hace casi un año y el de ahora fueran dos personas distintas.

–¡Vamos! –me anima–. ¡Te echo una carrera hasta el otro lado!

Y, antes de poder responderle, sale patinando a toda velocidad en dirección al otro lado de la pista. Reacciono y patino detrás de él aunque he tardado tanto que es evidente quién va a ganar. Cojo el mayor impulso posible y patino con todas mis fuerzas intentando alcanzarlo cuando veo que da otro traspiés, se resbala y cae de espaldas al tiempo que sus piernas parecen salir volando por el aire. Cae al suelo boca arriba y se golpea en la cabeza y la nuca.

Llego hasta él intentando contener la risa automática que me ha producido la caída y le tiendo la mano para ayudarle a levantarse. Cuando me fijo en su cara veo que tiene los ojos cerrados y no parece moverse. Me agacho junto a él poniéndome de rodillas en el hielo.

–¡Mike! ¿Estás bien? –pregunto mientras le doy pequeños toques en la cara–. ¡Ey! No bromees.

Está inmóvil y no reacciona.

De golpe, siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo. Dejo de sentir el frío hielo bajo mis piernas y noto como me arde el cuerpo y siento una sensación de ahogo horrible. El miedo se apodera de mi cuerpo como si hubiera explotado por dentro y no hubiera barreras que lo detuvieran. Vuelvo a mirar a Mike y noto como mis ojos se encharcan de lágrimas y empiezan a caer. Cubro mi cara con mis manos temblorosas.

–¡Otra vez no! –suplico–. ¡Por favor! ¡Otra vez no!

Esto no puede ser real. No puede estar sucediendo otra vez. No puede ser que haya vuelto a abrir mi corazón y mi alma y la vida haya sido tan puta de

hacerme pasar por lo mismo de nuevo. Me niego a pensar que esta situación es real. Esto no está pasando. No puede ser. ¡No!

–¡Otra vez no! –vuelvo a exclamar apoyándome sobre el pecho de Mike–. No, por favor...

–Oye, hijo de tu madre –oigo que dice Mike con voz entrecortada–.¿Qué eres? ¿La viuda negra?

Levanto la cara de su pecho y veo que tiene los ojos abiertos y se le empieza a dibujar una sonrisa en la boca.

–¡Que yo no tengo intención alguna de ir hacia la luz tan pronto!

Suelto una intensa risa de felicidad y le doy un abrazo. Me siento estúpido por el número que acabo de montar en cuestión de segundos.

–Pensé que te había perdido a ti también.

–Si solo ha sido una caída, tontorrón.

–¡No respondías!

–Ah, ¿sí? –se sorprende–. Pero si me he caído y enseguida estabas aquí montando el drama.

–¡Qué va! Has estado inconsciente unos minutos. Bueno, unos segundos.

–Pues que bonito. Yo inconsciente y tú preparando el velatorio en vez de pedir ayuda. ¿En serio no reaccionaba?

–Te lo juro.

–Entonces dame un beso y vamos a urgencias, por si acaso.

Le doy el beso que me ha pedido más otro de regalo y le ayudo a incorporarse. Nos vamos hacia la salida, devolvemos los patines, nos calzamos y cogemos un taxi para ir al hospital.

Tras un par de pruebas y revisiones, los médicos le comunican a Mike que está perfectamente. Tan sólo tiene el cuello dolorido y le recetan una pomada para que se la unte durante un par de días para bajar la inflamación. Por suerte las vértebras no han sufrido daño alguno y en la parte trasera de la cabeza sólo tiene un hematoma que desaparecerá con el tiempo.

Salimos del hospital y cruzamos la calle en dirección a la estación de metro. De día, el parque parece mucho menos romántico. Está lleno de ancianos paseando, familias con niños pequeños e incluso pacientes del hospital dando paseos.

–Ahí empezó todo –me dice Mike al pasar junto al banco en el que estuvimos sentados la noche en la que se declaró.

Le cojo de la mano y seguimos avanzando, hasta donde quiera que nos lleve el camino.

# EPÍLOGO I

La vida da muchas vueltas. Tantas que nunca podemos estar seguros de nada, excepto del aquí y ahora. Está llena de pequeños caprichos, enredos y coincidencias que nos llevan por unos y otros caminos, a veces en línea recta y otras tantas dando tumbos, pero otras muchas lo hacen de una forma tan increíble que apenas podemos sentir el suelo bajo nuestros pies. Y son esos momentos los que realmente vale la pena recordar y revivir una y otra vez. Es en esos instantes en los que comprendemos que todo lo malo ha ocurrido por algún motivo y que debemos aprovechar cuando las cosas salen bien porque nunca se sabe lo que ocurrirá en la fracción de segundo siguiente.

Reír, llorar, disfrutar, sufrir, caminar, caer, volar, chocar, sentir y perdonar son fundamentales para poder sobrevivir. Lo malo complementa a lo bueno y nos ayuda a darle importancia a aquello que realmente vale la pena. Muchas veces nos cuesta salir adelante, pero en el fondo sabemos que podemos, siempre y cuando tengamos gente a nuestro alrededor que nos apoye y nos ayude en el transcurso de nuestras experiencias.

En los últimos seis meses yo he aprendido a disfrutar del presente, a no darle vueltas al pasado y a no obsesionarme con el futuro. He comprobado que no sirve de nada abordar ciertos temas que están fuera de nuestro alcance, bien porque el pasado no se puede cambiar o bien porque el futuro se escapa de nuestro conocimiento. Somos lo que nosotros hacemos de nosotros mismos, pero sólo conseguiremos lo que nos proponemos si nos centramos en aprovechar el tiempo y disfrutar de lo que tenemos enfrente.

Sussan, por ejemplo, ha estado toda esta semana de mudanza. Se ha ido a vivir con Alex y van a empezar una nueva vida juntos. Su madre la apoya al cien por cien, ya que ha conocido a Alex y sabe lo buena persona que es y lo buen padre que será. En seis meses llegará el bebé y va a ser uno de los momentos más emocionantes de nuestras vidas. ¡Quiero que llegue junio!

Nathan y yo finalmente hicimos las paces. Es evidente que no vamos a ser amigos, sobre todo porque no tiene la mentalidad que debería tener para que podamos serlo; pero al ver lo mucho que apoyó a Sussan con lo del embarazo y que estaba dispuesto a estar con ella y ejercer de padre, lo mínimo que podía hacer yo era perdonar, en cierto modo, lo que ocurrió y al menos tratarlo de forma cordial. Lleva un par de meses saliendo con una chica de su universidad que conoció antes de verano cuando fue a entregar la matrícula y, según me contó Sussan, ese era el motivo por el que su comportamiento hacia ella fue degenerando hasta que la situación cayó por su propio peso. Incluso estaba dispuesto a dejarla si no aceptaba que iba a ser padre. No hace falta mencionar que el hecho de que el padre fuese Alex fue la mejor noticia que ha recibido Nathan en toda su vida.

Josh, por su parte, dejó de insistir y está intentando aceptar que Mike y yo hayamos empezado una relación. Se ha dado cuenta de que nos perdió a ambos por no haberse encontrado a sí mismo antes. De todos modos, seguimos siendo amigos e incluso estamos planeando alguna escapada para el

año que viene, a ver si le encontramos novio o al menos un amor de verano que le haga descubrir lo genial que es enamorarse.

Mis padres han aprovechado las fiestas de Navidad y se han ido de viaje al norte, a tomarse las merecidas vacaciones que no tuvieron en verano. Han alquilado una casa en la montaña y van a pasar allí el fin de año, con la única compañía de una chimenea y dos tazas de chocolate caliente.

Verónica se suicidó... ¡Es broma!. Tal y como Josh predijo, al saber que su novio no era el semental heterosexual que ella imaginaba, le dijo adiós a sus sentimientos por él con un simple gesto de muñeca.

Como dije, cada uno se forja su propio destino y nada es casualidad. No existen las coincidencias, siempre hay algo que las provoca aunque en un primer momento no nos demos cuenta. Y es ahí donde tenemos que centrar nuestros esfuerzos, en vivir hoy acorde con lo que queremos ser mañana.

Y como yo quiero empezar con buen pie el día de mañana, aquí estoy, con la pierna derecha levantada en el aire y agarrado del brazo de Mike –mientras nos reímos a carcajadas– intentando no perder el equilibrio entre los empujones de la gente, preparado para dar el primer paso del nuevo año con buen pie. Quedan apenas unos segundos para que termine el 2012 y tan sólo tengo un propósito para el año nuevo: ser feliz sin mirar atrás.

Times Square es mucho más impresionante en persona y nunca olvidaré el gesto que ha tenido Mike al traerme, gastándose sus ahorros de dos años. Juntos decimos adiós a un año agridulce que me robó un corazón pero me trajo otro de vuelta, un año en el que he perdido y ganado por partes iguales, un año que nos ha cambiado la vida a todos y un año que me ha marcado para siempre, porque ha supuesto un punto y aparte en mi existencia. A partir de ahora, tengo fuerza y valor para afrontar lo que venga. Estoy preparado y listo para ello.

Diez. Nueve. Ocho. Siete. Seis. Cinco. Cuatro. Tres. Dos...

Me abrazo a Mike y le doy un beso que jamás olvidaré.

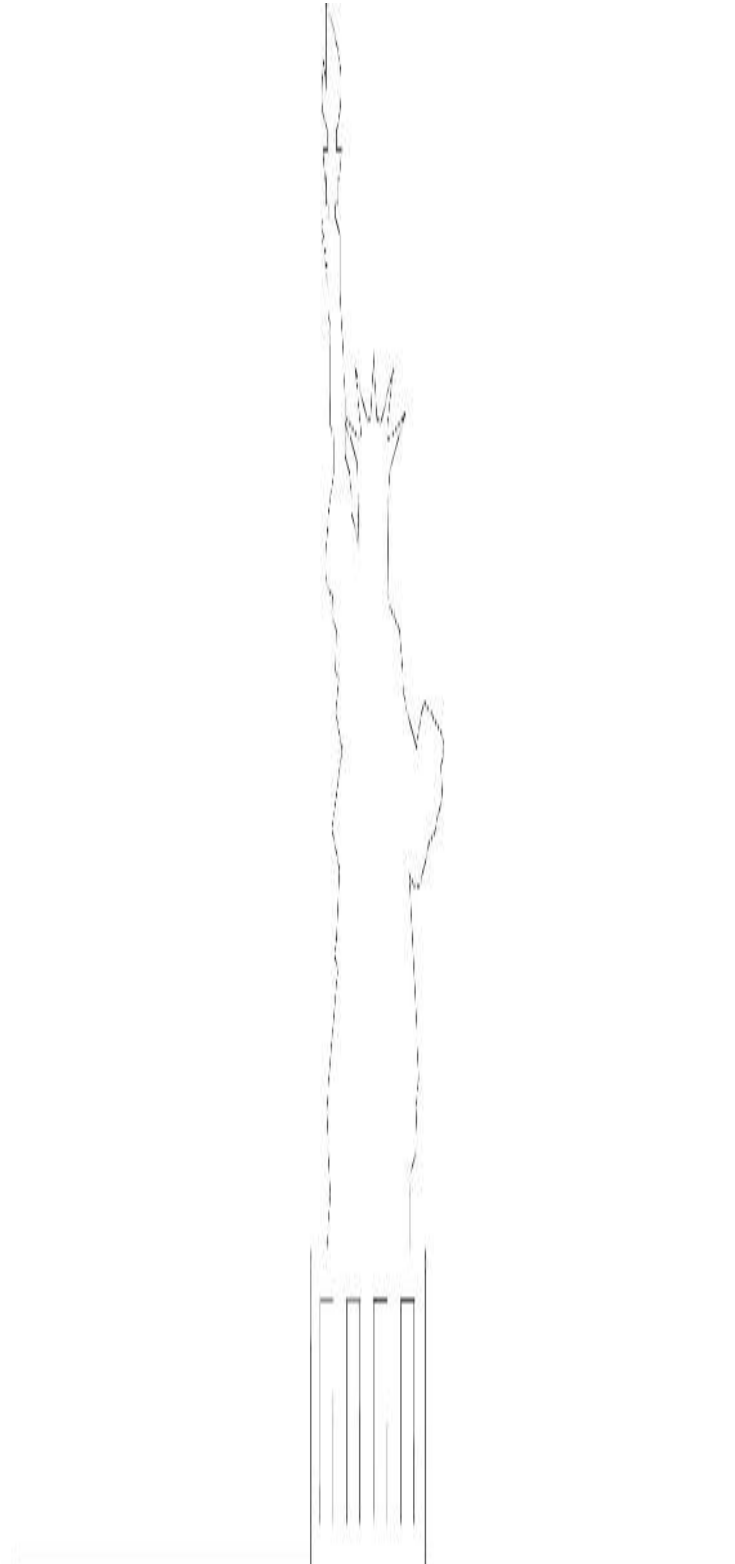
Uno.

–Feliz vida nueva.

## 9 MESES DESPUÉS

# tercera parte

# NUEVA YORK



Parece ser que la vida no siempre funciona como nos gustaría. No importa lo que digan en la televisión, lo que nos cuenten los afortunados o lo que prediquen las religiones, siempre habrá algo que se interponga en el camino que nos lleva a aquello que siempre queremos y deseamos. Por mucho que nos esforcemos en tener el control de la ruta escogida, casi siempre aparecerá algún tipo de contratiempo que nos obligará a dar un volantazo y desviarnos de la senda que habíamos elegido. Y es cierto que, en la mayoría de los casos, podemos volver a girar el volante y retomar las riendas de nuestro destino, pero ya nada es igual. El recuerdo dañado seguirá ahí, en nuestra memoria, haciéndonos saber que no tenemos el control de lo que se avecina, ni podemos cambiar el pasado.

Solía decir que todo lo que acontece en nuestras vidas es producto y consecuencia de lo que hacemos o dejamos de hacer. Lo mantengo. Pero he aprendido, tanto por las buenas como por las malas, que no todo está bajo nuestro control y que muchas veces esas cosas que hemos provocado pueden volverse contra nosotros en el momento más inesperado. Así de caprichosa es la existencia, y ese animal que aparece en mitad de la carretera obligándonos a cambiar el rumbo puede surgir en cualquier momento o situación; una tarde de otoño en una cafetería mientras tomas un té con un amigo, una noche de verano mientras disfrutas de una velada de ensueño, en una discoteca, en un parque o en mitad de la calle cuando regresas a casa a por un paraguas en un día de lluvia. Cualquier momento es posible y, sin que puedas decidir si es lo que quieres o no, sin darte apenas cuenta estarás dando ese volantazo que cambiará tu vida a corto, medio o largo plazo.

En el último año he dado tantos giros en la carretera que me siento afortunado por haber conseguido mantener el rumbo después de cada uno de ellos. Descubrí el amor en verano y conocí el dolor pocas semanas después. Toqué fondo y volví a la superficie. Descubrí lo fuerte que puedo llegar a ser, lo profundo que puede ser el agujero del que no vemos la salida y lo grande que pueden ser nuestras acciones aunque no nos percatemos de ello. Descubrí que el mundo no se acaba cuando tropezamos y caemos y comprobé que la fuerza de voluntad es mucho más importante que las probabilidades de éxito o fracaso. Volví a sentir el amor de una forma diferente, ni mejor ni peor, y comprendí que no existe ese alguien único y especial destinado a ser nuestra media naranja. Las oportunidades para encontrar el amor son ilimitadas. He sido feliz de nuevo y lo sigo siendo, pero con los pies en el suelo.

Y en todo este tiempo he aprendido a no asustarme, a no temer todo aquello que pueda plantarse delante de mi trayectoria, a ser consecuente con mis actos, decisiones y sentimientos. He aprendido a vivir, a ser feliz con esas pequeñas cosas que vivimos mientras encontramos nuestro lugar en el mundo. He aprendido a esperar lo inesperado, a sentir lo que antes no sabía que existía, a valorar lo que tengo y dejar de anhelar lo que no. He aprendido a conformarme con una mirada, a ver todo un mundo en una sonrisa y a sentir fuegos artificiales en mi pecho cada vez que soy feliz. He aprendido que la

vida no espera por ti; el tiempo pasa y eres tú el que tienes que adaptarte a sus constantes cambios. Pero, por encima de todas las cosas, he aprendido que sólo tenemos una oportunidad para descubrir quiénes somos y exprimir nuestra existencia al máximo. Ni elegimos nacer, ni nos dieron un ticket de compra, ni nos sellaron la garantía en la tienda. Vivimos sin tener la posibilidad de cambiar ni un sólo segundo del pasado y es por eso que debemos acostumbrarnos al hecho de que no hay cambios ni reembolsos. Es hora de aprovechar el tiempo y vivir, ahora o nunca.

# 18
# LA CIUDAD, LOS DONUTS Y EL GATO

¿Alguna vez habéis sentido cosas por alguien que no conocéis? ¿Habéis sentido esa amargura al ver a una persona casi a diario y llegar al punto loco y arriesgado de necesitarla en vuestra vida sin apenas haber entablado una conversación? ¿Habéis cruzado miradas furtivas con esa persona, sintiendo que el mundo se detiene y pensando si él o ella estará en la misma situación? La mente humana es un vaivén de posibilidades infinitas que se cruzan e interactúan haciéndonos sentir los seres más fuertes del planeta o más vulnerables que un mosquito sostenido entre los dedos. Y, dentro de ese mundo extraño interior del que cada uno es dueño y soberano, pueden ocurrir las mejores historias de amor jamás contadas. Que luego esas historias se asemejen a la realidad es lo que solemos proponernos, aunque pocos hacemos algo para conseguirlo.

Un día cualquiera de un mes al azar, podría estar sentado en el metro, mirando mis rodillas y preguntándome si es impresión mía o tengo una más ancha que la otra; podría estar midiendo con una mano su anchura para confirmar o desterrar mi teoría; podría estar escuchando a Alicia Keys en mi iPod y, olvidando el absurdo dilema de las rodillas, buscar el reproductor en el bolsillo de mi pantalón para subir el volumen porque suena mi canción favorita. Y, en ese mismo instante, podría sentir la extraña e inconsciente necesidad de levantar la vista y perderla hacia el fondo del vagón. Y ahí estaría él. Enseguida mi mente daría rienda suelta a su imaginación y crearía una fantástica novela en la que él se acercaría y me contaría que lleva semanas viéndome a diario en este tren, que le da mucha vergüenza hablar conmigo pero no está dispuesto a seguir perdiendo más el tiempo, que quiere tener mi número y llevarme al cine, ser el que me robe las noches de luna llena y el que me haga sentir como nadie jamás me ha hecho sentir antes. Yo le daría mi número entre temblores de emoción, le diría que me escriba o me llame cuando quiera. Y, como en toda buena historia, llegaríamos enseguida a su estación, se iría caminando mientras yo lo observo a través del cristal y esa sería la anécdota que recordaríamos siempre durante el resto de nuestra vida juntos.

Todos hemos tenido una fantasía igual o similar en algún momento de nuestras vidas. Suena a locura pero no lo es. Es la ilusión desesperada de sentir cosas nuevas y llenar parte del vacío que sentimos a diario. Un vacío que muy pocos logran llenar. Ellos son los verdaderos afortunados de este mundo. Los que se sienten plenos por dentro, ya sea porque son autosuficientes o porque han encontrado a esa persona con la que compartir sus momentos. Yo aún soy joven para sentirme así, lo reconozco. Diecinueve años dan para pocas experiencias en la vida; aunque me atrevería a negarlo viendo mi currículum sentimental. Y quizás es precisamente eso, el tener diecinueve años, lo que me hace creer aún en la magia de una mirada perdida desde el otro lado de un vagón de tren, o cruzando un paso de cebra, o a la

salida de un restaurante, o incluso en la cola del banco. El problema quizás radica en que esa magia es tan efímera como un estornudo. Dura tan sólo unos segundos pero el recuerdo resuena durante horas y, a veces, días.

Supongo que eso es a lo que se refieren cuando hablan de tener un flechazo, aunque yo prefiero llamarlo magia. Un flechazo no es efímero. Un flechazo te deja una herida que tarda en cicatrizar, lo recuerdas a diario, no se te olvida jamás y podría incluso matarte. Un flechazo es que tu marido te deje plantada en el altar el día de tu boda, que a tu madre le detecten alguna enfermedad grave o que el amor de tu vida se ahogue en el mar. Estar sentado en el Aula Magna de tu universidad y que un chico guapo se siente a tu lado porque quiere formar parte de tu vida no es un flechazo, es magia. Una magia que yo no supe ver ni reconocer hasta semanas más tarde. Una magia que estuvo golpeándome en el pecho día tras día hasta que logró colarse entre los poros de mi piel y alcanzar mi corazón. Una magia que aún no se ha apagado y que, probablemente, sea la misma que me ha traído hasta esta ciudad.

Y aquí, en el mundo real, estoy sentado en un vagón del metro neoyorquino, Alicia Keys suena en mi iPod, mis rodillas siempre han sido del mismo tamaño y, al levantar la vista de forma consciente, no veo a un chico misterioso que va a acercarse a invitarme a ser la mitad que complete su ser. En su lugar, veo a una señora de unos cuarenta y tantos años con un pañuelo anudado intentando mantener a raya su mata de pelo afro. Más a la derecha hay otra señora de su misma quinta, con el mismo esplendor capilar pero suelto libre a su antojo, leyendo la edición del Vogue de hace seis o siete de meses con Beyoncé en la portada –seguramente robado de la peluquería–. Ambas llevan pantalones negros, camisetas blancas y delantales de cocina que tienen algo escrito en medio. Y entre ellas lo veo a él. Ese chico que me ha robado el corazón. El que se pasó semanas viéndome en Facebook sin atreverse a contactarme para decirme que le gustaba. El que no quiso perder más el tiempo y se lanzó cuando tuvo la oportunidad. El que sufrió por no tenerme cuando yo no podía ser de nadie. El que me ofrece sus noches de luna llena y las de luna nueva, menguante, creciente e incluso los días, ya sean nublados o soleados. El que me ha hecho sentir como nadie jamás me ha hecho sentir antes. Ese chico que no va a desaparecer en la siguiente estación porque en este viaje vamos juntos. La mitad que completa mi ser. Mi chico, mi ángel, mi salvador, mi magia.

Intento aguantar la risa porque veo cómo está mirando de reojo el Vogue de una de las señoras y, cada vez que ésta cambia de página o levanta la vista, él se hace el despistado mirándose los bolsillos o fingiendo que busca algo en el teléfono móvil. Y cuando la mujer vuelve a sumergirse en su lectura de cotilleos varios, ahí que va él a sumarse a la aventura del cotilleo gratuito. Estoy por decirle que deje de marujear, que no llevamos ni dos semanas en Nueva York y ya se conoce la vida y obra de la mitad del famoseo norteamericano y parte del extranjero.

–Yo sigo sin creerme que haya estado embarazada –me susurra Mike

desde en frente.

–¿De qué hablas, estúpido? Si le vimos la barriga y estuvimos en el parto.

–¡Sussan no, idiota! –responde elevando la voz. Lo miro con cara de asombro, intentando que intuya que quiero que baje la voz y no llame la atención–. ¡Beyoncé!

La señora que porta la revista se inclina lentamente hacia Mike, le echa una mirada que más bien parece un mal de ojo y vuelve a centrarse en su revista, esta vez ladeándola para que Mike no pueda ver nada.

–¡Será hija de...!

–¡Mike!

Cuando cogimos el metro en York Street sólo había dos sitios libres, en lados opuestos del vagón. Yo, que siempre he sido más espabilado, me apresuré a ocupar el hueco más espacioso en el lado derecho, mientras que Mike tuvo que conformarse con sentarse en el lado izquierdo entre las dos corpulentas señoras. Sobra decir que en apenas un minuto de trayecto le robaron parte del poco espacio que tenía para sentarse y lo que tengo enfrente ahora mismo parece un sándwich de Mike hecho con pan de chocolate. A estas alturas, he dejado de disimular la risa, mientras él hace lo que puede para impedir que las dos mujeres terminen de echarlo del asiento.

El resto del vagón viaja ajeno a nuestro particular drama. Y no me extraña. En esta ciudad casi todo el mundo parece tener programada su función dentro de la vorágine urbana y cumplen con su cometido sin prestar atención a lo que ocurre a su alrededor. Los habitantes neoyorquinos caminan y viajan tan sumergidos en sus propias vidas que no se detienen ni un segundo a compartir su existencia con los demás. Evidentemente, todo es una percepción que se tiene desde fuera. La mayoría de la gente es muy metódica y responsables, como hormigas trabajadoras que no pueden salirse de la fila porque si no toda la cadena se perdería y no se conseguiría el objetivo común.

–Menos mal que la siguiente estación es la nuestra –me susurra inclinándose hacia delante para que no le escuchen las rebanadas de pan. Claro, ahora que ya no puede cotillear el Vogue le entra la prisa.

–Aún hay tiempo de hacer varios sándwiches –le respondo.

Tres minutos después llegamos a la estación de Bergen Street y nos disponemos a bajarnos del tren. Gente que entra, nosotros que salimos. Gente que se empeña en entrar, nosotros que insistimos en salir. Gente que casi nos hace caer al suelo. Gente inepta que no se da cuenta que para que unos entren, los otros han de salir primero. Está visto que las personas en el metro se comportan exactamente igual da igual la ciudad en la que te encuentres. Y quien dice el metro dice los ascensores. Lo único que parecen respetar es la disposición en las escaleras mecánicas: a un lado los que llevan prisa y las suben andando y al otro lado los que no tenemos prisa alguna.

En la calle ha empezado a llover y no llevamos paraguas así que elegimos esperar bajo una marquesina junto a la escalera de la estación por la que acabamos de salir. Los coches circulan frente a nosotros a la velocidad justa

para que el agua que hacen salpicar sobre las aceras apenas llegue a gotearnos un poco en los pies. No corre la misma suerte la señora elegante del traje ochentero parada junto al semáforo que no ha visto venir el bus escolar. En apenas tres segundos le han dado una ducha que no olvidará hasta que termine el día. En la acera de en frente hay un Dunkin' Donuts y me arrepiento de no haber salido a la calle por la otra escalera. Empiezo a analizar si me compensa cruzar y mojarnos un poco o aguantar el hambre hasta llegar a casa.

–Sigo diciendo que deberíamos haber alquilado un apartamento en Chelsea –se queja Mike.

–Claro, porque en Chelsea no llueve –ironizo.

–Hoy estás sembrado, ¿eh? Lo digo por el tema del metro y tener que vivir en Brooklyn.

En parte, Mike tiene razón. Brooklyn es fantástico pero nos da un poco de pereza estar cogiendo el metro cada vez que queremos ir al centro, sobre todo cuando es de noche y la gente rara empieza a abundar. Pero también es obvio que esa opción se nos salía del presupuesto a ambos.

–Si hubiéramos hecho eso, en vez de pasar diez minutos rodeados de gente extraña en el metro, los tendrías las veinticuatro horas en casa porque no quedaría más remedio que compartir piso con una docena de chinos. ¿Tú sabes el precio de los alquileres en Manhattan? Sería imposible vivir los dos solos.

–Ya, pero...

–Además –le interrumpo–, desde Chelsea hasta la escuela es más de media hora en metro. Prefiero esto.

No lo prefiero, pero me compensa.

–Parece que ha dejado de llover –dice Mike asomando la mano por fuera de la marquesina–. Vamos, que en tres minutos llegamos.

–Espera, quiero un donut –digo agarrándole de la mano y tirando de él en la dirección opuesta.

–Eres un gordo.

–¿Gordo yo?

Me detengo, me levanto la sudadera y la camiseta y le enseño mis abdominales, o lo que queda de ellos tras todo el verano sin entrenar.

–Estás fofo.

–Puede ser, pero sigo estando mejor que tú, Michael.

Me encanta llamarlo así cuando quiero que se enfade. Uno de los puntos débiles de Mike es que se enfada con facilidad si le tocas un poco algún detalle que le moleste, como su nombre completo. No porque no le guste, sino porque está tan acostumbrado al diminutivo que, cuando alguien lo llama así, suele ser para algún tema serio. Y, como yo soy un poco tocapelotas, es habitual en mí estar buscándole las cosquillas para hacerle enfadar, a veces incluso hasta hacer que me dé dos o tres gritos para que deje de burlarme de él. Luego le doy un beso y se le pasa.

Tras doblar la esquina de Warren Street, seguimos avanzando hasta el que

se ha convertido en nuestro nuevo hogar y al que aún no me he acostumbrado. La zona que hemos elegido –mentira, que ha elegido Sussan por nosotros– es bastante tranquila y acogedora. Nuestra calle es estrecha pero bastante larga –repito, la calle– con una serie de edificios típicamente neoyorquinos adosados uno tras otro con puertas de colores. No hay mucho tráfico, por lo que los pocos ruidos que nos llegan cuando estamos en casa provienen únicamente del parque que hay enfrente, más concretamente de la cancha de baloncesto anexa en la que raro es el día que no haya un grupo de adolescentes multirraciales jugando con la pelota y tratando de meterla –la pelota, en la canasta–. Pese a lo bien que está saliendo todo de momento, reconozco que echo de menos a mis padres, mi cama, los muebles de mi habitación, mi intimidad, mi baño sin compartir, el no tener que cocinar ni hacer la compra... Creo que hasta echo de menos la ropa tendida de la vecina de enfrente que veía todas las mañanas por mi ventana.

Suena el teléfono de Mike.

–No me puedo creer que aún tengas puesto el 'Gangnam Style' –le digo entre risas para que no se ofenda, aunque hablo en serio–. Eres muy cutre.

–Pues bien que te pone este cutre –me responde mientras descuelga la llamada–. Dime.

–¿Quién es? –le pregunto.

–Sí, sí... Espera –me responde–. Sí, estamos llegando.

–¿Quién es? –insisto.

–Calla, que no oigo –me responde–. No, no, tú no. Se lo digo al pesado de Ryan.

–¿Pero quién es? –sigo molestando–. ¿Es Sussan?

–Sí. ¡No! No, no, no estamos en la escuela. Era a Ryan –me mira amenazante y me doy cuenta de que o cierro la boca o esta noche duermo en la cama pequeña. Pero me gusta tentar a la suerte –. Estamos llegando a casa.

–¿Es Sussan? Dale saludos de mis partes.

–¡Joder! –se queja Mike–. ¿Te callas tú o le mando tus partes a Sussan en una cajita con un lazo?

Me callo y dejo que termine la llamada. Cuando cuelga me hago el remolón enfadado y sigo caminando.

–¿A dónde vas? –me pregunta.

Sigo en silencio mientras saco las llaves de mi bolsillo.

–Era Sussan.

Continúo sin responderle mientras subo las escaleras de la entrada. Cuando llego a la puerta me giro y veo que él sigue exactamente en el mismo sitio donde se paró a hablar con ella, frente a las escaleras del bloque de al lado. Por un segundo pienso que me he equivocado y empiezo a imaginar cómo Mike va a reírse de mí por fastidiarle la llamada y encima equivocarme de número en la calle. Me inclino hacia atrás y miro hacia arriba. 353. No me he equivocado. Además, bastante me costó aprenderme que vivíamos en el bloque con la puerta azul.

–¿Qué haces ahí parado? –le grito.

–Si te hubieras portado bien te lo habría dicho antes.

–¿Qué pasa? –vuelvo a gritar.

–Vuelve aquí. Hay que ir a casa de Sussan.

–¿Ahora? ¿Por qué?

–Tiene que ir a comprar no sé qué a no sé donde y no puede llevar al niño porque está enfermo y le da miedo que se ponga peor si lo saca a la calle.

Bajo las escaleras que acabo de subir, me guardo las llaves en el bolsillo y me acerco a Mike con cara de niño bueno. Viene siendo habitual que, cuando intento hacerle rabiar, al final soy yo el que sale perdiendo y humillado.

–¿Me das un beso? –le pregunto.

–¡Vámonos al metro, anda!

Nueva York enamora por cada rincón. Incluso el metro es genial, por mucho odio que le inspire a Mike. Cada calle es igual que la anterior, pero al mismo tiempo desprenden sensaciones diferentes. Últimamente todo es mágico para mí. Intuyo que es por tanta vivencia anormal o extraña durante el año pasado y éste. Pero es cierto, esta ciudad es mágica. Tiene algo que no tienen las demás. Por lo menos las demás que yo he visitado. El aire huele diferente, la gente actúa de forma diferente, incluso la calefacción huele diferente. Estoy deseando que llegue el frío para volver a oler el calor de la ciudad. Llevo desde fin de año añorándolo y ahora que estoy aquí de nuevo lo espero con impaciencia. Muchos me llamarán loco por ello, pero es cierto. El calor de Nueva York huele. Es una mezcla entre olor a comida y a ropa recién sacada de la secadora. Mike no me entiende y dice que a él todo le huele igual que en Norwalk. Una mierda de perro va a oler igual aquí y en China, me dice siempre que saco el tema del olor neoyorquino. Aún no entiendo cómo me enamoré de él. Pero sé que tengo razón. Me di cuenta en nuestra primera visita, cada vez que cruzaba una calle, entraba a un deli o me secaba con las toallas del hotel, ahí estaba ese olor especial. Supongo que debe ser la calefacción.

Es cierto eso que dicen, la ciudad nunca duerme. No importa a qué hora salgas a la calle, siempre habrá gente y lugares abiertos al público. Ya sea una discoteca, una cafetería o el restaurante chino de aquí al lado. Incluso Sussan está maravillada con esto de no tener que llevar siempre encima compresas o tampones por si le surge una emergencia femenina, ya que a cualquier hora del día y en cualquier lugar encontrará un bazar abierto donde poder paliar sus necesidades.

Al día siguiente de que Mike y yo llegáramos, hicimos una pequeña fiesta para darnos a nosotros mismos la bienvenida. Cuando se acabó el hielo a eso de las tres de la mañana, Alex y yo bajamos a la tienda del pakistaní que está en la esquina de Warren con Hoyt, a dos pasos de casa. Al llegar vimos que estaba cerrado e intentamos observar el interior para comprobar si había luz o no. Dos segundos después, el amable señor estaba levantando la reja y preguntándonos si queríamos robar o comprar algo, que tenía cámaras –

mentira– y la policía llegaría antes de que nos diera tiempo a llevarnos nada. Nos echamos a reír y le pedimos una bolsa de hielo. Se disculpó, nos trajo lo que pedimos y, como forma de pedirnos perdón, nos regaló tres latas de Coca-Cola que costaban más que el propio hielo. Esas cosas no pasan en Norwalk, salvo que lleves una minifalda y el vendedor quiera que acabes la noche en su trastienda.

Y esta aventura está ocurriendo gracias a Mike. De no ser por él, aún estaríamos en Norwalk comenzando el segundo año de una carrera que no nos motivaba en absoluto.

A raíz de nuestro viaje en Fin de Año, a ambos nos entró el gusanillo de volver a Nueva York y rara era la semana que no nos quejáramos de vivir en una ciudad como Norwalk, que es estupenda pero no es lo mismo. A eso hay que sumarle el hecho de que la carrera de Publicidad no era exactamente lo que esperábamos ninguno de los dos. El temario era demasiado amplio y poco concreto, aparte de que tocaba demasiadas ramas y pasaba muy por encima de lo que realmente nos interesaba. Es curioso como Mike y yo somos dos personas totalmente distintas y muy opuestas mentalmente pero, en cambio, respecto a nuestros estudios y nuestro posible futuro laboral, tenemos prácticamente las mismas aspiraciones y sueños.

La cuestión es que, un día antes de que Sussan diera a luz, Alex llegó con la noticia de que le habían ofrecido un trabajo en la Universidad de Nueva York. Aquello fue como un shock para todos y, con la llegada de David al día siguiente, nos olvidamos del asunto durante días. Pero, una vez pasada la euforia del recién nacido, a primeros del mes de julio Alex tuvo que tomar una decisión. Irse o quedarse. Sussan estaba dispuesta a irse con él, evidentemente, y todo parecía indicar que iba a ser la separación definitiva del grupo. Mike llevaba sin dar señales de vida desde hacía un par de días y, cuando por fin apareció, trajo la mejor información que podíamos recibir todos. Había estado buscando en internet y encontró un lugar donde podíamos estudiar él y yo.

Rellenamos mil y un formularios, adjuntamos todo tipo de pruebas, identificaciones, ensayos, resúmenes y trabajos, enviamos las solicitudes justo en el plazo fijo –como viene siendo habitual en mí– y tres semanas después teníamos la confirmación. Nos habían aceptado a ambos en el Miami Ad School de Nueva York. Lugar en el que llevamos ya una semana estudiando Dirección de Arte, o al menos intentándolo. La escuela está en Brooklyn así que lo más cómodo, como le dije a Mike, era vivir en esta zona. Como Alex y Sussan tuvieron que dejar Norwalk desde mediados de agosto, fue ella la que se encargó de recopilar información sobre pisos de alquiler y la que nos confirmó que con el dinero que nos podíamos permitir pagar, nos olvidáramos de Manhattan salvo que quisiéramos vivir en un mini apartamento mugriento y lleno de gatos.

–¿Recuerdas la película ‘Coyote Ugly’? –me dijo Sussan en una de nuestras sesiones de Skype.

–Claro.

–¿Su apartamento?

Me reí.

–Pues los baratos que he visto en el centro son aún peores.

Así que decidimos dejarlo de su mano y en menos de dos semanas nos había conseguido un piso de dos habitaciones en la zona oeste de Brooklyn, cerca del metro y a pocos minutos de la escuela. El casero fue bastante amable y, previo pago de una fianza y un mes por adelantado, no tuvo inconveniente en reservarnos el apartamento un mes más hasta que viniéramos a la ciudad. Mes que, por cierto, se pasó volando entre preparativos varios y lloriqueos de mi madre. Cuando quisimos darnos cuenta, estábamos Mike y yo en un avión rumbo a la gran manzana, con las maletas hasta los topes, sobrepeso a raudales, nervios a flor de piel y la ilusión de comenzar una nueva vida en el mejor lugar del planeta.

Y ahora de nuevo en el metro. En tan sólo una semana he cogido el tren más veces en esta ciudad que en Norwalk en toda mi vida. El abono mensual lo tenemos ya más que amortizado. Por suerte, ha dejado de ser hora punta y podemos ir cómodamente sentados sin señoras corpulentas ni otra clase de incomodidades.

–Me parece increíble que te hayas comprado otro donut –me recrimina Mike–. No hace ni quince minutos que te has comido uno.

–¿Qué quieres que le haga si tengo hambre? –me quejo–. Este cuerpo hay que mantenerlo.

–Lo que vas a mantener es el ritmo de crecimiento de tu barriga.

–¡Bah! –exclamo ignorando sus críticas–. Es sólo un donut.

–¡Pero es que éste incluso es relleno!

–Y yo tengo mucha hambre.

–A estas alturas, deberías estar ya como Adele. No sé dónde lo metes, Ryan.

–Si quieres te puedo decir por dónde lo saco.

–¡Eres un guarro!

Me río y provoco que me chorree parte del relleno de chocolate por el borde del labio. Joder, Mike tiene razón. Soy un poco guarro. Con lo fino y escrupuloso que yo era y en lo que me he convertido.

–Esta ciudad saca lo peor de mí –me río.

–Sí, claro. Ahora la culpa la va a tener la ciudad. ¡Anda! –exclama mientras me pasa el dedo por la boca para limpiarme y lo culmina con un beso.

–¡Vaya! –me sorprendo–. ¿Y esto? Estas cosas no las hacías en Norwalk.

–Hay muchas cosas que no hacía en Norwalk –me guiña un ojo.

–Y besarme en el transporte público era una de ellas. ¿Qué ha cambiado?

–Antes me pediste un beso y te lo he dado. Si no lo quieres me lo devuelves.

–No lo quiero –le digo mientras le doy otro beso como si le estuviera

devolviendo el que me acaba de dar–. No, espera –le doy otro más–. Mejor sí lo quiero.

–No te aproveches.

Unas ocho estaciones de metro después, nos bajamos cerca de Washington Square y caminamos hasta Barrow Street, donde está el apartamento de Alex y Sussan. Parece ser que hemos cambiado de continente porque aquí el sol brilla con fuerza y no hay ni rastro de las amenazantes nubes que nos cubrían en Brooklyn. Le envío un mensaje a Sussan para decirle que estamos llegando.

No damos ni cinco pasos y ya notamos la diferencia. Vivir en Brooklyn es como vivir en Norwalk, en cambio Manhattan es como si formara parte de otro mundo. Ir caminando por cualquier calle con la sensación de estar metido en el rodaje de una película es la norma habitual; de hecho, si te despistas, puede que ocurra en serio. Hace un par de días estábamos en Central Park y nos topamos con el rodaje de no sé qué serie a la que Sussan está enganchada. No tardó ni dos segundos en soltar el cochecito de David y salir corriendo para ver si conseguía tener cerca a alguno de los actores. Monumental fue el chasco que se llevó al comprobar que sólo estaban haciendo pruebas de iluminación y no había famoso alguno.

Según nos acercamos al portal de su apartamento, vemos a Sussan en sujetador asomada a la ventana. Sin mediar palabra tira algo a la calle que hace un ruido metálico al caer. Supongo que serán unas llaves. Mike me mira extrañado.

–¿Por qué está la loca de tu amiga, medio desnuda, tirando cosas por la ventana?

–Parece mentira que aún no la conozcas...

Me agacho a coger lo que nos ha lanzado y, efectivamente, son unas llaves. Justo al mismo tiempo oigo a mi espalda un graznido estridente que viene desde el tercer piso.

–¡El portero eléctrico no funciona! –grita Sussan desde arriba.

–¡Tápate las tetas! –le grita Mike.

–¡Pero cállate! –le grito a Mike–. No arméis un espectáculo.

–¡Yo enseño lo que me da la gana!

–¡Pues enséñanos el...

–¡Mike! –le grito mientras le pongo la mano en la boca–. ¡Vete a vestirte, pervertida! –le grito a Sussan–. ¡Ya subimos!

–¡Vale! ¡Pero deja de gritar! –me replica.

–¡Es que no se te puede sacar a la calle! –culmina Mike, mientras se adentra en el edificio aguantando la risa y dejándome solo en mitad de la acera, mientras dos señoras que pasan por aquí me fulminan con la mirada.

Y al final, como siempre, la culpa es de Ryan. Probamos con las llaves y, para no variar, la que abre es la última. Tres pisos sin ascensor más arriba, Sussan nos está esperando ya con la blusa puesta y la puerta entreabierta. El edificio por dentro es más antiguo de lo que parece por fuera y es cuando

entendemos que Alex se haya podido permitir vivir en esta zona. Claro que, aún así, lo que debe de pagar por el alquiler seguro que sigue siendo bastante más de lo que gastamos Mike y yo. Algún día, entre copas, tendré que preguntarle cuánto le pagan en su nuevo trabajo.

–Chicos, tengo que salir a comprar al supermercado. ¿Podéis cuidar a David?

–No –responde Mike–. Hemos venido hasta aquí para decírtelo. Y ya nos vamos.

Nos damos media vuelta y fingimos que nos marchamos. En ese aspecto, Mike y yo tenemos el mismo sentido del humor sarcástico. De hecho es algo que no terminé de descubrir hasta que empezamos a salir en serio a principios de año. Llegué a comprobar que, cuando éramos sólo amigos, Mike no se comportaba al cien por cien como él de verdad es, porque se sentía, en cierto modo, incómodo con la situación y se pasaba todo el tiempo luchando entre controlar lo que sentía por mí y dejarse llevar para ser tal como era y prescindir de su coraza protectora. En cuanto me tuvo en su mano, empezó a soltarse más y más, lo que provocó que no sólo me gustara físicamente y sintiera atracción sexual y psicológica por él, sino que incluso me caía bien, me hacían gracia sus bromas y conectamos de una forma en la que nunca antes lo había hecho con nadie, ni siquiera con Matt.

–Perdona que no me ría, mi humor se lo comió el gato.

Tras una breve pausa, Sussan mira y señala hacia la ventana. Y ahí lo vemos, de verdad, el gato. Un precioso gato gris y blanco de ojos azules que nos contempla con la cabeza ladeada como preguntándose quiénes somos y qué clase de experimentos vamos a hacer con él.

–¿Te has comprado un gato?

–¿Por qué te sorprende? –me pregunta Sussan–. Siempre he tenido claro que iba a terminar sola y rodeada de gatos; éste es sólo el primero de la colección. Creo que, cuando me muera, será él el que me de el primer bocado y los demás sabrán que ya ha llegado la hora de comerse a mamá.

–¡Cómo te pasas! –le respondo.

Mike se ríe.

–No, en serio. No sé cómo entra. Lo he echado ya siete veces desde que empezamos a vivir aquí y siempre acaba volviendo. Siete. Incluso con las ventanas cerradas se las arregla para colarse. Entra y sale cómo y cuándo le da la gana.

–Mientras no lo hagan las ratas –añade Mike.

–Ya me he acostumbrado, así que lo he adoptado. Alex siempre le está haciendo perrerías cuando está aquí y el gato cae una y otra vez en las mismas trampas. A decir verdad, es bastante tonto y torpe. Es muy despistado e inocentón.

–¿Y qué nombre le has puesto? –pregunto.

–Verónica.

Mike estalla en risas, se cubre la cara y se apoya en la pared mientras da

golpes en el suelo con un pie.

–¡Es broma! –reconoce Sussan–. Pobre gato.

–Y pobre Josh –balbucea Mike intentando coger aire entre risas.

–Eres cruel –le respondo a Sussan, intentando contener la risa.

–Se llama Apple. Ya sabéis, por eso de la gran manzana.

–Qué original –dice Mike con tono sarcástico mientras se seca las lágrimas de tanto reír–. ¿Y si os compráis un perro lo llamarás Broadway?

–No te metas conmigo que te echo al gato –dice Sussan con actitud amenazante–. Apple, ¡arañalo!

Miramos hacia el gato. Permanece de espaldas, lamiéndose una pata e ignorando completamente a Sussan. Se gira y nos mira como preguntándose «¿Eso es a mí?». Vuelve a girarse melosamente y prosigue con su baño.

–¿Os dais cuenta de que somos tres niñatos viviendo solos en Nueva York como si tuviéramos treinta años? –pregunta que dejo caer en el aire cuando me doy cuenta, de buenas a primeras, de quiénes somos, dónde vivimos y lo que estamos haciendo.

Apple maúlla.

–Bueno, ¿entonces me puedo ir? –pregunta Sussan ignorando por completo mi momento filosófico–. No tardaré mucho, tengo que comprar unas cosas aquí al lado. David está durmiendo, si se despierta os aguantáis y lo volvéis a dormir, así vais practicando.

Mike me mira con cara de asustado. Exactamente con la misma cara que tenía el día que lo llevé a casa y se lo presenté a mis padres.

Suena feo decirlo, pero aquel día me recordó mucho a Matt. Caminaba con miedo, despacio, como si estuviera en una cristalería con miedo a destrozarlo todo con cualquier movimiento en falso y apenas levantaba la vista del suelo. Iba como un perrito detrás de mi en todo momento y sólo abría la boca para responder cuando mi madre le preguntaba algo. Mi padre no le hizo mucho caso, sinceramente; se dedicó a estar ahí limitándose a ser educado y, también, a responder cuando alguien le mencionaba.

Tampoco es que me sorprendiera, ya que cuando conocieron a Mike habían pasado sólo cinco meses desde la muerte de Matt y, objetivamente, yo tampoco había vuelto a sacar el tema como para ir normalizando la situación. Mi madre es más como yo. Ella ve a las personas, no lo que son o dejan de ser; se guía por el instinto y las juzga en función a cómo se comportan con ella y lo que le transmiten.

Sobra decir que Mike le encantó y a día de hoy lo quiere muchísimo. De hecho, una gran parte de su tristeza cuando nos fuimos de Norwalk fue por no poder seguir conociendo al chico que me hace tan feliz. Cuando le dijimos que nos mudábamos de ciudad, mi padre lo único que hizo fue preguntarme cuánto dinero necesitaría al mes, seguido del límite que él no iba a sobrepasar porque, si no, dejarían de ser estudios fuera para convertirse en un capricho que no se podía permitir pagar.

–Vete tranquila, pero no traigas más gatos –responde Mike.

18 de junio de 2012

Por fin han acabado las clases y presiento que este va a ser el mejor verano de mi vida. No soporto más tener que fingir algo que no soy, alguien que no soy. Realmente ni siquiera sé quién soy, pero sé que el Matt que veía cada día en clase no es el que siento dentro. Soy una fachada andante con un miedo continuo a que descubran esa parte de mí que no me atrevo a mostrar. Y, a partir de ahora, quiero ser yo de verdad; abrirme a nuevas posibilidades y aventuras sin miedo a lo que opinen de mí. Al menos hasta que termine el verano y tenga que volver a ese instituto que tanto odio.

A veces tengo la sensación de que me estoy perdiendo algo en la vida. No se por qué, pero siento que con la edad que tengo debería haber experimentado ya ciertas cosas que parece que nunca llegan. Veo a mi alrededor como el mundo gira y no se detiene para que me suba, todo vuela a la velocidad de la luz mientras yo sigo por fuera esperando a que ocurra algo que me invite a girar con los demás. No sé si es la falta de amigos de verdad o el hecho de que nunca he tenido novio, cuando parece que hoy en día la norma es haber tenido ya varios antes de ser mayor de edad.

Oigo a diario que sólo soy un crío, que tengo toda la vida por delante y sé que es cierto, pero eso no hace que me sienta menos frustrado. Quiero sentir las cosas que veo en las películas, aunque sólo sea durante un tiempo. Necesito saber que soy capaz de ser querido por alguien en este mundo.

Si me concedieran sólo un deseo ahora mismo, tan sólo pediría no estar tan solo.

# 19
# MENSAJES Y MOJITOS

Algo extraño está ocurriendo en mi vida. Algo que me entretiene y me inquieta por partes iguales. Realmente no es nada del otro mundo, pero que sucedan esta clase de anécdotas cuando uno empieza a habituarse a un nuevo estilo de vida en la ciudad más complicada y excitante del mundo termina por convertirse en un dilema. Y con lo poco que me gusta un drama...

Todo comenzó un mediodía cualquiera de hace un par de semanas, cuando salíamos de clase y nos dirigíamos a Pedro's –un restaurante mexicano que está a la vuelta de la esquina– para almorzar antes de regresar al Miami. Cogí mi bolsa y noté algo diferente. No estaba como la había dejado. Lo sé porque la cremallera estaba medio abierta, cosa que yo nunca haría y menos en un lugar en el que llevaba tan poco tiempo. Al abrirla descubrí una pequeña hoja de papel doblada. En su interior estaba escrito «Hoy estás más guapo que de costumbre» y, según iba leyendo cada palabra, mi cara se iba poniendo más y más roja mientras mis ojos luchaban por levantarse y ojear a mi alrededor para intentar descubrir quién había dejado ese mensaje en mi bolsa. Tuve que entremezclar mis dotes de actor con un extraño juego de manos para evitar que Mike viera la nota o reconociera en mi rostro que algo había pasado.

Para cuando llegamos al mexicano, yo ya me había olvidado del tema y no me hacía falta seguir con el guión. Comimos con prisa y mal un par de burritos y un enorme cuenco de nachos y, justo cuando salíamos, lo vi. Esos ojazos, esa mandíbula marcada y ese tatuaje tailandés en el brazo. Ese chico con aspecto de hombre neoyorquino que vi el primer día de clase y no había vuelto a ver más. La perfección física hecha persona. No sabía su nombre, pero sabía que estudiaba en el Miami Ad School igual que nosotros. Y ahí nos cruzamos. Dos que salíamos y uno que entraba. Una mirada furtiva que duró más por su parte que por la mía. Un escalofrío. El ritmo cardíaco acelerado. Una leve sensación de placer en la entrepierna. Un golpe seco en la nuca. ¡Plas!

–¿Qué haces? –le pregunté a Mike.

–¿Qué hago yo? ¿Qué haces tú?

–¿Yo? ¡Nada! –disimulé con poco éxito–. ¡Me has hecho daño!

–¡Y más que te voy a hacer como vuelvas a babear así por un tío!

–¿Qué tío? ¿Qué hablas?

–¡Anda! –añadió Mike resignado–. ¡Camina!

Y lo curioso es que no sólo tenía razón, sino que, por algún extraño motivo de mi perturbada mente post-adolescente casi-adulta, empecé a crear historias en mi cabeza. Historias irreales que no tenían sentido ni posibilidad de ser reales. Historias en las que aquel mensaje que encontré en mi bolsa lo había escrito aquel chico. Historias de flirteos y roces, de miradas y gestos, de juegos a escondidas, de lo que vienen siendo unos cuernos bien puestos. Bueno, mal puestos. No creo que unos cuernos puedan ponerse nunca bien, salvo que sean los de un elefante y los coloques en lo alto de una chimenea...

Y aún así seguiría estando mal. Mejor unos sintéticos. Ya estoy divagando.

Aquel día fue la primera vez, pero no ha sido la única. Llevamos un mes viviendo en esta ciudad y yo me he pasado la última semana pensando en un chico que ni siquiera conozco. Aunque no creo que conocerlo fuera a legalizar el contenido de algunas de mis fantasías. Al principio fue algo bastante sutil, ya que el hecho de no haberle visto sino una vez hacía que me acordara de él de poco a poco. Pero, desde que recibí el primer mensaje, no he parado de pensar que podrían venir de él. Y hay una parte de mi que así lo desea. No está bien pero tampoco le he dado mucha importancia. Mike me da todo lo que necesito y más, pero no puedo evitar dedicarle alguna mirada despistada cuando lo veo por los pasillos de la escuela. Esa es otra, a raíz de verlo aquel mediodía en Pedro's lo he visto prácticamente a diario. Así no se puede vivir.

En verdad, me siento bastante superficial. Le estoy dando relevancia a un tío sólo porque me gusta la fachada, sin tan siquiera saber si los mensajes los escribe él o no. Y, aunque fuera él, quizás no debería hacer esto. No debería estar pensando en lo que podría o no podría ocurrir con ese chico, aunque sean sólo ideas en mi imaginación que no tengo intención de trasladar al mundo real. Yo ya tengo a mi chico. De hecho, soy de los pocos afortunados que han podido encontrar un gran amor después de perder a otro. Poca gente encuentra el verdadero amor en su vida. Yo lo he encontrado dos veces y ahora estoy a punto de estropearlo por querer aún más. ¿Por qué siempre queremos más? No sólo en el amor, sino en todos los aspectos de la vida. Nunca nos conformamos con lo bueno que tenemos y al final acabamos perdiéndolo todo.

Hace dos veranos llegue a la playa sin expectativas, con muchas dudas, con la incertidumbre de lo que me depararía el futuro, con ganas de despejar mi mente y empezar una nueva etapa. La vida o el destino me puso delante a Matt, me enamoré como se enamoran en las películas, amé como los locos que se suben a lo alto de los coches para gritar a los cuatro vientos que aman, soñé como sueñan los niños perdidos de Nunca Jamás, disfruté como lo hacen las parejas cuando se reencuentran bajo la lluvia en mitad de una tormenta y lloré, lloré como todos y cada uno de esos personajes que se sienten atrapados, humillados y desgraciados por no haber podido mantener su estado de escalofriante felicidad. Pero, como en toda película romántica que se precie, resurgí de entre mis miedos e inseguridades, sobreviví al peor momento de mi vida, salí airoso de la batalla y encontré un nuevo camino a seguir. Un camino que me llevó hasta lo que soy ahora, hasta donde estoy ahora. Un camino fácil, en línea recta, sin complicaciones, limpio y puro. Ahora vuelvo a ser feliz, vuelvo a tener el viento soplando a mi espalda. Ahora vuelvo a amar, vuelvo a soñar, vuelvo a disfrutar. Y por eso estoy seguro de lo que digo, pienso y siento. Tengo claro que soy capaz de tontear con alguien con curiosidad y picaresca sin llegar a hacer nada que no sea apropiado. A veces, mi cabeza no está sincronizada con mi corazón, que es y será siempre de Mike –y él tiene claro que tendrá que convivir ahí dentro con

los recuerdos de Matt–, pero yo soy el que tiene el control. Mi mente es perversa y no juega limpio.

Hoy se ha vuelto a repetir la historia. En un descanso entre clases, el chico guapo se acercó a nosotros y nos invitó a una fiesta de Halloween que celebrarán esta noche en casa de no sé quién en el Upper East Side –la zona de los niños ricos según tengo entendido–. A Mike se le iluminaron los ojos y enseguida dijo que sí, sin tan siquiera preguntarme, así que no me quedó más remedio que aceptar –aunque me apetece muchísimo, todo hay que decirlo–. Una hora después y, tras una visita al servicio, aquí me encuentro, de nuevo en estado de shock con otra nota entre mis manos. «Esta noche de Halloween sí que vamos a disfrutarla. Quiero que seas mío. ¿Truco o trato?». Nuevamente, la he encontrado entre mis cosas y he vuelto a fantasear con que proviene del guaperas de turno. Es más, estoy convencido. Sería demasiada casualidad y, que yo sepa, Mike no ha comentado con nadie que vamos a asistir a esa fiesta, porque nos han pedido discreción ya que, supuestamente, es casi un privilegio que nos hayan invitado. Tiene que ser él. ¡Qué emocionante! Ya me vuelvo a sentir culpable aunque no deba.

Digamos que la noche no ha empezado del todo bien, aunque podría haber sido peor. La cuestión es que cogimos nuestra línea habitual de metro para ir al Upper East Side, pero nos distrajimos y llegamos hasta Jackson Heights, en Queens; por lo que tuvimos que bajarnos del vagón, dar toda la vuelta a la estación y volver a esperar durante quince o veinte minutos a que llegara el otro tren. Todo se habría quedado en una simple anécdota si no hubieran aparecido dos tíos de metro noventa y sudaderas con capucha cubriendo sus cabezas. Nos intimidaron con preguntas extrañas que no terminábamos de entender y tampoco nos daban tiempo de responder, se acercaban demasiado a nosotros y justo cuando uno de ellos se estaba sacando del bolsillo del pantalón lo que parecía una navaja o un cuchillo pequeño, llegó el tren y logramos escabullirnos como si no pasara nada. En mi cabeza ya me había empezado a crear una historia en la que nos seguían y nos agredían en el vagón vacío de vuelta a Manhattan; por suerte había algo de gente y cuando me di la vuelta pude comprobar que no se subían tras nosotros.

Después de bajarnos en la estación correcta en Lexington, hacer trasbordo y caminar unas cuatro manzanas, por fin estamos ya en la calle 77, rumbo a una fiesta de Halloween, sin ningunas ganas de seguir recibiendo sustos y cansados como si hubiéramos corrido una maratón. Sinceramente, estoy por coger un taxi y volver a Brooklyn, pero Mike no parece estar dándole importancia a todo esto y no voy a ser yo el que haga un drama. Por mucho metro que haya en Nueva York, vayas a donde vayas al final siempre hay que caminar. Tampoco es que me moleste, caminar por estas calles es como caminar por una pasarela. En cualquier esquina puede haber una cámara rodando la película de tu propia vida y la emoción de estar pisando el suelo más cotizado del planeta nunca se esfuma. Suena todo muy frívolo y superficial, pero es la verdad y cualquiera que haya estado aquí lo sabe. No

importa cuanto te resistas, Nueva York te atrapa y te consume de tal manera que, en cuanto ves el tercer taxi amarillo –que suele ser en menos de treinta segundos desde que sales a la calle–, ya has caído en su trampa.

Después de un par de minutos, llegamos al 885 de Park Avenue, lugar en el que se realiza la fiesta a la que nos han invitado. Nos encontramos con un edificio imponente, con puertas de acceso de cristal, con un hall iluminado como un campo de fútbol y con un portero que nos pregunta a dónde nos dirigimos. Por un momento me siento como una niña de doce años intentando colarse en el camerino de Justin Bieber.

–Vamos a casa de...

Me doy cuenta de que no tenemos ni idea de cómo se llama el o la que celebra la fiesta. Sólo nos han dicho el sitio.

–Nos han invitado a una fiesta –le dice Mike al portero–. No sabemos cómo se llama el anfitrión.

¿Anfitrión? Sí que se le ha pegado rápido a éste la cultura *snob*.

–Me temo que no les puedo dejar subir si no saben a dónde se dirigen.

–Ellos vienen conmigo. Vamos al piso diez –dice una voz a mi espalda–. Al apartamento de los señores Green. Nos ha invitado Kate.

Cuando me doy la vuelta, me encuentro con él. El guaperas del Miami Ad School, el culpable de mis pensamientos adúlteros, el Diablo neoyorquino. Que no os engañe la película; el Diablo no viste de Prada, sino de Armani Exchange y H&M. Vuelvo a mirar hacia el portero y, con un gesto, nos invita a subir a los tres. Nos acompaña hasta el ascensor y pulsa el botón del piso al que vamos. Nos da las buenas noches y se retira mientras se cierran las puertas. Y aquí nos quedamos los tres. Silencio incómodo, sobre todo por mi parte. He pasado de estar a punto de ser atracado por dos gorilas a estar entre los dos dilemas sentimentales que arañan mis emociones últimamente. Realmente no sé por qué he dicho eso, Mike no es un dilema, el otro casanova sí.

–Se llama como tu madre.

Adiós al silencio.

–Sí –le respondo a Mike–, me he dado cuenta. Tu suegra tiene un nombre muy común.

–Y a todas estas –continúa Mike girándose hacia nuestro “amigo”–. ¿Tú como te llamas? Que esto de mandarnos a la boca del lobo sin saber el nombre de la que organiza la fiesta, ya ha sido fuerte; pero que aún no sepamos el tuyo creo que es incluso peor.

–Leo.

–Ryan –me presento–. Y él es Mike.

–Su novio –añade Mike.

–Sí. Mi novio. Aunque tampoco creo que sea necesario dar ese tipo de información.

–Yo creo que sí –me responde Mike–. Me apetecen unos nachos.

Evidentemente me acaba de hacer una clara referencia al pequeño

incidente de la semana pasada por fuera del restaurante mexicano. Y, como sé que tiene razón –más de la que él piensa–, cierro el pico y me limito a sonreír como un niño bueno que no ha roto un plato en su vida. Llegamos al piso diez y se abren las puertas del ascensor. Nos encontramos con un vestíbulo pequeño con una puerta en cada dirección. Seguimos a Leo, que tiene pinta de saber a dónde va. No puedo evitar mirarle, esperando algún tipo de señal cómplice por su parte. Después de todo, me ha estado enviando mensajes así que ese interés en mí tiene que notarse de alguna forma. La puerta está medio abierta y Leo entra como si fuera su casa. Al otro lado, la madre de todas las fiestas se extiende ante nuestros ojos. Claro que esto no es Norwalk y aquí las fiestas se hacen de otro modo. La única referencia a Halloween que veo a mi alrededor es una calabaza con una vela dentro que está situada en una mesa junto a la entrada.

El apartamento no es tan grande como me esperaba, quizás porque me lo había imaginado como el ático de los Van der Woodsen, de 'Gossip Girl'. Pero, aun así, es tres veces más grande que nuestro piso. Y sobra decir que el mobiliario debe de ser como treinta veces más caro. La afluencia de gente también es menor de la que esperaba. En un rápido y vergonzoso vistazo, atisbo a contar no más de doce personas, de las cuales más de la mitad nos están mirando con cara de preguntarse qué hacen estos dos pringados aquí. Nada más lejos de la realidad, en cuanto damos dos pasos empiezan a cambiar sus rostros, nos sonríen, se acercan a nosotros, se presentan y nos invitan a tomar mojitos. ¡Mojitos! Se me acaban de quitar, de golpe, las ganas de volver a casa. ¡Mojitos! ¡Mojitos! ¡Mojitos! ¿He dicho que hay mojitos?

–Esto parece el previo de una orgía en Eyes Wide Shut –me dice Mike acercándose a mi oído.

–Pues yo me pido al rubio de la americana azul –le respondo.

–Hecho. Yo me lo monto con el resto.

Y entonces me doy cuenta. El resto del que Mike habla son todo chicos. La única chica debe de ser Kate, pero no hay ni rastro de ella. Nos acercamos a la barra donde un camarero nos atiende. ¡Sí! ¡Un camarero! Que se note la clase y el poder adquisitivo. Le pedimos dos mojitos y no nos movemos del sitio. Nos sentimos intimidados ante tanta gente nueva. Además, Leo ha desaparecido.

–Igual esto tiene más pisos y arriba es dónde están los *heteros*. Se habrá ido con ellos.

–¿Los heteros? ¿Te crees que esto es una fiesta por secciones? –le pregunto a Mike–. ¿Y qué te hace pensar que Leo no es gay?

–No lo es.

–Sí lo es.

–¿Y cómo lo sabes?

Silencio incómodo.

–No sé. Tengo ese pálpito.

–Ya, claro. Te voy a decir dónde tienes tú el pálpito –dice Mike abriendo

y cerrando la mano a un par de centímetros de mi bragueta.

Me río y hago lo posible por cambiar de tema. Y la verdad es que no me cuesta. En una fiesta de estas características, en un piso como éste y en una ciudad como esta, sería difícil quedarme sin excusas para hablar de otra cosa. Antes de que Mike pueda decir nada más, ya he enganchado a uno de los desconocidos que pasaba por ahí para que nos ponga al día.

–¿En serio nunca habíais venido a una fiesta así? –nos pregunta al mismo tiempo que negamos con la cabeza.

–Vivimos en Brooklyn, no somos de la realeza –le responde Mike.

–Yo tampoco, vivo en el Village, pero en una zona normal. Bueno, vivía hasta hoy.

–¿Y conoces a toda esta gente? –le pregunto.

–A casi todos, sí. Mira –dice señalando hacia un chico que lleva una pajarita roja–, ese es Óscar. El mandamás de la fiesta.

–¿No es Kate? –pregunta Mike.

–¡Jajaja! ¡No! Kate no existe. Es la contraseña.

–¿La contraseña?

–Claro. Cualquiera que conozca a Óscar puede venir y colarse en la fiesta, así que, cada vez que organiza una, crea una contraseña para que el portero sepa a quién puede dejar pasar.

–Pero, ¿este apartamento es suyo? –pregunto.

–Claro que no. Tiene veinte años. Ni siquiera puede beber legalmente. Su madre estaba forrada, era la dueña de no se qué empresa que tiene las oficinas en Times Square.

–¿Era?

–Sí, por lo visto un día se cansó de todo, le cedió todas sus empresas a su marido y desapareció sin decir a dónde iba. Ahora su padre lleva su propio negocio más todos los de su ausente esposa, así que no viene mucho por casa. Siempre está viajando por Europa o en Japón o el país de turno en el que toque cerrar los negocios.

–O sea, que es un hijo de papá –culmina Mike.

–Básicamente, sí. Y con una madre tarada por lo visto. Pero es muy buen chico. A mi me cae muy bien. Mirad –continúa señalando a otro de los asistentes–, ese es Andrew. Es mi ex, así que sólo os diré que es muy puta. Pero nada más, que no me gusta hablar mal de la gente. Pero es muy puta. Y aquel de allí es Austin, trabaja como bailarín en Broadway, pero no va de estrella. Bueno, un poco sí, pero yo también lo haría si trabajara ahí. Broadway es como lo más, ¿no?

Mike y yo seguimos en silencio, atendiendo a su descripción detallada de todos los invitados. De Austin pasamos a Robert, un compañero suyo del trabajo; Chris, otro niño rico que ni trabaja ni estudia; Justin, estudiante de derecho e hijo de uno de los abogados más aclamados de la ciudad; Mario, el novio secreto de Justin; un tal Greg del que no he oído nada porque estaba pidiéndome otro mojito y otro Ryan, un modelo y relaciones públicas de

metro ochenta y cinco.

–¡Vaya! –exclama Mike–. Parece que me he equivocado de Ryan.

–Me voy a buscar a Leo –le respondo y le guiño un ojo.

–¡Vale, vale! –se arrepiente Mike–. ¡Voy contigo! Que ya llevas más alcohol en el cuerpo del que me gustaría.

–Sólo he tomado dos copas.

–¡En veinte minutos!

Cuando empezamos a movernos para ir en busca de Leo, Mike vuelve a ser el defensor de los nombres desconocidos y se vuelve a repetir una escena parecida a la del ascensor.

–Y a todas estas. ¿Tú quién eres? –le pregunta Mike al chico que nos ha hecho el despliegue informativo de la fiesta.

–Evan.

Sonríe.

–¿Ya está? –pregunta Mike.

–Evan... ¿Encantado? ¿Un placer? ¿Quieres el apellido?

–¿Nos destripas a todos los tíos estos y no nos vas a contar nada sobre ti? Te exijo que te destripes.

–Pues me llamo Evan, tengo veintidós años, trabajo en el Friday's de Union Square, no tengo la pasta que tiene esta gente y mañana me iré a vivir bajo un puente de Central Park.

Mike se ríe. Yo me río. Evan se ríe. Y los tres parecemos idiotas riéndonos de una tontería. Es por culpa de los mojitos, lo sé. Yo es que ya tengo lleno el cupo de infidelidades mentales con Leo, que si no seguro que estaría mirando a Evan con otros ojos. Con ojitos, más bien. Ojitos como los que le pone Mike, pero no voy a ser tan hipócrita de decirle nada cuando yo hago lo mismo con otro. Además, Evan no es que sea un tío de revista pero es muy atractivo. Es moreno, de ojos marrones, con lo que debería ser una barba de tres o cuatro días, pero que apenas se aprecia por su falta de densidad. A pesar de ello, aparenta más edad de la que tiene y desprende cierto aire de seguridad en sí mismo que lo hace aún más deseable. Raro sería que Mike no se fijara en él. Y supongo que es normal. Somos humanos, tenemos derecho a un ligero tonteo o a darle el gusto a los ojos ya que no se lo daremos a otras partes del cuerpo. No quiero caer en eso y acabar siendo el típico novio celoso que no deja que su pareja siquiera mire a un dependiente de Abercrombie & Fitch, que para eso están. Mirar no hace daño a nadie, incluso un punto de deseo también lo considero normal. No podemos permitir ser la única persona del mundo que atraiga sexualmente a nuestras parejas. Eso sería utópico. Lo importante es saber distinguir la atracción del amor y quedarse siempre con lo que más compense. La verdad es que no tengo claro si realmente lo veo como algo natural o si es mi forma de hacerme sentir menos culpable por estar cayendo en el juego de los mensajes de Leo.

En una de las paredes del lujoso apartamento, un gran reloj comienza a dar las doce en punto de la noche. Como si se tratara de una actividad organizada

y ensayada que nadie nos ha explicado, la música se detiene y todos los asistentes salen al balcón.

–¿Qué está pasando? –me pregunta Mike.

–Al final vas a tener razón con lo de Eyes Wide Shut. Esto parece una secta. ¿Qué hay fuera?

Con más expectación que curiosidad, seguimos al grupo hasta la terraza y contemplamos una increíble vista en la que Park Avenue se extiende grandiosa e iluminada hacia cada lado; infinita, exuberante y con una afluencia de coches más propia del mediodía que de la medianoche. De golpe, la luz de la terraza se apaga y nos vemos envueltos en un manto de estrellas –que sería más espectacular si Nueva York no fuera una gran lámpara gigante, todo sea dicho– y un silencio perturbador. Cuando por fin veo a Evan, aprovecho para preguntarle qué está ocurriendo.

–Es la hora de las viejas brujas.

–¿La hora de qué? –pregunto.

–La hora de las viejas brujas.

–¿Van a venir Cher y Madonna? –bromea Mike–. ¡Joder con el alto standing!

–¡A Cher ni me la toques! –se queja Evan sonriendo–. ¿No habéis oído hablar nunca de la hora de las viejas brujas?

Mike y yo negamos sincronizados.

–Cuenta la leyenda que, cada noche de Halloween, las tres brujas más viejas del aquelarre abandonan la cueva donde conviven todas juntas y bajan hasta la ciudad en busca de niños tristes que satisfagan su hambre voraz.

–¿Quién os ha contado esa leyenda? –pregunta Mike indignado–. Eso es un capítulo de 'Los Simpson' en toda regla.

Evan se ríe.

–¿Y por qué niños tristes? –pregunto yo–. ¿No les cundiría más comerse a niños gordos?

–Las brujas se alimentan del dolor y los malos sentimientos. Cuánto más triste esté el niño, más saciada quedará la bruja. Y la leyenda dice que al dar la media noche, cada treinta y uno de octubre de cada año, es posible ver la sombra de las tres brujas revolotear por el cielo en busca de sus presas. Y aquí estamos, asomados a ver si vemos algo.

–¿Pero qué clase de droga os metéis aquí? –pregunta Mike.

No puedo evitar reírme con él. Está gente está mal de la cabeza.

–¿Me estás diciendo que, en mitad de la noche, un grupo de maricas varias se asoma al balcón para ver pasar a tres señoras que vienen a llevarse a los hijos desgraciados de los ricos? –continúa Mike mientras yo sigo riéndome.

–Es una forma de resumirlo, sí –responde Evan siguiéndole la broma–. Ahora en serio, es por hacer la gracia y darle un punto místico a la fiesta.

–Habría sido mejor traer a Freddy –añado.

–¿Krueger o Mercury? –pregunta Mike–. Porque jugar a la ouija y que se aparezca Freddy Mercury cantando Bohemian Rhapsody sí que le daría un

punto místico a esta fiesta.

–Eso le daría un punto aún más gay, más bien –puntualiza Evan.

–Pues entonces que venga también Elton John, que también es vieja y bruja.

Nos reímos a carcajadas y justo en ese momento se reanuda la música en el interior y vuelve la luz a la terraza.

–¡Vaya! –exclama Mike–. ¡Ya han pasado las brujas y no las hemos visto!

Media hora después y tras haber tratado de sociabilizar con la mayoría de los asistentes a la fiesta, incluido Leo, nos encontramos bailando Work Bitch en mitad de un salón de diseño con Evan y su ex novio Andrew. Nunca antes había estado en una fiesta tan estereotipada, pero una vez al año no hace daño. A nuestra espalda, uno de los chicos –como si hubiera chicas por aquí– termina de beberse a morro una botella de vino blanco. Sin ninguna clase, debo mencionar. Por un momento me he sentido de vuelta en Brooklyn.

–¡Botella! –grita cuando ha terminado, intentando hacerse oír por encima de la música–. ¡Vamos! ¡A jugar!

–No me lo puedo creer –me dice Mike.

–¿Hemos vuelto al instituto? –pregunto yo. Más estereotipos.

–¡Venga, abuelos! –nos dice Evan–. Será divertido.

Y no sé si serán los mojitos o pensar en la posibilidad de que me toque con Leo, pero me descubro a mi mismo sentándome en el círculo antes siquiera de consultar con Mike si debemos jugar o no. Presiento que mañana me va a caer una buena charla. Mike se sienta a mi lado y, a decir verdad, tampoco aparenta estar muy disgustado. Lo cual creo que me disgusta a mí.

–Más te vale que la botella apunte a mí cuando te toque –le digo.

–Lo mismo te digo, Mister Mojitos.

–¡Sólo llevo cuatro!

–Llevas cinco.

–Éste no cuenta, aún voy por la mitad. Y tú también llevas unos cuantos.

–Yo llevo seis –se ríe–. Pero sabes que lo aguanto mejor que tú. Y también cene más.

Me río con él y apoyo mi cabeza en su regazo, si no fuera por lo mucho que le quiero se lo vendía a los chinos de China Town. Da igual cuantos Leos o Evans se pongan delante, Mike es mi Mike, mi niño, mi amor, mi vida, el aire que respiro y el impulso que me mueve cada día. Me encanta su forma de ser, su sarcasmo, su chulería, la forma que tiene siempre de hacerme rabiar por cosas que él hace peor, sus buenos días por la mañana y las noches en vela que pasamos cuando nuestros insomnios se sincronizan. Tengo claro que lo de Leo es sólo un tonteo pasajero, un entretenimiento curioso que ha surgido ahora por la novedad de la ciudad y que olvidaré antes de darme cuenta. No me veo capaz de serle infiel a Mike. No creo que pudiera. Él me da todo lo que me hace falta y Nueva York me da el resto.

–¡Ryan! ¡Te toca!

Salgo de mis pensamientos y me doy cuenta de que, no sólo ya han

empezado a jugar, sino que ya ha pasado casi una ronda entera y es mi turno. No me he enterado de nada. Tiemblo. Cojo la botella de vino y miro a Mike. Sus ojos lo dicen todo. Está arrepentido de haberse sentado en este círculo, de haber venido a la fiesta e incluso de haber cogido el metro. Seguro que está pensando que el casi atraco en Queens era una señal para que nos fuéramos a casa. O quizás es lo que sigo pensando yo ahora que me veo metido en este fregado. Miro a mi alrededor y al otro lado del círculo veo a Leo mirándome con ojos pícaros. A su lado, Evan está mirando fijamente a Mike, seguro que preocupado por la reacción que podamos tener. Aunque, ahora que lo pienso, no le hemos dicho en ningún momento que seamos pareja. Mike me da un codazo para que le de vueltas a la botella de una vez. Venga, Ryan. Acaba con esto y que pase lo que tenga que pasar. Intento enviar toda la energía de mi cuerpo hacia la botella para transmitirle que debe detenerse en Mike. O en su defecto, en Leo. Tonto no soy.

Un giro. Dos giros. Tres giros. Cuatro giros. Me estoy mareando. No quiero ni puedo seguir mirando. Me tapo la cara con las manos. Oigo gritos a mi alrededor. Típicos aullidos adolescentes aunque aquí seamos todos mayores de dieciocho. Seguro que me ha tocado Andrew, el que es muy puta. Y el enfado de Mike va a ser brutal. Ryan va a besar a la puta y Mike se va a vengar en cuanto pueda. Lo tengo claro. Por favor, la puta no, la puta no. Retiro las manos de mi rostro y abro los ojos lentamente. La botella apunta a Mike.

–¡Venga! ¡Besaos! –dice el de la pajarita roja.

–Venga, aunque no te guste, hazlo y quítatelo de encima –me dice el que tengo sentado a mi derecha.

¿Perdona? ¿De qué va éste? ¿Cómo no me va a gustar Mike? Aunque no fuera mi novio, ¿no le ha visto? Si no puede ser más guapo. Miro a Mike y noto que su mirada ha cambiado por completo. Es evidente que se ha relajado y está esperando uno de tantos besos que ya nos hemos dado antes. Me acerco a él y le doy un tímido beso en los labios, sabor a lima y hierbabuena. Cuando empieza a retirarse, recuerdo la tontería que me acaba de decir el imbécil que tengo al otro lado, así que sujeto la cabeza de Mike por la nuca suavemente, inclino mi cabeza y sigo besándolo de una forma mucho más pasional y poco amistosa. Nuestros labios se funden durante unos segundos que parecen horas al tiempo que el corrillo nos grita y silba, seguramente pensando que nos hemos dejado llevar por el alcohol. No sé si es el momento, el lugar, la magia de la ciudad o lo que he bebido, pero me siento especial, me siento bien y a gusto y este beso está siendo de los mejores que recuerdo. Cuando separo mis labios de los suyos, me quedo mirándole a los ojos y vuelvo a darle otro pequeño beso como el de hace un momento.

–Te quiero –le digo.

Mike me sonríe y un segundo después vuelve a centrar su atención en la botella mientras yo me quedo esperando una respuesta que nunca llega.

–Yo también– me digo a mi mismo en voz baja.

Mike sujeta la botella y la hace girar. Un giro. Dos giros. Tres gir... Me vuelvo a marear. No aprendo. Me sorprendo a mí mismo deseando que no le toque Leo. Cuando por fin se detiene, la botella apunta a Evan.

–¡Joder! –se me escapa en voz alta.

Nadie parece haberle dado importancia. Mike me mira con cara de circunstancia y le animo, en contra de lo que pienso, a besar a Evan. Después de todo, nos hemos prestado a esto y ahora toca afrontarlo. Mientras veo como Mike y Evan gatean hacia el centro del círculo, me levanto y me acerco a la improvisada barra para pedir otro mojito. Creo que ya van seis y mi mareo va en aumento, pero no me apetece nada ver a mi novio darle un beso a otro chico. Claro que, antes lo digo, antes siento el impulso de girarme para verlo. Y ahí están, en mitad del círculo, dándose un beso que provoca en mi pecho un vuelco desagradable. Instantáneamente, me viene a la mente una imagen de hace justo un año. Esa imagen de Mike, disfrazado de Puzzle, abrazando a un desconocido en el baño de la casa de Robert. Y vuelvo a sentir los mismos celos y la misma decepción de aquel día. El beso parece no terminar nunca y juraría que Mike incluso ha cerrado los ojos. Me bebo casi medio mojito de un sorbo y vuelvo al círculo. Me siento junto a Mike y vuelvo a apoyar mi cabeza en su regazo buscando consuelo.

–Lo siento –me dice.

–Yo también –aunque no tengo claro qué es lo que siento realmente. En verdad, por no sentir, no siento ni los párpados.

10 de julio de 2012

Acabo de llegar a este pueblucho y ya casi me meto en un lío. Anoche estaba con John y otros amigos en la playa, bebiendo y armando ruido cuando ha aparecido la policía. Alguien se había quejado y vinieron prácticamente a detenernos. Menos mal que no vieron el alcohol y simplemente nos obligaron a desalojar la playa para no molestar a los vecinos chivatos. Llegan a pillarnos bebiendo y mis tíos me habrían castigado de por vida. Incluso los veo capaces de enviarme de vuelta a Norwalk a pasar el verano trabajando con mis padres.

Por si eso no fuera suficiente vergüenza, hoy en la playa me han retado a ligar con un chico en el agua. Casi me desmayo de la presión. He tenido que hacerlo porque si me negaba igual sospechaban que me gustan los chicos de verdad y ahora no estoy como para ir

perdiendo amigos. Lo más incómodo fue que, al tener a ese chico delante, me gustó de verdad. Quise echarme atrás y al final quedé como un auténtico imbécil. No sé si él será gay o no, pero si lo es dudo mucho que se haya interesado por mí viendo mi actitud infantil. Vaya forma de estrenar el verano.

Esta noche vamos a volver a la playa a beber y no me apetece nada. No me cae bien esta gente, pero es la única que tengo. Cuando estoy con ellos sólo cuento los minutos para que el alcohol me haga efecto y pueda pasármelo bien sin pensar en lo gilipollas que son o lo amargado que me siento yo en verdad.

# 20
# TRES SON MULTITUD

Abro los ojos. Los cierro.

Vuelvo a abrir los ojos. La luz es distinta. Levanto la cabeza de la almohada. No reconozco el lugar. Vuelvo a cerrar los ojos.

Abro los ojos por tercera vez y por fin consigo incorporarme. No tengo ni idea de dónde estoy, pero Mike está a mi lado así que mantengo la calma. Lentamente me levanto y me siento al borde de la cama. Siento como si me fuera a estallar la cabeza. Necesito ir al baño. Me levanto de la cama, salgo de la habitación y me encuentro en mitad de los restos de una fiesta. ¿Cuándo decidimos quedarnos a dormir?

La cera consumida está ya seca en mitad de la calabaza. El sol entra por las ventanas y en lo alto de una pared un reloj marca las doce y cuarto de la mañana. Sigo caminando por la sala, intimidado por lo extraño de la situación y porque no tengo ni idea de dónde está la mitad de mi ropa. Ando en vaqueros por el apartamento, con miedo de que en cualquier momento aparezca alguien y tenga que dar explicaciones que desconozco. ¿Dónde está el baño? Abro una puerta y descubro otra habitación donde alguien está roncando. Abro la siguiente que me encuentro y veo a Andrew durmiendo bocabajo desnudo con alguien a su lado que no consigo distinguir. Pues sí que era muy puta, sí. ¿Sería Evan? La curiosidad me puede. Vuelvo a abrir la puerta e intento fijarme en el otro chico, es rubio así que supongo que será el otro Ryan. Puta pero con buen gusto. Al menos uno de los dos Ryan ha triunfado.

–¿Qué haces? –me pregunta Mike a mi espalda.

Me giro sorprendido y lo veo en la puerta de la habitación en la que estábamos durmiendo, en calzoncillos, rascándose la espalda y bostezando mientras espera mi respuesta. Con semejantes vistas, se me ocurren mil cosas para hacer menos la que realmente necesito en este momento.

–Busco el baño.

–Está allí –responde Mike señalando la única puerta que no había mirado aún.

–¿Tanto dinero, tanto Park Avenue y sólo tienen un puto baño?

–No sé. Igual las otras habitaciones tienen baño propio. O hay más arriba –dice señalando hacia una escalera.

¿Por qué no recuerdo haber visto esa escalera anoche? Mejor dicho, ¿por qué no recuerdo cómo hemos acabado durmiendo aquí? Hago memoria y lo último que me viene a la cabeza es el beso de Evan y Mike. ¡Joder! Espero que lo de la orgía se haya quedado en una broma de mi novio. Rugen mis tripas y corro hacia el baño. De camino me detengo delante de Mike y le doy un beso.

–Buenos días, guapo.

Al salir del baño, me encuentro de frente al otro Ryan, en calzoncillos, y antes de que la mirada se me desvíe a otras zonas de su cuerpo que no son la

cara, distingo a Mike unos metros más atrás mirándome con cara de desaprobación, sabiendo que al toparme con semejante monumento no iba a poder evitar mirar más de la cuenta.

–Buenos días, Ryan.

–Buenos días, Ryan.

–Ryan, ven aquí y ayúdame a buscar tu camiseta –añade Mike.

–No te pongas celoso, que a mí me gustas tú –le respondo.

–Sí, pero a él no sé quién le gusta y cuánto menos tiempo andes por ahí enseñando ese cuerpo que me pertenece, mejor.

–¿Lo ves? Celoso.

–Camiseta. Ya.

–Camiseta. Ya –repito burlándome de él y poniendo muecas –. ¡Pero si no sé dónde está! No recuerdo habérmela quitado. ¡Tú sabrás qué hiciste conmigo anoche y dónde la dejaste, bandido!

Mike se ríe y me comenta que no hicimos nada. Después de un rato buscando, la encontramos debajo de la cama en la que dormimos. Otro rato después, encontramos mis deportivas en la terraza. ¿Cómo han ido a parar ahí? Ni que me olieran los pies. Habrán sido las brujas.

Poco a poco van saliendo de sus madrigueras el resto de los chicos que se quedaron a dormir, pero ni rastro de Óscar. No sé cómo es capaz de dejar a unos cuantos desconocidos en su piso de lujo y largarse sin más. Podríamos saquearle el salón y no habría nadie para detenernos. Yo que pensaba que nos darían de desayunar y lo único que queda a la vista es alcohol, refrescos y dos tartas derretidas y calientes, blandas como si fueran nata montada. Mejor volver a casa.

Hace una hora que nos fuimos del apartamento de Óscar y aún no hemos llegado al nuestro. Mi mareo y dolor de cabeza es tan grande que no he sido capaz de bajar al metro. Necesito caminar recto y que me de el aire, así que hemos comprado dos cafés en un Starbucks que Mike recordaba haber visto anoche a la vuelta de la esquina y estamos volviendo a casa caminando. Bueno, eso dice Mike. Yo tengo claro que, como mucho, cuando lleguemos a Bryant Park me van a doler más los pies que la cabeza y me resignaré a bajar al metro. Y para eso sólo faltan un par de manzanas. También empiezo a pensar que el café no ha sido buena idea. Cuanto más me espabilo, más consciente soy de lo mucho que me duele la barriga.

Entre caminatas y trenes, llegamos a nuestra calle a las dos de la tarde. El dolor de cabeza se me ha pasado, pero tal y como esperaba, el café ha hecho que necesite ir al baño de nuevo. Por el camino, Mike me ha contado que anoche, en mitad del juego de la botella, me quedé frito en su regazo de todo el alcohol que había bebido. Óscar le ofreció una habitación y me dejó allí durmiendo tras quitarme la camiseta y las deportivas. Él continuó en la fiesta, que duró un par de horas más. Cuando estaba acabando, Mike vino a la cama conmigo y no tiene ni idea de qué pasó con los demás.

Al llegar a nuestro edificio, me sorprendo al ver una cara conocida.

–¿Dónde estabais?

¿Qué hace Evan aquí? No. Espera. ¿Qué hace Evan aquí con una bolsa de deportes enorme llena de cosas? Mi cara lo dice todo y Mike debe de haberse dado cuenta porque enseguida justifica la situación.

–¿Tampoco te acuerdas? –me pregunta–. Evan buscaba piso.

–Sí que me acuerdo, pero pensaba que lo de irte a vivir a un puente era una broma.

–Lo era, pero sí me quedaba sin piso. Iba a irme a casa de Andrew unos días, pero Mike me dijo que tenéis una habitación libre en vuestro apartamento.

–Así es. ¿Y por qué no me acuerdo de eso? –le pregunto a Mike.

–Bueno... Eso se lo dije cuando tú ya estabas durmiendo. Así repartimos más los gastos. ¿Te parece bien?

No sé si me parece bien. ¿Evan viviendo con nosotros? No sé si es buena idea.

–Esto no es buena idea –dice Sussan mientras saca del microondas un biberón.

–Igual no es para tanto –le respondo–. Lo del beso fue un juego y, de resto, creo que a Evan le ha quedado claro que Mike y yo estamos juntos. Y si no lo tiene claro aún, ahora cuando vuelvan se lo haré saber.

Hace un rato que Mike y Evan se han ido a su antiguo piso a buscar el resto de sus cosas, así no tenía que hacer él solo tantos viajes. Justo cuando se iban, ha llegado Sussan con David y le he estado contando todo lo que pasó anoche en la fiesta, o por lo menos todo lo que recuerdo. Y le ha faltado tiempo para cogerle manía a Evan. Casi más que yo, aunque no deberíamos ninguno de los dos, porque apenas le conocemos y puede que sea buena persona a pesar de las situaciones raras que vivimos ayer. Realmente tampoco estoy seguro de que todo lo que tengo en la mente haya ocurrido de verdad. No me he atrevido a mencionarle a Mike lo de su beso con Evan porque no me apetecía discutir con el dolor de cabeza que tenía. ¿Realmente pasó o fue una especie de mecanismo malévolo de mi subconsciente para hacerme ver lo que le dolería a Mike lo que yo estoy haciendo con Leo? ¿Fue un simple beso o realmente había algo más?

Sussan está ocupada dando de comer a David y bastante se estresa cada vez que el bebé no quiere comer, como para encima ir yo a preguntarle si cree que todo lo que le acabo de contar ha sido real o un mal sueño provocado por los mojitos. Cojo mi móvil y me apresuro a buscar algún tipo de documento gráfico que acredite la escena. No tengo claro de qué espero encontrar, pero quizás haya alguna foto de los momentos previos al juego que me ayuden a comprender qué pasó realmente. Nada. La última foto que hay en el iPhone es una en la que salimos Mike, Evan y yo y fue tomada en torno al cuarto mojito así que aún ni siquiera habían abierto la botella de vino que luego se usó en el juego. Será cuestión de preguntarle a Mike.

–Éste ya ha comido y se ha dormido. ¿Nos vamos de paseo? –me pregunta

Sussan.

–¿Éste? Vaya forma de tratar a tu hijo –me río.

–Precisamente porque es mi hijo, hay confianza. No se va a enfadar.

–¿Y quién lo cuida?

–Nosotros. Paseo con el cochecito de David, evidentemente, no pensarás que pretendía llevarte a la Quinta Avenida.

–Pues no te lo creerás, pero desde que llegamos sólo hemos ido una vez. No sé como lo hacemos, pero cada vez que vamos al centro no pasamos del Village y, cuando lo hacemos, siempre andamos por Lexington o Park Avenue.

–Vamos, que la única vez fue cuando llegasteis de Norwalk y os llevé de turismo neoyorquino.

–Eso es. Bueno, esta mañana la atravesamos para llegar al Bryant.

–Ver para creer.

No creo que sea tan raro. Llegamos a Nueva York prácticamente con el tiempo justo para instalarnos en el piso, habituarnos al metro, localizar la escuela y otros lugares importantes y empezar las clases. Y creo que ya he dicho que esto de vivir en Brooklyn da pereza a la hora de coger el metro. Ni siquiera hemos subido al Empire State, ni hemos ido a la estatua de la Libertad. De todos modos, no hay prisa. Pienso estar en esa ciudad mucho tiempo así que ya iré visitando sitios poco a poco; quiero saborearla despacio, disfrutarla lentamente y llevarme sorpresas cada día.

No llevábamos ni cinco minutos de paseo cuando pude comprobar que Sussan me había embaucado en una de sus caminatas interminables para terminar de bajar el peso que cogió cuando estuvo embarazada. Hemos salido de casa, llegado hasta nuestra estación de metro habitual y luego hemos seguido andando sin tener mucha idea de hacia dónde nos dirigíamos. Después de dos avenidas he mirado hacia el horizonte y lo he visto: el puente de Brooklyn. Y lo peor es que hemos seguido caminando, más que nada porque a mí también me viene bien para terminar de eliminar el alcohol de anoche y que se me pase esta asquerosa resaca.

Esto del puente es curioso. Uno lo ve en televisión y piensa que es un simple puente, un cruce por encima del río. Y no, que no os engañe nadie. El puente es mucho más que eso. Empieza como a medio kilómetro de la orilla del río y empiezas a caminar y caminar y caminar... Y cuando ya se te empieza a hacer interminable, te asomas por un lateral y descubres que aún hay suelo bajo tus pies y no has empezado a cruzar el río todavía. El lado de Manhattan es más corto y no engaña tanto, pero lo de Brooklyn es toda una odisea. Genial para los turistas que se sacan fotos a mitad del puente y vuelven a Manhattan, pero un auténtico incordio para los que viven al otro lado y tienen que cruzarlo a diario. Bendito metro.

–A ver, Ryan, no me malinterpretes –dice Sussan, retomando el tema que dejamos a medias cuando empezamos a cruzar el puente–. No conozco a Evan y es posible que sea buen chico, pero ese es precisamente el problema. No le

conocéis.

–Pero mucha gente comparte piso con desconocidos y no pasa nada.

–Claro, pero no son parejas compartiendo pisos con chulazos.

–Evan no es un chulazo.

–Sí lo es. A mi se me han caído las bragas cuando le he visto al llegar a tu apartamento.

–Tú llevas con las bragas caídas mucho tiempo, no cuenta.

–Pasaré por alto el hecho de que me acabas de llamar fresca o algo parecido, para decirte que da igual que no sea un modelo de pasarela. El chico tiene su encanto. Y que dos gays que son pareja compartan piso con un tercero que está de muy buen ver, lo mires como lo mires, no es buena idea.

–Pero no va a pasar nada. Yo quiero a Mike y él me quiere a mí.

–¿Te estás oyendo? Hace dos horas me estabas diciendo que te hervía la sangre porque esos dos se habían dado un beso de nada jugando a la botella. ¿Pretendes que me crea que te da igual? Ryan, mi amor, mi vida, mi luz en la oscuridad... No me cuentes cuentos, que en casa tengo una estantería llena. Tú estás igual de preocupado que yo –continúa Sussan mientras rebusca en su bolso– pero no quieres reconocerlo porque sería como reconocer que crees en la posibilidad de que Mike te ponga los cuernos. Y eso te asusta más que bañarte en la playa de noche.

Sussan se acerca el teléfono al oído y empieza a hablar.

–Estoy con Ryan... Sí... Sí... Comió hace rato y ahora esta dormido –se asoma al cochecito para ver a David–. Estaba. Ahora me mira con ojitos tiernos. Está tramando algo, seguro. Dime... ¿Qué? En el puente... El de Brooklyn, ¿cuál va a ser? Pues más allá de la mitad. ¿Nos encontramos? Vale, perfecto. Hasta ahora, cariño.

–Supongo que era Alex.

–No, es un cubano que me viene a dar placer los sábados.

–Pues hoy es viernes. ¿Y tú por qué estás tan salida últimamente?

–No sé. Será la ciudad que me recuerda a la Samantha Jones que podría haber sido y nunca seré. O será que Alex trabaja y trabaja y, cuando no trabaja, duerme o cuida de David.

–O sea, que no...

–Sí, pero no tanto como quisiera. O más bien, no tanto como esta ciudad me invita a realizar.

–Ahora Nueva York va a tener la culpa de que seas una fresca.

–Ya van dos. ¡Camina!

Cuando nos faltan cien metros para salir del puente, nos encontramos con Alex y Sussan no tarda en pasarle el control del cochecito de David. Nos cuenta que estaba por la zona y se dirigía a coger el metro para volver a casa. El bebé empieza a llorar y Sussan cae en la cuenta de que le toca comer otra vez, pero no ha traído más leche y tampoco tiene dónde calentarla. Alex se ofrece a volver a su apartamento con David así que Sussan opta por quedarse conmigo un rato más.

Justo cuando Alex se da media vuelta, Sussan empieza a mirarme con una cara extraña. Sin decir nada, camina hacia una papelera cercana, se alonga en su interior y empieza a vomitar. Me acerco para ayudarla, sujetándole el pelo como toda amiga, o amigo gay, haría en esta situación.

–¡Ay, Ryan! –exclama.

–¿Estás bien?

–No sé. Esto me suena tanto.

–¿Qué has comido?

–Nada raro que yo sepa. Pero no es normal. Hace ya horas que comí por última vez.

Empiezo a comprender las opciones que baraja Sussan.

–¿Crees que...?

–¡No! –me interrumpe–. Ni lo digas.

–¿Pero lo crees?

–No lo sé. Con todo esto de mudarnos a Nueva York, el trabajo de Alex, el niño y demás, no he tenido tiempo para estar controlándome. No tengo ni idea de si la última regla me vino hace un mes o hace dos semanas.

–¿Y si estuvieras...?

–¡Que no! Ni lo digas. Otro hijo ahora no sería nada oportuno. En serio. ¿Cómo podría? Ya voy justa con uno, como para tener que criar y mantener a dos. No, no, no.

–Bueno, en esto ya tenemos experiencia. Así que vamos, otra vez. Prueba, meadita y a esperar. Volvamos a Brooklyn.

–¿Estás loco? Mi apartamento está más cerca.

–Ah, bueno. Vale, sí. Tienes razón. Vamos a tu casa y le decimos a Alex que es posible que te haya vuelto a dejar preñada. ¿O habrá sido el cubano?

–Imbécil. Venga, vamos.

–¿A dónde?

–A tu casa.

Ubiquémonos doce meses atrás. Una tarde, estábamos Sussan, Mike y yo en un Starbucks, reunidos en torno a una prueba de embarazo, esperando a que ella levantara las manos de encima y supiéramos si llevaba o no sorpresa dentro. Ahora cambiemos el Starbucks por un piso neoyorquino. Listo. Es exactamente la misma situación que estamos viviendo. Sólo que esta vez Sussan está tardando bastante más en decidirse a mirar el resultado.

Tras comprar el dichoso aparato, hemos vuelto al piso y Mike ya había regresado. Trajo consigo algunas cosas de Evan, pero éste se había vuelto a marchar para coger lo que faltaba. Cuando llegamos, lo hemos visto guardando la ropa de Evan en el armario de la otra habitación y me ha extrañado bastante. No sé, igual son cosas mías, pero creo que eso debería hacerlo Evan, no alguien que lo ha conocido la noche anterior, ¿no? En fin, he preferido no entrar en ese tema para no auto-alimentar mis propios miedos sobre Mike y su fidelidad hacia mí. Me doy cuenta de que precisamente en ese armario tengo escondido el diario de Matt, tengo que buscarle otro escondite

antes de que alguien lo encuentre.

–¿Qué vas a hacer si sale positivo? –le pregunta Evan a Sussan.

–Ya sé lo que piensas, pero no puedo tenerlo. Esta vez sí que no.

–Es tu vida y tu cuerpo, pero te digo lo mismo que el año pasado. Antes de hacer nada, Alex tiene que saberlo.

–Claro que sí. No es la misma situación. No soy una universitaria que se ha quedado embarazada de su profesor, soy una madre fabulosa y neoyorquina de adopción que quizás se ha quedado embaraza de su novio.

–Es curioso –añado.

–¿El qué? –preguntan los dos al unísono.

–Que cuando la situación era super chunga y avergonzante, tuviste el bebé y ahora que todo es genial y socialmente aceptable, quieres echarte atrás.

–No es que quiera, es que tengo que hacerlo. Y, por favor, no entremos en este debate de nuevo.

–No sé por qué te molestas en decir que no lo vas a tener –continúa Mike–. Aquí todos sabemos que, si cuando levantes esas manos descubres que estás embarazada, en cuanto llegues a casa y mires a David tendrás claro que a éste también lo vas a tener.

–No sé por qué estás tan seguro –se queja Sussan–. No me conoces si piensas eso.

–Estoy seguro porque estuviste a punto de abortar hace un año. Y ahora ves a tu hijo y se te cae el alma al suelo al pensar que estuviste a punto de renunciar a él. ¿Me equivoco? Es más que evidente que tener un segundo bebé sería duro, pero más duro aún será no tenerlo y acordarte a diario cada vez que le veas la cara a David.

–Pues parece que sí te conoce bastante bien –añado.

Nos quedamos los tres en silencio. Sussan mira hacia la mesa. Luego levanta la vista para mirarnos a nosotros dos. Levanta las manos lentamente.

–Negativo.

Sussan mira hacia abajo y comprueba por sí misma el resultado.

–Menos mal –suspira.

Vueltas y más vueltas en la cama. Estoy muy cansado pero no consigo dormir. A mi lado, Mike me da la espalda, respira lentamente y casi puedo percibir sus propios sueños. Mientras tanto, yo me he aprendido de memoria el número de vigas que hay en el techo de la habitación. A lo lejos, oigo el murmullo de Evan hablando por teléfono. Son tantas cosas que no me extraña nada no poder dormir. El susto de Sussan, la llegada de Evan, mis tentaciones con Leo y mi gran duda sobre lo que ocurrió o no en la fiesta. De todas esas cosas, de momento sólo hay una que tiene fácil solución.

–Mike... Mike... ¿Estás despierto?

–... ¿Por qué todo el mundo hace esa pregunta después de despertar a alguien? –se queja entre bostezos–. Claro que estoy despierto, me acabas de despertar.

–Lo siento. Sigue durmiendo.

–¿Qué te pasa?

–No es nada. Mañana te pregunto.

–Te conozco... ¿Qué pasa?

–Es sobre la fiesta...

–Sí, Ryan, sí.

–Sí, ¿qué?

–Que sí pasó.

–¿Qué pasó?

–El beso con Evan. Fue más largo de lo que debería haber sido. ¿No estarás celoso?

–Un poco.

Mike da media vuelta para colocarse frente a mi.

–¿Tú eres tonto?

Me quedo en silencio.

–Yo estoy contigo.

–Ya, pero...

–Y te recuerdo que yo no quería jugar. Fuiste tu, poseído por los mojitos, el que me arrastró a eso.

–De eso no me acuerdo –miento. Aunque no del todo, porque recuerdo perfectamente que no le costó lo más mínimo sentarse a jugar con todos los demás.

–No pasó nada. Yo también había bebido y me puse a pensar en cosas, de ahí que el beso durara tanto. Te aseguro que no estaba disfrutando. Evan es un amigo nada más. Bueno, ni eso. Es un conocido y ahora compañero de piso. Llama a tu padre y pregúntale qué le parece que ahora tenga que enviarte menos dinero para vivir aquí. Seguro que estará de acuerdo.

En el fondo tiene razón y quizás me he obsesionado demasiado por una tontería sin importancia. Intentaré no pensar en ello nunca más. Que yo me esté creando fantasías con otro no significa que a Mike vaya a pasarle lo mismo. Ni siquiera sé qué me pasa a mí, como para estar dándole vueltas a lo que puede estar pensando él.

–Vale. Buenas noches.

–Buenas noches, Ryan.

–Te quiero.

–Hasta mañana, tontorrón.

¿Por qué últimamente no me responde cuando le digo que le quiero? Da igual, Ryan. No te obsesiones de nuevo con eso. Seguro que son coincidencias. Mañana será otro día.

12 de julio de 2012

Ha ocurrido algo impresionante. Increíble. He conocido al chico de la playa. El de la apuesta. Es decir, el chico al que tuve que decirle que me gustaba cuando John y los demás me retaron. Pues lo he

conocido finalmente.

Pasé la noche en su casa y la verdad es que fue bastante emocionante. Nunca me había sentido así. Sentía miedo y fascinación al mismo tiempo. Era como estar viviendo una película. No sé cómo explicarlo. Me ha eclipsado. Sólo lo he visto dos veces pero no puedo evitar sentir algo por el. ¿Es pronto? Tengo tantas ganas de amar que se me salen solas sin poderlo controlar.

Hoy incluso tuve la oportunidad perfecta para besarlo, pero no me he atrevido. Ni siquiera sé si él siente algo por mí y me da miedo enamorarme para acabar sufriendo. Qué complicado es todo, pero qué emocionante al mismo tiempo.

Yo sólo quiero sentirme querido, tener alguien a mi lado en quién confiar y apoyarme cuando me hiciera falta. Sólo quiero tener un amigo que vaya más allá y me dé lo que mi corazón a veces necesita. No sé. Bastante mal lo he pasado ya. He tenido que dejar la natación para no poner en riesgo mi vida, he dejado de hacer muchas cosas por esta mierda de enfermedad. Creo que me merezco ser compensado y que se cumpla alguna de las cosas que pido. No merezco pasarlo mal con esto también. Espero no equivocarme siguiendo lo que me dice el corazón.

¡Creo que mañana iré a verle de nuevo!

# 21
# ILUSIÓN Y REALIDAD

No hay nada como volver a la rutina para evadirse de los problemas y dejar que los fantasmas de la mente descansen durante un tiempo. Estar entretenido ayuda a olvidar, a dejar que los problemas maduren y caigan solos, a seguir adelante como si nada hubiera pasado. Cuanto más pensamos las cosas, más importancia les da nuestro subconsciente y, cuando nos damos cuenta, ya estamos con la mierda hasta el cuello. Y en eso yo soy todo un experto, lo sé. Pero si algo he aprendido en el último año ha sido precisamente eso, que distraerse y seguir el cauce de la rutina es la mejor forma de dejar atrás las pequeñas tonterías que puedan estar trastornando nuestra tranquilidad.

Fue un fin de semana peculiar, distinto. Un poco complicado, incluso. O más bien yo hice que fuera complicado. Mis pequeños y furtivos fantaseos con Leo que me hacen sentir tan irresistible como culpable; mis pequeños grandes celos hacia Evan por haber besado a mi novio y haber venido a vivir con nosotros en menos de veinticuatro horas; y el dramático casi nuevo embarazo de Sussan. Demasiadas emociones en tan poco tiempo. Demasiadas tonterías también, pero no puedo evitar darles más importancia de la que tienen. De ahí que le tenga tanto aprecio al lunes, al inicio de la semana y la vuelta a las clases tras el extraño fin de semana de Halloween. Necesito conectar con el trabajo para desconectar de mi vida fuera de estas paredes de diseño.

Todo lo que acabo de contar queda muy bonito en el papel, queda estupendo. El problema viene cuando otra clase de papel se interpone entre mis pensamientos positivos y las ralladas mentales. Ese tipo de papel que ya he visto en otras ocasiones y que tan variada gama de sentimientos han provocando en mi cuerpo. Y es que justo acabo de recibir otra de las famosas notas de Leo y esta vez no tengo duda alguna de que él es el indiscutible autor. Es totalmente imposible que no la haya escrito él, ya que el mensaje es claro y contundente: «Siento que la noche de Halloween no transcurriera como esperaba. Te compensaré en otra ocasión». Blanco y en botella.

Es lo que tiene emborracharse a mojitos, que a uno se le olvidan los propósitos con los que acude a las fiestas. Bueno, quizás propósito sea una palabra muy seria y con un carácter demasiado preciso. Pero tampoco me voy a engañar a mí mismo diciendo que no fui a esa fiesta con algo de curiosidad por comprobar las intenciones de Leo. Una parte de mí incluso llegó a imaginarme teniendo algún tipo de encuentro furtivo y fugaz que recordar en el futuro como una anécdota intensa y arriesgada. No sé qué me pasa en esta ciudad que deja fluir lo peor de mi, pero tampoco lo puedo evitar. Mike me aporta muchas cosas, prácticamente todo lo que necesito; pero, de algún modo, Leo tiene algo que me llama la atención, algo que no tiene Mike y aún no he descubierto qué es. Quizás es la emoción de lo prohibido o tal vez se basa sólo en un estúpido tonteo y a la hora de la verdad no sería capaz ni de

rozarlo con el meñique.

Sea como sea, está claro que Leo quiere algo de mí y yo, de momento, quiero averiguar qué es. ¿Le gusto en serio o sólo va a lo que va? Después de todo, él es mayor que yo y neoyorquino, por lo que debe tener la mente y la experiencia de alguien más cerca de los treinta que de los veinte. No creo que estemos al mismo nivel en ese aspecto, pero la curiosidad me puede y su persona me atrae como si fuera gravedad. Por más que lucho por seguir morando en las estrellas, me arrastra hacia su ser con una fuerza sutil pero imparable. De todos modos, estoy convencido de que nunca llegaré a hacer nada con él. Es un tonteo, un juego físico de egos que quieren ser complacidos y sentirse deseados.

Lo curioso e hipócrita de este asunto es que, mientras yo me dejo llevar por este juego, me come por dentro el hecho de que Evan y Mike se lleven tan bien. Y eso que ni siquiera he visto señales evidentes de que se gusten. Pero, ¿cómo no iban a atraerse? Los dos son guapos, de hecho los tres somos bastante parecidos. Somos el mismo prototipo de chico a grandes rasgos. Así que, si a mí me gusta Mike, a Mike le gusto yo y a mí Evan me parece atractivo, es probable que ellos dos se atraigan; aunque espero y deseo que no hayan llegado a esta misma conclusión. ¿Tiene algún sentido?

Entre una cosa y otra, se me ha ido el santo al cielo y llevo diez minutos sentado en la silla con el mensaje de Leo entre los dedos, doblándolo y desdoblándolo una y otra vez. Tantas que parece que lleva escrito semanas. Caigo en la cuenta de que Mike quería ir al baño y le dije que se adelantara –para poder leer el mensaje que ya había visto al abrir mi bolsa– y nos veríamos en la salida. Justo cuando me levanto para ir a su encuentro, me llega un mensaje suyo al móvil, me está buscando en la calle. Pobrecito. Pienso en mil excusas distintas según bajo las escaleras y salgo a la calle. Lo veo en la acera de en frente con el móvil en las manos y mirando en una y otra dirección constantemente hasta que finalmente me ve.

–¿Qué haces ahí? –pregunta desde lo lejos.

–Fui a hablar con Aurora –una de las profesoras– sobre uno de los trabajos, perdona.

–No pasa nada. Evan me acaba de enviar un mensaje, que vayamos a comer al Friday's con él.

–¿No le vemos lo suficiente en casa?

–Nosotros sí que vemos el piso lo suficiente. Hay que salir más –razón no le falta–. ¿Vamos? Si no quieres ir, no pasa nada.

–Si me lo pides con esos ojitos, no te puedo decir que no –le respondo.

Cogemos nuestra línea habitual de metro en York Street, nos bajamos en la calle 14 y caminamos hacia Union Square. Durante todo el recorrido, intento mentalizarme de que Evan es sólo un amigo, un compañero de piso, uno más, un chico cualquiera que no pinta nada en la vida ni en el corazón de Mike... Y durante instantes incluso consigo creérmelo, sea o no verdad. Mike me cuenta que Evan es huérfano y que ha tenido que trabajar desde los

dieciséis años para poder subsistir. Por un lado me da pena, por otro lado pienso que esa clase de gente tan independiente y luchadora, no se suele detener ante nada ni nadie cuando se proponen algo y siento temor de perder a Mike por su culpa. Qué poco me ha durado la tranquilidad.

Para cuando llegamos al Friday's, tengo tanta hambre que ni me acuerdo de sentir celos por Evan. Directamente actúo como si no pasara nada. Toda mi atención está centrada en darle a mi cuerpo lo que quiere. Y lo que me pide ahora mismo es que devore esta hamburguesa doble con patatas que tengo delante. Para mi sorpresa, Mike ha decidido hacer algo de dieta y está comiendo una ensalada y una Coca-Cola light. Cualquier persona en este mundo no le daría importancia, pero, como yo soy especial y mi estómago ya está más contento, empiezo a preguntarme a cuenta de qué hace dieta ahora si no sólo está bien físicamente, sino que además a él nunca le ha importado ni comer bien ni hacer deporte.

–Creo que voy a buscar un gimnasio y apuntarme –dejo caer para comprobar qué responde Mike, aunque la verdad es que llevo un par de semanas pensándolo porque empieza a salirme barriga.

–¿Un gimnasio? –pregunta Evan–. Con lo que estás comiendo vas a necesitar mucho más que eso.

–Yo siempre he hecho deporte –le respondo–, pero con esto de mudarnos a Nueva York lo he dejado abandonado y ya se va notando.

Me pongo en pie y me levanto la camiseta.

–Exagerado –dice Mike sin levantar la cara de su ensalada.

–Estás bien, hombre –me dice Evan–. ¿Tú también vas a ir? –le pregunta a Mike.

Éste levanta la cabeza con cara de sorprendido y perdido al mismo tiempo, como si no supiera qué responder a eso.

–No sé. No lo había pensado, pero igual no me vendría mal. ¿Tú qué crees? –le pregunta a Evan.

–No lo sé. ¿No vas a levantarte la camiseta tú también?

–No. Él no se levanta nada –respondo yo antes de que Mike pueda articular una sola palabra–. Es muy pudoroso.

Mike asiente con la cabeza y sigue comiendo sin decir nada más. La verdad es que no entiendo muy bien cómo ha surgido este momento frívolo y superficial. Y lo peor es que me ha salido natural. Yo no actúo así, salvo cuando bromeo con mi novio o intenta hacerme rabiar; pero los celos que siento hacia Evan están haciendo que aflore en mí una chulería y un ego que eran desconocidos para mí y ni siquiera sabia que tenía. Me siento raro, porque en el fondo creo que me gusta esta forma de ser. Al mismo tiempo que me siento inseguro respecto a Mike y lo que pudiera pasar entre ellos dos –o entre Leo y yo–, me siento más seguro de mí mismo con respecto a los demás. Noto como estoy creando una fachada a prueba de bombas y no creo que eso pueda ser algo negativo aunque su origen sí lo sea, de algún modo.

Suena mi teléfono. Saco el móvil del bolsillo y veo una foto del escote de

Sussan en primer plano. ¿Pero qué hace esto aquí? Descuelgo la llamada.

–¿En qué momento cambiaste tu foto de mis contactos?

–No tengo ni idea de lo que hablas –miente Sussan al otro lado de la línea.

–Hazte la sueca ahora –respondo, mientras activo el manos libres para poder seguir con la hamburguesa–. ¡Imagina que me suena el teléfono en alguna reunión o evento!

–¡Entonces mis pechos serían admirados por gente importante!

–¿Cómo sabes que es una foto de tus tetas?

Silencio.

–Bonita conversación para un lugar público –dice Evan en voz media.

–Déjalos, peores cosas hemos dicho y hecho con desconocidos alrededor –añade Mike.

Le guiño un ojo como muestra de agradecimiento por su defensa. Aunque, realmente, no sé por qué siento que necesitaba ser defendido. No creo que el comentario de Evan fuese un ataque.

–Se pilla antes a una tetona mentirosa que a un cojo –le respondo a Sussan, que sigue callada.

–Yo no miento, sólo oculto la realidad.

–Bueno, déjate de banalidades y dime qué quieres. Estoy comiendo...

–Perdona –me interrumpe–. No sabía que estabas ocupado. Llámame cuando terminéis. ¡Dale saludos a Mike y usad protección!

Sussan cuelga el teléfono y yo no entiendo muy bien lo que acaba de pasar. Cuando levanto la vista, observo por encima de la hamburguesa que sostengo entre las manos que Mike se ha puesto más rojo que el culo de un mandril, Evan ha estallado en risas y se tapa la cara avergonzado, una de las camareras está sirviendo los platos de la mesa de al lado intentando contener la risa y los dos ocupantes de dicha mesa murmuran entre ellos mirando hacia nosotros con cara de desaprobación.

Miro a mi alrededor intentando averiguar qué ha pasado mientras hablaba con Sussan pero no veo nada fuera de lo común.

–¿Qué ha pasado?

Evan se ríe aún más y Mike me da una pequeña patada por debajo de la mesa.

–¡Ryan! –exclama mientras mira hacia mi teléfono.

De pronto, los cables apropiados se conectan en mi cerebro y se hace la conexión con segundos de retraso: comiendo - estar ocupado - saludos a Mike - protección. Suelto la hamburguesa y me llevo las manos a la cara. Me quiero morir. ¡Qué puta vergüenza!

–¿En serio Sussan ha pensado que...?

–¡Claro! –me interrumpe Mike –. ¿Acaso piensa en otra cosa?

–¡No puede ser! –me avergüenzo más aún–. ¡Y encima he estado mirando a todo el mundo sin enterarme de nada!

Evan ha controlado ya la risa y se percata de que los clientes de la mesa de al lado siguen cuchicheando, casi señalando y mirándonos de reojo con mala

cara. Hasta que oímos claramente un comentario del hombre.

–Qué asco comer con esta gente al lado.

La pareja se levanta sin haber terminado de comer, dejan algunos billetes sobre la mesa y se marchan del restaurante con tanta prisa que parece que se les ha quedado encendido el gas.

–Me pregunto si la reacción de esos dos habrá sido por la cochinada en sí misma o porque somos gays –dice Mike, dejando caer al aire la duda.

Automáticamente me acuerdo de Matt, de St. Dean, de la playa y de los encontronazos varios que tuvimos con sus "amigos". Recuerdo cómo intentaron ridiculizarnos y humillarnos por el simple hecho de ser dos chicos que estaban empezando a sentir algo mutuamente. Dos chicos que sentían magia entre ellos. ¿Qué tiene de malo la magia para que tanta gente le tenga semejante odio? No sé por qué motivo se han marchado, pero ninguna de las dos opciones que baraja Mike son tan despreciables como para tener la actitud que han mostrado.

Una vez pasada la anécdota, me acuerdo de Sussan y la llamo para retomar la conversación que ella misma cortó por culpa de su mente lasciva.

–Cuando te cuente el número que nos has hecho pasar...

–¿Qué ha pasado? ¿Os he cortado el rollo?

–¿Tú eres tonta? Aparte de que eres muy mal pensada, no estábamos haciendo lo que creías que hacíamos. Yo esas cosas no las hago.

–Ya, claro. Sí. Seguramente. Por supuesto. Efectivamente. No hay duda. Obvio que te creo.

–Es en serio.

–Y yo soy Christina Aguilera.

–Pues a ver si remontas, que tus discos no los usan ni de posavasos.

Sussan se ríe al otro lado de la línea. Le encanta que me meta con la Aguilera porque ella, en el fondo, la odia tanto que termina amándola. Como con todo lo que le apasiona realmente. Siempre le he dicho que su principal problema es que no puede amar algo si antes no le he cogido manía. Incluso a mí. Antes de ser amigos y convertirnos en casi hermanos, Sussan me odiaba como se odia el uniforme del colegio el primer día de clase en septiembre. Éramos grandes enemigos, los más crueles y despiadados del patio del colegio. Todas las semanas se organizaba alguna pelea y siempre las empezábamos ella y yo. También nos pintábamos las taquillas mutuamente, nos llenábamos de serrín las mochilas e incluso nos las ingeniábamos para meter tierra o similares en la bolsa del almuerzo del otro. Una guerra que duró años y años hasta que un día nuestras madres se hicieron amigas y empezaron a obligarnos a asistir a almuerzos familiares los domingos en el campo. Cuando quisimos darnos cuenta, estábamos en el mismo bando de todas las guerras y nos defendíamos de otros enemigos que teníamos en común. Visto ahora con la perspectiva de los años, he de reconocer que éramos unos niñatos maleducados e insolentes; pero quizás gracias a juntarnos y no querer ser igual que el otro, llegamos a desarrollar personalidades más humildes y

educadas. Aunque está claro que cuando hay que pelear, somos los primeros en pringarnos de barro.

–¿Para qué me llamaste antes? –pregunto finalmente.

–Es que tengo entradas para el Madame Tussauds.

–¿Y esa quién es? –pregunto desde mi ignorancia.

–¿Esa? Es un museo, ¡atontado!

–¿Pretendes meterme en un museo un lunes por la tarde?

Mike, que ha escuchado mis palabras, niega rápidamente con la cabeza y los ojos abiertos de par en par mientras se mete otra cucharada de helado en la boca.

–Mike no quiere ir –respondo.

–¡Hijo de...! –exclama él–. ¡Ryan tampoco! –añade acercando su boca a mi teléfono.

Aprovecho el momento para robarle un beso, sabor vainilla con sirope de caramelo. Se separa de mí y mira sonrojado a su alrededor, hundiendo la cabeza en el bol de helado para evitar cualquier contacto visual con nadie. Lo que hay que ver, después del número que hemos montado y ahora le da vergüenza un beso que sólo ha visto Evan.

–No es un museo en plan rollo antiguo y momias con la cara de tu padre –prosigue Sussan–. Es el museo de cera, con figuras de famosos a tamaño real.

–¿Tienen la de Beckham? –le pregunto.

–¿Cómo van a tener una foto de David Beckham en un museo? –pregunta Mike.

–Dile a tu novio que es retrasado –dice Sussan, que parece haber oído su pregunta.

–Dice Sussan que eres gilipollas.

–¿Y entonces tú qué eres? –responde empezando a molestarse.

–No hablábamos de fotos, sino de figuras de cera.

–¿Vamos a ir al Madame Tussauds?

–¿Tú sí sabes lo que es? –le pregunto a Mike.

–Claro, ¿quién no?

–Menos mal que el retraso de tu novio es menor que el tuyo, Ryan –añade Sussan.

–¡Dejadme en paz los dos! ¿Cuántas entradas tienes?

–Tres.

–¿Tres? –Oh, que pena. Evan tendrá que pagarse la suya. Sarcasmo.

Evan, que parece leerme el pensamiento, nos dice que es hora de volver al trabajo. Su hora de descanso se ha terminado y estará ocupado toda la tarde.

–¿Vais a ir al museo? Podemos vernos por fuera a eso de las seis y volvemos al apartamento juntos.

Mike asiente con la cabeza. Se le está derritiendo el helado y ha decidido centrar toda su atención en ello. Yo debería hacer lo mismo con el mío, o pedir que me lo pongan en un vaso porque ya es más bien un batido. Pasar la tarde sin Evan después de todo el fin de semana viéndole la cara es lo mejor

que me podía pasar ahora. Por mucho que me esté demostrando que es de fiar y buena gente, me apetece estar unas horas con los míos de siempre.

Nada más subir la gran escalera blanca circular, nos topamos de frente con la primera figura de cera que nos da la bienvenida. Un señor mayor, a modo de botones, nos saluda cual sargento y nos invita a pasar. Todo en sentido figurado, por supuesto, que esto es el Madame Tussauds, no Disneyland Paris. Aquí las figuras no se mueven. Bueno, casi ninguna.

–¡Que asco! –exclama Sussan que no puede evitar tocar la cara del señor–. ¡Puag! Está todo pegajoso.

Comenzamos nuestra andadura por el museo y nos encontramos con Oozy Osbourne. El de verdad. En carne y hueso. Sentado junto a su mujer, Sharon, de cera. En un intento de acercarnos a pedirle un autógrafo o una foto, me doy cuenta de que no es el de verdad. Es la figura de cera más realista que he visto en mi vida. No puedo evitar meterle el dedo en un ojo para comprobar que, efectivamente, no es real. Me da miedo que intente morderme.

–¿Esa quién es? ¿Beyoncé? –pregunta Mike señalando la figura de RuPaul.

–¡Ignorante! –exclama Sussan mientras saca la cámara de vídeo del bolso–. Es Cher.

No puedo evitar reírme, pero no quiero quedar de sabelotodo así que me guardo para mí la identidad real de la señora que preside la sala en lo alto de un pedestal.

–Estamos aquí en directo –comienza a grabar Sussan como si de una reportera de televisión se tratase– con Elton John y Elle McPherson.

–¡Mira los dientes! –exclamo–. Parecen de verdad.

–¿Elle McPherson tiene esos dientes? –pregunta Sussan mientras se acerca con la cámara–. Cariño, opérate la boca.

–Yo creo que tiene hasta sarro –añade Mike.

–Sigamos con Elton John –continúa Sussan–. Hombre masculino y testosterona a raudales.

–Oye, un respeto –me quejo.

–¡Ay! –exclama Sussan–. Hazte el ofendido ahora. ¡Mira! ¡Oprah Winfrey!

Sussan se va corriendo a seguir entrevistando famosos de cera mientras Mike y yo nos lo tomamos con más calma. Está claro que con algunos personajes ha habido más presupuesto que con otros. Es increíble cómo unos son tan parecidos que parecen de verdad mientras que otros no pasarían ni una prueba de materiales en la fábrica de Mattel. Terminamos el recorrido por la zona Hollywood y llegamos hasta la zona de las estrellas de la música.

–Estamos aquí con Shakira –retoma Sussan–, que es un poquito enana. ¿Y esas tetas? Yo le veo mucho escote para ser ella.

–Eres una criticona –le digo.

–Y lo a gusto que me quedo. Mira, Madonna. Abierta de piernas pidiendo guerra.

–La verdad es que es idéntica –ironiza Mike.

–Madonna, ¿qué te pasa? Te veo un poquito pálida –dice Sussan palpándole la cara y la frente–. ¿Tienes fiebre? Madonna tiene fiebre. ¡Por favor, seguridad! Un médico para Madonna que está desfallecida. ¡Y mira la alianza! ¡Qué bonita! ¡Y el cinturón de pedrería! Me gusta el cinturón, Mike. ¿No se lo puedes quitar?

–¡Estás loca!

–Bueno, Madonna. Ha sido un placer –se despide Sussan–. A ver si vendemos un poquito más, que el Billboard no lo rozas ni para quitarle el polvo con un plumero. Mira –continúa con la siguiente figura–, aquí tenemos a Beyoncé y a... ¿Puff Diddy?

–¡Usher! –le corrige Mike.

–Pues yo quiero una foto con Usher. Sujeta la cámara, Ryan.

Tras las oportunas fotos y casi sin darnos cuenta nos vemos metidos en la cola para entrar a la casa de los horrores. O algo así. Sussan no quiere entrar. La intentamos convencer. Sigue sin querer entrar. La intentamos convencer un poco más. Se niega. La dejamos fuera y entramos Mike y yo solos. Pese a la indicación de no grabar ni sacar fotos, llevo la cámara encendida y vamos grabando la visita para después enseñársela a Sussan.

Sangre. Una cabeza cortada que aparece de la nada. Telas de araña. Más sangre. Mensajes tétricos escritos en la pared. Relámpagos. Un muerto viviente que nos da el susto de nuestras vidas. Gritos. Más gritos. Aún más sangre. Seguimos caminando. Otro relámpago. Oscuridad. Una niña medio muerta. Horror. Mike cada vez me aprieta más la mano. Otro grito. Un señor ensangrentado con una máscara de hockey y un cuchillo enorme en la mano. Nos debería estar dando miedo pero, en su lugar, señala a la cámara que llevo en la mano. Levanta la suya y hace un gesto de negación.

–¡Vaya mierda de susto, Jason! –se queja Mike.

Vuelve a hacer el gesto de «no se puede grabar» y nos deja seguir adelante. Luz. Más luz. Llegamos al final del recorrido. Vaya forma de aguarnos el final.

Sussan nos está esperando por fuera, fingiendo que charla con Paris Hilton y Lindsay Lohan. Le contamos nuestra desventura en el túnel del terror y aún así no conseguimos convencerla para que vea el vídeo. Me arrebata la cámara de las manos y continúa su reportaje para la CNN.

Llegamos a una sala llena de presidentes, militares y dictadores varios. La sala de los causantes de los mayores males de la humanidad podría ser este sitio.

–¿Y esta gente quién es? –pregunta Sussan–. Eso pasa por no estudiar más historia americana.

Una serie de personajes históricos después, algunas zonas temáticas como la de American Idol o Superman, y una pequeña serie de figuras poco relevantes después, nos encontramos de nuevo en el hall del museo preguntándonos si esto es todo. Apenas ha pasado hora y media desde que

llegamos y ya hemos visto todo lo que había que ver. Un poco decepcionante. Si el de Nueva York es tan limitado, no me quiero imaginar cómo serán los de otras ciudades. A pesar de todo, nos hemos divertido mucho, mayormente gracias a Sussan y sus ocurrencias.

Cuando salimos del museo, Evan está esperando en la puerta y el buen estado de ánimo que traigo empieza a desvanecerse. Está apoyado en la pared, escuchando música con los auriculares que van conectados directamente a su móvil, con el que parece estar tan entretenido que no se ha percatado de nuestra presencia a su lado. La luz resplandeciente que brillaba a lo largo y ancho de la calle cuando entramos al Madame Tussauds se ha convertido en una suma de reflejos y destellos anaranjados que alargan las sombras de los transeúntes sobre las aceras de cemento neoyorquinas. A lo lejos, puedo ver cómo el final de la calle 42 se funde con los débiles rayos del atardecer que van desapareciendo tras la línea del horizonte más allá del Río Hudson y New Jersey. Me ha quedado poético. Realmente no alcanzo a ver más allá de la 10ª Avenida hasta que el paisaje se convierte en una gran bola naranja que desenfoca todo lo que hay a su alrededor. Si algo tiene esta ciudad es que es tan grande y larga que es prácticamente imposible atisbar el final de ninguna calle, salvo que estés a dos o tres manzanas de la orilla del río.

De espaldas al atardecer, caminamos los cuatro –Sussan, Mike, Evan y yo– pisando nuestras propias sombras con rumbo a Bryant Park en busca de una estación de metro que nos devuelva a cada uno a nuestros respectivos hogares. A Sussan al suyo y a nosotros tres al que compartimos. Mike no ha tardado ni dos minutos en ponerse al lado de Evan para contarle todo lo que hemos estado haciendo sin él mientras Sussan y yo nos vamos quedando cada vez más atrás.

–A este paso, cuando lleguemos al metro ellos ya estarán cenados y con el pijama puesto –me dice Sussan.

–Me alegra saber que no soy el único que se ha dado cuenta.

–¿Cómo no me voy a dar cuenta? Si están ya llegando al parque y nosotros aún por aquí.

–No me refiero a eso.

–¿Entonces? –pregunta Sussan desconcertada.

–Ya lo sabes.

–¿Lo dices porque Mike pasa de ti?

–Algo así.

–Ryan, sabes que soy la primera en defenderte siempre. Pero victimismos conmigo no. Llevas toda la tarde con tu novio, porque se ponga a hablar con Evan ahora no significa que haya algo o que vaya a haberlo.

–Ya lo sé, pero no puedo evitar tener miedo.

–Miedo tenemos todos. ¿Piensas que a mí no me da miedo que Alex conozca a alguna profesora o incluso a otra estudiante y me deje? Yo tengo bastante más que perder y un hijo que sacar adelante.

–Te entiendo, pero...

–Pero nada –me interrumpe–. Con el miedo no se va a ninguna parte. El miedo está ahí para recordarnos día a día que hay que vivir el momento y aprovechar lo que tenemos ahora. No uses el miedo como barrera sino como impulso para hacer cosas. Pensar que puedes perder a Mike es normal, pero no lo es que bases tu día a día en esa poco probable idea.

–Y si...

–Además –vuelve a interrumpirme–, tú llevas ya con esta historia algunos días y no te ha servido de nada. ¿Te ha mentido?

–No.

–¿Te ha puesto los cuernos?

–Que yo sepa no.

–Ryan, ¡estudias y vives con él!

–Vale, no. No lo ha hecho.

–¿Entonces en qué te basas para creer tan ciegamente que va a engañarte con Evan?

Buena pregunta. ¿Cómo le digo que soy yo el que está casi tonteando con otro y que por eso me creo a mí mismo cuando pienso que Mike podría hacer lo mismo? Y, según digo estas palabras, me doy cuenta de que el problema está ahí. No es que piense que Mike me va a engañar con Evan, es que empiezo a pensar que yo, quizás, sí lo engañaría a él y tengo miedo de acabar perdiéndolo. No puedo dejar de lado mis teorías y dejar de ver a Evan como una amenaza.

–No lo sé.

–Yo lo que creo es que, por mucho que hayas conseguido rehacer tu vida, sigues teniendo a Matt muy presente.

–No creas.

–¿Cómo que no? ¿A que aún no has leído su diario?

–¿Y eso que tiene que ver?

–Que, si lo hubieras superado, ya lo habrías leído. Pero te puede más el dolor que la curiosidad. Lo que intento decir es que tienes miedo a volver a quedarte solo. Miedo a entregarte al cien por cien con Mike arriesgándote a lo que pueda ocurrir. Y, quizás, ese miedo es el que te hace desconfiar; porque en el fondo estás buscando motivos que no existen para alejarte de él y no volver a sufrir.

Permanezco en silencio mientras bajamos las escaleras del metro, aunque estoy convencido de que Sussan sabe que, al no responderle, le estoy dando la razón. O, al menos, barajando la posibilidad de que esté en lo cierto. Y no digo que no, pero no creo que sea todo como ella dice. Tal vez si tuviera toda la información y supiera lo que pasa con Leo, los mensajes que me escribe y mi actitud con respecto a toda la historia, opinaría diferente y entendería que Matt no tiene nada que ver con esto. Prefiero que no sepa que ya he empezado a leer su diario, no me apetece hablar de eso ahora mismo.

## 16 de julio de 2012

Y justo cuando parecía que llegaba el beso... ¡Zas!

Por culpa del dichoso mantel en llamas se ha fastidiado el momento y Ryan no llegó a besarme. Era perfecto, los dos un poco bebidos, medio en cueros en mitad del mar, cogidos de la mano y con las estrellas brillando en lo alto del cielo. Estuve a tan sólo unos centímetros de sus labios y no me lo creía.

En serio, estoy en una nube. No me puedo creer el giro que ha dado mi vida en tan pocos días. He pasado de estar amargado a estar todo el día con una sonrisa en la cara.

Me estoy enamorando y ya no me da miedo porque sé que es correspondido. Vale que aún no nos hemos besado, pero sé que el tiene ganas de hacerlo y sé que ocurrirá pronto. Nunca he besado a nadie que me guste en serio. Es decir, nunca he besado a un chico y me muero de ganas de probarlo y saber qué se siente al besar a alguien de verdad.

# 22
# CONFESIONES

Nieve en la calle.

Carne rellena en el horno.

Vino en la mesa.

Luz baja.

Velas.

Música romántica.

Camisa nueva y zapatos.

Pelo bien peinado.

No. ¡Velas no! Las soplo y las quito de la mesa. Esta vez no quiero quemar nada. La noche tiene que ser perfecta. Apago la televisión y le envío un mensaje a Sussan para avisarla de que todo está preparado. Creo que no me he olvidado de nada. No sé si darle el regalo ahora o esperar a después de cenar. Espero que le guste.

Hoy se cumple un año desde nuestro primer beso. Un año desde que se encendiera la mecha que ha estado dejando escapar los fuegos artificiales durante todo este tiempo. Nuestro aniversario real no es hasta dentro de dos semanas, en Fin de Año, pero he preferido sorprender a Mike con una cena hoy, día 14, para celebrar el beso que derribó mis barreras y abrió la veda para que su amor conquistara mi corazón después de tanto esfuerzo. Un beso tímido e inesperado, bajo la nieve de Norwalk, que llegó probablemente cuando más lo necesitaba mi salud mental y sentimental.

En el fondo, me dan pena porque hace un tiempo de perros. Lleva tres semanas nevando sin parar y en la calle hace tanto frío que se podría robar un banco cortando el cristal del escaparate con los pezones de Sussan; pero necesitaba que Mike estuviera fuera de casa una hora mientras yo preparaba todo y lo único que se me ocurrió fue convencer a Sussan para que se lo llevara por ahí con la excusa de tener que contarle algo urgente. Creo que, ahora mismo, Mike tiene que estar destrozado pensando que Sussan y Alex están teniendo problemas y van a dejar de vivir juntos. La excusa de que no esté yo es que Sussan le ha contado que pilló a Alex mirando fotos mías mientras se tocaba en el baño y quería hablarlo con Mike, porque conmigo le resultaba incómodo. La historia no tiene pies ni cabeza pero, como Mike es de los que piensan que todos los tíos heterosexuales en el fondo sienten curiosidad por otros hombres, seguro que se lo cree durante un par de horas. A mí me basta con que se lo crea hasta que llegue a casa.

Por suerte, Evan se ha ido a pasar la noche a casa de Óscar –el que organizó la fiesta de Halloween en Park Avenue– con otros tantos de los que estuvieron aquella noche. Lleva ya un mes y medio viviendo con nosotros y he de reconocer que, aunque nos llevamos bien y los conflictos emocionales han pasado a un segundo plano, sigo sin estar cómodo al cien por cien con él por aquí. Intento no pensar mucho en lo que podría o no podría pasar entre él y Mike, más que nada porque ni es sano ni voy a conseguir nada con ello.

Pero el miedo a que ocurra sigue deambulando alrededor de mi cabeza cada vez que estamos los tres juntos o, peor aún, cuando se quedan solos –que no es muy a menudo, porque al final Mike decidió no apuntarse al gimnasio conmigo así que voy solo dos o tres veces por semana–.

En cuanto a Leo, en este tiempo no me ha vuelto a escribir ningún mensaje, y la verdad es que lo echo de menos. No a él, sino sus mensajes secretos. Los primeros días rebuscaba en mi bolsa varias veces a lo largo de la jornada en busca de nuevas dedicatorias, pero nunca había suerte. Con el tiempo, he dejado de hacerlo. Podría pensar que se ha aburrido de mí, pero la forma en la que me mira cuando nos cruzamos por los pasillos y cómo me guiña el ojo de vez en cuando me demuestran que aún hay algo. Quizás se aburrió de escribir los mensajes o eran solamente una táctica para comunicarse conmigo cuando no nos conocíamos. Ahora, tal vez, no tendrían sentido porque ya nos conocemos y puede hablarme directamente, aunque tampoco lo hace con frecuencia y, por lo general, suele aprovechar cuando Mike no está delante. De todos modos, he intentado no caer en ese asunto, lo he dejado en el aire y no pienso demasiado en ello para no volver a hacerme ilusiones con algo que no debería importarme.

Me siento en el alféizar de la ventana y miro al exterior. Ver la ciudad así me trae muy buenos recuerdos. Me viene a la mente el viaje sorpresa que hicimos el año pasado, la ilusión que respirábamos con cada paso, con cada mirada, con cada gesto; el olor a calefacción que descubría por primera vez y que, por suerte, ha vuelto a aparecer en cuanto ha llegado el frío. ¿Quién nos iba a decir hace un año, en mitad de Times Square, cuando empezábamos una nueva vida, que a día de hoy estaríamos viviendo aquí, con la Navidad abriéndose paso entre las calles y rascacielos? Definitivamente la vida es imprevisible y hay que montarse en ella y dejarse llevar, es la única forma de disfrutar y estar seguros de que la estamos aprovechando.

Cuando levanto la vista, veo a mi chicos favoritos aparecer entre los árboles. Supongo que Sussan le habrá puesto alguna excusa para irse sola, aunque lo que Mike no sabe es que Alex está en la calle de atrás esperando por ella desde hace veinte minutos. Veo que se despiden y Mike entra en el edificio. Empieza lo bueno.

Oigo los pasos al otro lado de la puerta y cómo Mike introduce la llave en la cerradura. Medio giro y comienza a abrirse lentamente. Parece como si él supiera que, al otro lado, le espera algo importante porque lleva un ritmo más lento de lo habitual. La puerta termina de abrirse y yo me quedo de pie, quieto en mitad de la sala sin saber qué hacer o qué decir. Gritar «¡Sorpresa!» era mi opción pero, según iba a decir la palabra, me he dado cuenta de lo ridículo que sonaría.

–¿Qué... Qué... Qué es todo esto? –pregunta Mike titubeando nervioso.

Sigo en silencio y sonrío.

–¿Me has preparado una cena?

Continúo en silencio. Empiezo a pensar que no ha caído en qué día es hoy.

O que lo sabe y le da igual. No entiendo por qué sólo hace preguntas. ¿Le ha pillado por sorpresa y no sabe cómo reaccionar o es que no tiene ni idea de por qué he hecho esto?

–Llego dos horas pronto, por lo que veo.

Me he perdido.

–No te entiendo –le respondo–. Llegas justo a tiempo.

–Según se mire. Son las nueve de la noche.

Permanezco en silencio. No entiendo nada. Mi cara refleja lo perdido que me encuentro con sus respuestas.

–Fue a las once y cuarto –continúa Mike.

–¿El qué?

–Cuando nos besamos.

Me deja de piedra. No sólo se ha acordado sino que también sabe la hora exacta a la que nos dimos el primer beso. Y yo ya estaba dando por hecho que no sabía a qué venía todo esto. No sé cómo puedo ser tan estúpido. Tengo a mi lado a la mejor persona del mundo y aún así me atrevo a cuestionarlo.

–¿En serio te acuerdas de ese detalle?

–Ryan... Cuando pasas días, noches, semanas e incluso varios meses viendo casi a diario a la persona de la que estás enamorado, conteniendo las ganas de decirle lo que sientes, sin poder demostrarle el amor que crece en tu interior y fingiendo ser su amigo cuando lo que quieres es formar parte de su vida para siempre, no sólo recuerdas de la hora a la que le das el primer el beso, sino que te acuerdas hasta de la temperatura que hacía, de cuántos copos de nieve que caían, del número de veces que te guiñó un ojo mientras lo tenías a tres centímetros de la cara, de cómo te sujetaba las manos y del aliento que resbalaba por tu mejilla tras salir de su nariz.

–Eres increíble, Mike.

–También recuerdo que dijiste eso mismo antes de que nos besáramos.

–Pues tendré que besarte de nuevo –me acerco.

–¿Tú crees? –se acerca él un poco más.

–Sería lo correcto –respondo, a escasos centímetros de su cara.

–¿Es un buen momento?

–Cualquier momento es bueno, siempre que sea conmigo.

–¿Y por qué no iba a ser contigo?

–¿Qué clase de pregunta es esa? –le pregunto entre risas mientras paso mi mano por detrás de su cuello–. Bésame, tonto.

Noto que se resiste levemente en vez de dejarse llevar.

–¿Qué te pasa, Mike?

–Que no entiendo eso que has dicho.

–No le des vueltas, es una tontería. No sé por qué lo he dicho.

Y tampoco sé por qué he dicho esto ahora. ¿Qué he hecho? Prácticamente le he dado pie a pensar que, efectivamente, dije algo con segundas intenciones. ¿Pero por qué no le he dicho que era una frase hecha, una forma de hablar?

–Es una forma de hablar. No seas bobo. Los besos siempre son conmigo.

–No siempre.

¿No siempre? ¿Me intenta decir algo? ¿A quién ha besado?

–¿Cómo que no siempre? ¿A quién has besado?

–¿Yo? –me pregunta ofendido–. ¡A nadie! ¿Por qué preguntas eso? ¿De qué va esto?

–Has dicho que los besos no siempre son conmigo, Mike.

–Sí, pero no lo dije para que te pusieras así. Era una forma de hablar, como tú dices. Porque si beso a Sussan, ya no son contigo. O si le doy un beso de buenas noches a David, tampoco sería contigo.

–O si le das un beso a Evan... –digo, reduciendo gradualmente el tono de voz a medida que me doy cuenta de la bomba que he soltado.

–Sabía que acabarías sacando ese tema.

–¿Entonces hay un tema que sacar?

–¡Claro que sí! –grita Mike mientras se quita el abrigo furioso–. Es decir, no. No lo hay.

–Aclárate, Michael.

–No estoy jugando, Ryan.

–¿Y yo sí? –pregunto mientras me doy cuenta de que normalmente cuando lo llamo Michael es cuando quiero enfadarle a propósito. Esta vez no quiero, me ha salido solo.

–Me refiero a que sabía que acabarías volviendo a sacar el tema de la fiesta de Halloween. ¡Tú también besaste a otro!

–¿Qué dices? ¡Yo te besé a ti!

Puede que esa noche bebiera más de la cuenta y no recuerde cómo llegué a la cama donde dormimos. Pero recuerdo perfectamente que en la primera ronda me tocó besar a Mike, él besó a Evan y después yo caí rendido en su regazo. No sé a qué viene esa acusación de que he besado a otro. Empiezo a pensar que se siente culpable de algo que ha hecho y está intentando colarme alguna infidelidad a mí también para sentirse mejor. Qué irónico, es justamente lo que yo estaba haciendo hace semanas cuando quería sentirme mejor por lo de Leo y buscaba una posible relación entre Mike y Evan a toda costa.

–Vale, vale. Tienes razón. Retiro eso. Son los nervios.

–¿No habrás hecho tú algo por ahí?

–¿Cómo puedes pensar eso?

–No lo sé. Tú me has acusado de besar a otro cuando no lo he hecho. Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza –miento.

–Te acabo de decir que han sido los nervios.

–Sí, pero...

–Pero, ¿qué? ¿No te basta con lo que acabo de decirte? Incluso tenía pensado darte un regalo que te he comprado cuando fuera la hora exacta.

–No sé ni cómo hemos llegado a este punto –le respondo.

Suena el timbre.

Me acerco a la puerta y abro. Tras ella, Sussan y Alex forrados hasta las orejas y con los hombros llenos de nieve recién caída.

–Hola parejita –dice Alex–. Nos vamos a tomar unas copas al centro, pero hemos venido a ver qué tal la sorpresa. ¿Te ha gustado, Mike?

La situación tensa que estamos pasando parece que se refleja en nuestras caras como si fueran de cristal, porque no pasan ni dos segundos hasta que Sussan, con cara de circunstancia, le pide a Alex que se vayan, que tiene la impresión de que han llegado en un mal momento. Y así es. Para mi sorpresa, Mike coge su abrigo y se va detrás de ellos sin tan siquiera mirarme a la cara.

–¿Te vas? –le pregunto.

–¿No lo ves? –responde él.

–Igual deberías quedarte –sugiere Sussan.

–No es buen momento para quedarme. Sólo nos haríamos más daño. Ya hablaremos.

–No me hagas esto –le suplico–. Quédate y vamos a hablar.

–No quiero. Necesito despejarme. ¿Nos vamos o me voy yo solo? –pregunta mirando hacia Alex y Sussan.

Miro a Sussan y, sin palabras, asiento para mostrar mi aprobación a que se marchen con Mike. Mejor eso a que esté solo por ahí.

–No vuelvas tarde, por favor –termino por decirle a Mike cuando ya está empezando a bajar la escalera.

–No me esperes despierto.

–Como si pudiera hacer otra cosa –respondo resignado.

Cierro la puerta del apartamento y abro otra, la de las lágrimas. En cuestión de segundos, mis ojos rebosan como si se hubiera roto una presa y mis mejillas se empapan mientras el llanto sigue su camino hacia el cuello y culmina en la camisa. Estoy tan acongojado por lo que ha ocurrido que no logro reaccionar, ni siquiera para secarme las lágrimas de la cara. Todo era genial, todo era maravilloso y de un momento a otro se convirtió en una batalla campal de acusaciones, desconfianzas y miedos mutuos que aún no logro entender. Desde luego, así no era como pretendía que transcurriera la noche. Tanto trabajo tirado a la basura. Nuestro primer aniversario de algo importante se ha visto manchado por una tontería que se nos ha ido de las manos.

La verdad es que tampoco comprendo su reacción. Es posible que yo no andara muy desencaminado al pensar que Mike podría engañarme con Evan. No sé. No quiero seguir alimentando mi desconfianza, pero la reacción que ha tenido no me parece que sea de alguien cuyo historial está completamente limpio. Igual que yo tampoco he reaccionado bien porque, efectivamente, le he estado ocultando ciertas cosas que no le harían gracia alguna.

Suena el timbre de nuevo. Qué poco le ha durado el enfado. Esa es otra cosa que me gusta de Mike, nunca consigue enfadarse conmigo más de unos minutos. Aunque la culpa sea mía, siempre vuelve enseguida para hacer las paces y volver al punto en el que estábamos.

Abro la puerta intentando que las lágrimas de mi cara se conviertan en una sonrisa que le demuestre que me alegro de que haya vuelto.

–Me he dejado las llaves. ¿Qué te ha pasado?

Mi gozo en un pozo. Es Evan.

–He discutido con Mike.

–¿Qué has hecho?

Lo que me faltaba para terminar de adornar la noche, que venga Evan a acusarme de cosas sin haber estado presente.

–¿Por qué das por hecho que he sido yo?

–Has dicho que has discutido con él...

–Me refería a que hemos discutido. Ambos. Cosas de pareja.

–¿Está dentro?

–No, se ha ido con Sussan y su novio.

–Entonces me quedo contigo para que no estés solo.

–No me hace falta compañía.

–Da igual. Además, me aburría en casa de Óscar. Venía a cambiarme para ir a Chelsea a beber cervezas con mi ex.

–Pues que lo pases bien.

–Te he dicho que me quedo.

–Haz lo que te de la gana, tío.

Hoy no soy Mister Simpatía, eso está claro. Y menos con él. Le agradezco el gesto pero no me surge demostrárselo. No, realmente no se lo agradezco. No me interesa su apoyo ahora mismo pero, en verdad, no quiero estar solo. Es nuestra primera discusión y no tengo a mis padres en la habitación de al lado, ni a mi mejor amiga al otro lado del teléfono. Mejor Evan que nada, supongo.

–Lo siento –me disculpo–. No debería pagarlo contigo.

–No te preocupes, lo entiendo. No me ha molestado. Yo también he tenido épocas en las que estaba tan cabreado que lo pagaba con todos los que tenía alrededor.

Tras sacar la carne del horno, volver a meter el vino en el frigorífico y quitar la mesa, me siento en el sofá de la sala haciendo zapping con el sonido de la televisión quitado. Mientras tanto, Evan se come parte de la carne que había preparado para no tirarla y me cuenta batallas e historias similares que tuvo en su momento con su ex y que al final se acabaron solucionando.

–¿Te das cuenta de que nos estás comparando a Mike y a mí contigo y Andrew?

–¿Y cuál es el problema?

–Que no estáis juntos ya. ¿Ese es el futuro que nos auguras?

–¡Claro que no! No seas malpensado. Son sólo ejemplos de situaciones al límite que tienen solución aunque no lo parezca en un primer momento.

–Sigue sin parecerme apropiado.

–Da igual, Ryan. Lo que intento hacerte ver es que los problemas tienen solución. Por muy grande que parezca el asunto, siempre tiene una solución

rápida y práctica. No hay que darle tantas vueltas a las cosas que no tienen importancia.

–¿Para ti esto no tiene importancia? –pregunto algo indignado.

–Claro que no la tiene. No tiene importancia alguna.

–Para ti es fácil decirlo –le respondo.

–Claro que es fácil. Cuando, un día inesperado, un médico te dice que tienes cáncer, el resto del mundo carece de importancia. Y no vuelve a tener importancia nunca más.

Me quedo impactado. Apago la televisión y siento esa extraña incomodidad de no saber qué decir, qué preguntar. ¿Le digo que lo siento? ¿Le doy ánimos? ¿Qué se hace en estos casos? Uno nunca sabe como reaccionar cuando la palabra «cáncer» aparece en una conversación. Qué hijo de puta soy. Todo lo que he pensando de Evan, todo el desprecio que le he tenido este tiempo y, mientras tanto, él está teniendo problemas de verdad. No se merece lo que he pensado de él, pero tampoco puedo pedirle perdón porque no tiene ni idea de lo que opino de él.

–Te has quedado mudo, ¿eh?

–Me has pillado por sorpresa. No sabía nada. Pero, ¿cómo...? ¿Cuándo...?

–Tranquilo. Estoy bien.

–Ya lo veo, ¿desde cuándo lo sabes?

–Hace un año.

–¡Pero si vivimos juntos! ¿No tienes un tratamiento o algo así?

Evan se sorprende de mi respuesta.

–¡Ah! ¡No! –exclama–. Estoy bien de verdad. Es decir, esto fue hace un año. Lo superé.

Respiro aliviado. Me siento libre y menos culpable de las cosas que he pensado sobre él. Aunque estoy convencido de que no volveré a verlo con los mismos ojos.

–Por eso te digo, Ryan, que esto que os ha pasado hoy no tiene importancia. Sea lo que sea, que ni lo sé ni me incumbe, no la tiene. No merece la pena ahogarse en una tontería. Tenéis que seguir adelante e ignorar lo que sea que haya pasado hoy. Cada día es un regalo que hay que aprovechar sin pensar en lo demás.

Empieza a caerme bien ese chico. Habla como yo. Vale que yo no haya sufrido un cáncer –toco madera– pero, cuando ocurrió lo de Matt, me di cuenta exactamente de las mismas cosas que está contándome Evan ahora. Aprovechar el día a día, vivir aquí y ahora sin mirar atrás y sin preocuparse por lo que vendrá después. Aunque muchas veces me olvido de ponerlo en práctica y predicar con el ejemplo. Algo me dice que esta noche ha servido para algo, después de todo. Vale que la cena se ha fastidiado, pero al menos he conseguido conocer un poco más a Evan y dejar atrás mis desconfianzas, que fueron la causa de la discusión con Mike. Ay... Mike. ¿Dónde estará?

Cuatro horas después de la discusión y con Evan durmiendo a pierna suelta en el sofá, yo sigo sin poder pegar ojo. Esto de no saber dónde está

Mike, ni qué estará pensando, ni si seguirá enfadado o no me tiene de los nervios. Y, como si estuviera escuchando mis lamentos mediante telepatía, la foto de los pechos de Sussan aparece en la pantalla del iPhone al tiempo que empieza a sonar la canción que tengo establecida como tono de llamada y cuya identidad me reservo por vergüenza.

–¿Dónde estás? –pregunto al aceptar la llamada.

–Ra... mos... La... shh... ien

–No te oigo bien, Sussan.

–¿M... yes?

Sólo oigo ruido y palabras entre cortadas con música de fondo.

–Sal a la calle. No te oigo.

–Ma... cho... Ven.

–¡Que no te entiendo! Busca cobertura.

–Ma... mal... ¡Di... gas!

–¡CO-BER-TU-RA! –termino por gritar–. ¡No estoy entendiendo ni una sola palabra de lo que estás diciendo!

–Jo... ño... ra... A ver si a... Espe... Voy saliendo, es que no... ra en este si... Ya, a ver. ¿Probando? Estoy en la calle. ¡Joder! ¡Qué puto frío! ¡No he cogido el abrigo!

–¿Te caliento guapa? –oigo que dice alguien al otro lado del teléfono.

–¿Te caliento los huevos de una patada, listillo? –le responde Sussan en su tono habitual.

–¡Hazme caso a mí! –le pido–. No busques problemas, a ver si vas a acabar descuartizada en un callejón.

–No corro peligro. La diva enana que me lo ha dicho necesitaría unos zapatos de plataforma para poder rozarme los tobillos.

–¿Qué ha pasado?

–Nada, que tengo frío y me ha dicho que si me calentaba él.

–No, estúpida. ¿Qué pasó antes? ¿Por qué me llamas? ¿Mike está bien? No oía nada de lo que decías.

–No, no está bien. Pero no le ha pasado nada.

–¿Entonces?

–Nada, que está borracho. Muy borracho.

–Lo suponía.

–Tienes que venir a buscarlo, Ryan. No nos hace caso. Alex está dentro con él.

–¿Has visto la hora que es? ¿Pretendes que vaya ahora solo en el metro hasta dónde quiera que estés?

–Yo que sé, Ryan. Coge un taxi –insiste Sussan.

–Bueno, ya me las arreglaré. ¿Dónde estáis?

–En G Lounge.

–Pero, ¿cómo vais a estar en Norwalk? –pregunto extrañado.

–¡No, idiota! ¡En Manhattan! Se ve que los gays no sois muy innovadores a la hora de poner nombre a las discotecas.

–¿Habéis ido a una discoteca de ambiente? Gracias, Sussan.

–Frena el coche, amigo. No lo trajimos nosotros. Íbamos perdidos por Chelsea buscando el Avalon y pasamos por delante. Mike vio de qué iba el sitio y quiso entrar.

–Da igual, eso ahora da igual. ¿Dónde es eso? ¿En qué parte de Chelsea?

–En la calle 19, entre las avenidas 7ª y 8ª. Busca un garito con la fachada de cristal bajo un arco de piedra y un montón de tíos en la entrada.

–Vale. Intentad que Mike no beba más. Cogeré un taxi.

Rápidamente, cojo mi cartera, las llaves y me dispongo a salir de casa, cuando oigo a Evan decir que viene conmigo, que espere. Supongo que se ha despertado en mitad de la conversación. Coge su abrigo del sofá, se coloca un poco el pelo frente al espejo que hay en la entrada y salimos juntos.

Encontrar un taxi en Nueva York a cualquier hora del día o la noche es como buscar una gota de agua en una bañera. Fácil, rápido e instantáneo. Menos cuando tienes prisa. Entonces es cuando la afluencia de taxis es inversamente proporcional a la necesidad que tengas de conseguir uno. Como no hay tiempo que perder, seguimos caminando por las nevadas aceras en dirección al metro hasta que damos con uno libre en Smith Street.

–A la calle 19, entre la 7ª y la 8ª, por favor –le digo al taxista.

Un minuto. Dos minutos. Cinco minutos. Este trayecto se me va a hacer eterno. Ni siquiera sé qué voy a decirle a Mike para convencerlo de que nos vayamos a casa. Seguro que sigue enfadado. Enfadado y borracho, que es peor. Pero bueno, no hagas un drama de esto, Ryan, que ni se ha muerto nadie ni es para tanto. Como dijo Evan, es una tontería que tiene solución.

–¿A dónde vamos? –me pregunta Evan.

–A una discoteca llamada G Lounge.

–No, hacia allí no vamos.

–Sí, me ha dicho Sussan que están allí.

–No, me refiero a que el taxi no está yendo a ese sitio.

–¿Y a dónde vamos entonces? ¿A Coney Island?

–Pues, según la dirección que lleva el taxi, podría ser. Pero al G Lounge no vamos, eso seguro.

Llevo todo el trayecto tan concentrado en mis pensamientos que no me he molestado en mirar por la ventanilla o en darme cuenta de que no hemos salido de Brooklyn.

–Disculpe, señor. ¿A dónde nos lleva?

–A la calle 19, entre la 8ª y la 7ª como ha pedido, señor.

–Yo creo que no –responde Evan.

–Yo creo que sí –responde el taxista.

–Yo creo que aquí pasa algo raro –añado yo.

–Estamos yendo hacia el sur, señor –continúa Evan–, y deberíamos estar yendo hacia el lado opuesto.

–¿Quieren ir a Manhattan?

–¡Claro! –decimos Evan y yo al unísono.

–Haberlo especificado –responde el taxista mientras cambia de sentido en mitad de la avenida saltándose unas cuantas normas de circulación–. Estábamos yendo a la calle 19 de Brooklyn.

Miro a Evan sorprendido. Evan me mira a mí sin tener ni idea de lo que está pasando. Saco mi móvil y busco la aplicación de mapas, busco nuestra localización y, tras merodear en los alrededores, descubro que, efectivamente, al sur de Brooklyn las calles y avenidas también están identificadas con números en vez de nombres. Lo que viene a significar que el error es nuestro y la broma nos va a salir cara. Me va a salir cara.

Entre las confusiones, el tráfico y semáforos inoportunos, tardamos más de media hora en llegar a la discoteca. Al pagar el taxi, me quedo sin un dólar en la cartera, por lo que Evan tiene que pagarme la entrada. Otros dieciséis dólares más que nos está costando la broma. Accedemos al interior y nos encontramos con la jungla. Luz escasa, una zona de baile considerable con asientos y mesas a los lados, una brillante y semicircular barra al fondo, camareros con el cuerpo de He-Man, gogos dejando bastante poco a la imaginación, un ochenta por ciento de humedad en el ambiente y mujeres, biológicas, más bien pocas. A saber dónde anda metida Sussan, y ahora el que no tiene cobertura soy yo. Damos una vuelta de reconocimiento por el garito y no encontramos ninguna cara conocida, salvo la de cierto presentador de televisión entrado en años que no esperaba encontrarme en un sitio así.

Ahora que me fijo, la media de edad de este sitio debe de estar en torno a los treinta años, así que no comprendo ni cómo han dejado entrar a Mike con la cara de adolescente que tiene, ni cómo no se han dado cuenta de que tanto su carnet –si es que se lo pidieron– como el mío son falsos. Sí, tengo un carnet falso. Nos lo hizo un compañero de clase hace semanas cuando comprobamos que en esta ciudad lo piden en prácticamente todos los sitios pasada la medianoche. Y sí, cada vez que lo uso lo hago aterrado, pensando en que puede aparecer la policía, pero merece la pena arriesgarse.

–Vamos a mirar en el baño –me dice Evan.

Dicho y hecho. No sé si ha sido casualidad o que está curtido en mil batallas como esta, pero en la puerta nos encontramos a Sussan apoyada en la pared, tecleando en su móvil y con cara de frustrada, probablemente por no poder enviar mensajes sin salir a la calle para recuperar la cobertura.

–¿Dónde os habíais metido? –me pregunta cuando levanta la vista y nos ve llegar.

–El taxista se equivocó –respondo.

–Te equivocaste tú –aclara Evan.

–Da igual, nos confundimos todos. ¿Dónde está Mike?

–Está dentro. Alex está con él. No quiere salir.

–¿Ha bebido más?

–Creo que no, salvo que ahí dentro haya un camarero sirviendo copas también.

Le doy un beso en la mejilla y la abrazo.

–Gracias por cuidármelo.

–Me debes treinta dólares por hacer de canguro.

–Ahora te los doy cuando Mike me de los cuarenta que me he gastado ya esta noche por su culp... Por nuestra culpa.

Abro la puerta del baño y, en comparación con lo abarrotado de gente que está el lugar, apenas hay un alma en el interior. Me cruzo con un chico al salir, que me guiña un ojo y sonríe esperando respuesta, pero yo hoy no tengo el coño para fiestas, como diría Sussan. Al fondo, veo a Alex hablando solo frente a una puerta, por lo que intuyo que Mike está dentro de ese cubículo.

Toco la puerta.

Toco de nuevo.

Intento abrir pero está cerrada.

–No lo intentes, no responde y no quiere salir.

Entro en el cubículo contiguo, pongo un pie sobre el váter intentando no resbalarme –o, peor aún, meterlo dentro– y consigo asomarme por la parte alta de la pared. Mike está sentado con las rodillas entre los brazos y creo que está llorando.

–¿Me vas a hacer saltar ahí dentro?

Mike levanta la vista y, aunque sé que lo negará después, sus ojos se abren como platos y se le dibuja una sonrisa en la cara. La cual dura unos segundos, porque, al darse cuenta, vuelve a ponerse serio y desvía la mirada hacia el suelo.

–Venga, sal de ahí.

Ante el caso omiso que me hace, empiezo a hacer fuerza con la intención de pasar mi cuerpo por encima de la pared.

–Vale, vale. Ya salgo. A ver si te vas a romper algo.

Con cuidado, me bajo de donde me he subido y le digo a Alex que ya puede irse. Mike abre la puerta y sale con los ojos aún mojados y dando tumbos. Borracho es poco. Se acerca y me da un abrazo.

–Es injusto –dice sin despegarse de mí.

–¿El qué?

–Esto... Lo que ha pasado. No nos merecemos esto.

–Tampoco ha sido para tanto, se arregla y ya está.

–¿Seguro?

–Claro, tonto. ¿Tú no quieres que se arregle?

–Claro que sí. Pero igual si Evan sigue con nosotros, volverá a pasar lo mismo.

No sé exactamente si lo dice porque discutiremos acordándonos de lo que pasó en Halloween o si lo dice por algo más que no me ha contado todavía, pero no es el momento de reproches ni dudas.

–Evan da igual. Lo que importa aquí somos tú y yo.

–¿Seguro?

–Si me sigues preguntando eso, voy a pensar que eres tú el que no está seguro.

–¡Noooo! –exclama Mike, mientras pierde ligeramente el equilibrio y se sujeta a mis hombros–. No digas eso, Ryan. Estoy seguro de que estoy seguro. Te lo aseguro.

Me río.

–Yo estoy seguro de que has bebido más de lo normal.

–Sólo un poquito de vodka –responde, con una sonrisa burlona y haciendo el gesto con los dedos–. Este poquito de nada.

–Ya, claro.

Sujetándolo disimuladamente para que no se aprecie su estado de embriaguez, salimos del baño y nos dirigimos a la sala principal donde Sussan, Alex y Evan nos están esperando con cierto aire de agotamiento que me hace pensar que va siendo hora de marcharse.

–¿Nos vamos? –le pregunto a Mike.

–¿A casa?

–A dónde tú quieras.

–Pues vamos a buscar a uno para un trío –sonríe pícaramente.

–Imbécil –le digo, riéndome.

–Gilipollas –me contesta en el mismo tono.

–Ya, pero me quieres.

–Sí. No puedo evitar quererte aunque seas un pringado.

–Yo también te quiero a pesar de tu micro pene.

–¡Oye! –exclama–. ¡Eso sí que no! Dime algo bonito.

–Quiero besarte ahora.

–Entonces bésame.

Y allí, en mitad de la discoteca, dos menores de veintiuno que no debemos estar aquí, nos besamos y bailamos abrazados lentamente al ritmo de un tema *house*, mientras el resto de las personas a nuestro alrededor son ajenas a la intensa noche que hemos pasado. Tal y como dijo Evan, hay cosas que son tonterías y no tienen importancia, simplemente se hablan y se solucionan solas. Cuando el universo ha conspirado para que dos personas lleguen a estar juntas, hace falta algo más que una discusión para separarlas.

30 de julio de 2012

Hace dos días que ha ocurrido y aún me parece un sueño. Ha sido de película. Lo juro. Una escena de una jodida película. Estábamos los dos en lo alto de la noria, en la feria, cuando se ha estropeado y nos hemos quedado parados allí arriba. ¡Yo! ¡En una noria a no sé cuántos metros de altura! Estaba aterrado pero mis miedos se esfumaron en cuanto me di cuenta de que iba a recibir mi primer beso del chico que lleva dos semanas abriéndose paso hasta mi corazón.

Y así fue, durante unos segundos que parecieron horas el mundo se detuvo, no existía nada ni nadie a nuestro alrededor. Me besó y pude sentir como mi corazón se aceleraba, mis piernas temblaban y mi respiración se entrecortaba. Sus labios son tan suaves que eran como seda deslizándose sobre los míos. Me ha encantado y es fantásico que Ryan haya sido el primero. Fue todo tan perfecto que a la mañana siguiente me desperté pensando que todo había sido un sueño. Pero al abrir los ojos y verlo a mi lado supe que era real.

Nunca antes había sentido esto pero es justo lo que sabía que quería sentir desde hace tiempo. No quiero despertar de esta maravilla de sueño nunca. Nunca, nunca, nunca. Quiero quedarme en St. Dean con Ryan para siempre.

# 23
# LA TENTACIÓN

Me sigue pareciendo increíble que hayan pasado ya trescientos sesenta y cinco días exactamente. Hace un año estaba en esta misma ciudad, terminando de asimilar la sorpresa que Mike me había dado haciéndome subir a un avión sin tener ni idea de cuál sería el destino. Hace un año pisaba estas calles por primera vez en mi vida, sin saber que a día de hoy estaría transitándolas como un habitante más en vez de un turista. Hace un año nuestra historia acababa de empezar y, realmente, no habíamos tenido sino cuatro o cinco citas como algo más que amigos. Hace un año empecé a ser feliz de nuevo. Ahora estoy aquí, viviendo otra aventura más que sumar a mi trayectoria.

Si me paro a analizarlo, nunca pensé que antes de cumplir los veinte años iba a vivir tantas experiencias dispares y extremas, tanto positivas como negativas. A veces siento que en los últimos dos años he tenido vivencias que corresponden a cinco o seis años en las vidas de otras personas. A mí me ha tocado vivirlo todo muy rápidamente y reconozco que, de vez en cuando, da vértigo. Sobre todo cuando pienso en todo lo que yo he vivido y que otros no podrán, ya sea porque sus vidas no transcurren en los lugares indicados o porque desgraciadamente no pueden disfrutar de una vida larga y provechosa. Sé que en algunos aspectos corro demasiado y no me paro a admirar el paisaje; siempre quiero más y más, cambiar, seguir adelante, evolucionar. Y todo eso sé que es una forma de rendirle homenaje a Matt. Es como si estuviera viviendo la vida por los dos, aprovechando cada segundo y dejándome llevar sin pensar en las consecuencias. Bueno, no siempre. Ya que, si hace una semana me hubiera dejado llevar, quizás ahora mismo las cosas serían muy diferentes.

Ocurrió en la fiesta de Navidad a la que fuimos Mike, Evan, Sussan y yo. Aunque esa vez no fue tan elegante ni de tan alto standing, sino más bien todo lo contrario –en el buen sentido–. La fiesta la organizaba Andrew, el ex novio de Evan –el que es muy puta–, que ahora sale con el otro Ryan –el modelo–. Por lo visto, en la noche de Halloween, empezando la casa por el tejado, se acostaron y se gustaron, repitieron, empezaron a conocerse un poco más y se acabaron enamorado. Todo en cuestión de un mes, o menos, porque en Navidad repitieron unas ochenta veces que ya llevaban un mes saliendo. Igual fueron noventa. Pues eso, que la fiesta tuvo lugar en New Jersey, dónde vive la pareja con otro chico y su novia –o eso decían ellos, ya que se rumoreaba que eran primos y fingían no serlo para que no los juzgaran por tener sexo esporádico de vez en cuando–. Y allí nos fuimos el 25 de diciembre, con un frío que calaba los huesos pero con ganas de fiesta para olvidarnos del fallido aniversario de la semana anterior.

El apartamento estaba ubicado cerca del río y, desde la ventana, se podía contemplar el skyline de Manhattan iluminado como si las bombillas fueran gratis. El aire olía a caramelo, a papel de regalo y a carne rellena, a niños riendo y a canciones navideñas antiguas. Era mi primera Navidad en la gran

manzana y todo me parecía mágico, aunque en verdad no lo fuera. Incluso el trayecto en bus hasta Hoboken hizo que me acordara de las típicas películas en las que el o la protagonista viaja solo en transporte público en mitad de la noche de Navidad o Fin de Año, a la espera –sin saberlo– de reencontrarse con su ser amado o algún familiar añorado. Me puse muy ñoño aquella noche, lo sé. Pero se me pasó bastante rápido. En cuanto me encontré con Leo y empecé a tener pensamientos extraños de nuevo por culpa de sus acciones. Menos mal que Mike no supo nada de lo que ocurrió, por que si no aquella noche hubiéramos tenido otra pequeña gran discusión.

Pero volvamos a lo de sentirme ñoño. Lo reconozco y no me avergüenzo. Camino de la fiesta me acordé de mi madre y de mi padre, sobre todo de mi madre. Ser mayor de edad no va reñido con necesitar menos los cuidados de una madre. Y más aún cuando la persona con la que compartes tu vida no los podría tener ni aunque volviera a Norwalk. Vivir lejos es duro única y exclusivamente porque no la tengo cerca. He tenido la suerte de que he venido a esta ciudad con mi mejor amiga y casi hermana y con el chico del que estoy enamorado. Tampoco es que me quedaran muchos amigos más después de todo. Tan sólo he dejado atrás a Josh porque el resto han ido desapareciendo de mi vida a medida que cada uno hemos ido haciendo caminos nuevos al llegar a la universidad. Es por ello que vivir en Nueva York es fácil, pero lo sería mucho más si tuviera a mi madre en alguna modesta casita de Brooklyn o New Jersey. Me conformaría con que estuviera a una o dos horas en tren.

Incluso Sussan echa de menos a Kate, posiblemente más que a su propia madre. Cada vez que David se ha puesto enfermo o se ha visto metida en algún enredo materno del que no supiera salir, siempre ha llamado a mi madre antes que a la suya. Y siempre le ha dado la solución correcta en el momento adecuado, porque se siente más madre y abuela que otra cosa. Por ese y otros tantos motivos la echo de menos, aunque reconozco que no a diario. Pero era Navidad... Y en Navidad todo cambia, todo se magnifica, los enfados importan menos y las ausencias duelen más.

Sinceramente, no creo en Dios. No sé en lo que creo, pero desde luego no es en el señor con barba que nos vende la Biblia. Pero me gusta celebrar la Navidad porque va más allá de una simple fiesta cristiana. Es un punto de unión, de recordar, de reencuentros y perdones –de los de verdad–, de alegrías y algunas tristezas. Es el momento del año en el que los contadores se ponen a cero y empezamos a tener nuevas relaciones familiares y personales que irán evolucionando hasta que llegue el año siguiente y haya que volver a pedir perdón a aquel primo al que hiciste daño o a aquel hijo que te confesó su homosexualidad y le negaste la palabra durante meses. Yo aún sigo esperando esas disculpas, aunque ya haya pasado el día de Navidad. Ese momento en el que mi padre se acerque a mí y me diga «Lo siento por no haber sabido gestionar tu noticia de otra forma. Siento no haberte apoyado en el peor momento de tu vida al perder a tu novio. Siento no haber entendido que eres un ser humano y sufres tanto o más que el resto. Siento no haber estado más

pendiente de ti para protegerte. Siento no haberte comprendido. Pero sabes que siempre te he querido, que te quiero y que siempre te querré, porque eres mi hijo y eso está por encima de cualquier cosa». Aún sigo esperando y sé que algún día ocurrirá, porque mi padre ha cambiado su actitud conmigo desde que volví de St. Dean pero nunca ha intentado echarme de casa o negarme como hijo, como le ocurre a otros tantos chicos y chicas. Por eso sigo esperando, porque sé que él no es así. Él es bueno y yo le estoy dando tiempo para que aprenda a pensar de forma distinta.

–Cuidado con el perro –dijo Andrew nada más abrir la puerta.

–¿Muerde? –preguntó Mike escondiéndose tras mi espalda.

–¿Cómo tienes un perro en un apartamento sin terraza? –se quejó Sussan –. Eso es como tenerlo en una jaula.

–No te quejes que tú tienes un gato –le respondió Mike.

–A ver, que no muerde ni se os va a abalanzar –interrumpió Andrew todavía en mitad de la puerta sin dejarnos pasar–. Digo que tengáis cuidado porque es un chihuahua enano y lo podéis pisar.

–Vale, Paris Hilton –bromeó Mike–. ¿Podemos pasar ya?

–Claro. Bienvenidos a la fiesta. Tú –dijo señalando a Sussan– te vas a aburrir, vete asimilándolo.

Sussan y yo nos miramos extrañados.

–¿De qué va la marica esta? –me preguntó Sussan en voz baja–. Ni siquiera me conoce y da por hecho que me voy a aburrir.

Según nos adentrábamos en aquel apartamento empezábamos a comprender a qué venía el comentario. Entre luces de navidad, un árbol más seco que fresco con una decoración peculiar, botellas y más botellas de alcohol, vasos de plástico como para forrar el Empire State, muchos sillones y restos de comida en las mesas, podíamos observar que en aquella fiesta el sexo femenino brillaba por su ausencia. Y era de suponer que, entre tanto caballero, todos batearían para el mismo equipo.

–¿Y tu compañera de piso y su prim... Su novio? –le pregunté a Andrew.

–Se han ido “casualmente” –respondió levantando ambas manos y haciendo el gesto con los dedos– a pasar las fiestas en casa de los padres de él.

–¿Y con los de ella no? –preguntó Sussan, intrigada, porque le habíamos contado la historia de los primos-novios antes de llegar.

–Los de ella seguro que van también, que para algo serán familia –respondió Andrew desinteresadamente–. Y, a todas estas. ¿Tú quién eres pelirroja?

–Es mi hermana –respondí.

Andrew nos miró a los ojos, luego un vistazo general de arriba abajo, después otra vez la cara.

–Y yo soy Meryl Streep. Encantado –dijo teniéndole la mano a Sussan.

Mike se echó a reír. Sussan seguía un poco desubicada y yo no sabía si reírme o darle explicaciones. Ni tiempo me dio a darlas porque, cuando quise darme cuenta, Andrew nos había dado la espalda para agarrarse al otro Ryan

como si no hubiera un mañana. No se despegó de él en todo lo que restó de noche.

Por suerte, parece que este grupo de gente adapta su personalidad a la zona de la ciudad en la que esté. Y claro, si en el Upper East Side tocó jugar a la botella y ver pasar a tres brujas en un momento místico, aquí en New Jersey lo que se estila es el rollo urbano, la música negra noventera de Lauryn Hill, hablar de arte independiente y fumar marihuana, junto a la ventana por supuesto, que los cojines del sofá cuestan una pasta. Parece mentira que esta misma gente fuera la que en Halloween estaba vestida con náuticos y americanas bebiendo Chardonnay y bailando al ritmo de las divas más petardas del panorama musical.

Una o dos horas después de haber llegado a la fiesta, sonó el timbre. Realmente sonó unas diez o doce veces más –nunca antes había visto a tanta gente concentrada en tan poco espacio– pero esa vez, no sé por qué, le presté atención. Tanta que incluso me encaminé hacia la puerta para abrirla, ya que nadie más parecía molestarse. Sussan y Mike estaban sumergidos en una extraña conversación sobre lo que le ocurre a las abejas cuando pierden el aguijón pero no han expulsado el veneno y yo llevaba cinco minutos tan perdido entre abejas muertas, abejas vivas, abejas zombies, polen y colmenas que había decidido levantarme a por otro mojito. Me van a salir plantas en el hígado. Y el timbre sonó. Y nadie le hizo caso. Y allí que fui yo a abrir la puerta como si aquel piso fuera mío y aquella fiesta la gobernara yo. Ya tenía preparada la frase sobre tener cuidado con el perro cuando, al girar el pomo y levantar la vista, al otro lado de la gruesa madera los ojos de Leo se iluminaban de forma especial y se abrían un poco más, al tiempo que una tímida pero firme sonrisa se esbozaba en su cara.

–¡Ryan!

–¡Ryan! –le imité. Se rió un poco más.

–¡No esperaba verte aquí!

–¡Ni yo a ti! –la verdad es que un poco sí, aunque ya me había olvidado de la posibilidad de que apareciera.

–¿Puedo pasar?

–Ten cuidado con el perro –le avisé.

–¿El chihuahua?

–¿Ya lo conoces?

–No es la primera vez que vengo.

–¿Contraseña? –le pregunté finalmente. Me apetecía jugar.

–No me han dado contraseña. Esto no es Park Avenue, aquí no se cuela nadie.

–Sin contraseña no puedes pasar –insistí, aún no sé por qué. Efectos secundarios de los mojitos, supongo.

–¿Y si te convenzo?

Entonces Leo, sin pensárselo dos veces, se acercó hasta mí, miró hacia el interior del apartamento comprobando que nadie estuviera cotilleando y, para

cuando quise reaccionar, sus labios estaban rozando los míos mientras acercaba su mano hacia mi cintura para empujarme hacia su cuerpo. Yo permanecía inmóvil sin saber reaccionar. Sin querer reaccionar. Leo se acercó más hasta estar dentro de mi territorio. Sus labios ya no me rozaban sino que me estaban besando sin dejar un sólo hueco entre su boca y la mía. Con la otra mano empezó a cerrar la puerta, pero a mitad de camino volvió a abrirla y empezó a separarse de mí al mismo tiempo que me agarraba de la camiseta para que le siguiera. Dos pasos y un tropezón después, era yo el que estaba fuera del apartamento, aún sin reaccionar y sin entender muy bien lo que estaba pasando. No habían pasado ni diez segundos cuando por fin pude pensar con claridad y me eché atrás. Volví a entrar en el piso y me alejé de la puerta. Aquello no había estado bien. Pero en verdad había estado genial.

El resto de la noche la pasé evitando a Leo cada vez que nos encontrábamos en algún lugar de aquel pequeño apartamento. En cuanto Sussan empezó a echar de menos a David, aproveché para convencerla de que teníamos que irnos. Me inventé una excusa, diciendo que no era justo que Alex pasara solo la noche de Navidad, por mucho que él se hubiera empeñado en que Sussan saliera con nosotros para disfrutar al menos un día sin responsabilidades maternales. Poco me costó convencerla y enseguida estábamos cogiendo nuestros abrigos para irnos. Yo sólo quería salir de allí lo antes posible, no quería más tentaciones.

No sé cómo pude hacerle eso a Mike. Bueno, realmente no hice nada, pero me preocupa el cómo me sentí en aquel momento. Cómo disfruté de esos escasos segundos y cómo mi cuerpo se estremeció al comprobar que por fin había conquistado a Leo. No debería tener esa clase de pensamientos y emociones. Debería darme igual a quién le gusto y a quién no porque yo ya tengo quién me corresponda.

–¡Mierda! –se quejó Sussan cuando ya estábamos en la calle–. Me he dejado el bolso.

–¿Cómo puedes dejarte el bolso? ¡Si no te separas nunca de él! –me quejé, quizás dejándome llevar por la angustia que sentía.

–No es para tanto, Ryan. ¿Qué te pasa?

–Yo subo a buscarlo –dijo Mike.

Y, durante un segundo fugaz, me imaginé a Mike encontrándose con Leo y éste contándole lo que había pasado.

–Ya subo yo. Que además tengo ganas de orinar, así aprovecho.

Subí las escaleras nervioso. Nervioso y asustado. Mi intención era entrar, coger el bolso de Sussan y salir como si fuera el Correcaminos. Nada más lejos de la realidad. Misma historia, personajes cambiados. Leo me abrió la puerta y me pidió la contraseña para poder entrar.

–No puedo –le respondí–. Ni puedo ni quiero.

–Sí quieres.

–Tú no sabes lo que quiero.

–Tú si que no sabes lo que quieres.

–Quiero a mi novio.

–Nadie lo ha negado.

–¿Me vas a dejar entrar?

–Convénceme –se insinuó.

–No voy a besarte. Me están esperando abajo.

Le di un suave empujón y no opuso resistencia para dejarme pasar. Una vez llegué al salón, me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba el bolso de Sussan, ni de cómo era, ni qué tamaño tenía, ni...

–¿Buscas esto? –preguntó Leo con el bolso en la mano.

–¿Cómo sabes que vine a por eso?

–Aquí son todos gays pero, de momento, ninguno usa bolso. Lo acabo de encontrar y supuse que tú o tu amiga volveríais a buscarlo.

Se acercó a mí, me dio el bolso y lentamente se acercó hasta mi oído para susurrarme.

–Mira el interior antes de dárselo a tu amiga. Estaré esperando.

Ya había pasado suficiente tiempo como para que Mike y Sussan creyeran que había ido al baño y me estaba arriesgando demasiado a que Evan me viera, así que cogí el bolso y salí del apartamento sin mirar atrás. Mientras bajaba las escaleras lo abrí y encontré una servilleta navideña con un número de teléfono escrito. Mensajes en un bolso, típico de Leo. Hice un amago de tirarlo al suelo, pero terminé por guardarlo en el bolsillo trasero del pantalón. Cuando ya estaba a punto de abandonar el edificio, me imaginé a Mike tocándome el culo y descubriendo la servilleta. La extraje y la guardé en un bolsillo del abrigo. Para cuando me arrepentí de haber guardado el número de Leo, ya era demasiado tarde y no podía volverlo a sacar para tirarlo.

Desde esa noche, no paro de darle vueltas y más vueltas a lo ocurrido. No entiendo por qué pasó. Es cierto que llevo meses fantaseando con Leo, pero en el fondo siempre pensé que no pasaría de ahí, que en verdad no le gustaba, que no me miraba, que los mensajes eran una broma, que cuando me diera cuenta ya me habría olvidado de que existe y todo habría quedado en una anécdota. Pero no ha sido así. Ha ocurrido. Me ha besado. Me he dejado besar. Y lo peor es que me ha gustado. Fue diferente, muy diferente. Sólo espero que lo que yo sentí esa noche al besar a Leo no lo haya sentido Mike cuando besó a Evan en Halloween.

Sí, los celos hacia Evan siguen ahí. Desde la noche de nuestro mal logrado aniversario, Mike y Evan han conectado hasta un punto insospechado. Han estado hablando del cáncer –del que pasó Evan y el que se llevó a la madre de Mike–, del miedo que sienten ambos al oír esa palabra, de todo el dolor que han tenido que superar y de todo lo que han aprendido con sus respectivas experiencias. Y lo entiendo, en serio que lo entiendo. Pero no puedo evitar pensar que, con tanta conexión y acercamientos, con tanta vulnerabilidad, acabarán desarrollando sentimientos recíprocos que consigan dejarme a un lado. Es curioso como puedo estar pensando en la posibilidad de que Mike me deje cuando soy yo el que ha besado a un tío por el que llevaba babeando

desde que lo vi por primera vez. Intento convencerme de que fue sólo eso, un beso. Que no se repetirá y que ha servido para escarmentar y darme cuenta de lo que estaba haciendo. Dicen que el que juega con fuego se acaba quemando, pero yo he tenido la suerte de que sólo me he quemado un dedo y puedo seguir mi vida tal y como la conocía ahora que he tirado el juego a la basura. La herida se curará con el tiempo y ni me acordaré del juego.

Y después de todo lo ocurrido, aquí esta el pobre e insensato Ryan, solo en casa a veinte minutos de empezar el año nuevo. Repito, solo. En Fin de Año. Solo. Con el iPhone en la mano mirándolo cada dos minutos esperando algún mensaje de Mike para decirme que vuelve para quedarse conmigo. No sé si fueron las emociones varias y contradictorias de la noche de Navidad, los mojitos que me tomé o el frío que cogí en la calle pero dos días después caí enfermo de gripe y estuve dos días sin salir de la cama. Evidentemente ya estoy mejor, pero, hasta ayer, aún tenía fiebre, así que he decidido, por mi propia voluntad, no salir de casa. Al principio, los demás se ofrecieron a quedarse conmigo y esas cosas, pero les animé a no hacerlo, a disfrutar de una noche tan especial en las calles de esta peculiar ciudad. Lo que no esperaba es que Mike también se diera por aludido y no se lo pensara dos veces antes de coger su abrigo e irse con Evan y el séquito de homosexuales varios que han ido involucrándose en nuestras vidas desde la noche de Halloween. Sussan cree que estamos pasando la noche los tres por ahí y no he querido decirle nada; no sería oportuno que se empeñara en venir a estas horas y con este frío cargando con un bebé y un novio con varias copas de más. Además, el trato era que ella pasaba la noche de Navidad conmigo y la de Fin de Año con Alex.

Para rematar la noche, hoy sí es nuestro aniversario real. Justo cuando comenzamos el nuevo año en mitad de Times Square, Mike me preguntó si quería ser su novio y acepté emocionado como si me hubiera propuesto matrimonio. Cuando he visto que Mike se levantaba y cogía su abrigo, me he puesto hecho una furia por dentro. No lo entiendo. Soy su novio y he estado enfermo. Es un noche especial y más para nosotros. ¿Por qué se ha ido a una fiesta con Evan? ¿Por qué no se ha quedado aquí conmigo? Lleva ya semanas bastante distraído con el tema de Evan, las dos últimas las han pasado muy unidos hablando todo el tiempo, haciendo bromas, poniéndose tristes juntos... Y ahora se va con él en vez de quedarse conmigo. Simplemente se hizo un poco el remolón, me puso ojitos tristes, hizo el amago de quedarse y, en cuanto le animé un poco a que se fuera, cogió su abrigo y se marchó.

Tanto hablar del abrigo ha hecho que recuerde que el número de Leo sigue en el bolsillo del mío. Me levanto y me acerco al perchero. Rebusco en uno de los bolsillos. Ley de Murphy. Busco en el otro. Bingo. ¡Ah, no! Es un pañuelo usado. ¡Ah, sí! Hay algo más. Aquí está. Vuelvo al sofá y cojo el teléfono.

–¿Qué estás haciendo? –me digo a mi mismo en voz alta–. No, no, no.

Suena mi móvil. Es un mensaje de Mike. «Estamos en no sé qué sitio cerca de Times Square. Hay muchísima gente. Igual me quedo sin cobertura.

Si me llamas y no da señal, ya sabes por qué es». Y ya está. Ni un «qué pena que no estés aquí» o un «te echo de menos» o un «esto no es lo mismo sin ti». Vaya. Desenvuelvo el papel que tengo entre los dedos y descubro que no es el mismo dónde Leo apuntó su número. «Esta noche me has ignorado un poco. Espero que me lo compenses». Pensaba que sólo me había dejado su número y resulta que ya me había dejado una sorpresa preparada en el abrigo para cuando me fuera. No sé cómo pretende Leo que no le ignorara después de besarme, sabiendo que mi novio estaba allí. Vuelvo a por el abrigo, rebusco en los bolsillos y doy con el papel correcto. Sé que me voy a arrepentir pero necesito que alguien me haga caso esta noche.

Un tono. Dos tonos. Estará de fiesta, seguro.

–¿Quién es? –responde Leo al otro lado de la línea.

Me quedo en silencio. No debería hacer esto.

–¿Hola? –insiste.

Después de todo es sólo una llamada. Somos amigos, o casi.

–Soy Ryan.

–¡Hola! –responde efusivo–. Ya pensaba que nunca llamarías.

–Yo también pensaba que nunca lo haría.

–Feliz año nuevo. Bueno, casi. Faltan diez minutos.

–¿Te pillo en mal momento?

–No. Acabo de irme de una fiesta rancia y cutre que me vendieron como lo más de lo más. Me voy a Chelsea a ver qué se cuece por allí.

–Pásalo bien entonces. Feliz año nuevo a ti también.

–¿Ya está?

–¿Y feliz Navidad?

–¡No! Digo que si sólo llamabas para eso. ¿Estás en alguna fiesta buena? ¿Puedo ir?

–Estoy en casa.

–¡Y no me habéis invitado!

–Estoy solo. He estado enfermo. Los demás se han ido a Times Square o a no sé dónde.

Empiezo a temer el rumbo que está cogiendo esta conversación y presiento cómo va a acabar. Ryan, detente.

–¿Y tu novio también se fue?

–Sí.

–¡Vaya novio!

Me quedo en silencio por no darle la razón, que la tiene, pero no sería ético criticar a mi novio. Menos aún dándole la razón al chico que hace una semana hizo que casi le pusiera los cuernos.

–¿Quieres que vaya?

–¿Venir? ¿Aquí?

–Claro. Vivirás en el centro, ¿no?

–Pues no. Vivo en Brooklyn.

–Mejor. Estoy en Brooklyn, cerca de Bergen Street esperando un taxi.

Pero hoy la suerte no está de mi lado.

Del mío parece ser que sí. Ahora es cuando yo debería ser sensato y actuar acorde a lo que se supone que es lo correcto. Pero estoy cansado de ser siempre el tonto idiota que cumple con lo correcto y acaba sufriendo. Si Mike no ha querido pasar la noche con su novio, él se lo pierde. Leo sí quiere y no tenemos por qué hacer nada. Él sabe que tengo novio y no parece ser la clase de chico que vaya a obligarme a hacer nada que no quiera. No quiero estar solo ahora mismo, esta noche no.

–¿Sigues ahí? –pregunta Leo–. Me estoy helando.

–Vivo cerca de dónde estás –respondo finalmente–. Espérame por fuera de la estación del metro.

–Has estado enfermo. Envíame tu ubicación y voy yo hasta allí.

Le envío un WhatsApp con mi ubicación y le indico el número exacto del edificio. Ya no hay vuelta atrás.

Cinco interminables minutos después, suena el portero electrónico y abro sin pensar demasiado en lo que estoy haciendo. Cuando abro la puerta, Leo aparece subiendo los últimos escalones con una sonrisa en la cara y restos de nieve en la ropa. En la pantalla del televisor, la bola de Times Square acaba de llegar a lo más alto y la gente entre en ebullición. Vuelvo a mirar hacia Leo y me doy cuenta de que no es la cara que esperaba estar viendo en este momento. Lo invito a pasar.

–¿Te has dado cuenta? –me pregunta.

–¿De qué?

–Este momento.

–No te sigo.

–¡Eres Miranda!

No entiendo a dónde quiere ir a parar. Y mi cara parece ser un libro abierto porque enseguida continúa su explicación.

–Nueva York. Fin de Año. Las doce de la noche. Tú solo en casa. Yo que vengo a rescatarte de tu soledad. Sexo en Nueva York.

–¡Eres mi Carrie! –exclamo cuando me doy cuenta de la situación. Nunca pensé que caería en esta clase de tópico gay.

–Si ellas fueran lesbianas, claro está.

Nos sentamos en el sillón y, gracias a lo curioso de la situación, me olvido de mis nervios y de lo incómodo que estaba pensando que iba a ser este encuentro hace diez minutos. Le ofrezco una cerveza y saco otra para mí del refrigerador. Para cuando nos las hemos terminado, ya me he enterado de cómo de cutre era la fiesta de la que se escapó, de las vueltas que dio por Brooklyn buscando un taxi hasta que llegó a mi zona, de cómo terminó la noche de Navidad dormido en casa de Andrew con el chihuahua orinándole en la cara y de lo mucho que le hubiera gustado haber continuado el beso que empezó a darme.

–¿Te puedo hacer una pregunta? –pregunta Leo.

–Claro. Dime. Miedo me das.

–Tranquilo. No me malinterpretes pero, ¿qué clase de novio te deja solo en una noche como esta?

–Yo me pregunto lo mismo. Pero bueno, le animé a que saliera a divertirse.

–¿Y? Yo no me habría ido aunque me hubieras puesto el abrigo y me hubieras empujado a la calle.

–No sé, Leo. No me apetece hablar de ellos.

–¿Ellos?

Mierda. Puto subconsciente.

–¿Quiénes son ellos?

–Nadie.

–Dime –insiste. Desahógate.

–Mike y Evan.

–¿Qué pasa con Evan?

–Vive aquí.

–¡No jodas! Creo que algo había oído pero no le presté atención.

Me quedo en silencio porque la conversación es evidente.

–¿Estás celoso?

–Puede.

–¿Con motivos?

–¿Te parece poco lo de esta noche? Se ha ido a una fiesta con él y todos los demás.

–Claro.

–Y a eso súmale que llevan dos semanas que son inseparables.

–Te entiendo –dice levantándose del sofá y sentándose casi tocándome.

–¿Es normal que sienta celos? No me gusta que se comporte así y me haga a un lado.

–Bueno, pero tampoco puedes echarle mucho en cara. Tú me besaste el otro día, así que ya has hecho algo peor que lo que hace él.

–¡No! –me río–. ¡No mientas! ¡Tú me besaste a mí!

–Sabes que no.

–Sabes que sí.

Se acerca un poco más y, cuando está a un par de centímetros de mi cara, vuelve a besarme.

–Ahora sí te he besado yo.

Lo miro a los ojos y veo en sus pupilas el reflejo de las luces de navidad que hemos pues en el marco de la ventana, brillando como si toda la luz del mundo se fabricara en su interior; sus labios entreabiertos que humedece con su lengua de forma rápida, casi imperceptible; sus manos que ahora descansan sobre mi muslo derecho. Me acerco lentamente y me doy cuenta de que tengo delante a ese chico con el que llevo fantaseando días, semanas y meses; ese chico que ha estado todo este tiempo dejándome mensajes y luchando por conseguir algo de mí, sin rendirse aún sabiendo que no puedo darle lo que pide. La historia se repite. Justo cuando estoy rozando sus labios, cierro los

ojos, abro los míos y me dejo llevar por el momento tan mágico que estoy viv... ¡BEEP! Suena el teléfono de Leo. Abro los ojos de golpe y me separo como si acabara de quemarme con sus labios. Despierto a esa realidad en la que estoy en el piso que comparto con mi novio, a punto de liarme con otro chico.

Desbloquea el móvil. Es un mensaje que no alcanzo a leer. Ni debería.

–Tengo que irme –dice Leo.

–¿Ha pasado algo? –pregunto.

–No. No es nada importante. Me voy porque esto no está bien. Me gustas y no quiero tenerte así, no de este modo.

Leo se levanta, coge su abrigo y se dirige a la puerta. No opongo resistencia alguna porque tiene razón. Estoy llegando demasiado lejos. Me da un beso en la mejilla antes de salir.

–Espero que ese chico te haga la mitad de feliz de lo que podría hacerlo yo.

Cierro la puerta.

Ya van dos. Dos veces he estado al borde de dejarme llevar y hacer algo de lo que probablemente me arrepentiría toda mi vida. No sé cómo he podido llegar a este punto, pero esto tiene que cambiar. No puedo seguir así. Mike no se lo merece. Yo tampoco me lo merezco.

Literalmente, diez minutos después oigo llaves en la puerta, aparece Mike con la cara más larga que le he visto en la vida. Apenas me mira.

–¿Qué tal ha ido la noche? ¿Qué ha pasado?

–Una mierda, todo una mierda –dice resignado–. Me voy a la cama, no me apetece hablar ni ver a nadie.

No salgo de mi asombro. Acabo de dejar que Leo se marche y ahora mi novio me ignora por completo. Me levanto para ir detrás de él cuando vuelvo a oír llaves en la puerta. Es Evan.

–¿Vais a llegar todos a cuentagotas?

–¿Mike ya llegó?

–Sí, ¿no veníais juntos?

–No, vinimos separados. Es decir, vinimos juntos pero se adelantó en la calle.

–¿Qué ha pasado? ¿Qué tal la fiesta?

–No quiero hablar. Me voy a la cama.

Que alguien me explique qué está pasando aquí. Primero llega uno tan cabreado como desganado y no quiere ni hablarme, luego llega el otro sin saber que había llegado el uno y tampoco quiere hablarme. Los dos directos a la cama, cada uno a la suya por suerte. Faltaría más. Algo ha pasado en esa fiesta y empiezo a pensar que al final ha pasado lo que me venía temiendo desde hace tiempo.

## 2 de septiembre de 2012

Al final, la vida no se ha portado tan mal y me ha

regalado una segunda oportunidad. Nathan no es el novio de Ryan, sólo es un amigo homófobo y gilipollas. Otro John que se interpuso en nuestro camino y casi consigue separarnos. Pero nosotros somos tan fuertes que al final hemos conseguido destruirlo y volver a estar juntos. Lo que también he destruido son las páginas de estas últimas semanas. No tiene sentido conservar tantos comentarios negativos sobre Ryan que se basaron en la mentira de un ser despiadado. Los he quemado y no quiero volver a recordar esos días de amargura nunca más.

Por primera vez en mi vida puedo decir con la boca bien abierta que soy feliz, que amo y soy amado. Dentro de nada, él volverá a Norwalk y estaremos algunos días separados, pero nos volveremos a ver muy pronto y entonces no nos separaremos nunca más.

Soy feliz. Soy feliz y no quiero ocultarlo. Desde el día en el que me besó en lo alto de la noria, supe que ese chico estaba hecho para mí y yo para él. Había algo dentro de mí que me decía que lo que estaba pasando no era real. Sabía que Ryan no podía haberme engañado. Sabía que sus sentimientos hacía mí no podían ser fingidos ni por el mejor actor del mundo.

Ahora no quiero que este verano acabe nunca. Quiero un verano interminable junto a Ryan.

# 24
# CUMPLEAÑOS

El 2014 no lo he empezado con buen pie. Eso está claro. He pasado de ser el chico más feliz del mundo, con el mejor novio que se pueda desear, viviendo una aventura increíble en Nueva York a ser un chico con la mente perturbada, llena de dudas y temores, con una incertidumbre enorme que me consume por dentro cada vez que pienso en Mike y con unos celos que van creciendo con cada gesto extraño que veo entre mi novio y nuestro compañero de piso.

Han pasado dos semanas desde la surrealista noche de Fin de Año. Ya hemos vuelto a las clases y nuestra vida diaria parece que vuelve a la rutina y a la normalidad, pero es todo fachada. Una fachada que no sé qué esconde. Mike y Evan apenas se dirigen la palabra, cuando hasta el día 1 de enero se habían vuelto inseparables. Leo no ha dado señales de vida y prefiero que siga así, ni siquiera lo hemos visto en clase. No sé si ha procurado esconderse de mí o es que no ha asistido. Sussan está igual de perdida que yo y no entiende qué pudo haber pasado aquella noche para que, desde entonces, haya cambiado todo. Sobra decir que no le he contado nada de lo que ha pasado con Leo. Confío en ella, pero, cuánta menos gente lo sepa, menos posibilidades habrá de que llegue a oídos de Mike y comience la III Guerra Mundial.

Pero lo más fascinante de todo es que hoy es mi cumpleaños. Cumplo veinte años y lo hago en una ciudad tan fantástica como imprevisible, con la compañía de mi mejor amiga, los mensajes de felicitación de muchos amigos, familiares y conocidos y, para culminar la alegría, con un novio que se ha olvidado por completo. En plena era digital y tecnológica en la que es prácticamente imposible no saber qué día es o no darte cuenta de los cumpleaños de tus seres cercanos, no ha sido capaz de darse cuenta de que hoy es 16 de enero. Y no es que haya sido despiste, no. Es ya la hora de comer, estamos a punto de irnos a casa y no se ha acordado en toda la mañana.

Con una mezcla de enfado y resignación, cojo la mochila y descubro otro papel.

–¿Vamos? –me dice Mike.

–Voy al baño, espérame en la puerta.

Llego al servicio y corro a desenvolver el mensaje. «Quiero compensarte por lo de Fin de Año». Si esto hubiera ocurrido ayer, estaría rompiendo y tirando el mensaje en cualquier esquina, pero ha ocurrido hoy, justo hoy; el día en el que mi novio no se ha acordado de mi cumpleaños, dos semanas después de haber hecho algo con Evan que provoca que ahora no hablen cuando estoy delante y actúen de forma extraña conmigo. Se acabó el hacer el tonto. No me apetece seguir siendo el niño bueno que le da vueltas a todo y al final se lleva los golpes. Cojo mi móvil, busco a Leo en la lista de contactos y le envío un mensaje: «Tu ganas. Dime dónde nos vemos y me compensas por

lo ocurrido». Y esta vez no pienso arrepentirme, quiero estar con alguien que me valore. Guardo el teléfono.

–¿Qué haces? –me pregunta Mike que ha entrado y no me he dado cuenta.

Aún tengo el papel de Leo entre los dedos. Fríamente disimulo y lo guardo en el bolsillo como si no fuera nada privado.

–Nada. Me lavo las manos y salgo.

Mike me sonríe, se da la vuelta y se va. Es la primera vez que le veo dedicarme una sonrisa desde hace tiempo. Menos mal que no me ha preguntado por el papel. Por si a caso, lo extraigo del bolsillo y lo tiro por el retrete. Sin pruebas no hay delito, de momento.

Llevo toda la tarde mirando el móvil esperando una respuesta pero Leo no se digna a responder. Mientras tanto, Mike sigue actuando de forma sospechosa. Sigue sin acordarse del día que es hoy y ha empezado a buscar excusas para no estar juntos en lo que resta de día. Me ha dicho que necesita un par de horas de desconexión, que quiere irse a casa a leer un libro y estar solo. Por un lado, sospecho que algo esconde, pero, por otro lado, es cierto que no ha tenido momentos de intimidad y soledad desde que llegamos a Nueva York hace más de tres meses. Casi siempre estamos juntos, y si nos separamos cuando voy al gimnasio tampoco se queda solo porque Evan suele estar en casa. Puedo llegar a entender que necesite esa desconexión, pero que sea justo hoy no me hace nada de gracia. De todos modos, Alex me ha llamado para que vaya con él a comprar algunas cosas. Pienso que es buen plan para dejar a Mike tranquilo y, de paso, poder escaparme sin dar explicaciones en caso de que Leo responda. Me veo en una situación en la que, haga lo que haga, voy a salir perdiendo. Lo tengo claro.

A eso de las seis, Alex viene a buscarme a casa. Me despido de Mike y le animo a que aproveche el tiempo a solas. Siento ganas de recriminarle que no se haya acordado aún de mi cumpleaños, pero sé que eso derivaría en una discusión, más mal rollo y Alex abajo esperando. Opto por suavizar el ambiente.

–Ya puedes tocarte a gusto –bromeo.

–¡Idiota! –exclama Mike–. No me hace falta y lo sabes.

Ni se acuerda de mi cumpleaños, ni se acuerda que llevamos más de tres semanas sin rozarnos más abajo de la cintura. En fin.

–Vuelvo en un par de horas.

Le doy un beso que es correspondido. Salgo y, mientras bajo las escaleras, recibo un mensaje de Leo con su ubicación. Vive en una residencia de estudiantes en la calle 15 cerca de Union Square, que es lo único que conozco de esa zona. Espero no encontrarme con Evan saliendo del Friday's. Aunque en verdad ni siquiera sé qué horario tiene hoy. Igual llega a casa y le fastidia la intimidad a Mike. O quizás eso es precisamente lo que quieren y ya han conseguido deshacerse de mí. ¿En qué momento me he vuelto tan neurótico? Siento que todo esto va a acabar muy mal, pero dicen que, a veces, para que las cosas mejoren primero tienen que empeorar un poco.

Llego a la calle y veo a Alex con su coche nuevo esperándome y con varios coches detrás insistiendo para que se mueva. Dan ganas de fingir que se me ha olvidado algo y volver a entrar al edificio. Decido ser un ciudadano ejemplar y corro a subirme en el coche antes de que más vehículos se sumen al festival de bocinas y gritos por la ventanilla.

–¿Has visto la que has organizado en un momento? –le pregunto bromeando a Alex.

–¡Tendrás cara dura!

–¿A dónde vamos?

–A Tiffany.

–¿A dónde? –pregunto sorprendido–. ¿Eso significa lo que yo creo que significa? Porque el cumpleaños de Sussan no es hasta verano y vuestro aniversario que yo sepa ya pasó.

–Es lo que crees.

–¿En serio? ¿Se lo vas a pedir?

–¿Crees que dirá que sí?

–Con un anillo de ese sitio y en Nueva York, si no se casa ella contigo, lo hago yo.

–Ya te gustaría...

Me río y me avergüenzo al mismo tiempo. Es probablemente la primera vez que estamos Alex y yo solos desde que nos conocemos. No es que no hayamos tenido conversaciones antes, pero siempre ha sido con más personas involucradas.

–Igual te acabaría gustando más a ti que a mí, así que mejor ni lo intentes, chaval –termino por responderle.

–No lo creo –se ríe–. Venga, dime. ¿Hago bien?

–Lo del matrimonio sí, conducir no tanto. Te has pasado la entrada al puente.

–¡Mierda!

Tras una rápida visita a Tiffany & Co en la que me dio miedo tocar cualquier cosa por si rompía algo, comprar un anillo sencillo pero efectivo y en torno a media hora deambulando por el centro de Manhattan, casualmente llegamos hasta Union Square. Me duelen las piernas de tanto caminar y no me apetece seguir dando vueltas sin motivo por la ciudad. Es el momento perfecto para escabullirme porque Alex tiene que volver hasta la calle 30 a por el coche y no podrá comprobar si voy a dónde le diré que voy a ir. Tampoco creo que vaya a poner en duda mi palabra, no tiene motivos.

–Tengo que irme –miento.

–¿Ya? –me pregunta Alex–. ¿A dónde? Aún es pronto.

¿Pronto? Ya hemos comprado el anillo y hemos dado un paseo de propina. Una cosa es relacionarme con el futuro marido de mi mejor amiga y otra pasarme toda la tarde con él. Supongo que él también necesita momentos alejado de Sussan dónde sentirse él mismo y no una tercera parte de un todo en común.

–Tengo que pasar por el Friday's a hablar unas cosas con Evan –vuelvo a mentir– y después a buscar un trabajo al apartamento de una compañera de clase.

–¿Tardarás mucho?

–Igual sí. Puede que no haya terminado el trabajo y tenga que esperar –me invento para que no decida esperar por mí–. Por lo menos una hora, tal vez más.

–¿Una hora? –duda y se rasca la barbilla. Mira el reloj de su teléfono móvil–. Bueno, entonces no pasa nada. Iré a por el coche yo solo, a ver si recuerdo dónde lo he dejado.

–Perfecto.

–¡Ah! ¡Feliz cumpleaños! –añade antes de irse.

¡Hasta Alex se acuerda de mi cumpleaños! Pero Mike no. Le doy las gracias y me voy rumbo a la residencia de Leo. Los nervios se apoderan de mí y camino como si tuviera que ir a apagar un incendio. No sé lo que estoy haciendo, pero intento tranquilizarme a mí mismo pensando que no pasa nada; no es un contrato que vaya a firmar, no tiene por qué pasar nada. Después de todo, nunca llega a pasar nada entre nosotros, así que no tengo nada que temer. Voy a visitar a un amigo, a contarle mis penas, a que me apoye y me comprenda y a pasar unos minutos del día de mi cumpleaños con alguien que quiere estar conmigo sin intereses secundarios.

–¿Quieres ver una película? –me pregunta Leo nada más entrar por la puerta.

–Película la que acabo de vivir hoy –le respondo indignado.

–¿Qué ha pasado?

–Para empezar, Mike no se ha acordado de mi cumpleaños.

–¿Es tú cumpleaños?

–Sí, eso parece.

–Felicidades.

–Últimamente sólo me felicitas fiestas varias.

–Es cierto –se ríe–. Bueno, continúa.

Me adentro un poco más en su habitación. En general está más ordenada de lo que esperaba, salvo algo de ropa que tiene sobre la cama. Es bastante minimalista: una cama sencilla, un escritorio limpio con algunos libros de arte, varias estanterías y dos trabajos gráficos enmarcados colgando de la pared. El resto del espacio lo ocupan dos grandes armarios que me confirman lo que llevo meses viendo a diario en el Miami Ad School: Es un adicto a la ropa. Una ventana doble de tamaño considerable con vistas a Stuyvesant Square deja pasar los últimos rayos de sol de este frío día de invierno. Por suerte no tiene que compartir la habitación con nadie.

–Luego Mike ha querido pasar la tarde solo porque necesita espacio y tiempo para sí mismo.

–¿Te ha pedido un tiempo? –se sorprende Leo.

–No. No esa clase de tiempo. Sólo un par de horas para estar solo. Lo

entiendo y lo respeto, pero precisamente hoy no era el mejor día para hacerlo. ¿No?

–Desde luego que no.

–Antes he tenido que escabullirme de Alex, que es el novio de mi mejor amiga, para poder venir. Y tampoco es que le importara mucho. En cuanto supo que iba a estar ocupado y no me dejaba colgado, aceptó que me fuera sin más. Por lo menos él sí se acordó de mi cumpleaños.

–Creo que le das demasiada importancia a todo.

–Lo sé, pero es la suma de lo que ha ido ocurriendo hoy. Y, para colmo de males, cuando he encontrado esta dichosa residencia, un grupo de chicas me ha parado a la entrada y sólo les ha faltado hacerme un cuestionario de la Cosmopolitan.

Leo se ríe.

–Me han preguntado quién soy, si acabo de llegar a la ciudad, si soy nuevo aquí, a dónde voy, a quién conozco, de qué te conozco, qué estudio, dónde, cuándo, si estoy soltero, si voy a volver... Ha sido como toparme con el equipo de animadoras del instituto.

–De hecho, lo son. Sé de quiénes hablas. Y sí, son animadoras. Bueno, lo eran. Se han quedado ancladas en el 2009 y se siguen comportando como si tuvieran dieciséis años. Por aquí las llaman las plásticas. Ya sabes, por la película.

No tengo ni idea de a qué película se refiere y se lo hago saber con un gesto de duda e indiferencia. Leo se acerca a su portátil, rebusca entre algunos archivos y finalmente pone uno de los vídeos a pantalla completa.

–'Mean Girls'. ¿En serio no la has visto? –me pregunta.

–La verdad es que no.

–Pues ya tenemos película.

Leo, el hombre, el machote, el tatuado, el independiente, el solitario, acaba de proponerme que veamos una película de animadoras e institutos. Se ha caído un mito. Como si supiera lo que he pensado, me cuenta que es buena, que prácticamente se ha convertido en una película de culto entre cualquier entendido en el tema y que cualquier persona que navegue por internet y use Tumblr la ha visto y la considera una pieza indispensable en cualquier videografía. ¿Qué es Tumblr? A veces me siento como si la gente que me rodea viviera en un universo paralelo en el que a mí no se me permite el acceso.

Tras quince minutos de película, durante lo cuales no nos hemos dirigido la palabra, Leo decide romper el hielo de nuevo.

–¿Tú crees que tu novio te quiere? –me pregunta de golpe, sin pensárselo y sin preparación previa. ¡Zas!

–¿Crees que es un buen momento para preguntarme algo así?

–Nunca hay un buen momento para preguntar eso. Pero creo que es algo que te deberías preguntar a ti mismo, yo sólo te he hecho la pregunta que, quizás, tu no te atreves a hacerte.

–¿Tú no estarías mejor estudiando psicología?

–Me gusta aplicar la psicología al arte y a mis amigos, pero no tratar los problemas de cualquiera.

–Ahora estás intentando tratar los míos.

–Tú no eres cualquiera.

Me ruborizo.

–Apenas me conoces. Fuera de clase hemos coincidido cuatro o cinco veces. Sí soy cualquiera.

–No hace falta quedar con una persona treinta veces para saber que te interesa y que tiene algo especial. De hecho yo lo supe enseguida. La noche de Halloween comprobé que no eras como los demás.

–No es para tanto.

–Claro que no lo es. Nadie es para tanto. Pero me gustas y, con lo que ha pasado con tu novio, me gustas más; porque compruebo que, si estuvieras saliendo conmigo, no te irías con otro a la primera de cambio. Te he besado dos veces y aún no has caído. Y eso que tu novio no te trata como te mereces. Si te tratara como podría tratarte yo, estoy seguro de que otros no conseguirían ni rozarte un brazo.

–He tenido pocas relaciones. Dos para ser exactos. Y siempre he sido fiel. Pese a eso, de un modo u otro siempre acaban haciéndome daño.

–¿Mike te ha hecho daño?

–Directamente no. Me lo hago yo mismo al no saber qué es lo que le pasa y las cosas que puede estar o no estar haciendo a mis espaldas. Así que acabo sufriendo aunque no sea esa su intención.

–Yo jamás te haría daño.

Leo se acerca a mí y me coge de la mano. Me mira a los ojos y sonríe tímidamente. De un momento a otro se ha vuelto muy vulnerable y da la sensación de que podría romperlo en mil pedazos si le tocara. Dicen que los ojos son el reflejo del alma y lo que yo estoy viendo en los suyos es un chico con ganas de expresar lo que siente dentro, de ser correspondido. Me hace sentir bien. Me hace sentir a gusto. Hace que me sienta deseado también.

–Déjame hacerte feliz –me susurra acercándose aún más.

Lentamente, como si tuviera miedo de que vuelva a ocurrir lo mismo de las otras veces, acerca su cara a la mía y me da un ligero beso en la mejilla. Luego otro. Vuelve a mirarme y sus ojos me piden clemencia. Me piden que no me resista más. Otro beso en la mejilla. Ahora uno en el cuello, cerca de la oreja. Y finalmente en los labios. Rápido. Fugaz. Su mirada vuelve a clavarse en la mía. Su boca sonríe y provoca que yo también me ría. Vuelve a besarme en los labios, esta vez con más intensidad. Su mano aprieta la mía con tanta fuerza como fragilidad. No puedo más. No puedo resistirme más. No quiero perder más el tiempo. Me dejo llevar y le devuelvo el beso, sujetando su cabeza por detrás con mi otra mano y dejando que la pasión y la adrenalina se apoderen de mi cuerpo. Ya es hora de volver a sentir algo así. No quiero pensar en lo que ocurrirá mañana, no quiero ser correcto, no quiero

preocuparme por las consecuencias, no quiero arrepentirme de no haberlo hecho antes, no quiero ser fiel. Me inclino hacia atrás y me rindo por completo mientras Leo cae sobre mí y continúa besándome al tiempo que me acaricia desde la cintura hasta las costillas por debajo de la camiseta. No puedo evitar reírme.

–Me haces costillas –le digo entre besos.

–Lo siento –se disculpa volviendo a pasar su mano por el mismo sitio para provocarme más cosquillas. Vuelvo a reírme.

–Deja de hacer eso o me marcho.

–No te vas a ir...

Tumbado en la cama de Leo, observo el techo. Blanco. Liso. Impoluto. Justo todo lo contrario a lo que soy yo ahora mismo. Él sigue mirándome con los mismos ojos de hace media hora. Me sigue deseando a pesar de que ya me ha conseguido. Ha sobrepasado mi barrera y ha conseguido conquistar mi mente y disfrutar de mi cuerpo. Esos ojos y su tenacidad han provocado que renunciara a todos mis principios y me dejara llevar por mis instintos más primarios. No ha estado mal, aunque intento no hacer comparaciones ni pensar en nada que no sea este momento para no arrepentirme y derrumbarme. Aún no me creo dónde estoy ni lo que acabo de hacer. Portarse mal e ir a contracorriente, en contra de las normas, sienta bien. Sé que está mal, pero me siento bien. No pensé que fuera a ser capaz de algo así. Me siento, no sé, poderoso. Ahora mismo tengo el ego por las nubes.

–Parece mentira que estemos aquí, de esta forma –le digo a Leo, incorporándome en la cama y apoyando mi espalda contra la pared.

–¿Por qué lo dices? –pregunta mientras me acaricia un brazo con la yema de sus dedos.

–Por la trayectoria que hemos llevado. Nunca me hubiera imaginado que al final ibas a conseguirlo.

–Lo dices como si hubiera sido un juego o un reto. No lo es, Ryan. Me gustas y quiero que esto signifique el comienzo de algo.

–No digo que fuera un reto, pero sí fue un juego al principio.

–No estoy jugando contigo, Ryan. ¿De verdad crees eso?

–No, no me entiendes. Me refiero a que esto empezó como un juego y al final hemos acabado aquí. Después de los papeles con mensajes, las fiestas a las que hemos asistido, los intentos de conquistarme...

–¿Qué mensajes? –pregunta interrumpiéndome.

–Los que me has ido dejando en mi bolsa en clase o el del abrigo en Navidad.

Leo se incorpora extrañado.

–Yo no te he escrito ningún mensaje, Ryan. No es mi estilo.

–¿Cómo que no? –pregunto empezando a angustiarme.

–No, yo soy directo. Veo algo, me gusta y voy a por ello. Me llamaste la atención cuando nos cruzamos hace tiempo en un restaurante, luego te vi en clase y aproveché para hacerme amigo tuyo con la excusa de la fiesta de

Halloween, pero allí, pese a conocerte un poco más cuando llegamos, comprobé que Mike era tu novio y guardé las distancias.

–Pero, si decías que...

–No sé qué ponían esos mensajes, pero yo no he sido. En Navidad decidí que me daba igual tu novio y fue cuando fui a por ti sin pensármelo, y en estos últimos días, al ver que no eres feliz, es cuando me he dado cuenta de que no tengo por qué respetar a alguien que no te demuestra que te quiere, supuestamente. Y aquí estamos.

Justo cuando voy a responderle suena mi teléfono. Me levanto desnudo, rebusco entre los bolsillos de mis vaqueros, que están tirados en el suelo, y veo que es Mike el que llama. Le hago un gesto a Leo para que no hable.

–¿Dónde estás? –me pregunta Mike.

–Estoy en... En... Estoy en el metro.

–¿Todavía? Alex dice que hace ya más de una hora que te dejó en Union Square.

–Sí, sí. Estaba liado. Y luego ha habido un problema con un vagón del tren y estoy esperando a que llegue el otro.

–Vale. ¿Has comido o preparo cena?

–Se me ha quitado el hambre, cena tú si quieres.

Cuelgo.

–Tengo que irme –me disculpo ante Leo.

–Lo entiendo. Pero quiero que sepas que lo que ha ocurrido hoy es real, Ryan. Piensa en lo que ha pasado y en todo lo que podría aportarte yo.

–Ahora no puedo pensar en eso. Necesito aclararme.

–¿Seguro que no quieres quedarte?

–Seguro. Así no, no de este modo, como tú dijiste. Ya hablaremos.

–Yo sólo quiero que seas feliz, con alguien que sepa hacerte feliz.

Termino de vestirme y me voy sin mirar atrás. A la salida de la residencia me paro en un espejo y compruebo que no tenga aspecto de haberme acostado con otro. Me vuelvo cínico por segundos y compruebo que no tenga marcas, ni roces, ni ningún tipo de seña sexual que pueda hacer sospechar a Mike. Todo está bien.

En el trayecto en metro no dejo de darle vueltas a lo que acaba de pasar. Visto ahora en frío no parece algo tan guay. Dije que no quería arrepentirme y ya lo he hecho. ¡Pero Mike sigue sin acordarse del día que es hoy! Me acaba de llamar y seguía actuando de forma normal, como si fuera un 9 de abril cualquiera y no el día de mi cumpleaños. Y lo de Fin de Año. Su actitud con Evan. No debería sentir remordimientos por lo que he hecho, seguramente él lo hiciera antes que yo. Y entonces viene a mi cabeza como un flash, algo que no me había parado a analizar con las prisas de volver a casa. ¿Y los mensajes? Si no son de Leo, ¿de quién son?

Llego a Bergen Street y camino hasta casa con dificultad por la cantidad de nieve y hielo que hay en las aceras. Esto en el centro no pasa. Intento no pensar en todo lo que acaba de pasar. Tengo muchas cosas que asimilar y no

es el momento. Mi cara es demasiado expresiva como para disimular, así que es mejor no pensar en nada y actuar como si realmente hubiera pasado la tarde haciendo las cosas que le dije a Alex y finalmente retenido en un vagón del metro estropeado. Ya tendré tiempo para lamentarme. Ahora sólo tengo ganas de llegar a casa.

Entro al edificio, subo las escaleras y me planto ante la puerta. Afronta lo que has hecho y disimula como mejor sepas. Ya habrá tiempo de pensar. Tengo el corazón a mil y la respiración acelerada. Introduzco la llave entre temblores. Me detengo. Respiro hondo. Una vez, dos veces, tres veces. Actúa como si no pasara nada. Giro la llave. Abro la puerta. ¿Qué es esto?

–¡Sorpresa!

Creo que me voy a desmayar. Me falta el aire. Sussan, Alex con David en brazos, Evan, Andrew, el otro Ryan, Óscar, Robert, Austin ¡y mi madre! están todos en fila, rodeados de globos y serpentina con las caras más alegres que he visto en mi vida. Y delante de todos, Mike sujeta una tarta con dos velas formando el número 20 encendidas esperando a ser sopladas. Su sonrisa no le cabe en la cara y sus ojos brillan tanto como el día que le conocí. Los míos seguro que están igual de brillantes, pero no de alegría. O sí. No sé. No sé qué me pasa. No puedo respirar. Rompo a llorar entre las risas y aplausos de los aquí presentes. No puedo controlarlo. Es la sensación más contradictoria que he sentido nunca. Soy el chico más feliz y más amargado que existe en el mundo ahora mismo. ¿Cómo no lo he visto venir? ¡Joder! ¿Pero qué he hecho?

Mike se acerca y me abraza con un brazo intentando mantener la tarta en equilibrio sobre la otra mano.

–Pide un deseo y sopla.

¿Un deseo? Que me trague la tierra estaría bien. Volver al pasado y no haber entrado en aquella residencia también. Y entonces me vienen a la mente las últimas palabras que me dijo Leo antes de marcharme. Y sí, eso es lo que quiero.

–Ser feliz –pienso–. No. Que Mike sea feliz.

Soplo las velas.

Mike deja la tarta sobre la mesa, me abraza ahora por completo y me da un beso. Me mira con los ojos más tiernos y orgullosos que he visto jamás. Los de Leo son dos piedras comparados con estos. También llora. Llora de felicidad porque piensa que yo también lo hago por eso. Vuelve a besarme y siento cómo las mechas de los fuegos artificiales quieren prenderse, pero mi sentimiento de culpabilidad ahora mismo no permite que salgan disparados y exploten iluminando nuestro particular cielo. Estoy cohibido.

–¿Pensabas que me iba a olvidar? –me pregunta susurrándome al oído–. Feliz cumpleaños, mi niño guapo. Te quiero.

Me separo sin responderle, aún en shock. Miro a esos impresionantes ojos una vez más y luego corro a abrazar a mi madre. Sigo llorando desconsoladamente en su hombro y siento que a este paso me voy a

deshidratar.

–¿Qué haces aquí?

–No iba a perderme tu cumpleaños.

–No me puedo creer que hayas venido sólo para eso.

–Bueno, he venido porque he cogido vacaciones y Sussan me necesita, aunque no me lo haya dicho.

–Eso es cierto –río entre lágrimas–. Pero se defiende mejor de lo que pensaba.

–Iba a venir dentro de una semana, pero Mike me llamó en Navidad para decirme lo de la fiesta y adelanté el vuelo.

Miro a mi alrededor y veo a la gente que me quiere y algunos que vienen por quedar bien o comer gratis. Todos pendientes de mí, riéndose de mi reacción y compartiendo comentarios cómplices porque todos sabían lo de la fiesta sorpresa y han hecho lo posible por distraerme y conseguir que no estuviera en casa durante algunas horas. Ahora entiendo por qué Alex sabía que era mi cumpleaños y no me dejó marchar hasta que supo que iba a estar ocupado al menos otra hora más. O la insistencia de Mike por quedarse toda la tarde solo en casa. Es increíble.

–¿Todo esto lo has hecho tú? –le pregunto a Mike que sólo sonríe.

Me acerco a Alex y, disimuladamente, le pregunto por el anillo que ha comprado.

–Estás loco. ¿Has comprado un anillo sólo para entretenerme con una excusa? ¿Podrás devolverlo?

–No era excusa.

Y allí, con mil lágrimas aún cayendo por mi cara y en el momento más espontáneo que he visto nunca, Alex deja a David en brazos de mi madre y se acerca a Sussan. Ésta, con cara de no tener ni idea de lo que va a pasar, pide silencio al mismo tiempo que Alex hace un gesto con la mano para que todo el mundo baje la voz.

–¿Qué pasa, cariño? –pregunta Sussan totalmente perdida.

–Nunca pensé que haría esto tan pronto –comienza a decir Alex, sujetándole la mano a Sussan–, pero aquí estamos. Aún recuerdo aquel día en Eastmond, cuando te acercaste a mí el día de la inauguración y tus ojos se clavaron en mi alma como jamás había sentido. Antes de que nos diéramos cuenta, éramos uno.

Sussan me mira emocionada. Ahora sí sabe lo que va a ocurrir.

–Parece que lo hemos hecho todo al revés –continúa Alex–. Primero tuvimos un hijo, luego nos fuimos a vivir juntos, después vinimos de luna de miel a esta ciudad y por último adoptamos un gato tonto y patoso. Y, siguiendo nuestro orden natural de las cosas, ahora es el momento en el que a mi me toca arrodillarme –se arrodilla–, cogerte de la mano –coge a Sussan de la mano y saca el anillo que hemos comprado del bolsillo de su chaqueta– y preguntarte: Sussan, amor de mi vida, madre de mi hijo y dueña de mi corazón, ¿quieres casarte conmigo?

Sussan abre los ojos de par en par, se lleva la mano a la boca y se da golpecitos nerviosos en los labios. Me mira. Mira a mi madre. Vuelve a mirar a Alex.

–¡Ay, no lo sé! –exclama–. ¿Contigo? ¡No sé, no sé! ¡Que nervios! ¿Y si engordas? Y sí... ¡Ay, no sé! ¿Y si Colton Haynes me llama?

–Sussan... –murmura Alex.

–¡Es broma! –exclama–. ¡Claro que sí, tonto! –responde riendo y abrazándose a su ahora prometido.

Alex le pone el anillo en el dedo y un beso sella el acuerdo. Permanecen abrazados mientras los demás silbamos y aplaudimos. Cuando se separan, toca darles la enhorabuena y felicitaciones varias típicas de un momento así. Sussan se acerca a mi madre poniendo la mano y el anillo por delante de su camino.

–¡Mira mami! ¡Me voy a casar!

–No sé si me hace más feliz que te hayas prometido o que me hayas llamado «mami» –le responde mi madre mientras la da un abrazo.

–Soy una chica con suerte –le reconoce Sussan–. Tengo dos madres, un padre, un hermano, un hijo y ahora también tendré un marido. ¡Y qué marido!

–¡Vaya *braguetazo* has pegado! –exclama Mike.

Pasado el momento eufórico, que ha servido para tranquilizarme un poco y dejar de llorar, vuelvo a reunirme con Mike y lo aparto hasta la cocina llevándole de la mano. Lo miro fijamente y no me salen las palabras. Es tan guapo por dentro como por fuera. No sé cómo he podido ser tan insensato.

–Gracias por esto –le digo–. No tendrías que haberte molestado.

–Y más que podría haber hecho –sonríe–. Te mereces esto y más.

–No creas.

–Sí lo creo. Llevamos un año juntos y te has desvivido por mí, por hacerme feliz, por hacerme sentir único y especial. Incluso cuando he estado más ausente y distraído, tú has seguido ahí, a mi lado, sin rendirte, sin decaer.

–No sigas, por favor.

–Claro que sigo, Ryan. Eres la persona que más quiero en el mundo y tenía que hacer algo para demostrarte lo que, tal vez, no te demuestro a diario porque me he acostumbrado a no tener que esforzarme para que me sigas queriendo. Y no sé, se me ocurrió lo de los mensajes y como no funcionaron como esperaba, pensé en esta fiesta para darles algo de sentido al final.

–¿Los mensajes? ¿Eras tú?

–¡Claro! ¿Quién si no? –me pregunta sorprendido. No doy crédito–. Pensé que igual me seguirías el juego y nos divertiríamos en plan furtivo, pero no me has respondido nunca.

–Pensaba que...

–Aún así yo he seguido enviándotelos. Para que vieras que seguía aquí y de paso para decirte cosas que no me atrevía a decirte en persona porque era como reconocer que yo estaba actuando mal.

–Así que todos los mensajes eran tuyos...

Mike me da un beso y me abraza. Yo rompo a llorar otra vez.
Soy gilipollas.

5 de septiembre de 2012

Son las siete de la mañana y ya no puedo dormir más. Estoy demasiado emocionado. Hoy es nuestro último día juntos. Bueno, realmente es mañana pero hoy será el último día que podamos ir a la playa y hacer cosas por ahí. Ryan ya ha comprado los billetes de tren y yo empiezo a sentirme triste. Pero al mismo tiempo estoy feliz porque sé que sólo serán unos días. Antes de que me de cuenta volveremos a estar juntos en Norwalk. ¡Qué ganas!

Me tiene enamorado de la cabeza a los pies, el corazón lleno y los pensamientos ocupados el cien por cien. Dice que me ha preparado un día inolvidable para despedirnos hasta que nos reencontremos. Estoy tan nervioso que me falta el aire. ¡A ver si me relajo un poco antes de salir de casa porque tanta emoción me deja sin fuerzas!

Soy feliz. Soy muy feliz y siento que mi deseo se ha cumplido. Ya no me siento solo y es todo gracias a él. Es lo mejor que me ha pasado en mis diecisiete años de vida. De hecho, es lo único destacable que me ha ocurrido en la vida. Ryan es el motivo por el que ahora entiendo para qué vine al mundo. Él me ha hecho sentir como si fuera la persona más importante del universo. Él es mi universo y cuando encuentras alguien que lo es todo para ti, lo demás deja de importar.

Me daría igual que el mundo se acabara mañana, si tú estuvieras a mi lado. Te quiero.

# 25
# EL DIARIO II

Amanece un nuevo día en Brooklyn y aún me tiembla el cuerpo por lo ocurrido ayer. Por suerte, la fiesta no duró mucho tiempo y no tuve que estar fingiendo que me encontraba bien cuando no era así. Agradezco enormemente la sorpresa, pero me era completamente imposible actuar como si nada, sabiendo lo que había hecho horas antes; sabiendo que he engañado a Mike por mi propia culpa; sabiendo que me quiere, que no ha hecho nada malo, que sigue enamorado de mí y que yo me he acostado con otro, pensando que él había dejado de amarme. Con todo eso en la cabeza, es imposible que alguien pueda disfrutar de ninguna fiesta. No sería lógico ni cuerdo.

Anoche, además, pude comprobar que Leo sabía lo de la fiesta sorpresa, ya que Evan me dijo que estaba invitado y no había podido venir. Y aún así no me dijo nada el muy... No cuestiono la sinceridad de sus palabras, pero no ha jugado limpio. Se ha aprovechado de información privilegiada para conseguir que cayera en su red. No sé cómo pudo tener la sangre fría de decir que Mike no me quería aún sabiendo que en ese mismo momento me estaba preparando un cumpleaños por todo lo alto y que había estado fingiendo todo el día haberse olvidado del mismo para que yo no sospechara nada. ¡Y encima los mensajes eran de Mike! Qué estúpido me siento por no haberme dado cuenta antes. Ni siquiera he reconocido su propia letra. Tenía tantas ganas de gustarle a Leo que he desechado automáticamente la opción más evidente.

He caído en la trampa de la infidelidad. Algo que nunca pensé que pudiera hacer. Jamás. Siempre he pensando que la gente que hace eso son personas que no quieren a sus parejas, que están con ellas porque no saben cómo terminar la relación o simplemente porque son egoístas y sólo buscan el beneficio de ambas partes del juego: el compromiso y la libertad. Siempre he creído que las personas que eran capaces de cometer ese error no tenían corazón. Y ahora me encuentro en la irónica situación de tener que medirme a mí mismo por el mismo rasero o reconstruir toda la opinión que tengo respecto ese tema para no hundirme más en la miseria.

Está claro que yo quiero a Mike. Eso no lo voy a dudar a estas alturas del cuento, porque lo sé y lo siento. No tengo ninguna duda. Y también está claro que le he engañado; le he puesto los cuernos y no puedo culpar al alcohol o a las drogas, sólo a mí mismo. Fui plenamente consciente de lo que estaba haciendo e incluso tuve dos avisos previos para haberlo evitado. Y aún así seguí adelante e hice lo que no tenía que hacer. No sé si tengo justificación. Realmente lo hice porque creía que sus sentimientos hacia mí habían cambiado, que ya no me quería como antes. Pero, de todos modos, sigue sin ser justificable. Debería haber hablado con él antes de hacer nada. Debería haber aclarado las cosas.

Ahora me toca ser consecuente y elegir un camino. Tengo dos opciones: ocultar lo que he hecho y vivir con ello, esperando que nunca llegue a enterarse, o decirle la verdad y esperar que me perdone. Haga lo que haga, le

voy a hacer daño a corto o largo plazo. Ya decidí en su momento dejar de pensar y actuar sin miedo a las consecuencias. Quizás es el momento de volver a pensar bien las cosas y analizar los pros y contras de ambas posibilidades. O tal vez, precisamente, debo seguir el mismo camino que estaba tomando; el de seguir adelante sin miedo a las consecuencias, contarle lo que ha ocurrido y dejar que las cosas sean como tienen que ser. Acabo de cumplir veinte años y ya va siendo hora de que afronte lo que he hecho. Tengo miedo y estoy asustado. No quiero perder a Mike.

–¿Podemos hablar un momento? –le pregunto a Mike cuando terminamos de desayunar.

–Sí, claro. ¿Qué pasa?

–Aquí no, no me apetece que Evan nos escuche –Aún no tengo claro lo que ocurrió en la noche de Fin de Año entre ellos dos, así que prefiero que no oiga la conversación que vamos a tener–. Vamos al parque.

–¿Por qué no hablamos de camino a clase?

–Hoy no vamos a ir a clase. Venga, vamos a la calle.

Salimos de casa y nos sentamos en un banco del parque que tenemos justo enfrente. Los niños están en el colegio y aún es pronto para que las vecinas bajen a cotillear mientras se hacen las uñas y trenzas en el pelo, por lo que estamos solos; amenizados por el constante rebote de la pelota de baloncesto de un señor que está jugando en la cancha anexa al parque.

–¿Qué te pasa, Ryan? –me pregunta Mike al ver que he empezado a llorar otra vez–. ¿Todavía estás sensible por lo de ayer? Por eso no vamos a clase, quieres ir a casa de Sussan a estar con tu madre, ¿no?

–No. Bueno, sí quiero; pero no es por eso ni hemos venido a hablar de eso.

Probablemente el hecho de que mi madre esté en la ciudad es lo que más valor me ha dado para dar este paso. Pase lo que pase, sé que la tengo aquí para apoyarme y consolarme. Anoche, Sussan y Alex se fueron muy temprano de la fiesta para acostar a David y mi madre se fue con ellos. Es genial que vaya a tenerla aquí en Nueva York durante un par de semanas. La única pega es que tendré que ir al centro cada vez que quiera verla, pero mejor eso que un avión hasta Norwalk.

–¿Entonces qué me quieres contar? –insiste Mike–. Me tienes intrigado –dice riendo. Sonrisa que le voy a borrar de un momento a otro. Soy gilipollas, muy gilipollas.

–Mike. Antes de nada, déjame decirte que te quiero. ¿Vale? –le digo sujetándole las manos entre las mías.

–Vale.

–Te quiero más de lo que te he demostrado y más de lo que yo mismo he querido creer.

–¿Más que a... –empieza a decir, dejando la frase a medias–. Nada, sigue.

–Cuando te conocí no quise darme cuenta, pero me enamoraste irremediablemente. Me diste luz cuando sólo tenía tinieblas, ánimos cuando sólo tenía tristeza y vida cuando sólo tenía frustración. Me devolviste las

ganas de ser feliz y, desde entonces, siempre he intentado pagarte todo el cariño que me has dado. Siempre he intentado tratarte bien, siempre te he protegido, siempre te he apoyado, siempre he estado a tu lado y siempre me he interesado por todo lo bueno y lo malo que ocurre en tu vida; porque mi vida ahora es la tuya y nunca me he arrepentido de haberte entregado mi corazón para que hicieras con él lo que quisieras.

–Me vas a hacer llorar.

–Lo sé.

–Sabes que tú también eres todo para mí. Quizás últimamente he estado un poco absorto en mi mundo y no sé si lo habrás notado, pero no tiene nada que ver contigo ni con lo que siento por ti, que cada día es más y más grande. Y tan sólo...

–Espera –le interrumpo–. No sigas, porque si no me va a ser imposible contarte lo que te tengo que decir.

Respiro profundamente e intento contener las lágrimas. Esto es muy duro. Me odio a mí mismo por hacer lo que voy a hacer. Voy a romperle el corazón a la persona que más quiero en el mundo.

–Mike. Ha pasado algo.

–¿Algo? ¿El qué?

Permanezco en silencio. No me salen las palabras adecuadas.

–Venga, dilo sin más –me anima–. Seguro que te estás poniendo dramático sin motivo, como siempre.

–Tengo motivos.

–A ver, dime. ¿Qué has hecho? Ni que te hubieras tirado a otro.

Me quedo en silencio y desvío la mirada hacia el otro extremo del parque.

–Dime que no es eso.

Sigo en silencio, empiezan a caer lágrimas por mis mejillas y aprieto los labios nerviosamente. La rodilla me tiembla y el pulso se me acelera.

–Ryan, mírame.

Sus manos se escapan de entre las mías. Me sujeta la cara e intenta que la gire para volver a mirarme a los ojos. Más lágrimas.

–Ryan, dime si es eso o no porque no quiero ponerme nervioso por gusto. ¿Sí o no? Dilo.

–Sí.

Sus ojos se encharcan en cuestión de milésimas de segundo, sus labios tiemblan y tartamudean.

–¿Por qué? –dice justo antes de romper a llorar.

Intento cogerle las manos de nuevo pero no se deja. Incluso se aparta de mí unos centímetros.

–¿Con quién?

–Eso no importa.

–¿¡Con quién!? –pregunta gritando.

–¡Con Leo!

–No puede ser. Pero... ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué me lo has estado

ocultando?

–No te lo he estado ocultando.

Mike permanece en silencio unos segundos como si estuviera intentando recordar cosas, momentos o acontecimientos que le indiquen lo que puede haber sucedido.

–Dime que no fue ayer.

–Fue ayer.

–¡Yo preparándote una fiesta y tú liándote con otro!

–Pensaba que te habías olvidado de mí.

–Y lo normal cuando tu novio se olvida de tu cumpleaños, que no es el caso, es ir y follarse a otro. ¿En qué mundo vives?

–Lo siento. No sé qué me pasó. No fue sólo por lo de ayer. Fue por más cosas. Llevabas tiempo sin hacerme caso. No me decías ya que me querías. Me dejé llevar.

–Claro, ahora la culpa es mía.

–Yo no he dicho eso.

–Lo has dejado caer.

–No. La culpa es sólo mía porque soy un imbécil.

–Desde luego que lo eres.

–Lo siento, Mike. Nunca quise hacerte daño, nunca pretendí hacerte sufrir. Jamás pensé que fuera capaz de hacer lo que he hecho.

–Seguro que a Matt nunca le habrías engañado.

Me quedo en silencio y se me cortan las lágrimas como si hubieran cerrado el grifo. Me recompongo.

–¿A qué viene eso?

–No te hagas el loco. Sabes a qué viene.

–No, no lo sé.

–Viene a que aún le quieres más de lo que me quieres a mí. Y ese es tu problema, Ryan. Nunca podrás querer a nadie de verdad porque estás enamorado de otro.

–Eso ni es verdad ni es justo. Sabes que lo pasé muy mal con ese tema. Igual que sabes que yo te quiero a ti.

–Nunca seré tan importante como él. Nunca me dirás las cosas que le decías a él. Nunca me prepararás cenas en la playa porque te recuerdan a él, ni podremos ir a una feria sin que me compares con él, y seguro que hay muchas cosas que nunca me propones hacer porque todo te recuerda a Matt.

–¿Cómo sabes tú esas cosas?

Mike se sorprende y cierra la boca, como cuando alguien se da cuenta de que ha dejado escapar un secreto que no debía contar a nadie. Desvía la mirada y evita responder.

–Mike, dime cómo sabes tú todo eso. Yo nunca te he hablado de las cosas que hice con Matt. Sólo sabes el accidente que tuvo y todo lo que sufrí yo después.

–Lo leí en su diario.

–¿Has leído su diario? ¿Quién te ha dado permiso para leer algo tan personal?

–Lo encontré en un armario cuando Evan se mudó y lo he estado leyendo de vez en cuando. No debería haberlo hecho, lo siento. Pero eso no justifica lo que tú has hecho con Leo.

–Eso no es comparable, Mike.

–¡Claro que no! Lo tuyo es mucho peor.

Indignado y aún sollozando, se levanta del banco y se marcha en dirección a casa. Yo me quedo sentado al borde de un ataque de ansiedad. Me tiemblan las extremidades, me lloran los ojos y el corazón me va a estallar. Y la verdad es que tiene razón, lo mío es mucho peor. Ha leído su diario y no me ha dicho nada. No me lo puedo creer, pero ahora no estoy en posición de hacerme la víctima. Creo que debería darle algo de tiempo, del de verdad, para que asimile lo que acaba de suceder.

° ° °

Llevamos veinticuatro horas sin hablarnos. Mike está muy enfadado, hasta el punto en el que he tenido que ir a dormir a casa de Sussan. No sé absolutamente nada de él desde que me fui del apartamento a la hora de comer de ayer, tras la discusión en el parque. No responde a mis mensajes y me cuelga las llamadas.

Cuando vuelvo a casa, Mike no está. Intento llamarlo de nuevo pero no responde. Evan llega a los cinco minutos y me cuenta que acaba de volver de la Grand Central. Mike ha cogido un tren para ir al aeropuerto. Vuelve a Norwalk.

–¿Estás de broma? –pregunto a punto de derrumbarme–. ¿Es una broma para hacerme sufrir? ¿Es una venganza?

–No es broma, Ryan. He ido a acompañarle. Ha cogido el tren hace cuarenta y cinco minutos.

–Ni siquiera me ha dado opción a ir detrás de él. Se ha marchado por la puerta de atrás y sin avisar. No es justo.

Llamo a Sussan llorando, desolado y media hora después aparece en mi apartamento con Alex. Mi madre se ha quedado cuidando al bebé. Me abraza durante dos largos e interminables minutos mientras yo lloro sin parar, echando fuera toda la ansiedad y el dolor que he ido acumulando en los últimos días.

–¿Qué ha pasado? –pregunta Sussan cuando consigue que la suelte.

–Se ha ido. Me ha dejado. Lo perdí, Sussan. ¡Lo perdí! –repito llorando una vez más.

–Aún no sé qué ha pasado aquí –dice Alex–. Igual es meterme dónde no me llaman, pero ¿qué ha pasado?

–Me acosté con Leo el día de mi cumpleaños y se lo conté a Mike ayer.

Alex se enfurece visiblemente e incluso diría que está a punto de pegarme una bofetada o algo peor. Ha metido las manos en los bolsillos para contener la rabia, pero, por el aspecto de sus brazos, diría que me acabo de librar de

buen golpe, merecido por cierto.

–Ryan, te aprecio. Pero... ¿Eres subnormal o qué te pasa?

–¡No necesito esto ahora!

–¡Pero es que Mike te quiere! ¡Está loco por ti, joder! ¿Por qué le has hecho algo así?

–¿Qué más da el motivo que tuviera? No se justifica. Ya no tiene solución.

–No se justifica, pero igual me ayuda a entenderte –añade Alex, un poco más calmado.

–Pensaba que me había dejado de querer. Y también creía que se había liado con Evan.

–¿Conmigo? –pregunta Evan sorprendido.

–Sí. Os habéis estado comportando de forma muy extraña desde la noche de Fin de Año.

Evan se marcha a su habitación. Creo que se ha molestado por mi comentario. Algo normal si no han hecho nada.

–Ryan, la has cagado –se sincera Sussan–. Así, sin más. La has cagado. Sé que ya lo sabes, pero tengo que repetírtelo para que te lo creas. La has cagado pero bien.

–Y ahora Mike se ha ido –sollozo.

–Lo siento, cariño, pero tú te lo has buscado. De veras que lo siento, pero no puedo ponerme de tu lado. Mike tiene toda la razón del mundo y es normal que haya querido huir de aquí. Vive contigo y estudia con el tío que se lió con su novio. ¿Esperabas que se quedara?

–No pensé que fuera a irse de Nueva York de un día para otro.

–Pues lo ha hecho y eres el responsable directo. No estás en posición de pedirle explicaciones, sinceramente.

Me echo las manos a la cabeza. Noto los latidos en la sien como si fuera a explotar. No puedo más con esta situación, son demasiados días bajo presión cometiendo errores y sufriendo.

–Mira Ryan, esto no aporta nada a la historia –añade Evan volviendo desde su habitación–. De hecho sólo voy a conseguir que ahora te enfades tú conmigo y me llene de mierda; pero sí, tienes razón. Mike y yo nos hemos estado evitando desde que empezó el año. ¿Y sabes por qué?

Me quedo en silencio mirándole, esperando una respuesta.

–Porque intenté besarle. Mike me gusta, es un gran chico. Me gusta desde hace un par de meses y en Fin de Año me dejé llevar por el alcohol y le quise besar. Él se apartó, dejándome claro que ni yo le gustaba, ni iba a besar a nadie que no fueras tú. Se fue de la discoteca y vine siguiéndole en otro taxi hasta aquí. Ya tienes relleno el hueco que faltaba en tu historia.

Tocado y hundido. Justo el detalle que me faltaba para terminar de convencerme de que he sido un auténtico hijo de puta y que no tenía el más mínimo motivo para justificar mi acercamiento a Leo.

–Lo siento, recogeré mis cosas y me iré, si quieres.

–No. No te vayas. Si tú has tenido los huevos de intentar ligar con mi

novio, yo los tengo para decirte que no puedo prescindir de tu parte del alquiler ahora mismo. Te quedas hasta nuevo aviso.

–Me parece justo –responde antes de volver a encerrarse en su habitación.

–¿Y ahora qué hago, Sussan? Ya perdí a uno, no quiero perder a este también.

–Mike no se ha muerto, no seas dramático.

–Ya lo sé, pero va camino de Norwalk; es como haberlo perdido del todo de igual forma. No puedo pasar otra vez por esto.

–Siento ser tan dura, pero quizás eso tendrías que haberlo pensado antes.

–Estoy harto de pensar

Y, entre tanto drama, de pronto suena mi móvil haciendo que los tres demos un pequeño salto del susto en el sofá. Miro la pantalla y es Leo.

–Es él –le digo a Sussan–. Leo.

–En esta selva mando yo.

Se levanta, me quita el móvil de las manos y rechaza la llamada.

–El león queda desterrado para siempre.

° ° °

Hace casi dos semanas que Mike volvió a Norwalk. No he tenido noticias directas suyas, pero Josh me ha informado de que lo ha visto por allí un par de veces, siempre cabizbajo y triste. Yo ando igual. No sé si peor, quizás no. No voy a ser egocéntrico y pensar que yo estoy sufriendo más que él porque probablemente no sea el caso. He tenido tiempo de pensar fríamente en todo lo que ha ocurrido desde que llegamos a Nueva York y he podido comprobar que he ido cometiendo error tras error en una cadena de acontecimientos que culminó con dos corazones rotos y una ciudad que ya no me inspira.

Nueva York ya no es lo que era. O al menos yo no la veo de la misma forma que antes. Me ocurre lo mismo que con la playa, le tengo rabia. Aunque esta vez he aprendido a tiempo que, al igual que el mar, la ciudad no tiene culpa de lo que ha ocurrido. Matt se ahogó porque se dejó llevar por el momento, ignorando todas las precauciones que debía tomar con su enfermedad. Y Mike me ha dejado porque yo lo he provocado. Matt no merecía morir, pero yo sí merezco lo que me está pasando ahora mismo.

Una vez dije que todos somos responsables de lo que nos ocurre. No existen las coincidencias y casualidades. Todo es fruto de lo que hacemos con nuestras vidas y unos momentos en concreto dan lugar a otros momentos relacionados directamente con los anteriores. La vida es una consecuencia de errores y aciertos que, a la larga, forjan las personas que somos. Nos convertimos en aquello que hemos provocado con nuestras acciones y decisiones. Y es por ello que somos responsables de casi todo lo que nos sucede diariamente, aunque no queramos aceptarlo. Hoy lo recuerdo y lo mantengo. Yo he propiciado que mi situación actual sea la de tener el corazón roto y la mente hecha un caos.

Estoy solo. Hundido. Deambulando por Nueva York sin rumbo, sin un futuro claro, sin el amor de mi vida y sin motivación para continuar ningún

tipo de aventura en este lugar. Mi impulso era Mike y, ahora que no lo tengo a mi lado, el resto de cosas carecen de sentido. Realmente lo tienen, porque la vida no se acaba con una ruptura, pero no soy capaz de verlo; ni podré hacerlo hasta que vuelva a retomar el control de mi vida una vez más, como ya hice tiempo atrás.

Me observo a mí mismo y siento como si hubieran pasado ya mil años desde aquel verano en St. Dean. He vivido tantas cosas en tan poco tiempo que todo lo pasado me parece que está a años luz de la realidad actual. Y lo cierto es que sólo ha pasado un año y medio desde que estaba sentado en aquellas escaleras del porche en la playa, mirando el horizonte y preguntándome qué me depararía el futuro. Y lo que he sacado en claro es que no ha servido de nada. Mirar al futuro es como vagar en la oscuridad con una antorcha. Es imposible saber lo que vas a encontrar hasta que estés justo en el lugar dónde tienes que estar y la luz de la candela te muestre el presente. Otra lección más que he de aprender: no anticiparme a lo que está por venir.

Es hora de controlar el presente, vivirlo y crear el futuro que queremos tener. Por eso he quedado con Sussan y estamos en Battery Park; es hora de despedirnos hasta más adelante. Nuestros caminos vuelven a separarse, pero sé que nos veremos pronto. Hay una boda que preparar, pase lo que pase conmigo.

–¿Tienes claro lo que vas a hacer?

–Sí. No he tenido nada tan claro en toda mi vida.

–¿No echarás de menos Nueva York?

–Valdrá la pena.

–Eso seguro –me apoya Sussan–. Al menos no te vas solo.

–Sí, me reconforta saber que me voy con mi madre y con ella me siento seguro y a salvo. De vuelta a casa.

–¿Ya sabes cómo lo vas a hacer?

–No. Pero tengo varias horas de avión para pensar en ello. He hablado con Josh y va a ayudarme.

–Entonces hagámoslo ya y que el universo gire a tu favor.

–¡Mira que te pones mística!

Sussan termina de estabilizar la linterna de Kongming que ha comprado en China Town esta mañana y yo saco unas cerillas. Enciendo la llama y nos levantamos del frío césped. La noche está despejada y el leve aire que proviene del río nos está congelando las manos y la cara. El papel termina de inflarse con el calor y empiezo a notar como quiere elevarse del suelo. Sussan se aleja unos pasos de mí y me quedo solo. Es hora de pedir un deseo. Cierro los ojos y respiro hondo una vez más. Pido un deseo evidente en este momento: Recuperar lo que acabo de perder y ser feliz de nuevo.

Lentamente voy dejando que la linterna se eleve mientras la sujeto con las manos por la base. Sigue subiendo hasta quedarme de puntillas y frágilmente dejarla escapar de entre mis dedos. La brillante luz comienza su imparable ascensión, surcando el cielo de Nueva York con los rascacielos como testigos

de este mágico momento. Vuela. Vuela alto, usa tu magia y ayúdame a cumplir mi propósito. Mientras desaparece en lo alto del firmamento, me doy cuenta de que precisamente eso es lo que quiero. Quiero que vuelva la magia. Quiero que vuelvan esos momentos en los que una mirada me basta para saber que lo tengo todo. Quiero volver a casa y recuperar a Mike.

30 de noviembre de 2012

Hola Ryan, soy la madre de Matt.

Si estás leyendo esto es que has conseguido leer estas páginas hasta el final, a mí me costó varios días conseguirlo. Supongo que tú habrás tardado también algunos.

Te escribo estas líneas sin saber tan siquiera de qué hemos hablado en nuestro encuentro. Pero como no sé cuál será mi estado de ánimo el día que nos conozcamos –ya sabes, tengo días regulares, días malos y días muy malos– he decidido escribirte algo que necesito decirte, indistintamente de que pueda o no decírtelo en persona. Permíteme unos minutos de tu tiempo.

Eres mágico. Lo digo en serio. Lo que hiciste con mi hijo fue un milagro. Fue magia de la de verdad. Cambiaste su vida sin saber que sería corta. Hiciste que por fin se sintiera dichoso siendo como él era, actuando sin miedo al qué dirán o lo que

podría pasar. Yo nunca lo he visto así, por desgracia, pero me basta con haber leído este diario para saber que mi hijo se convirtió en una persona nueva tras conocerte. No sé lo que hiciste, pero conseguiste que Matt fuera feliz, algo que en los últimos meses yo pude comprobar que no era, ya que cada tarde regresaba cabizbajo y deprimido del instituto.

Mi Matt, como bien sabes, era único. Era especial. Supongo que cada madre piensa lo mismo de sus hijos, pero el mío lo era de verdad y sé que lo sigue siendo allá dónde esté. Mi niño sólo quería amar y ser amado y no sabes cuánto me alegro de que así se sintiera cuando el destino nos lo arrebató.

No quiero que te culpes, por favor. Ni siquiera pienses en lo que hubiera pasado si no os hubierais conocido. Porque pensar en ello sería pensar en que, tal vez, mi Matt se hubiera marchado de todos modos en otras circunstancias, en otro lugar, en otro accidente; pero con el corazón triste por no haber visto su deseo cumplido.

Tú le diste a mi hijo lo mejor que se le puede dar a una persona, le entregaste tu corazón sin esperar nada a cambio. Tal vez tú, desde tu perspectiva, no lo ves así. Pero yo me baso en lo que Matt sentía, creía y reflejaba en estos escritos, se corresponda o no con la realidad. Y me quedo con eso.

Gracias, Ryan, por existir y haberle dado a Matt la oportunidad de ser feliz. Es muy duro asimilar lo que ha ocurrido, pero gracias a tus acciones, despedirme de mi niñito ha sido un poco menos duro.

Eres un ángel y te deseo que seas tan feliz como lo fue Matt cuando estuvo a tu lado.

No pierdas tu magia.

Deborah xxx

# 26
# LA NIEVE

Nunca había estado en un lugar así. Cuánta tristeza se respira en el ambiente. Si me concentro un poco, creo que incluso podría llegar a sentir el dolor y la pena de toda la gente que pasa por aquí a diario. He de reconocer que no impone tanto como pensaba y tampoco da miedo. No es agradable, desde luego, pero es mucho más colorido de lo que imaginaba. Serán las flores. Las hay de todos los tamaños formas y tonalidades. Unas más vivas, otras menos frescas. Algunas secas a punto de desaparecer con un soplo de viento.

La gente va y viene y todos saludan educadamente. En este lugar todo el mundo es educado, no queda otra. Muchos también se abrazan y, por lo que he visto, incluso se interesan por la vida de los demás. Auténticos desconocidos comparten sus historias durante minutos y luego se despiden para no volver a verse nunca más. Todo es tan frío que asusta. El sol del atardecer no ayuda a entrar en calor, ni creo que lo consiguiera porque el frío que siento no es físico.

Cuando pienso que ayer estaba en Nueva York me parece mentira. Es como si los últimos meses de mi vida no hubieran tenido lugar. Y ojalá fuera así. Daría lo que fuera por mirar el calendario y que hoy no fuera 2 de febrero de 2014, sino de 2013. Mejor aún, que fuera 2 de febrero de 2012. Mucho mejor así. Eso significaría que aún tendría mucho tiempo por delante para hacer las cosas de forma distinta. De ese modo, no habría ocurrido todo lo que ha pasado últimamente. Si así fuera, ahora mismo no sé dónde estaría, ni con quién, pero seguramente no estaría en este lugar. Y él tampoco.

Me agacho y deposito suavemente una rosa blanca sobre la lápida de Matt. La he rociado con la colonia de naranja que él usaba. Espero que pueda llegarle su olor allá donde esté. Nunca pensé que fuera a ser capaz de estar aquí. Se ve que por fin mi mente ha aceptado lo que pasó y ya no provoca que mi cuerpo tiemble y se enfríe cada vez que pienso en venir a ver a Matt. Esta vez lo he conseguido y lo estoy haciendo solo, demostrándome a mí mismo que puedo y que mi perrito abandonado es lo suficientemente importante como para dar este paso. Matt no le tenía miedo a nada. Quizás su propio tormento personal por no poder ser quién quería ser le daba fuerzas para superar cualquier cosa. Tenía tantas ganas de vivir...

Ahora yo he decidido hacer lo mismo y no tenerle miedo al futuro, a arriesgarme y luchar por lo que quiero. Sé que él me quería y era muy celoso; me quería sólo para él. Y es que cuando se quiere a alguien los celos vienen incluidos. Quién no cela no ama y el que diga lo contrario miente. Miente y no ama. Y, aun siendo celoso y atraparme como un pirata atraparía su cofre del tesoro, tengo claro que lo hacía por amor, sólo por amor; porque quería ser el único que me hiciera feliz. Quería que yo fuera feliz y él quería serlo a mi lado. Tal vez por eso estoy convencido de que, si pudiera hablarme, me diría que he sido un gilipollas, que he cometido el error más grande de mi vida y

que cometeré otro aún mayor si no busco a Mike y lucho por recuperarle.

Sé que suena pretencioso, pero es cierto. Matt era amorosamente celoso, pero no era egoísta. Dónde quiera que esté, Matt sabe que Mike me hace feliz y que, sin darme cuenta, he llegado a quererlo más de lo que le quise y le quiero a él. Matt lo sabe. Seguramente incluso lo supo antes que yo mismo. Me lo imagino, no sé, sentado en una nube o volando por el cosmos, viéndome desde algún maravilloso lugar y pensando «Este chico es tonto, mira lo que le ha hecho al amor de su vida. La ha cagado». Y yo opino lo mismo.

Pero si hay algo que he aprendido gracias a Matt, es que el amor nunca muere y las oportunidades sólo se terminan cuando llega la muerte. Tengo que hablar con Mike. Debo luchar por él y conseguir que me perdone o, por lo menos, que esté dispuesto a intentar perdonarme. No es momento de rendirse, aún no.

Vuelvo a agacharme. Me arrodillo y beso el suelo. Gracias, Matt.

Salgo del cementerio y cojo un taxi. No tengo tiempo que perder. Le doy direcciones al conductor y en diez minutos llegamos al destino. Pago con prisas y le dejo más propina de la que debería. Le he alegrado el día. Entro a mi Starbucks favorito y saludo a Josh. Le pido un Caramel Macchiato que, por cierto, no había pedido nunca en Nueva York y acabo de darme cuenta.

–¿Has conseguido lo que te pedí? –le pregunto.

–Me ha costado horrores encontrarlo, pero sí.

–Eres el mejor.

–Dale las gracias a Craig –dice señalando a otro camarero–. Lo consiguió él, que tiene contactos en todas partes. Pero hay que devolverlo mañana sin falta, Ryan.

–No hay problema. ¿Puedes ir probándola? No vaya a fallar en el último minuto.

–Vete tranquilo, yo me encargo. ¡Va a flipar!

–¡Lo sé! –respondo emocionado–. Dale las gracias a tu amigo.

–No es mi amigo.

–Pues a tu compañero de trabajo, lo que sea.

–Mejor di novio.

–¡Anda! –me sorprendo–. ¿El caballero heterosexual se ha echado novio? ¿Y las señoras no te tiran piedras por la calle?

–No, aún no –se ríe.

–¡Mira lo que te estabas perdiendo por ir de lo que no eras!

Me despido y continúo mi camino hacia casa. Mi madre probablemente aún esté deshaciendo las maletas, puesto que yo fui directo del aeropuerto al cementerio. Acostumbrado a mi antigua rutina, voy a abrir la puerta del portal y me doy cuenta de que las llaves con las que lo estoy intentando son las del apartamento en Brooklyn. ¡Mierda! Sussan me va a matar. Hoy tenía que devolvérselas al dueño. Espero que las copias que le hicimos a Evan hayan colado como las originales.

Cuando entro en casa, veo a mi padre por primera vez en cinco meses. Se acerca a mí y me da un abrazo. Luego un beso en la frente.

–Te he echado de menos, hijo.

–¿Lo dices en serio o por quedar bien?

–De verdad de la buena, por supuesto.

–Creía que ahora todo era más cómodo para ti. Ya sabes... Por no tener que enfrentarte cada día a ciertas cosas y reflexiones.

–Tener a mi hijo lejos de casa nunca será fácil, vayas a dónde vayas y hagas lo que hagas.

Sonrío. La verdad es que no me esperaba esto y no se me ocurre qué decirle o qué añadir a lo que ha dicho.

–¿Sabes? –continúa–. He pensado en tu amigo... ¿Matt?

–Sí, Matt.

–Eso. Matt. He estado pensando en su situación. Al haberte tenido tan lejos durante tanto tiempo, me he imaginado por un segundo qué tú podrías haber corrido la misma suerte.

–¿Me has imaginado muerto, papá? Qué fuerte.

–No, no. A ver. Es decir. Sí, lo he hecho. Pero no así. Lo que intento decirte es que me he dado cuenta de que lo único que me importa es que mi hijo está vivo y quiere ser feliz. No quiero ni por un segundo pensar que pudiera ocurrirte algo malo y que yo no te hubiera apoyado lo suficiente.

–No entiendo a dónde quieres llegar.

–Lo que te estoy diciendo es que te quiero. Te quiero y me da igual lo que hagas con tu vida siempre que lo hagas con la cabeza alta y con dignidad. Quiero estar orgulloso de ti y de tus decisiones. Y me da igual a quién ames, sea un chico o una chica. Tú eres un chico increíble y si tú eliges querer a un chico, será porque ese chico también es increíble. Y eso es lo que importa. Te quiero y quiero que seas feliz, sólo quería que supieras eso.

–Gracias papá.

Y, según le abrazo, una lágrima de las buenas salta desde mi párpado y rueda por mi mejilla hasta caer en su hombro. Es justo lo que necesitaba para recargar las fuerzas que necesito hoy.

–Yo también te quiero.

–Venga, venga –dice separándose de mí–. Ya está bien de cursilerías por hoy. ¿No tienes un chico que recuperar?

–Sí –digo riendo mientras me seco los ojos.

–Pues no tienes tiempo que perder.

Empieza a anochecer y, de momento, todo sale según lo previsto. Tan sólo espero que todo avance cómo lo hemos planeado y no haya contratiempos. Basta con que la excusa de Josh para verle no haya funcionado para que todo se vaya a pique. Me doy una ducha y busco en mi maleta la ropa que llevaba puesta hace un año y un mes. Me visto, me pongo guapo –todo lo posible con esta cara de zombie que tengo desde que Mike se alejó de mi– y me echo colonia. Me llega un mensaje de Josh. «Ya está aquí». ¡Bien! Cojo mis cosas

y salgo corriendo de casa, no sin antes recibir suerte de mis padres.

Salgo a la calle y camino nervioso pero seguro, de nuevo rumbo al Starbucks. Miro hacia arriba y veo a mis padres asomados a la ventana. ¡Ni que me fuera a Iraq! En estos momentos me vendría genial un poco de música en el iPod para distraer mis pensamientos, pero me lo he dejado olvidado en casa. Estoy aterrado, acongojado, muerto de nervios y con el estómago comprimido. No he probado bocado desde el vuelo y de eso hace ya más de cuatro horas. Paro en el kiosco de la esquina y compro algunos caramelos. No es cuestión de que me de un bajón de azúcar ahora.

Llego al Starbucks. Cojo aire profundamente y tiro de la puerta. Y entonces lo veo. Está de espaldas pero sé que es él. No podría confundirme ni en un millón de años. Ese cuello, ese pelo, esa postura... También ayuda el hecho de que, al haber estado viviendo juntos, me conozco su armario de arriba abajo. Esos vaqueros son nuevos o no los llevó a Nueva York. Camino lentamente, cada vez más nervioso y con el corazón revolucionado. Y, justo antes de llegar a él, me doy cuenta de que quizás todo esto sea en vano. A lo mejor verme le produce asco y se marcha. ¿Y si no quiere verme? Me da miedo su reacción, pero ya es tarde para echarse atrás. Hay demasiado en juego. Tengo que luchar por lo que quiero.

Me siento en el taburete que hay junto a Mike y miro hacia adelante. Percibo cómo mira de reojo sin darse cuenta de quién se ha sentado a su lado. Mi rodilla no deja de temblar, sólo noto las pulsaciones en la nuca y, si no fuera por el caramelo que tengo dando vueltas en la boca, tendría la boca seca como un puñado de tierra. Finalmente gira la cabeza y me ve.

–Por favor, no te vayas –le suplico.

Mike sigue mirándome fijamente. Serio. Impasible. Sin expresar emoción alguna. Ni siquiera parpadea.

–Mike, yo... A ver... Cómo...

Varias horas en el avión pensando en todo lo que tenía que decirle y ahora me quedo mudo. Estoy en blanco. Él sigue mirándome. Incluso empieza a darme miedo porque no sé qué va a hacer. No ha reaccionado y la incertidumbre me está poniendo aún más nervioso.

–Mike. Lo siento.

–¿Qué sientes? –pregunta finalmente, volviendo a girarse posicionándose de cara al mostrador.

–Siento haber dudado de ti. Siento haber hecho lo que hice. Siento haberte hecho daño. Siento haberte mentido... Bueno, no. Mentir no te he mentido porque te lo dije en cuanto pasó.

–¿Qué más?

–Siento haberte defraudado. Siento haberte hecho sufrir. Siento haberte hecho llorar. Siento haberte provocado esto. Siento no haberte hecho feliz.

Mike vuelve a mirarme.

–Que no sea feliz ahora, no significa que no me hayas hecho feliz todo este tiempo.

–Mike... Yo te quiero. Te necesito. Quiero que vuelvas a mi vida.

Empiezo a sentir como mis ojos se humedecen.

–¿Podemos salir fuera? No quiero hablar de esto aquí.

–No sé si me interesa –me responde indignado.

–Por favor –le pido–, sólo escúchame. Y cuando termine, si quieres, te marchas. Aunque espero que no lo hagas.

Mike se levanta del taburete y me agarra del brazo para que lo siga hacia el exterior. Caminamos un poco y nos sentamos en un banco. En lo alto, distingo a Josh agazapado en el piso superior de la cafetería con la máquina junto a él.

–¿Por dónde iba? –me pregunto a mí mismo.

–Si no lo sabes tú...

–Mike. No sé cómo demostrarte que lo siento. Sé que, en teoría, no tengo perdón, pero espero tenerlo. Necesito que me perdones y vuelvas a formar parte de mi vida.

–No es tan fácil.

–Sé que no lo es. Pero sé que no es imposible. Mike, tú me quieres y yo te quiero. Se supone que no había nada ni nadie en el mundo que pudiera separarnos. Eramos uno. Somos uno. Yo aún lo siento así. Desde que he entrado a la cafetería, sabía que eras tu aún viéndote de espaldas. Eres mi Mike.

–Pero te fuiste con otro, Ryan.

–Porque fui imbécil. Me dejé llevar por una tontería que se me fue de las manos. No supe entenderte y empecé a pensar cosas que no se asemejaban a la realidad. Pensé que ya no me querías y confundí esa tristeza con atracción por otra persona. No sé ni por qué lo explico. Lo que he hecho no tiene explicación. Pasó y ya está.

–Claro que pasó. Y por eso me cuesta creerte.

–Créeme cuando te digo que no volverá a pasar si me das otra oportunidad.

–¿Cómo estás tan seguro? ¿Cómo puedo creer y confiar en que no volverás a hacerlo?

–Porque estas dos semanas sin ti han sido una pesadilla. Porque voy a estar a tu lado siempre y a compensarte día y noche durante el tiempo que haga falta por el daño que te he causado. Porque te quiero, porque me he dado cuenta de que mi vida sin ti no sería tan maravillosa. Porque formas parte de mí y si tú me dejas solo ahora, algo se morirá dentro de mí.

–Ryan, para mi no es nada fácil esta situación.

–Eso intento. Intento hacerlo fácil. Lo duro es olvidarte, fingir que puedo superarlo, decirte que no te quiero y seguir mi camino. Pero te estaría mintiendo a ti y me estaría mintiendo a mí. Porque no puedo, Mike. No puedo olvidarte. Eres mi otra mitad, mi amigo, mi confidente, mi alegría, mi orgullo, mi familia.

–Si sigues así, vas a tener frases para escribir un libro –se ríe.

–Si hace falta que te escriba un libro con todo lo que siento por ti y lo que significas para mí, lo haré. Te juro que lo haré. Pero, por favor, no me dejes.

–Ryan, yo...

–Mike, me conoces. Sabes de sobra cómo soy. Te estoy suplicando, me pondré de rodillas si me lo pides. Me estoy tragando mi orgullo y mi vergüenza para pedirte por favor que me des otra oportunidad para ser felices juntos. No sólo me la das a mí, también te la das a ti; porque estoy convencido de que aún me quieres y te gustaría que todo volviera a ser como antes. Lo único que te lo impide es ese estúpido error que cometí. Y no sé cómo hacerte entender que lo siento en el alma, que no significó nada y que nunca más se va a repetir con nadie más.

Mike sigue en silencio, con lágrimas en los ojos retándose con las mías a ver cuáles caen antes.

–Yo sólo quiero que vuelvas a quererme.

–Nunca he dejado de quererte.

–Pues arriésgate, por favor. Te lo pido con el alma. Arriésgate y vuelve conmigo. No te quedes con la duda.

–Tengo miedo de arriesgarme y que vuelva a pasar, o seguir acordándome de lo que hiciste y que salga mal.

–Pero al menos lo habríamos intentado. Mike, no te puedo asegurar que vaya a salir bien, porque no soy tú, no sé si llegarás a olvidar lo que hice, ni sé si algún día me lo echarás en cara en el futuro. Pero sí se que yo no voy a volver a hacer algo así, que yo voy a tratarte como te mereces y como nunca debí haber dejado de hacerlo. Te juro por mi vida que nunca he querido hacerte daño y si decides perdonarme nunca volveré a hacerte sufrir. No pretendo que todo sea perfecto, incluso entenderé si de vez en cuando sacas el tema para intentar castigarme. Lo acepto y lo deseo. Prefiero un tiempo difícil que arregle las cosas a dejarlo y no tenerte.

–Está bien.

–¿Está bien?

–Ahora escúchame tú.

Mike se sienta un poco más cerca, se pasa la manga de la chaqueta por la cara para secarse las lágrimas y se vuelve hacia mí. Ubica sus manos por debajo de las mías para calentarlas. Está helado. Le miro a los ojos y sonrío. Me devuelve la sonrisa.

–Ryan... –hace una pausa y traga saliva–. Siempre pensé que algún día conocería a alguien especial. Esa persona con la que conectas y te das cuenta de que quieres pasar el resto de tus días con ella. También tenía claro que aún me quedaba mucho camino para llegar a eso, que era un niñato que no sabía nada de la vida ni de las relaciones y que pasaría años aferrándome a amores efímeros con fecha de caducidad. Y entonces un día apareciste tú y algo se encendió en mi interior. Pensé que no podía ser, sólo tenía dieciocho años y estaba cansado de oír a mi padre decirme día y noche que era muy joven y tenía muchas cosas que aprender todavía. Pero entonces te conocí en persona.

Y ese algo que se había encendido en mi interior cada día se hacía más y más grande. Para cuando tú empezaste a sentir algo por mí, yo ya sabía que eras el amor de mi vida. Esperé y esperé hasta que estuvieras preparado, con el miedo constante a que en cualquier momento pudieras conocer a otra persona que ocupara el puesto que yo merecía. Pero la suerte jugó a mi favor y te enamoraste de mí como yo ya lo estaba de ti. Comprobé que la espera había merecido la pena y que no importaba lo que dijeran los demás sobre nuestra edad o nuestra relación. Tenía claro que había encontrado un universo de posibilidades dentro de la misma persona: tú.

»Me has hecho daño, Ryan. Mucho. Sé que lo sabes y te creo cuando dices que lo sientes. Yo también lo siento porque reconozco que promoví ciertas actitudes y circunstancias que pudieron confundirte. Nunca creí que precisamente tú, el amor de mi vida, fuera a ser la persona que me rompería el corazón.

–Mike, yo no...

–Pero también sé –me interrumpe–, que el corazón puede recomponerse y volver a ser fuerte. Días antes de morir, mi madre me dio un consejo. Me dijo que nunca me arrepintiera de amar, que nunca dejara de querer y buscar el amor allá dónde fuera, que el amor es lo que hace que el mundo gire. El día que falleció me dijo que, de todas las cosas que había hecho en la vida, sólo se arrepentía de no habernos dicho a mí y a mi padre más a menudo que nos quería. Me juré en aquel momento que mi madre no moriría en vano, que yo iba a seguir su consejo para no arrepentirme de nada cuando me toque marcharme. Y, si hay algo que tengo claro ahora mismo, es que, si ahora me alejo de tu vida, me estaré arrepintiendo el resto de la mía. Porque te quiero, porque te amo. Y, aunque sé que duele, también sé que esta herida se terminará curando. En cambio, si me voy, abriré otra herida que no se cerrará jamás. Sé que mi madre quiere que tome esta decisión y yo sé que esto es lo que quiero de verdad aunque me cueste reconocerlo.

Según comienza a acercar su cara a la mía, veo en sus húmedos ojos el mismo brillo que veía cuando él era feliz. Sus labios tiritan de frío y nervios, sus manos se aferran a las mías con fuerza, su boca sonríe y la mía le devuelve el gesto. Una lágrima perdida cae desde mi mejilla hasta su mano. Me guiña un ojo y desvío la mirada tímidamente. Vuelvo a mirarle y repite el guiño. Me río. Lloro de emoción. Y, cuando por fin voy a besarlo por primera vez otra vez, empiezan a caernos copos de nieve que se van posando en su hombro, mi cabeza, sus pestañas, mis manos. En cuestión de segundos, una capa de nieve cubre el banco y el suelo que tenemos alrededor.

–Pero... –empieza a decir Mike.

–Te dije que haría cualquier cosa por ti. Hoy es una máquina de nieve artificial, mañana será lo que me pidas.

–¿Y si te pido que me bajes la luna?

–Pues te la bajo. Ahora cállate y bésame.

Nuestros labios se juntan y nos fundimos una vez más en un mar de

sensaciones que recorren mi cuerpo como electricidad. Y ahí están de nuevo, las luciérnagas que revolotean hasta mis labios, un escalofrío que se une a la adrenalina para prolongar el vuelo de emociones que culminan en mi corazón; sintiendo, como la primera vez que nos besamos bajo la nieve en este mismo lugar, fuegos artificiales que nos trasladan a un mundo paralelo donde las estrellas nos rodean y nos dan la bienvenida de nuevo.

Mike me abraza fuertemente. Tan fuerte que me deja casi sin respiración y apoya su cabeza en mi regazo. Acaricio su pelo lleno de nieve y disfruto con la agradable sensación de volver a tenerlo entre mis brazos. No quiero separarme nunca más de él. Ahora sí lo tengo claro. No más tonterías, no más errores.

Mike vuelve a darme otro beso y se acerca a mi oído para susurrarme.

–Júrame que valdrá la pena.

# EPÍLOGO II

Desde esta terraza con vistas a Central Park, Nueva York parece mucho más impresionante. Con tanto drama, al final nunca subimos al Empire State, por lo que estar ahora en un piso cuarenta y dos es la primera experiencia de vértigo que hemos pasado. Pese a que habían anunciado lluvias para el día de hoy, hemos tenido suerte y luce un sol espectacular. Si desde aquí arriba no alcanzamos a ver nubes, no creo que vayan a llegar pronto. Sería curioso que lloviera precisamente hoy, cuando hemos pasado todo el mes de mayo sin ver ni una sola gota de agua. El parque se extiende ante nuestros ojos como si de una interminable jungla se tratase. El tráfico apenas se oye y los músicos no paran de tocar ni un minuto como si del hundimiento del Titanic se tratase. Nada más lejos de la realidad.

Radiante como una princesa, la novia por fin hace su aparición y camina nerviosa y sonriente hacia el altar. Lo bueno que tienen las bodas civiles es que no hay que aguantar sermones interminables ni pasajes bíblicos, sino que van directos al grano para que todos podamos empezar a celebrarlo. Cuatro o cinco frases, un par de juramentos, dos anillos y un beso después, Sussan y Alex por fin están casados oficialmente; y David ha pisado a su madre dejándole los blancos zapatos llenos de tierra. Me siento un poco culpable por convencerla de que el rojo no era muy apropiado para su boda, así al menos las manchas se habrían camuflado un poco más. Aún así, está preciosa y el blanco siempre es mejor opción, aunque no se salga de lo establecido socialmente.

Mientras mi madre corretea detrás de David, que desde que dio los primeros pasos no se ha vuelto a detener, felicito a Sussan y le doy un abrazo enorme.

–Te voy a echar de menos.

–Sólo te vas una semana –le respondo–. Si quieres me voy yo con Alex y te quedas tú cuidando a Mike.

–¡De eso nada! Con lo que me costó que me dieran vacaciones en el trabajo nuevo nada más empezar... Además, no he pagado un viaje a París para que tú lo disfrutes.

–¡Tú no has pagado nada, listilla!

Nos reímos y volvemos a abrazarnos. Fuera ñoñerías que aún queda mucho día por delante. Es hora de celebrar el amor, la vida y los corazones que se unen para siempre. También es hora de comer y beber como si fueran a prohibirlo, por supuesto. Aunque Mike y yo ya hemos acordado controlarnos con la bebida, que luego pasa lo que pasa. Hemos establecido unos límites lógicos en los que yo puedo beber hasta cuatro copas y él seis. A partir de ahí es cuando las cosas solían torcerse.

Ya he dicho que mi novio es increíble, pero cada día lo compruebo más y más. Nuestro regreso a Nueva York ha conseguido unirnos más de lo que estábamos antes. Nos llevamos una gran sorpresa cuando le pedimos a Sussan que nos consiguiera otro apartamento y nos informó de que nunca devolvió

las llaves del nuestro. Tenía tan claro que íbamos a volver juntos que nunca llamó al casero, sólo se encargó de deshacerse de Evan y demorar el pago de la mensualidad el tiempo justo hasta que volvimos. Ahora le alquilamos la habitación a una chica colombiana, guapísima, encantadora y lesbiana. Vemos bastantes mujeres pasar por nuestro piso, pero ya no hay chicos que nos distraigan. El regreso al Miami Ad School se planteaba como un drama por razones obvias, pero por suerte el que no debe ser nombrado ha cambiado su especialidad y ya no coincidimos con él.

Ahora vuelvo a ser feliz. Mike también es feliz a mi lado. Sussan por fin se ha casado con un hombre fantástico que la trata mejor que a una reina y mi madre últimamente viene a vernos al menos una vez al mes. Mi padre viene menos pero, cuando lo hace, no pueden faltar unas canastas con Mike en la cancha de baloncesto debajo de casa. Con Evan nos llevamos bien, no le guardo ningún tipo de rencor. No habría sido justo perdonarme a mí y no perdonarle a él por un error menor. Pero a casa sólo viene de visita.

Estos últimos tres meses en la ciudad nos han devuelto a la normalidad y me han hecho comprobar que de todo lo malo se aprende algo bueno, como viene siendo habitual en mi vida. Ahora me siento más fuerte por dentro, porque soy capaz de distinguir lo que de verdad quiero. No he dejado de fantasear sanamente con algunos chicos guapos que hemos visto y seguimos viendo en este tiempo, pero ahora no lo hago solo. Simplemente lo comparto con mi novio y fantaseamos juntos –cuando el gusto coincide– sabiendo que se mira pero no se toca. Los ojos son niños y somos humanos, no podemos exigirnos ser las únicas personas que nos atraigamos. Pero ahora tengo claro dónde está el límite y he aprendido a nunca sobrepasarlo. Dicen que el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, pero yo he aprendido a patear todas las que me encuentro en el camino para no volver a caer nunca más.

De alguna forma, siento que se cierra un ciclo. Termino una etapa complicada de mi vida y empiezo otra en la que no sé qué sucederá. Ni quiero. Ya no me interesa anticipar mi futuro, ni pensar en lo que está por venir. Quiero, de una vez por todas, aplicar en mi vida todo lo que llevo dos años predicando y empezar a vivir aquí y ahora.

## UN AÑO DESPUÉS

cuarta parte

# NUEVA YORK

Cierra los ojos y piensa en quién quieres ser. No visualices tu presente, ni tus miedos, ni situaciones actuales. Viaja hasta ese lugar, que crees imposible, en el que eres la persona que siempre has soñado. Ese lugar en el que sientes que puedes ser tú mismo. Cierra los ojos y observa qué ves, a quién ves.

Ahora ábrelos y convéncete de que esa persona existe; porque si puedes imaginarlo puedes llegar a serlo. Todo depende de ti y de las ganas que tengas de conseguirlo.

Mil veces he oído que la vida es complicada y casi ninguna que sea fácil. Nadie ha pasado por el mundo sabiendo lo que tiene que hacer en cada momento, con un libro de instrucciones que le iba indicando cómo reaccionar y qué decisiones tomar ante cada incógnita. Todas las personas, las que conocemos y las que no, han tenido que averiguar quiénes eran y luchar por conseguirlo; y muchas han terminado siendo personas distintas a aquellas que imaginaron, pero no por ello peores. A veces, la visualización de un sueño sólo aparece para indicarnos un camino a seguir para conseguir otro fin, no para cumplir el sueño en sí mismo. Sólo hay que estar pendiente de las señales que van apareciendo. Nos equivocaremos una y otra vez, y en ocasiones parecerá que el universo conspira en contra de nuestros deseos. Llegaremos a pensar que nos han maldecido o que no merecemos la felicidad que otros sí parecen disfrutar. Nada más lejos de la realidad. La vida no es perfecta y no siempre será fácil conseguir todo aquello que nos proponemos, pero por ese mismo motivo la satisfacción al cumplir cada propósito será mucho mayor. Lo fácil nos reconforta, lo complicado nos transforma.

Desde que llegué a Nueva York, muchas de las personas que he conocido me han dicho que soy demasiado joven para ser como soy, que mis años no son suficientes para creerme conocedor del mundo; y es cierto. Apenas empiezo a descubrir cómo funciona. No tengo ni la menor idea de por qué ocurren determinadas cosas, sobre todo cuando son malas y caen sobre gente buena. Y, por supuesto, no sé casi nada acerca de ser un adulto con grandes responsabilidades. Pero, ¿y quién sí? El mundo esta lleno de gente que sobrepasa los cuarenta años y aún no ha encontrado su sitio, ni ha aprendido a vivir; gente que, cuantos más años cumple, más perdida se siente en este caos. ¿Quién garantiza que la edad tonifica el conocimiento? Yo soy joven y estoy empezando a conocer el mundo que hay más allá de mi hogar, pero si hay algo que tengo claro es que he conocido el sufrimiento, el dolor, la desgracia y sé lo que se siente cuando no tienes ganas de continuar viviendo porque todo lo que ves a tu alrededor carece de sentido. Conozco la amarga sensación de perder la vida de alguien a quién amas entre tus brazos, de ver cómo se desvanece en el aire sin poder hacer nada para evitarlo. He visto la muerte frente a mis ojos y eso te hace madurar de golpe. Sólo tengo veinte años, pero he tenido vivencias que algunos no experimentarán jamás en su vida.

Por eso estoy tan convencido de las cosas que digo, porque en los dos últimos años he comprobado, día tras día, que casi todas mis teorías son acertadas, que todos los errores se pagan y que los esfuerzos reciben su

recompensa aunque sea más tarde que pronto; que el que no arriesga no gana, pero arriesgar muchas veces significa perder de igual modo, y no pasa nada. La vida no está hecha para ganar siempre. El mundo no es de los ganadores, sino de los perdedores que vuelven a intentarlo una y otra vez. Ahí es dónde está la recompensa: en saber que cada vez somos más fuertes y estamos más preparados para afrontar todo lo que esté por venir, sin importar cuántas veces caigamos ni cuántas personas nos impidan llegar a la meta. En el fondo, lo que importa es que nosotros, los perdedores, sabemos que siempre hay una nueva oportunidad, que cada día tenemos la posibilidad de volver a intentarlo y que nunca es tarde para ser quiénes vemos en nuestro interior al cerrar los ojos. Los perdedores sabemos que tal vez nunca seremos ganadores pero no nos importa, porque lo mejor de la vida es lo que ocurre mientras competimos; y, al final, hasta los que son ganadores van a terminar perdiendo el juego. Todos lo perderemos así que más nos vale divertirnos durante, porque probablemente no tendremos tiempo de celebraciones cuando lleguemos a la meta.

# 27
# DÉJÀ VU

La brisa marina que atrapa mis sentidos me indica que el verano siempre llega a su fin. Fresca y húmeda, algo que no ocurre cuando empieza la temporada y el aire se torna caliente y seco. La luna brilla en lo alto del firmamento y juraría que las nubes no han recibido invitación al evento, ya que el cielo está tan despejado que el universo parece dispuesto a posarse sobre la arena en cualquier momento. Las luces de St. Dean llevan horas apagadas, a excepción de las farolas que se alinean a lo largo del paseo. Miro a mi alrededor y todo me resulta familiar pero, al mismo tiempo, es distinto a como lo recordaba; como si las memorias que guardo en mi interior de este lugar pertenecieran a otra vida. Sé que estoy en la casa de la playa pero no parece la misma, incluso la madera de las escaleras del porche se muestra distinta.

Lo único que no ha cambiado es él. Me sigo perdiendo en sus ojos con la misma facilidad que el primer día. Me sigue haciendo reír con sólo un gesto. Y sigo teniendo escalofríos cada vez que pienso en todo lo que nos queda por vivir juntos. Tomo un último sorbo de una copa de cava y la dejo caer en la arena. Me siento en ese punto en el que, sin estar ebrio, empiezo a confundir el entorno y a alejarme lentamente de la realidad. Debe de ser el tiempo que llevo sin beber o que mi agitado corazón revoluciona mis sentidos de tal forma que no maniobro con eficacia. Levanto la vista y le guiño un ojo. Me sonríe. Se lo vuelvo a guiñar. Me sonríe de nuevo. Me encanta que sea así de tímido y al mismo tiempo tan espabilado, aunque suene a contradicción. Tengo la sensación de que esta noche no va a terminar nunca.

Matt coge mi mano y tira de mi brazo para levantarme. Me guía hasta sus brazos y, tras un pequeño beso, caminamos por la playa en dirección a la orilla. Presiento que va a intentar mojarme. De hecho estoy viviendo un *déjà vu* en el que puedo adivinar lo que va a ocurrir a continuación. Qué extraño. Visualizo en mi mente cómo chapotea en el agua, cada vez con más intensidad, hasta empaparme los pantalones y acto seguido eso es justamente lo que ocurre. Nos mojamos mutuamente, caemos a la arena y rodamos por el agua. Vivimos en una película tan típicamente romántica como extrañamente familiar. Tantas veces he soñado con este momento que, ahora que lo estoy experimentando, es como si ya lo hubiera vivido mil veces atrás.

–¡Venga! –exclama Matt, poniéndose en pie–. ¡Vamos!

–¿A dónde? –le pregunto.

–¡Al agua!

Se quita los pantalones y los tira lejos, en la arena seca. Sonrío enamorado y justifico mis pocas ganas de adentrarme en el mar. Siento que no debería hacerlo.

–¡Venga, Ryan! –insiste Matt, quitándose la camiseta–. ¡Me debes un beso!

–Ya te he dado muchos –le respondo.

–¡No! Me debes el de aquella noche, cuando se quemó el mantel.

Matt corre hacia el agua sin hacer la más mínima queja por la temperatura. Con el alcohol que lleva en el cuerpo, quizás ni la nota. Yo, por mi parte, sigo sin tener ganas de este juego. Quiero besarle aquí, en la arena, abrazados y, sobre todo, secos. Lejos del agua. Sigo teniendo la extraña sensación de que algo no va bien.

–¡No voy a ir! –le grito

–¡Sí lo harás!

–No. No sé… Tengo un presentimiento. ¡Vuelve aquí, por favor!

Me levanto e insisto en pedirle que regrese junto a mí, pero se aleja sin parar. Más lejos, más hondo, más oscuro. De pronto me arde la piel del miedo; me queman los hombros y la espalda. ¿Qué me pasa? Nunca me había sentido así antes. Será el alcohol. Igual un baño en el agua fría no me viene del todo mal. Venga, Ryan. No seas aburrido. Es tu última noche, aprovéchala.

–¡Deja de alejarte que ya voy! –le grito– Si me lo pones tan difícil no voy a darte el beso, ¿eh?

Ya en calzoncillos, levanto la vista y no veo a Matt. Demasiado oscuro, demasiadas olas, demasiado cava. Veo todo borroso. Pero si no he bebido tanto. Qué extraño es esto. Sigo buscándole mientras caigo en su juego y siento el agua ascendiendo por mis piernas, cadera, pecho…

–¿Dónde te has metido? ¡Deja de jugar o te quedas sin beso!

Me adentro cada vez más en el oscuro mar y no doy con él. No sé lo que está haciendo pero no me hace ninguna gracia. Además, siento que me cuesta nadar. Tengo los músculos engarrotados, muy tensos. Buceo una y otra vez, intentando encontrarle y que termine el juego. No entiendo esto ahora. Con lo bien que iba la noche, ¿por qué le ha dado por hacer esta estupidez?

–Joder Matt, ¿dónde estás? –grito, angustiado– No seas imbécil, que está oscuro y no te distingo.

Me sumerjo en el agua y tanteo por el fondo rocoso. Tengo la amarga intuición de que algo le ha pasado. Es como si ya hubiera vivido este momento. Ya he estado aquí, en el fondo del mar, buscándole. Quiero llorar y gritar al mismo tiempo, pero bajo el agua ninguna de esas dos cosas tiene sentido. Arrastro mis manos entre las algas una y otra vez. Abro los ojos y lo único que percibo es el reflejo de la luna en la superficie del agua, varios metros sobre mi cabeza. Nado de un lado para otro apretando fuertemente la mandíbula para soportar el frío y aguantar la respiración pero me fallan las fuerzas. Estoy cansado y me cuesta nadar de vuelta a la superficie. El reflejo de la luna se aleja en vez de acercarse. Me estoy quedando sin aire. ¿Tan profunda es esta zona? Necesito respirar.

Cuando por fin logro salir a flote, cojo una gran bocanada de aire y miro hacia la orilla. Allí está, riéndose de mí. Sentado en la arena con su increíble sonrisa y haciéndome señas para que salga del agua.

–¡Eres un imbécil! –le digo al llegar hasta él.

–Anda, ven. Que te doy el beso.

–¡Déjame! –le grito, empezando a llorar–. ¡Me has dado un susto de muerte!

El rostro de Matt cambia en menos de un segundo. Su sonrisa desaparece y sus ojos transforman la alegría en decepción, consigo mismo supongo.

–Lo siento. Se me ha ido de las manos.

–¡Y mucho! –respondo entre lágrimas.

Matt me abraza.

–Pensé que te habías ahogado. No te encontraba –sollozo.

–Tranquilo, Ryan. De verdad, lo siento. Estoy aquí. Ya ha pasado todo. No llores.

–No puedo controlarlo. Tengo frío. Me falta el aire. No se me quita el miedo. ¡No vuelvas a hacerlo!

Me siento en la arena y busco cobijo y calor entre sus brazos. Ahora soy yo el perrito abandonado que necesita consuelo, irónicamente, en el que ha provocado mi debilidad. Estoy helado. No sabía que el agua en pleno verano pudiera estar tan fría. No sé ni cuánto tiempo he estado dentro. Si no fuera por lo mucho que quiero a Matt, le habría dado un puñetazo de la rabia.

–¿Ya estás mejor? –me pregunta.

–No. Se me ha quedado muy mal cuerpo. No entro en calor. Pensaba que te había perdido.

–Nunca vas a perderme.

–Eso no es lo que sentía antes, bajo el agua, buceando entre rocas y algas, sintiendo el miedo de encontrarte sin vida.

–Tranquilo, estoy aquí.

–Ha sido muy duro, sólo pensaba en que te habías ido. Me sentía solo, como si tú ya no estuvieras. Como si no existieras. Como si realmente nunca hubieras existido.

–¡Qué dramático eres!

El sonido de las olas del mar rompiendo en la orilla se funde con el de algunos pájaros madrugadores que empiezan a entonar sus canciones de buenos días, y el claxon de algún coche que no deja de sonar. A lo lejos, en el horizonte, un pequeño halo de luz comienza a hacer aparición. En breve el sol lucirá una vez más, como cada día, y la luna volverá a esconderse para reservar su brillo hasta otra noche en la que alguien lo añore. Le abrazo aún más fuerte para que no se vuelva a escapar.

–¿Matt?

–Dime.

–Hay algo que nunca te he dicho.

–No hace falta que lo digas, ya lo sé.

–Da igual, tú sólo escucha.

Oigo el ruido de un motor pero no consigo ubicar su procedencia. Mirando hacia el horizonte, veo en el agua el reflejo de luces rojas, otras azules.

–Tengo que irme.

–Espera –le suplico.

Sujeto su mano y la aprieto con fuerza para que no pueda marcharse. Acaricio sus dedos y rozo mis labios con ellos. Huelen a su colonia de mandarina, al alcohol del cava, a la sal del mar, a pan tostado.

–No digas nada, lo sé.

Abro los ojos y observo las vigas de madera que cruzan el techo del apartamento, miro a mi alrededor y veo la luz de la mañana que baña por completo mi habitación. Mi corazón late acelerado y me incorporo en la cama de golpe. Me siento con la espalda apoyada en la pared y rompo a llorar sobre la almohada que tengo entre las rodillas. No lo puedo detener y me cuesta respirar a un ritmo normal. Me ahogo, no siento el aire al entrar ni al salir de mi cuerpo. Cada vez se me acelera más el corazón. Intento respirar pero la presión en el pecho es tan grande que apenas puedo expandir los pulmones. Otra vez no.

–¡Mike! –grito, asustado–. ¡Mike!

Se abre la puerta de la habitación y él aparece sonriendo con el desayuno en una bandeja, del que distingo borrosamente tostadas, un licuado de frutas y no sé qué más. En cuanto ve las lágrimas en mi cara y mis jadeos intentando controlar la respiración, deja su sorpresa de cumpleaños a los pies de la cama y corre a abrazarme. Me cuelgo de su cuello como si fuera la última vez que se me permite hacerlo y vuelvo a explotar una vez más. Lágrimas caen desde mi rostro hasta su hombro y la tensión de los últimos minutos se apodera de mi sistema nervioso sin que pueda controlarla. Lanzo un grito desesperado de dolor y rabia.

–Tranquilo. Estoy aquí. –me dice, como si supiera lo que acaba de pasar o el mundo quisiera mostrarme la recompensa que he recibido a cambio de mi sufrimiento–. No pienses, no te preocupes, estás bien, no dejes que te afecte.

Sigo sollozando junto a su cuello y recibo suaves besos en el mío. Inspiro lentamente y de forma pausada. Poco a poco consigo recuperar el aliento y respirar a un ritmo normal. La angustia del pecho va disipándose como si fuera un puñado de sal en agua hirviendo. Cada segundo se hace eterno y en cada uno me aferro un poco más a Mike.

–Ya ha pasado. Mírame.

Relajo los brazos, me suelto de mi salvación y me dejo caer hacia atrás sobre la cama. Mi respiración parece haber vuelto a la normalidad y ya no siento los latidos del corazón como si fueran golpes en las costillas. Mike sigue mi movimiento y se apoya sobre las sábanas, con medio cuerpo sobre el mío. Le miro y consigo regalarle una sonrisa de agradecimiento.

–¿Estás mejor? –me pregunta.

–Ahora sí.

–Esta no ha sido de las fuertes, entonces.

–No. Ya no. Tú eres más eficaz que cualquier pastilla.

–Te quiero más que a nada.

–Y yo a ti más que a todo –le respondo.

–Cumpleaños.

–¿Cumpleaños? –le pregunto.

–Es que ahora mismo no parece que sea muy feliz el día.

–Qué bobo eres. Dame un beso.

–Feliz… –me besa– …cumpleaños.

Y, a pesar de todo, sé que soy un chico afortunado.

–Está visto que en tu cumpleaños siempre hay algún drama. A ver si el año que viene hay más suerte –bromea Mike–. ¿Qué ha pasado?

–He tenido un sueño complicado.

–¿Matt?

Asiento con la cabeza.

–¿Han vuelto las pesadillas?

–No. Ha sido peor.

Mike permanece en silencio, esperando a recibir más información.

–Esta vez va a ser un poco raro contarte lo que he soñado.

–¿Por qué? Ya sabes lo que opino de esta historia. Entiendo que aún ocurran cosas como esta y es algo que he aceptado desde el primer día.

–Ya, pero aún así…

–A ver, sé que suena un poco mal pero no puedo sentir celos de alguien que no está, ¿no? Eso creo. Mientras no sueñes con quien tú ya sabes…

Me río y le doy otro beso.

–He soñado que estaba vivo, que no se ahogaba, que al final era todo un juego y me estaba esperando en la orilla.

–Joder con Alison DiLaurentis.

–Lo curioso es que tenía la sensación de que ya lo había vivido, no sé cómo no me he dado cuenta de que estaba soñando.

Prefiero guardarme para mí el hecho de que ni soñando he podido decirle a Matt que le quiero, o le quería. Se me pasa por la cabeza la idea de que el sueño en verdad haya sido una forma de contacto con el Matt que está en otra parte, en otro mundo, dónde sea; y que me ha dicho que no necesitaba oír un «te quiero» de mis labios porque ya lo sabía. Claro que también puede ser mi desequilibrada mente tratando de convencerme a mí mismo de ello, o una simple casualidad de los mecanismos que crean los sueños. Sea como sea, Mike no necesita conocer esos detalles. No aportan información necesaria y no quiero tentar a la suerte. Opto por quitarle hierro al incómodo sueño y la posterior crisis de ansiedad.

–Y al final aparecía Evan y hacíamos un trío.

–No te escupo en el zumo porque es tu cumpleaños.

–¡Oye, que no he nombrado al que no puedo nombrar! –me río.

–Desde Halloween los dos son igual de innombrables.

Mike se levanta de la cama y sale de la habitación, no sin antes volver su cara hacia mí y mandarme un beso volado que me confirma que no le ha sentado mal la broma. Y yo sonrío porque soy feliz, aunque aún me duela el

pecho, aunque tenga pesadillas ocasionales y alguna que otra crisis de ansiedad; porque tengo junto a mí a una persona que es tan grande que nadie podría hacerle sombra, que es tan comprensiva que nunca tengo que explicarme más de la cuenta, que es tan generosa que apenas tiene momentos para sí mismo porque todos me los regala, y que es tan increíble que a veces pienso que no me lo merezco. Luego pienso en lo mal que lo he pasado y me doy cuenta de que sí me lo merezco.

Oigo cómo ha vuelto a la cocina y doy por hecho que está terminando de preparar su desayuno porque en la bandeja sólo hay comida para uno. Yo permanezco tumbado en la cama, mirando al techo y pensando en lo diferente que sería mi vida si, a lo largo del camino, hubiera tomado alguna decisión distinta. Pienso en qué habría ocurrido si me hubiera quedado con Sussan en Norwalk en vez de apuntarme al campamento de hace casi tres años. Qué hubiera cambiado si no hubiera tenido la determinación de pasar el verano solo en la casa de St. Dean. Cómo sería mi vida actual si aquella mañana en la que conocí a Matt hubiera decidido ir al centro comercial en lugar de a la playa. O dónde estaría a día de hoy si hubiera comenzado la carrera de Derecho tal y como tenía previsto, en una universidad distinta, lejos de Mike. Incluso se me pasa por la mente la incógnita de pensar en el día de hoy si me hubiera rendido tras meter la pata y no hubiera vuelto a Norwalk a luchar por él, si me hubiera conformado con las miles de oportunidades que ofrece esta ciudad en vez de apostar por él. Nunca lo sabré. Otra de tantas cosas que se quedan atrás y que me empeño en rescatar una y otra vez aunque no podueda hacer nada para cambiarlas.

Para bien o para mal, la vida es este momento. No es el minuto antes en el que tienes un sueño horrible, ni el minuto después en el que crees que estarás desayunando con tu novio. El pasado no se toca y el futuro aún no existe. Probablemente esa sea la mayor y principal lección que he aprendido en este tiempo. No hacer planes, no pensar en lo que puede pasar mañana o añorar aquello que ocurrió ayer. No lleva a ninguna parte porque lo único que tenemos asegurado es este instante. Quizás por eso me he vuelto mucho más impulsivo que antes. Ya no pienso las cosas demasiado, ni me planteo las consecuencias positivas y negativas de mis actos, salvo que pueda herir a alguien. Simplemente actúo, simplemente vivo. Excepto en días como hoy en los que mi cuerpo y mi cerebro deciden actuar de forma independiente, creando un caos emocional que vuelve a rasgarme las cicatrices del pasado. Pero no importa, es sólo otro momento más que desaparece con cada *tic* del segundero del reloj.

Ya han pasado ocho meses desde la boda de Sussan y Alex. Ocho meses desde aquella maravillosa tarde de primavera en la que prácticamente todos sentimos que empezaba una nueva etapa, no sólo para ellos sino también para Mike y para mí. Desde que lo recuperé en febrero hasta la boda en mayo la situación fue rara, tensa, complicada. Pero desde ese día todo terminó de encajar en su lugar original. Desde entonces han sido ocho meses de

estabilidad, avanzando positivamente y dejando atrás aquello que nos causó dolor, con alguna que otra inesperada sorpresa que ya contaré.

Claro que la teoría siempre queda bien en el papel y la realidad no es perfecta. No puedo hablar por Mike, más allá de lo que él me cuenta y me transmite, pero, por mi parte, aún sigo teniendo días en los que necesito pedirle aún más disculpas; días en los que veo sus ojos viviendo por mí y me derrumbo al pensar en lo que fui capaz de hacer; días como el de hoy en el que veo cómo es capaz de soportar según qué cosas y yo, en cambio, me rendí a la primera oportunidad que tuve de pensar que nuestra relación hacía aguas. Pero hice la promesa de que haría todo lo que estuviera en mi mano para evitar que volviera a ocurrir, y dedicar todos mis esfuerzos en demostrar que para mí él es único e indispensable en mi vida.

Es evidente que no todo es perfecto y seguimos pasando algunas situaciones incómodas cada vez que tenemos algún encuentro con alguien medianamente atractivo. Comentarios inofensivos que antes podría hacer sobre chicos, ahora no puedo hacerlos porque me siento mal conmigo mismo. Mike nota que ahora hay silencios donde antes había exclamaciones y miradas a todo príncipe azul que pasara por nuestro lado. Haga lo que haga, la tensión es inevitable. Si me callo, creo un silencio incómodo y ambos recordamos lo que hice. Y si hablo –que aún no me he atrevido a hacerlo– seguramente haga que Mike se acuerde de lo ocurrido con Leo y provoque sentimientos adversos hacia mi persona que no quiero que se repitan. Una calle sin salida en la que el único remedio es intentar desviar la atención cuando nos encontramos en una situación incómoda de ese estilo, ya sea en el metro, por la calle o en alguna fiesta a la que asistamos. Y, creedme, volverme ciego en esta ciudad durante el verano no fue tarea fácil. Con tanto pantalón corto, camisetas sin mangas, bronceados, bíceps al aire y miradas ávidas de un encuentro visual, ha sido una auténtica tortura. No por deseo sexual –no volvería a caer en ese error– sino por no poder comentar nada de lo que veía y tener que actuar como si esos dioses del Olimpo fueran señoras de pueblo con batas, rulos y crema de aguacate en sus caras.

–¡Feliz cumpleaños, guapetón!

Laura, nuestra compañera de piso tras la marcha de Evan, ha entrado en mi habitación y ni me he dado cuenta, sumergido en mis pensamientos.

–Muchas gracias –le respondo, dándole un abrazo.

–¿Y esa cara que me traes? Tú has estado llorando.

–Un poco, pero ya ha pasado.

–Otra vez las pesadillas con el chico de la playa, ¿verdad?

Asiento.

–Pero esta vez no ha sido pesadilla, ha sido incluso bonito. Pero es sorprendente como algo bonito puede dar incluso más miedo.

–Mira Ryan, mi abuelita allá en Colombia siempre me decía que los sueños son deseos del alma. Cuando uno sueña cosas buenas es porque deseamos que ocurran o, como en tu caso, que hubieran ocurrido.

–Pero sería como si quisiera que Mike no existiera en mi vida.

–No tiene por qué. Las personas somos contradicción pura, ¿verdad? Mírame a mí, que me gustaría tener un cuerpazo de modelo de anuncio, pero al mismo tiempo quiero seguir poniéndome hasta arriba de bollos.

–Tú y los bollos…

–¡Estúpido! ¡Me refiero a nuestras meriendas en el Dunkin Coffee! Como te decía… ¡Contradicción!

–No es lo mismo…

–Es exactamente lo mismo. Quieres dos cosas que no pueden ocurrir al mismo tiempo. Pero permíteme que te diga que tú tienes más suerte, porque una de las cosas que quieres es imposible. No te ofendas, pero al menos tú no puedes elegir. Así que no le des más vueltas en esa cabezota.

–¿Y cuándo soñamos cosas malas?

–Cuando tenía pesadillas mi abuelita me decía lo mismo, que son cosas que el alma quiere que pasen. Todos tenemos algo de maldad dentro y, cuando soñamos feo, nos desprendemos de esa maldad para que no pueda hacernos daño cuando andamos despiertos. ¿Nunca has oído eso de que los criminales duermen con la conciencia tranquila? Es porque la maldad que llevan dentro la sacan a flote durante el día, en vez de dejar que se desvanezca durante la noche.

–Me parece que tu abuela se droga.

Nos reímos y en ese momento Mike entra con su desayuno.

–¿Eso es para mí? –pregunta Laura.

Mike se queda callado, quieto en mitad de la habitación.

–Yo… Esto es… No sabía que…

–¡Es broma! Les dejo para que disfruten de su desayuno romántico.

–¿Vas a salir a comprar? –pregunta Mike.

–Claro, mi amor. Me he puesto las mayas térmicas y la sudadera fucsia para bajar a comprar al pakistaní.

–Vas a correr, ¿no? –responde Mike, pillando el sarcasmo de Laura.

Laura asiente con la cabeza, se coloca los auriculares en los oídos y cierra la puerta de la habitación. Apenas unos segundos después oímos cómo se cierra la puerta del apartamento.

–¿Sólo vas a comer eso? Si que has tardado en hacerte dos tostadas.

–Estaba al teléfono, han llamado de la escuela.

–¿Qué ha pasado?

–No me han dado muchas explicaciones, sólo que no hay clase hoy.

–¡Fin de semana de cumpleaños extra largo! –exclamo.

–A partir de ahora ya puedes comprar alcohol.

–¡Y contratar a una puta!

–Pues como no sea para ir de compras con ella…

° ° °

Cumplir veintiuno en Nueva York no era precisamente lo que tenía en mente hace tres años. Tampoco hace dos. Si me apuras, ni siquiera hace un

año daba por hecho que seguiría viviendo aquí tal día como hoy. Pero definitivamente parece que la vida gira y te va llevando por dónde quiere. Y, entre vueltas y turbulencias, me ha traído hasta aquí, hasta el piso de Alex dónde vamos a celebrar mi fiesta de cumpleaños. Para evitar los dramas del año pasado, en esta ocasión no hay sorpresas ni engaños; directamente Alex me traído aquí sabiendo que había una fiesta para mí. Incluso se ha permitido el lujo de no despegarse de mí en todo el camino, bromeando sobre mi posible desaparición en busca de alguna cama vacía aprovechando cualquier despiste suyo. Habría tenido gracia si Mike no hubiera estado presente y yo no hubiera tenido que fingir una molestia innecesaria. Poco después nos dejó solos y aún no sé si fue por el comentario de Alex o porque tiene alguna sorpresa preparada.

Según accedemos al piso, descubro que hemos vuelto tres semanas hacia atrás y vuelve a ser Navidad. Luces colgadas por el techo, estrellas parpadeantes en las paredes, un decoradísimo árbol junto a la ventana y Apple –el gato de Sussan– dando brincos, nervioso entre los invitados.

–No puedo creer que aún tengas la decoración de Navidad puesta –le digo a Sussan mientras le doy mi abrigo.

–Ya me conoces –responde orgullosa–. Tenía en mente esta fiesta desde hace tiempo y decidí mantener el apartamento decorado hasta entonces.

Miro a Sussan, incrédulo, con un gesto que le dice sin palabras que, efectivamente, sí que la conozco.

–Vale, de acuerdo, soy una vaga –reconoce–. Lo fui dejando para otro día constantemente y hace tres días sí que pensé que sería conveniente dejar todo puesto hasta mañana.

–Me gusta.

–¿La decoración o que sea una vaga?

–Que seas una vaga. La decoración ya la había visto en tu fiesta de Fin de Año –le respondo riéndome.

Sussan busca a mi alrededor con la mirada.

–¿Y Mike?

–Viene ahora. Tenía que hacer algo antes.

–¿Qué algo? –pregunta ella intrigada y sospechando–. Ya empiezan los dramas.

–¿Por qué todo el mundo se ha empeñado en recordarme lo del año pasado?

–No *leosé*.

–Muy graciosa –respondo con sarcasmo.

–*Leosiento*, no pude evitarlo –responde continuando sus bromas sobre Leo.

–No, en serio. Para. Antes Alex hizo bromas y Mike creo que se ha ofendido bastante.

–Pobrecito. Tiene que ser un fastidio que te *leorrecuerden* constantemente

–¡Sussan!

–¡Ay! No puedo parar.

–A mí me pasó *leomismo* –respondo, ahora bromeando yo.

Nos reímos, cojo un puñado de nachos de un plato y me mezclo entre los invitados, saludando y recibiendo felicitaciones. Suena mi canción favorita, 'Wonderful' de Janet Devlin. Me encuentro con conocidos amigos como Andrew, Ryan el modelo, Austin, Óscar, Justin y Mario; y otros nuevos como Laura, Drew, Carol y Greg. Por actualizar un poco el panorama, diré que Andrew y Ryan, contra todo pronostico, siguen juntos. Está claro que cuando Evan nos contó en aquella fiesta de Halloween que su ex era muy puta, era el despecho el que hablaba por él. Es curioso cómo Evan era nuestro amigo y compañero de piso y ahora, un año después, somos amigos de su ex y no hemos vuelto a saber nada de él desde Halloween. Por otro lado, el status social de Austin ha crecido en estos meses debido a un papel protagonista en Broadway; resulta que el chico era un diamante en bruto en lo que a la interpretación se refiere y ahora no sólo baila sino que también canta, actúa y tiene éxito. Óscar sigue siendo genial, genialmente rico, y se ha comprado un ático en Chelsea con la herencia que ha recibido tras la muerte de su última abuela. Algunos nacen con una estrella en el trasero. ¡Ah! Y la relación de Justin y Mario ya no es tan secreta. Todo gracias a un vídeo publicado en JustJared donde pillaron al hijo del abogado más cotizado de la ciudad cogido de la mano y besándose en la puerta trasera de una discoteca del Meatpacking. A veces me pregunto cómo es que teniendo esta clase de amigos nosotros hemos conseguido pasar desapercibidos. Supongo que cuando tu única red social abierta al público es Twitter, no eres nadie en el mundo actual.

–Me gusta más esta fiesta que la de Halloween de 2013 –me dice Greg mientras le saludo.

–¿Qué fiesta? –pregunto extrañado.

–La de Óscar. ¿No te acuerdas?

–Sí, claro. Bastante bien. ¿Estabas allí?

–¿Tan desapercibido paso?

–Lo siento. De verdad que no lo sabía. Nos conocemos desde hace meses, ¿por qué no habías dicho nada?

Greg se ríe.

–No pensé que no me recordaras. Desde que nos conocimos en verano creía que ya sabías que habíamos coincidido antes.

–Con lo grande que es esta ciudad y al final nos conocemos todos.

–¿Y tu marido? –me pregunta, cambiando de tema.

–La verdad es que no lo sé. Cuando veníamos hacia aquí tuvo que irse y no he vuelto a saber de él.

–¿No te preocupa?

–Sería preocupante si fuera al revés.

–No lo entiendo –se extraña.

–Nada, déjalo. Es una historia muy larga. No merece la pena. Ya llegará. Confío en él y sé que está bien porque responde a mis mensajes. Estará

comprando el regalo a última hora o algo.

Justo en ese momento se para la música, y los invitados, como si ya lo tuvieran ensayado, se apartan y crean un semicírculo que me deja solo en mitad de la sala iluminada por las estrellas navideñas, frente a la puerta del apartamento.

Llaman a la puerta.

Miro a Sussan. Es su casa.

–Abre –me dice con un gesto.

Me acerco despacio a la puerta y hasta me pongo nervioso por momentos. No sé explicar por qué, es de esas cosas que ocurren porque sí y no sabes cómo llegan a forjarse; pero en mi mente imagino que abro esa puerta y Matt está al otro lado. Sé que es imposible. Mi mente, como siempre, jugando conmigo a su antojo en los peores momentos. Sacudo la cabeza para deshacer en el aire la falsa historia mental, pongo una sonrisa y abro la puerta. Al otro lado, tres de las cuatro personas más importantes de mi vida: mi madre, mi padre y Mike.

–¡Sorpresa! –gritan a mi espalda.

–Sorpresa –susurran ellos, sonriendo frente a mí y gesticulando con las manos.

–Sorpresa –murmuro mientras mis ojos se inundan y una lágrima valiente salta del párpado hasta la mejilla.

Me abrazo a mis padres, sobre todo a él. A mi madre no la veía desde Navidad, que vino antes de Noche Buena para traernos regalos a Sussan, a Mike y a mí, pero a mi padre no lo veía desde la boda de Sussan y Alex. Abrazado a mis padres, miro a Mike y mis ojos se lo dicen todo. Gracias.

Les invito a entrar y unirse a la fiesta. Sussan coge sus abrigos y les abraza, también al borde del llanto. Alex, cordialmente, le presenta a mi madre uno a uno todos los invitados. Kate los conoce de vista a casi todos de tanto cotillear mi página de Facebook. De hecho creo que se ha hecho amiga de algunos. ¡Madres!

–Esto sí que no te lo esperabas, ¿a que no?

–Sinceramente, te esperaba a ti, mamá –respondo aún emocionado–. Igual que el año pasado. En cuanto Mike desapareció, tenía la sospecha de que había ido a buscarte a la estación, aunque tenía mis dudas. Pero no esperaba que viniera papá.

–No me ha costado nada convencerlo.

–Mientes.

–Te lo digo en serio. De hecho ha sido idea suya. Ni Sussan ni Mike han tenido la iniciativa, fue tu padre.

–Parece que la distancia ha reforzado nuestra relación, aunque suene contradictorio.

–Bueno, tú sabes que tu padre es especial. Igual que tú.

Le doy otro abrazo a mi madre, que termino con un interminable beso en la mejilla.

–A ver, a ver, que habéis venido a una fiesta. ¡A divertirse!

–¡Y feliz Navidad! –exclama mi madre al percatarse de la decoración del apartamento.

–Ya conoces a tu hija –le respondo, refiriéndome a Sussan.

La celebración avanza de forma peculiar, porque normalmente todos nos desinhibimos y nos dejamos llevar, comportándonos tal y como somos y haciendo lo que surja en cada situación; pero no suelen estar mis padres en mitad de las fiestas. En esta ocasión, chistes se quedan a medias, sobre todo los que llevan connotaciones sexuales, comentarios acaban en susurros y, en general, nos sentimos un poco como alumnos de primaria que están siendo vigilados por sus profesores; aunque no debiéramos porque somos todos adultos. De vez en cuando, aprovecho para llevar a mis padres a la cocina con la excusa de contarnos cosas y ponernos al día un poco más alejados de la música, y es cuando los demás aprovechan para volverse locos creyendo que desde la cocina no se escuchan los comentarios que hacen. Mi cara de vergüenza seguramente lo dice todo.

En una de esas conversaciones, aparece Sussan y nos echa de la cocina. Después de un rato, aparece de vuelta en el salón con una enorme tarta con forma de Minion y dos velas formando el número veintiuno clavadas en cada ojo. ¡Pobrecito! No me da vergüenza reconocer que soy muy fan de los minions y la tarta me parece una maravilla que me va a dar muchísima pena cortar en pedazos. Los invitados me cantan al unísono con mejores y peores entonaciones, me acerco a las velas y me quedo en blanco. No sé qué desear. Tantas cosas que no sé por cual decantarme.

–¡Venga! –me anima Sussan –. ¡Que esto pesa!

Levanto la vista y miro a mi alrededor. Veo a mi familia, mi novio y mis amigos, todos pendientes de mí, sonriendo, pasándolo bien y me doy cuenta de que eso es lo que quiero: que todo siga yendo bien y todos seamos felices dentro de nuestras circunstancias.

Soplo las velas.

Horas después, la fiesta va apagando su luz lentamente. Los invitados van desapareciendo, el volumen de la música desciende paulatinamente, los platos y vasos sucios adquieren presencia, los restos de la tarta se derriten y la decoración navideña deja de ser divertidamente relevante. Tímidamente, como si fuéramos un par de desconocidos que entablan una conversación por primera vez, mi padre se acerca a mí, me hace una cariñosa caricia por la espalda y de su boca salen unas palabras que, dos años atrás, jamás pensé que podría oírle decir:

–Mi yerno es un gran chico. Me gusta mucho.

Sonrío. Quiero llorar pero el momento ya me parece lo suficientemente sensible como para empeorarlo frente a mi padre.

–¿Te gusta Mike?

–Me gusta hasta para mí –bromea.

–Pues como no bajes esa barriga, papá… –bromeo de vuelta.

Se queda en silencio.

–Es broma, ¿eh?

–Lo sé –sonríe–. Pero sí, soy un viejo cascado ya.

–No eres un viejo. Eres mi viejo. Y, si Mike fuese diez… veinte años más mayor, seguro que hasta te encontraría atractivo.

–Más le vale porque te parecerás a mí cuando seas mayor.

Nos reímos y le doy otro abrazo.

–Sabes que te quiero, ¿verdad?

–Lo sé –asiento sin soltarme de sus brazos.

–Y ahora ya eres un hombre. Ya eres mayor de edad. Cuidado con lo que haces.

–Papá… –sonrío sarcásticamente–. Llevo bebiendo alcohol desde los dieciocho aunque no fuese legal y ya sabes lo que ocurrió en la playa por culpa de eso. No hay persona más responsable que yo.

–Y tú sabes que el alcohol no tuvo la culpa de lo ocurrido. Ni tú.

Asiento. Y lo hago de verdad. No sé por qué he dicho eso. Debe de haber sido por el sueño de esta mañana.

–Voy a buscar a tu madre, que vamos a perder el avión y aún tenemos que conseguir un taxi a estas horas.

En el apartamento casi vacío sólo quedamos Alex, Sussan, Mike, mis padres y yo. Recogemos sus abrigos, nos damos otra ronda de abrazos y sacudidas de manos entre todos y nos acercamos a la puerta para despedirnos.

–Sussan, cariño, cuídate mucho –se despide mi madre–. Una pena no haber visto al pequeñín esta vez.

–Lo he dejado en casa de una vecina de confianza, pero te prometo que mañana te envío un vídeo mandándote un beso.

–Mike, cuídame al niño tan bien como lo estás haciendo –le dice mi madre.

–Descuida, Kate.

Mi padre se adelanta sin muchas despedidas, como es habitual con su carácter, y comienza a bajar las escaleras. Mi madre va detrás y yo les sigo.

–Os acompaño abajo a coger el taxi.

Justo en la puerta, con una suerte que no he tenido yo en todo el tiempo que he vivido aquí, una señora se baja de un taxi que queda libre. Mi madre se sube unos segundos después y mi padre me da un último abrazo.

–Cuídate, hijo.

–Lo haré. ¡Ah! Y yo también te quiero, papá.

# 28
# EL APAGÓN

La ventaja de tener a tus padres en tu fiesta de cumpleaños es que controlas una barbaridad con los mojitos y al día siguiente la resaca brilla por su ausencia. Ayer a estas horas estaba teniendo una crisis de ansiedad y hoy estoy fresco como una rosa gracias a la vergüenza que me provocaba beber delante de mi padre. Y no porque no sepan que lo hago, sino más bien por controlar mi estado físico, mental y emocional en su presencia. Y lo mismo podría decir de Mike porque tampoco bebió mucho, pero por algún extraño motivo no se ha despertado de muy buen humor. Me ha dado un beso a medias y se ha ido a la cocina si decir ni palabra. Por una vez, no soy el culpable. Creo.

Me levanto de la cama, voy al baño, me lavo la cara y me acerco al váter. Mike viene detrás.

–¡Ey! Que estoy yo dentro.

–No voy a ver nada que no haya visto ya.

–Ya, pero…

–También te he visto hacer pis. Y cosas peores.

–Ya, pero…

–Vale, me voy, que veo que hoy te has levantado tímido.

–¡Y tú con el pie izquierdo!

–¡Pues sólo tengo dos! –me grita desde la habitación–. También tiene derecho a tocar el suelo él primero.

–Pues también es verdad –murmuro y aprieto el botón de la cisterna.

Vuelvo a a habitación y hago la cama de mala manera, recojo la ropa de la noche anterior que hay tirada por el suelo y me acerco al armario en busca de algo limpio que ponerme.

–¿Vamos a salir? –le grito a Mike, que ha vuelto a la cocina.

–¡No! –me responde.

–¡Pero si es sábado! –le grito con media cabeza dentro del armario buscando mi camisa de botones azul favorita.

–La nieve no entiende de días libres, Ryan –me responde volviendo a la habitación y acercándose a la ventana.

Mike abre las cortinas y veo que está nevando fuertemente. Me acerco yo también al cristal y apenas distingo la acera del asfalto. Los coches están hasta arriba de nieve, la calle está desierta y aún no ha pasado el quitanieves.

–¡Pues qué bien! –exclamo.

–¿Y esa alegría? –pregunta Mike–. ¿No querías salir?

–Sí, pero NPM me apetece mucho más.

–¿NPM?

–¡Netflix, pizza y Mike!

–Jajaja, ¡qué tonto eres! ¡Entonces sería NPML!

–Netflix, pizza, Mike y… ¿Lasaña? ¿Locura? ¿Lujuria? ¿Lametones? –se me ocurre decir «Leo». Broma pesada. Me la guardo.

–¡Laura!

A veces se me olvida que compartimos piso.

–Salvo que quieras echarla y que se entierre bajo la nieve.

Me rasco la barbilla mientras simulo estar de acuerdo con el plan.

–¡Ryan! –grita Laura a mi espalda.

–¿Estás despierta? –pregunto sorprendido.

–¿Os creéis que vivimos en la Casa Blanca? Oigo todo lo que habláis si dejáis la puerta abierta, cabrones.

–¿Entonces te apetece un NPML? –pregunta Mike.

Laura se queda en silencio, fingiendo estar enfadada.

–No íbamos a dejarte morir congelada en la calle, palabra de boy scout –digo con mi mano en el pecho.

–Por muy tentador que suene, tengo mucho que estudiar. Desayuno y me encierro en mi habitación.

–¿Estás…? –empieza a preguntar Mike–. ¿Hay…?

–No hay nadie en mi habitación, estoy sola. ¿Por quién me tomas?

Mike se encoge de hombros.

–Sólo preguntaba. Como los fines de semana suelen haber mujeres pululando por nuestro salón…

–Pues por suerte anoche no ligué. Y menos mal, porque con esta nevada a ver cómo la hubiera echado de aquí.

–Eres tan sentimental, tan romántica… –ironiza Mike.

–Las lesbianas son como los hombres. Para encontrar una que merezca la pena hay que besar muchas ranas. En este caso, hay que comerse muchos bollos.

–Me siento incómodo con esta conversación –bromeo.

–Imagina que son donuts del Dunkin Coffee. ¿A que no te comerías sólo uno? ¿A que quieres probarlos todos y decidir cuál te gusta más?

Mike disimuladamente cuenta con los dedos de la mano, mirando hacia la nada.

–¿A que no sabrías elegir tu favorito y constantemente querrías comerte uno distinto? Pues las mujeres son como esos donuts.

–Sí, pero en el Dunkin hay unos veinte tipos de donuts –interrumpe Mike– y en lo que llevas viviendo aquí han pasado por esa puerta más de treinta sabores distintos, y no hablo de bollos precisamente. Bueno… Sí –Mike se ríe solo–. O tú eres muy indecisa o te estás montando una historia alucinante para justificar tus aventuras sexuales sin compromiso.

–¿Y lo bien que me lo paso?

–¡Y lo contentos que estamos nosotros! –añado.

–¿Lo estamos? –pregunta Mike.

–¿Prefieres una chica distinta cada sábado o un Evan todos los días?

–¡Y lo contentos que estamos nosotros! –repite Mike.

Nos reímos los tres. Y la verdad es que, egoístamente, lo prefiero así. La vida de Laura es suya y sólo suya. Ella decide lo que hace con su cuerpo y a

quién se lo ofrece. Yo ni soy nadie para juzgarla, ni me importa lo más mínimo siempre que no meta en casa gente rara que nos cree algún tipo de problema. Es mucho mejor esto que haberle alquilado la habitación a otro chico gay y estar teniendo discusiones, miradas furtivas, inevitables deseos o tentaciones cada dos por tres en la habitación contigua. Y, siendo honestos, alquilársela a un chico heterosexual tampoco estaba en nuestros planes. Quizás porque, inconscientemente, buscábamos alguien afín a nosotros, que nos entendiera y no se sintiera incómodo con según qué situaciones. Claro está que cada persona es un mundo y, seguramente, haya chicos heterosexuales más abiertos de mente que muchas chicas lesbianas, pero de perdidos al río; lo hecho, hecho está. Y ha sido la decisión correcta. Sobra mencionar que alquilársela a una chica heterosexual habría sido incluso peor que a un chico gay por razones obvias. Pensad.

° ° °

Durante nuestra tarde de NPM, Mike ha seguido con su extraño y distante comportamiento. Es difícil de explicar, porque ni yo mismo sé lo que está pasando, pero sé que hay algo que le está molestando. Algo lleva pensando desde que se despertó esta mañana y no consigo descifrarlo. No quiero sacar el tema porque ayer tuve un día genial y, probablemente, sean solo cosas mías. O quizás está en uno de esos días en los que, sin razón aparente, tiene más presente lo que hice con Leo y él mismo se distancia de mí para evitar enfrentamientos. Posición razonable y lógica, pero que a mí me hace darle más vueltas a la cabeza de las que me gustaría.

Quiero pensar que toda la historia de mi cumpleaños ha hecho revivir en él lo ocurrido hace un año y, tal vez, de algún modo, han reaparecido rencores o reproches que está intentando guardarse para sí mismo porque no vendrían a cuento en absoluto a estas alturas. Pero no puedo evitar pensar que quizás hay algo más, que puede ser algo que no se me ha ocurrido pensar, algo que he hecho o dicho sin darme cuenta, o incluso algo que no tiene ningún tipo de relación conmigo y él está esperando a que le pregunte para desahogarse. Pero tengo miedo. Miedo de preguntar y abrir la caja de los fuegos artificiales, y no de los que se me disparan cuando me besa sino de los otros que explotan en tu cara sin que puedas controlarlos.

Si soy honesto, a veces me pregunto si todo lo que pienso de mi relación con Mike es real o si es producto de mi percepción individual de la situación. Es decir, la otra vez yo sentía que todo empezaba a hacer aguas, que Mike no estaba a gusto conmigo, que había dejado de quererme; llegué incluso a acostarme con otra persona porque yo, y sólo yo, pensaba que la relación estaba terminando. En cambio la realidad era todo lo contrario: Mike seguía locamente enamorado de mí, estaba avivando la llama de nuestra relación y todo era perfecto desde su punto de vista. Y entonces pienso… ¿Y si ahora es al revés? ¿Y si lo que yo creo que es genial, no lo es tanto? ¿Qué ocurriría si todo el pasado que yo he dejado atrás sigue atormentando a Mike sin que yo sea consciente de ello?

Las personas tendemos a juzgar las situaciones desde nuestro egoísta y unilateral punto de vista. Creemos lo que nos decimos, nos decimos lo que sentimos y sentimos lo que creemos. Pero muchas veces estamos equivocados y ni lo que creemos, ni lo que decimos, ni lo que sentimos están sincronizados con la realidad de lo que está ocurriendo. Nos equivocamos constantemente porque damos por sentado que todo es como exigimos que sea, testaruda e inconscientemente. Nuevamente, tengo miedo de estar viviendo una situación que ya he vivido a la inversa; que esta vez Mike esté callando lo que no se atreve a decir, que yo mismo no me atreva a reconocer que algo va mal. Pero es que por fuera es todo tan perfecto que, ¿por qué iba a ir algo mal? Y si nada va mal, ¿por qué me empeño en creer en esa posibilidad? Crezco, cambio, evoluciono y aún así no consigo dejar atrás esta obsesiva manía de controlar todo lo que ocurre en mi vida. Veintiún años y aún no he aprendido a poner en práctica la teoría que llevo repitiendo una y otra vez: que nada es para siempre y sólo importa vivir aquí y ahora, porque si no lo haces ahora no lo harás nunca.

–¿En qué piensas? –me pregunta Mike, tumbado en el sofá con su cabeza apoyada en mis muslos.

–¿Por qué crees que pienso en algo?

–Porque cada vez que te pones a divagar, mueves los ojos nerviosamente y frunces el ceño a cada rato. Y llevas medio capítulo de 'Pretty Little Liars' haciéndolo. Podrían haber desvelado quién es A ahora mismo y no te habrías enterado.

–No sabía que hiciera eso, ni sabía que te fijaras en esas cosas.

–Me fijo en más cosas de las que crees.

–¿Cómo cuales? –pregunto, intentando provocar una conexión romántica que arregle el día.

Mike vuelve a mirar hacia la pantalla.

–Ahora no se me ocurre ninguna, ya te diré. Dale para atrás unos minutos, por favor, que no me he enterado de lo que ha ocurrido en la serie.

Adiós al momento romántico y hola a mis pensamientos obsesivos de nuevo. Pero esta vez siento que no puedo callarme. Como Lindsay Lohan en aquella película que vi con Leo en su habitación, noto como las palabras van a salir solas y no puedo evitarlo.

–¿Te pasa algo, Mike?

–Me pasan muchas cosas todos los días, ¿por qué?

–En serio, ¿te pasa algo conmigo? ¿He hecho algo?

–No has hecho nada, Ryan.

–No me gusta que me llames por mi nombre, pareces enfadado.

–Tú lo has hecho primero.

*Touché.*

–En serio, mi amor, mi cariño, mi vida, mi sol, ¿te pasa algo?

–Sí, claro, intenta arreglarlo –se ríe.

Cojo el mando y paro la reproducción en la televisión. Mike vuelve a girar

su cabeza para mirarme. Yo le miro en silencio porque ya he hecho una pregunta y sabe que espero una respuesta.

–No me pasa nada –susurra.

–¿Y por qué siento que sí?

–¿No crees que con las cosas que han ocurrido ya deberías saber que a veces lo que percibes no se corresponde con la realidad?

–¿Y tú no deberías saber que, precisamente por eso, que actúes raro me hace darle vueltas a las cosas más de lo habitual?

–¿Vas a ir corriendo a otra cama sólo porque no estoy de buen humor?

La cara de Mike cambia instantáneamente, dándose cuenta de que no ha hecho una pregunta oportuna o coherente.

–¿En serio, Mike? ¿En serio? –me indigno–. ¿Aún con eso?

–Tú no puedes evitar pensar que algo va mal cada vez que yo estoy un poco menos efusivo de lo normal –responde, en lugar de disculparse–. Yo no puedo evitar acordarme de eso cada vez que cuestionas lo que siento por ti.

–¿Quién ha cuestionado lo que sientes por mí? –me incorporo en el sofá porque ya no me siento cómodo teniendo esta conversación con Mike apoyado en mi cuerpo como si no pasara nada.

–Me has preguntado qué me pasa.

–Eso no es cuestionar lo que sientes por mí. Sólo he preguntado porque hoy te noto distinto. Y no sé si tiene relación conmigo o no.

–No es culpa tuya.

–Que no sea culpa mía no significa que no tenga relación conmigo. ¿Por qué no eres claro?

–No quiero tener esta conversación. Vuelve a darle al *play* por favor.

–No. Me estás ocultando algo.

–Eso lo hiciste tú en su momento, no yo. No me acuses de algo que no estoy haciendo.

–¿Otra vez echándome en cara lo de Leo?

–No era mi intención, pero te he dicho que no quiero tener esta conversación y tú sigues.

–Estás enfadado por eso, ¿otra vez? Después de un año.

Mike se queda en silencio, sentado en el lado opuesto del sofá, mirando a la pantalla pausada. No me queda claro si no sabe qué decir o si tiene tantas cosas que contarme que no sabe por donde empezar. Yo por mi parte siento ganas de llorar porque no entiendo a qué viene esto ahora, pero no quiero darle el gusto de verme malpor este tema. No otra vez, no después de todo lo que he hecho para recuperarle y demostrarle que no voy a volver a hacerle daño. Es entonces cuando Laura sale de su habitación con los auriculares puestos. Nos mira y sonríe, ajena a lo que está ocurriendo. Coge una botella de agua de la nevera y vuelve a su habitación cerrando la puerta de nuevo.

–Mira Ryan, tú hiciste algo…

–Ya estamos otra vez –le interrumpo.

–Déjame hablar.

Hago un gesto de cerrarme la boca con una cremallera.

–Tú hiciste algo que yo te perdoné. Y es cierto. Lo he hecho. Lo sabes. Si no, no estaría aquí. No llevaríamos otro año más juntos. Pero como dice esa canción de The Corrs, una cosa es perdonar y otra olvidar. Y, honestamente, lo que ocurrió está perdonado, pero no olvidado.

–Yo ya no puedo hacer…

–Calla –me interrumpe–. ¿No tenías una cremallera cerrada en la boca?

Asiento.

–Lucho conmigo mismo a diario para comprenderte, para ponerme en tu lugar. Y créeme cuando te digo que muchas veces lo consigo. No comparto lo que hiciste pero sí entiendo que hayas podido llegar a eso. Y sé que esta conversación la hemos tenido otras veces, pero no puedo evitar seguir acordándome de lo que pasó.

–Pero te he jurado y prometido que nunca más volvería a ocurrir.

–Lo sé. El problema no es que pueda volver a ocurrir. Te creo cuando dices que no volverá a pasar. El problema es que ocurrió y sigo sin poder olvidarlo. Cada vez que lo consigo, ocurre algo que vuelve a revivir esos sentimientos en mi interior una vez más.

–Y ayer fue la fiesta.

–La fiesta no, tu cumpleaños en general.

–Pues voy a cumplir años más veces, eso espero.

–Lo sé. Y eso es contra lo que tengo que luchar. Porque sé que cada año, con cada cumpleaños, volverá el recuerdo de lo que pasó cuando cumpliste los veinte, de todo lo que me hiciste sentir y que nunca pensé que alguien como tú podría provocarme. Quizás si hubiera sido otro día, todo sería distinto. Pero no, tuviste que cagarla el día del año más relevante.

–Yo sólo puedo prometer lo que ya te he prometido mil veces. Lo que no puedo hacer es soportar que estés de mal humor todos los diecisiete de enero del resto de nuestras vidas.

–Yo tengo que soportar acordarme de Leo todos lo dieciséis, creo que me merezco poder tener un día de cara larga y mala actitud al año, ¿no crees?

–Vale… Tienes razón –recapacito, desviando la mirada al suelo.

Y es cierto, la tiene. Yo hice lo que hice y él lo ha perdonado. Es egoísta por mi parte esperar que todo sea perfecto siempre. Es bastante coherente cederle un día de mal humor a cambio del perdón que él me ha brindado, que no tenía por qué.

–¿Entonces eso es todo?

–Sí.

–Vale. Bueno, pues entonces le doy al *play* y seguimos con nuestro día anual de «Mike está de mal humor y no vamos a mencionarlo», ¿te parece?

Se ríe.

–Por tonterías como esta son por las que te quiero. Anda, ven aquí.

Se acerca de nuevo a mi lado del sofá, me da un beso y vuelve a acurrucarse entre mis muslos. Y yo lo observo desde arriba, tan guapo como

siempre aunque esté despeinado, en pijama y con medio calcetín caído; porque a pesar de las discusiones y de los miedos, sé que es el mejor y que todo vale la pena con tal de que siga a mi lado.

–Deja de divagar y dale al *play*.

° ° °

Hoy es uno de esos días en los que lo único que me apetece es enroscarme en las sábanas de la cama y no salir de ellas en todo el día. Llevo toda la mañana dando tumbos por la escuela, con más sueño que Nueva York –la ciudad que nunca duerme, guiño– y no doy pie con bola. Menos mal que por fin hemos terminado la última clase y puedo volver al sofá calentito del apartamento. Justo cuando estoy bajando la escalera de entrada al edificio, oigo que alguien me llama desde dentro.

–No me has enviado tu portafolio de trabajos –me dice uno de los profesores.

–¿Mi portafolio?

–Os pedimos antes de Navidad que fuerais preparando un portafolio de trabajos gráficos.

–¡Es cierto! Lo siento, lo había olvidado por completo.

–Eres el único que no lo ha entregado, Ryan.

–Esta semana lo preparo y te lo envío. Palabra.

–De acuerdo, que precisamente el tuyo es uno de los que más nos interesa tener.

–¿Y eso por qué?

Mi profesor hace un gesto que me indica que no puede responder a esa pregunta. Yo doy por hecho que me considera uno de los mejores alumnos y sonrío, aunque igual ese no es el motivo y acabo de quedar como un idiota.

–¿Para qué son? –le pregunto.

–Para hacer una selección de los mejores y tenerlos preparados para cuando vengan de agencias de publicidad y demás buscando nuevos talentos.

–¿Suelen venir?

–Mucho. De ahí la importancia.

–¿Y el mío es de los que más os interesa tener?

Otra vez el gesto. Otra vez mi sonrisa pícara.

–Tú incluye los mejores trabajos que hayas hecho en estos años y, si te animas, crea alguna pieza específica para el portafolio.

–Vale. En cuanto lo tenga listo te lo envío.

–Gracias.

Ahora sí, bajo las escaleras y me reúno con Mike, que estaba esperándome en la calle. Le cuento lo ocurrido y me comenta que él lo entregó hace días y que, con lo responsable que soy para estas cosas, pensaba que yo lo había entregado desde incluso hace semanas. La verdad es que no sé cómo se me ha podido pasar. Se me ha borrado por completo de la mente. Y lo cierto es que no es la primera vez. Debería prestar más atención a los asuntos de clase que a mis idas y venidas amorosas con Mike, porque siento que mi vida personal

está empezando a afectar a la profesional.

La idea de pensar que cualquier agencia de publicidad de Nueva York pueda tener en sus manos un portafolio mío y que llegue a interesarle contratarme, aunque sea para unas prácticas, me excita y me aterra a la vez. Trabajar en esta ciudad es algo que muchos sueñan y muy pocos llegan a cumplir. Irónicamente nunca fue mi sueño, hasta ahora. Pero, por otro lado, me da miedo tanta responsabilidad, verme trabajando tan joven… No sé si estoy preparado, no sé si quiero estarlo. Nunca me he planteado si quiero que Nueva York sea la ciudad en la que voy a vivir o si, simplemente, es una anécdota antes de volver a Norwalk y continuar mi vida allí.

Abro los ojos y tengo que volver a cerrarlos porque el sol me ciega por momentos. Me giro sobre la toalla para quedarme boca abajo y vuelvo a abrirlos. El día está soleado a pesar de estar en pleno invierno e incluso diría que el sol quema un poco. Ha sido buena idea venir a Coney Island a pasar el día, lejos del agobio de Manhattan, el tráfico, la gente y el frío de la nieve que aún no se ha derretido pese a que hace ya dos semanas que no nieva. A mi alrededor, algunos turistas se sacan fotos en el paseo con el mar de fondo, otros comen algodón de azúcar que han comprado en el puesto que está unos metros más allá, otros simplemente se sientan en los bancos a ver la vida pasar y otros tantos se han aventurado a venir a la arena igual que nosotros, ya sea a pasear, a tomar el sol o a darse un refrescante y helado baño entre algas y alguna que otra placa de hielo. Hay gente que no tiene sangre en el cuerpo.

Vuelvo a girarme sobre la toalla y dejo que los rayos del sol cubran mi piel suavemente mientras busco a tientas la mano de Mike hasta que doy con ella. La acaricio suavemente, ascendiendo desde la punta de sus dedos hasta la mitad del brazo y vuelvo a bajar, una y otra vez hasta que finalmente nuestros dedos se entrelazan. Y ahí nos quedamos, dos enamorados sin camiseta y con los pantalones vaqueros remangados, hundiendo los pies en la arena con las rodillas flexionadas, dejando que la energía fluya de un cuerpo a otro a través de sus manos. De fondo, el sonido de las olas del mar rompiendo en la orilla, la música de un saxófono que proviene del paseo, el murmullo del gentío y los gritos de algunos vendedores ambulantes.

Por momentos me acuerdo de St. Dean, de la playa de mi niñez y adolescencia, del pueblo donde cada verano pegaba el estirón, del lugar maldito al que no he vuelto desde aquel verano, y me estremezco. Intento pensar en otra cosa, distinguir mentalmente entre ese lugar y en el que estoy en verdad; ser consciente de la realidad, de que estoy a salvo. Creo que incluso llego a temblar, porque Mike me sujeta la mano con fuerza, como diciéndome que esté tranquilo, que él está aquí. Me aferro a sus dedos mientras lucho por no dejar que la situación pueda conmigo. No quiero sentir la necesidad de escapar, de huir de este lugar que nada tiene que ver con el otro en el que ocurrió todo. Sólo es una playa, sin más. No significa que todo vaya a repetirse.

Lentamente me tranquilizo y vuelvo a mi estado inicial, a disfrutar del sol

tostando la piel de mi pecho, brazos y cara, a escuchar el entorno que me lleva a encontrarme bien. Vuelvo a sentir la mano de Mike como algo suave que acariciar y no algo a lo que aferrarme por miedo. Me suelto durante unos segundos para demostrarme a mí mismo que todo va bien, que no necesito esa ayuda extra, que todo ha pasado. Respiro. Vivo. Sonrío. Tanteo de nuevo por la toalla con mis dedos hasta dar con los de Mike, vuelvo a sujetarlos.

–¿Nos metemos? –me pregunta.

–¿En el agua? –pregunto sin abrir los ojos, disfrutando de mi momento de relajación mental.

–Claro, vamos.

–Estás loco. Está helada.

–¡Venga, atrévete! –insiste.

–Pero, ¿no ves que tiene hasta hielo? Si no fuera porque hace sol estaría helado sólo de estar sin camiseta.

–¡Vamos! Si vienes te beso.

De golpe siento como si el corazón me hubiera dejado de latir. Esas palabras.

–¿Qué has dicho?

–Que si te metes conmigo en el agua te llevas un beso.

Otra vez la puñalada en el corazón, directa, sin anestesia, sin remordimientos. Otra vez la angustia. Suelto su mano de golpe, giro mi cabeza y abro los ojos. Y le veo, tumbado boca abajo en bañador, con su rubio pelo brillando bajo el sol y sus ojos azules mirándome fijamente. Y su sonrisa, esa sonrisa perfecta. Veo su cara de inocente adolescente que empieza a descubrir lo que es el amor, que empieza a vivir de verdad. Veo a Matt.

Abro los ojos y me incorporo sobresaltado. Estoy en el sofá de mi apartamento en Brooklyn, a oscuras, envuelto en sudor. Otra vez. Otra más. Como presiento lo que se avecina, respiro lentamente e intento dejar la mente en blanco, no pensar en nada de lo que acaba de ocurrir. O más bien, lo que no ha ocurrido realmente. Me tumbo y respiro tal y como hacía en mi sueño, discerniendo entre el sueño y la realidad; dándome cuenta de que estoy a salvo y seguro, que no pasa nada. Sólo ha sido un sueño, ya lo he vivido antes. Ya es hora de aprender a no reaccionar tan agresivamente cada vez que sueño con Matt. Cuesta, pero medianamente consigo no alterarme demasiado y controlar la ansiedad. Oigo que la puerta se abre y se cierra. Veo una luz cerca de la entrada.

–¿Ya te has despertado? –me pregunta Mike.

–Eso parece –le respondo–. No sabía ni que estaba durmiendo.

–Te echaste un rato cuando llegamos de clase y cuando quise darme cuenta ya estabas durmiendo.

–¿Y tú de donde vienes?

–Bajé a comprar velas. Se ha ido la luz hace un rato.

–¿Y eso?

–Hay tormenta, se habrá fastidiado algo. Ya lo arreglarán.

–Seguro que vuelve la luz cuando las hayas encendido todas.

Mike prende otra vela con la llama de la que ha dejado en la entrada y se acerca hasta el sofá. La coloca en la mesa y me da un beso.

–Tienes la cara empapada.

–Me imagino.

–¿Otro sueño?

Me quedo en silencio.

–¿Otra pesadilla?

–Parecido.

–Otra vez lo de la playa y toda la historia, ¿no? –pregunta con desinterés, como aburrido por repetir la misma secuencia constantemente.

–No, esta vez fue distinto. No estábamos en St. Dean. Era en Coney Island.

–¿En Coney Island? ¿Y qué tiene que ver eso con Matt?

–Es que no era sólo él. Estabas tú.

–¿Los tres? Eso es nuevo.

–No, no. Primero eras tú. Y yo creía que eras tú. Nunca te vi, sólo te tocaba y te sentía.

–Podría ser cualquiera entonces…

–No. Eras tú. Te sentía como tal. Y de buenas a primeras empezó el drama de siempre, Matt vivo y mirándome con esa cara que tenía de travieso encantador.

–¿Puedes ahorrarte esa clase de comentarios? …Por favor.

–Lo siento, es que me acabo de despertar. Aún lo tengo muy fresco y en el sueño lo sentía así.

–Ya, pero no deja de ser molesto.

–Bueno, pues no te contaré más sueños si sabes que todos son iguales. Así no te mortifico.

–No es eso tampoco, Ryan. Sólo digo que no me siento cómodo cuando hablas de él de esa forma.

–El día de mi cumpleaños no decías eso.

–Pues habré cambiado de idea. Empiezo a cansarme.

–No lo hago adrede.

–Ya lo sé, Ryan. No te lo estoy echando en cara. Sólo digo cómo me siento. Creo que tengo derecho a sentir cosas y poder decirlas.

–Te entiendo, pero algún día esto terminará.

–¿Estás seguro? –me pregunta, desconfiado–. Igual que yo no puedo olvidar completamente lo de Leo, que no fue nada en comparación a lo que sufriste tu, ¿qué te hace creer que terminará algún día?

–Eso quiero.

–Pero querer a veces no es poder, por mucho que diga la gente.

–En mi vida, querer es poder. Siempre ha sido así.

–No puedes estar seguro, nunca se sabe. Pero da igual –se resigna–, aprenderé a vivir con ello igual que tu tendrás que aprender a vivir con los

diecisiete de enero malhumorados de Mike.

–Me niego a que eso sea así.

–Siempre has sido muy ingenuo. Y me gusta que lo seas, es parte de tu encanto; pero en este tema deberías ser más realista y darte cuenta de que es algo que puede continuar para siempre y consumirnos.

–Mike, te prometo que mis sueños se van a terminar y que tú olvidarás lo que hice.

–Ryan, no prometas un cielo entero cuando ni siquiera puedes bajar una estrella.

Y sin más, se levanta del sofá y continúa colocando velas encendidas en puntos estratégicos del apartamento para que nos den luz suficiente para poder hacer vida normal. Yo, por primera vez, me quedo sin palabras para rebatirle. ¿Y si tiene razón? ¿Y si no todo es posible? ¿Qué pasa si la vida no funciona como yo quiero que lo haga? Si nunca dejo de tener sueños y pesadillas con Matt, si él nunca se olvida de Leo, si se consume la magia que nos une, si deja de haber fuegos artificiales cada vez que siento sus labios sobre los míos. ¿Qué ocurre si todo acaba?

Se abre la puerta del apartamento.

–¿Qué ha pasado aquí? –pregunta Laura, dejando su paraguas en una esquina junto a la puerta–. ¿Por qué no hay luz en el edificio?

–No lo sabemos –respondo–. La tormenta, supongo.

–¿Y cuándo volverá?

–¿Y cuándo te vas a echar novia?

–Muy gracioso.

–Son los grandes misterios de la humanidad –bromeo.

–Tengo muchísimo que estudiar. Mañana tengo dos exámenes.

–Entonces, mejor ve a la biblioteca o a casa de alguna amiga –le sugiere Mike, que ha regresado al salón.

–Qué pereza –se queja ella.

–He dejado velas en tu cuarto, también puedes estudiar al estilo Edad Media.

–¿Tu quieres dejarme ciega? –se ríe–. En fin… Cogeré los libros y me iré con la música a otra parte.

Laura entra en su habitación, coge un abrigo seco, un bolso con libros y regresa por donde ha venido. Según avanza por el salón, la tensión debe notarse porque nos mira de reojo a ambos, uno a cada lado de su camino. Vuelve a coger su paraguas y abre la puerta de la calle. La corriente de aire apaga una vela.

–Sea lo que sea lo que les ha pasado ahora, que se nota bastante, olvídenlo. No discutan por tonterías, que se quieren mucho y no se merecen estar así.

Nos manda un beso a cada uno y cierra la puerta tras de sí. Mike me mira. Yo le miro. Se acerca y se sienta a mi lado.

–¿Y ahora, sin luz, qué cenamos?

–A ti –le digo, mordisqueándole el cuello.

–Qué tonto eres…

Y mientras se aleja de mí caigo en la cuenta.

–¡Mierda!

–¿Qué pasa?

–Nada, que sin luz no sé como voy a terminar el portafolio.

–¿No te queda batería? –me pregunta Mike desde la cocina, mirando qué podemos hacer de comer sin usar electricidad.

Me pongo en pie, cojo mi ordenador portátil y levanto la pantalla.

–Le queda la mitad, más o menos.

–Pues aprovéchala.

–Es que quería hacer alguna cosa nueva que quede bien…

–Bueno, pues mañana te vas al Starbucks y lo haces allí. No es la primera vez.

–También es verdad.

–Bien te gusta alarmarte por nada…

Me encojo de hombros.

–Ya sabes cómo soy.

# 29
# CHELSEA

Seguimos sin luz en el apartamento. Por lo visto, debido a la tormenta, un rayo fundió los fusibles de un poste de luz cercano a nuestro edificio y, a su vez, la vieja instalación pasó a mejor vida con el subidón de tensión; por lo que, pese a haber repuesto el poste, en nuestro bloque sigue sin haber electricidad y dicen que va para largo por no se qué problemas con el dueño y el dinero que no tiene o no quiere poner para arreglarlo, ya que –esta es buena– el edificio no está asegurado. Y como sólo somos tres vecinos, nos hemos tenido que fastidiar y esperar resignados, con la consecuente reducción en el alquiler en función del tiempo que dure la avería.

Pero no hay mal que por bien no venga. Óscar se ha ofrecido a cedernos una habitación en su nuevo apartamento en Chelsea mientras tanto. Laura se ha ido al Village con una profesora de baile clásico con la que lleva viéndose esporádicamente un par de semanas. Sorprendidos estamos, ya que normalmente no le duran más de dos noches. Al final la cazadora se ha convertido en la presa.

Cuando nos bajamos del taxi en el 159 Oeste de la calle 24, confirmamos que Óscar no ha ido precisamente a por algo modesto a la hora de comprarse su ático de soltero. La entrada de cristal y madera es la más vistosa de la zona y la luz del sol reflejada en las ventanas hace que, en general, parezca que el edificio lo han quitado del Upper East Side y lo han plantado en mitad de un barrio un poquito más modesto. Descargamos nuestras pequeñas maletas y, a través del cristal, puedo ver que Óscar ya nos está esperando en el hall. Iba a decir que no sé si podré acostumbrarme a tanto lujo, pero creo que lo que no podré hacer será volver al apartamento de Brooklyn después de haber vivido aquí. Y eso que sólo he visto la fachada.

–Chicos, me han llamado y tengo que irme urgentemente.

Mike y yo nos miramos sin saber si dar media vuelta e irnos o qué.

–No me miréis así, cariñitos, que yo me voy pero el ático es vuestro. Bueno, la habitación. Tiene tres, la vuestra es la doble que no tiene el póster de ‘Born This Way’ en la pared. Tomad las llaves.

–Sí, pero…

–Mi casa es su casa, como se suele decir. En serio, no llevo ni tres meses viviendo ahí, aún no lo veo como un hogar. Haced lo que os dé la gana que cuando vuelva ya hablamos y nos organizamos.

–Como mandes.

–El portero ahora no sé dónde anda, pero ya está avisado de que vais a pasar unos días aquí. Le he dicho que dos chicos muy guapos van a vivir conmigo así que enseguida sabrá quiénes sois cuando os lo crucéis.

–Eres un bien queda, Óscar –bromeo.

–Lo que sea por mis chicos. A ver… ¿Qué más? ¡Ah, sí! La nevera esta llena pero si queréis cualquiera cosa, ya sabéis… Os buscáis la vida por el barrio, que ya sois mayorcitos.

–No te preocupes, nos las arreglaremos.

–Venga, dadme un beso que me voy volando. Nos vemos a la noche.

Aún no me acostumbro a esto de saludar o despedirme de chicos con un beso cuando no llevo una copa de alcohol en la mano; es decir, cuando estoy en una fiesta y, generalmente, todo el que nos rodea es de nuestro mismo equipo.

Cogemos el ascensor y subimos al sexto piso. Sólo hay una vivienda así que no tiene pérdida. Según entramos al apartamento, nos enamoramos al instante de la cantidad de luz que entra por las ventanas. Justo en la acera de enfrente hay un parking y no hay ninguna construcción, por lo que recibe luz solar directamente, algo raro en esta ciudad llena de edificios que llegan hasta las nubes. Tal y como Óscar ha avisado, esto no es un hogar aún. La decoración es escasa y el mobiliario es el justo y necesario. Cocina completa de arriba a abajo, eso sí, pero de resto sólo un sofá, una televisión enorme de tropecientas pulgadas y un par de mesas. Todo el suelo de madera. Las cortinas no se estilan entre la gente rica, por lo visto. Nuestra habitación es enorme, aunque no tanto como la de Óscar. Una cama doble, un armario donde cabría la ropa de toda mi familia y una terraza que da hacia la parte trasera del hotel Four Points de la cadena Sheraton.

–Genial, medio hotel nos verá en pijama por las mañanas.

–O haciendo cosas peores por las noches –le respondo a Mike, guiñándole el ojo.

–No conocía esta faceta exhibicionista tuya.

–Es eso o estar a dos velas el tiempo que vayamos a estar aquí, porque tampoco veo cortinas a la vista.

–Pues tres o cuatro días resisto. Como sean más, van a tener que ser los huéspedes del hotel los que se aguanten viéndonos –se ríe.

Lo más irónico de toda la situación es que conversamos y reímos acerca del sexo como si nada, pero realmente llevamos desde Navidad sin tocarnos más abajo de la cintura. Más de un mes sin sexo es algo que cualquier persona puede llevar a la perfección, pero cuando tienes pareja estable se hace raro. Raro e incómodo. Incómodo y difícil de justificar. Cada vez que tenemos alguna ocasión en la que pueda surgir y dejar rienda suelta a la pasión, ocurre algún drama que nos devuelve al estado Frozen y lo único que liberamos es frustración. Pero ese es otro tema que tampoco quiero tocar, porque bastantes discusiones hemos tenido ya y sé perfectamente que una de este tipo desencadenaría otra vez el tema Leo y lo que hice o no hice con él. Pero tengo fe en que este cambio de aires será lo suficientemente excitante como para que podamos retomar nuestra vida sexual habitual, anterior a Halloween de 2014, cuando no pasaban más de tres días sin que diéramos rienda sueltas a nuestra intimidad más pasional.

–Óscar ha dicho que la nevera está llena, pero vamos… –me comenta Mike desde la cocina–. Llena como para una fiesta, no para vivir aquí. Este chico o no vive aún en este pedazo de apartamento y sólo lo usa para las

fiestas o no sé cómo no se ha muerto ya con esta dieta. Sólo hay alcohol, refrescos, chocolate y tonterías.

–Pues yo tengo hambre, ¿bajamos y buscamos dónde comer? Y así de paso vemos si hay algún supermercado donde podamos comprar algo para nosotros. Que, además, bastante hacemos con vivir aquí gratis como para encima dejarle sin comida.

–Comida –repite Mike, haciendo el gesto de las comillas con los dedos–. Sí, vamos. Coge las llaves, no nos vayamos a quedar en la calle.

Según salimos del edificio, lo primero que nos encontramos es un bar gay llamado XES, literalmente, en el bloque de al lado. La teoría de que Óscar ha cogido un edificio entero de la zona adinerada y lo ha plantado aquí abajo cobra cada vez más fuerza. Una tintorería, varios bares y otras tantas tiendas de muebles después, caemos en la cuenta de que en este barrio la gente se debe de alimentar con aire. Finalmente, al final de la calle y ya en la 6ª Avenida, encontramos varios delis, un Starbucks y una pizzería. Suficiente para sobrevivir unos cuantos días en la zona, aunque tengamos que comer más veces fuera que en el ático. Incluso encontramos un local en el que hacen depilaciones y tatuajes, tal cual, todo junto. Te quitan el vello que te sobra y te dejan un bonito dragón tatuado en la pierna. Ideal. Me imagino a una chica entrando y pidiendo "una brasileña" y al de la tienda sin saber si quiere que le depile el pubis o le tatúe una sudamericana en el muslo.

Aunque lo más ideal está siendo ir caminando por la 6ª Avenida de vuelta al ático, encontrarnos con una silueta conocida y luego una complexión familiar a lo lejos. Mike y yo nos miramos como si supiéramos exactamente lo que estamos pensando. Según nos acercamos, el rostro también se hace familiar y cuando ya estamos llegando a la esquina de nuestra nueva calle comprobamos que, efectivamente, ahí está el otro que no debe ser nombrado: Evan.

–Le saludamos o… –titubeo.

–No sé. Corre, decide.

–No, decide tú, a mí no me ha acosado.

–Se acerca. ¿Qué hacemos?

–Será raro saludarle.

–Igual es peor no decir nada.

–Creerá que estamos aún resentidos –sugiero.

–Eso le inflará el ego.

–Venga que ya llega.

–¿Nos ha visto?

–Claro que nos ha visto.

–Igual disimula y cruza.

–No disimula, decide.

–No, decide… –empieza a decir cuando ya no queda otra que hacer de tripas corazón–. Hola.

–Hola Evan –añado incómodamente.

–Ho… Hola chicos. ¿Qué tal estáis?

–Bien, bien. Ya sabes. Como siempre –respondo.

–Me alegro. Llevaba tiempo sin veros.

–Desde Halloween –puntualiza Mike.

–Y mira que es complicado en esta ciudad… –añade Evan.

–Bueno, también hemos sabido qué sitios no frecuentar –dice Mike, dejando entrever algo de resentimiento.

–¿Y tú qué tal? –pregunto cortésmente, aunque en el fondo me da bastante igual.

–Yo bien. Sigo como siempre, trabajando en el Friday's. Me ascendieron en Navidad, ahora soy encargado.

–Qué bien –intenta exclamar Mike sin ningún tipo de emoción.

–Y nada… Vengo a ver a unos amigos que viven en esta calle.

Mike me da un codazo. Se lo devuelvo.

–¿En esta? ¿La 24?

–Sí, un poco más allá, cerca del XES. No sé si lo conocéis.

–Ahora sí –responde Mike.

–Tus amigos no vivirán en el edificio ese de lujo que hay justo al lado, ¿no? –pregunto.

–¿Ese en el que Óscar se ha comprado el ático? No, no. Viven un poco antes y al otro lado de la calle.

–Menos mal –dice Mike sin darse cuenta.

–Es que nuestro apartamento está sin luz, una historia larga –le comento–. Y estos días nos vamos a quedar en el ático de Óscar.

–Podéis estar tranquilos que no me invita a sus fiestas. No hablamos mucho desde que tuve el problema con vosotros… y eso que era mi amigo.

–Cosas que pasan –dice Mike.

–Bueno, chicos. Me alegro de que estéis bien. Si sirve de algo, siento mucho lo que pasó. No pretendo que seamos amigos, sólo quería que supierais que lo sentí en su momento y lo sigo sintiendo.

–Como diría mi buena amiga Elsa, *let it go* –bromea Mike.

–Me alegra veros bien y que sigáis juntos. Ya nos veremos por ahí dentro de otros tres meses, supongo.

Nos despedimos y, mientras Evan continúa calle adentro, nos quedamos parados en plena esquina sin saber muy bien qué hacer o qué decir. Dicen que mi historia está llena de casualidades, ¿pero qué sería de la vida si no fuera por las coincidencias? Una tras otra se van sucediendo para dar forma a las vidas de todas y cada una de las personas. Y esta es otra más. Otro medio fantasma del pasado que vuelve a presentarse en nuestras vidas en el momento menos esperado. Sé que suena egoísta pero con tanto sueño recurrente sobre Matt y con eso de perdonar pero no olvidar lo de Leo, en parte me alegro de que ahora yo también tenga una pequeña excusa que usar contra Mike. Ya sé que él no hizo lo que hice yo, pero también me ocultó lo que había ocurrido y en la noche de Halloween no reaccionó con la rapidez que debería. Y si antes

luchaba con las manos peladas ante un guerrero con dos espadas, al menos ahora tengo un palo. ¿Acabo de comparar mi relación de pareja con una batalla?

Como viene siendo habitual en mí cuando estoy perdido y no sé qué hacer, mis pies caminan solos siguiendo las indicaciones de mi estómago y mi corazón y, antes de que me dé cuenta, estoy cruzando la avenida tirando del brazo del Mike y abriendo la puerta del Starbucks.

–¿Qué haces? –me pregunta.

–Huir de Evan en la dirección opuesta… Y de paso tomar algo.

–¡Bien te gusta un café caro!

–No es por el café, es por la experiencia. Cada vez que entro a un Starbucks me siento como en Norwalk y recuerdo todas esas tardes de cotilleos y revelaciones con Sussan.

–Hablando del diablo… ¿Dónde se ha metido esa mujer? Yo por lo menos no sé nada de ella desde tu fiesta de cumpleaños y ha pasado casi un mes.

Antes de que Mike pueda terminar de preguntar, tengo el teléfono en la mano y la estoy llamando.

–Hola? –pregunto cuando la oigo al otro lado de la llamada–. ¿Sigue viva la señora?

–¡Ay, calla! No he parado. Me paso el día estudiando o corriendo detrás de David, que ahora le ha dado por los enchufes y tirar todos los objetos que encuentra a su paso. Menos sus juguetes, toca todo lo demás.

–Ya será para tanto.

–¿Tú crees? El otro día cuando voy al salón, lo veo jugando con mis tampones haciendo un fuerte vaquero.

–¿Nunca te han dicho que todas esas cosas hay que mantenerlas lejos del alcance de los niños?

–No creo que un tampón vaya a matarle… Los tengo en un cajón del baño accesible.

–Demasiada información –le interrumpo–. Activo el modo manos libres, que Mike está poniendo cara de aburrirse.

–Bueno, ¿qué quieres? ¿Me vas a sacar de aquí?

–Eso intentaba. Tenemos algo fuerte que contarte.

–¿Os vais a casar?

–¡Mis cojones! –exclama Mike.

–Gracias por la parte que me toca –le recrimino bromeando–. No es eso, es un chisme.

–Vale, yo también tengo noticias frescas. ¿Nos vemos en vuestro apartamento?

–Esa es otra cosa que también tenemos que contarte. Mejor nos vemos en el Starbucks que hay en la 6ª Avenida, esquina con la 24 Oeste.

–¿Sólo tres paradas en metro? ¡Qué cambio! Me alegro de no tener que bajar hasta Brooklyn.

–Venga, te esperamos.

Como decía antes, estar sentado en el sofá de un Starbucks, sea cuál sea, me hace sentir en casa. A veces pienso que deberían pagarme una comisión por la publicidad que les hago entre mis amigos, pero es cierto. Entre mis manos un Caramel Macchiato y mi vista perdida hacia el exterior a través del cristal. Cambia el paisaje pero los sentimientos son los mismos. En esta ocasión, la 6ª Avenida y su incesante ir y venir de taxis amarillos y demás vehículos irrelevantes antes tanta iconicidad de cuatro ruedas. Gente deambulando, algunos a ritmo acelerado, otros pausado, otros perdido. Casi como si estuviéramos en Norwalk, siento la necesidad de comentar con Sussan cada atuendo, cada extravagante prenda, cada *look* desafortunado, cada ejemplar único de ser humano que no pasa desapercibido. Sin embargo, ella aún no está aquí. En su lugar, mi novio está en su burbuja particular tecleando en el iPhone, probablemente contándole a alguno del grupo el encuentro que acabamos de tener con Evan. Está visiblemente afectado y tengo la sensación de que es más por cómo me he podido sentir yo que por cómo se siente él realmente. No me importaría decirle que me ha dado igual, que yo sí he perdonado y olvidado lo que sucedió con Evan, pero no tendría sentido. Él no va a dejar de darle vueltas al encuentro que hemos tenido y yo iba a parecer un aprovechado que intenta conseguir que Mike olvide lo que ocurrió con Leo de una vez por todas.

Se abre la puerta de la cafetería y por fin aparece la cara que esperaba ver.

–Lo siento, chicos –se disculpa Sussan, desanudándose la bufanda del cuello–. Me he pasado de estación y casi llego a Times Square.

–¿Todavía no dominas el metro? –pregunta Mike –. A este paso vas a tener que pedirle indicaciones a David.

–Idiota. Estaba totalmente sumergida en un libro y cuando he levantado la cabeza ya era tarde.

–¿Qué libro? –pregunto curioso.

–Uno –responde ella de forma misteriosa.

–¿Cuál? –insisto.

–¡Uno! –se sonroja.

–¡El de las sombras de Grey! –se ríe Mike–. Viciosilla.

–¿Cómo lo has sabido?

–Por el secretismo que te traes… Y porque te asoma la esquina del libro por fuera del bolso.

Sussan se apresura a guardarlo bien.

–No tienes que avergonzarte –bromeo–. Te queremos igual, aunque seas un poco pervertida.

–¡Sois imbéciles! No me avergüenzo. Es sólo que es tan poco típico de mí.

Mike se ríe sarcásticamente.

–¿Perdona? Si desde que te conozco, el noventa por ciento de tus conversaciones han sido relacionadas con el sexo –le dice a Sussan.

–¡Mentira! –exclama ella.

–Eso es cierto –añado–. En verdad te pasas el día hablando de David.

–¿Y de donde te crees que viene el niño? –pregunta Mike–. Sexo. Ese, e, equis, o.

–¡Déjame!

–Si yo te dejo, es lo que me gusta de ti.

–Qué raro –se me escapa.

–¿El qué? –pregunta Sussan.

–Nada, nada.

Sí, algo. Que me parece raro que a Mike le guste una persona que habla de sexo pero luego le cueste tanto tener relaciones conmigo. O más que costarle tenerlas, lo que le cuesta es acordarse de tenerlas.

–¿Y qué tal? –pregunta Mike.

–Pues bien.

–¿Sólo bien?

–Todo lo bien que puede estar *ese* libro. No es tan malo como lo critican, ni tan bueno como lo han pintado.

–Yo casi prefiero esperar a que estrenen la película este fin de semana –añado.

–Yo paso de la peli –responde Sussan–. No me llama nada la atención.

–Pues bien que te has enganchado al libro –añade Mike–. ¿Alex no…?

Antes de que Mike pueda terminar la evidente pregunta, Sussan le interrumpe ofendida.

–¡Alex cumple religiosamente! De hecho, de eso quería hablar con vosotros.

–¿Has venido a hablarnos de lo bien que te lo pasas con tu marido? –pregunta Mike, haciendo un falso gesto de escupir el café de vuelta al vaso, asqueado.

–Más quisieras tú que yo os diera esa clase de detalles sobre mi guapo y atlético marido, aunque cada vez menos.

Me siento raro pero reconozco que es cierto. Es extraño querer saber esa clase de cosas del marido de tu mejor amiga, pero las hormonas y la libido pueden más que la moral. Aún así, hay que ser políticamente correctos.

–¡Qué asco! –exclamo–. No queremos esos detalles. Cuéntanos, ¿qué pasa con Alex?

–Pues me siento un poco como si volviéramos a los dieciocho, aunque esta vez lo asumo con mucha más tranquilidad, sin miedo y con la madurez que la vida me ha…

–¡Dilo! –exclamamos Mike y yo al unísono.

–Pues que, si todo va bien, David va a tener compañía a finales de año.

Sussan sonríe, se encoge de hombros y su cara me resulta extrañamente familiar a la de hace algunos años. Definitivamente es como volver a los dieciocho, en aquel Starbucks de Norwalk, cuando el test de embarazo dio positivo y todos entramos en pánico.

–¿Estás embarazada? –pregunta Mike.

Sussan asiente.

–¿Y… lo quieres? –pregunta Mike con cierto miedo.

–¡Por supuesto! Esta vez lo hemos buscado. Creemos que David debe crecer con un hermano o hermana y cuanta menos edad haya entre ellos, mejor.

No sé qué hago que no estoy ya sentado al lado de mi amiga dándole un abrazo y besos por toda la cara. Felicitándola. De alguna forma, esta mezcla de drama y alegría ha ocurrido con tanta frecuencia que hasta ha llegado a perder emoción. Es casi como una tradición anual en la que Sussan nos reúne para informarnos de si va a ser madre de nuevo o es sólo un susto. Nuevamente, como suelo hacer, sacudo la cabeza para disolver mis pensamientos, me cambio de asiento y me abrazo a su lado.

–Felicidades –le digo bajito, casi susurrando.

–Gracias. Y por partida doble –me responde.

–¿Y eso por qué?

–Porque gracias a tu fiesta de cumpleaños, los mojitos, la ausencia de David despertándose cada dos por tres y el calentón que le entró a Alex al llegar a casa tras tu fiesta, estoy así.

–¿En serio? –pregunto incrédulo.

–Y tanto. Me bajó la regla a primeros de año, así que tuvo que ser a partir de ahí. Y, pese a lo que he dicho de que Alex cumple, estuvimos un par de semanas demasiado cansados como para fiestas.

–Tu primer polvo del año y ¡zas! –exclama Mike–. En la diana.

Sussan se ríe.

–¡Y en mi cumpleaños! ¿Ves como no son todo dramas cada vez que cumplo años, Mike?

Mi novio se ríe, de verdad, no fingido. Me manda un beso volado y me guiña un ojo.

Es increíble que Sussan vaya a ser madre por segunda vez, esté casada y aún no haya cumplido los veintiún años. No sé cómo casará esta nueva noticia con sus planes de retomar la carrera de Psicología a distancia. De hecho, empezó en octubre y no le ha ido mal. Estudia en casa cuando David está en la guardería y se presenta a los exámenes. Pero ahora, con otro en camino, como mucho podrá terminar este segundo año y le seguirían faltando otros dos que tendría que volver a dejar en *stand by* hasta que el nuevo bebé sea lo suficientemente mayor como para ir a la guardería con su hermano. Bueno, en el peor de los casos, y siendo positivo, podría tener su carrera terminada antes de cumplir los veinticinco.

Realmente me gustaría tener esa dedicación que tiene ella. Ante cualquier adversidad, yo enseguida quiero rendirme, no veo salida por ninguna parte y opto por el camino más fácil. O al menos solía hacerlo. Por suerte, las clases en el Miami Ad School no son tan estrictas como uno podría pensar de un sitio así en una ciudad como esta y, pese a los dramas y los viajes inesperados a Norwalk y de vuelta, poco a poco tanto Mike como yo hemos ido terminando nuestros estudios y sólo nos faltan cuatro meses para que nos den

el título y podamos empezar a arrastrarnos por todas las agencias de publicidad de Nueva York en busca de unas prácticas decentes durante el verano.

–¿Y qué es eso tan fuerte que me ibais a contar? –pregunta Sussan dándole un último sorbo a su té.

–Comparado con lo tuyo es una tontería –reconoce Mike.

–Lo sé –responde ella con orgullo–. Aún estáis a tiempo de decirme que os casáis, ¿eh? –bromea.

Miro a Mike sonriente, intentando que Sussan crea que la noticia esa esa. Mike me devuelve la pícara mirada y se ríe fingiendo timidez.

–No me vais a engañar, si fuera eso no me habríais dejado ni empezar a anunciar mi noticia… Y por teléfono habéis sonado creíbles y todos sabemos que, por experiencias pasadas, a ninguno de los dos se le da bien mentir.

Nos guiña un ojo con complicidad a cada uno como si el otro no lo viera.

–Venga, ¿qué es? ¿Es sobre Leo? ¿Lo habéis visto o algo?

–Caliente, caliente –dice Mike.

–¡No! –exclama Sussan.

–¡Sí! –exclama Mike de la misma forma.

–¿Evan?

Asentimos.

–¿Dónde?

–Ahí –respondo, señalando la esquina de la acera frente al Starbucks al otro lado del paso de peatones.

–¿Cómo que ahí? ¿Ahí… ahí? ¿Qué hacía Evan ahí? Y a todas estas, ¿qué hacéis vosotros aquí?

–Ahora vivimos ahí –responde Mike, señalando la misma calle que he señalado yo antes.

–¿En la misma esquina? –se sorprende Sussan.

–No, no, más allá. En el 159.

–¿Qué calle es? Estoy totalmente desubicada. ¿La 25?

–La 24.

–¿Y quién es el que se está follando a algún *sugar daddy* de Wall Street para que os podáis permitir un apartamento en esta zona?

–¡Venga, va! ¡Soy yo! –exclama Mike.

–Me lo hubiera creído más si hubiese sido Ryan, la verdad.

–¿No me ves capaz?

–Pues no.

–¿Y a Ryan sí?

–Un poco sí. Es más fresco.

–¡Oye! ¡Que estoy delante! –me quejo.

–¡Y yo también, que soy su novio! –se queja Mike.

–Es broma, amores míos.

Sussan nos manda un beso volado a cada uno desde su sillón.

–Entonces…

–¿Entonces qué? –pregunto.

–Pues que habéis dejado dos historias a medias y si hay algo que odio en esta vida es que me dejen a medias, en cualquier aspecto en el que se pueda dejar a medias a una persona.

Nos guiña un ojo de nuevo a cada uno por separado.

–¡Qué golfa eres! –bromea Mike.

–Pues a ver… Ahora vivimos aquí porque estamos sin electricidad en casa. No hay luz y no sabemos cuánto tardará en volver.

–¿Y es una política nueva del alcalde ofrecerle un piso en el centro a todos los maricas que se quedan sin luz? ¿Ya no se estilan las velas?

–Cuando puedas cargar un teléfono y un ordenador portátil con velas, vienes y me lo cuentas –dice Mike.

–El apartamento es de Óscar –añado yo.

–¿Ese es el bailarín, el modelo, el niño rico o…?

–El niño rico. Se lo ha comprado hace poco y nos lo ha cedido hasta que podamos volver a casa.

–La gente rica es el demonio –se queja Sussan, bromeando.

–Pues deja que lo veas…

–¿A Óscar? Si ya lo conozco,

–¡El apartamento! –exclama Mike.

Sussan insiste en ver nuestro nuevo y temporal hogar, así que nos levantamos y nos echamos de nuevo a las frías calles de Chelsea en dirección al apartamento. Por el camino, le contamos el rápido encuentro que hemos tenido con Evan y le indicamos el edificio en el que creemos que viven sus amigos. Sussan hace gestos graciosos de bajarse el gorro de lana para que no la reconozca en caso de que se asome a la ventana.

Subimos al ático y Sussan hace comentarios típicos acerca de la falta de cortinas y el morbo que eso dará por las noches cuando, desde fuera, los vecinos de enfrente vean todo lo que hacemos. Se sorprende, igual que nosotros, de cómo un chico que recién pasa los veinte años puede permitirse un lujo de esa clase y se queja, también como nosotros, de que la nevera parece más bien un aprovisionamiento para fiestas.

–Algún día seré una psicóloga de prestigio y mi despacho será del tamaño de este apartamento.

Aprovecho para sacar el mismo tema que yo mismo me preguntaba antes.

–¿Vas a seguir estudiando?

–De momento sí –responde Sussan, sentándose en el amplísimo sofá de diseño y encendiendo la enorme televisión.

–¿Y cuando pase el momento?

–No quiero pensar en eso, la verdad. Ahora sólo me importa que este o esta que llevo dentro siga adelante fuerte y sano. Mientras tanto, yo terminaré este semestre que tengo tiempo de sobra. Luego… Pues ya veré.

–Es bastante obvio, ¿no crees? –me sincero.

–A ver, soy consciente de que en octubre no voy a poder continuar

estudiando al ritmo que lo hago ahora, pero tampoco tengo por qué dejarlo de golpe como hice cuando nació David. Puedo seguir sacando asignaturas y al menos quitarme algunas de encima antes de retomarlo en serio. Pero eso ya es pensar a demasiado largo plazo. Igual por el camino me toca la lotería del Mega Millions y todo cambia. Yo que sé.

–Más quisieras.

–Tú eres el primero que siempre habla de vivir ahora, el presente, de aprovechar el momento y no pensar en el futuro, ¿no? Pues eso hago. Sigo tus consejos que, aunque no lo parezca, los escucho, los guardo y los uso cuando me hacen falta. La vida da muchas vueltas y nunca es tarde para hacer lo que queremos si realmente le ponemos ganas y empeño.

–Qué orgulloso estoy.

–¿De mí?

–Sí. Mucho.

–No lo estés. En el fondo sigo siendo la misma pelirroja pirada de hace tres años, pero estoy disimulando.

–No lo eres –sonrío–. Y me alegro. Igual que yo no soy aquel despistado bohemio que corría por la playa y pensaba en ser un abogado justo e intachable. Hemos cambiado.

–¿Y sabes que es lo peor? –me pregunta.

–Dime.

–Que lo hemos hecho sin darnos cuenta. Hemos crecido y hemos vivido, pero no hemos sido conscientes de que estábamos cambiando. En el fondo nos sentimos igual por dentro; creemos ser como Peter Pan pero no lo somos. Nos hacemos mayores y cada vez más rápido, Ryan. Si alguien les hubiera dicho al chico despistado y a la loca pelirroja que en 2015 iban a estar viviendo en Nueva York, teniendo esta conversación en un ático de lujo, no se lo habrían creído.

–¡Nos habríamos reído en su cara y le habríamos mandado a la mierda! –me río.

–Por eso mismo, cariño. Porque nunca se sabe. ¿De qué me sirve hacer planes con mi futuro a largo plazo? ¿De qué te sirve a ti? Nosotros, por suerte o por desgracia, no somos de esos que tienen una vida lineal y cuadriculada, que pueden permitirse el lujo o la obligación de controlar sus vidas. Las nuestras viajan libres, lejos de nuestro control.

–¿Tú dónde has aprendido a hablar así de bien?

–No sé, lo habré aprendido de ti, de las cosas que me cuentas. Vas a ser grande en el mundo de la publicidad, Ryan Pinkert. Sé que no lo sabes y que no te lo crees, pero te lo dice esta sabia pelirroja que está aquí. Incluso te veo publicando libros. Con esa labia y esa mente que tienes, vas a llegar tan lejos como te propongas.

–Pero no tanto como la psicóloga Sussan Donovan y su despacho de lujo.

–Por supuesto que no.

Nos reímos y me da un abrazo, de esos que sabes que significan algo, que

sellan un pacto, dos almas. Aparto sus rizos de mi cara y veo a Mike detrás de ella, dormido con el brazo apoyado en el regazo del sofá y su cara en su mano.

–Míralo –le digo a Sussan–. Qué guapo es.

–Éste se queda dormido siempre en cualquier parte, ¿qué le haces por las noches que no descansa? –se ríe.

Me río. No es el momento de hablar de mi vida sexual.

–Pero es un chico con suerte –continúa Sussan–. Te tiene a ti.

–Y yo soy un chico con suerte… Lo tengo a él.

# 30
# BUSCANDO A MIKE

Otra vez ha llegado el catorce de febrero. Otra vez los corazones, los globos, las tarjetas, los ramos de flores, las cajas de bombones en cada tienda y los enamorados pululando por Manhattan en busca de sus medias naranjas para demostrarles el sentimiento universal que mueve el mundo. Otra vez llega el día de los enamorados, de San Valentín, de dejarse el bolsillo o el alma, o las dos cosas. Y otra vez no tengo la oportunidad de celebrarlo íntimamente con Mike. En 2013 aún llevábamos poco tiempo saliendo oficialmente y no nos pareció cómodo ni oportuno celebrar un día así, en 2014 estábamos viajando de vuelta a Nueva York después del *Leo-drama* y mi posterior reconquista, y ahora en 2015 nos hemos visto envueltos en otra mítica fiesta de Óscar. Este año le ha dado por reunir a todos sus amigos solteros y hacer una fiesta anti-enamorados. El problema es que al final se han acabado uniendo también parejas a las que les parecía divertido el tema de la fiesta, otros amigos, otras parejas encantadas con San Valentín pero que no se perderían un evento como este y, en medio de todo el barullo, Mike y yo con nuestro nuevo medio hogar hasta arriba de personas y sin más remedio que unirnos a la no-celebración.

Tampoco es que hayamos puesto muchas quejas, todo hay que decirlo. Pero sí es cierto que hace dos días mi plan era aprovechar el pedazo de ático en el que vivimos para realizar una cena íntima irrepetible, porque –al contrario que Sussan– yo estoy convencido de que nunca me va a tocar la lotería y no podré tener una casa así jamás. Planes que no duraron ni media hora porque Óscar enseguida nos avisó de que hoy sábado el apartamento iba a estar un poco… lleno. Y no mentía. Es asombrosa la capacidad que tiene ese chico de organizar fiestas de éxito avisando con tan poca antelación. Si algún día nos casamos Mike y yo, tengo claro a quién pedirle que lo organice.

Entre los invitados, los habituales, los no habituales y la sorpresa. En cierto modo y seguramente no de forma aleatoria, se han agrupado en el salón de esa misma forma. Por un lado nuestros conocidos, Austin, Chris, Justin y Mario –dando por hecho que celebrar este día aquí será más discreto que hacerlo en algún restaurante con paparazzis en la puerta–, Greg y Andrew –que ha venido sin Ryan, el modelo, porque está en no sé donde desfilando y, como dice Andrew, haciendo varios *shootings* para revistas y catálogos–. Por otro lado los no habituales, cuyos nombres no he retenido pero recuerdo que alguno se llamaba Josh y ha venido con su novia Verónica, ¡como para olvidarme de semejante coincidencia! Sin mencionar que son los únicos heterosexuales de la fiesta. Peligro, peligro. Si fuera ella, no le soltaba ni para ir a buscar una copa de champagne. Me pregunto qué habrá sido de Verónica, la nuestra, la ingenua de Norwalk, si habrá encontrado el amor de verdad o seguirá dando palos de ciego con chicos no correspondidos. Y sentado solo en el gran sofá, está la sorpresa de la noche: nuestro queridísimo y oportunísimo Evan. Nótese el sarcasmo. Al parecer coincidió con Óscar esta mañana abajo

en la calle cuando salía de casa de sus amigos y, antes de que pudiera darse cuenta de lo que iba a provocar, ya lo había invitado. Aunque, en su defensa, Óscar sólo sabe que no nos llevamos muy bien con él por cosas que han ocurrido, pero no sabe exactamente el qué y tampoco sabe nada de los acontecimientos que tuvieron lugar en el último Halloween.

Todo ocurrió en Industry, un bar gay de Hell's Kitchen, seis o siete manzanas por encima de Times Square. En el Miami Ad School nos dieron unos folletos que anunciaban una fiesta de Halloween en dicho local y, como el año pasado Óscar no organizó su tradicional fiesta porque no estaba de humor tras la muerte de su abuela, decidimos ir por libre y aventurarnos en la noche neoyorquina más terrorífica del año. Mike se disfrazó de zombie y yo de Darla, la niña mata peces de 'Buscando a Nemo', con pez de plástico muerto dentro de una bolsa llena de agua incluido. Mike insistió en que Halloween era para disfrazarse de algo que diera miedo, pero yo me empeñé y acerté de lleno porque, cada vez más, la gente se disfraza de lo que se le ocurra, sin que esté necesariamente relacionado con el terror. El caso es que cogimos un taxi y allá que nos fuimos. Nos bajamos en Times Square, aunque tuviéramos que caminar un rato, porque nos apetecía pasar por allí de noche una vez más. Sobra decir que mi disfraz causó furor entre turistas y viandantes, mientras que el de Mike pasó totalmente desapercibido entre tantas brujas, monstruos y enfermeras sexis ensangrentadas.

Cuando llegamos a Industry, había bastante cola pero tuvimos la suerte de encontrarnos con el mismo chico que nos había dado los folletos el día anterior. Aún no sé cómo, reconoció a Mike y supo que veníamos del Miami Ad School, por lo que nos ayudó a saltarnos la cola de muertos vivientes y demás fauna aterradora.

–Tomad chicos –nos dijo después de colarnos y antes de volver a irse–. Son tickets para dos copas gratis. ¡Disfrutad!

Nos ahorramos una hora y media de espera por fuera y encima nos dieron copas gratis. La noche prometía, aunque yo empezaba a sospechar de las intenciones del chico en cuestión. No era guapo, pero tenía algo. Algo que, fuese lo que fuese, yo no iba a descubrir ni tenía intención de hacerlo. Ojos sólo para Mike.

Dentro del local, nos pedimos dos tradicionales mojitos –lo sé, no bebo otra cosa. ¿Para qué? Es la bebida perfecta –y nos sentamos en un sofá a ver un espectáculo de una drag queen que imitaba a lo que parecía ser una versión sanguinaria de Britney Spears mezclada con Marilyn Manson. Literalmente, porque, mientras la imitaba cantando 'Slave 4 U' en los premios Mtv, se comía a mordiscos a la serpiente, falsa por supuesto. Un espectáculo dantesco y divertido a partes iguales. Poco después, me acerqué a la barra a pedir otras dos copas, esta vez de nuestro bolsillo, mientras Mike iba al baño. Una bruja –que en verdad era un brujo de cintura para abajo–, con uñas largas como agujas y una verruga peluda en la nariz, tonteó conmigo diciéndome que era la niña de ocho años más guapa de la fiesta y que, si quería, podía hacer un

conjuro para resucitar a mi pez.

–Si, por favor –le dije bromeando–. ¡Haz que vuelva pececito!

Acto seguido me agarró el paquete.

–¡Abracadabra! ¡Que vuelva a la vida esta polla y crezca hasta llegar a la barra!

Sin poder evitar soltar una carcajada, le di un manotazo para que soltara mi otro pez –no pececito– y le eché una mirada entre asesina y cómplice, para que supiera que me había hecho gracia pero no quería que se volviera a repetir.

–¡Ay con la niña! ¡Pero si es un hombre! –exclamó la bruja.

–¡Y tiene dueño! –le respondí, señalando a Mike, que se acercaba por detrás.

–Qué suerte tienen algunas –dijo la bruja antes de marcharse haciendo aspavientos con su varita mágica sobre nuestras cabezas–. ¡Ahora estáis conjurados! ¡Hoy no se os levantará!

–¿De qué va esto? –me preguntó Mike, extrañado.

–De brujas cachondas tocapelotas, literalmente.

–¿Cómo?

–Nada, que me ha agarrado la polla, pero fue más divertido de lo que suena. No te enfades.

–Descuida, al menos tú te lo has pasado bien.

–¿Qué ha pasado? –pregunté–. ¿No has ligado en el baño?

Le eché una sonrisa inocente, esperando que estuviéramos en un punto en el que ya nos pudiéramos permitir esa clase de bromas. El alcohol ayuda a olvidar las penas, los Leos, los Evans y todo lo que nos ha hecho daño.

–¡Uy! ¡Qué va! Ligar, sí que he ligado, mira –dijo enseñándome dos servilletas con números de teléfono apuntados, que acto seguido arrugó y tiró al interior de la barra del bar.

–¿Entonces qué te ha pasado, casanova?

–He visto a Robert.

–¿Qué Robert?

–El compañero de trabajo de Evan.

–No te sigo. ¿Está Evan aquí?

–Eso parece.

–¿Y cuál es el problema, Mike? Nos llevamos bien con él. Lo que hizo ya está olvidado.

–Ya, pero… ¿No es un poco incómodo? Una cosa es verle de vez en cuando y otra de fiesta, bebiendo…

–Bueno, es cierto que ya no estamos tan bien como estábamos con él antes de la boda de Sussan, pero es normal. Nos hemos distanciado pero no tiene por qué ser un problema.

–¿Tú crees?

Y entonces empecé a enfadarme por su insistencia.

–Si para ti es un problema que esté Evan aquí, entonces para mí va a

empezar a serlo –le dije, ya serio.

–No insinúes cosas que no son, por favor.

–No insinúo nada. Sólo digo que para mí no es un problema y si tú no tienes ningún tipo de sentimiento ni atracción por él, no entiendo por qué para ti sí lo es.

–¿Tú te estás escuchando lo que dices? ¿Cómo voy a sentir algo por él? ¿Hablamos de Leo?

–Mira, vamos a dejarlo aquí porque no me gusta el rumbo que está cogiendo la conversación –sugerí sensatamente–. Es Halloween, lo estamos pasando bien, Evan y Robert están aquí y seguiremos pasándolo bien. Punto.

Mike asintió con la cabeza mientras su mirada continuaba buscando entre la gente, nervioso, quizás cauteloso.

–Tómate esto, anda –le dije, acercándole su mojito–. Vamos a bailar, que esta canción me encanta.

Estaba sonando un remix de 'Animals' de Maroon 5.

La noche transcurrió con normalidad, dentro de lo posible en una noche como la de Halloween. Espectáculos de transformismo, música de todo tipo, disfraces para dar y regalar, zombies que querían comerse mi pez muerto, más mojitos, confeti, globos, arañas de plástico que caían del techo, más visitas al baño, más alcohol, más música, de nuevo la bruja que quería hechizarme y encerrarme en una torre para que no tuviera sexo con nadie nunca más y un sin fin de situaciones surrealistas que sólo podían ocurrir esa noche del año.

Pero entonces, después de tres o cuatro horas y con el quinto mojito en la mano, me di cuenta de que estaba bailando solo entre la gente. Había perdido a Mike. Busqué durante un buen rato por todo el local y no di con él por ninguna parte. Fui a la calle a ver si había salido a coger aire o a hablar por teléfono, pero tampoco hubo suerte. En cambio sí vi a Robert.

–¿Has visto a mi novio? –le pregunté.

–¿Mike? Hace ya rato que no. La última vez que lo vi fue dentro y estaba contigo.

–Dentro no está, o al menos no lo encuentro.

–Yo tampoco encuentro a Evan, quizás está con él.

–Más le vale que no.

–¿Por qué dices eso?

–Nada, larga historia.

Cogí mi teléfono del bolsillo y llamé a Mike. No tenía cobertura. Le escribí un WhatsApp y un único *check* me indicó que el mensaje se había enviado pero no lo había recibido.

–Vamos dentro de nuevo –me dijo Robert.

Entramos de vuelta a la discoteca y volvimos a buscar por todas partes. Al final, me decidí a buscar en el único sitio donde no había mirado. Fui directo al baño mientras Robert me seguía.

–Aquí ya busqué yo antes –me dijo.

–Yo también, pero había un habitáculo cerrado con pestillo.

Me acerqué y toqué la puerta.

–Ocupado.

Era la voz ebria de Evan.

–¿Evan?

–No.

Oí una risa.

–Déjame salir de una vez –escuché que decía Mike desde dentro.

Evan continuó diciendo algo que no pude oír.

–Mike, sal de ahí –le ordené.

–Eso intento.

–Es tan fácil como rodar el pestillo y abrir.

–Evan está delante –me dijo Mike–. Está borracho. No está pasando nada, Ryan. Te lo juro.

–Apártalo y sal.

Escuchamos algo de barullo dentro del habitáculo y, cuando por fin se abrió, Mike salió con los ojos rojos, como si hubiera estado llorando, y Evan estaba tirado en el suelo entre el inodoro y la pared.

–¿Esto es lo que querías? –me preguntó Mike–. Es precisamente lo que quería evitar, ahora se ha dado un golpe por mi culpa.

–¿Tú le has encerrado ahí?

–Claro que no.

–Entonces el golpe se lo ha llevado porque ha querido.

Robert entró a ayudar a Evan. Lo levantó y lo sacó hacia los lavabos para mojarle la cara e intentar espabilarle.

–¡Estoy bien! –gritó Evan.

Se acercó a mí y me miró fijamente con la poca estabilidad que su estado podía permitirle. Luego miró a Mike y después volvió a mí.

–¿Qué tiene éste que no tenga yo? –le preguntó Evan a Mike con tono chulesco.

–¿De qué va esto? –pregunté, mirando a ambos.

Mike, entre enfadado y aliviado, se marchó del baño y yo salí detrás de él. Continuó por la pista del bar hasta llegar a la salida. Una vez fuera, le sujeté el brazo y le di la vuelta. Estaba llorando, supongo que por segunda vez.

–¿Me vas a contar qué ha pasado?

–No me he liado con él.

–No lo he insinuado en ningún momento.

–Pero sé que lo piensas.

–No lo pienso –dije cogiéndole de la barbilla, levantándole la cara y dandole un beso–. ¿Crees que te besaría si pensara que acabas de comerle los morros a otro?

–No sé ni cómo ocurrió.

–Cómo ocurrió, ¿qué?

–Verme ahí, encerrado en el baño. Me dijo que tenía que contarme algo privado, que no quería que nadie lo oyera y yo le creí.

–¿Qué te dijo?

–Tonterías. Lo mismo de la otra vez. Que le gusto, que quiere estar conmigo, que te deje, que él es mejor que tú, que él no me pondría los cuernos nunca.

–¿Ha intentado besarte?

–Sí, varias veces. Pero no lo ha conseguido, te lo juro.

–Te creo.

En ese momento lo abracé.

–Ryan, me he sentido casi violado. No me ha tocado, pero en ese momento no supe hasta donde podría llegar. He sentido miedo. No quería dejarme salir y yo no quería hacerle daño.

–Pues ya ves… Yo habré cometido un error, pero jamás te encerraría en un baño e intentaría forzarte, así que él ya no es mejor que yo.

–Nunca lo ha sido, no te justifiques.

Le di un abrazo y otro beso. Fue cuando se volvió a derrumbar, llorando en mi hombro desconsoladamente, mientras un montón de muertos vivientes nos miraban desde la entrada del local.

–¿Nos vamos a casa?

–Sí –respondió entre sollozos.

Le pasé el brazo por encima del hombro, pegando su cabeza contra la mía y nos fuimos caminando calle abajo en busca de un taxi. Era como el típico momento en el que todo el alcohol que has bebido se te baja de golpe y es como si hubieras estado bebiendo agua toda la noche. Con la diferencia de que al día siguiente la resaca fue de campeonato.

–Se te ha muerto el pez –bromeó, señalando mi bolsa llena de agua.

Y entonces lancé la bolsa de plástico con fuerza hacia arriba, la cual volvió a caer a nuestra espalda estallando en el suelo como un globo de agua. Curiosamente, el pez de plástico rodó hasta una alcantarilla y cayó dentro.

–¡Vamos Nemo! –exclamó Mike–. ¡Busca a tu padre!

Me eché a reír y lo abracé aún más fuerte contra mí.

–Cómo te quiero, bandido –le dije. Y después le besé una vez más mientras caminábamos por una solitaria y adoquinada calle.

Desde aquella noche, no dejo de darle vueltas a lo que dijo Evan. Es cierto que él no es mejor que yo y es cierto que él no va a conseguir nada con Mike. Pero también es cierto que yo le engañé y que, algún día, alguien que no sea Mike puede prometerle fidelidad, amor y entrega total. No tengo miedo de que Evan me robe el novio, quizás por eso no le guardo rencor y no tengo problema en saludarle –sobre todo porque, cuando hemos bebido mucho, todos hemos hecho cosas de las que nos hemos arrepentido, algunos incluso sin haber bebido–, a lo que temo es a que me lo pueda robar cualquier otro que no sea él, que no tenga un pasado, que llegue limpio a la vida de Mike.

Cuando vuelvo al salón, la fiesta de San Valentín sigue su curso y veo cómo Mike, que estaba sentado en el sofá con Evan, se levanta y viene hacia mí.

–Sí que has tardado en volver del baño. ¿Estás bien?

–Estaba en la habitación hablando por teléfono con mi madre.

–¿Todo va bien? –me pregunta extrañado.

–Dice que sí, pero no estoy tan seguro.

–¿Qué te ha dicho?

–Nada, la he llamado para felicitarles el día a mis padres y me ha dicho que este año no lo han celebrado, que mi padre está cansado.

–Bueno, tampoco es el fin del mundo.

–Mike, mi padre es un fanático de San Valentín. Desde que tengo uso de razón, lo han celebrado todos los años. Algo pasa.

–No le des vueltas. Seguro que no es nada. Ya se van haciendo mayores.

–Sí, supongo que es eso. Ya sabes que me encanta hacer un mundo de cualquier tontería.

Me abraza y vamos a la cocina a por un par de copas de champagne.

–Y hablando de hacer un mundo de tonterías… –aprovecho–. ¿De qué hablabas con Evan?

–Pues de lo de siempre.

–¿Otra vez metiendo mierda? –pregunto, cabreado, como si hubieran pulsado un interruptor que cambia mi estado de ánimo.

–No, no. No es eso, me refiero a que volvió a pedirme perdón por lo de Halloween y por lo de la otra vez.

–¿Y cómo es que…?

–Me dio pena –me interrumpe–. Lleva solo casi toda la noche. Tú no estabas y pensé que no haría daño hablar con él un rato y hacerle compañía.

–Después de lo que ha hecho, ¿aún te da pena?

–Ryan, las dos veces ha estado borracho. Tampoco hay que exagerar.

–¿Exagerar? –me indigno–. ¿Ahora soy yo el que exagera?

–Pues un poco sí.

–Fuiste tú el que dijo que se había sentido violado.

–¡Casi! No es lo mismo.

–Lo que sea, no seas tiquismiquis. Aquella noche lo pasaste fatal por su culpa y ahora resulta que te da pena.

–No puedo evitarlo, no me gustan los enfrentamientos ni las situaciones incómodas.

–Pues para no gustarte, te encanta hacer cosas que provocan que acabemos discutiendo.

–¡Claro, claro! Ahora resulta que el que se lió con otro fui yo.

–No puedo con esto otra vez.

Suelto la copa de cava y me voy de la cocina con la intención de marcharme del apartamento. Irónicamente, suena ‘Stay With Me’ de Sam Smith.

–Ryan…

–Ni Ryan, ni nada. Me estoy cansando de estar siempre discutiendo por el mismo tema. Una y otra y otra y otra vez.

–¿Y crees que yo no?

–Pues no lo sé –respondo–. A veces parece que eres más feliz si discutimos, porque siempre estás buscando excusas para estar mal.

–Eso no es verdad y lo sabes.

–Siempre es igual. Si no es por Leo, es porque sueño con Matt, como si yo pudiera controlarlo. Y cuando no es por ninguno de esos dos, que por cierto ambos están muertos, aunque uno sólo sea en sentido figurado, es porque eres un blando con Evan en vez de imponerte de una puta vez.

–Sabes que mi carácter no es así. No me sale ser así. No me sale como a ti.

–Pues entonces voy y se lo digo yo. Que deje de hablarte, que deje de saludarte y que, por cierto, se pire de mi casa. Que ahora mismo es como si lo fuera.

–¡Es que no entiendo a qué vienen estos celos ahora!

–¿Celos? Lo que me faltaba. Me largo de aquí.

Cojo mi chaqueta del perchero que hay junto a la puerta y me marcho del ático ante la mirada atónita de algunos invitados que se han percatado de la discusión. Mike viene detrás. Pulso el botón del ascensor pero aún está en la planta baja. Decido bajar por la escalera.

–Ryan, déjate de tonterías. Detente.

Quinto piso.

–Estoy cansado Mike, necesito aire. Necesito salir de ese sitio, necesito huir de todo lo que me recuerde a ese tío.

Cuarto piso.

–Eso me incluye a mí, entonces.

–Pues igual sí. Si vas a defender a Evan por encima de mí, sí.

Tercer piso.

–¿Tú te estás escuchando? No dices más que sandeces. Tampoco es para tanto.

Me detengo en el rellano del segundo piso.

–¿El qué no es para tanto? ¿Evan? ¿La discusión? ¿Nosotros?

–Todo en general.

Sigo bajando.

–Necesito respirar. Lo que me faltaba. Ahora resulta que nosotros no somos para tanto.

–Yo no he dicho eso, Ryan. ¿Quieres dejar de huir?

Primer piso. Sigo en silencio hasta llegar al hall donde el portero nos mira extrañado, probablemente porque ha estado oyendo los gritos que provenían de la escalera.

–Buenas noches –le saludo, enfadado pero educadamente.

–Buenas noches, señor.

–Buenas noches –le dice también Mike.

–Buenas noches, señor.

Abro la puerta de la calle y el aire helado inunda mis pulmones al respirar profundamente. Sigo caminando en dirección al Starbucks de la esquina. No

es que quiera comprar nada, ni si quiera sé si está abierto. Pero inconscientemente es lo único que siento como real ahora mismo, el único lugar en el que me puedo sentir a salvo, en casa, con las ideas claras. Mike sigue caminando detrás mía.

–Ryan, por favor… No te comportes como un niño.

Me detengo junto al semáforo.

–¿En serio? ¿Un niño? ¿Esto es comportarse como un niño?

–Un poco, sí.

–Comportarse como un niño es no valorar todo lo que hago por ti, lo que he luchado por ti, por recuperarte, por cumplir lo que te prometí cuando te dije que no descansaría hasta ganarme de nuevo tu amor y tu confianza. Comportarse como un niño es llevar un año recordándome que me acosté con otro. ¡Si, Mike, sí! ¡Me tiré a otro! Ya pedí perdón y lo he compensando cada día de mi vida desde entonces.

–Ryan…

–Y sí, ¡tengo sueños y pesadillas con Matt! ¿Qué culpa tengo yo? ¿Crees que elijo lo que sueño? ¿Crees que no quiero superarlo y dejar de sufrir de esa forma? ¿Crees que me hace feliz tener ataques de ansiedad cada vez que me despierto en mitad de la noche? ¡Pues no! No me gusta. Lo detesto. Pero lo soporto, porque si no la solución sería tomarme un bote de pastillas y así desaparecerían todos los problemas de golpe. Pero no lo hago por ti, porque te tengo a ti, porque te quiero, porque tú haces que quiera vivir.

–Ryan, yo…

–¿Eso es comportarse como un niño? ¿Es eso? Yo creo que comportarse como un crío es sentir pena por un gilipollas que si llega a estar un poco mas borracho te viola en un baño. Comportarse como un niño es echarle en cara a otra persona que siga soñando con alguien que no está vivo.

–Pero a veces no puedo evitar sentir celos de Matt, ¡entiéndelo!

–¡Muerto, Mike! ¡Matt está muerto! No puedes tener celos de un muerto. Tú mismo me lo dijiste. No puedes enfadarte conmigo porque tenga esos sueños, ni puedes seguir creyendo que te voy a volver a engañar con otro porque eso no va a ocurrir.

–¡Eso no lo sabes!

–¿Que no lo sé? O sea, que piensas que lo volveré a hacer.

–No, pero… No sé.

–Venga, ¡ahora intenta arreglarlo! –me enfado cada vez más.

–Caíste una vez. Nada me garantiza que no pueda volver a pasar con otro.

–No puede ser que estemos teniendo esta conversación después de todo lo que he hecho. Déjame solo, Mike. Ahora mismo no quiero verte. No puedo mirarte a la cara sabiendo que aún piensas eso de mí.

–No es que piense que vas a hacerlo, es sólo que…

–¡Es sólo que no confías una mierda en mí! –le interrumpo.

–Ryan, entiéndeme. Tengo dudas, no sé lo que siento.

–¡Dudas! –le grito –¡Ahora tienes dudas! ¡Y yo creyendo que todo iba

genial porque así me lo estabas demostrando!

–No sé como puedes pensar eso. Creo que es bastante evidente que las cosas no van bien desde hace un tiempo.

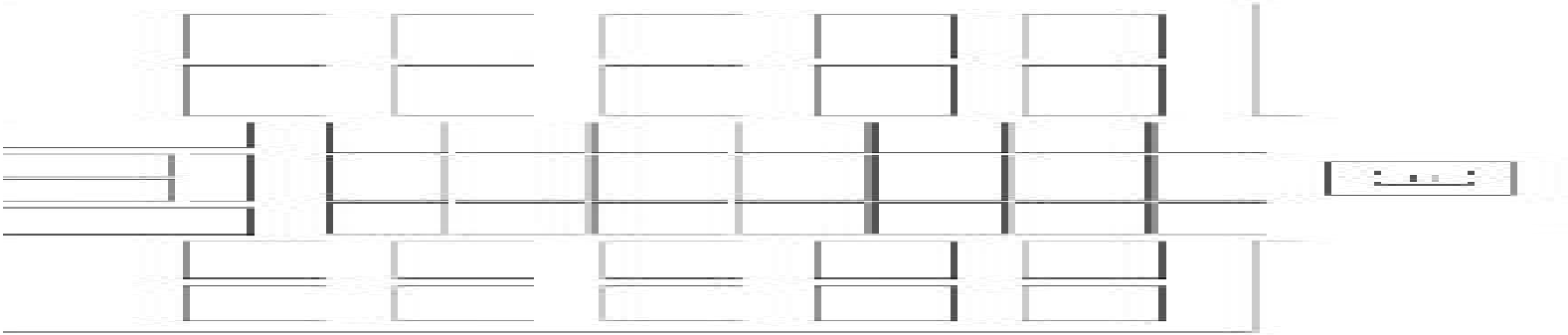
–Esto es increíble. No puedo seguir teniendo esta conversación. No aquí, no contigo, no sobre nosotros.

Me doy la vuelta con la mirada perdida. Instintivamente, fijo la mirada en el rótulo del Starbucks y avanzo hacia el lugar en el que siento que tal vez podré calmar mis nervios. Sólo quiero huir hacia algo que me aleje de esta situación que no parece real. Suena un claxon. Una brillante luz me ciega y oigo el chirrido de neumáticos arrastrándose sobre el asfalto.

–¡Ryan!

quinta parte

# NORWALK



# 31
# DIECIOCHO

No sé cuántas horas llevo durmiendo, pero tengo esa sensación que se apodera de uno cuando se gira constantemente hacia uno y otro lado de la cama, remoloneando sin parar, apurando un ratito más, mientras de fondo escucha la voz de su madre tarareando alguna canción, recogiendo la habitación e insistiendo en que es hora de levantarse. Ese punto en el que no duermes pero tampoco estás despierto y eres consciente de lo que ocurre a tu alrededor al mismo tiempo que lo mezclas con cualquier tontería con la que estuvieras soñando. Me ha ocurrido ya mil veces llegar a confundir el sueño con la realidad, despertarme riendo a carcajadas porque ha ocurrido algo divertido en sueños, o dormirme y soñar exactamente con la misma situación en la que estaba pensando mientras intentaba caer rendido.

De algún modo, hoy es distinto. Escucho a mi madre hablar con alguien que no reconozco. Igual han venido a arreglar algo en casa, la verdad es que no presto demasiada atención a la conversación, sólo a los sonidos. Estoy tan a gusto que me cuesta tomar la decisión de espabilar y salir de la cama de una vez. Sé que es una pérdida de tiempo pero realmente me pasaría media vida durmiendo. Es una de las mejores sensaciones del mundo y es de las pocas que nos podemos proporcionar nosotros mismos sin depender de nada ni nadie, basta con estar cansados, cerrar los ojos y desconectar. Dormir es absolutamente genial, pero he de reconocer que es todavía mejor lo opuesto: vivir. Aprovechar el tiempo que tenemos cada día, cada minuto y cada hora; no dejar espacios en blanco que ocupe el azar.

Y, haciendo caso de esto último, mi cuerpo me dice que ya es suficiente, que deje de holgazanear y comience un nuevo día. Abro los ojos lentamente y la luz me ciega como nunca antes lo había hecho. Vuelvo a cerrarlos y lo intento una vez más. Me sorprendo porque no reconozco el techo. Giro ligeramente la cabeza y tampoco reconozco la habitación en la que estoy. Veo a mi madre sentada en un sofá, charlando con alguien que no alcanzo a ver y me cuesta horrores levantar el cuello para alcanzar a ver a esa persona. Igual estoy en uno de esos momentos que describía antes, mezclando sueño y realidad. Vuelvo a cerrar los ojos.

Abro los ojos de nuevo y tengo la sensación de que me he vuelto a quedar dormido porque mi madre ahora está junto a mí. Lo que no entiendo es por qué llora. Levanto la cabeza y entonces le veo, la persona con la que creo que estaba hablando antes, un hombre mayor con una bata blanca. ¿Estoy en un hospital? Y llegan los recuerdos. Él.

Sobresaltado, intento incorporarme en la cama, pero mi madre me dice que no me mueva, que esté tranquilo. Es entonces cuando me doy cuenta de que tengo algo en la nariz, algo que me ayuda a respirar. Algo que no necesito. Me lo arranco y miro a mi madre, que sigue con lágrimas en los ojos pero sonríe feliz. Todo es muy contradictorio pero no quiero pensar en mí, quiero saber de él.

–¿Dón… Dón… –intento hablar, pero siento la garganta como si hubiera tragado tierra–. ¿Dónde está? –consigo preguntar carraspeando.

–No hables, espera –me dice mi madre.

–¿Dónde está? Quiero verle. ¿Está bien? Dime que está bien –digo a trompicones.

–Está bien, cariño. Por favor, no te preocupes por eso ahora.

–Quiero verle, llévame con él.

–Ahora no es posible, Ryan. Por favor, vuelve a tumbarte –me dice el doctor–. Tenemos que comprobar que no hay daños ni secuelas. Ya tendrás tiempo de ver a quién quieras.

Mi madre me acerca un vaso de agua y me lo bebo de un trago. Le pido otro y lo dejo a medias.

–Pero quiero verle. ¿Está bien? Decidme la verdad, por favor.

–Claro que está bien, Ryan. Está en su casa, ha ido a ducharse.

–Llámale por favor. Llámale y dile que lo siento, que venga. Han ocurrido cosas, mamá.

–Ryan, por favor. No es el momento.

–¡Ay, mamá! No quería que sucediera así. Quería contártelo yo.

–Ryan, mi amor, no hay nada qué contar. Estás confundido y es normal. Todo está bien.

–¿Seguro? ¿Me lo prometes? –pregunto, aún algo asustado.

–Te prometo que todo está bien. Tú sólo relájate y respira.

Vuelvo a tumbarme en la cama y, en cierto modo, me siento aliviado. Me esperaba lo peor, que hubiéramos sufrido los dos. No tengo claro exactamente qué ha pasado, no lo recuerdo bien. Pero me alegra saber que él está bien. El mismo doctor de antes vuelve a la habitación, me inspecciona las pupilas con una pequeña linterna y comprueba cosas en los monitores que hay a mi lado. Me siento débil, de hecho me noto mucho más delgado. Miro debajo del pijama del hospital que llevo puesto y compruebo que, efectivamente, mi cuerpo ha cambiado. Aunque, y sonará frívolo, lo que más extrañeza me produce es la cantidad de vello corporal. No es que me haya despertado siendo el hombro lobo, porque nunca he sido muy peludo, pero, que yo recuerde, antes de llegar al hospital tenia el torso depilado y ahora no.

–¿Cuántos días llevo aquí, mamá?

–Cariño… –se emociona.

–¿Qué pasa? Siento como si me estuvieras ocultando algo.

–No te alarmes, ¿vale? –me advierte–. No sé si será algo fácil de asimilar.

–Si estoy bien y él también, no creo que sea para tanto. ¿Ha ocurrido algo más?

–Ryan, no sabíamos si ibas a despertar.

Me bloqueo. De pronto, no puedo pensar. Me he quedado completamente en blanco. ¿Qué es lo que tengo que asimilar? Por un momento pienso en que a mi cuerpo le pasa algo, así que levanto la sábana de la cama y echo un vistazo a mis pies. Puedo moverlos. Si es que llevo un rato diciéndolo, me

siento bien. Débil, raro y flaco, pero bien.

–Después del accidente, entraste en coma. Han pasado cinco meses.

–¿Cinco meses? –pregunto sorprendido–. ¿Llevo todo ese tiempo durmiendo?

Mi madre asiente con la cabeza.

–Pero da igual, Ryan. Todo está bien. Podrás recuperar ese tiempo ahora que por fin has despertado.

–Sí, supongo.

No sé muy bien qué pensar. Cinco meses perdidos de mi vida. Por un lado doy gracias de estar vivo, aunque sigo sin recordar bien qué ocurrió, pero al mismo tiempo no soy consciente del peligro que he corrido, por lo que, egoístamente, quiero esos cinco meses que me han sido robados. Intento ser objetivo y pensar que mejor cinco meses no vividos que haber muerto.

–Quiero verle, mamá. Lo necesito.

–Ya le he llamado. Viene de camino.

–¿Y papá? ¿También está aquí? ¿Dónde estamos? ¿En casa?

–Sí, estás en Norwalk. Y tu padre está abajo en la cafetería. ¡Ay, cuándo te vea!

–¿No está enfadado conmigo?

–¿Cómo va a estarlo? Está preocupado por ti, todos lo hemos estado. No sabe que ya estás despierto, su teléfono lo tengo en el bolso.

Justo en ese momento, se abre la puerta de la habitación y veo la figura de mi padre, que lleva dos vasos de café en cada mano. Según se cruzan nuestras miradas, los vasos caen al suelo y el contenido, que realmente no parece que sea café, mancha el suelo y sus zapatos. Su rostro serio y ojeroso cambia de golpe y una sonrisa brilla como hacía tiempo que no veía.

–¡Estás… Estás despierto! –exclama, emocionado.

Se acerca a la cama y me da un abrazo y un beso en la frente.

–Estás despierto –susurra–. ¿Estás bien? –me pregunta de forma cariñosa.

–Eso parece. Un poco en *shock* ahora mismo, la verdad. Me acabo de enterar del tiempo que llevo aquí.

Lo cierto es que les veo a ambos algo desmejorados. Supongo que es por lo que han sufrido y quizás es cierto eso de que las desgracias envejecen, porque no son tal cual los recuerdo. Y, aunque hayan pasado cinco meses, me cuesta asimilar que puedan haber cambiado tanto. Aunque viendo mi propio cuerpo me puedo hacer una idea de lo que ellos han podido haber pasado. Medio vivir en un hospital durante tanto tiempo no debe ser reconfortante para nadie, mucho menos si no sabes si tu hijo va a despertar en algún momento.

–Qué susto nos has dado –me dice mi padre, acariciando el pelo, que también tengo bastante más largo aunque no me había percatado de ello hasta ahora.

–Lo siento, de verdad. No era mi intención.

–No tienes nada que sentir. No es culpa de nadie –me dice–. Lo

importante es que estás aquí, que estás vivo, que estás despierto, que estás.

Y qué cierto. Tan sólo una palabra para definirlo todo: estar. Eso es lo importante. Cuando las personas dejan de estar es cuando hay que preocuparse.

Irónicamente, me siento muy cansado y quiero seguir durmiendo. Tengo miedo de volver a dormirme y no despertar, no sé cómo funcionan estas cosas. Pregunto al doctor y me cuenta que todas las pruebas han salido bien y que no tengo por qué volver a entrar en coma sólo por dormirme; que, aunque para mí sea lo mismo, son conceptos médicos distintos y no va a ocurrirme nada. Extrañamente sus palabras no sólo me producen confianza, sino que me ayudan a relajarme. Necesito desconectar y asimilar lo que ha pasado, al menos hasta que llegue él y pueda volver a verle, abrazarle, decirle que le quiero.

No sé si minutos u horas después, vuelvo a despertar. Abro los ojos y veo de nuevo a mi madre en el sofá, sentada, hablando con un chico que, por su aspecto, debe de ser algún enfermero en prácticas o que recién ha empezado a trabajar. Quizás es alguien que me ha estado cuidando todos estos meses y, aunque yo no conozca a nadie, ellos sí me conocen bien a mí y también se han alegrado de que haya despertado. Se agradece si es así. Sigo en silencio, con los ojos entreabiertos porque me gusta ver a mi madre así, feliz, dicharachera, dialogando y gesticulando como ella siempre hace. Incluso diría que la veo más joven que antes.

–Tengo hambre –digo finalmente.

Según salen las palabras de mi boca, soy consciente de que mi estomago y mi organismo en general estará totalmente oxidado por llevar cinco meses conectado a una botella de suero. Y pienso en la horrible comida que me harán tragar hasta que mi cuerpo vuelva a asimilar una alimentación normal. Se me pasa el hambre por momentos o, más bien, las ganas de comer.

–No sé cómo va esto, Ryan –me responde mi madre–. Voy a avisar de que tienes hambre a ver si puedes comer algo. ¿Me lo cuidas? –le pregunta al chico antes de irse.

–Siempre.

Pues sí que es uno de los enfermeros. Y no puedo evitar fijarme en lo guapo que es, aunque no tanto como él. Debe de estar en su día libre, o quizás empezando o terminando su turno porque no lleva uniforme. Sus ojos tienen un brillo especial, algo familiar. Como si, aunque nunca lo haya visto, mi subconsciente lo reconociera de estos meses cuidando de mí.

–Hola –me dice, acercándose hasta mí.

–Hola… –respondo tímidamente.

–¿Cómo estás? –me pregunta, apoyando su mano en mi cabeza y acariciándome el pelo como hizo mi padre.

–Bien, bien. Gracias. Un poco mareado, extrañado, desorientado.

–Es normal –sonríe–. Ha pasado mucho tiempo.

–Eso me han dicho. ¿Has estado todo ese tiempo por aquí? –le pregunto,

para saber si, efectivamente, es uno de los enfermeros que me ha estado cuidando.

–Sí, claro. Desde el primer día.

–Gracias entonces.

–No tienes que darlas, tonto.

–Lo sé –es su trabajo, después de todo–. Pero aun así hay que ser agradecido.

–Hemos pasado mucho miedo, Ryan.

–¿Tú también?

–¡Pues claro! –exclama, como si fuera algo obvio–. ¿Cómo no iba a pasar miedo? Creía que te perdía.

–Perdona, tal vez sueno un poco seco o antipático –le respondo–. Igual es porque aún estoy un poco somnoliento y en *shock*, pero… ¿Nos conocemos?

–¿Cómo? –pregunta, sorprendido.

–Es que las caricias en el pelo pues… vale. Pero la forma en la que me hablas es como si fueras algo más que un enfermero.

En ese momento entra mi madre con el doctor.

–¡Ryan! –continúa el chico.

–Espera –le interrumpo–. Mamá, ¿cuánto más va a tardar en venir? ¿Dónde está?

–¿Dónde está quién? –pregunta, extrañada.

–Él –respondo–. ¡Matt! Dijiste que estaba de camino.

Los ojos de mi madre se abren de par en par y su bolso se cae al suelo. La cara del enfermero se torna horrorizada.

–¿Cómo que Matt? –pregunta mi madre–. Pensé que preguntabas por Mike.

–¿Quién es Mike? –pregunto.

–¡Yo! –me responde el enfermero.

–No entiendo nada.

Miro a mi alrededor y la situación se convierte en el circo de los horrores. Mi madre se lleva las manos al pecho, el doctor pone cara de no entender qué está pasando y el enfermero, o Mike, como se llame, rompe a llorar.

–¡No es momento de bromas! –exclama Mike.

–¡Eso digo yo! –exclamo–. ¿Dónde está Matt y por qué iba yo a querer ver a este chico que no conozco de nada? Mamá, ¿qué está pasando? ¡Llámale!

–¡Ay, Ryan! –exclama, rompiendo a llorar ella también–. Cariño… Esto no lo esperaba. Cómo… No sé… Matt…

–Vamos a ver –reacciona el doctor–. Pongamos orden en este asunto porque estoy viendo venir algo que no esperábamos pero que suele ocurrir. Ryan, ¿de verdad no reconoces a este chico?

–No. ¿Debería?

Mike se derrumba en el sofá de la habitación, con los ojos rojos y la cara empapada por las lágrimas. Yo no entiendo nada de lo que está pasando y sólo quiero saber donde está Matt.

–¿Qué es lo que recuerdas?

–Pues a mi madre, a mi padre…

–No, no –me interrumpe–. ¿Qué es lo último que recuerdas antes de despertarte?

–No estoy seguro. Tengo recuerdos difusos. Estábamos Matt y yo en la playa, nos habíamos reconciliado… Me da mucha vergüenza contar esto ahora. Mamá, pensé que ya lo sabías. Algo ocurrió, no me acuerdo bien. Sé que había luces azules, policías, ambulancias. Algo nos ocurrió. Recuerdo estar tumbado en la arena junto a Matt, cogido de su mano. Algo había pasado, no recuerdo el qué. ¿Qué pasó, mamá? ¿Por qué he estado en coma? –ahora soy yo el que empieza a llorar–. ¿Qué nos ocurrió y dónde está Matt? ¿Por qué no le has llamado?

–Ryan –me interrumpe el doctor, mientras mi madre sigue horrorizada, apoyada en la pared, tapándose la boca con la mano, entre lagrimas–. Tienes amnesia. Has perdido una parte de tus recuerdos, pero esto será mejor que te lo explique el gabinete psicológico. Ellos sabrán hacerlo con mejor tacto y de la mejor manera para lograr que el trauma sea el menor posible.

–No quiero recordar qué pasó, quiero saber donde está Matt.

Mi madre se acerca hasta la cama, a mi lado, y me coge de la mano.

–Ryan… No estamos en 2012.

–Eso ya lo sé. Si han pasado cinco meses, ya será 2013. ¿En qué fecha estamos?

–Dieciséis de julio.

–No lo entiendo. Debería ser enero. Febrero como mucho.

–Dieciséis de julio de 2015, Ryan. Hace ya tres años de ese verano del que estás hablando.

–No puede ser… ¿Y todo ese tiempo?

–Creo que deberían dejar esto en mano del equipo de psicólogos del hospital –sugiere el doctor–. Puede ser contraproducente y entrar en estado de *shock*.

–¡Ya estoy en ese estado! –exclamo.

–Uno peor, uno traumático –responde el doctor, abandonando la habitación, supongo que en busca de algún psicólogo o psiquiatra. Mi madre le sigue.

–Esto no puede estar pasando. Antes desperté y me volví a dormir, seguro que estoy soñando.

–Ojalá –añade Mike desde el sofá.

–¿Entonces quién se supone que eres tú? –le pregunto.

–No quiero causarte un trauma.

–No va a pasarme nada, diga lo que diga el médico.

–Soy tu novio, Ryan.

No puedo evitar reírme. Ya, claro. Mi novio. Cómo si un chico así fuese a fijarse en un niñato de dieciocho años como yo. Y, según lo pienso, me doy cuenta de que, entonces, ya no tengo esa edad. ¡Tengo… –calculo

mentalmente– veintiún años! Qué fuerte me parece todo.

–¿En serio eres mi novio? –pregunto incrédulo.

Mike asiente con la mirada, secándose las últimas lágrimas con un pañuelo.

–¿Y por casualidad no te habré contado qué ocurrió con Matt? ¿Por qué no estamos juntos?

–Ryan, esto no es cómodo para mí.

–Lo entiendo. Aunque yo no te reconozca, supongo que no es plato de buen gusto tener que hablar de él como si tú no existieras.

–No es por eso… Aunque también. Me duele que, para ti, ahora mismo no existo, ni existe nada de lo que vivimos en estos años. Pero no es por eso, Ryan.

–¿Entonces? ¿Sabes algo o no?

–Lo sé todo.

–Cuéntamelo, por favor.

–No creo que estés preparado para eso ahora.

–¡Dejad de tratarme como si fuera un niño de cinco años, por favor! Me duele, pero puedo soportar otra ruptura. Ya rompimos durante el verano por culpa de Nathan, no me voy a morir por oírlo.

–Pero el sí –dice Mike y acto seguido se cubre la boca con la mano. Mientras tanto, mi madre sigue sin regresar a la habitación.

–¿Qué quieres decir?

–Nada. Olvídalo. Ya hablarás con los psicólogos.

–Si de verdad eres mi novio, sabrás que no voy a dejar de insistir hasta que me cuentes lo que sabes. Soy así.

–Y si tu recordaras quién soy, sabrías lo duro que es esto para mí y tener que ser precisamente yo el que te lo cuente –se queja.

–Siento no acordarme de ti. Pero, por favor, dímelo.

–¿Estás seguro?

–Completamente.

–Los recuerdos que tienes, los de la playa… Eso que dices de estar tumbado con Matt en la arena, cogidos de la mano.

–Si…

–No es exactamente así.

–Por favor, continúa. Necesito saberlo. Quizás sabiendo eso empiece a recordar todo lo demás.

–Estabais celebrando vuestra última noche juntos, el fin del verano, la despedida de la playa.

–Me acuerdo de eso. Cenamos en el porche de la casa de la playa y se quemó el mantel. No, espera, eso fue otro día.

–De esa historia no sé nada. Esa noche, la que te estoy contando, bebisteis más de la cuenta, Matt se adentró en el mar y…

–¡No!

Mike se queda en silencio, con las manos sobre la cara.

–No pudiste hacer nada. Tenía una enfermedad y no fue responsable.

–¡No! –repito con lágrimas en los ojos–. Mientes.

–Me has dicho que querías saberlo, no me acuses de mentir.

–¡No, no, no, no y no! Dime que no…

–Lo siento, Ryan. Intentaste salvarlo pero no pudiste. Cuando lo sacaste del agua ya era tarde.

Me estremezco.

–¡No digas eso!

–Perdón. Ryan, lo siento. Has insistido. Cuando llegó la policía y la ambulancia sólo pudieron ayudarte a ti, que estabas agotado y con hipotermia. No pudieron salvarle.

No me lo puedo creer. ¿Cómo es posible? Matt no puede estar muerto. No entiendo cómo puedo haber olvidado algo así. Cómo pueden haber pasado ya tres años. Cómo puedo estar aquí, en una cama de hospital, sobreviviendo a lo que sea que haya ocurrido en este futuro que realmente es un presente que no conozco, mientras él ya no está. No está. Justo lo que decía antes. Estar. No estar. La importancia de una palabra tan simple que se torna aterradora al añadirle un «no» delante. Me duele el pecho. Siento angustia. Esto no puede estar sucediendo. Y la vida encima es tan hija de puta que me hace sufrir esto dos veces, porque se supone que ya lo he sufrido y no lo recuerdo. ¿Qué mal tan grande he hecho que merezco pasar por esto dos veces? ¿Y qué mal tan grande hizo Matt que mereció un final prematuro de esa forma?

Quiero despertar de nuevo, que me vuelva a cegar la luz de la habitación, volver a ver a mi madre sentada en el sofá en el que ahora veo a Mike, y que me diga que todo va bien; pero que sea cierto. Todo no va bien, todo va mal. Todo va fatal. No puedo soportarlo. No puedo respirar. Me siento cada vez más débil. Siento que pierdo la consciencia. Me mareo y veo que Mike se levanta a cogerme en el aire mientras me caigo de le cama hacia el suelo.

Cuando despierto de nuevo, es de noche. Miro hacia el sofá y no hay nadie. Estoy solo en la habitación. No sé ni qué hora es. Me pregunto cómo he podido llegar a este punto. Pienso en Matt, en sus ojos y su sonrisa, mi perrito abandonado que no volveré a ver jamás y del que no me pude despedir. Y la empatía que siempre me ha caracterizado me hace pensar en Mike, un pobre chico que no reconozco pero que me quiere lo suficiente como para haber estado cinco meses pendiente de mi estado, deseando que despertara. Pienso en lo complicado que tiene que ser para él vivir esta situación. No acierto a adivinar qué es peor, si no recordar los tres últimos años de tu vida o que la persona con la que los has vivido no recuerde nada de ti. Quizás no he sido justo haciendo tantas preguntas sobre Matt a la persona que se supone que ahora comparte su vida conmigo. Quizás debería haber reaccionado de otro modo. Quizás le doy demasiadas vueltas. Acabo de salir de un coma y ya estoy comiéndome los sesos con cuestiones y lamentos que no aportan ningún beneficio a mi estado. Y Matt… Pobre Matt. No me lo creo. Habrán pasado tres años pero para mí se ha ido hace dos días. No dejo de pensar en que toda

esta pesadilla terminará y aparecerá por esa puerta.

Casualmente, se abre y enseguida reconozco esos rizos pelirrojos.

–¿Estás despierto? –pregunta, susurrando.

–Eso parece –le respondo a Sussan, mi mejor amiga.

–Cinco meses… ¡Cómo se pasa la Maléfica!

–¡Estás loca!

–Hay cosas que nunca cambian, querido.

–Pues será por dentro, porque por fuera…

–¿Ya te vas a meter conmigo?

–Entiéndelo, mi último recuerdo tuyo es en mi casa de la playa. Ahora te veo más… Más…

–Dilo, estoy gorda.

–Lo has dicho tú, no yo. Pero estás guapa.

–Es que no es el tipo de gordura que piensas –añade, acariciándose la barriga.

–¿Estás embarazada?

Asiente.

–¡Pero si eres una cría! –exclamo–. ¡Ay, no! Espera… La edad. Los tres años… ¿Y Nathan?

–¡Ay, Ryan! –se ríe–. Eres de lo que no hay. Va a ser cierto eso de que tienes amnesia.

–¡Claro que lo es!

–Nathan hace ya tiempo que desapareció de nuestras vidas.

–¿También ha muerto? –siento que voy a volver a llorar.

–No, no, cariño, no. Tranquilo –se apresura–. Sigue vivo y coleando, de hecho lo vi hace un par de días. Pero ya no estamos saliendo, ni sois amigos.

–Eso sí lo suponía, lo de no ser amigos. Recuerdo lo que hizo.

–Bueno… Llegaste a perdonarle. Pero todos hemos seguido caminos distintos.

–¿Tú y yo también? –pregunto, con miedo a la respuesta.

–Claro que no. Tú y yo juntos hasta el fin.

–Me alegra oír eso.

Se acerca, me da un abrazo y me acaricia el pelo. Qué obsesión tienen todos con mi pelo.

–Qué guapo estás con el pelo así, no es por nada.

–Gracias. Pero es lo único… Mira qué cuerpo se me ha quedado.

–Eso lo recuperas en un par de meses, no te preocupes. Te aseguro que para llevar cinco meses aquí dentro, ya quisiera yo estar así de estupenda. En serio, cuando salgas, no te cortes el pelo.

–Dejando mi pelo aparte… ¿Quién es el padre entonces?

–Cariño, eso ya te lo contaré porque son muchos cafés.

–¿Me vas a hacer esperar hasta que me saquen de aquí?

–No me queda otra. Nos han dicho que no te demos mucha información hasta que hablen contigo los psicólogos.

–Pues tú bien que estás contando cosas. ¿Te parece poco que vayas a ser madre?

–¡Y no es el primero! –exclama.

Me echo a llorar, en parte por la alegría y en parte por la rabia que me da haberme perdido tantas cosas. O, más bien, no recordarlas.

–Pero a mí me han dejado contarte lo que quiera, porque sé cómo hacerlo y qué proceso seguir.

–Claro, ahora vas a ser experta en psicología traumática.

–¿Experta? Lejos aún, pero es lo que estoy estudiando en Nueva York.

–¿Nueva York? –pregunto, sorprendido–. ¿Ahora vives en Nueva York?

–¡Vivimos!

–¡Mentira!

–Cariño… Es cierto.

–¿En serio vivo en Nueva York? ¿Y ese chico, Mike, es mi novio?

–Tan cierto como que esto que llevo dentro es un ser vivo que da patadas constantemente.

–Me va a estallar la cabeza…

–Ryan, cariño. Sé que estás en shock, sobre todo por lo que le ocurrió a Matt. Pero créeme cuando te digo que ya has pasado por todo lo que tenías que pasar para aceptarlo y seguir adelante. He de ser sincera y decirte que no lo has superado del todo, pero has continuado tu vida y el camino te ha llevado hasta lugares que no esperabas. Por suerte, hemos hecho ese camino cogidos de la mano y seguimos como siempre, te lo aseguro. Pero de resto todo ha cambiado. Tu familia, para bien, tus amigos, tus relaciones, tus estudios… Todo. Lo único que queda del Ryan que crees ser ahora es tu testarudez y esa mente tan brillante que tienes y que sé que volverás a tener completa tarde o temprano.

Levanto los brazos para que se acerque hasta la cama y me de un abrazo. Hundo mi cara en su melena rizada que huele a champú y le doy un beso en el cuello.

–¿Quién te ha enseñado a hablar así de bien, pelirroja?

–Es curioso, me hiciste esa misma pregunta poco antes de tu accidente. Y la respuesta sigue siendo la misma: tú.

Hablar con Sussan ha hecho que ponga los pies ligeramente en la tierra de nuevo. Sigo sin entender lo que está pasando, cómo he llegado hasta aquí, por qué ha ocurrido; pero sus sinceras palabras consiguen que, consciente e inconscientemente, crea en lo que me dice y se calme mi angustia interior. Al menos durante un rato. Luego vuelvo a pensar en Matt y me echo a llorar de nuevo en cuanto Sussan sale de la habitación. No diré que nadie merece morir, pero sí tengo claro que él no lo merecía. Me cuesta asimilar que tenga que hablar de él en pasado, un pasado de hace ya tres años pero que siento vivo en mi interior. No lo comprendo, pero intento ser sensato y decirme a mí mismo que, si realmente esto ya lo viví y lo superé, seré capaz de hacerlo de nuevo. Se lo debo a él.

# 32
# EL CORAZÓN

–¿De verdad vas a ir solo?

–Mamá, tengo amnesia, no incapacidad. Que no recuerde nada de los últimos tres años no significa que me haya olvidado de todo lo anterior.

–Lo sé, pero te veo tan frágil… Me da miedo tener razón y que te estés haciendo el fuerte.

–No me hago nada. Mentalmente soy el de siempre… O el que era antes. Físicamente ya estoy bien. En esta última semana he subido de peso. Además, en el hospital han dicho que tengo que moverme y reactivar el cuerpo.

–Pero has hecho tan poca rehabilitación…

–Venga… Sabes que me voy a ir sí o sí, no lo alargues. Además, voy a estar por aquí cerca y he quedado con Sussan, no voy a estar ni diez minutos solo.

–Ten cuidado.

Avanzo por el pasillo y, antes de llegar a la puerta, veo a mi padre durmiendo en el sofá del salón. En estos días en el hospital, Mike me ha contado que apoya nuestra relación y que me llevo mejor que nunca con él, que está orgulloso de mí. Me cuesta creerlo porque la relación con mi padre siempre ha sido bastante correcta. Nunca hemos dicho palabras de más y rara vez nos hemos demostrado algún tipo de afecto. No es que nos odiemos, ni mucho menos, pero no tenemos el tipo de relación que se esperaría entre un padre y un hijo; no tenemos mucho en común y yo siempre he sido muy reservado. Me es mucho más fácil hablar con mi madre y bromear con ella, tenemos más complicidad. Que Mike diga que mi relación actual con mi padre es mucho más afectiva me anima a querer ser el Ryan que debería ser y no el que mi memoria piensa que es. Le mando un beso volado y sigo hasta la puerta.

–¡Y mira antes de cruzar! –continúa mi madre.

–Que sí… Pero, ¿no ves que ya no soy quién quiera que fuese que vivía en Nueva York y se tiraba a la calle sin mirar? Soy el Ryan de dieciocho años que acaba de volver de la playa. Confía en mí.

Mi madre me da un beso en la frente y, por fin, puedo salir de casa. Lo cierto es que tiene un poco de razón. En verdad todavía no me siento del todo bien físicamente. Me siento débil y mareado la mayor parte del tiempo que paso de pie. Se ve que mi cuerpo se ha acostumbrado demasiado a la posición horizontal, pero cuanto antes intente recuperar mi vida antes dejaré de sentirme así.

Salgo del portal y me dirijo hacia el Starbucks donde siempre quedo con Sussan para cotillear sobre nuestras vidas y criticar las de aquellos que vemos a través del cristal. Intuyo que mi madre está asomada a la ventana, mirándome como si me fuese a la guerra, así que tengo que disimular hasta llegar al final de la calle. Prefiero no mirar atrás, así no levanto sospechas.

Cuando llego a la esquina, doblo a la izquierda y cambio de rumbo. Saco

el pequeño mapa que Sussan me hizo antes de que me dieran el alta en el hospital, lo aprieto fuerte contra el pecho y bajo las escaleras de la estación de metro. En un kiosco compro un periódico para leer por el camino. El vagón del metro me espera, he tenido suerte. Me siento y empiezo a leer el periódico como quién lee ciencia ficción.

Sigue pareciéndome mentira que estemos en verano de 2015. Sólo con la portada ya me siento agobiado ante tanta información acerca de un mundo que no conozco, especialmente porque no leo más que titulares catastróficos, desgracias, guerras y un sinfín de noticias desesperanzadoras. Cierro el periódico y lo dejo en el asiento de al lado, bastante tengo con lo mío como para atormentarme aún más leyendo lo que ocurre en el mundo.

Necesitaba verlo con mis propios ojos, saber que es real y no un demoníaco juego que toda mi familia había decidido jugar. Menos mal que se me ocurrió pedirle el mapa a Sussan porque si no jamás la habría encontrado; y aún así me ha costado dar con ella. Miro hacia abajo y veo el tallo seco de una flor que, por las espinas, supongo que en su día fue una rosa, pegado con cinta adhesiva. A su lado, un pequeño jarrón con flores casi frescas que no debe llevar aquí más de una semana. Me siento en el suelo y cruzo las piernas. En mi iPod suena 'Everybody Hurts' de R.E.M. aleatoriamente y, una vez más, la música parece sincronizarse con mis sentimientos. Mientras Michael Stipe canta «*si estás solo en la vida, si las noches y los días se hacen largos, cuando pienses que no puedes más con la vida, aguanta*», pongo las manos sobre el frío mármol y cierro los ojos. Veo su sonrisa, veo su mirada que refleja la mía, le veo durmiendo en las escaleras de mi casa de la playa, corriendo por la arena, preparando una cena desastrosa, llenándome la cara de tarta con las manos, nadando hacia mí lentamente para decirme algo, en la puerta de mi casa, calado hasta los huesos con su cara inocente. Abro los ojos y dejo que las lágrimas rueden por mi cara hasta terminar su viaje en mi camiseta. Leo la inscripción y es cuando sé que es real: «MATT BARTON 1995-2012». La fecha es como un puñal que se clava en mi corazón y lo parte en dos, hace que sienta escalofríos, que me de el impulso de romper el mármol y exigir que no haya ocurrido, que vuelva.

–¿Ryan? –pregunta una voz a mi espalda.

Me giro y veo a una mujer que no reconozco. Lleva entre las manos unas pocas flores.

–¿Me conoce? –pregunto.

–¿No me recuerdas?

Niego con la cabeza.

–Tranquilo, es normal. Han pasado ya casi tres años.

–No es por eso –le digo–. Tuve un accidente y no recuerdo nada de los últimos años de mi vida.

–¡Ay, cariño! –se arrodilla junto a mí–. No sabes cuánto siento oír eso.

Se muerde el labio, como si dudara o estuviera pensando si decirme algo o no.

–Soy la madre de Matt –dice finalmente.

Trago saliva. Siento vergüenza de que me haya pillado aquí, pero automáticamente me doy cuenta de que si me conoce no debería sentirme como un adolescente al que pillan con otro chico. De todos modos me contengo, porque desconozco qué clase de conversación tuve con ella. Conociendo a Matt, seguramente crea que éramos amigos.

–Ese tallo seco, lo trajiste tú.

–¿El que está pegado a la lápida?

–Sí. El año pasado te vi, de lejos, no quise entrometerme porque sabía que era la primera vez que venías. Algo me dijo que tus sentimientos no te permitirían venir muy a menudo así que pegué la rosa que le trajiste a Matt para que siempre la tuviera con él.

Acaricio el tallo seco.

–Me cuesta hablar con usted… No sé qué cosas sabe. No quiero importunarla.

–Tranquilo, mi niño, que lo sé todo. Sé que mi hijo te quería y sé también lo importante que fue él para ti.

–Me alegra oír eso, porque no me apetece nada fingir que éramos amigos del verano.

–A mí me alegra saber que no le has olvidado.

–Da la casualidad que mis recuerdos se cortan justo en esa noche. No recuerdo lo que pasó exactamente. Pero todo lo anterior lo tengo fresco como si lo acabara de vivir.

–Aunque no lo creas, a mí me ocurre lo mismo. Han pasado tres años y todavía sido esperando que vuelva de la playa o me imagino que se ha ido de nuevo al campamento ese al que fue poco antes de mandarlo a St. Dean con sus tíos. Seguramente todas las madres que han perdido a un hijo dirán lo mismo y suena a cliché, pero es la verdad. Miro su cama cada mañana con la esperanza de encontrarle en ella algún día. He aprendido a vivir con ello, pero no creo que sea algo que vaya a superar jamás en la vida. Y, en el fondo, no quiero. No deseo olvidarme de mi hijo, ni quiero dejar de sentir su pérdida, ni acostumbrarme a que no esté; aunque me haga daño.

–La entiendo muy bien. He sentido exactamente lo mismo estos días, desde que desperté en el hospital. Apenas sin fuerzas, he tenido que venir hasta aquí para saber que es cierto. Estaba convencido de que era una macabra broma.

–¡Ay, Ryan! –suspira–. Ojalá. Me llamo Deborah, por cierto.

–Me alegro mucho de conocerla, señora. Otra vez. Su hijo es increíble. Era. O no sé… Dónde quiera que esté, lo sigue siendo.

–Estoy de acuerdo.

–Probablemente si yo estoy vivo es por él. Creo que me ha protegido.

–Yo también lo creo.

–Una vez me dijo que él no iba a dejarme escapar y creo que lo está cumpliendo. El día del accidente estuvo conmigo, de algún modo.

–¿Qué te ocurrió? –me pregunta curiosa.

–La verdad es que no lo sé. Me dieron el alta en el hospital ayer y los psicólogos, entre muchas pruebas, me han recomendado que reciba información poco a poco y de alguien de confianza. Sólo se que me atropelló un coche en Nueva York.

–¿En Nueva York? ¡Qué mala pata! Irte de viaje y que te ocurra algo así.

–No estaba de viaje. Por lo visto ahora vivo allí.

Deborah arquea las cejas sorprendida.

–Lo sé, yo tampoco me lo creo. No sé cómo he acabado en esa ciudad, la verdad. Pero tengo ganas de saberlo.

–Me imagino tu situación y debe ser incómodo no recordar nada.

–Es contradictorio porque una parte de mí quiere saberlo todo y recuperar la memoria, volver a ser el Ryan de veintiún años que debería ser. Pero otra parte de mi, la actual, no quiere olvidar a Matt, no quiere continuar, ni tener una vida lejos de él, en otra ciudad, compartida con otro chico. Esa parte no está preparada para avanzar.

–¿Tienes novio?

–Eso parece.

–Pobre chico. Lo estará pasando mal viendo a la persona que quiere y que ésta lo vea como un desconocido.

–Sinceramente, no me había parado a pensarlo. He estado demasiado centrado en Matt y en mí mismo, en intentar comprender lo que ha ocurrido. Lo que ocurrió. Las fechas me producen quebraderos de cabeza.

–Pues sea quién sea ese chico, no se merece la indiferencia, ni que le ignores. Piensa que tú no le reconoces, pero quizás él siente por ti lo que tú ahora sientes por Matt, lo que sentiste en su día. O incluso más. Debes ponerte en su lugar.

–Tiene razón. Mucha.

Suena un WhatsApp en mi teléfono.

–Esa debe de ser Sussan, me he entretenido más de la cuenta. Me están esperando para ponerme al día.

–Ve. No te preocupes. Yo me quedo un rato más aquí.

Me pongo en pie y me sacudo la tierra del pantalón. Me despido de Deborah con un beso en la mejilla.

–Ryan, debes avanzar y recordar quién eres ahora –añade antes de irme–. Pero quiero que sepas que te di un diario de Matt, la otra vez que nos vimos. Quería que lo supieras por si no se lo dijiste a nadie, que sepas que en alguna parte supongo que lo tendrás guardado.

–Gracias. Lo buscaré.

Entro en la cafetería con prisa, y al fondo, sentada en nuestro rincón de siempre, veo a Sussan. Avanzo por el local hasta llegar a ella y sigo sin asimilar su barriga de embarazada. En el hospital me contó que le faltan tres meses para dar a luz, pero por más que me la imagine siendo madre no logro dibujar una figura nítida. La pelirroja loca con un hijo y otro en camino.

Increíble. Justo cuando llego hasta el sofá, dos manos se asoman por encima del respaldo y aparece una cabecita rubia y luego dos ojos que me miran y se abren de par en par. Sussan se gira.

–¡Mira quién ha llegado! –exclama.

–¡Ryan! –dice el pequeño con un hilo de voz.

–¡El tío Ryan! –repite Sussan–. ¡El puntual tío Ryan!

–Lo siento. Estaba… –siento la necesidad de inventarme algo pero me doy cuenta de que no hay necesidad de esconder nada– …visitando a Matt.

–¿Has ido al cementerio? ¿Te sirvió el mapa?

–Mucho. No lo habría encontrado sin él. Y he visto a su madre.

–¿Estaba allí?

–Sí, llegamos casi a la vez y hablamos un rato. Me dijo que tengo un diario de Matt, ¿sabes algo de eso?

–No lo he visto pero sí, lo tienes.

–¿Sabes dónde lo guardé?

–La verdad es que no, pero sé que no está aquí. Está en Nueva York. El año pasado tuviste un drama considerable con Mike, que ya te contaré, y descubriste que él lo había leído, así que allí debe estar.

–Vale. Pues creo que voy a seguir el consejo de la madre de Matt. Es hora de que me cuentes todo.

–¿Estás preparado? –me pregunta.

–No, pero nunca lo voy a estar si sigo anclado en este punto del pasado al que no pertenezco.

–Vale, pero antes pídele a Josh que te ponga otro té para mí y pídete tú algo –me dice, señalando al camarero que justamente pasa por mi espalda.

–¿Josh?

Me giro. Se gira. Me mira en silencio. Le miro en silencio. Le reconozco. Está cambiado, más adulto, una ligera barba, menos músculos.

–¡Josh! –exclamo–. ¡Del campamento!

–Menos mal que de mí no te has olvidado –me dice mientras me abraza–, aunque a Mike no va a hacerle nada de gracia.

–¿Conoces a Mike?

–¡Desde antes que tú!

–¡Ay, todo es tan raro! –me agobio–. Y eso que todavía no sé nada. Tuve un accidente y…

–Lo sé –me interrumpe–. Sussan me ha puesto al corriente para no abrumarte cuando te viera.

–¿Entonces nos hemos vuelto a ver?

–Mucho. Hemos sido amigos. Ya hablaremos, aunque tampoco hay mucho que contar. Fui muy gilipollas. Ahora soy otro gracias a tus consejos.

–¿Mis consejos?

–Sí. En su día fuiste muy duro pero es lo que necesitaba. Me di cuenta de que estaba viviendo una mentira… Es que tenía novia para aparentar ser heterosexual. Y bueno… Tú me hiciste espabilar, darme cuenta de que era

joven y de que nunca es tarde para cambiar el rumbo de tu vida. Y eso hice. Ahora soy quién realmente soy.

–Ojalá yo pudiera volver a ser el otro que se supone que también soy –respondo, dándome cuenta que la parte de mí que quiere recuperar la memoria puede más que la otra que quiere seguir teniendo dieciocho años.

–Bueno, ¿empezamos o qué? –pregunta Sussan–. David, sácate eso de la boca. El bolso de mami no se muerde.

–¿Os pongo lo de siempre? –pregunta Josh.

–Supongo que sí –respondo.

–Me acabas de recordar a la chica de 'The Vow'. Aquella que pierde la memoria.

–Yo llevo acordándome de ella todo el tiempo. De hecho, vi esa película con Matt hace unas semanas… Esto… Ya me entiendes.

–Pues es prácticamente la misma situación.

–Espero que no. Yo quiero recuperar la memoria y tengo fe en que no vais a organizar un complot para engañarme y hacerme creer que soy *hetero* o algo así –me río.

–No, tranquilo. Aquí todos aceptamos tu desvío.

–Aunque he de reconocer que, de momento, siento por Mike la misma aversión que siente ella por el buenorro de su marido por no reconocerle.

–Pues es un chico genial. Y si a mí me lo parece, que sabes que odio a todo el mundo, te puedes hacer una idea de lo mucho que a ti te gusta.

–Bueno, vamos por partes. Volvamos al principio.

Me siento en el sofá frente a la cristalera, dejando a David entre Sussan y yo. Le miro y es como si lo hubiera robado en algún parque, no me entra en la cabeza que sea hijo de mi mejor amiga. Y no puedo esperar a saber más de esa historia. Sé que suena cruel, pero casi tengo más interés en la vida de Sussan que en la mía propia con Mike. Huyo de todo lo que implique superar a Matt y relegarle a un segundo plano.

De principio a fin, Sussan me pone al día de todo lo que hemos vivido en este tiempo. Me cuenta que Matt murió por culpa de una enfermedad que nunca me contó, que estuve semanas depresivo sin salir de casa, que finalmente decidí estudiar Publicidad en vez de Derecho y que, gracias a eso, conocí a Mike en Eastmond, que éste y Josh se conocían de antes pero no llegaron a tener una relación, que Mike estuvo colado por mí desde el primer día y yo tardé meses en dejarme querer, que nos fuimos a pasar el Fin de Año en Nueva York y a la vuelta ya éramos novios oficialmente y, mientras ocurría todo eso, ella se liaba con un profesor suyo y se quedaba embarazada, incluso reconoce que David existe gracias a Mike, porque él se lo contó a Alex y fueron a detenerla cuando quiso abortar. Menudo culebrón. Me cuenta que, después del primer año de carrera, Alex se trasladó a Nueva York porque le ofrecieron un trabajo mejor, llevándose con ella a Sussan y al bebé, y que Mike y yo decidimos dejar la universidad y estudiar en el Miami Ad School. Desde entonces, hemos vivido todos allí. Según Sussan, todo iba genial hasta

que el año pasado le puse los cuernos a Mike con un compañero de clase el día de mi cumpleaños, tras lo que Mike volvió a Norwalk y yo vine detrás a recuperarle, que volvimos de nuevo a la gran manzana y que, poco después, ella y Alex se casaron.

–Y desde la boda hasta ahora, pues habéis hecho vuestra vida normal de pareja en Nueva York hasta el accidente. Más estos cinco meses en los que no ha ocurrido gran cosa –termina Sussan–. Yo he estado yendo y viniendo para hacer exámenes hasta que, finalmente, vine y me quedé para pasar aquí el último trimestre del embarazo, aprovechando el verano.

–¿Y tu marido?

–Sigue en Nueva York, pero viene en agosto unos días, luego se irá a arreglar algunos asuntos. Volverá en septiembre y se quedará hasta que de a luz en octubre. Con suerte nacerá el niño antes de que comience el curso nuevo.

–¿Es otro niño?

–¡Sí! Ya ves, yo siempre rodeada de hombres.

Me río. Habrán pasado tres años, pero su personalidad no ha cambiado.

–¿Y Mike? Cuéntame cosas de él.

–Lo que has vivido con él es mejor que lo oigas de su boca, será más objetivo. O por lo menos más cercano a la realidad. Yo sólo sé lo que tú me cuentas, pero habrá mil cosas que hayáis vivido de las que yo no sé nada. Y otras tantas en las que tu opinión subjetiva sea la única parte de la historia que yo conozca.

–Pero algo al menos, no sé… ¿Estoy enamorado?

–Hasta la médula.

–¿Y él?

–Pues teniendo en cuenta que te soporta… Algo te querrá.

–Eres mala gente, Sussan Donovan.

–¡Que no! –se ríe–. Que yo te quiero. No sabes lo mal que lo pasé cuando me sonó el móvil aquella noche y era Mike llorando a moco tendido, desesperado porque no sabía si estabas vivo o muerto y los médicos no le informaban.

Resoplo agobiado.

–¿Tan grave fue? En el hospital sólo me dijeron qué lesiones tuve pero no tenía ni idea de que había sido para tanto.

–No. Realmente no corriste peligro, pero en ese momento Mike no lo sabía. Ni yo. Estábamos muy nerviosos.

–¿Y cómo acabé en Norwalk?

–Tu madre pensó que era mejor así. Ya estabas curado de las heridas pero seguías en coma, por lo que no tenía sentido tenerte en Nueva York sin saber cuándo despertarías, así que te trajeron de vuelta a casa. Más práctico para todos, menos para mí claro.

–Pero aun así no me abandonaste.

–Nunca. Y lo sabes –me da un beso en la mejilla–. Mike tampoco. O eso

creo. Él sí estuvo en el hospital casi todos los días.

–Cuando desperté no estaba.

–En el último mes, la verdad es que empezó a visitarte de forma más alterna –reconoce–. Pero eso tienes que hablarlo con él, Ryan. Yo no sé si perdió la esperanza o si pensó que no era necesario ir todos los días. Sus motivos tendría, supongo. Pero yo no le daría vueltas a eso. Hasta donde yo sé, todo os iba genial y normalmente los accidentes unen más a las parejas.

–Ya hablaré con él, ahora que más o menos me has contado la base de todo. Sigue pareciéndome la vida de otra persona, pero tenía que escucharlo de ti. Sabía que eras la única que podía ser sincera.

–Ryan, mi consejo es que tampoco pretendas saberlo todo. No es necesario recordar cosas que os hicieron daño, como lo de Leo. Si algún día lo recuerdas porque sí, pues vale. Pero yo, si fuera tú, no querría saber nada de ese capítulo. Sólo conseguirás información que os hizo mucho daño a ambos.

–Dejaré que él me cuente lo que quiera, pero creo que para tener una vida real necesito tener toda la información y no solamente aquella que no me hará daño.

Realmente todo lo que Sussan me ha narrado es muy complicado de asimilar en un sólo día. Y digo «narrado» precisamente porque eso es lo que siento, que me ha contado una historia inventada. Por supuesto, no quiero decir que no crea sus palabras, simplemente que no parece mi vida. No reconozco a ese Ryan que estudia en Nueva York, tiene un novio aparentemente maravilloso y se acuesta con otro. Yo soy incapaz de hacer eso y no consigo dar con la clave de qué pudo ocurrirme para haber caído en esa clase de error.

No es que me considere perfecto, pero creo que tengo unos principios que siempre cumplo y la fidelidad es uno de ellos. Siento curiosidad por todo lo que Mike pueda contarme que aclare o empeore la visión que tengo ahora de mí mismo, pero también me aterra la idea de pensar que me he convertido en alguien que no me gusta. Sussan ha sido muy valiosa para tener una base sobre la que dibujar un pasado que no existe en mis recuerdos, pero si mi vida de los últimos dos años la he compartido con Mike, él es el único que podrá darme las respuestas que necesito. El problema es que me resulta incoherente que un desconocido vaya a contarme la parte más íntima de mi vida que se ha borrado de mi memoria. No tiene sentido. O no parece tenerlo.

Horas más tarde, Josh termina su turno y se sienta con nosotros. Hablamos del campamento, de lo mal que nos llevábamos y de cómo terminamos cayendo el uno del otro, de los baños en el lago y cómo perdimos el contacto por completo. Me recuerda que volvimos a vernos en St. Dean y que, desde entonces, hemos seguido siendo amigos, con algún que otro drama de por medio. Me cuenta la historia de cómo conoció a Mike, cómo le perdió, cómo volvió a encontrarme y cómo me perdió a mí también; pero reconoce que fue para bien ya que, gracias a que la vida siguió su curso de esa forma, él supo espabilar, aceptarse, dejar de perder el tiempo y disfrutar de la vida hasta

encontrar a su actual novio, Tyler, con el que quiere casarse pero no se lo ha pedido porque considera que son muy jóvenes para meterse en algo así.

No nos damos cuenta, pero cuando dejamos a una persona tras una relación de cualquier tipo, cuando rompemos ese vínculo por el motivo que sea, le estamos regalando un futuro nuevo en blanco. Tenemos en nuestras manos el poder de cambiar la vida de la gente, aunque a priori sea mediante una dolorosa decisión que hace daño a la otra persona.

Josh me ha contado que intentó conquistarme y yo le rechacé y, gracias a eso, su vida tomó otro camino, por el cual avanza ahora. Si yo le hubiera dado una oportunidad, ahora mismo, estuviéramos juntos o no, su vida sería distinta. Yo le regalé una hoja en blanco, un nuevo destino.

Somos capaces de cambiar para bien y para mal el futuro de aquellos que nos rodean y no somos conscientes de ello. El poder que tenemos los seres humanos para interactuar entre nosotros y modificar el curso de cada una de nuestras historias es infinito. Un gesto, una mirada, una palabra... No sólo nos afecta a nosotros, sino que puede también cambiar para siempre la vida de alguien ajeno a nuestra voluntad. Estamos conectados y no queremos darnos cuenta.

Y, tal vez, esa es la magia de la existencia, que hay tan infinitas posibilidades y situaciones por vivir que nunca sabremos si lo estamos haciendo bien o mal. Sólo podemos seguir, hacer lo que creamos conveniente y vivir lo que toque cada día.

° ° °

De algún modo, las dos conversaciones que he tenido con Sussan y Josh me están haciendo ver las cosas de forma distinta, valorando el momento actual, aunque no sea precisamente en el que me gustaría estar. Lo importante es que estoy. Y lo cierto es que sigo sin recordar nada, pero esta sensación sí me resulta familiar, aunque no logro enlazarla con ninguna vivencia en concreto, por lo que es posible que mi subconsciente me esté indicando que, efectivamente, ya me he sentido así recientemente. Quizás ese afán de vivir el momento, sin pensar en el futuro y las consecuencias, es lo que me llevó a engañar a Mike. Sea como fuere, espero recibir respuestas.

Quise quedar con él en el Starbucks pero me dijo que no. Me ha citado en un banco en concreto, en el parque que está por fuera del hospital y no parece que la puntualidad sea una de sus virtudes. Miro a mi alrededor y veo algunos pacientes del hospital paseando con sus enfermeros y enfermeras, un corredor que levanta polvo del suelo mientras pasa frente a mí, dos señoras leyendo la misma revista de cotilleos –cada una la suya– en un banco cercano, pájaros que vuelan de un árbol a otro y una fila de hormigas que intenta llevarse a casa un caramelo que hay pegado al suelo. Dos manos me tapan los ojos.

–¿Esto se supone que es una costumbre nuestra? –pregunto.

–La verdad es que no –responde Mike, devolviéndome la visión y apareciendo tras el banco.

Se sienta a mi lado y se queda mirándome fijamente, en silencio.

–¿Qué ocurre? –pregunto.

–Nada, es sólo que no te veo.

–¿Cómo que no me ves? –me río extrañado.

–Sí. Te miro a los ojos y no veo a la misma persona de antes.

–¿Eso crees?

–Te reconozco, porque te he visto antes, pero tus ojos no son los del Ryan con el que vivía en Nueva York, sino los del Ryan que conocí en Eastmond. Vuelves a tener esa mirada perdida, triste.

–Así es como me siento. No consigo entender por qué ha muerto Matt.

Mike desvía la mirada.

–Lo siento –me disculpo–. Entiendo que no debes sentirte cómodo cuando te hablo de él.

–No es eso. Nunca has dejado de hablar de él, realmente. La sombra de Matt siempre ha estado ahí. Lo que me incomoda es que hables de él como un enamorado, cuando esos sentimientos se supone que deberían ser hacia mí.

–Lo comprendo. Y créeme que lo siento. Ojalá no tuvieras que pasar por esto. Intento ponerme en tu situación y no sé cómo reaccionaría. Pero entiende que…

–Te entiendo –me interrumpe–. De verdad, no tienes que justificarte. De hecho para eso estamos aquí, ¿no?

–¿Por qué aquí en concreto? –le pregunto.

–En este banco tuvimos nuestra primera conversación sincera. Fue dónde me hablaste de Matt por primera vez y yo te conté que también perdí a mi madre.

–¿A tu madre?

–Sí, pero no quiero hablar de eso ahora. Todo lo que está ocurriendo me recuerda demasiado lo que pasó con ella, sobre todo cuando te visitaba en el hospital. Era como revivir de nuevo su enfermedad.

–Siento que hayas tenido que pasar por eso. Llevo días pensando sólo en mí y no había reparado en lo que tú podrías estar sufriendo con esta situación.

–No te preocupes, Ryan. Ahora lo que toca es escribir esos capítulos de tu vida que se han evaporado. Y eso incluye a Matt, aunque me incomode.

–Mucho me temo que hay cosas que ya nunca sabré.

–¿A qué te refieres? –me pregunta, sentándose un poco más cerca.

–Quiero decir que lo que ocurrió aquella noche sólo lo sabemos él y yo. Él no está y yo… Tampoco estoy, realmente –me encojo de hombros.

–En eso te equivocas. Hay alguien más que sabe lo que ocurrió aquella noche.

–¿Quién?

–Yo.

Mike me cuenta que, entre tantas conversaciones que tuvimos, llegué a contarle todo lo ocurrido la noche que murió Matt. De hecho, he estado teniendo sueños recurrentes dónde revivo una y otra vez lo ocurrido, a veces con final feliz en el que Matt sobrevive, otras no tan feliz.

–Matt estaba enfermo.

–Sí, lo sé. Ya me lo han dicho. Sé que no fue culpa mía.

–¿En serio quieres recordarlo todo? ¿No estarías más tranquilo sin ese recuerdo traumático?

–La parte traumática es saber que ha muerto, que ya no está, que no volveré a verle y no puedo despedirme. Cómo lo hizo no va a hacerme sentir peor, sobre todo sabiendo que no tuve nada que ver.

–Era vuestra última noche juntos en la playa. Estabais jugando, tonteando, bebiendo alcohol… Él entró en el mar y te retó a ir tras él.

–Y dijo que le debía un beso.

Mike se detiene y me mira sorprendido.

–Me dijo que entrara pero yo tenía frío.

–¿Lo recuerdas? –me pregunta.

–Sí… Sé que finalmente entré a por él, pero ya no estaba. Le busqué, buceando. Sí, me acuerdo de eso. Me hundía una y otra vez, temblando de frío, palpando el fondo rocoso lleno de algas y no había forma de encontrarle. Busqué y busqué, helado de frío, aterrado, hasta que finalmente di con él.

–Ryan… ¡Estás recordando!

–No lo sé. Estábamos en la arena e intenté que volviera en sí, pero no despertaba. Se había ido. ¡Se fue! –exclamo con los ojos llenos de lágrimas–. Yo quería decirle que le quería y no pude. Me tumbé con él, ahora entiendo las luces que recordaba. La policía y la ambulancia. Me arrastraron lejos de él y después… Y después… –intento continuar.

–Sigue, sigue.

–Y después desperté y vi a mi madre. Pero esto fue hace días, ya no recuerdo más.

–¿Estás bien?

–No lo sé. Ahora lo recuerdo todo, es como si hubiera ocurrido hace un par de semanas, pero el dolor se siente antiguo.

–Es que es antiguo.

–Me siento raro. Me duele horrores, pero es más como un recuerdo de algo que no he superado, no de algo que acaba de ocurrir. Pero en mi memoria sí ha ocurrido recientemente.

Seguimos hablando y Mike intenta que recuerde cómo nos conocimos aquella mañana en el Aula Magna de la Universidad de Eastmond, cómo poco a poco nos hicimos amigos aunque él ya estaba interesado en mí desde incluso antes de conocernos, de lo mal que lo pasó cuando yo no quería ser nada más que amigos y, por el contrario, de la emoción que sintió cuando nos besamos por primera vez, cuando consiguió destrozar la barrera que yo mismo había levantado para no volver a sufrir por amor.

Detalle a detalle, me pone al día de todo lo sucedido en nuestra relación hasta que decidimos formalizarla durante nuestro primer viaje a Nueva York, después de celebrar el Año Nuevo en Times Square.

–Al día siguiente, estábamos almorzando en un Burger King de China

Town y te dije que quería pedir el mismo menú que tú –me recuerda–, así que le dijiste al dependiente «y lo mismo para mi novio».

–¿Dije eso? ¿A un desconocido? ¿En público?

–Tal cual. Recuerdo que ni te inmutaste, porque te salió de forma tan natural que no te diste cuenta de lo que habías dicho. Te pregunté entonces si era tu novio y me respondiste que sí, que si yo quería lo sería para siempre.

–¿Y qué dijiste? –le pregunto, con curiosidad.

–Evidentemente dije que sí. En ese momento me parecía que lo sería.

–¿Y ahora ya no? –dudo.

–Es complicado, Ryan. Ya llegaremos a eso.

Me cuenta que decidimos irnos a Nueva York prácticamente de un día para otro, aunque fue complicado por el papeleo y el acceso a la escuela; pero que, una vez estuvimos allí, nos adaptamos rápidamente. Todo iba genial, salíamos a discotecas, íbamos a fiestas con amigos adinerados, hacíamos excursiones por la ciudad, etc.

–¿Y en qué momento aparece Leo?

–Sussan te lo ha contado, ¿no?

–Sí. Culpa mía. Le pedí que no se guardara ningún detalle.

–Realmente Leo apareció rápido, aunque yo no lo supe. Yo te escribía y escondía mensajes para ser original y no dejar que la relación fuera monótona, pero tú creías que eran de él y que yo me distanciaba de ti.

–¡Oh, Dios! ¡Qué estúpido!

–Mucho, Ryan. Mucho. Y yo también, preparándote una fiesta sorpresa mientras tu te metías en la cama de otro.

–¡Ay, no! –exclamo, incómodo–. Lo siento. No lo recuerdo, por suerte para mí, pero de verdad que lo siento. No entiendo cómo pude hacer algo así. No me reconozco. Yo no soy así.

–Yo tampoco lo entiendo. Pero bueno, hiciste algo genial aquí en Norwalk y me recuperaste.

Mike me describe la noche de la nieve falsa, los mil perdones, las promesas y el regreso a Nueva York. Desde entonces, según él, la relación ha tenido momentos mejores y peores.

Suena ‘Tenerife Sea’ de Ed Sheeran en mi teléfono. La única ventaja de haber estado cinco meses en coma y de no recordar nada de los últimos tres años, es que llevo dos semanas redescubriendo música que supuestamente ya conocía, escuchándola como si fuera la primera vez.

–¿Sí? ¿Quién es?

–Ryan, cariño, soy mamá –escucho al otro lado.

–Estoy bien… –respondo con voz insistente–. He estado con Sussan y ahora estoy con Mike.

–No es eso, sé que estás bien. El que no está bien es tu padre, estamos en el hospital.

–¿Qué ha pasado? –pregunto, mientras me levanto y le hago una señal a Mike para que me siga–. Estoy por fuera, en el parque.

–Te espero en la entrada y te cuento.

Me apresuro a salir del parque y cruzar la calle. Mike me sigue sin decir nada pero con la misma cara de preocupación que yo. A lo lejos veo a mi madre y corro hasta ella. La veo pálida, asustada, inquieta.

–¿Qué pasa, mamá? ¿Dónde está papá? ¿Está bien?

–Lo está, lo está. Tranquilo. Llevamos ya un rato aquí.

–¿Y me avisas hora?

–No quería preocuparte por gusto. Vamos, te llevo con él.

Avanzando por los pasillos del hospital me saludan algunos médicos que me conocen por todo el tiempo que pasé aquí ingresado, mientras tanto mi madre me informa del estado de mi padre. Ha tenido un infarto que, por suerte, los médicos han tratado a tiempo y está estable. Hace horas, se despertó de la siesta sobresaltado, ahogándose y con un dolor horrible en el pecho. Casi como el que siento yo ahora del susto, pero el mío supongo que será por los nervios. Llegamos a la habitación y veo a mi padre tumbado en la cama, lleno de cables por todas partes y con tubos por la nariz como los que tenía yo cuando desperté del coma. Le doy un beso en la frente y me mira con débil ternura sin decir una palabra, respirando lentamente. Entra el doctor.

–Su marido ha tenido suerte, señora Pinkert. Pocos casos conozco de personas que salgan airosos de dos infartos.

–Perdone –le interrumpo–, ¿dos?

Miro a mi madre extrañado.

–Ya ha ocurrido antes –reconoce ella.

–¿Y nadie pensaba decírmelo?

–No queríamos preocuparos. Estabais tan bien en Nueva York…

–¿Fue cuando estaba en Nueva York? –pregunto, alterado–. Que me escondas esa información en estos días lo puedo llegar a comprender, que no nos dijerais nada cuando yo estaba perfectamente me parece muy reprochable.

–Tú padre insistió. Fue después de tu cumpleaños, poco antes de tu accidente.

–Por eso estaba tan apagado el día de la fiesta –recuerda Mike.

–¿Qué fiesta? –pregunto, perdido–. Da igual. ¿Por qué, mamá?

–Tu padre no quería preocuparte con sus problemas.

–Este tipo de cosas no se esconden, se dicen y se apechugan como mejor se pueda. Vuestros problemas son mis problemas.

El caso es que, tras mi accidente, mi padre volvió a sentirse mal y, el día que desperté del coma, realmente no venía de la cafetería sino de una revisión. Por eso estos días lo he notado tan raro. Creía que era por mí, por ser gay o algo, porque quizás en todo este tiempo no lo había aceptado. Y resulta que era porque está enfermo y no puede hacer la vida normal que le gustaría.

En ese momento mi padre levanta su mano e intenta coger la mía. Me acerco y entrelazo mis dedos con los suyos.

–Estoy bien… –murmura con dificultad.

–Papá… –atino a decir, conteniendo las ganas de llorar.

–Somos… supervivientes.

Me río y el gesto provoca que broten algunas lágrimas de mis ojos. Me las quito con el dorso de la mano que tengo libre.

–Te vas a poner bien. Bien del todo –le digo.

Él asiente con la cabeza.

–Es más –continúo–. En cuanto te den el alta, nos vamos todos a la playa. ¿Qué te parece?

Sonríe.

–Nos vamos al pueblo, a relajarnos, a olvidarnos de todo lo malo que ha ocurrido aquí, a aprovechar el tiempo y dejar de perder la oportunidad de vivir.

Mi padre asiente de nuevo con la cabeza y mira a mi madre.

–Necesito… Bañador nuevo –le dice con voz áspera y entrecortada.

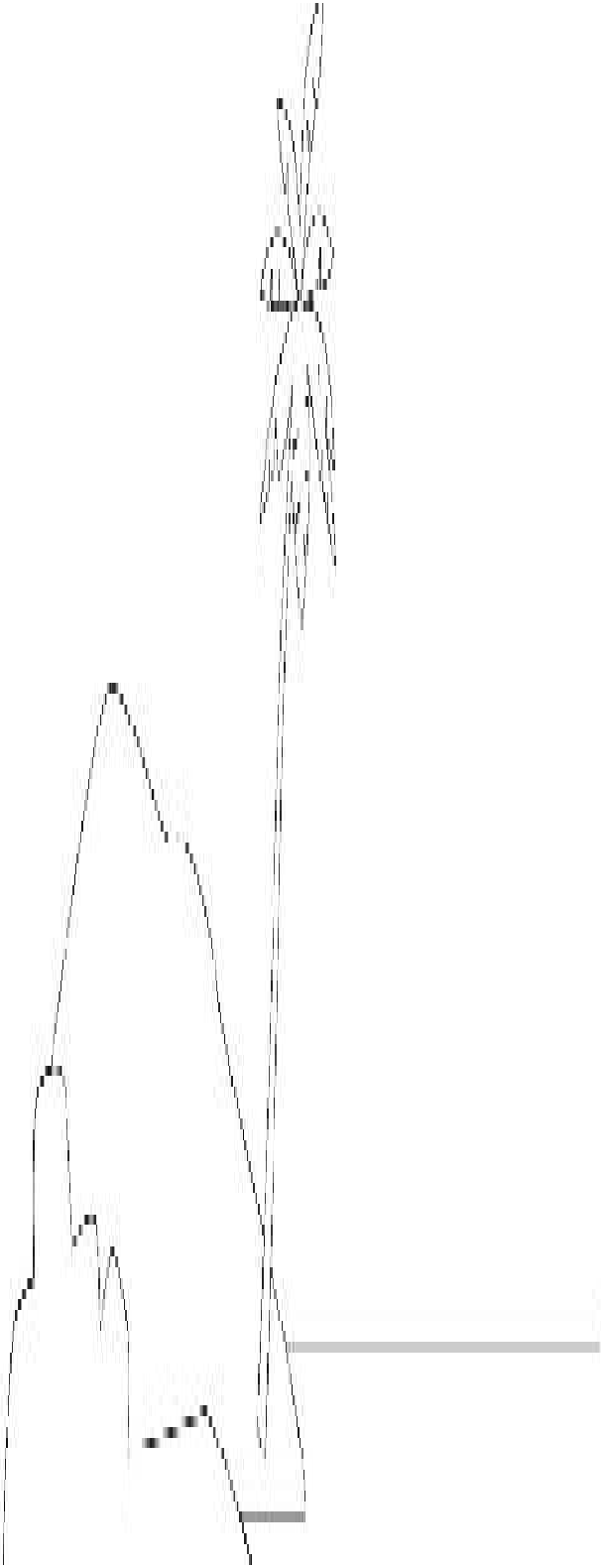
Todos nos reímos. Es uno de esos momentos en los que, realmente, no sabes lo que va a pasar. Yo tuve suerte, quizás él no la tenga aunque pongamos toda nuestra energía en que así sea. Desconocemos el futuro, pero en situaciones como esta de nada vale ser realistas, porque la realidad del futuro no existe. Las posibilidades son infinitas y hay que aprovechar las que la vida va poniendo delante de nosotros.

Me aterra volver a ese lugar. En mi mente sólo han pasado dos semanas, pero en mi vida real han transcurrido casi tres años desde que me fui de St. Dean. Pero sé que a papá le vendrá bien, él siempre era feliz allí. Por eso compró la casa, porque le traía paz y tranquilidad pasar los veranos en el pueblo en el que se crió. Y allí es a donde quiero llevarle. Porque siento que sólo allí él podrá recuperarse del todo, así como sé a ciencia cierta que si no quiero vivir todo lo negativo que viví estos años, según me han contado, en referencia a Matt y las pesadillas, yo también necesito hacer las paces con ese lugar.

Es hora de volver a la playa.

sexta parte

# ST. DEAN



# 33
# LA PLAYA II

Estamos llegando a St. Dean y, sentado en el asiento del copiloto, miro hacia el horizonte, hacia la línea que separa el cielo del océano y que a veces se torna infinita, otras veces insuficiente. Intento ser consciente de que hace tres años que no contemplo estas vistas, pero no logro ganarle la batalla a mi escurridiza memoria perdida. Sigo sintiendo que hace algo más de dos semanas vivía el momento más amargo de mi vida, en la orilla de la playa que veo desde el coche mientras bordeamos la montaña. Pasamos junto al mirador en el que estuve sacando fotografías y pienso en la capacidad que tuve en mis manos de haber cambiado las cosas si no hubiera conocido a Matt. Me pregunto si seguiría vivo o su incontrolable carácter aventurero le hubiera hecho caer en el mismo fatal destino en otro lugar, con otra persona, en otras circunstancias; o si por el contrario habría aprendido a ser consecuente y responsable y, a día de hoy, sería un increíble chico de veinte años con ganas de comerse el mundo y alcanzar esa felicidad que tanto añoraba.

Siendo honesto, no puedo culparme, pero tampoco puedo culparle a él. Matt simplemente quiso vivir al cien por cien, corriendo los riesgos que fueran necesarios con tal de cumplir sus deseos y ambiciones. Ojalá todos tuviéramos esa capacidad de no dejar que los inconvenientes que surgen en el camino nos nublen y coaccionen nuestras decisiones por miedo a que pueda ocurrir lo peor. Matt murió por ser libre y aprovechar el momento, no lo hizo escondido del mundo y empequeñecido por sus circunstancias. Matt fue valiente, aunque su valentía nos haya hecho daño al resto.

A mi lado, Mike ha estado conduciendo todo el viaje bastante callado. Es curioso porque el que debería sentirse raro e incómodo soy yo, que no lo recuerdo. Quizás le satura la idea de no sólo estar siempre oyendo hablar de Matt sino, además, tener que venir a ese lugar que tantas veces le habré mencionado. Lo cierto es que en estos días he sentido algo que no termino de reconocer. Es difícil de explicar pero, cuando le miro a los ojos, ya no veo a un desconocido. Sigo sin saber quién es y apenas sé nada de él porque no hemos vuelto a hablar desde que se interrumpió nuestra conversación en el parque hace unos días. He estado con mi padre todo el tiempo hasta que le dieron el alta y pudimos organizar este pequeño viaje. El caso es que en estos días me he cruzado con muchas personas, desconocidos de verdad, gente que pasa desapercibida porque no existe ningún tipo de vínculo, pero con Mike es distinto. Creo no conocerle pero su mirada me dice lo contrario. Y, a veces, cuando duermo, sueño con situaciones en las que él aparece y no estoy seguro de si son irreales o son recuerdos de esa vida que sigue atrapada en algún recoveco de mi memoria.

–Ahora gira a la derecha –le indico.

–Ya estamos llegando, ¿no? –pregunta, algo ansioso.

–Casi. Aún falta bajar hasta el pueblo y cruzarlo, pero se tarda poco.

–Hoy es domingo así que no creo que tardemos tan poco –añade mi madre

desde el asiento de atrás–. Los domingos hay mercadillo y cortan algunas calles, Mike.

–Qué oportunos somos –le responde.

–¿Puedo preguntar algo? –pregunto, mirando a mis padres a través del espejo retrovisor.

–Claro –responde mi padre.

Mike me mira de reojo.

–¿Qué clase de relación tenéis?

–¿Cómo? –pregunta mi madre algo asustada, alternando la mirada entre mi padre y yo.

–No, no, a ver –intento aclarar–. Vosotros dos no, joder. No te asustes –me río–. Me refiero a vosotros con Mike.

–¿Qué clase de relación? –pregunta mi madre.

–Sí… –respondo–. Para mí es raro porque prácticamente de un día para otro he pasado de tener una vida completamente privada, con secretos que sólo Sussan y Nathan sabían, a tener una relación familiar en la que se trata con total normalidad que este chico que tengo al lado fuese mi novio. ¡Sea! –corrijo–. Sea mi novio.

–¿Te sorprende que yo lo lleve bien? –me pregunta mi padre.

–Me sorprende todo en general y, sí, eso en particular.

–A Mike le queremos mucho –dice mi madre, acariciándole el hombro desde atrás–. Y nos gusta para ti.

–¿Y tú qué opinas, papá?

–Lo mismo. En tu cumpleaños te dije que estaba orgulloso de ti y que Mike es un gran chico.

–¿Podemos cambiar de tema? –pregunta Mike, sonrojado.

Mis padres se ríen.

–Lo raro es que no te sientas incómodo tú –me dice Mike–. No quiero hacerme ilusiones, pero este Ryan se parece más al de antes del accidente que al que conocí años atrás.

–No sé –respondo–. Igual me he venido arriba porque intento no pensar en lo que este pueblo me recuerda. Y también creo que hay cosas que, poco a poco, van activando recuerdos. Como cuando me hablabas de lo de Matt y terminé acordándome yo. Si dejo que la vergüenza me pueda, no podré seguir averiguando cosas y desbloqueando esas partes de mi memoria que siguen en coma.

–Yo no tengo problemas en hablar de todo lo que necesites –dice mi Madre–. Hay ciertas cosas que para ti son nuevas pero para nosotros son viejas y están aceptadas y forman parte de nuestra rutina.

–¿Lo dices por ser… gay? –pregunto, ahora sí, con cierto tono de vergüenza por estar hablando de ese tema con mis padres–. Ahora gira a la izquierda –le indico a Mike–. Y sigues la avenida, recto hasta que te avise.

–Lo digo por todo lo que ha ocurrido desde que volviste de la playa, por los problemas que tuviste que superar y que espero no se repitan, que Sussan

haya sido madre, que os hayáis ido a vivir lejos… Ya nos hemos acostumbrado a esta vida de post adolescentes modernos que tenéis vosotros y nos gusta formar parte de ella, aunque sea en la distancia.

–¡Esa es, Mike! –señala mi padre.

Mike reduce la velocidad y aparca en la puerta de una casa que no reconozco del todo.

–Papá… ¿Qué ha pasado aquí?

–Te lo dijimos cuando… ¡Ah! Claro… La hemos reformado y pintado.

–Pensamos que tenerla cerrada todo el año era absurdo –continúa mi madre– así que la arreglamos un poco, la pintamos y la hemos estado alquilando hasta que… Bueno, hasta que…

–Hasta que me atropellaron. Dilo, no hay problema. No lo recuerdo así que no me produce ningún tipo de sentimiento hablar de eso. Ya tendré tiempo de cogerle miedo a los coches cuando vuelvan esos recuerdos. Si es que vuelven.

Nos bajamos del vehículo y, mientras sacamos las maletas, suena una bocina. Miro hacia atrás y veo que otro coche aparca junto al nuestro.

–¡Al final hemos llegado a la vez! –grita Sussan, asomando su rizada y pelirroja cabeza por la ventanilla del coche.

–¿Pero no llegabais después de comer? –pregunto, sorprendido.

–¡Ya ves! El vuelo de Alex llegó algo adelantado y, en vez de comer en el aeropuerto, decidimos venir directamente.

Alex se baja del coche, abre la puerta trasera y desabrocha el cinturón de la silla de David, que, una vez liberado, salta de su asiento y corre a los brazos de mi madre. Sussan echa un vistazo a la fachada de la casa mientras acaricia su gran barriga y hace un gesto de aprobación.

–Me gusta el cambio –dice finalmente–. Aunque sigo pensando que el verde pistacho habría quedado más discreto, ¿verdad Kate?

–Ya sabes como es Ben… Al final hizo lo que le dio la gana y eligió el amarillo –responde mi madre, dándole una cariñosa palmada en la espalda a mi padre.

–Así no tiene pérdida –se justifica mi padre–. Antes era una casa más de tantas, ahora es «la casa amarilla».

Echo un vistazo a Alex. No sé cómo sera a nivel personal, pero físicamente está muy bien. Otra cosa no sé, pero tonta está claro que mi amiga no es. No voy a negar que es muy extraño que me esté saludando como si nos conociéramos de siempre.

Desde la escalera del porche huelo la comida del McDonald's que compramos de camino y que mi madre ha metido en el horno para calentarla un poco. Mike vuelve del baño y se sienta a mi lado. Juntos, miramos hacia la playa con los pies enterrados en la arena. Es una situación extraña porque hace nada estaba viviendo esto mismo con Matt, y estoy convencido de que no tiene que ser algo fácil para Mike estar en este lugar, en este contexto.

–Así que este es el famoso porche –me dice, apoyando su cabeza en mi

hombro para acto seguido retirarla, como si pensara que no ha hecho algo correcto.

–¿Te he hablado de él?

–Claro, de tu antiguo ritual anual de cada verano. Venías, te sentabas aquí a observar, a ver el atardecer, a dejar que la brisa del mar te calmara y reorganizara tus sentimientos y prioridades en la vida.

–Algo así. Soy un poco místico.

–Lo sé, Ryan.

–Claro… A veces se me olvida que yo no sé nada de ti, pero tú lo sabes todo de mí.

Mike permanece en silencio. Todavía no tengo claro que esté aquí voluntariamente. De entrada no quiso venir, alegando que no pintaba nada en este lugar, con mi familia, pero accedió a venir cuando supo que Sussan y Alex también nos acompañarían durante estos días. Aún así, creo que está aquí obligado, en cierto modo, por el presente que nos une, pero no está nada de acuerdo con la idea de lo que volver a esta playa supone para mí.

–Te agradezco que hayas venido.

–Tenía que hacerlo.

–¿Tenías o querías?

–Tenía. Y, ahora que estoy aquí, sí que quiero quedarme. Yo también necesito que la marea se lleve muchas cosas que tengo en la cabeza. Necesito organizar mis prioridades, igual que tú.

–¿Y cuál es tu prioridad ahora? –pregunto curioso.

–Tú.

–¡Qué bobo eres! –me avergüenzo.

–No estoy aquí para volver a enamorarte, Ryan –se sincera–. Estoy aquí porque quiero apoyarte y que recuperes la memoria.

–¿No quieres que me enamore de ti?

–No es eso. Sólo digo que quiero que vuelvas al punto en el que estabas antes del accidente. Necesito tener conversaciones con ese Ryan que no puedo tener con este. No sería justo responder a esa clase de pregunta sin que tengas toda la información.

–Te entiendo, creo.

–Esto no va a ser como la película esa de la chica que pierde la memoria. Yo no voy a reconquistarte, ni a empujarte a que sientas cosas que no aparezcan de forma natural. Sólo quiero que vuelvan todos esos recuerdos que se quedaron por el camino y, entonces, veremos cómo avanzamos.

–Me parece coherente, aunque me hace pensar que no nos iba tan bien como Sussan me ha dicho.

–Todavía nos quedan conversaciones pendientes.

–¡Chicos! –nos llama mi madre desde la cocina–. ¡A comer!

–Seguiremos hablando, entonces –le digo a Mike–. Tenemos toda la semana por delante.

–Sí. Venga, vamos a comer, que tu madre se ha pasado toda la mañana

cocinando –bromea.

Me río y entramos de vuelta a la cocina, donde mi madre ha sacado toda la comida de las cajas, las ha puesto en platos y hasta parece que, realmente, lo ha preparado ella y no lo hemos comprado todo en un McAuto. Como si de un buffet se tratara, nos arremolinamos en torno a la isla de la cocina y me sirvo en mi plato algunos nuggets, patatas fritas y una hamburguesa. Supongo que los helados los habrá metido mi padre en el frigorífico nada más llegar, aunque mucho me temo que más bien van a parecer batidos de caramelo.

David juega con un Minion vampiro que vino en su Happy Meal y no quiere probar la comida, mientras Alex intenta que entre en razón y coma algo. Sussan se hace la loca para no tener que lidiar con algo que probablemente le ocurre a diario y ha preferido que sea su marido el que cargue con el marrón esta vez. Mis padres se han sentado en la mesa del comedor y mantienen una conversación que no alcanzo a escuchar. Mike y yo seguimos de pie en la cocina, comiendo sin decir muchas palabras aunque ambos sabemos que aún tenemos mucho de lo que hablar. Mi vida en Nueva York está llena de huecos por todas partes que sólo él puede rellenar, pero no parece que encontremos el momento oportuno para que me ponga al día.

Por otro lado, sigue ahí constante el recuerdo de Matt. Mi madre me contó que, la otra vez, la real, estuve muy hundido y depresivo, que me costó semanas tan sólo aceptar que tenía que continuar con mi vida y que tardé meses en hacer las paces conmigo mismo y superar –en cierto modo– la pérdida. De alguna forma, estoy convencido de que mi subconsciente no ha olvidado todo ese aprendizaje, porque la muerte de Matt, en mis recuerdos ocurrida hace tres semanas, no me está afectando de la misma forma. Me duele pensar en él, pero por algún extraño motivo no siento rabia ni he perdido las ganas de seguir viviendo. Quizás porque ya tengo las respuestas que necesito y sé cómo aplicarlas, quizás porque mi enrevesada mente sabe que bastante estoy sufriendo con mi situación actual, quizás porque en estos tres años me he vuelto insensible al dolor y, aunque no lo recuerde, me sigo comportando así. A veces me da miedo pensar que el Ryan que no recuerdo realmente mereciera ser atropellado por ser mala persona.

Termino de comer y subo a mi habitación con la maleta. La dejo sobre la cama y, cuando me doy la vuelta para ir al baño, veo el oso del lazo rojo en la estantería junto al escritorio. Siento un escalofrío que me recorre la espalda hacia el cuello y automáticamente aparece en mi mente la cara de Matt llorando desconsolado al otro lado de la habitación, implorando explicaciones que no sabía que debía darle por culpa de Nathan. Cojo el oso y le sacudo el polvo.

–Siento haberte dejado aquí solo tanto tiempo –le digo al peluche–. Ya sabrás que no recuerdo muchas cosas, pero sé que no he venido a verte. No sé el motivo pero puedo adivinarlo. No me atrevía. De verdad, lo siento. Espero que no estés enfadado conmigo. Me conoces y sabes que lo habría dado todo por ti, pero la situación me ha superado y lo sigue haciendo. He soñado

mucho contigo, por lo que me han dicho, eso significa que no te he olvidado, que no he logrado pasar página. He cambiado de libro, pero el tuyo sigue en mi mochila y lo llevo conmigo allá donde voy. Pero, ¿sabes qué? Creo que estoy preparado para aceptar que ya no estás. Nunca estaré de acuerdo con el universo o quien quiera que haya tomado la decisión de que dejes de vivir, pero sé que siempre vas a estar. Y eso es lo que importa, lo que me ayuda a seguir, que sé que estás. En cada alegría y en cada tristeza, en cada acierto yen cada error. Estás y estarás.

Le doy un beso al oso y lo vuelvo a colocar en la estantería. Me limpio las lágrimas de los ojos con las manos y me acerco al baño. Me miro al espejo y, quizás por asociación, no me reconozco. La última vez que vi mi reflejo aquí era un chico de dieciocho años destrozado por la vida; ahora veo un adulto algo mayor, más delgado pero con mejor cara, con lágrimas que duelen menos.

–Tienes que vivir –le digo a mi reflejo–. Da igual si recuperas la memoria o no. Tú sí estás y eso es lo que importa. Estás vivo, has tenido una suerte que otros no tienen, y la suerte no aparece siempre. Aprovecha el tiempo, vive mientras puedas, por ti y por los que no pueden. Sonríe –me digo sonriendo– y sigue adelante. Cómete el mundo y vive por los dos. No malgastes ningún latido, todos merecen la pena ser exprimidos al máximo. Y nunca dejes que…

–¿Con quién hablas? –me interrumpe Mike.

Me río avergonzado.

–Con nadie… Cosas mías –me encojo de hombros y sonrío con timidez.

Mike me mira en silencio con cara de comprenderme. Yo creo que ha estado escuchando tras la pared un buen rato porque parece entender qué estaba haciendo.

–Tenemos una conversación pendiente –me dice, sentándose en mi cama.

–No –le respondo, tajante–. Aquí no, por favor.

–Déjame adivinar… –dice, mirando hacia la cama.

–¡No! –me sonrojo –. No es por eso –me río nervioso–. Es porque esta habitación ya ha vivido suficientes conversaciones trascendentales. No quiero mezclar las cosas más de lo que ya están.

–¿Vamos a la playa?

–Vamos.

Caminamos por la arena descalzos y nos sentamos a la sombra bajo el puesto de vigilancia del socorrista. Mike me cuenta que le gusta mucho St. Dean, que después de tantos años oyendo hablar de este lugar, le resulta raro estar por fin aquí, que no se parece a lo que había imaginado. Yo le cuento que, para mí, es algo más que una playa y un pueblo de veraneo, que es un lugar especial desde que era pequeño, en el que he crecido como persona cada verano, he pegado estirones, me he enamorado, he hecho amigos fugaces que duran unas vacaciones y que, en general, es un lugar al que tenía mucho miedo de regresar por los sentimientos que podría avivar en mí.

–Todo eso ya lo sé –reconoce–. Son cosas que me has contado.

–Lo suponía.

–Pero no te preocupes, Ryan. Es bonito volver a escucharte hablar con tanta pasión, hacía tiempo que nada ni nadie te evocaba esa clase de palabras.

–Parece que te incluyes.

–No te lo voy a negar.

–Lo siento si no he sido el novio que esperabas.

–Sí lo has sido, mayormente. De hecho… Bueno –rectifica–, no empecemos por el final.

–Vale, mejor. Venga, termina de escribir las páginas que faltan en este libro que tengo medio en blanco.

Partiendo de mi escarceo con Leo y lo que hice para recuperarle en Norwalk, Mike me cuenta que regresamos a Nueva York poco después. Nada más llegar al apartamento, pusimos un anuncio para buscar nueva compañera de piso. Le pregunto por qué tenía que ser chica y me pone al día de las intenciones que Evan tuvo con Mike en su momento y que nos pareció menos comprometedor compartir piso con una mujer. Le doy la razón y eso que no recuerdo lo ocurrido. Continúa reconociendo que, a partir de ahí, tuvimos unas semanas un poco raras porque seguía en el aire el recuerdo de lo que yo había hecho, pero que, tras la boda de Alex y Sussan, la relación volvió al punto ideal en el que estaba meses antes. Me cuenta que el verano pasado cruzamos Estados Unidos de punta a punta en caravana, y que un viaje que para él empezó genial terminó siendo un caos mental que le provocó dudas. Por lo visto, durante el viaje hice y dije cosas que, en otras circunstancias, serían divertidas, pero que, dados los acontecimientos, a él no le sentaron nada bien. Se unió a eso que durante dicho viaje comenzaron mis sueños recurrentes con Matt, a veces positivos y otras pesadillas, pero la mayoría terminaban con crisis de ansiedad en mitad de la noche que el tuvo que aprender a gestionar para ayudarme lo mejor posible.

A la vuelta del viaje, Mike reconoce que ya no era el mismo, aunque nunca me lo dijo. Según él, yo pensaba que, más allá de los sueños con Matt, todo iba sobre ruedas, pero la realidad era que Mike no podía dejar de pensar en lo que yo había hecho con Leo; y también empezaba a saturarse porque el capítulo de Matt no terminaba de cerrarse. Yo todo el tiempo siento como si me estuviera contando el guión de una serie nueva, no me reconozco en ninguna de esas situaciones. Al mismo tiempo, estoy tentado a echarle en cara que no me dijera que las cosas, por su parte, no iban bien, pero no considero estar en una posición lógica en la que me pueda permitir esa clase de reproches. Finaliza contándome lo ocurrido de nuevo con Evan en Halloween y como, desde ese día, dejamos de asistir a fiestas con tanta asiduidad, pero que a la de San Valentín no nos quedó más remedio que asistir porque estábamos viviendo en el ático nuevo de Óscar.

–¿Y lo del accidente? –pregunto.

–Fue esa noche, la de San Valentín.

–Qué romántico –respondo con sarcasmo.

–Mucho, mucho. No pudiste hacerme un regalo mejor –se ríe.

–Cuéntamelo.

–¿En serio quieres recordar eso?

–No voy a recordarlo de todos modos… Es sólo saber qué ocurrió. No me va a traumatizar algo que no puedo rescatar de mi memoria.

–Pues para no estar traumatizado, bien que me hiciste conducir hasta aquí.

–Porque hace tiempo que no lo hago y estaba nervioso, pero no porque ahora le tenga aversión a los coches. El mar en cambio…

–Luego nos damos un baño y así te enfrentas.

–Ya veremos, ya veremos… Venga, dispara.

–Tampoco tiene mucha ciencia. Discutimos en la fiesta de San Valentín porque yo estaba hablando con Evan.

–Normal…

–No empieces.

–Lo siento, pero si hizo lo que hizo en Halloween…

–Vale, sí, tienes razón, pero me dio pena. En fin… El caso es que discutimos, te largaste del ático y fui detrás de ti. Cuando llegamos al cruce reconocí que… –se detiene.

–¿Qué?

Mike suspira y desvía la mirada.

–Dilo, no pasa nada. Quiero sinceridad, no historias edulcoradas que, si llego a recordar, me demuestren que me habéis tratado como si fuera tonto.

–A ver… –coge aire y continúa–. Me sinceré y reconocí que no estaba aseguro de lo nuestro, que no veía del todo posible que fueras a ser fiel siempre y no volvieras a caer.

–Eso también lo veo normal. Si a mí alguien me engaña de esa forma, también me costaría olvidarlo y hacer como si no hubiera ocurrido nada, por mucho que lo haya perdonado.

–¿Eres consciente de que estás hablando de ti mismo?

–Por supuesto. Y no me reconozco. No sé cómo pude hacerte eso, pero entiendo que tú tuvieras o sigas teniendo dudas.

–¿En serio? –me pregunta, sorprendido.

–Mira Mike, seguramente te conté lo que hizo Nathan, ¿verdad?

–Sí, claro.

–A día de hoy yo no le quiero ver el pelo jamás. Sussan dice que llegué a perdonarle pero no volvimos a ser amigos porque mató algo dentro de mí que ningún perdón podría revivir jamás.

–Me estás diciendo que, si fueras yo, terminarías la relación contigo.

Pienso. Me he metido en un berenjenal.

–No exactamente –intento arreglarlo–. Sólo digo que entiendo tu postura, pero no tiene por qué ser tan radical como la mía –sonrío.

–No me gusta hablar del presente cuando tu mente sigue en el pasado, pero no puedo evitar reconocerte que mi postura actual es bastante confusa.

–Piensa que este Ryan no te ha hecho daño. Estoy limpio de pecado,

porque en mi mente no ha ocurrido. Básicamente, me han hecho un borrón y cuenta nueva. Podrías seguir conmigo y enamorarte de este Ryan –sugiero en tono de broma.

–¡Claro! No sabe nada, él. Además, aquí sólo hay uno que no está enamorado del otro y no soy yo.

–¿Sigues enamorado de mí?

–Si no lo estuviera, no estaría aquí. Pero…

–Calla –le pongo la mano en la boca–. Me imagino el resto y no hace falta que lo digas. Lo entiendo. Y sí, tienes razón, pero sólo en parte.

–¿Por qué lo dices?

–Porque sí estoy enamorado… Es sólo que no lo recuerdo.

–Eso es como no estarlo.

–Según se mire. No recuerdo tener veintiún años y, en cambio, los tengo. ¿Por qué iba a ser distinta nuestra relación?

–Porque tener veintiún años es ciencia y estar enamorado no. La cicatriz del golpe que te diste en la cabeza la tienes ahí aunque no recuerdes cómo te la hiciste, pero las heridas que tengo yo en el corazón tienen un culpable y no se curan con amnesia.

–Igual si te dieras un porrazo en la cabeza tú también…

Mike se ríe y me da un cariñoso golpe en el hombro.

–¿Sabes? Realmente es raro…

–Todo esto es muy raro –me responde.

–Sí, sí, pero me refiero a esta situación. Vale, no estoy enamorado de ti, o no recuerdo estarlo, pero me siento cómodo contigo y no me da la sensación de que seas un desconocido. Ya no.

–La mente funciona de formas extrañas.

–Totalmente. Pero no sé… Antes no me pasaba, pero hoy sí. Hablo contigo y no te siento extraño, me resultas familiar. Si te miro en general, veo a un chico guapo que casi acabo de conocer.

–Gracias por el piropo.

–De nada –le respondo y continúo–, pero si te miro a los ojos sin fijarme en todo lo demás, es como si estuviera hablando con mi mejor amigo, como si estuviera teniendo una conversación con Sussan.

Es curioso cómo funcionamos los seres humanos. Cómo hay personas que vemos a diario y nunca dejan de ser desconocidas y, por el contrario, hay ocasiones en las que damos con alguien con el que creamos todo un universo de conexiones en menos de diez minutos. Como si nuestras almas vinieran programas de fábrica para crear esas conexiones con unos y no con otros, como si estuviéramos predestinados a relacionarnos con un tipo determinado de persona y, cada vez que se planta una de ellas ante nuestros ojos, automáticamente se activara algo dentro que nos atrajera hacia ellas. Y no lo digo solamente a nivel amoroso, sino en general. La conexión que he sentido con Mike en tan solo una conversación ni siquiera la tuve con Matt hasta pasados varios días. No sé si es la química de nuestros cuerpos que se

relaciona e interactúa sin que nos demos cuenta porque así tiene que ocurrir, o si es algo más fácilmente explicable relacionado con todas esas vivencias que yo no recuerdo pero que, quizás, mi cuerpo sí. Sea como sea, Mike me parece un chico muy interesante. Me siento en una encrucijada porque una parte de mi quiere enamorarse de él y volver al punto en el que estaba mi vida, mientras que otra parte siente que le debe fidelidad y cierto luto a Matt. La parte viva en mí que no recuerda nada quiere sentirse triste y básicamente actuar como una viuda. La parte muerta que yace en algún lugar de mi cerebro quiere seguir viviendo de forma lógica y re-enamorarse de este chico que, a priori, parece tan fantástico. Y eso me produce una enorme contradicción porque ese mismo chico me ha reconocido que no tiene nada claro que esta relación pueda tener futuro. Me encuentro en un punto en el que tengo que decidir si lo dejo ir o intento que se quede a mi lado, recupere o no la memoria.

° ° °

Esta noche mi padre y yo hemos ido al cine. Alex y Sussan decidieron quedarse porque él estaba cansado del viaje y quería acostarse temprano para recuperar horas de sueño. Mi madre ha dicho que no le gusta la película, pero en el fondo sé que lo ha hecho adrede para que yo pase tiempo a solas con mi padre. Y Mike ha dicho que le dolía la cabeza, pero en privado me ha reconocido que le parecía algo raro venir los tres juntos. Así que por primera vez en mi vida, que yo sepa, vinimos al centro comercial y después de comernos un perrito caliente yo y una ensalada él, fuimos a ver Jurassic World.

Al principio no me parecía la película más oportuna para que la viera alguien con problemas de corazón, pero él ha insistido alegando que cuatro dinosaurios hechos por ordenador y sangre de tetrabrik no le iba a acelerar el pulso. Y así fue. Como si hubiéramos visto Mary Poppins. Ni se inmutó mientras yo sí que pegué algún que otro brinco en el asiento. Incluso la ansiedad se me puso por las nubes en algunos momentos.

A la salida, nos hemos sentado en una terraza a tomar algo y charlar. Ha intentado que recupere la memoria gastándome bromas sobre Nueva York, inventándose situaciones y soltando conceptos al azar a ver si alguno activaba algún tipo de mecanismo en mi interior, pero no hubo suerte. Ahora, camino de casa, parece que las bromas han pasado a un segundo plano.

–¿Tienes miedo? –le pregunto.

–A veces. Otras no. Me habría dado más miedo hace tres años.

–¿Por qué? ¿Qué ha cambiado?

–Yo.

Si hay algo que he aprendido en este tiempo es que los silencios son la forma perfecta de conseguir que la otra persona diga cosas que no se atreve a decir.

–Me habría dado miedo morir sin conocerte –dice finalmente.

–Siempre me has conocido, papá.

–Sabes que no. Realmente te he conocido en los últimos tres años, aunque irónicamente haya sido cuando más distanciados hemos estado, físicamente.

–Nunca hemos estado muy unidos…

–Pero cuando que murió tu amigo Matt algo despertó dentro de mí. Nunca he tenido problema con que quieras compartir tu vida con chicos, de hecho era algo que ya intuía, viendo tu colección de discos y la ausencia de novias en un chico guapo y deportista como tú.

Me río, en parte avergonzado. No consigo dejar de avergonzarme cuando hablo con mis padres de este tema, aunque para mí sea algo normal. Es como si una parte de mí todavía creyera que está haciendo algo malo.

–Pero cuando pasó la desgracia –continúa–, como te dije en su día, pensé que podrías haber sido tú. Y me di cuenta de que hay cosas en la vida que carecen de importancia siempre que estemos vivos. Y, en tú caso, me importaba una mierda, con perdón, si te acostabas con chicos o con chicas; sólo me importaba tenerte, que estuvieras vivo.

Vuelvo a quedarme en silencio. No sé qué responder porque mi padre siempre me ha impuesto mucho respeto, demasiado quizás, y más del que él mismo ha pretendido que le tenga.

–Entonces, lo único que quería era estar orgulloso de ti, que te convirtieras en un hombre de provecho, decente, con los valores bien altos y los pies en la tierra.

–Eso intento, aunque mucho me temo que he hecho cosas de las que no estarías orgulloso.

–Pero cada vez que ha ocurrido algo así lo has arreglado y has hecho que el error sea diez veces menor que la solución. Un cobarde no habría hecho lo que tú hiciste para recuperar a Mike. Y ya no sólo en el amor, en toda tu vida, Ryan. Has sido valiente en cada paso, has seguido tu instinto. Te fuiste a vivir a Nueva York persiguiendo lo que realmente te hacía feliz. Eso es ser un hombre de provecho, no cometer errores.

–Y ya ves de lo que me ha servido… De vuelta a la playa, desmemoriado y a saber qué ocurrirá con las clases. No recuerdo absolutamente nada de todo lo que he estudiado en Nueva York, papá. Nada.

Según salen las palabras de mi boca, soy consciente de ellas y me dan ganas de llorar. En todo este tiempo no había reparado en eso porque mi mente sigue en el pasado, pero lo cierto es que, si mi memoria no vuelve, habré perdido dos años de mi vida, esfuerzo, trabajo, sudor y mucho dinero.

–¡Pues vuelves a empezar!

–Ya, claro. ¡Qué fácil! –ironizo–. Como nos sobra el dinero…

–Me da igual. Prefiero pagar el doble y que termines tus estudios a haber pagado la mitad y que no haya servido para nada.

–Bueno, no me hables de eso, que no lo había pensado y se me va a fastidiar la semana. Prefiero que me sigas diciendo lo grande que soy –bromeo. Él se ríe.

–No eres grande, te falta para llegar a serlo. Pero vas por buen camino. Y,

como te decía antes, me habría dado miedo si esto me hubiera ocurrido en aquel momento.

–Entiendo.

–Pero ahora que tenemos buena relación, que sé que sabes que te quiero, que estoy orgulloso de ti, que incluso he llegado a querer a Mike… Ahora no me da miedo, porque me iría en paz.

–Pues yo sí tengo miedo. No quiero que te pase nada. Necesito que vivas para siempre y seas inmortal.

–Ninguno lo somos. Una vez, allí en Nueva York, creo que en la boda de Sussan, me dijiste que la vida hay que vivirla aquí y ahora, porque nunca se sabe. Y es extraño que un hijo de lecciones a un padre, pero así fue. Desde entonces he vivido el último año como tú me aconsejaste sin darte cuenta. Por eso fui a tu fiesta de cumpleaños aunque ya sabía que algo no iba bien, no se lo digas a tu madre.

–No debiste haber ido. Quizás ahora…

–Quizás ahora nada. Esto viene de lejos, de la vida que he llevado. Y es el precio que me toca pagar ahora. Y no me arrepiento de nada porque esa vida me ha llevado a conocer a tu madre y a que existas tú. Y si morir tan pronto es el precio que tengo que pagar por haber recuperado a mi hijo, estoy listo para irme.

Me muerdo el labio inferior y aguanto la respiración para contener el llanto.

–Me duele no recordar mi historia con Mike, pero me duele incluso más no recordar todo esto que me cuentas, esa relación mejorada y auténtica entre ambos –me sincero.

–No hace falta que lo recuerdes. ¿No nos ves? Piénsalo, Ryan. En tu mente que sigue en el pasado, ¿estaríamos teniendo esta conversación?

–No lo creo.

–Pues la estamos teniendo, hijo. De algún modo tú también has cambiado y actúas como realmente eres, aunque no lo recuerdes.

–Puede ser. Antes con Mike me ha ocurrido algo parecido. Creía estar hablando con un extraño, pero mi corazón me decía algo distinto.

–La mente es poderosa, Ryan, pero el corazón puede más. Y espero que sea más tarde que pronto, pero algún día no estaré y quiero que me prometas que vas a seguir viviendo en base a lo que te dicta el corazón y no los juicios que te nublan la razón.

–No digas eso, tú siempre vas a estar –le digo, empezando a emocionarme de nuevo.

La importancia de estar, otra vez. Estar. De una forma o de otra, pero estar.

–Prométemelo –insiste.

–Te lo prometo si tú me prometes que vas a hacer lo posible para que ese corazón tuyo no nos de más sustos.

–Hay cosas que no se pueden prometer, hijo. Pero sí puedo prometerte

algo, y es que, pase lo que pase, siempre estaré orgulloso de que estés en este mundo, cambiando la vida de mucha gente, y prometo quererte siempre, incluso cuando cometas errores o me hagas daño; porque, como dije antes, sé que encontrarás una solución diez veces más grande.

–Esto suena a despedida –le digo sin poder contener más las lágrimas.

–¡No seas tonto, anda! Dame un abrazo. Que de momento no me pienso morir.

Me abrazo a mi padre como hacía tiempo que no recordaba. Quizás no es la primera en este tiempo, pero ahora mismo para mí lo es. Me abrazo fuerte, sin soltarme, como si se lo fueran a llevar lejos. Y me siento extraño por la novedad de la situación, porque no acostumbro a mostrarle afecto a mi padre, porque nuestras formas de demostrarnos el cariño siempre han sido a distancia y con el contacto físico justo, porque soy realista y sé que pronto se irá ya que su situación no tiene solución viable según los médicos, porque le quiero y no entiendo por qué me cuesta tanto decírselo. Y entonces me acuerdo de Matt, de cómo se fue sin que pudiera decírselo.

–Te quiero, papá.

# 34
# FUGAZ

Esta semana en la playa ha sido bastante intensa. Siete días dan para mucho cuando sabes aprovecharlos bien, y dan para mucho más si los has pasado rodeado de tu familia, la impuesta y la elegida, aprovechando cada instante y dándole a cada día el valor que se merece. Mi memoria parece que quiere volver pero no termina de conseguirlo. He recordado algunos detalles, como visualizarme en el Starbucks de Norwalk cuando Sussan descubrió que estaba embarazada o imágenes y flashes de Nueva York que estoy seguro de que no son recuerdos de películas sino de haberlos vivido. Han sido cosas sutiles que me animan a pensar que este estado en el que me encuentro es transitorio y terminaré recuperándome del todo. Irónicamente, sigo sin recordar absolutamente nada que tenga que ver con Mike. Es como si mi propio cerebro estuviera bloqueando recuerdos que sabe que van a hacerme daño o que van a hacérnoslo a ambos.

Hablando de daño… Esta mañana necesitaba estar solo, así que cogí una toalla, el iPod y me fui a coger sol a la playa. No sin antes prácticamente bañarme en crema solar, porque después de cinco meses bajo techo sin ver la luz natural, tengo la piel bastante sensible. Deambulé por la playa alejándome de casa, buscando un lugar apartado, no sólo de las personas con las que estoy pasando estos días, sino de la gente en general. Tarea difícil en pleno agosto. Después de un rato, encontré un lugar perfecto, cinco minutos más allá de la caseta del socorrista. Extendí mi toalla, me quité la camiseta, le di al *play* y traté de desconectar del mundo. Poco duró mi gozo, pues al momento aparecieron cuatro señoras mayores y se colocaron a un par de metros de distancia. Porque cuanto más grande es la playa, más arrejuntadas les gusta estar a ellas. Señoras como las que tengo grabadas en mi mente de aquel primer día de verano que tan cercano recuerdo y tan lejano se ubica en verdad, con sus grandes bolsos, sus bañadores estampados, sus pamelas de paja, sus pareos y sus marcas de crema por todo el cuerpo –aunque en eso yo iba a juego con ellas–. Pausé la música y escuché como hablaban de una tal Grace, que ya no era la misma de antes desde que se quedó viuda, que apenas le había guardado el luto a su marido y ya se iba todas las noches al bingo a dejarse la pensión y a flirtear con otros señores, que eso era porque se había juntado con Arnetta y la estaba llevando por el mal camino, a su edad, y que no la habían invitado a venir a la playa porque no podrían cotillear a gusto sin miedo a que luego se lo contara todo a su nueva amiga. Entonces pensé en Sussan y en nuestras conversaciones en el Starbucks de Norwalk, en cómo nosotros hacíamos exactamente lo mismo cuando nos pasábamos las tardes criticando a gente anónima y desconocida desde el otro lado del cristal, y me di cuenta de que ser una de esas señoras era el futuro que nos esperaba cuando fuéramos dos viejas arrugadas.

Durante mis desvaríos varios, terminé incorporándome porque el sol me estaba haciendo más mal que bien en la cara. Ya sentado, me fijé en un chico

que corría por la playa, a los lejos. Atlético, alto, aparentemente guapo. Fue el primer momento desde que desperté en el hospital en el que he llegado a permitirme el lujo de tener cierta fantasía inofensiva con alguien. Para cuando quise ser consciente de que mi vida se debate entre el luto de un novio fallecido y el olvido de un novio vivo, el chico en cuestión ya se había dado cuenta de que le estaba mirando y apartar la vista no fue suficiente. Se detuvo y se acercó hasta donde yo estaba. Comencé a ponerme muy nervioso.

–Te conozco, ¿verdad? –me preguntó cuando llegó hasta mí.

Puse cara de sorpresa. Me esperaba otra cosa, un reproche por mirarle o algún comentario lleno de ego y testosterona.

–No lo sé. No te recuerdo –no quise darle explicaciones a un desconocido–. ¿Debería?

–Si eres quien yo creo, quizás sí.

–¿Y quién crees que soy?

–Eres el amigo de Matt, ¿verdad?

Oír su nombre fue como un jarro de agua fría en mitad del invierno. No me apetecía nada tener que contarle nada de lo ocurrido a ese chico.

–Lo soy, sí.

–Siento lo que le pasó.

–¿Lo sabes?

–Claro. Todo el pueblo lo sabe. Aunque ha pasado bastante tiempo. Él era mi amigo también.

–Nunca me habló de ti

–No hacía falta. Me conociste en la playa.

–¿En la playa?

Comencé a creer que los huecos que tengo en la memoria empezaban antes de lo que creía.

–De verdad que lo siento, fui yo el que te partió el labio.

Ah, no. De eso sí que me acuerdo. Cómo para olvidarlo. Gilipollas.

–Ya me acuerdo –le dije–. Y la verdad es que ahora que sé quién eres no me apetece seguir hablando contigo.

–Te acabo de decir que lo siento. Fui un niñato.

–En serio… –no recordaba su nombre, ni me interesaba–. Me da igual. Sé la clase de persona que eres y lo que piensas. Disculpas aceptadas, pero ahora puedes irte.

–No tienes ni idea. He cambiado. No tendría por qué darte explicaciones, pero te las daré para que veas que mis disculpas son sinceras.

–Como quieras…

–Yo también soy gay –reconoció.

Eso sí que no me lo esperaba. Fui a ese lado apartado de la playa buscando paz y desconectar y acabé dándome de bruces con el pasado de nuevo, un pasado cargado de novedades. El chico se sentó a mi lado en la arena.

–Estaba pasando por un mal momento. No quería aceptarme, pensaba que era algo de lo que podía huir si me enfrentaba a ello y actuaba como hice;

pero me equivoqué. Cuando supe que Matt había muerto, algo cambió. Me di cuenta de que no podía vivir toda la vida huyendo de lo que era. Todavía no lo sabe mucha gente, sólo mi familia y algunos amigos de la universidad, pero ya me acepto como soy. Y créeme cuando te digo que me he acordado de aquella pelea muchas veces, preguntándome qué habría sido de ti, queriendo pedirte perdón por cómo me comporté. Más aun sabiendo que, después de lo ocurrido, Matt murió. Me sentí como una mierda, pero eso me ayudó a convertirme en una persona mejor.

–La verdad es que no me esperaba que me dijeras esto. Aunque te mentiría si te dijera que no lo sospeché en su momento. Normalmente la gente que hace lo que tú hiciste o que dice las cosas que tú dijiste suelen proyectar hacia los demás el odio que se tienen a sí mismos; así que se me pasó por la cabeza que pudieras ser gay, pero no le dije nada a Matt porque no quería que se lo contara a alguien y volvieras para partirme el otro lado del labio –bromeé.

–No lo habría hecho –se rio–. Bueno, tal vez sí. Fui muy estúpido y de verdad que te pido perdón. ¿Un abrazo?

Dejé caer mi cuerpo hacia el suyo en señal de rendición. Me abrazó, se disculpó una vez más y empezó a desviar la conversación en lo que juraría que era un intento de ligar conmigo; así que aproveché la mínima oportunidad para cerrarle todas las puertas.

–Tengo que irme –le dije mientras me levantaba–. Mi novio me está esperando para ir a almorzar.

–¿Tienes novio? –preguntó desconcertado–. ¡Vaya! Yo que pensaba invitarte a tomar algo.

–Tendrás que apuntar tus flechas hacia otra diana, amigo.

Se hecho a reír, aceptando su derrota y yo volví a perdonarle por lo que me hizo en su día. Nos dimos otro abrazo y nos despedimos, sin tan siquiera saber nuestros nombres. Mientras volvía a casa, pensé en cuán curiosa es la vida, en cómo vivimos situaciones atípicas en los momentos que más nos sorprenden, y comprobé, una vez más, que mientras estemos en este mundo nunca será tarde para hacer aquello que deseamos, ya sea un proyecto, un viaje, decir un «te quiero» a alguien o, como en este caso, pedir disculpas por algo que ocurrió hace tres años.

Después de comer he tenido una conversación con Sussan que, honestamente, me ha dejado bastante frío. No por el contenido en sí mismo, sino por lo que significa el hecho de que tanto ella como Alex conozcan esa clase de información. Ayer Mike fue con ellos y el pequeño David de compras al centro comercial, mientras mis padres y yo aprovechábamos para ir a la playa –aunque yo sigo sin meterme en el agua–. Entre tiendas, cafés, tarjetas de crédito y pruebas de ropa, Sussan sacó el tema para conocer un poco los pensamientos actuales de Mike con respecto a todo lo que está pasando. Aparte de sentirse abrumado con la situación y de, muchas veces, encontrarse en tesituras incómodas debido a mi desconocimiento de quién es él, también les comentó que, realmente, lleva bastantes meses con dudas respecto a lo

nuestro. Es más o menos la misma conversación que tuve con él bajo la caseta del socorrista, pero elevada hasta el punto en el que no tiene claro si sigue o no enamorado de mí –cuando a mí me dijo que sí–. Según Mike, no es algo reciente, es algo que le ha estado pasando desde hace casi un año y se lo ha estado callando porque quería olvidarse del tema, volver a sentir la chispa, superar la crisis y continuar nuestra historia. Pero lo cierto, según él, es que después de tantos meses y tras los acontecimientos inesperados que han ido ocurriendo, cada vez le quedan menos fuerzas para luchar y, al mismo tiempo, siente menos interés en intentarlo.

Sussan le ha dicho que las relaciones no son un cuento de hadas, que las cosas no son perfectas, que la felicidad no es algo que brille cada día y que siempre van a haber discusiones y dificultades que tendrán que ser solventadas; que el mundo feliz de las películas es una historia incompleta y que no debería huir de los problemas cada vez que se presenta alguno. Mike, con razón, se ha enfadado porque no considera que esté huyendo, sino todo lo contrario, que lleva demasiado tiempo luchando sin conseguir ganar ninguna batalla. Ese comentario en concreto me ha hecho gracia cuando me lo han contado, porque si ve nuestra relación como una guerra, mal empezamos, o terminamos.

Por otro lado, él también lo ha estado pasando mal, tanto en Nueva York, como en Norwalk y aquí, y a nadie parece importarle. No quiere parecer celoso o caprichoso, pero se queja de que toda la atención la recibo yo por lo que me ha ocurrido y nadie se ha parado a preguntarse cómo se siente él –yo sí–, cómo le está afectando esta situación, si le sobrepasa, etc. Personalmente, yo le entiendo, aunque también estoy de acuerdo con Sussan cuando le ha dicho que no es un bebé y que, si necesita atención o apoyo, lo pida, en vez de ir de fuerte aparentando ser algo que no es. Creo que mi peculiar situación ha descontrolado las vidas de todos los que me rodean y, lamentablemente, Mike es el único que se ha quedado solo a la deriva sin un ancla a la que sujetarse; porque su ancla soy yo y en estos momentos no sé cómo funcionar como tal.

La cuestión es que siento miedo porque, como decía antes, si Mike ha llegado al punto de sincerarse de esa forma con ellos, significa que su postura a día de hoy es más cercana a la ruptura que a la reconciliación.

La verdad es que no sé qué pensar, porque no recuerdo haber tenido una relación con él, por lo tanto no me duele que quiera rendirse y tirar por la borda lo que hayamos construido en estos años. Pero sí me molesta el hecho de que no quiera o no pueda continuar, porque este Ryan, el amnésico, el que vive pululando entre 2012 y 2015, está empezando a sentir cosas por él. Y, pese a que es mi novio y llevamos juntos más de dos años, la sensación es como la de un primer enamoramiento no correspondido en el que uno queda eclipsado por una persona mientras que ella no tiene la capacidad de responderle del mismo modo y sigue su camino, dejando atrás un corazón roto e ilusiones hechas pedazos. En mi caso, tanto el Ryan actual como el Ryan que debería ser, quieren continuar con Mike, por lo que la pena es doble.

° ° °

Volviendo al presente, una vez más son las fiestas de St. Dean y hemos decidido salir los cuatro a disfrutar un poco mientras "los abuelos" cuidan a David. Hemos venido a la verbena y todo el ambiente en general me produce un *déjà vu* constante. Mire a donde mire, veo a Matt como si hubiera ocurrido hace uno o dos meses. Realmente, no estoy nada cómodo; me siento muy vulnerable esta noche, la música me chirría en los oídos, la gente me agobia y los recuerdos me saturan la mente de forma que no puedo ni siquiera distraerme un poco. Mike, en cambio, tal y como hizo Matt en su día, está divirtiéndose como un niño pequeño con los puestos de tiro, la tómbola, los perritos calientes, las atracciones… Quiere ver, probar, tocar, comer y montar todo lo que le entra por los ojos. Sinceramente, es la primera vez desde que desperté del coma que lo he visto sonreír de verdad, así que he decidido guardarme mi malestar y hacer de tripas corazón para que, al menos por una noche, él pueda sentir que por fin alguien piensa en él y en su bienestar.

Caminando junto a los coches de choque, veo a lo lejos una cara que me resulta familiar. Una mujer. Me acerco un poco para poder distinguirla mejor y no consigo recordar quién es. Alentado por la posibilidad –y casualidad– de que sea alguien de mi vida en Nueva York, cojo a Mike del brazo y lo acerco hasta mí.

–¿Ves esa mujer?

–¿Cuál? –pregunta sonriendo, algo más contento de lo normal por las copas que se ha tomado. Otra vez el *déjà vu*.

–Aquella, la de la chaqueta tejana y la falda floreada.

–La veo, la veo. ¡Qué hortera! –se ríe.

–No es eso. ¿La conozco de algo? ¿La conocemos?

–Tú no sé. Yo desde luego no la había visto en mi vida.

Me acerco caminando disimuladamente para pasar a su lado y así poder verla de cerca y salir de dudas. Según la tengo casi de frente, gira la cabeza y me ve. Abre los ojos sorprendida, deja de hablar con la persona que la acompaña y se para en mitad de mi camino.

–Eres el chico del bar.

–¿Qué chico? ¿Qué bar?

–Sí, eres tú. Tienes el pelo más largo pero no te ha cambiado apenas la cara.

–Creo haberte visto antes en otro sitio, pero no te ubico. ¿Quién eres?

–¿No me conoces?

–No estoy seguro –no quiero darle explicaciones.

–Hace años de eso, pero nunca olvido una cara. Y menos la tuya. ¡En St. Lucas!

Intento hacer memoria pero no hay forma. Por lo menos sé que no tiene nada que ver con los años que se han borrado de mi mente, sino mala memoria en general.

–Sé que te conozco de algo, pero no me viene el recuerdo.

–Nos conocimos en Lighthouse –me responde–. Os invite a algunas copas a ti y a tu amigo, el chico rubio.

–¡Joana! –exclamo–. ¡Ahora me acuerdo! También nos leíste las manos.

–Lo recuerdo. Como te dije, yo no me olvido fácilmente de según qué personas.

–Hoy te veo más… –no se cómo decir que la veo menos demacrada y más sobria sin ofender sus sentimientos–, menos…

–Menos loca, ¿no? –se ríe.

–Bueno…

–Ha pasado tiempo. Conocí a alguien que me abrió los ojos y me hizo ver la clase de persona que era y lo que podía ser si cambiaba. Y aquí estoy, aceptando los cuarenta y dos años que tengo y dejando atrás esas noches locas en las que me creía una adolescente.

–Me alegro mucho por ti. La verdad es que aquella noche fue rara…

–¿Por qué?

–Todas las cosas que predijiste… Lo creas o no, se han ido cumpliendo.

–Sinceramente, no recuerdo qué te dije pero si recuerdo lo que no le dije a tu amigo y espero enormemente haberme equivocado.

–¿Qué fue lo que no le dijiste? Te callaste y desapareciste mientras le leías la mano.

–No quiero molestarte. Es mejor que lo dejemos. Seguramente fui yo que estaba muy borracha.

–Por favor, dímelo. No pasa nada. Aunque sea una tontería.

–No era una tontería. Básicamente lo que vi en la mano de tu amigo fue la oscuridad. Me asusté, nunca antes la había visto en la mano de nadie.

–La oscuridad… –me estremezco.

–Sí… Pero, ya te digo, no me hagas caso. Cuéntame, ¿has venido con él? Me gustaría saludarle.

–Matt murió.

La cara de Joana cambia de festiva a traumatizada en un segundo.

–Me estás vacilando. No me gustan esas bromas. Las personas como yo no bromeamos con eso.

–Ojalá fuera una broma, pero es así. La oscuridad que viste en su mano era real.

–¡Ay, no me digas eso! –se angustia–. ¡Ay, si os lo hubiera dicho! Igual…

–No, por favor, no pienses eso. No habría cambiado nada. No te molestes, pero nos habríamos reído de ti.

–Como todos.

–Las cosas que dijiste de mí no cuadraban, porque no tengo hermanas, ni iba a estudiar Publicidad y ya había encontrado el amor antes de que dijeras nada. Pero resulta que todo se ha cumplido. Aún no soy un gran publicista, pero sí que lo he estado estudiando; mi mejor amiga, Sussan, que es como mi hermana, aquella pelirroja de allí –la señalo–, tuvo un hijo y el chico que está a su lado, el moreno, no el rubio, se supone que es el amor de mi vida y lo

conocí ese año.

–¿Se supone?

–Bueno, eso no lo viste en mi mano, pero tuve un accidente y perdí la memoria de los últimos años. No le recuerdo.

–¡Ay, por favor! Mi niño, ojalá supiera como hacer que tu memoria vuelva, pero por desgracia yo sólo sé leer detalles del futuro en las manos. No llego más allá.

–No te preocupes, así son las cosas. No todo sale como esperamos.

–Cierto es, querido. Cuando queremos que llueva hace sol y cuando necesitamos un gran día de pronto se pone a nevar. La vida es así de imprevisible.

Mientras escucho a Joana, levanto la vista y veo las luces de colores de la noria parpadeando y girando. Sin darme cuenta, me viene a la mente la imagen de Matt, aferrado a mi brazo por su miedo a las alturas, y el recuerdo de sus labios acercándose a mí, mientras el corazón latía lento y acelerado al mismo tiempo. Pienso en el beso, aquel beso y en cómo sentí en mi pecho fuegos artificiales que explotaban sin cesar, mientras la nieve caía sobre ambos y nos fundíamos en un abrazo, de esos que calan hondo. Y entonces caigo en la cuenta de que ese no era Matt, era Mike. Sí, era él. En el banco, rodeados de nieve, rompiendo mis barreras y dejando que atravesara mi corazón, sintiendo cómo volvía a latir de nuevo y saltaban chispas entre ambos. ¡Era Mike! ¡He recordado a Mike!

–¡Lo siento! –le digo a Joana– ¡Tengo que irme!

–¡Ve! ¡Corre! –me dice, como si hubiera adivinado mi pensamiento–. ¡Y nunca dejes que se apague tu luz! –me grita a mi espalda.

Corro hacia donde están Mike, Alex y Sussan.

–¡Mike! –grito–. ¡Mike!

No me escucha con tanta música y alboroto.

–¡Mike! –vuelvo a gritar cuando estoy más cerca.

Me mira y no estoy seguro de si está sorprendido o asustado.

–¡Mike! –sigo gritando–. Mike –repito al llegar hasta él– ¡Me acuerdo! ¡Lo recuerdo!

–¿Cómo? ¿El qué?

–Tú, yo, el banco, la nieve…

–¿Qué ha ocurrido? ¿Cómo…

Antes de que pueda terminar la frase, le doy un beso en los labios y vuelven a estar ahí los fuegos artificiales. Lo abrazo a la altura de la cintura y sigo besándole, sin importarme la gente que hay alrededor, ni lo que puedan pensar, sin darle prioridad a nada ni nadie más que a él, mi Mike. Me separo para mirarle a los ojos y, emocionado, vuelvo a besarle.

–¡Me acuerdo! ¡Me acuerdo! –le vuelvo a repetir.

–¿Has recuperado la memoria? –pregunta exaltado.

–No –me resigno–. Sigo sin acordarme del resto. Pero me acuerdo de ti, de cómo nos conocimos, de Eastmond, de tus lágrimas aquella noche cuando

salimos de fiesta, de tus intentos por conquistarme y del beso. Oh… El beso. ¿Te acuerdas? Bajo la nieve.

–Claro que me acuerdo.

Me abraza. Y yo siento como si con eso fuera suficiente. Haber recuperado a Mike, en lo que a la memoria se refiere, lo cambia todo. Al menos para mí. ¿Cómo he podido pensar y sentir que era un desconocido? Pero si es Mike, mi Mike. ¡Qué guapo está! ¡Qué adulto! Es como si me hubieran teletransportado desde aquel instante bajo la nieve hasta este lugar dos años y medio después. Lo reconozco, lo recuerdo, le siento, pero mi historia con él sigue perdida. Estoy tan emocionado que creo que empiezo a hiperventilar.

–Vámonos de aquí –le pido a gritos, embriagado por la situación.

–Nosotros nos quedamos –me dice Sussan mientras me abraza–. Sigue así, ¡ya casi lo tienes! Lo vas a recordar todo, te lo digo yo, que la pelirroja nunca falla.

–Nos vemos mañana, ¿vale? –me despido–. No volváis tarde que por la mañana mis padres quieren irse pronto.

–Descuida, cariño.

–¿Vamos a dar un paseo? –le pregunto a Mike.

–Vamos, vamos –me responde en un tono bastante neutral.

Caminando por la orilla del mar, con el calzado en la mano, regresamos camino a casa. Una estampa que varias veces viví con Matt, pero que ahora adquiere un nuevo significado. Ya no lo recuerdo con tristeza sino con ternura y los sentimientos son totalmente distintos. No sé si lo que he llegado a sentir por Mike en estos años fue tan grande como lo que sentí por Matt, pero si se parece a esto que siento ahora, desde luego puedo decir que el amor de mi vida es Mike. Tan sólo recuerdo tres meses de mi vida con él, durante los cuales sólo éramos amigos hasta que por fin yo me despojé de la armadura y dejé que me conquistara; pero son suficientes para saber todo lo que sentía por él prácticamente desde el primer día y me negaba a mí mismo, constantemente, huyendo del amor.

Pero también siento pena, creo que el sentimiento no es mutuo. Yo estoy pletórico y Mike anda bastante cohibido, con palabras demasiado correctas y sin dejarse llevar. Pensé que le alegraría que me acuerde de él, pero parece que lo que necesita es que yo recuerde todo para así poder tratarme como realmente siente. No lo sé. Quiero cogerle de la mano y vivir este momento de nuevo, volver a sentir el enamoramiento, las primeras citas, la timidez de las primeras semanas, los primeros besos, las primeras caricias, incluso quiero volver a hacerle el amor por primera vez; pero ahora siento como si la historia se repitiera a la inversa. Yo quiero darle todo lo que tengo dentro y que he empezado a sentir de golpe y él ha activado escudos y elevado las barreras. Cauteloso, con pies de plomo.

–Pensé que te alegrarías un poco más –le reprocho inocentemente.

–Me alegro mucho, Ryan. Es sólo que… ¿Cómo decirlo? No es suficiente.

–Poco a poco…

–Lo sé, en un mes has pasado de no acordarte de nada a recordar hasta que nos dimos el primer beso. Es un paso, lo reconozco.

–¿Entonces?

–Pues que ese momento fue maravilloso y lo recuerdo con más aprecio del que demuestro, pero no deja de ser eso, el primer momento. Tras ese han ocurrido más cosas que me impiden dejarme llevar por la euforia de la que ahora estás lleno.

–Sé que tienes muchas dudas… sobre lo nuestro. Sé que no estás enamorado.

–Sí lo estoy.

–Le has dicho a mi mejor amiga la verdad, ¿creías que no me iba a enterar?

–Bueno… Lo que le dije fue que no estoy seguro. Han pasado demasiadas cosas.

–A mí me parece evidente que no lo estás. Y si lo estás, el daño que tienes es tan grande que pesa más.

–Puede ser, pero aún así no lo sé. No sé qué siento.

–Si estuvieras enamorado de mí, te habrías emocionado al ver que por fin te recuerdo. Pero, sinceramente, me da la sensación de que lo único que deseas es que recupere la memoria por completo para así poder dejarme, sin remordimientos.

–No digas eso, Ryan.

–Es lo que me transmites. Y créeme cuando te digo que no te culpo. No me hace feliz, pero te entiendo.

–Ryan, te repito que no sé lo que quiero. Necesito que recuperes la memoria porque tengo que hablar las cosas con alguien objetivo que sabe lo que ha pasado, no con una persona con una serie de recuerdos subjetivos que nada tienen que ver con la realidad actual.

–Eres un poco duro conmigo.

–No es mi intención. Solo quiero que entiendas que igual que tus sentimientos actuales hacia la muerte de Matt no son los que deberías tener porque, realmente, lo tienes más asumido pero no lo recuerdas, también entiende que los sentimientos que tenemos mutuamente no son los de esa noche bajo la nieve, son distintos, son más maduros, han evolucionado… Lo que sientes ahora no es real.

–No será real, pero es lo único que tengo. Y a mí me basta.

–Para mí no es suficiente.

–Eso es evidente.

La verdad es que no sé qué más decir. Delante de mi casa, me siento en la arena mirando hacia el mar, un mar en el que me metería ahora mismo con tal de demostrarle a Mike que me importa y que da igual si lo que siento pertenece al pasado o al futuro, lo siento y puedo retomar la relación desde ahí. Mike se sienta a mi lado y me coge de la mano, pero no de forma

romántica; esas cosas se notan, falta la magia.

–Ojalá pudiera hacer algo para demostrarte todo lo que sería capaz de hacer por ti.

En ese momento una estrella fugaz atraviesa el cielo desde una punta de la playa hasta la otra y nos quedamos mirando hacia arriba. Pido un deseo.

–Mira, me dijiste que no podía bajar una estrella del cielo… Ahí la tienes.

Mike permanece en silencio y yo continúo mirando al horizonte, con ganas de echarme a llorar, con una confusión enorme en mi interior debido a toda la mezcla de sensaciones que he vivido en la última hora.

–¿Qué has dicho? –me pregunta.

–Que ahí tienes tu estrella. Si te prometí el cielo es porque porque podía cumplirlo.

–Ryan…

Espera. Esa promesa… Miro a Mike, extrañado. Él sonríe.

–¡Ryan!

Bajar una estrella, prometer el cielo, las pesadillas con Matt, el apartamento de Brooklyn, las noches de fiesta, Halloween en casa de Óscar, las tres brujas, Leo, Evan, el museo de cera, el nacimiento de David, la escuela, el Año Nuevo en Times Square, la fiesta de Navidad, los mensajes en mi mochila, el viaje por Estados Unidos, el juego de la botella, el diario de Matt, el cementerio, mi fiesta de cumpleaños, mi padre orgulloso, el ático de Óscar, la fiesta de San Valentín, la discusión, Mike gritando, ¡el Starbucks!, ¡las luces!… El accidente.

–Lo recuerdo… –digo casi susurrando–. Lo recuerdo todo.

–Ryan, yo…

–No. No digas nada –me derrumbo–. Ya lo has dicho todo.

–De verdad que…

–No… –le interrumpo negando con la cabeza–. Te prometí que lo superaríamos y tú lo olvidarías. Y la única forma de que olvides lo que ocurrió es lo que llevas todas esta semana intentando decirme –me seco las lágrimas con la camiseta.

–No podía decírtelo, no antes. Ni siquiera puedo ahora.

–No hace falta que digas nada. Las cosas están bastante claras.

–Ryan… No es para siempre. Es solo que necesito tiempo.

–Tiempo. Típico. No necesitas tiempo, Mike. Necesitas confianza en la otra persona y tú no confías en mí.

–No lo digas así, por favor.

–Da igual cómo lo diga, el resultado es el mismo. Se acabó.

–Así, ¿sin más?

–Llevas una semana rompiendo conmigo, ha sido la ruptura más larga de la historia. No sé cuánto más ibas a aguantar, pero gracias por no abandonarme en un momento tan delicado y crucial.

–Te quiero, Ryan, y jamás habría hecho eso. Tú siempre estás por delante. Como te dije, mi prioridad en esta semana eras tú. Y así ha sido.

–Hasta ahora, que ya recuerdo quién soy, lo que soy, lo que he hecho y lo que merezco.

–Ahora mi prioridad soy yo. Necesito pasar página, dejar de vivir por y para ti, dejar de pensar todo el día en lo que hiciste o las cosas que no recordabas.

–Yo también te quiero Mike y no quiero que esto sea así. Pero está claro que tenías la decisión tomada desde que llegamos a la playa y sólo estabas esperando a que ocurriera el milagro. Pues al final han ocurrido dos: yo he recuperado la memoria y he perdido un amor que parecía imposible de romper.

–No me hagas sentir peor de lo que me siento, por favor.

–No es mi intención. Pero esto está sucediendo porque tú has querido. Yo a la estrella fugaz le pedí que te quedaras a mi lado aunque nunca recuperara la memoria.

–Yo el deseo que pedí fue que seas feliz.

–Ese deseo ya se cumplió el día que te conocí.

Vuelvo a llorar. Últimamente no gano para pañuelos.

–¿Me das un abrazo?

–Te daría un beso –le respondo.

–Mejor sólo un abrazo. Pero que sea bueno.

Me inclino sobre Mike y le rodeo con mis brazos. Él me pasa los suyos por la espalda y me acaricia las costillas. Sé que este será el último, que todo termina aquí, que las cosas no podían ser tan perfectas como cabría esperar. Pero no pasa nada. No sé si me lo merezco, pero sí es algo que he provocado yo, directa e indirectamente. No puedo pedirle a Mike que renuncie a su vida, a ser él mismo, sólo por mi, por seguir aguantando, por seguir esperando a que cambien las cosas. Nunca he sido egoísta y no voy a empezar a serlo ahora.

° ° °

Nuevamente, sentado en las escaleras del porche, miro hacia el horizonte mientras una pequeña brisa seca lentamente las lágrimas de mis mejillas. Al fondo, casi donde no alcanza la vista, distingo cómo entre la oscuridad de la noche el cielo comienza a tornarse azulado, luego anaranjado. En mi iPod suena 'Battlefield' de Lea Michele, aunque esta vez he sido yo el que la ha elegido a conciencia. Nunca antes una canción había definido tan bien mi vida. «*Tú y yo tenemos que dejarnos marchar; seguimos aguantando pero ambos sabemos que lo que parecía una buena idea se ha convertido en un campo de batalla*». Tanto Mike como yo hemos llegado a definir nuestra relación como una guerra o batalla en algún punto de los últimos meses.

Nunca pensé que algo así pudiera ocurrirle a alguien como yo, pensaba que le conocía bien, que sabía leer entre líneas, pero está claro que, en el fondo, nunca llegué a saber leer su mirada al cien por cien. Las personas somos tan complejas que es imposible llegar a conocer a alguien por completo. Hay cosas que se escapan de nuestro control. Mike está en la

habitación, haciendo la maleta para irse en tren porque no quiere sentirse incómodo en el trayecto de vuelta con mis padres en el coche. Yo he sumado los recuerdos que han vuelto a todo lo que ha ocurrido en estas semanas y mi única opción es resignarme. Esta vez no hay intentos que valgan, ni planes que vayan a cambiar lo que hice.

Amanece en St. Dean y pienso en Matt, cumpliendo la promesa que una vez le hice, que mis amaneceres serían siempre suyos. Una promesa que he cumplido hoy por primera vez, tres años después de haberla hecho. Miro al mar y soy consciente de que la historia se repite. Esta playa, este lugar, este rincón del universo vuelve a arrebatarme algo que creía que sería mío para siempre. El mar se llevó a Matt y mi inconsciencia me quitó a Mike. Esta vez sé que soy el culpable de lo ocurrido, aunque por lo menos en esta ocasión no ha sido algo trágico. Mike sigue estando y, mientras esté, quién sabe lo que ocurrirá en el futuro. Lo único que tengo claro ahora mismo es que, pese a todo, venir a la playa siempre funciona para poner mi vida en su sitio y reorganizar mis sentimientos, aunque a veces para conseguirlo tengan que revolucionarse durante un tiempo primero.

Hace tres años llegué solo a este lugar y sentía que comenzaba un capítulo en mi vida. Hoy siento que dicho capítulo se cierra tal y como empezó. Conmigo mismo y la soledad de mis recuerdos, ahora casi completos, por suerte. Aunque parezca mentira, me siento afortunado, porque he perdido mucho por el camino pero me sigo teniendo a mí mismo. A fin de cuentas, eso es lo importante. Si no nos tenemos, no existimos y no hay nada. Por encima de amores, amigos, familia y desconocidos que se tornan conocidos de la noche a la mañana; por encima de dramas, alegrías, traumas y celebraciones; por encima de todo estamos nosotros. Y es con nosotros mismos con los que tenemos que tener una relación que dure para siempre, querernos, confiar en nuestras capacidades y no dejar nunca que la adversidad nuble nuestro camino.

Los rayos del sol comienzan a nacer en el horizonte. Un nuevo día comienza, una nueva oportunidad, nuevas posibilidades.

# EPÍLOGO III

Poco antes de volver a Nueva York recibí una llamada. Pese a no haber terminado el curso en el Miami Ad School, los directores de una agencia de publicidad en busca de nuevos creativos estudiaron mi caso, vieron el portafolio que había conseguido enviar a tiempo y me llamaron para ofrecerme un puesto de trabajo, con la condición de que asista a clase por las tardes durante unos meses y obtenga mi titulación. Va a ser cierto eso de que, cuando se cierra una puerta, se abre una ventana. Dentro de cuatro días empiezo a trabajar en BBDO como Creativo Junior.

Llega noviembre y el inicio del frío, en mi iPod suena 'Let In The Sun' de Take That y voy bajando la Avenida Broadway en dirección a Union Square. Allí he quedado con Mike para que me devuelva unos libros que se me quedaron en el apartamento de Brooklyn. Él ha seguido viviendo allí estos tres meses desde que regresamos de Norwalk y yo me he mudado definitivamente al ático de Chelsea con Óscar. No puedo decir que Mike y yo seamos amigos, porque hemos acordado no tener mucho contacto hasta que la situación haya reposado con el tiempo, pero tampoco somos una de esas ex parejas que se odian y se critican entre ellos, creando batallas con todos los amigos comunes de por medio. El presente es el que es, en el futuro, ¿quién sabe? Igual volvemos a estar juntos, igual no. Tampoco es algo en lo que ocupe mi tiempo, de nada serviría pensar en eso.

De allí, me iré directo al aeropuerto en taxi porque hoy regresa Sussan de Norwalk con David y el recién nacido Eliah. Alex ha agotado sus días de vacaciones así que me toca a mí ir encantado a recoger y acompañar de vuelta a casa a su familia. Eliah nació hace un mes y, como ya ocurrió con David, mi madre enseguida empezó a mirar vuelos a Nueva York para poder venir cuantas veces le sea posible a ayudar a Sussan, aunque sabe que esta vez ya sabrá manejarse sola.

La relación con mi padre cada día es mejor, aunque su salud sigue el camino contrario. Después de varias pruebas y segundas opiniones, le han vuelto a confirmar que su enfermedad no es operable porque las posibilidades de sobrevivir son muy escasas. Estamos concienciándonos de que igual no le queda mucho tiempo y, cuando llegue ese día, se que volveré a sufrir. Pero, como él mismo me dijo, al menos esta vez es algo que estamos viendo venir y, aunque será uno de los peores días de mi vida, no será algo que ocurra sin más, sin avisar. Él intenta cuidarse, pero también es consciente de que su corazón se debilita lentamente, por lo que ha continuado mi consejo de vivir cada día intensamente y, aunque no nos vemos tanto como quisiera, estoy cumpliendo su deseo de volver a Nueva York, esperando y deseando que, una vez más, ocurra lo imposible. Si por mí fuera, volvería a Norwalk, pero no quiero ir en contra de sus exigencias. No quiere que yo pierda esta oportunidad casi única que me han ofrecido.

Poco antes de llegar a Union Square, me cruzo con un chico que carga unas cuantas cajas de naranjas en dirección a la frutería. Nuestras miradas se

cruzan, tropieza y se le caen al suelo. Sonríe avergonzado y yo le devuelvo la sonrisa. Me agacho a recoger un par de frutas que han rodado hasta mis pies y las meto en una de las cajas.

Me acuerdo de cómo se conocieron mis padres, soy consciente de la casualidad y me doy cuenta de que esto podría ser el inicio de una nueva historia; sin embargo decido seguir caminando y dejarla pasar. No estoy preparado para conocer a nadie nuevo, pero esta pequeña anécdota me confirma que da igual estar solo, porque soy joven y el mundo está lleno de personas con las que crear nuevas historias, nuevas aventuras.

Dejar atrás a Mike no es el fin de la vida, sólo es el fin de una era. Y ahora comienza otra, otra en la que vuelvo al inicio, en la que empiezo a escribir en una página en blanco aquello que se me antoje.

Por eso continuaré haciendo lo que mejor se me da: levantarme y seguir caminando. Porque de eso se trata, al fin y al cabo; de avanzar sin pausa a través de la vida aprovechando el tiempo que nos ha sido prestado, impidiendo que las derrotas sufridas en algunas batallas nos nublen el juicio y nos dificulten ver más allá del problema. Avanzar aunque el miedo sea tan grande que el cuerpo se paralice y las piernas tiemblen, aunque cueste respirar, aunque el mundo parezca venirse abajo a nuestro alrededor. Avanzar confiando en que merecerá la pena tanto esfuerzo, tantas derrotas, tantos intentos. Y teniendo la firme convicción de que, como dije una vez, somos los dueños de nuestras vidas, los que tomamos las decisiones que nos sitúan en momentos y lugares que definirán lo que haremos y seremos en el futuro.

Y es que nuestra existencia depende de cada momento que vivimos, de cada vez que empezamos de nuevo a intentarlo, de cada día que tenemos la suerte de poder estar aquí y usarlo como queramos. Días en los que las cosas salen bien y días en los que salen mal. Días y más días intentando no mirar atrás. Días en los que el fantasma desaparece y días en los que no quiere marcharse. Días y más días intentando no mirar demasiado hacia delante. Días en los que salgo a flote y días en los que vuelvo a hundirme.

No sabemos lo que ocurrirá cada día pero no importa, siempre que sepamos que cada vez que sale el sol,tenemos un día más para hacer con él lo que nos venga en gana y aprovecharlo al máximo. Da igual que ocurran cosas buenas o malas, porque, pase lo que pase, estamos vivos. Estamos. Y, mientras estemos, siempre podremos empezar de nuevo y darnos cuenta de que la felicidad no se busca, simplemente se vive... en cada mirada, en cada gesto, en cada sonrisa y en cada momento que la sentimos, aunque sea fugazmente.

Ahora mismo no soy feliz, pero sé que este sol que asciende frente a mis ojos me está dando la oportunidad de serlo o, por lo menos, de intentarlo. Y, si no lo consigo, mañana u otro día quizás sí, porque nunca es tarde para cumplir sueños, nunca es tarde para hacer lo que deseas, nunca es tarde para convertirte en lo que quieres ser, nunca es tarde para ser feliz.

Nunca es tarde para vivir.

FIN

# AGRADECIMIENTOS

Ana Milán y Luján Argüelles, que con su ayuda en Twitter hicieron que ‘Aquí y ahora’ despegara y, en pocos meses, llegara a ser un éxito de descargas en iTunes España. Todo lo que ha venido después, posiblemente ha sido consecuencia de ese desinteresado gesto.

A Luis, Ayose, Albert y David, por ayudarme a releer y corregir mis novelas. Y aún así siempre se nos escapa algo. Siento las posibles erratas que se aun así se puedan encontrar.

A Rubén por prestarme su voz para el tariler promocional de ‘Nunca es tarde’.

A quién quiera que sea la persona que, al otro lado del Atlántico, realizó la primera descarga de ‘Aquí y ahora’ y provocó que esta aventura saliera de España, llegara a México y se extendiera por Latinoamérica.

A todos mis lectores, sin vosotros este libro no existiría y sus personajes no tendrían vida.

A toda esa gente que me escribe sin apenas conocerme, para darme las gracias y contarme cómo esta historia ha cambiado, en mayor o menor medida, su forma de ver la vida.

A todas las personas que, de una forma u otra, apoyan mis lanzamientos y se involucran en ellos.

A los que hacen críticas negativas constructivas, porque ma ayudan a seguir mejorando.

Y a todos aquellos que han acogido a Ryan como si fuese una persona real, viviendo su historia como si fuera la de un amigo cercano o un familiar. El personaje no es mío, es vuestro.

AQUÍ Y AHORA · AHORA O NUNCA · NUNCA ES TARDE

# AQUÍ Y AHORA

## LA TRILOGÍA

JAVIER MARTÍNEZ